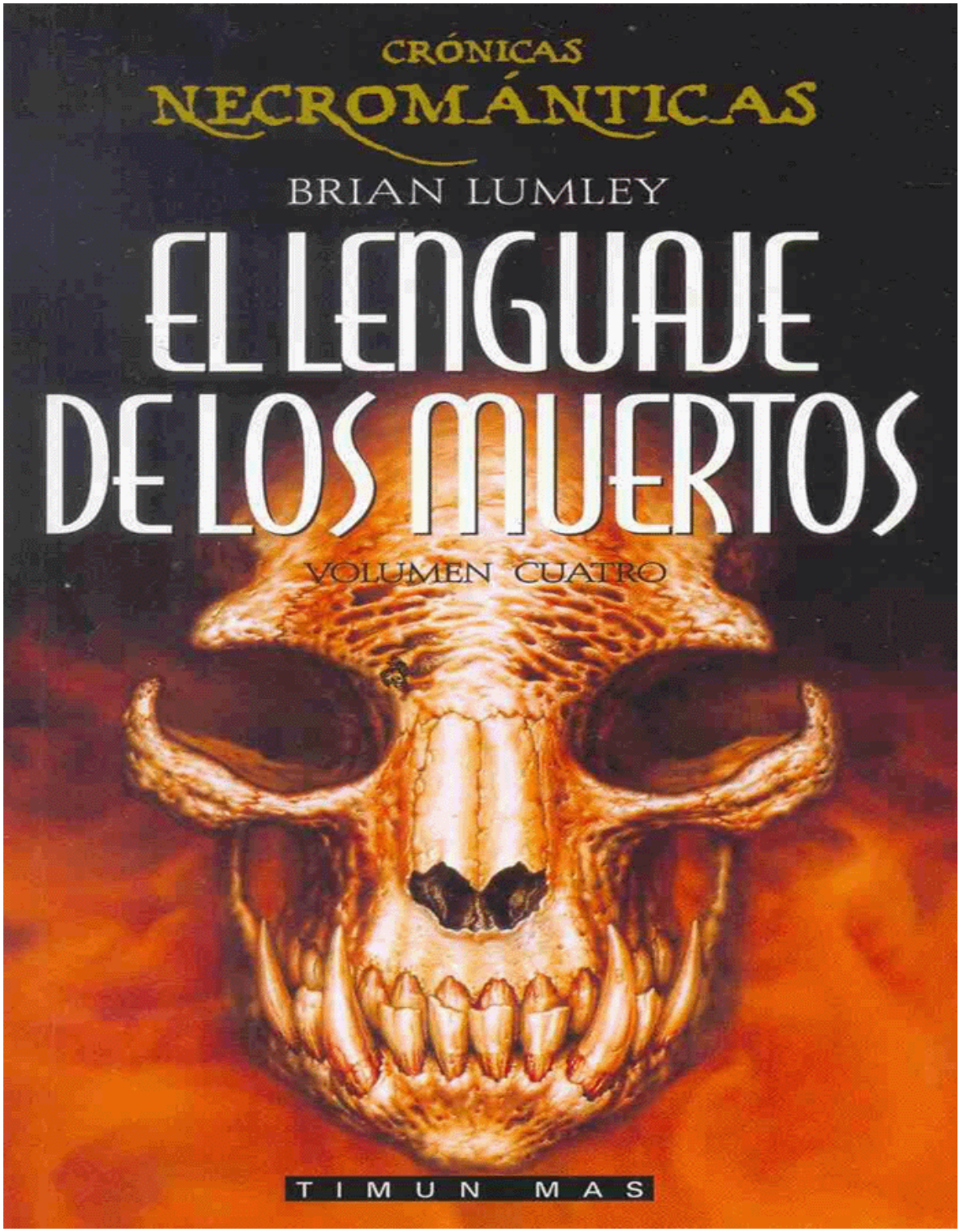
CRONICAS NECROMANTICAS IV
BRIAN LUMLEY




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# *EL LENGUAJE DE LOS MUERTOS*

VOLUMEN CUATRO

***TIMUN MAS***

*A Stavros Dendrinos*

# Capítulo uno

*El castillo Ferenczy*

Transilvania, en la primera semana de septiembre de 1981...

Poco más o menos una hora antes del mediodía, dos campesinas del pueblo de Halmagiu volvían a casa por un sendero del bosque. Llevaban las cestas llenas de pequeñas ciruelas silvestres y moras, las primeras de la estación. Las frutas aún estaban húmedas de rocío. Algunas de las ciruelas todavía estaban un poco verdes... ¡el estado perfecto para hacer un aguardiente bien fuerte y perfumado! Vestidas de negro, las cabezas cubiertas con pañuelos anudados bajo la barbilla, las mujeres iban cotilleando alegremente, y sus dientes relucían marfileños cuando una carcajada subrayaba una habladuría particularmente sabrosa.

A la distancia, el humo azul producido por la combustión de madera se elevaba casi vertical desde las chimeneas de Halmagiu; formaba una tenue neblina por encima de la fronda de otoñales colores de los árboles del bosque. Pero más cerca, entre los árboles, ardían otros fuegos; en el aire se percibían olores de guisos de carne con especias y sopas de hierbas aromáticas. Tintineaban campanillas de plata y se oyó el chasquido de una rama cuando un niño de pelo enmarañado y ojos oscuros de mirada fija se balanceó en el columpio que había improvisado con una cuerda.

Las caravanas, pintadas de colores chillones, estaban reunidas bajo los árboles en un círculo. En las afueras del improvisado recinto, los pequeños caballos, atados con cuerdas, pacían en la hierba, y revoloteaban las faldas multicolores de las muchachas que buscaban astillas para el fuego. En el interior del círculo de caravanas, las ollas de hierro negro suspendidas sobre las llamas dejaban escapar un aromático vapor que hacía agua la boca; los hombres de la tribu de los Viajeros atendían a sus asuntos o simplemente fumaban sus largas pipas con los ojos perdidos en la distancia. Eran Viajeros, sí. Vagabundos: ¡gitanos! Habían vuelto los *cíngaros* a la región de Halmagiu.

El chico que se columpiaba divisó a las dos mujeres del pueblo y emitió un agudo silbido. Al instante cesaron el trajín, el movimiento y los ruidos en el campamento gitano: todas las miradas se posaron, al unísono, en las campesinas rumanas y en sus cestas. Los hombres gitanos tenían un fiero aspecto con sus chaquetas de cuero, pero no había hostilidad en su mirada. Los cíngaros tenían sus propios códigos, y sabían muy bien lo que les convenía. Durante más de cinco siglos los habitantes de Halmagiu habían tratado con ellos de manera muy justa, les habían comprado sus baratijas, y los habían dejado en paz. Los gitanos, a su vez, nunca causaban daño deliberadamente a ningún habitante de Halmagiu.

—Buenos días, señoras —las saludó el rey de los gitanos (porque los jefes de esas bandas de vagabundos siempre se enorgullecen de ser reyes) con una reverencia desde los escalones de su caravana—. Por favor, anuncien a sus amigos del pueblo que pronto llamaremos a sus puertas; tenemos ollas y cazos de la mejor calidad, amuletos para ahuyentar a los seres de la noche, leemos las cartas, y nuestros ojos descubren siempre lo que ocultan las líneas de las manos. Traigan sus cuchillos y los afilaremos, y compondremos los mangos rotos de sus hachas. Lo componemos todo. Y este año también tenemos una jaca o dos para vender, mucho mejores que los viejos jamelgos que tiran de sus carros. No estaremos aquí mucho tiempo, así que aprovechen nuestras

ofertas antes de que nos vayamos.

—Buenos días tengan ustedes —respondió de inmediato la mayor de las dos mujeres, aunque con voz un tanto entrecortada—. Y tenga por seguro de que daré su recado a los del pueblo. —Y por lo bajo, le susurró a su compañera—: ¡No digas nada, camina y no te apartes de mí!

Cuando pasaron junto a una de las caravanas, la mujer que había respondido al saludo cogió de la cesta un pequeño pote de avellanas y un puñado de ciruelas, y los dejó, a manera de ofrenda, en los escalones de la caravana. Podría ser que alguien hubiese visto la ofrenda, pero nadie dijo nada. En todo caso, cuando las mujeres continuaron su camino rumbo a su hogar, el campamento siguió con sus actividades habituales.

Pero la más joven, que no hacía mucho tiempo que vivía en Halmagiu, preguntó:

—¿Por qué les has regalado las avellanas y las ciruelas? Según he oído, los gitanos no dan nada gratis, no hacen favores, y a menudo cogen sin pagar cosas que tienen un precio. ¿No les animas a que sigan haciéndolo, con esos presentes?

—No hace ningún daño tener buenas relaciones con gente que ve el futuro —respondió la mujer de más edad—. Cuando lleves los años que llevo yo en este lugar, sabrás lo que quiero decir. Además, ellos no han venido a robarnos, o a causarnos perjuicios. —Tras encogerse de hombros, la mujer continuó—: Ya lo creo que no, y te diré que creo saber por qué están aquí.

—¿Por qué?, —preguntó su amiga.

—Tiene que ver con la luna, con una llamada que han oído, y una ofrenda que deben hacer. Ellos atraen los favores de la tierra, le devuelven la fertilidad al suelo, apaciguan a... sus dioses.

—¿Sus dioses? ¿Son infieles, entonces? ¿Cuáles son esos dioses?

—¡Llámale Natura, si quieres! —respondió cortante la primera mujer—. Pero no me preguntes nada más. Yo soy una mujer sencilla y no quiero saber. La abuela de mi abuela ya recordaba la época en que llegaban los gitanos. Y seguramente su abuela también. A veces pasan quince meses antes de que vuelvan, o dieciocho, pero nunca más de veintiuno. Primavera, verano, invierno: sólo los cíngaros conocen en qué estación, en qué mes, en qué día vendrán. Pero cuando oyen la llamada, cuando la luna está en la fase apropiada, cuando aúlla un lobo solitario en las montañas, entonces vuelven. Sí, y cuando se marchan dejan siempre la ofrenda.

—¿Qué clase de ofrenda? —preguntó la mujer más joven, cuya curiosidad se había despertado.

—No hagas preguntas —respondió la otra moviendo la cabeza en un gesto negativo—. No debes hacer preguntas.

Pero la mujer más joven sabía que sólo era una manera de hablar, y que se moría de ganas de contarle; decidió entonces que la mejor táctica era callar, y dejar que la otra hablara cuando quisiera.

Sin embargo, unos instantes más tarde advirtió que se habían apartado del camino más corto hacia el pueblo, y se sintió obligada a preguntar.

—¿Pero no hemos cogido el camino más largo?

—¡Ahora calla! —respondió la otra por lo bajo—. ¡Mira!

Habían llegado a un claro en el bosque, al pie de una mole rocosa de formación volcánica. Despojada de toda vegetación y en forma de cúpula, con unas cuantas protuberancias, el montículo tenía unos quince metros de altura; detrás continuaba el bosque, y luego comenzaban los riscos que llevaban a una meseta cubierta de abetos, que parecía el primer y gigantesco escalón hacia las cumbres del macizo de Zarundului. Los árboles que rodeaban la formación rocosa habían sido talados, y el terreno aparecía

limpio de hierbas y maleza; en la cúspide, una pila de piedras se alzaba como una torrecilla o una chimenea, señalando hacia las montañas.

Y precisamente allí, en lo alto de la roca, sentado al pie de la torrecilla, un joven, un cíngaro, tallaba con un cuchillo un trozo de roca que sostenía sobre sus rodillas. Estaba abstraído en su trabajo, y sólo veía el trozo de roca entre sus manos. Las mujeres estaban dentro de su campo de visión, pero al parecer no las veía. Era evidente que sólo veía la roca que estaba tallando. Y también era evidente para ellas, aun a la distancia en que se encontraban, que había algo raro en el joven, algo no del todo normal.

—Pero... ¿qué está haciendo allí? —susurró la más joven—. Es muy guapo... y muy extraño. ¿Y no es ése un lugar prohibido? Mi Hzak me ha dicho que la gran piedra de la torrecilla es muy especial, y que...

—¡Shhhh! —la hizo callar su compañera, con un dedo sobre los labios—. No le molestes. A los cíngaros no les agrada que los espíen. Aunque ése seguro que no nos oye. Pero de todos modos, será mejor que nos andemos con cuidado.

—¿Dices que no nos oye? Si es así, ¿por qué hablamos en voz baja? Ya lo sé, no me digas nada; hablamos así porque éste es un lugar casi sagrado, como un santuario.

—¿Casi sagrado? ¡Al contrario, es un lugar impío! Y en cuanto a por qué ese hombre no nos ve... ¡míralo! Su tez no es simplemente morena, sino gris como la pizarra, de un color enfermizo, mortecino. Y sus ojos, hundidos y de mirada ardiente. Está obsesionado con la piedra que talla. Ha oído la llamada, ¿no lo adviertes? Está atónito, hipnotizado... ¡condenado!

En el instante en que la mujer pronunciaba esta última palabra, el hombre de la roca se puso en pie, cogió la piedra que había tallado y la colocó con gesto firme junto a las otras que formaban el túmulo. La piedra quedó allí, junto a muchas otras, como un ladrillo en la última hilera de un muro en construcción, y cualquiera que hubiera presenciado el ritual de la escultura sabría que cada una de las piedras del túmulo llevaba extrañas y significativas marcas. La mujer más joven abrió la boca para decir algo, pero su amiga se anticipó a la pregunta.

—Ha escrito su nombre en la piedra —dijo—. Su nombre y las fechas de su nacimiento y de su muerte, si es que las sabe. Como las escribieron todos los otros que han muerto antes que él. Esa piedra que ha tallado es su lápida, y el túmulo es un cementerio.

El joven gitano estiraba ahora el cuello, mirando hacia lo alto de las montañas. Se quedó inmóvil en esa posición durante un instante, como si esperara algo. Y en el cielo azul grisáceo una pequeña nube cruzó como una mancha la faz del sol. Cuando la más vieja de las dos mujeres vio esto, se sobresaltó; ella también estaba en un estado casi hipnótico, inmóvil en el lugar, y sin fuerza de voluntad para seguir su camino. Pero cuando el sol se oscureció y las sombras lo envolvieron todo, la mujer cogió a su compañera por el brazo y volvió la cara.

—Vamos —la urgió—, vayámonos de aquí. Nuestros hombres estarán preocupados por nosotras, sobre todo si se han enterado de que hay gitanos en la zona.

Avanzaron deprisa bajo la espesa fronda de los árboles, encontraron el sendero y muy pronto vieron las casas de madera de las afueras de Halmagiu; allí el bosque se hacía gradualmente menos espeso hasta desaparecer. Pero cuando salieron a una polvorienta carretera, y sus corazones latieron más despacio, oyeron un sonido que venía de atrás, y de lo alto, y desde muy, muy lejos...

Aún no era mediodía en Halmagiu, el sol comenzó a salir de detrás de una pequeña nube; aún faltaba algo más de un mes para que comenzaran los primeros fríos del invierno, pero todos los que oyeron ese sonido pensaron que era un presagio del invierno. Sí, y algunos creyeron que era algo más que eso.

Era el lastimero aullido de un lobo que llegaba de las montañas, llamando tal como lo han hecho los lobos durante miles de años, y quizá más. Las dos mujeres se detuvieron, apretaron sus cestas y escucharon.

—No ha tenido respuesta —dijo por fin la más joven—. Ese viejo lobo está solo.

—Por el momento —asintió la otra—. Sí, está solo, pero te aseguro que le han oído. Y muy pronto le responderán. Y después... —la mujer hizo un gesto de negación con la cabeza y caminó aún más rápido.

La otra apretó el paso y la alcanzó.

—¿Y después qué? —preguntó.

Su compañera la miró, frunció un poco el entrecejo, y finalmente dijo:

—Tienes que aprender a escuchar, Anna. En estos lugares hay cosas de las que apenas si hablamos, de manera que, si quieres enterarte, en las raras ocasiones en que hablamos de ellas debes escuchar con mucha atención.

—Estaba escuchando —respondió Anna—, pero no lo he comprendido, eso es todo. Tú has dicho que muy pronto le responderían al viejo lobo. Y entonces... ¿qué pasará?

—Entonces... —respondió la mujer más vieja, dirigiéndose hacia la puerta de su casa, de cuyo dintel colgaban ristras de ajos—, entonces, a la mañana siguiente..., los cíngaros se habrán marchado. Y no quedarán otros rastros de ellos que las cenizas en el sitio donde acamparon, y las huellas de las ruedas de las caravanas en el sendero. Pero se irá un gitano menos de los que llegaron. Aquel que respondió a la antigua llamada, y se quedó...

Los labios de la mujer más joven se redondearon en una silenciosa «O» de asombro.

—Tú ya lo has visto... sumando su alma a todas las otras almas desgraciadas inscritas en el túmulo de la roca...

Esa noche, en el campamento de los cíngaros:

Las jóvenes bailaban, girando en el remolino de los frenéticos violines y el primitivo tam-tam y tintineo de las panderetas. Había una larga mesa cubierta de manjares: trozos de conejo y erizos enteros, todavía humeantes y recién sacados de los fosos donde los habían asado, salchichas de jabalí, cortadas en finas rodajas; quesos comprados o producto de trueques diversos en el pueblo de Halmagiu; frutas frescas y nueces, cebollas cocidas en los jugos de la carne asada, vinos gitanos y el fuerte aguardiente hecho con ciruelas silvestres.

La atmósfera era festiva. Las llamas de la hoguera del centro, como inspiradas por la música, se alzaban muy altas, y los movimientos de los bailarines eran sinuosos y sensuales. Se consumía alcohol en grandes cantidades; algunos de los gitanos más jóvenes bebían con una sensación de alivio, y otros para evitar los temores de un futuro incierto.

Porque para aquellos que esta vez se habían salvado, habría siempre otra vez...

Pero eran cíngaros, y las cosas eran así y no de otra manera; le pertenecían a Él hasta en el último rincón de la Tierra, estaban a sus órdenes, para que Él los tomara o los dejara. Su pacto con el Viejo había sido firmado y sellado hacía más de cuatrocientos años. Gracias a Él habían medrado en los siglos pasados, medraban ahora y continuarían haciéndolo en los años por venir. Él hacía que los tiempos difíciles lo fueran menos —sí, y que los buenos fueran menos buenos—, pero siempre lograba un difícil equilibrio. Su sangre estaba en ellos, y la de ellos en Él. Y la sangre es vida.

Sólo dos gitanos estaban solos y no se unían al festejo. A pesar de las jóvenes bailarinas, de las bebidas y de los manjares, ellos permanecían solos. Porque todo el

bullicio y movimiento alrededor de ellos era alegría, una alegría de la que no podían participar.

Uno de ellos, el joven del túmulo, estaba sentado en los escalones de una caravana adornada con complicadas tallas y pinturas, con una piedra de afilar y su cuchillo de larga hoja en las manos, y el filo del puñal, a cada instante más agudo, relucía como un relámpago de plata a la luz de la hoguera cercana. Detrás, por la abierta puerta del carromato, podía verse a su madre llorando, retorciéndose las manos e implorando, a Aquel que no era un dios sino todo lo contrario, que no se llevara esa noche a su hijo. Pero imploraba en vano.

Y cuando concluyó una melodía, y las faldas de vivos colores dejaron de revolotear y cubrieron las largas y morenas piernas, y los hombres de espesos bigotes dejaron de dar grandes saltos y lanzar patadas al aire —en ese intervalo en el que los violinistas beben un trago de aguardiente antes de seguir tocando—, en ese instante la luna asomó su cara por encima de las montañas, cuyos abruptos riscos se destacaron repentinamente en el horizonte. Y mientras las bocas se abrían en un gesto de asombro y pavor y los ojos se alzaban hacia la luna naciente, se oyó el lastimero gemido de un lobo que llegaba desde el invisible túmulo en la roca.

Durante un instante la escena permaneció congelada..., pero en el momento siguiente todos los oscuros ojos se volvieron a mirar al joven que estaba sentado en los escalones de la caravana. Él se levantó, miró la luna y las montañas, y suspiró.

Enfundó luego el cuchillo, cruzó el claro con pasos torpes, como si le pesaran las piernas, y se dirigió hacia la oscuridad que comenzaba unos metros más allá del círculo de caravanas.

Su madre rompió el silencio. Su llanto se convirtió en un grito de angustia y la mujer salió desesperada de la caravana, bajó a tumbos los escalones de madera y corrió tras su hijo con los brazos tendidos. Pero no le alcanzó; a los pocos pasos cayó de rodillas, los brazos aún tendidos en un gesto de anhelo. Entretanto el jefe de la tribu, el «rey», se había adelantado para abrazar al joven. Lo estrechó entre sus brazos, lo besó en las mejillas y lo dejó ir. Y el elegido, sin más demora, se alejó de la luz de las hogueras, pasó por entre dos caravanas, y fue devorado por la oscuridad.

—¡Dumitru! —gritó su madre. La mujer se puso de pie, e hizo un gesto como si fuera a correr hacia su hijo, pero cayó en los brazos de su rey.

—Ten calma, mujer —le dijo él con voz bronca—, esto se veía venir desde hace un mes; todos hemos visto los cambios experimentados por tu hijo. El Viejo ha llamado, y Dumitru respondió. Sabíamos lo que sucedería. Siempre sucede de la misma manera.

—¡Pero él es mi hijo! ¡Mi hijo! —dijo ella entre desgarradores sollozos, apoyada contra el pecho del rey.

—Sí —respondió él, y su voz finalmente se quebró, y las lágrimas corrieron por sus curtidas mejillas—. Y también mío, sí, también es hijo mío...

La condujo, entre lágrimas, de vuelta a la caravana, y mientras se retiraban se reanudó la música, y los bailes, y el banquete, y la bebida...

Dumitru Zirra trepó los riscos del Zarundului como una cabra nacida entre las rocas. La luna le iluminaba el camino, pero hubiera sabido el camino incluso sin aquel resplandor plateado. Porque su guía estaba dentro de él: una voz en su cabeza que no era la suya, y le decía dónde trepar, dónde agarrarse, qué rocas le sostendrían. Allí había senderos, aunque era necesario conocerlos para hallarlos, pero entre aquellas huellas casi invisibles había también atajos vertiginosos. Dumitru eligió uno de éstos, o quizás alguien escogió por él.

*¡Dumiitruuu!* —resonó dentro de él la oscura voz, que pronunciaba su nombre como un grito de dolor—. *Ah, mi fiel, mi cíngaro, hijo de mis hijos. Pon el pie aquí, y*

*aquí, y aquí, Dumiitruuu. Y aquí, donde pisó el lobo; ¿ves su marca en la roca? El padre de tus antepasados te espera, Dumiitruuu. La luna brilla en el cielo y el tiempo pasa deprisa. Date prisa, hijo mío, porque soy muy viejo, y estoy mustio y reseco, al borde de la muerte... ¡de la verdadera muerte! Pero tú me ayudarás, Dumiitruuu. ¡Sí, y tu juventud y tu vigor serán míos!*

El joven continuó subiendo trabajosamente, casi sin aliento y con las manos ensangrentadas de aferrarse a las rocas, hasta donde se hallaban los peñascos más negros de todos, allí donde unas enormes ruinas se alzaban contra el último risco. De un lado se abría un precipicio tan profundo y oscuro que muy bien podía descender hasta el infierno, y del otro los últimos abetos parecían proteger las ruinas de una antigua fortaleza, edificada contra los inmensos peñascos. Dumitru vio el lugar y se detuvo un instante, pero poco después vio también al lobo de ojos llameantes, de pie en el derruido portal de la fortaleza, y el joven ya no dudó. Siguió avanzando, y el gran lobo le indicaba el camino.

*¡Bienvenido a mi hogar, Dumiitruuu!* —la voz viscosa resbaló como lodo en su mente—. *Eres mi invitado, mi hijo... Entra a mi hogar por tu propia voluntad.*

Dumitru Zirra trepó gateando y como en trance por sobre las primeras piedras ruinosas del lugar; y, a pesar de su estado, le impresionó el extraño aspecto de aquellas ruinas. Sabía que aquello había sido un castillo. En los viejos tiempos había vivido allí un boyardo, un tal Ferenczy, Janos Ferenczy. No se podía dudar de esto, porque los Zirras, desde tiempo inmemorial, desde la época de Grigor Zirra, el primer «rey» de los cíngaros, habían jurado fidelidad al barón Ferenczy y habían llevado su blasón, un murciélago alzando el vuelo desde la boca de una urna negra con las alas desplegadas, y con tres nervaduras en cada ala. Los ojos del murciélago eran rojos, como las nervaduras de las alas, y el recipiente del cual salía tenía la forma de una urna funeraria.

Sí, y ahora los ojos hundidos y de mirada fija del joven se posaron sobre un dibujo similar grabado sobre la gran losa de un dintel que yacía medio enterrada entre los restos, y supo que se hallaba en el umbral de lo que fuera la mansión del *patrón* de los Zirras y de sus seguidores. Era el mismo signo cabalístico que en la actualidad estaba pintado en los laterales de la caravana de Vasile Zirra (aunque hábilmente disimulado entre volutas y arabescos de colores). Y el mismo Vasile, el padre de Dumitru, llevaba un anillo con una miniatura del mismo blasón, que se transmitían los Zirras de unos a otros desde tiempo inmemorial. Si Dumitru no hubiese oído la llamada, él también habría heredado el anillo algún día.

Un poco más adelante gruñó el gran lobo, apremiándole para que continuara. El joven, no obstante, se detuvo un instante, porque las sombras de los grandes bloques de piedra le oscurecían la visión. Las piedras de la parte del frente de las ruinas parecían haber sido arrojadas por una enorme explosión interna al borde mismo del precipicio, e incluso más allá de él, y se las veía allí, en un confuso montón, por lo que Dumitru supuso que parte del castillo había caído barranco abajo.

Con respecto a lo que pudiera haber causado tamaña destrucción, él no...

*Pero titubeas, hijo mío* —volvió a hablar la monstruosa voz mental, deslizándose en su mente como una babosa, avasallante, borrando toda duda, suposición y deseo; esa voz que se había apoderado por completo de él en las últimas cuatro o cinco semanas, y le había convertido en su zombi—. *Ya veo que, como lo había sospechado, eres un joven muy voluntarioso. ¡Eso está bien, muy bien! La fuerza de la voluntad es la del cuerpo, y la fuerza del cuerpo es la sangre. Tu sangre es fuerte, hijo mío, como en todos los de tu raza...*

El gran lobo volvió a gruñir y Dumitru siguió adelante. El joven sabía que debía huir del lugar, lanzarse montaña abajo aunque se rompiera todos los huesos, arrastrarse,

lo que fuera antes que seguir adelante. Pero estaba inerme ante la seducción de aquella antigua y maligna voz. Era como si hubiera hecho una promesa imposible de romper, o como si tuviera que mantener la promesa hecha por un antiguo y honorable antepasado, un juramento inviolable.

Guiado por la voz, avanzó a tropezones entre los menhires en busca de un lugar determinado; se puso a cuatro patas y lo limpió de hojas muertas, líquenes y guijarros y descubrió —o redescubrió, porque la voz ya le había anunciado que estaría allí— una estrecha losa con una argolla de hierro que levantó con facilidad. Una bocanada de aire hediondo le golpeó la cara y llenó los pulmones, e hizo que se sintiera aún más aturdido cuando se inclinó sobre el oscuro y maloliente abismo; y cuando su cabeza se despejó —sólo con respecto a las miasmas—, ya descendía rumbo a profundidades de pesadilla.

*Aquí..., aquí, hijo mío* —le señaló la voz—, *hay un nicho en el muro..., antorchas, un bulto y cerillas, todo está envuelto en una piel..., sí, mucho mejor que el pedernal de mi juventud..., enciende una antorcha y lleva otras dos contigo..., puedes estar seguro de que las necesitarás, Dumiitruuu...*

La escalera de piedra era de caracol; Dumitru descendió por escalones resbaladizos, y bajó gateando allí donde la escalera estaba medio derruida. Llegó a un recinto donde el suelo estaba combado y sembrado de restos de mampostería ennegrecidos por el fuego; encontró otra trampa que abrió y continuó el descenso a las malsanas entrañas de la tierra. Abajo, siempre más abajo, hacia abismos siniestros e infernales...

Hasta que por fin...

*Lo has hecho muy bien, Dumiitruuu* —lo elogió la oscura voz, una voz en la que se adivinaba una monstruosa sonrisa, y cuyo dueño estaba muy satisfecho de sí mismo; su placer irritaba las terminaciones nerviosas del cerebro del joven como el chirrido de una lima.

Y de repente... pareció como si un rayo hubiera sacudido a Dumitru. Durante una fracción de segundo recuperó la cordura... y supo que estaba en el umbral mismo del infierno.

Pero de inmediato esa inteligencia extraña se cerró como un garrote en su mente; el inexorable proceso que había empezado cinco semanas antes le condujo hacia su conclusión lógica, y su libre albedrío parpadeó en él como la llama de una vela que se extingue. Y...

*Mira a tu alrededor, Dumiitruuu. Mira y aprende cuáles son las obras y los misterios de tu señor...*

Detrás de Dumitru, en la escalera de piedra, montaba guardia el gran lobo de ojos llameantes. Y frente a él...

¡La guarida de un nigromante!

Semejantes cosas eran una leyenda entre los cíngaros, historias que se contaban alrededor de la hoguera en determinadas épocas del año, pero ni Dumitru, ni ningún otro gitano que viera esta escena requeriría más información o explicación que su propia imaginación, su propio instinto. Y el joven, con los ojos y la boca abiertos en un gesto de asombro, y sosteniendo muy alta la antorcha, anduvo con pasos inciertos entre los ordenados restos y reliquias del caos y la locura.

No se trataba del caos de las regiones superiores, pues aquél no era más que un caos puramente material, y estas profundas criptas secretas no habían sufrido la destrucción de los niveles más altos; se hallaban perfectamente conservadas bajo las telarañas y el polvo de medio siglo. No, éste era un caos mental: el conocimiento de que éstas eran las obras de un hombre o de unos hombres, o —si tenemos en cuenta las leyendas y los mitos cíngaros— las obras de seres que habían adoptado una apariencia

humana.

En cuanto a las criptas mismas, eran de muy antigua construcción. En la mampostería se veían manchas de nitrato pero no de humedad, aunque en algunos lugares el agua filtrada había formado delgadas estalactitas que colgaban de los altos techos, y en los rincones de las habitaciones, donde el suelo no había sido pisado tan a menudo, las estalagmitas formaban pequeños nudos o ampollas sobre las losas. Dumitru no era un arqueólogo, pero incluso él, teniendo en cuenta el rústico ensamblaje de las piedras, y el mal estado de la argamasa que las unía, hubiera atribuido al castillo —o al menos a sus cámaras secretas— una antigüedad de ocho o nueve siglos. Era necesario como mínimo ese tiempo para que se formaran los depósitos de calcio, a menos que el líquido que se filtraba desde los niveles superiores estuviera impregnado de sales.

Había numerosas arcadas, todas ellas de unos dos metros cuarenta centímetros de ancho por tres metros sesenta centímetros de alto, y la parte superior del arco construida con grandes piedras, algunas de las cuales aparecían levemente hundidas por el inimaginable peso que soportaban. Los techos —ninguno de los cuales tenía menos de cuatro metros y medio en el punto más alto— estaban abovedados con un diseño entrelazado similar al de las arcadas; en algunos lugares se habían desprendido grandes trazos de piedra, sin duda a causa de la misma sacudida o explosión que destruyera el castillo, resquebrajando las gruesas losas del suelo como si fueran pequeñas pizarras escolares.

Más allá de las arcadas se extendían otras salas muy grandes, todas ellas con sus propias arcadas. Dumitru había descendido a un laberinto de antiguas habitaciones, donde el morador de estas ruinas había practicado sus secretas artes.

En cuanto a la naturaleza de estas artes:

Dumitru había evitado hasta el momento toda conjetura, con la sola excepción de sus primeras y aterrorizadas suposiciones. Pero ya no podía seguir manteniendo esta actitud. Los muros estaban cubiertos por pinturas que, aunque desvaídas, contaban toda la historia, y algunas de las habitaciones contenían pruebas aún más sólidas, y más espantosas. Y la voz que resonaba en su cabeza, ahora cruel y llena de regocijo, no iba a permitir que continuara en la ignorancia: la criatura *deseaba* que Dumitru lo supiera todo sobre aquellos antiguos asuntos.

*Cuando tu antorcha disipó las sombras de este lugar, lo primero que pensaste fue en nigromancia, Dumitru* —dijo la voz—. *La resurrección de muertas sales y cenizas para interrogarlas. La historia del mundo contada por los reanimados, imperfectos fantasmas de aquellos que la vivieron. Desentrañar antiguos secretos, y tal vez lograr un presagio del nebuloso y distante futuro. Sí, la adivinación por medio de los muertos. Eso es lo que tú creíste adivinar.*

*Bien* —y después de una pausa, la voz se encogió mentalmente de hombros—, *tenías razón en parte. Pero sólo en parte, porque no fuiste lo bastante lejos, y la verdad es mucho más vasta. No has querido mirar, y tampoco quieres hacerlo ahora. ¿Pero qué eres, Dumitru: mi hijo o un crío llorón? Yo creía que había llamado a mi interior a un vino espirituoso, y ahora he de descubrir que todos estos años los cíngaros sólo han destilado agua. ¡Ja, ja, ja! Pero no te ofendas, sólo es una broma. No te enfurezcas, hijo mío. ¿O acaso lo que sientes no es furia? ¿No, Dumiitruuu? ¿Es miedo, tal vez? ¿ Temes por tu vida, Dumiitruuu?* —La voz era ahora un susurro, pero insidiosa como un ácido que corroyera lentamente—. *¡Pero seguirás viviendo, hijo mío..., en mí! La sangre es la vida, Dumiitruuu, la vida que sigue, y sigue, y sigue..., y...*

Añora la voz resonó más alto, se volvió alegre.

*¡Nos hemos puesto taciturnos, y eso no puede ser! Pero seremos como un solo ser, y viviremos toda nuestra vida juntos. ¿Me escuchas, Dumiitruuu? ¿Qué respondes?*

—Sí, te..., te oigo —respondió el joven.

*¿Y me crees? Dilo. Di que crees en mí, como creyeron todos tus antepasados.*

Dumitru no estaba seguro de creer, pero el poseedor de la voz hizo presión dentro de su cabeza hasta que el joven gritó:

—¡Sí, sí, creo, como creyeron mis antepasados!

*Muy bien* —aprobó la voz, al parecer apaciguada—. *Si es así, no seas tan tímido, Dumiitruuu; contempla mis obras sin desviar la mirada, sin retroceder. Contempla las pinturas y los grabados de los muros, las hileras de ánforas en los estantes, las sales y los polvos que guardan esas antiguas vasijas...*

Dumitru miró a la luz de la antorcha. Por todas partes había estantes de oscuro roble, y sobre ellos innumerables recipientes, o urnas, o ánforas, como las había denominado la voz. En total, y contando todas las habitaciones del refugio subterráneo, debía de haber varios miles. Todas estaban bien cerradas con tapones de madera de roble revestida de plomo, y tenían borrosas etiquetas centenarias, pegadas donde las asas se unían al cuello del ánfora. Las piedras caídas del techo habían derrumbado un estante y los potes habían caído al suelo y los polvos que contenían se habían derramado, formando pequeños conos que a su vez habían sido cubiertos por el polvo de los siglos, y cuando Dumitru miró esos residuos derramados...

*Mira qué delicadas son esas sales esenciales* —susurró la voz en su cabeza, y ahora había en ella un matiz de curiosidad, como si incluso el dueño de la voz sintiera atracción y respeto por el macabro tesoro—. *Inclínate y tócalas, Dumiitruuu.*

El joven no podía desobedecer; palpó los polvos, que eran finos como el talco y resbaladizos como el mercurio; corrieron por sus manos y las dejaron limpias, sin ningún residuo. Y mientras él tocaba las sales, la criatura en su mente pareció olfatear, paladear incluso la esencia de aquello que había ordenado a Dumitru que examinara. Y dijo:

*Ah... Éste era griego, lo reconozco, hemos hablado en varias ocasiones. Sí, era un sacerdote venido de Grecia, que conocía las leyendas de los vrykoulakas. Había emprendido una cruzada contra ellos, y la había continuado a través del mar en Moldavia, en Valaquia, y hasta en estas montañas. Construyó una gran iglesia en Alba Iulia, que posiblemente sigue en pie, y desde allí viajaba a ciudades y pueblos para buscar a los monstruosos vrykoulakas.*

*La gente de los pueblos y las ciudades acusaba a sus enemigos —a menudo sabiendo que eran inocentes—, y según el poder y la clase social del acusador, el venerable Arakli Aenos —que así se llamaba—, «probaba» o «refutaba» la acusación. Por ejemplo, si un famoso boyardo afirmaba que determinadas personas eran demonios que chupaban sangre, puedes estar seguro de que el griego descubría que lo eran. Pero si un hombre pobre hacía la misma acusación —aunque tuviera fundamento—, se le ignoraba, e incluso se le castigaba por mentiroso. El viejo Aenos era un cazador de brujas y un farsante, y en una ocasión hasta me acusó a mí, y tuve que apresurarme a huir de Visegrad, pues vinieron a matarme. Sí, aquellos fueron tiempos difíciles para mí...*

*Sí, pero siempre llega la ocasión de desquitarse. Polvo eres y en polvo te convertirás. Cuando el viejo farsante murió, lo enterraron en Alba Iulia, junto a la iglesia que había levantado, y en un féretro revestido de plomo. ¡Qué favor me hicieron! Porque, tal como deseaban, el plomo del féretro no permitió que hubiera filtraciones, o que acabaran con el cuerpo gusanos y roedores; hasta que cien años más tarde yo exhumé el cadáver. Sí, y tuvimos unas cuantas conversaciones. Pero al final de cuentas, ¿qué sabía el viejo Aenos? ¡Nada, no era más que un farsante. Un impostor!*

*Pero al menos me desquité. Ese montoncillo de polvo que has tocado es Arakli*

*Aenos... ¡Y cómo chillaba el perro cuando le devolví forma y carne, y lo quemé con hierros candentes!¡Ja, ja, ja!*

Dumitru, horrorizado, retiró de inmediato los dedos de las «sales» y sacudió las manos como si también a ellas las hubieran quemado con hierros candentes, las sopló y se las restregó en la rústica tela de los pantalones. Se puso de pie y retrocedió para alejarse de las urnas rotas, pero tropezó con un estante que había detrás de él. Cayó de bruces al suelo, sobre el polvo y las sales, pero esto sirvió para aclarar un poco su mente perpleja. El dueño de la voz lo advirtió de inmediato, y redobló la presión.

*Tranquilo, tranquilo, hijo mío. Ah, ya veo. Tú piensas que te torturo sin ningún objetivo, simplemente por placer. Pero no, no es así, considero justo que conozcas la importancia de los servicios que me prestas. Tu ofrenda es cuantiosa: socorro, sustento, reaprovisionamiento. Y yo, a cambio, te concedo sabiduría..., aunque sea por un breve tiempo. Y ahora ponte de pie, yérguete, presta atención a mis palabras y haz lo que ellas te señalen.*

*Los muros, Dumiitruuu, ve hacia los muros. ¡Bien! Ahora recorre con tus ojos y con tus manos las pinturas. Mira y aprende.*

*He aquí un hombre. Nace, vive su vida y muere. Príncipe o campesino, santo o pecador, todos acaban igual. Ya los ves en los frescos: hombres piadosos y canallas avanzando sin pausa de la cuna a la tumba, lanzados desde el dulce y cálido instante de la concepción al helado y vacío abismo de la disolución. Al parecer, ésa es la suerte de todos los hombres: fundirse con la tierra, y que todo lo que han aprendido en vida se desperdicie, y sus secretos permanezcan en ellos para siempre...*

*Pero los restos de algunos hombres —como, por ejemplo, los del sacerdote griego—, debido a las características de su sepultura, permanecen intactos, y otros son quemados, y sus cenizas depositadas en urnas: ésos tampoco se confunden con la tierra, y permanecen puros. Allí están, algún que otro fragmento de hueso y un puñado de cenizas que encierran toda la sabiduría que poseían cuando paseaban sobre la tierra, todos los secretos de la vida y a veces los de la muerte —y tal vez los de estados intermedios entre una y otra— que se llevaron a la tumba. Todo perdido.*

*Ya sé, dirás tú, ¿y el conocimiento que contienen los libros, que se transmite oralmente, o se graba en las piedras? Un hombre instruido, si lo desea, puede legar sus conocimientos a los que vengan después por todos estos medios.*

*¿Pero qué dices? ¿Tablas de piedra grabadas? Si hasta las montañas sucumben a la erosión, y se sabe que épocas enteras han sido borradas para siempre. ¿La transmisión oral? Cuéntale a un hombre una historia, y cuando él la repita ya la habrá cambiado y después de veinte veces de ser contada puede que sea irreconocible. ¿Los libros? En un siglo se marchitan, en dos se vuelven frágiles y se rompen, en tres se convierten en polvo. No, no me hables de libros, son la cosa más perecedera que existe. Hubo una vez en Alejandría la biblioteca más maravillosa del mundo... ¿y dónde, dime, están ahora esos libros? Desaparecidos, Dumiitruuu, desaparecidos con los hombres de antaño. Pero, a diferencia de los libros, los hombres no son olvidados. No forzosamente...*

*¿Y si un hombre no desea que sus secretos se conozcan?*

*Pero dejemos este tema por el momento; mira, los frescos han cambiado. Y aquí hay otro hombre... En todo caso, démosle ese nombre. Pero es extraño, no fue concebido solamente por un hombre y una mujer. Puedes verlo por ti mismo: su padre es... ¿pero qué es esto? ¿Una serpiente? ¿Una babosa? Y la criatura produce un huevo, que el hombre recibe dentro de sí. Y ahora esta afortunada persona ya no es meramente humana, sino otra cosa. ¡Ah! Y mira... Este ser no muere, sino que continúa viviendo. Una y otra vez. Puede que para siempre.*

*¿Me sigues, Dumiitruuu? ¿Sigues las pinturas del muro? Sí, y a menos que esta*

*criatura tan especial sea asesinada por algún hombre brutal que tenga los conocimientos necesarios para poder hacerlo, o muera accidentalmente, cosa que suele ocurrir alguna vez, este ser vivirá eternamente. Claro que... tiene necesidades. No se alimenta como el resto de los hombres. No, él conoce mejores fuentes de alimentación. La sangre es la vida...*

*¿Sabes cómo se llama esta criatura, hijo mío?*

—Sí —respondió Dumitru, que parecía hablar al vacío de un recinto ocupado solamente por él—, sé los nombres que tienen los hombres como él. Los griegos los llaman «vrykoulakas», como ya lo has dicho antes; los rusos, «viesczy»; y nosotros, los Viajeros, los cíngaros, los llamamos «moroi», vampiros.

*Existe otro nombre* —dijo la voz—, *originario de una tierra muy, muy lejana en el espacio y en el tiempo. Es el nombre que ellos se dan a sí mismos: «wamphyri»* —y la voz hizo una pausa, quizá de reverencia.

*Y ahora, Dumiitruuu* —continuó luego—, *dime si sabes quién soy. Sí, ya sé que soy una voz que suena en tu cabeza, pero a menos que estés loco, la voz debe de tener un emisor. ¿Has adivinado mi identidad? ¿O quizá la conocías desde el primer momento?*

—Eres el Viejo —respondió Dumitru, como si masticara las palabras, la garganta reseca—. El no muerto, el patrón de los cíngaros Zirras, el que no muere. Eres Janos, el barón Ferenczy.

*Puede que seas un campesino, pero no eres un ignorante* —dijo la voz— *Sí, soy quien has dicho. Y tú estás a mis órdenes. Pero ante todo, una pregunta: en la tribu de Vasile Zirra, tu padre, ¿hay alguien que tenga cuatro dedos? Podría ser un niño, nacido hace poco tiempo, o quizás un extranjero que encontrasteis en uno de vuestros viajes, y deseaba unirse a la tribu.*

Algunos pensarían que era una pregunta muy rara, pero no Dumitru. Era parte de la leyenda: un día llegaría un hombre que, en lugar de los cinco dedos habituales, tendría sólo tres y el pulgar; habría nacido así, no los habría perdido en un accidente ni en una operación. Y ni siquiera parecería grotesco a la mirada de los demás.

—No —respondió sin vacilar Dumitru—. No ha venido.

La voz emitió un gruñido mental; Dumitru casi podía ver el gesto de impaciencia con que había encogido sus anchos, fornidos hombros.

*No ha venido* —repitió la voz de Janos Ferenczy—, *aún no ha venido.*

Pero... la actitud de la invisible presencia era cambiante; en un instante había olvidado su decepción y la sustituyó por un sentimiento de resignación.

*Y yo que le espero desde hace años. Pero, al fin y al cabo, ¿qué es el tiempo para los wamphyri?*

Dumitru no respondió. Al examinar las pinturas murales había llegado a una zona de la pared donde se veían escenas horripilantes. Los frescos eran como un tapiz, contaban una historia en imágenes, pero éstas parecían salidas de una pesadilla. En la primera, cuatro hombres sostenían a otro por sus extremidades, y un quinto torturador, ataviado con bombachos turcos, se inclinaba sobre el prisionero enarbolando una cimitarra, mientras el sexto hombre estaba arrodillado muy cerca, con un mazo y una aguda estaca de madera en las manos. En la escena siguiente, la víctima había sido decapitada y le habían clavado la estaca, que le mantenía sujeto al suelo, pero de su cuello salía algo que parecía una babosa gigante, o una serpiente, y los hombres aparecían echados hacia atrás y con una mueca de horror en los rostros. En el tercer fresco, los hombres habían rodeado a la extraña criatura con un círculo de antorchas y la estaban quemando, y también ardían en un pira la cabeza y el cuerpo del que había albergado a la criatura. En la cuarta y penúltima escena un sacerdote balanceaba su

incensario con una mano, y con la otra echaba las cenizas del vampiro en una urna. Se trataba, según cabe presumir, de un ritual de exorcismo, de purificación. Pero si lo era, era un error, no servía de nada.

En la última escena se veía la misma urna, y sobre ella volaba un negro murciélago, que se alzaba como el ave fénix de las cenizas. ¡El signo cabalístico de Ferenczy!

*Sí* —dijo Janos en la cabeza de Dumitru—, *pero esto no sucederá hasta el advenimiento del hombre de los cuatro dedos, el verdadero hijo de mis hijos. Porque sólo entonces podré escapar de un recipiente hacia el otro. Porque hay recipientes y recipientes, Dumiitruuu, y, algunos son de piedra...*

La mente del joven comenzaba una vez más a salir de la confusión. Vio de repente que la antorcha, que había puesto en un soporte de metal en la pared, estaba casi extinguida. La quitó y con movimientos temblorosos encendió otra, moviéndola un poco para que cogiera la llama. Y pasándose la lengua por los labios resecos, miró las interminables hileras de urnas y se preguntó en cuál de ellas estaría su torturador. ¡Qué fácil sería romperla, aventar las cenizas, y arrojar su antorcha contra los restos para ver si ardían por segunda vez! Janos no demoró en advertir la reaparición de la voluntad del cíngaro, ni en leer la amenaza en la mente que dominaba. Rió silenciosamente y dijo:

*¡Aquí no, Dumiitruuu, aquí no! ¿Quieres verme yacer entre la escoria? ¿Es que estas ideas de traición que escucho son tuyas? Claro que no llevarías nuestra sangre si no se te ocurrieran semejantes cosas —y* el demonio volvió a reír—. *Pero hiciste bien en encender otra antorcha; es mejor no dejar que la llama se apague, porque este lugar es terriblemente oscuro, Dumiitruuu. Además, aún hay una o dos cosas que quiero mostrarte, y necesitamos la luz. Mira a tu derecha, hijo mío, y verás una habitación. Cruza la arcada, y descubrirás mi verdadera madriguera.*

Si Dumitru hubiese intentado luchar consigo mismo, habría sido inútil; el dominio del vampiro sobre su mente era más vigoroso que nunca. Hizo lo que le decía, cruzó la arcada y entró en una habitación muy similar a las otras, excepto en los objetos que contenía. Aquí no había estantes llenos de ánforas ni frescos en las paredes; esto era más un lugar de estar que un depósito; en las paredes colgaban tapices, y el suelo estaba revestido de brillantes baldosas de cerámica verdes. En el centro, un mosaico realizado con baldosas mucho más pequeñas exhibía el profético blasón de los Ferenczy, y a un lado, cerca de la gran chimenea, se hallaba una antigua mesa de cedro negro.

Los tapices que colgaban de las paredes estaban en jirones, y con tanto polvo como en el resto de la cripta, pero había un detalle que no cuadraba. Sobre la mesa había papeles, libros, sobres, sellos diversos y lacre, plumas y tinta: objetos modernos si se los comparaba con todo lo que Dumitru había visto hasta ahora. ¿Eran las cosas de Ferenczy? El joven había supuesto que el Viejo estaba muerto —o no muerto—, pero todo esto parecía indicar lo contrario.

*No* —le contradijo la viscosa voz mental del barón—, *no son mías sino propiedad de un... llamémosle discípulo. Estudió mis hazañas, y quizás hasta se hubiera atrevido a estudiarme a mí. Conocía muy bien las palabras para llamarme, pero no sabía dónde encontrarme, ni siquiera sabía que yo estaba aquí. Pero, ¡ay!, creo que ya no existe. Lo más probable es que sus huesos estén en algún lugar arriba, entre las ruinas. Me gustaría muchísimo encontrarlo algún día, y hacer por él lo que él hubiera podido hacer por mí.*

Mientras la voz de Janos Ferenczy recordaba el pasado, Dumitru había ido hasta la mesa. En ella había cartas, pero no estaban escritas en una lengua que él pudiera leer. No obstante, pudo descifrar las fechas. Habían sido escritas hacía unos cincuenta años, y dirigidas a un tal M. Raynaud, de París, a Josef Nadek, de Praga, a Colin Grieve, de Edimburgo, y a Joseph Curwen, de Providence; sí, y a muchos otros en pueblos y

ciudades de diferentes países. Como lo atestiguaba la letra en los envejecidos papeles, todos esos nombres y direcciones habían sido escritos por la misma persona, un tal Mr. Hutchinson, o «Edw. H.», como firmaba con frecuencia.

En cuanto a los libros, no significaban nada para Dumitru. Era un campesino, por mucho que hubiera viajado y que conociera varias lenguas y dialectos. De modo que títulos como *Turba Philosophorum,* o *Thesaurus Chemicus,* de Bacon, o *De Lapide Philosophico* para él no querían decir nada.

Pero en el libro que todavía estaba abierto, y a pesar del espeso polvo que cubría sus páginas, Dumitru vio imágenes que sí tenían sentido, y éste era horripilante. Porque allí se mostraban hasta en sus menores detalles las torturas más terribles, más brutales. Los dibujos hicieron que Dumitru, a pesar de estar medio hipnotizado, retrocediera estremecido, intentando poner distancia entre él y las páginas. Un instante después, no obstante, los demás objetos de la habitación, que hasta ese momento no le habían llamado la atención, le atrajeron con fuerza irresistible; esto es, los grillos y las esposas que colgaban de gruesas cadenas de las paredes, algunos instrumentos atacados por la corrosión, tirados desordenadamente en un rincón, y varios braseros de hierro que aún guardaban las cenizas de antiguos fuegos.

Pero antes de que pudiera estudiar más detenidamente aquellos objetos —suponiendo que ésta hubiera sido su intención—, la viscosa voz burbujeó en su cabeza:

*Dime, Dumitru, ¿has tenido alguna vez sed, sed de verdad? ¿Has errado por un desierto, sin ver agua, ni la más remota señal de que la hubiera, y has sentido que tu garganta se convertía en una úlcera palpitante, que apenas dejaba pasar el aire que respirabas? Bien, es posible que vivieras una ocasión en la que te sentías seco como la sal, y quizá su recuerdo te ayude a comprender, aunque sólo parcialmente, cómo me siento yo ahora. Sólo en parte, porque tú nunca has sido como la sal. ¡Ah, hijo mío, si tan sólo pudiera describir mi sed!*

*Pero hablemos de otra cosa. Ahora estoy seguro de que comprendes en parte mis obras, lo que yo significo, mi poder y mi destino, y también que las necesidades de Alguien como yo tienen una importancia que está por muy por encima de la vida vulgar, de las vidas. Y ha llegado el momento de darte a conocer el misterio final, en donde ambos conoceremos el más exquisito éxtasis. Dumitru, entra en la gran chimenea.*

¿Entrar en una chimenea, en un hogar? Dumitru la miró y sintió el impulso de retroceder, pero no pudo. Enorme y ennegrecido por el fuego, el cañón de la chimenea tenía un metro veinte centímetros de ancho por un metro y medio de alto y estaba construido en forma de arcada; Dumitru tuvo que inclinarse apenas para entrar. Pero antes encendió otra antorcha; una pausa que Janos Ferenczy interpretó como un signo de duda.

*Rápido, Dumitru* —le urgió la horrible voz—, *mi necesidad es tal que ya no puedo soportarla, no puedes hacerme esperar.*

Dumitru entró en el hogar y sostuvo en alto la antorcha para iluminar el lugar. El cañón de la chimenea, amplio y ennegrecido por el fuego, se abría encima de su cabeza, levemente torcido. El joven miró hacia arriba, esperando ver una luz, pero no había más que oscuridad. Esto no era extraño: el cañón de la chimenea tenía seguramente varias desviaciones antes de llegar a la superficie, y en la zona superior, además, debía de estar obstruido por las ruinas.

Dumitru inspeccionó el lugar con la antorcha, y vio unos peldaños de hierro en la parte de atrás del conducto. En sus días de gloria, las chimeneas del castillo necesitaban una limpieza de cuando en cuando. Con todo, no había la acumulación de hollín que era de esperar; aparte de unas quemaduras superficiales, la chimenea no parecía haber sido muy utilizada.

*Sí, sí que ha sido usada, hijo mío* —dijo con una risa obscena la incorpórea voz de Janos Ferenczy—, *Ya lo verás, ya lo verás. Pero ante todo, apártate un poco hacia el costado. Antes de que tú asciendas, hay otros que deben descender. Mis pequeñas mascotas, mis pequeños amigos...*

Dumitru se aplastó contra el muro lateral y se oyó un ruido de alas, aumentado por el cañón de la chimenea hasta parecer un rugido, y una colonia de pequeños murciélagos, cuyos cuerpos formaban una columna casi sólida, descendió por el conducto y se dispersó por las criptas subterráneas. Durante unos momentos, que a Dumitru le parecieron muy largos, no dejaron de salir murciélagos, y el joven empezó a pensar que aquello no acabaría nunca, pero por fin el rugido se hizo más y más débil, salieron unos pocos animales rezagados y después volvió el silencio.

*Sube ahora* —dijo Ferenczy, y se aferró con más fuerza a la mente de su esclavo.

Los peldaños eran anchos y poco profundos, había unos treinta centímetros de distancia entra cada uno de ellos y el siguiente, y estaban firmemente embutidos en el enlucido que unía las piedras. Dumitru descubrió que podía sostenerse para subir con una sola mano, y con la otra llevar la antorcha. Después de nueve o diez peldaños, la chimenea se hizo mucho más estrecha, y unos diez escalones más adelante describió una curva de unos cuarenta y cinco grados y se convirtió en poco más que un estrecho cañón ascendente. Poco más adelante, desaparecieron los peldaños de hierro y fueron reemplazados por estrechos escalones de piedra. Poco después, el «suelo» se volvió completamente horizontal y el techo gradualmente alcanzó una altura de alrededor de tres metros y medio.

Dumitru se encontró ahora en un estrecho corredor de no más de noventa centímetros de ancho y un largo imposible de determinar. Una sensación de horror se apoderó de él, y le hizo que se detuviera. Temblando, bañado en un sudor helado, el corazón latiendo en su pecho como un pájaro atrapado, el joven alzó su antorcha. Adelante, entre las sombras que no alcanzaba a despejar la débil luz, un par de ojos triangulares —feroces ojos de lobo—, parecían flotar cerca del suelo, y relampaguearon reflejando la luz temblorosa de la antorcha. Los ojos estaban fijos en Dumitru.

*Es un viejo amigo mío, Dumiitruuu* —la voz de Janos Ferenczy se deslizó en la mente del joven como un lodo incorpóreo—. *Igual que los cíngaros, él, sus descendientes y todos los de su raza me han guardado durante muchos años. Si no fuera por estos lobos, más de un curioso se atrevería a invadir mi morada. ¿Te ha asustado? ¿Creíste que él estaba más arriba, y a tus espaldas, y te sorprendió encontrártelo delante? ¿Pero no te das cuenta de que éste es mi refugio? Y muy malo sería si en él sólo se pudiera entrar o salir por una sola vía. Si sigues este pasadizo, verás que acaba en una cueva en la ladera de la montaña. Claro que no tendrás que ir tan lejos...*

La voz no se molestó en disimular la amenaza. Ferenczy ahora obtendría lo que le era debido. Su garra se cerró implacable sobre la mente y la voluntad del joven, y el barón ordenó con voz helada:

*Sigue.*

Más allá del joven, el gran lobo se dio la vuelta y continuó con largos pasos hasta que su sombra gris se fundió en la oscuridad. Dumitru le siguió con pasos inseguros; el corazón le latía tan fuerte que el joven pensó que oía el zumbido de su sangre en las venas como se oye el mar en el hueco de una caracola. Y él no era el único que lo oía...

*¡Ah, hijo mío, hijo mío!—la.* voz era un gorgoteo de monstruosa esperanza, de deseo sin límites—. *Tu corazón salta en el pecho como un ciervo herido por un rayo. ¡Cuánto vigor, cuánta juventud! Pero ten la seguridad de que lo que te da tanto miedo está a punto de concluir, Dumiitruuu...*

El pasadizo se ensanchó; a la izquierda de Dumitru el muro continuaba como

antes, pero a la derecha una depresión, una especie de trinchera corría paralela, cavada en la sólida roca, y se hacía más profunda a cada paso que daba el joven. Dumitru alzó la antorcha sobre el borde y miró hacia abajo, y en lo más profundo del foso vio... la boca y el estrecho cuello de una urna negra, medio enterrada en la oscura tierra.

La abertura de la urna —como una boca de labios salientes, que parecían expandirse y contraerse en una mueca horrible a la luz temblorosa de la antorcha— estaba a poco más de un metro por debajo del sendero donde se encontraba Dumitru. Atrás de la urna, el suelo de roca de la trinchera había sido excavado en forma de V, y descendía suavemente como un canalón hasta la boca del recipiente, donde se estrechaba hasta adquirir la forma de un pitorro que penetraba en los labios; en la dirección contraria, el gran canalón en forma de V ascendía suavemente y se perdía en las sombras. Parecía una de esas tuberías que juntan el agua de la lluvia y la vierten dentro de un tonel, y, tal como una tubería, estaba manchado por el líquido que había corrido en él...

Dumitru permaneció de pie y tembloroso durante unos instantes, sin comprender del todo lo que veía, pero sabiendo intuitivamente qué era, sabiendo que aquel artilugio era la verdadera encarnación del mal. Y mientras exudaba un helado y viscoso sudor, y sentía que su cuerpo temblaba sin cesar, la voz de su torturador resonó una vez más en su mente confusa.

*Adelante, hijo mío* —le urgió la terrible voz—, *uno o dos pasos más, Dumitru, y todo te será revelado. Pero ten cuidado, mucho cuidado, no te desvanezcas, ni te caigas del sendero.*

Dos pasos más, los ojos fijos en aquella terrible urna, sin pestañear siquiera, y Dumitru pudo ver el lugar donde terminaba el foso: un espacio apaisado, como una tumba abierta. Y cuando la luz de la antorcha lo iluminó, vio lo que contenía.

¡Púas! Afiladas garras de hierro herrumbrado, que llenaban aquel espacio de borde a borde. Había al menos tres docenas... y Dumitru supo para qué servían, y comprendió en aquel instante el objetivo de Ferenczy.

*¿Qué? Ja, ja, ja!* —la horrible risa, aunque no resonó en sus oídos, llenó su mente—. *¿De modo que al final habrá una batalla de voluntades, hijo mío?*

¿Una batalla de voluntades? Dumitru endureció la suya, luchó por el dominio de su mente, de sus jóvenes y poderosos músculos. Y exclamó:

—¡Yo... no... me mataré por ti..., viejo demonio!

*Claro que no lo harás, Dumiitruuu. Ni siquiera yo puedo convencerte de ello contra tu voluntad. La persuasión tiene sus límites. No, hijo mío, no te matarás. Te mataré yo. ¡Y ya lo he hecho!*

Dumitru sintió de repente que había recuperado sus fuerzas, que su mente estaba por fin libre de los grilletes de Ferenczy. Se pasó la lengua por los labios resecos, miró a uno y otro lado. ¿Por dónde escapar? Hacia adelante, en algún lugar un gran lobo aguardaba. Pero él todavía tenía su antorcha y la llama haría retroceder al animal. Y detrás de él...

Y desde atrás el aire, de repente, se agitó como en un vendaval, sacudido por miríadas de alas. ¡Los murciélagos!

Dumitru se sintió agobiado por la terrible claustrofobia que le provocaba el lugar. Percibió con claridad que, incluso sin los murciélagos, cuyo regreso parecía inminente, nunca tendría valor suficiente como para desandar el camino que había hecho y descender por los escalones de la falsa chimenea, y luego cruzar las criptas del castillo con sus urnas funerarias, y volver a subir la resonante escalera de piedra rumbo al mundo exterior. No, sólo había un camino a seguir, hacia adelante, hacia aquello que le aguardaba. Y cuando llegaron volando los primeros murciélagos, el joven se lanzó a

correr por el estrecho borde de piedra.

¡Que de repente se inclinó bajo su peso! Y:

*¡Ajá!* —dijo la horrible voz en su cabeza, ahora con tono triunfal—. *¡Pero si un lobo, aunque sea muy grande, pesa menos que un hombre ya crecido, Dumiitruuu!*

Frente al foso lleno de púas, el muro y el estrecho sendero de piedra se inclinaron noventa grados y arrojaron a Dumitru sobre los aguzados hierros. El joven comenzó a lanzar un grito de comprensión y horror combinados, pero enmudeció cuando las púas le atravesaron el cráneo, y la columna vertebral, y casi todos los órganos vitales, aunque no el corazón. Éste, que todavía latía, continuó bombardeando la sangre, bombeándola a través de las múltiples heridas del cuerpo empalado del joven que se retorcía sobre los hierros del foso.

*¿No te había dicho que sería el éxtasis, Dumiitruuu? ¿Y no te había dicho que te mataría?*

Las palabras de regocijo del monstruo llegaron flotando en medio de la agonía del joven, pero débiles y desvaídas, como la agonía misma. Y éste fue el último tormento, la burla final de Janos Ferenczy, porque Dumitru ya no podía escucharle.

Pero Janos no se sintió molesto. No, porque ahora debía ocuparse de algo mucho más importante, debía saciar una antigua sed. Al menos hasta la siguiente ocasión.

La sangre corrió por el canalón en forma de V, y saltó del pitorro a la boca de la urna para mojar lo que fuera que había en el interior. Antiguas cenizas, sales —los elementos químicos de un hombre, de un monstruo— la absorbieron, burbujearon y se hincharon con ella, humearon y ardieron sin llama. La reacción química fue tal que los obscenos labios de la urna casi parecieron eructar...

El gran lobo regresó poco rato después. Pasó bajo los murciélagos, que se habían apelotonado y construido un cielo raso de piel viva, avanzó con cautela por el tramo donde el móvil suelo y el muro del corredor habían retornado a su posición inicial y se detuvo a contemplar la urna, ya silenciosa.

Y luego... gimió y saltó al foso, trepó por el canalón de piedra arriba de la urna, y se deslizó tímidamente por entre las púas hasta una zona despejada al final de la zanja. Allí se giró y comenzó a liberar el desangrado cuerpo de Dumitru de las púas, retirándolo con cuidado de una en una.

Cuando terminó, saltó del foso, que en este lugar no era profundo, y sacó luego el cadáver, arrastrándolo hasta el «Sitio de los muchos huesos», donde podría alimentarse a placer. El viejo lobo estaba familiarizado con esta rutina. Había realizado esta tarea en varias ocasiones. Y antes que él, su padre había hecho lo mismo. Y el padre de su padre. Y el padre del padre del padre de...

# Capítulo dos

*Los buscadores*

Savirsin, Rumania. La tarde del primer viernes de agosto de 1983, en la posada situada en la empinada ladera de la montaña, en el extremo este de la población, donde la carretera sube con numerosas curvas en horquilla y desaparece entre los pinos.

Tres jóvenes americanos, con aspecto de turistas, estaban sentados alrededor de una vieja mesa redonda, ennegrecida por el tiempo, en un rincón del bar. Vestían de *sport,* uno de ellos fumaba un cigarrillo, y bebían la cerveza del lugar, no demasiado fuerte pero amarga y muy estimulante.

Junto a la barra, un par de serranos, cazadores que llevaban unos rifles tan viejos que podían ser considerados antigüedades, se habían reído, dado palmadas en la espalda y jactado de sus hazañas —y no sólo en la captura de animales— durante aproximadamente una hora, cuando en el rostro de uno de ellos apareció de repente una expresión de sorpresa; el hombre se apartó de la barra y jurando por lo bajo salió dando tumbos hacia la penumbra del exterior. Dejó el rifle apoyado en la barra, y el tabernero lo cogió con bastante cautela, lo guardó y continuó lavando y secando los vasos usados por los parroquianos.

El compañero de copas del que se había marchado —y compañero de delitos, o de lo que fuere—, se rió de manera aún más estridente, golpeó con fuerza la barra, se bebió el aguardiente de ciruelas de su amigo y el propio y miró a su alrededor buscando diversión. Y, claro está, observó a hurtadillas a los americanos, que charlaban. En verdad, y sin que el hombre lo supiera, hasta este momento él había sido el tema de la conversación del grupo.

El hombre pidió otra bebida para él, una ronda para la mesa de lo mismo que estaban bebiendo, y también invitó al tabernero, y se dirigió hacia la mesa de los turistas. El tabernero, antes de llenar los vasos, cogió también su rifle y lo guardó junto al de su compañero.

—Gogosu —gruñó el viejo cazador, señalándose el pecho—. Emil Gogosu. ¿Y ustedes? *Touristi,* ¿no?

El hombre hablaba el dialecto rumano de la zona, que se parecía un poco al húngaro. Los tres americanos le sonrieron, aunque dos de ellos lo hicieron con bastante cautela. Pero el tercero tradujo sus palabras a los otros, y le respondió rápidamente.

—Sí, somos turistas. Americanos, de los Estados Unidos. Siéntese, Emil Gogosu, y hable con nosotros.

El cazador, sorprendido, le dijo:

—¿Pero usted habla nuestra lengua? Debe de ser el guía de esos dos. Un buen trabajo, ¿verdad?

El joven rió.

—No, no, estoy con ellos. Yo también soy americano.

—Imposible —declaró Gogosu mientras se sentaba—. Nunca había oído algo semejante, un extranjero que habla nuestra lengua. Usted me está tomando el pelo.

Gogosu era un típico campesino rumano. Su cara era morena, de tez curtida por la intemperie, espeso bigote en forma de manubrio de bicicleta, teñido de amarillo en el medio por el humo de la pipa, largas patillas que le llegaban casi al labio superior y

penetrantes ojos grises bajo pobladas cejas, aún más grises. Llevaba una remendada chaqueta de cuero con un cuello alto que abotonaba hasta la garganta, y debajo una camisa blanca de mangas largas. Su *caciula,* o gorra de piel, estaba firmemente sujeta bajo la charretera derecha de su chaqueta; una bandolera medio llena pasaba bajo la charretera izquierda, y le cruzaba el pecho en diagonal. Un ancho cinturón de cuero con un cuchillo de caza y su correspondiente funda y varios bolsillos, sostenía los pantalones de una tela rústica, que Gogosu usaba con las bocamangas metidas dentro de las botas de cuero de cerdo. Era un hombre pequeño, pero se le veía vigoroso y resistente. Y era un tipo muy pintoresco.

—Hablábamos de usted —le dijo el intérprete.

—¿De mí? —Gogosu les miró de uno en uno—. ¿Por qué? ¿Acaso les parezco un tipo curioso?

—Al contrario, despierta nuestra admiración —respondió el astuto americano—. A juzgar por su aspecto, es un cazador, y suponemos que muy bueno. ¿Conoce usted bien esta región, estas montañas?

—Nadie las conoce mejor que yo —declaró Gogosu; pero él también era astuto, y sus ojos se entrecerraron en una expresión suspicaz cuando preguntó—: ¿No estarán ustedes buscando un guía?

—Podría ser, podría ser —asintió el americano—. Pero los hay de muchas clases. Hay guías que cuando pedimos que nos enseñen un castillo en ruinas en una montaña, prometen el oro y el moro. ¡Juran que nos llevarán al verdadero castillo de Drácula! Y luego nos conducen hasta un montón de piedras que parecen las ruinas de una pocilga. Porque nosotros, Emil Gogosu, estamos interesados en ruinas; para fotografiarlas, para llevarlas al cine, nos interesa su atmósfera, el misterio que las rodea.

El tabernero trajo las bebidas y Gogosu se bebió la suya de un sorbo.

—¡Ah! ¿Entonces quieren hacer una película? Una de ésas con el viejo vampiro en su castillo, persiguiendo chicas de tetas saltarinas. Sí, yo también las he visto. A las películas, quiero decir, no a las chicas; en estos montes perdidos no se ven tetas saltarinas, a lo sumo un par de limones marchitos. Pero las películas las he visto en Lugoj, pues allí tienen un cine. De modo que eso es lo que buscan, ¿no? Ruinas...

El campesino, extrañamente, a pesar del aguardiente que acababa de beber, parecía estar más sobrio. Sus ojos enfocaban mejor, su mirada era mucho más fina cuando estudió uno por uno a los americanos. Primero el intérprete. Un tipo raro ése, con su conocimiento del idioma. Alto, más de un metro ochenta, de piernas largas, caderas estrechas y espaldas anchas. Y ahora que Gogosu lo miraba más de cerca, advirtió que no era solamente americano. No, no era un americano puro.

—¿Cómo se llama usted? ¿Cuál es su nombre? —El cazador cogió con fuerza la mano del joven, pero éste se soltó de inmediato y escondió la mano bajo la mesa.

—George, George Vulpe —respondió.

—¿Vulpe? —el cazador soltó una risotada, y dio tal golpe a la mesa que los vasos bailaron—. He conocido unos cuantos Vulpe, pero ningún George. ¿Cómo se puede tener ese nombre con un apellido como Vulpe? Vamos, hablemos francamente, usted quiere decir *Gheorghe,* ¿no es verdad?

Los ojos oscuros del otro parecieron oscurecerse aún más, y su mirada se volvió pensativa, pero al cabo de un instante cambiaron de expresión, y respondieron con una sonrisa a la sonrisa de los ojos grises de su inquisidor.

—Usted es muy listo, Emil —dijo por fin el dueño de los ojos oscuros—. Y no se le escapa nada. Sí, fui rumano hace mucho tiempo. Podría contarle mi historia, pero no tiene...

El viejo cazador continuaba estudiándole.

—Cuéntela, de todos modos —dijo sin dejar de mirarle; el joven se encogió de hombros y se echó hacia atrás en la silla.

—Yo nací aquí, a la sombra de estas montañas —dijo con una voz que poseía la misma engañosa suavidad de su boca; sonrió, y se entrevieron sus dientes perfectos.

«Perfectos como deben de ser los de un hombre que sólo tiene veintiséis o veintisiete años», pensó Gogosu.

—Nací aquí —repitió Vulpe—, pero todo eso ahora no es más que un recuerdo borroso. Mis padres eran Viajeros, y eso explica mi apariencia. Usted me reconoció por el color moreno de mi piel, ¿verdad? Y por mis ojos negros.

—Sí —asintió Gogosu—. Y por los finos lóbulos de sus orejas, que quedarían muy bien con un pendiente de oro. Y por su frente despejada y su mandíbula lobuna, que se dan con frecuencia entre los cíngaros. Sí, para un hombre que sepa ver, su origen es evidente. ¿Y qué sucedió luego?

—¿Qué sucedió? Mis padres se mudaron a una ciudad, se establecieron, se convirtieron en «obreros» y dejaron de ser unos zánganos.

—¿Y usted de verdad piensa que eran zánganos?

—No, pero lo piensan las autoridades. Les asignaron un piso en Craiova, junto a la nueva estación de ferrocarril. Las paredes estaban llenas de grietas por las vibraciones de los trenes; el enlucido se caía a pedazos; el agua del lavabo del piso de arriba se filtraba al nuestro..., pero ellos decían que era bastante bueno para unos zánganos que huían del trabajo. Y hasta que cumplí los once años yo jugaba junto a las vías. Y una noche un tren descarriló. Se cargó una pared de nuestra casa, y todo el edificio se vino abajo. Yo tuve suerte y sobreviví, pero mi familia murió. Y durante mucho tiempo pensé que habría sido mejor que yo también hubiera muerto, porque me había roto la columna vertebral, y era un inválido. Pero luego alguien oyó hablar de mí, y hubo en aquella época un plan de intercambio de médicos y de pacientes entre clínicas de rehabilitación de los Estados Unidos y de Rumania, y como yo era huérfano me dieron prioridad. No estaba mal para un zángano, ¿verdad?... De modo que fui a los Estados Unidos, y me curaron. Y no sólo eso, sino que los americanos también me adoptaron. Bueno, una pareja de americanos. Y como yo sólo era un niño, y no tenía familia en Rumania, las autoridades permitieron que me quedara en los Estados Unidos.

—¡Ah! Y ahora usted es americano —observó Gogosu—. Bien, le creo, pero es muy raro que los gitanos abandonen la carretera. A veces los echan del campamento, se separan de su grupo y siguen por su cuenta (ya sabe, a causa de una discusión, casi siempre por una mujer o por un caballo), pero casi nunca se establecen en las ciudades. ¿Qué pasó con sus padres? ¿El rey de los gitanos se enfadó con ellos, o alguna cosa por el estilo?

—No lo sé, yo sólo era un niño —respondió Vulpe—. Quizá sentían miedo por mí. Yo era un chiquillo muy débil, un pequeñajo insignificante. De todas formas, abandonaron el campamento la noche en que yo nací, se afanaron para que nadie pudiera descubrir dónde habían ido, y nunca más regresaron.

—¿Conque un pequeñajo insignificante? —Gogosu miró a Vulpe de arriba abajo—. Bueno, ahora nadie lo diría. ¿Y dice que se preocuparon por no dejar rastros? Eso lo explica todo. Seguro que tuvieron problemas en el campamento. Apostaría a que su padre y su madre eran amantes en secreto, y que ella estaba prometida a otro. Y luego apareció usted, y su padre la raptó. Sucede a veces.

—Esa es una historia muy romántica —dijo Vulpe—. Pero quién sabe...; puede que usted esté en lo cierto.

—¡Por Dios, que ignorantes somos! —estalló de repente Gogosu, y llamó al tabernero—. Nosotros hablando sin parar en nuestra antigua lengua, y sus dos

compañeros sin enterarse de nada. Ahora permítame que les invite a otra ronda, y después usted nos presentará. Quiero conocerles a todos, y que me digan en qué puedo servirles, y también quiero que me digan cuánto me pagarán si les llevo hasta unas ruinas *auténticas.*

—Ahora invitamos nosotros, y no quiero discusiones al respecto —dijo Vulpe—. ¿Pero espera que bebamos a la par de usted, Emil Gogosu? Si no va más lento, nos tendrá a todos borrachos y tirados bajo la mesa y no podremos llegar a ningún acuerdo. Y en cuanto a las presentaciones, eso está hecho.

Vulpe puso la mano sobre el hombro del americano que tenía más próximo.

—Este grandullón es Seth Armstrong, de Texas. Como puede ver, Emil, allí hacen los hombres muy altos, quizá porque Texas es un estado muy grande. ¡Es tres veces más grande que Rumania!

Gogosu se mostró impresionado. Estrechó la mano de Armstrong y lo miró de arriba abajo.

El tejano era grande y huesudo, de ojos azules y sinceros en un rostro de expresión honrada, pelo escaso y rubio, y brazos y piernas delgados y largos como pértigas. Tenía la nariz larga; la boca, grande y expresiva; y la barbilla, gruesa y con una sombra de barba. Con una estatura que no llegaba a los dos metros por apenas dos o tres centímetros, Armstrong, incluso sentado, sobrepasaba a los otros por una cabeza.

—Sí que debe de ser grande Texas para que quepan hombres como éste —dijo el cazador.

Vulpe tradujo, y luego señaló con la cabeza al tercer miembro del grupo.

—Éste es Randy Laverne, de Madison, en Wisconsin. Puede que allí no haya tantas montañas como en Rumania, pero le aseguro que el frío es igual de terrible.

—¿Frío? Bueno, no creo que a este señor le moleste mucho, con toda esa carne tan buena que le abriga los huesos. Se la envidio, y le envidio todas las buenas comidas que hizo para tenerla, pero no le servirá de mucho para subir a las montañas. Yo, en cambio, me pego a las rocas como el musgo, en lugares donde a él le arrastraría la fuerza de gravedad.

Vulpe tradujo y Laverne rió de buena gana. Era el más joven y el más pequeño —o al menos el más bajo— de los tres: tenía veinticinco años, el rostro salpicado de pecas, muchos kilos de más y estaba constantemente hambriento. Su cara era redonda; su pelo, rojo y ondulado; tenía los ojos verdes y sonrientes, y las arruguitas de la risa aparecían con frecuencia en los ángulos de su boca y en las comisuras de los ojos. Pero no era un hombre blando: sus enormes manos eran increíblemente fuertes, heredadas de su padre, un herrero.

—Muy bien —dijo George Vulpe—, ahora ya nos conocemos. Mejor dicho, usted nos conoce a nosotros. ¿Y usted, Emil? Sabemos que es un cazador, sí, pero ¿qué más?

—Nada más —respondió Gogosu—. No necesito ser nada más. Tengo una casita y una mujer en Ilia. En verano cazo jabalíes y vendo la carne a los carniceros y las pieles a los sastres y a los zapateros; en invierno mato algunos zorros y vendo las pieles, y cuando aparece algún lobo me pagan para que lo mate. Y así me gano la vida... apenas. Y ahora tal vez seré guía. ¿Y por qué no? Conozco las alturas tan bien como las águilas que anidan en ellas.

—¿Y el misterioso castillo en ruinas? ¿También nos puede llevar hasta él?

—Los castillos abundan —respondió Gogosu—. Pero usted me dijo que hay guías y guías. Y tiene razón: cualquiera puede mostrarle unos cuantos peñascos y llamar a eso castillo. ¡Pero yo, Emil Gogosu, puedo mostrarle un verdadero castillo!

Armstrong y Laverne comprendieron lo que decía y se entusiasmaron.

Armstrong dijo, con su fuerte acento tejano:

—George, cuéntale lo que realmente estamos haciendo aquí. Dile que estaba muy cerca de la verdad cuando habló de Drácula y de los vampiros.

—En América —le explicó Vulpe al cazador—, Transilvania y los *Carpati Meridionali* son muy famosos. En realidad, lo son en todo el mundo. Y no son su gran belleza o su aislamiento la causa de esa fama, sino sus mitos y leyendas. Usted ha mencionado a Drácula, mito cuyos orígenes se remontan al cruel Vlad de la antigüedad, ¿pero no sabe que todos los años cientos de turistas visitan la tierra del gran Drakul y los castillos donde se dice que moraba? Todo este asunto es un gran negocio, y nosotros pensamos que puede ser todavía más grande.

—¡Bah! Este país es un semillero de viejas supersticiones y leyendas —respondió Gogosu—. Y la del empalador Vlad es sólo una entre muchas. —El hombre se inclinó hacia adelante y continuó hablando en voz baja—: Yo podría llevarlos a un castillo antiguo como las montañas, una fortaleza en ruinas tan temida que ni siquiera hoy se atreve nadie a visitarla, y se alza solitaria en un sitio al que no lleva ningún camino, secreta y resguardada por peñascos embrujados.

Después de que Vulpe tradujera sus palabras, Randy Laverne exclamó:

—¡Vaya, vaya! —y luego, con voz más contenida, preguntó—: ¿Pero tú crees que dice la verdad?

El cazador sabía muy bien lo que decía, y le pidió a Vulpe que tradujera su respuesta a Laverne:

—Dígale a su compañero que al último hombre que me llamó mentiroso lo maté de un tiro en la espalda. Y dígale también que esas ruinas que yo conozco han estado siempre guardadas por un gran lobo gris, y también lo están en la actualidad. Y yo puedo decírselo con total certeza, porque he intentado matarlo.

Vulpe comenzó a traducir, pero en medio de su perorata el cazador comenzó a reír.

—¡Eh, eh, no se ponga tan serio! —dijo—. Y no den mucho crédito a mis amenazas tampoco. Pero lo que les he contado del castillo, aunque parezca increíble, es verdad. Paguen por mi tiempo y mi trabajo, y podrán verlo con sus propios ojos. Bien, ¿qué me responden?

Vulpe hizo un gesto con la mano, indicándole que tuviera un poco de paciencia, y Gogosu miró con curiosidad la extremidad del americano antes de que éste la retirase. Ya antes, cuando la cogió durante un momento, le había parecido extraña. Y también había notado algo raro cuando Vulpe cogió a Armstrong por el hombro. Además, daba la impresión de que Vulpe se avergonzaba de sus manos e intentaba mantenerlas fuera de la vista de los demás.

—No tan deprisa —dijo el joven exiliado rumano—. Veamos antes si estamos hablando del lugar apropiado.

—¿El lugar apropiado? —se sorprendió Gogosu—. ¿Y cuántos lugares como ése piensan ustedes que existen?

—Quiero decir que antes queremos comprobar si hemos oído hablar de su castillo —explicó Vulpe.

—No lo creo. No lo encontrará en ningún mapa moderno, de eso puede estar seguro. Sospecho que las autoridades piensan que si no se ocupan de él, si le ignoran durante largo tiempo, acabará por desaparecer. No, estoy seguro de que ustedes no han oído hablar de ese lugar.

—Está bien, pero, de todas maneras, vamos a comprobarlo. Como usted sabe, las hazañas, los territorios y la historia de Drácula (estoy hablando del príncipe de Valaquia que dio su nombre a Drácula) están registrados por las crónicas de la época y son absolutamente ciertos. Un inglés utilizó hechos verdaderos para escribir una ficción, y

así surgió la leyenda. Y luego un francés muy conocido también escribió acerca de un castillo en los Cárpatos, y probablemente dio también origen a una o dos leyendas más. Y finalmente fue un americano quien hizo lo mismo.

»La cuestión es que este americano (su nombre no significaría nada para usted) se ha hecho famoso. Si nosotros pudiéramos encontrar su castillo... ¡sería tan importante como la historia de Drácula! ¿Turistas? ¡Entonces sí que vería *touristi* en cantidad, Emil Gogosu! Y usted hasta podría ser el jefe de los guías..., si le interesara.

Gogosu se mordisqueó el bigote.

—¡Ja! —exclamó, pero los ojos le brillaban, y en su rostro apareció una expresión de codicia. Se frotó la nariz, y por fin dijo—: Muy bien. ¿Qué desean saber? ¿Y cómo sabremos que el castillo que yo conozco y el que ustedes están buscando son el mismo? ¿Cómo?

—Puede que eso sea más sencillo de lo que usted se imagina —respondió Vulpe—. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo hace que su castillo está en ruinas?

—Voló mucho antes de que yo naciera —respondió Gogosu encogiéndose de hombros, y se sorprendió al ver que Vulpe se sobresaltaba—. ¿Qué sucede?

Pero el americano ya estaba traduciendo para sus compañeros, que le miraban pasmados. Vulpe terminó de traducir y se dirigió otra vez al cazador.

—¿Ha dicho «voló»? ¿Quiere decir que..., que estalló?

—Sí, o lo bombardearon —respondió Gogosu frunciendo el entrecejo—. Cuando un muro se derrumba, cae, pero algunos de los muros del castillo volaron por el aire, fueron lanzados a gran distancia.

Vulpe estaba ahora sumamente interesado, pero se esforzó por disimularlo.

—Y ese castillo, ¿tiene nombre? ¿Quién era su dueño antes de que se derrumbara? Eso es muy importante.

Gogosu adoptó una expresión pensativa, se golpeó la frente con un dedo, se recostó en la silla, y finalmente dijo que no con la cabeza.

—El padre de mi padre tenía unos mapas muy antiguos —dijo—, y allí estaba el nombre del lugar. Yo lo vi por primera vez en esos mapas y decidí ir a conocerlo. Pero su nombre..., su nombre se me ha olvidado.

Vulpe tradujo sus palabras.

—¿Era un mapa como éste? —preguntó Armstrong y sacó una reproducción de un antiguo mapa rumano que desplegó sobre la mesa. El papel se mojó un poco con la cerveza, pero el daño no era serio.

—Sí, como éste —asintió Gogosu—. Pero más antiguo, mucho más antiguo. Y éste sólo es una reproducción. Déjeme ver —Gogosu estudió el mapa—. No, no aparece aquí, mi castillo no aparece. Hay un espacio en blanco. Bueno, es comprensible, el lugar es muy siniestro. Ya se lo dije, a todos les gustaría olvidarlo: ¿Leyendas? ¡No puede ni imaginárselas! ¡Ahhh! —y Gogosu se recostó en el asiento y se apretó la cabeza entre las manos.

—¡Por Dios! —se sobresaltó Laverne—. ¿Le pasa algo?

—No, estoy bien, estoy bien —dijo Emil Gogosu—. Ahora lo recuerdo, Gheorghe —dijo el cazador dirigiéndose a Vulpe—. Era... Ferenczy.

Vulpe y sus compañeros se quedaron boquiabiertos.

—¡Por Dios! —repitió Laverne, esta vez casi en un susurro.

—¿El castillo Ferenczy? —preguntó Armstrong, inclinándose hacia adelante y cogiendo al cazador por el brazo.

—Sí —asintió Gogosu—. Ése era su nombre. Y es el castillo que ustedes buscan, ¿verdad?

Vulpe y sus compañeros se miraron, poco menos que estupefactos.

—Sí —respondió finalmente Vulpe—, es el castillo que buscamos. ¿Nos llevará usted hasta allí? ¿Mañana?

—Pueden estar seguros de que les llevaré —dijo Gogosu—, ¡si me pagan! —y miró las manos de Vulpe, que sujetaba el mapa sobre la mesa.

Vulpe advirtió la dirección de la mirada del cazador, pero en esta ocasión no intentó ocultar las manos, y se limitó a alzar una ceja en un gesto de interrogación.

—¿Fue un accidente? —preguntó el rumano—. Si es así, se las han arreglado muy bien.

—No —respondió Vulpe—, no fue un accidente. Es de nacimiento. Mis padres me enseñaron a mantenerlas siempre escondidas. Y aún sigo haciéndolo, salvo delante de mis amigos...

El sol, a causa de las montañas, pareció salir un poco más tarde; pero cuando por fin se alzó en el cielo, el calor fue intenso de inmediato. A las ocho y media los tres americanos esperaban a Gogosu en el polvoriento camino junto a la posada, con las mochilas en el suelo y cubiertas las cabezas con gorras de viseras oscuras para protegerse del sol. El viejo cazador les había dicho que pasaría a «recogerlos» a esa hora, aunque no estaban seguros de qué era lo que quería decir con «recogerlos».

Randy Laverne había terminado un botellín de cerveza y lo había dejado a un lado del umbral de la posada cuando oyeron el ruidoso traqueteo de un autocar local. Estos eran tan escasos que su llegada constituía un acontecimiento digno de ser fotografiado, y Seth Armstrong cogió su cámara y comenzó a hacer fotos del vehículo a medida que éste se aproximaba a la posada por la serpenteante carretera.

El autobús era un artefacto muy peculiar: grandes ruedas sin guardabarros, un capó que vibraba incesante sobre el estrepitoso motor, y las ventanas sucias de salpicaduras e insectos. El cristal del conductor estaba especialmente embadurnado con las vísceras de cientos de insectos suicidas, y Emil Gogosu, asomado a una de las puertas delanteras con una gran sonrisa en el curtido rostro, les señaló mediante gestos que debían subir.

El vehículo se detuvo; el conductor sonrió y sostuvo en alto un rollo de billetes de color pardo. Gogosu se apeó y ayudó a los americanos a depositar sus mochilas en el portamaletas que había en la parte superior del antiguo autocar. Después subieron, pagaron los billetes y se desplomaron en los durísimos asientos mientras el conductor aprovechaba que iban cuesta abajo para ahorrarle trabajo al motor.

George Vulpe iba sentado junto a Gogosu.

—Muy bien —dijo cuando recobró el aliento—, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—Primero, mi paga —dijo el cazador.

—Viejo, tengo la impresión de que no confía en nosotros —replicó Vulpe.

—No tan «viejo», que sólo tengo cincuenta y cuatro años —dijo Gogosu—. Pero no he llegado a esta edad sin aprender que es mejor cobrar por adelantado. No es un problema de confianza; no quiero que ustedes se caigan a un precipicio llevándose mi dinero en el bolsillo, eso es todo —y lanzó una carcajada cuando vio la cara que ponía Vulpe—. Vamos a Lipova, y allí cogeremos el tren a Sebis —dijo Gogosu un instante después—. En Sebis veremos si alguien nos puede llevar en su carro hasta la aldea de Halmagiu. ¡Y allí empezaremos la escalada! Es un largo camino, en verdad, lo contrario de un atajo. El castillo está sólo a unos cincuenta kilómetros de aquí, a vuelo de pájaro, pero no somos pájaros. De modo que en lugar de cruzar los montes Zarundului, los rodearemos. De todas maneras, es imposible ir a través, no hay caminos. Y Halmagiu es un buen lugar para instalar el campamento base. Y ahora despreocúpese; la subida no será muy difícil si la hacemos a la luz del día. Si un «viejo» como yo puede subir esas

montañas, ustedes, los jóvenes, deberían trepar como cabras.

—¿Y no podríamos haber hecho todo el camino en tren desde Savirsin? —preguntó Vulpe.

—Sí, si hoy hubiera alguno, pero no lo hay. No sea impaciente, que ya llegaremos. ¿No me dijo que todavía tenía seis días antes de volver a Bucarest a coger su avión? ¿Qué prisa tiene, pues? Según mis planes, si hacemos la conexión en Lipova, estaremos en Sebis antes de mediodía. Puede que haya un autocar de Sebis a Halmagiu, y entonces llegaríamos a las dos y media de la tarde, a más tardar. O quizá consigamos alguien que nos lleve en un camión, o en un carro. En ese caso llegaremos más tarde y tendremos que pasar la noche en el pueblo. Después de las cuatro será ya muy tarde para hacer nada, a menos que ustedes quieran pasar la noche en las montañas.

—No, no queremos.

—¡Ja! —se burló Gogosu—. ¡Conque escaladores de buen tiempo! Bueno, de hecho en esta época hace muy buen tiempo. ¡Demasiado caluroso para mi gusto! No habrá ningún problema. Una buena lata de salchichas húngaras en salmuera (las traen muy baratas de contrabando), una hogaza de pan negro, una botella de un aguardiente de ciruelas barato, y unas pocas cervezas. Una noche bajo las estrellas, acampados entre los peñascos y alrededor de una hoguera, con el olor de la resina que surge de los pinos, les vendría muy bien a ustedes tres. ¡Sus pulmones pensarían que han muerto y han ido al paraíso de los pulmones buenos!

La descripción que Gogosu hacía de la escena era muy tentadora.

—Ya veremos —dijo Vulpe—. Entretanto, le pagaremos la mitad de lo convenido, y el resto cuando veamos las ruinas que nos ha prometido.

Vulpe cogió un fajo de *leus y* contó unos cuantos billetes —probablemente más dinero del que Gogosu veía en todo un mes, pero muy poco para él y sus compañeros—, y luego acabó de llenar las abiertas manos del cazador con un puñado de *banis* de cobre, mera calderilla para los americanos. Gogosu lo contó todo cuidadosamente y después lo guardó, intentando mantener el rostro inexpresivo.— Pero al cabo de unos instantes no pudo contenerse, sonrió abiertamente y chasqueó los labios en un gesto de satisfacción.

—Con esto tengo para pagar el aguardiente por un tiempo —dijo, pero se apresuró a añadir—: Claro que no por *mucho* tiempo, como ustedes comprenderán.

—Sí, sí, lo comprendo —asintió Vulpe, y se reclinó en su asiento sonriendo.

Desde atrás llegaron las voces emocionadas y estridentes de Armstrong y Laverne, que intentaban hacerse oír por encima del estrépito del autocar; enfrente estaba sentada una vieja con una jaula con pollos en la falda; un par de fornidos y jóvenes granjeros viajaban en los asientos del otro lado del pasillo, hablando de las enfermedades de las aves y discutiendo por un ejemplar amarillento de *La granja rumana.* En la parte trasera del autocar iba una familia completa —todos muy bien vestidos, incómodos y con ropas casi modernas que les daban una apariencia extraña—, posiblemente camino de una boda o reunión, o algo por el estilo.

Todo aquello seguramente era extraño y maravilloso para los amigos americanos de Vulpe, pero para Gheorghe —George—, era..., era la vuelta al hogar. Conmovedor..., pero también desconcertante. Se había sentido así desde que bajara del avión hacía ya quince días; eran unos sentimientos que él pensaba habían desaparecido durante sus quince años de estancia en los Estados Unidos, desde que el médico le había llevado allí, y había regresado a Rumania sin él. Él también había querido que desapareciera la amargura que traía consigo su condición de huérfano. Porque durante los primeros años en América había odiado a Rumania, y cuando le recordaban su origen se sumía en el más negro abatimiento. Ésa era una de las razones que le habían impulsado a regresar ahora, Vulpe suponía que podría quitarse para siempre de encima el sudario que

representaba para él aquel lugar y finalmente podría decir: «¡Aquí no había nada para ellos... y no hay nada para mí...; yo conseguí escapar!».

Vulpe había esperado que su tierra natal, que todo el país, le deprimiera y le devolviera su antigua amargura —ahora por última vez— para poder sentirse después realmente libre, satisfecho de que todo hubiera pasado, alegre de haber olvidado. Vulpe había creído que iba a ser capaz de bajar del avión, mirar a su alrededor, encogerse de hombros y decirse a sí mismo: «¿Y quién necesita esto?».

Pero estaba equivocado.

Todo el dolor que había sentido se desvaneció rápidamente; en lugar de sentirse extranjero, fue como si Rumania le hubiera sujetado y le hubiera dicho: «Tú eras parte de esto. Eras parte de la sangre de esta antigua tierra. Tus raíces están aquí. ¡Tú conoces este lugar, y él te conoce a ti!».

Especialmente aquí, en estos caminos polvorientos, en estas huellas bajo las montañas, en estos senderos del bosque y puertos de alta montaña, estos valles y peñascos y estas desoladas murallas de piedra que llegan hasta el cielo. Estos bosques espesos y estas alturas. Sí, estos lugares estaban en su sangre. Si escuchaba atentamente, podía oírlos como se oye la marea en una playa distante, llamándolo... Sí, algo le llamaba...

—Dígamelo otra vez —dijo Gogosu, dándole un codazo en las costillas.

Vulpe se sobresaltó y volvió a la realidad, si es que se había alejado de ella.

—¿Cómo? ¿Qué quiere que le diga?

—Por qué está aquí. Qué significa todo esto. ¡Que me condenen si comprendo a los aficionados a los vampiros!

—No —respondió Vulpe—. Son ellos quienes están aquí por eso —dijo señalando con un gesto a los dos americanos que estaban sentados detrás—. Yo tengo, además, otras razones. En realidad..., bueno, creo que quería conocer el lugar donde nací. Quiero decir, cuando era un niño vivía en Craiova, pero eso no es lo mismo que estar junto a las montañas. Pero aquí..., creo que aquí sí que lo estamos. Y ahora que he conocido esta tierra, estoy satisfecho. Ahora sé de dónde provengo, y qué soy. Ahora puedo marcharme y no preocuparme más por eso.

—Háblame entonces de la otra razón por la que está aquí —insistió el cazador—. Toda esa historia sobre los castillos en ruinas...

Vulpe suspiró, se encogió de hombros y luego intentó explicarlo como mejor pudo:

—Es por romanticismo. Y eso es algo que usted, Emil Gogosu, debería comprender con facilidad. Sí, usted, un rumano que habla una lengua romance, en una tierra tan romántica como ésta. Y no me refiero al romance entre una muchacha y un joven. Yo hablo del romanticismo del misterio, de la historia, de los mitos y las leyendas. El escalofrío que recorre nuestra espalda cuando pensamos en el pasado, cuando nos preguntamos quiénes fuimos, y de dónde hemos venido. El misterio de las estrellas, mundos que son incomprensibles para nosotros, lugares que la imaginación conoce pero que no puede nombrar o evocar, salvo que cuente con la ayuda de antiguos libros, o de viejísimos mapas medio destruidos. Como cuando usted, de repente, recordó el nombre del castillo.

»Es el romance que se encuentra en rastrear antiguas leyendas, y que contagia a la gente como una fiebre. Los científicos van al Himalaya a buscar al yeti, o intentan capturar a Pies Grandes en los bosques de América del Norte. En Escocia hay un lago donde todos los años rastrean las profundidades con sondas acústicas para buscar pruebas de que allí habita un monstruo superviviente de épocas prehistóricas.

»Es la fascinación que provoca un fósil, la evidencia de que el mundo existió y de

que hubo en él criaturas vivientes mucho antes de nuestra aparición sobre la Tierra. Es la afición que tiene el hombre por investigar épocas pasadas, el deseo que siente de no dejar piedra sin remover, la necesidad que siente de investigar las coincidencias hasta demostrar que nada es accidental y que todo tiene no sólo una causa, sino también un efecto. Es... una sincronía de espíritu. Es la mística de caminar a tumbos por lo desconocido hasta volverlo conocido, de ser el primero en establecer una relación.

»Los científicos estudian los restos fósiles de un pez que creen está extinguido desde hace sesenta millones de años, y pronto descubren que en alta mar, cerca de Madagascar, pescan la misma especie. Cuando los lectores se interesaron en el novelesco personaje de Drácula, les asombró descubrir que Vlad el Empalador había existido de verdad... y quisieron saber más cosas de él. Quizás habría sido olvidado si un novelista (intencionalmente o no) no le hubiera dado vida. Y ahora sabemos muchísimas cosas acerca de él.

«Quizás existió en Inglaterra, en el siglo sexto, un rey Arturo...; en nuestros días, la gente todavía intenta probar su existencia. Y hay cada día más investigadores que se ocupan de su «historia», y también es posible que no fuera más que una leyenda...

»En la actualidad hay en los Estados Unidos (y en todo el mundo, en verdad) sociedades dedicadas a investigar estos misterios. Armstrong, Laverne y yo somos miembros de una de ellas. Nuestros héroes son aquellos escritores que en el pasado crearon novelas de horror, novelas que en el presente casi nadie escribe, gente que tenía un auténtico sentimiento por lo prodigioso e intentaba comunicarlo a otros mediante sus escritos.

»Bien, hace cincuenta años un escritor americano escribió una novela de misterio en la que mencionaba un castillo en Transilvania, que él llamó el castillo Ferenczy. Según la novela, fue destruido por fuerzas no precisamente naturales a fines de la década de mil novecientos veinte. He venido con mis amigos para ver si podíamos encontrar unas ruinas semejantes. Y ahora usted nos dice que el castillo mencionado en la novela era real, y que puede mostrarnos sus restos. Es..., es un ejemplo perfecto del tipo de sincronía del que yo le hablaba.

»Pero si usted tiene romance en su alma..., bueno, quizá sea más que eso. Claro está que sabemos que el apellido Ferenczy no es raro en estos lugares. Son los ecos del pasado; sabemos que en Hungría, Valaquia y Moldavia hubo boyardos que llevaban el apellido Ferenczy. Como ve, hemos hecho algunas investigaciones. ¡Pero fue maravilloso que le encontráramos a usted! Y aunque nuestro castillo no sea el que esperamos, será igualmente maravilloso. ¡Y qué historia podremos contar cuando de regreso en nuestro país nos reunamos de nuevo con los miembros de nuestra sociedad!

Gogosu se rascó la cabeza y lo miró con ojos inexpresivos.

—¿Me ha comprendido? —preguntó Vulpe.

—Ni una sola palabra —respondió el viejo cazador.

Vulpe suspiró profundamente, se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos. Era evidente que había perdido el tiempo. No había dormido bien la noche antes, y pensó que podría dar una cabezada en el autocar.

—Está bien, no se preocupe —murmuró, dando por concluida la conversación.

—¡Claro que no! —respondió muy seguro Gogosu—. ¿Romance? Yo ya no quiero más de eso. Ya tuve la parte que me correspondía, y he terminado con eso. ¿Chicas de piernas largas y pechos saltarines? ¡Ja! Los viejos y malignos *moroi* chupasangre de los castillos pueden quedarse con todas las chicas, para lo que a mí me importa...

Vulpe comenzó a respirar profundamente y sólo respondió con un «Mmmm». Gogosu le miró, pero el joven ya estaba dormido, o al menos lo parecía. Gogosu bufó y

miró hacia otro lado.

Vulpe entreabrió apenas los ojos y vio que el viejo cazador no pensaba continuar la conversación; el joven se relajó, dejó flotar la mente, y al poco rato estaba realmente dormido.

La jornada transcurrió veloz para George Vulpe, que la pasó en su mayor parte desconectado del mundo exterior, encerrado en la tierra de sus sueños..., casi todos muy extraños, y que eran olvidados tan pronto como Vulpe abría los ojos en los breves altos que hicieron en el camino. Y cuanto más cerca estaban de su destino, más extraños se hacían los sueños; surrealistas, como suelen serlo, pero paradójicamente «reales». Lo que era aún más extraño, porque no eran visuales, sino enteramente aurales.

Vulpe había pensado que era la tierra misma la que le llamaba, y en su mente dormida era ésta la idea que predominaba; con la salvedad de que ahora no era toda Rumania la que le llamaba (o Transilvania), sino un lugar determinado, un *genius loci* específico. La fuente de esta atracción mental era el castillo prometido por Gogosu, claro está, que ahora parecía provisto de una oscura, gutural (¿y ávida?) voz propia.

*Sé que estás cerca, sangre de mi sangre, carne de mi carne, hijo de mis hijos. Espero tal como he esperado durante siglos, sintiendo sobre mí el peso de las montañas. Pero... ahora hay una luz en mi oscuridad. Ha transcurrido más de un cuarto de siglo desde que la llama temblorosa de esa vela comenzó a existir; esto sucedió cuando tú naciste, y se hizo más vigorosa a medida que te hacías mayor. Pero luego... supe de la desesperación. Llevaron lejos la vela, su luz disminuyó hasta no ser más que un vago resplandor lejano, y luego se extinguió. ¡Creí que tu llama se había apagado! Pero,* ¿y *si solamente la hubieran puesto fuera de mi alcance? Hice un esfuerzo y te busqué, y descubrí que brillabas débilmente en tierras lejanas —o al menos eso es lo que preferí pensar—. Pero no podía estar seguro, de modo que volví a mi espera.*

*¡Ah! Hijo mío, es fácil esperar cuando se está muerto, y toda esperanza se ha desvanecido. No podemos hacer nada más. Pero es más difícil cuando se está no-muerto, atrapado entre el palpitante tumulto de los vivos y el vacío silencio de una tumba deshonrada y despreciada, cuando uno no es ni una ni otra cosa, cuando le es negada la gloria de su propia leyenda; ay, negado incluso el bien ganado derecho a aparecer en las pesadillas de los hombres... Porque entonces la mente se convierte en un reloj que mide segundo a segundo las horas solitarias, y uno debe aprender a graduar el péndulo si no quiere que acabe descentrado. Sí, porque la mente está delicadamente equilibrada. Déjala que se apresure, y se hará muy pronto trizas, y finalmente se perderá en los laberintos de la locura.*

*Sí, yo he conocido ese terror: el miedo a volverme loco en la soledad, y arruinar así toda esperanza de resurrección, toda esperanza de..., ¡de ser, tal como fui en otros tiempos!*

*¡Ah!¿Te he asustado?¿percibo acaso una retracción? No, eso no debe suceder. Soy tu antepasado, tu abuelo...; no, soy tu verdadero padre. La misma sangre que corre por tus venas corrió antaño por las mías. Es la continuidad del río de la vida. No debe haber una brecha entre nosotros, excepto, quizá, de la natural brecha del tiempo transcurrido. ¡Si podríamos ser uno! Y lo seremos, sí, seremos... amigos, ya lo verás.*

—¿Amigo... de un lugar? —murmuró Vulpe entre sueños—. Amigo... del... espíritu de un lugar.

*¿Qué es eso del espíritu de un lugar?¡Ah, ya veo! Piensas que soy un eco del pasado, una página arrancada para siempre de los libros por hombres timoratos. Una runa oscura desprendida del menhir de mármol de las leyendas, arrojada al polvo porque no era bonita. Ferenczy se ha ido para siempre y sus huesos se deshacen, su fantasma*

*vaga impotente entre las ruinas, entre las vastas ruinas de lo que en otros tiempos fuera su castillo. El rey ha muerto, ¡viva el rey! ¡Ja! No puedes concebir que yo existo, que yo..., que yo permanezco. Que duermo como duermes tú, y sólo necesito que me despierten.*

—Tú eres un sueño —dijo Vulpe—. Yo soy quien necesita que le despierten.

*¿Un sueño? Sí, un sueño que llegó a ti cruzando el mundo y te atrajo a tu tierra. Un poderoso sueño que muy pronto, hijo mío, podrá volverse realidad. Gheorrrghe...*

—¡Gheorghe! —le sacudió Emil Gogosu—. ¡Por Dios, hombre, qué manera de dormir!

—¡George! —Seth Armstrong y Randy Laverne por fin consiguieron despertarle—. ¡Jesús, has dormido casi todo el día!

—¿Cómo? ¿Qué? —El sueño de Vulpe retrocedió como una ola, dejándole abandonado en el mundo de la vigilia. Mejor así, porque había sentido temor de que comenzara a arrastrarle a las profundidades. Recordaba que había hablado con alguien, y que todo parecía muy real. Pero ahora..., ahora no estaba seguro de qué habían hablado.

Vulpe sacudió la cabeza y se pasó la lengua por los labios, que estaban resecos.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Ya casi hemos llegado, compañero —respondió Armstrong—. Por eso te hemos despertado. ¿De verdad te encuentras bien? ¿No tendrás fiebre, o habrás cogido algo? ¿Un virus local?

Vulpe dijo que no con la cabeza.

—Estoy bien. Supongo que me he puesto al día con las horas de sueño perdidas. Y después de tanto dormir, me he despertado un poco desorientado. —Le invadieron los recuerdos: cuando cogió un tren en Lipova; cuando viajaba a Sebis en la parte trasera de un camión cuyo dueño había accedido a llevarles, cuando pagó unos *banis* extra para viajar echado sobre un montón de heno en un carromato de madera tirado por un burro, que parecía salido directamente de la Edad Media, hasta Halmagiu. Y ahora:

—Nuestro conductor seguirá en aquella dirección —explicó Laverne, y señaló un camino entre los árboles—, hasta Virfurileo, el final de la línea, y donde está su casa. Y a Halmagiu se va por allí. —El americano señaló un segundo camino.

—No son más de siete u ocho kilómetros —dijo Gogosu—. Si están dispuestos a ir a paso rápido, podríamos estar allí en una hora. Y tendremos tiempo de sobra para sacudirnos un poco el polvo, comer algo, humedecernos las gargantas y trepar una montaña antes de que caiga el sol..., si así lo desean. O podemos llevarnos la comida, acampar entre las ruinas y pasar la noche allí. Y así tendrán una buena historia para contar cuando regresen a América, ¿no? Pero son ustedes quienes tienen que decidir qué quieren hacer.

Se sacudieron las briznas de paja que se les habían adherido a la ropa, cogieron sus mochilas y agitaron las manos para saludar al conductor del vehículo, que muy pronto desapareció tras una curva del sendero que se internaba en el bosque. Ellos también se pusieron en marcha. Laverne destapó una botella de cerveza, bebió un trago y se la pasó a Vulpe, que se enjuagó la boca con la bebida.

—Ya casi hemos llegado —suspiró Armstrong, que caminaba a la par del ágil Gogosu—. Y si el lugar es tan sólo la mitad de lo que nos han prometido...

—No nos defraudará, estoy seguro —dijo en voz baja Vulpe, y frunció el entrecejo, porque realmente estaba convencido de que así sería.

—Lo sabremos muy pronto, George —dijo Laverne, esforzándose por mantenerse a la par a pesar de sus piernas cortas.

Y en una secreta caverna de la mente de Vulpe resonó una voz:

*Sí, claro que sí. Muy pronto, hijo mío, muy pronto, Gheorrrghe...*

El último tramo de la jornada, de menos de ocho kilómetros, no les pareció demasiado largo. La semana anterior los americanos habían recorrido veinte veces esa distancia. Llegaron a Halmagiu a media tarde, reservaron alojamiento para la noche siguiente —no para la noche de ese mismo día, porque Gogosu les había convencido de que acamparan en las montañas—, se lavaron, se cambiaron de calzado y comieron un bocadillo sentados al fresco en la terraza de la posada, desde la que se dominaba la calle mayor del villorrio.

—No deben olvidar que estamos entre campesinos —les había dicho en un aparte el guía cuando se disponían a negociar el precio de las habitaciones—. No son gente educada, como yo, ni están acostumbrados a tratar con extraños, con habitantes de las ciudades, con tipos raros. Son primitivos, desconfiados y supersticiosos, así que dejen que yo hable con ellos. Ustedes son alpinistas, y no digan nada más. No, no, mejor digan que son excursionistas. Y no vamos a escalar los Zarundului, sino los Metalici.

—¿Y cuál es la diferencia entre los Zarundului y los Metalici? —preguntó Vulpe más tarde, cuando estaban comiendo.

El viejo cazador señaló por sobre los tejados hacia el noroeste, hacia los picos de una cadena de montañas, ribeteados de oro por la luz de sol.

—Ésos son los Metalici —dijo—; los montes Zarundului están detrás. Son siempre grises. De un gris verdoso en la primavera, de un gris pardusco en el otoño, y simplemente grises en invierno. Y blancos, claro está. El castillo está justo allí, en la línea de los árboles, junto a un peñasco. Sí, un peñasco a su espalda y un precipicio en el frente. Una verdadera fortaleza. ¡Imposible de vencer en los viejos tiempos!

—Lo que deseo saber —insistió con paciencia Vulpe— es por qué no quiere que la gente del lugar se entere de que vamos a ir allí.

Gogosu se revolvió incómodo en su asiento.

—Ya le he dicho que son muy supersticiosos. Llaman a esos picos las «montañas Szgany» porque las tribus de Viajeros las respetan enormemente. La gente de estos lugares no va nunca a ellas, y probablemente no aprobarían que nosotros lo hiciéramos.

—¿Es debido a las ruinas?

Gogosu se revolvió otra vez.

—No puedo responderle. No lo sé y no me interesa saberlo. Pero hace un par de inviernos intenté matar allí a un viejo lobo... ¡y estas gentes me trataron como si fuera un leproso! En las colinas hay zorros que saquean las granjas, pero los aldeanos no los cazan, ni les tienden trampas. Los campesinos de este lugar tienen esas manías, eso es todo. Sus abuelos les contaban historias de fantasmas para mantenerlos lejos de esos montes, cuentos sobre el viejo vampiro del castillo.

—Pero verán que vamos en esa dirección...

—No, porque daremos un rodeo.

Vulpe se sintió inquieto.

—¿Está seguro de que no nos meteremos en territorio militar? ¿No habrá allí un campo de entrenamiento del ejército, o alguna cosa similar?

—¡Por Dios, no! —respondió irritado Gogosu—. Ya se lo he dicho, no son más que supersticiones estúpidas. Usted tiene que saber que aquí, si muere un joven y no hay una explicación evidente de esa muerte, todavía lo entierran con un diente de ajo en la boca. Sí, y en ocasiones hacen cosas aún peores. De modo que dejemos el tema antes de que yo mismo empiece a sentir miedo. ¿De acuerdo?

—He oído varias veces la palabra «szgany». ¿Qué significa? —intervino Seth Armstrong.

Gogosu le entendió sin necesidad de intérprete, y en su rudimentario inglés se volvió hacia él y le explicó:

—En alemán es *Zigeuner.* Es el nombre que se da a la gente del camino.

—Gitanos —asintió Vulpe—. Mi gente. —Se volvió y miró hacia el polvoriento interior de los pisos superiores de la posada, adentro de las habitaciones, a través de la escalera y de la pared trasera. Era como si su mirada pudiera atravesar los muros de la posada. Echó la cabeza hacia atrás y «miró» hacia los grises e invisibles montes Zarundului, y se los imaginó respondiendo a su mirada con el entrecejo fruncido.

Y pensó:

«Quizá la gente del lugar tiene razón, y hay sitios que no deberían ser pisados por el hombre.»

Y una voz que nadie podía oír —y que podía pasar por una expresión de su propia voluntad, de su propio deseo, aunque no lo era— le respondió:

*Sí, hijo mío, sí. Esos lugares existen. Pero tú, Gheorrrghe, acudirás a ellos...*

Al comienzo, el ascenso fue fácil. Eran aproximadamente las cinco de la tarde y el sol descendía sin pausa hacia el brumoso valle que se extendía entre el monte Codrului y el extremo occidental de la cordillera Zarundului. Gogosu, no obstante, estaba seguro de que llegarían a las ruinas antes de que oscureciera, encontrarían un lugar protegido donde acampar, comerían alrededor de la hoguera y finalmente dormirían allí, al abrigo de las leyendas.

—Si estuviera solo, no lo habría hecho —confesó Gogosu mientras ascendía trabajosamente por un estrecho desfiladero—. ¡Ya lo creo que no! Pero cuatro hombres fuertes y aguerridos como nosotros no tenemos nada que temer.

Vulpe, el último de la fila, tradujo sus palabras y miró a su alrededor. En su rostro había una expresión perpleja que sus compañeros no podían advertir. Le parecía reconocer el lugar. ¿Eso que llaman *déjà vu*? Aminoró el paso y dejó que sus compañeros se distanciaran de él.

Armstrong, que iba detrás del guía, preguntó:

—¿Y de qué deberíamos tener miedo? —y se inclinó para tenderle la mano a Laverne, que subía jadeando.

—Sólo de nuestra imaginación —respondió Gogosu, que en esta ocasión tampoco necesitó intérprete—, que siempre está presta no sólo a conjurar sangrientos fantasmas del pasado, sino también un cúmulo de amenazas del presente. Sí, la mente del hombre, cuando éste se encuentra solo, es una fuerza muy poderosa. Les aseguro que las fantasías más descabelladas tienen un amplio espacio ante sí. Pero, además de esto, en invierno se puede ver algún lobo, llegado a esta zona desde los Cárpatos. Pero esos lobos grises, a menos que vengan en manadas, son inofensivos.

El viejo cazador se detuvo al final del desfiladero, y se dio la vuelta para inspeccionar el progreso de los otros. Pero Vulpe se hallaba en un lugar desde el que no podía ser visto por los demás miembros de la expedición.

—¡Gheorghe! ¿Dónde se encuentra? —llamó el cazador.

El joven americano miró hacia arriba y luego hacia atrás. Su rostro estaba pálido, y su entrecejo fruncido en un gesto de concentración.

—Amigo mío, usted está haciendo las cosas más difíciles de lo que son —respondió—. ¿Por qué trepar, cuando podríamos ir caminando? Aquí hay un sendero muy fácil de seguir. Es un camino más largo, pero que se hace mucho más rápido, y no maltrata tanto codos y rodillas. Nos encontraremos allí donde nuestros caminos confluyen.

—¿Qué dice? ¿Caminos que confluyen? —Gogosu estaba atónito en un primer

momento, pero luego se mostró sarcástico—. ¡Ya veo! —gritó—. ¿De modo que ya estuvo antes por aquí?

Pero Vulpe ya había retornado a su camino, y no se le veía.

—¡No! —resonó su voz—. ¡Pura intuición, supongo!

—¡Ja! —se mofó Gogosu—. ¡Intuición! —pero luego, cuando comenzó a ascender por un empinado cañón, soltó una risita—. ¡Bah, que Vulpe vaya por donde quiera! Retrocederá y se unirá a nosotros muy pronto, apenas vea que el camino que ha tomado desaparece, y lo cerca la oscuridad. Recuerden mis palabras, no pasará mucho rato antes de que vea un lobo en cada matorral. ¡Y vaya si se dará prisa entonces por alcanzarnos!

Pero Gogosu se equivocaba. Una hora más tarde, cuando el camino era aún más difícil y la luz más escasa, llegaron al amplio reborde de una falsa meseta, y se encontraron a Vulpe recostado en el suelo, masticando una brizna de hierba y esperándolos. Daba la impresión de que había llegado hacía tiempo. Cuando los vio, saludó inclinando la cabeza y dijo:

—El resto del camino es fácil.

Gogosu hizo una mueca y Armstrong respondió a la inclinación de cabeza con otra. Laverne, en cambio, estaba acalorado y furioso.

—Conque tentando a la suerte, George... ¿Qué habría pasado si te hubieras perdido?

Vulpe pareció sorprendido por el tono enfadado de su amigo.

—En ningún momento se me ocurrió que me pudiera perder —respondió—. En verdad, tengo una habilidad natural para estas cosas.

Nadie dijo nada más, y descansaron unos minutos. Después Gogosu se puso de pie.

—Bien —dijo—, en media hora estaremos allí. —Y luego, con una reverencia, se dirigió a Vulpe—: Si usted nos señala el camino...

Pero su ironía pasó inadvertida; Vulpe se puso a la cabeza del grupo y los condujo por el camino más fácil. Llegaron a la penúltima cima cuando el sol se ocultaba tras la cadena de montañas del oeste.

La vista era maravillosa: valles de un azul grisáceo rebosante de bruma; altos picos que surgían de entre las nieblas, y el humo de las chimeneas de las aldeas enturbiando el cielo en la lejanía, donde las cimas distantes ostentaban todos los matices entre el dorado y el gris. Los cuatro hombres permanecieron de pie en el límite de un claro poblado por pinos, entre dos cadenas de montañas.

—Es allí —señaló Gogosu—. Seguiremos la pendiente que asciende entre los pinos hasta llegar al barranco. Y allí, donde la montaña se divide, contra el acantilado...

—Se hallan las ruinas del castillo Ferenczy —completó la frase Vulpe.

El cazador asintió.

—Y tendremos el tiempo justo para instalarnos y encender el fuego antes de que caiga la noche. ¿Nos ponemos en marcha, caballeros?

Pero George Vulpe ya estaba al frente de la expedición.

Mientras avanzaban, se oyó el ominoso aullido de un lobo que se desvanecía gradualmente en ecos que resonaban entre las montañas.

—¡Maldito sea! —exclamó Gogosu cuando se vio obligado a detenerse tras un traspié. El cazador giró la cabeza, olisqueó el aire y escuchó atentamente. Pero el aullido no se repitió. Gogosu cogió el rifle que llevaba en bandolera y dijo—: ¿Lo han oído? Dicen que cuando los lobos aúllan tan pronto, el invierno será muy duro.

Y apartándose un instante de los otros, el cazador se aseguró de que el arma estaba cargada...

# Capítulo tres

*Los descubridores*

En la hora que precedió a la medianoche, se levantó una bruma que envolvió las piedras del castillo y llenó los espacios de tal manera que los antiguos y ruinosos muros parecían flotar en un ondulante mar lácteo. George Vulpe se sentó junto a la hoguera, a la luz de la brillante luna, y alimentó el fuego con las ramas que habían juntado antes de que oscureciera del todo. El joven permaneció contemplando las chispas que de vez en cuando saltaban como si quisieran unirse a las estrellas, pero se extinguían antes de llegar a destino.

Vulpe se había ofrecido a hacer el primer turno de guardia. De todos modos, como había dormido casi todo el día, era el más indicado para la tarea. Emil Gogosu había insistido en que no era necesario que uno de ellos velara por los demás, pero tampoco puso reparos cuando los americanos establecieron un horario de guardias. Vulpe era el primero, con el trabajo más duro; Seth Armstrong velaría de dos a cuatro y media de la mañana; Randy Laverne se encargaría del turno que concluía a las siete, y a esa hora despertaría a Gogosu. El viejo cazador se mostró más que conforme con el turno que le había tocado en suerte; debía despertarse al alba, y él pensaba que los hombres debían levantarse con el sol.

Pero ahora Gogosu y Armstrong estaban profundamente dormidos: el primero envuelto en una manta y apoyado contra un montón de piedras medio enterradas, con los pies apuntando hacia el fuego, y el otro en su saco de dormir, con la chaqueta doblada sobre una piedra redondeada a manera de almohada. Laverne estaba medio despierto: había comido demasiadas salchichas húngaras y demasiado pan negro, y la indigestión le desvelaba cada dos por tres. Estaba acostado algo más lejos, a la sombra de la muralla del castillo, el saco de dormir sobre ramas de pino que había arrancado de los árboles que rodeaban las ruinas. Laverne, de cara a la hoguera, era consciente de la presencia de Vulpe, y de los ocasionales movimientos de éste para echar una rama o unos leños al fuego.

Aunque había algo que no percibía: el extraño cambio que comenzaba a sufrir su amigo, la gradual inmersión de la mente de Vulpe en un extraño ensueño, los falsos recuerdos que pasaban ante sus ojos, o se insinuaban en el ojo de su mente, como imágenes fantasmales superpuestas a las temblorosas llamas. Laverne tampoco podía advertir la hipnótica influencia vampírica que incluso ahora se insinuaba insistente en la mente consciente y subconsciente de Vulpe.

Pero cuando una rama ardió y cayó crepitando en el centro de la hoguera, Laverne se despertó por completo. Se sentó... y alcanzó a ver una oscura sombra que pasaba por una grieta aún más oscura en la antigua muralla. Una sombra que se movía con una inexorable rigidez, como de zombi, como un sonámbulo, y sus pies causaban pequeños remolinos en la móvil bruma. Y Laverne supo que esa sombra sólo podía ser George Vulpe, porque su saco de dormir, apoyado contra una roca iluminada por el resplandor de la hoguera, estaba vacío.

La mente de Laverne se despejó. Abrió la cremallera de su saco de dormir, buscó sus zapatos y se los puso. Con dedos todavía entorpecidos por el sueño, ató los cordones. A pesar de que acababa de salir de su duermevela, se dio prisa. Había algo en

la manera de moverse de George, no furtiva, pero sí ausente, como la de un sonámbulo. George había estado así todo el día: durmiendo, o bien extrañamente ausente cuando estaba despierto. Y también era muy raro el modo como había llegado hasta allí, ¡como si hubiera recorrido ese camino todos los días, en un paseo matinal!

Laverne pasó junto a los dormidos Gogosu y Armstrong y pensó despertarles, pero cambió de idea. Eso llevaría tiempo, y entretanto George podía caerse a un precipicio, o romperse la cabeza contra una de las bajas arcadas de los muros del castillo. Laverne conocía sus propias fuerzas y sabía que si era necesario podría dominar a George; no necesitaba la ayuda de los demás, y no valía la pena despertarles para nada. Así pues, él se encargaría de aquel asunto sin la ayuda de nadie. En verdad, sólo debía cuidarse de una cosa: si George era sonámbulo, no debía despertarle.

Laverne, caminando con gran cautela entre la niebla, siguió el camino que había emprendido Vulpe, pasó por la misma hendidura en la muralla y se internó en las ruinas. Estas ocupaban un terreno bastante extenso, casi cincuenta metros cuadrados, si uno contaba los muros que habían caído o habían sido lanzados fuera del perímetro del castillo por la explosión. Cuando se alejaron de la luz de la hoguera, Laverne encendió una linterna y dirigió su luz hacia adelante. Allí el suelo describía una ligera curva ascendente, y los montones de piedra se alzaban por encima de la niebla, como islas encima de un extraño mar blanco.

El rayo de luz de la linterna iluminó a Vulpe cuando éste pasaba frente a un muro en ruinas, y George Vulpe se detuvo un instante y miró hacia atrás. Sus ojos parecían lámparas inmensas que reflejaban la luz de la linterna. Los ojos de George... ¡y los ojos de alguien más!

Se los vio sólo durante un instante, y luego desaparecieron cuando desapareció la luz. Un par de ojos triangulares, más bajos que los de un ser humano, de aspecto feroz... ¿Un lobo, quizá?

Laverne agitó la linterna de un lado a otro, iluminando aquí y allá, pero no vio nada, nada más que paredes ruinosas, pilas de piedras, arcadas vacías y la profunda oscuridad que se extendía más allá del castillo. Y un poco más atrás, el amistoso resplandor de la hoguera, como un faro en la noche.

Habían hecho bien en no comenzar explorar el lugar en la media luz del atardecer. Era demasiado extenso, el estado de las ruinas podía ser peligroso y tal vez Laverne había cometido un error al abandonar a los que dormían.

Pero... ¿un lobo? ¿No sería solamente su imaginación? Era más probable que se tratara de un zorro. Este era un lugar ideal para los zorros. En las cuevas debajo de las ruinas tenían lugar de sobra para sus madrigueras. ¿Y no había comentado Gogosu que la gente del lugar no perseguía ni cazaba a los zorros que procedían de las ruinas? Sí, lo había dicho. De modo que lo que había visto seguramente era un zorro...

O un lobo.

Laverne tenía una navaja con una hoja de ocho centímetros; la sacó, la abrió y la sopesó en la mano. ¡Espléndida para abrir cartas, pelar manzanas o descortezar una rama! En todo caso, era mejor que nada. Jesús, por qué no habría despertado a los demás! Pero ahora era demasiado tarde, y entretanto George se alejaba de él.

—¡George! —susurró mientras lo seguía— ¡George! ¿Dónde diablos te has metido?

Laverne llegó al ángulo del muro en ruinas por donde había desaparecido Vulpe. Frente a él se extendía un gran espacio plateado por la luna en el cual muy bien pudo haber en el pasado un gran vestíbulo. En el extremo, delante de un montón de pizarras rotas desprendidas de los tejados y restos de mampostería, se veía la silueta de un hombre, delineada a contraluz desde la cintura para arriba. Laverne reconoció la figura

de George Vulpe. Mientras su compañero lo miraba, Vulpe se dirigió hacia adelante y hacia abajo con movimientos rígidos, de robot, hasta que sólo fueron visibles la cabeza y los hombros. Un paso más, y la silueta de la cabeza se confundió con las redondeadas piedras del suelo; otro, y Vulpe desapareció de la vista.

¿Dónde se había metido? ¿En un agujero, o en una escalera medio obstruida? ¿Y adonde pensaba el idiota que iba? Pero, ¿acaso sabía hacia dónde se dirigía?

—¡George! —llamó una vez más Laverne, esta vez con voz un poco más alta, y continuó siguiendo a su amigo.

Un poco más allá del montón de desechos habían limpiado una pequeña zona, y entre las losas del suelo se veía una negra abertura que descendía hasta las entrañas del lugar. En un extremo del agujero, o escalera, habían levantado la larga y estrecha losa con un anillo de hierro que lo cubría, y la habían dejado a un lado. Laverne iluminó el foso con la linterna y vio los escalones que descendían. Del foso salió una bocanada de aire rancio, una mezcla de olor a quemado y otros aromas más difíciles de identificar. Laverne también percibió en el fondo el fugacísimo parpadeo de una luz amarilla, que de inmediato desapareció en las insondables profundidades.

El joven y barrigudo americano se detuvo un instante, pero no podía dejar sin aclarar aquel enigma, y de inmediato reanudó su marcha.

—George —llamó con voz ronca y apenas audible mientras se metía en el agujero.

Después..., después fue muy fácil perder la noción del tiempo, de la dirección, y el sentido de la orientación en general. Es más, el muelle de la linterna de Laverne que sostenía las pilas se había aflojado y el resultado era una luz más débil y que en ocasiones se interrumpía del todo, de tal manera que de vez en cuando el americano tenía que sacudir la linterna para que volviera a funcionar.

Los escalones de piedra eran estrechos y descendían en espiral, sostenidos por una sólida columna central. Pero más allá de la reducida superficie de los escalones todo era oscuridad y un espacio vacío en el que resonaba el eco de los pasos, y Laverne no quería pensar en la caída que podría sufrir si resbalaba o tropezaba. Se movía con prudencia, como para que no sucediera ni una cosa ni la otra. ¿Pero cómo se las arreglaría George Vulpe, caminando en sueños en un sitio como éste? Si es que caminaba en sueños...

Llegó finalmente a una planta en la que se percibían las señales de un incendio o una explosión: paredes ennegrecidas y grandes trozos de mampostería yaciendo en el suelo. Había también otra puerta-trampa, y más escalones que descendían a las profundidades. De cuando en cuando, Laverne veía el resplandor de una antorcha —antorcha, no linterna—, más abajo de donde él estaba, aunque no podía determinar exactamente a qué distancia, o le llegaba una tenue vaharada del humo que producía, pero no se oía el menor ruido. Vulpe tenía que conocer muy bien el lugar para recorrer sus vericuetos tan silenciosamente. La cuestión era: ¿cómo había obtenido ese conocimiento? La ira de Laverne aumentaba de manera proporcional a la profundidad de su descenso. ¿No serían él y Seth Armstrong las víctimas de una broma de Gogosu y Vulpe? Desde la noche antes, cuando conocieron al viejo cazador, daba la impresión de que toda la aventura estaba planeada de antemano. ¿Pero por quién? George había nacido y había vivido aquí; si no exactamente en este lugar, al menos en Rumania.

Y el descenso de Vulpe a las negras entrañas de este lugar cuando pensaba que todos dormían... ¿era el broche final? ¿Qué pequeña «sorpresa» estaba preparando ahora George? ¿Y por qué complicaba tanto las cosas? Además, si él había conocido este lugar cuando niño, podría haberlo dicho, que no por eso el castillo hubiera sido menos fascinante.

—¡El castillo Ferenczy! —se mofó por lo bajo Laverne—. ¡Mierda!

«¿Y cuántos *leus* habrá desembolsado Vulpe», se preguntó el americano, «para persuadir al viejo Gogosu de que desempeñara su papel en esta farsa?».

Laverne estaba ahora realmente furioso; y cuando llegó a una segunda planta, se detuvo y llamó en voz más alta:

—¡George! ¿Qué diablos estás haciendo?

Su grito perturbó el aire del recinto y desprendió remolinos de polvo de invisibles alturas y techos. Cuando el eco retumbó y le devolvió su propia voz distorsionada, Laverne, inquieto, recorrió el lugar con el inseguro rayo de luz de su linterna.

Se hallaba en una cripta de muros recubiertos de frescos, estanterías de roble ennegrecidas por los siglos, urnas y ánforas, abundantes telarañas y polvo que flotaba en el ambiente. Se veían también unas cuantas huellas de pisadas en el suelo. Las más recientes, sólo podían ser de Vulpe. Laverne siguió las huellas, y vio un poco más adelante el fugaz resplandor de una antorcha que iluminó la curva de una arcada antes de desaparecer.

«Hijo de perra», pensó Laverne. «Tienes que estar sordo para no darte cuenta de que estoy aquí atrás. Tendrás que darme unas cuantas explicaciones, compañero. Y si no me satisfacen...»

Desde arriba, desde el tramo de las escaleras de piedra que estaba sumido en la oscuridad, llegó el suave ruido de unas pisadas y unos quejidos aún más tenues. Una piedrecilla rodó escaleras abajo. Y luego, otra vez el silencio.

Laverne, temblando como una hoja, y cubierto de un sudor frío, apuntó con su linterna hacia la escalera.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío!

Pero allí no había nadie. O quizás, una sombra que retrocedía, alejándose de la vista...

Laverne avanzó dificultosamente por el suelo cubierto de losas de piedra del recinto, pasó bajo una arcada y siguió por otras habitaciones contiguas. Le daba la impresión de que su trabajosa respiración y sus pisadas hacían gran ruido, que despertaba ecos, pero no hizo ningún esfuerzo para marchar en silencio. ¡Tenía que alcanzar a Vulpe y descubrir qué estaba haciendo allí abajo el hijo de perra! Percibió una vez más el resplandor de la antorcha de Vulpe y el olor a resina que producía al consumirse. Laverne se lanzó en dirección a la luz, por entre los montones de polvo, sales y sustancias químicas desparramados en el suelo hasta que...

Esta habitación era diferente a las otras. Se detuvo bajo la arcada antes de entrar y la recorrió con el haz de su linterna.

En las paredes colgaban tapicerías mohosas; el suelo era de mosaicos de colores, dispuestos en un diseño antiguo y extraño. Había también una mesa cubierta de polvo, sobre la cual se veían libros, papeles y utensilios para escribir. Y una gran chimenea... ¡en cuyo interior se veía el resplandor producido por una llama! ¿Se habría metido George Vulpe allí adentro?

Laverne, que respiraba con notoria dificultad, llamó jadeante:

—¡George!

Cruzó luego la habitación, y se inclinó un poco bajo la arcada de la chimenea para iluminar con su linterna el interior de ésta. Y allí estaba la antorcha de Vulpe, sostenida por un aro de hierro fijo en la pared. Pero no estaba Vulpe.

Una mano se apoyó en el hombro de Laverne.

—¡Dios mío! —exclamó el americano, y se irguió. Golpeó con la parte de atrás de la cabeza en la arcada de la chimenea; retrocedió dando tumbos, y durante un instante la luz de la linterna iluminó la figura de Vulpe que, silencioso como un fantasma, permanecía de pie, la mano todavía extendida en dirección a Laverne.

Laverne cayó de rodillas en el suelo y se llevó la mano a la cabeza. La retiró ensangrentada. Siguió arrodillado, con náuseas y mareado. ¡Había tenido suerte en no desnucarse! Pero de inmediato la ira reemplazó al dolor. Laverne recuperó el sentido de la orientación, y apuntó la linterna hacia el lugar donde había visto a Vulpe. Pero éste —sonámbulo, payaso, bromista o lo que quiera que fuese— ya no se encontraba allí. Sólo se veía un vago resplandor amarillo que salía del interior de la chimenea.

Laverne se puso de pie con movimientos inseguros. Encontró su navaja cerca de la chimenea, donde se le había caído. La cerró y la guardó. No iba a necesitar una navaja para darle una paliza a «Gheorghe» Vulpe. Y después de que terminara con él, el hijo de perra tendría que arreglárselas para encontrar solo la salida..., si es que le quedaban fuerzas.

Laverne, con movimientos más seguros y apretando los dientes, se dirigió de nuevo a la chimenea. Se metió adentro y vio los escalones en la parte de atrás del cañón. Oyó ruidos que venían de lo alto: una tos contenida, el raspar de unos zapatos contra la piedra. Y pensó: «Todo lo que sube tiene que bajar». Quizá lo mejor era esperar ahí mismo a que el idiota descendiera. Pero en ese instante oyó gritar a Vulpe.

Laverne no había oído nunca un grito semejante. Fue seguido casi de inmediato por un sonido que crispaba los nervios, como dos grandes superficies de piedra que resbalaran la una sobre la otra, y se alzó luego hasta alcanzar un vibrante falsete antes de cesar de repente. Y cuando sus ecos se desvanecieron, fueron seguidos por un gorgoteo de la glotis y un jadeo. El sonido que hacía Vulpe era algo así como un aj...aj...aj...aj..., como si se ahogara. Una especie de estertor de agonizante. Laverne, con los pelos de punta, no sabía en verdad cómo era un estertor de agonía, pero pensó en que si los intervalos entre los aj...aj... se hacían más breves, eso significaría que su amigo estaba exhalando el último suspiro.

—¡Dios mío! —exclamó y comenzó a trepar lo más rápido que pudo por los escalones del cañón de la chimenea, que poco después describía un giro de noventa grados y se convertía en un pasadizo. Laverne vio que la antorcha de Vulpe, unos veinte o veinticinco pasos más adelante, aún llameaba débilmente y emitía un humo negro, apoyada sobre el borde de una zanja excavada en el suelo de piedra, en el lado derecho del pasadizo.

Pero Vulpe continuaba invisible. Sólo se oían los sonidos de agonía, que parecían venir del fondo de la zanja.

Laverne siguió hacia adelante, llamando a su amigo, pero se detuvo bruscamente. Más allá del foso, en la oscuridad que no podía disipar la antorcha de Vulpe ni su propia linterna, flotaban unos ojos triangulares de mirada fija, desconcertante.

Laverne no era un hombre especialmente valiente, pero tampoco era un cobarde. Era seguro que a la criatura que había allí delante —ya fuese un lobo, un zorro o un perro salvaje— no le gustaba el fuego. El americano se inclinó, cogió la antorcha humeante y la agitó para que ardiera con más intensidad. Un repentino resurgir de la llama premió sus esfuerzos, y las sombras retrocedieron. También lo hizo la criatura del pasadizo; Laverne vislumbró algo gris, ágil, de aspecto canino, antes de que la oscuridad se la tragara. Y también vislumbró algo en la zanja... que hizo que retrocediera hasta dar contra la pared como si un puño gigantesco le hubiera golpeado.

Horrorizado, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas, Laverne sostuvo en alto la antorcha para iluminar la zanja. Sus ojos incrédulos vieron la cama de púas, y encima de ellas, empalado, el cuerpo de su amigo George Vulpe que se retorcía, mientras la sangre manaba de sus innumerables heridas, coloreaba los hierros herrumbrados y corría en arroyuelos que se unían en una sola corriente en el canalón y manaban desde allí hacia el pitorro de piedra.

—¡Virgen santísima! —gritó Laverne.

—Aj...aj...aj... —emitió Vulpe, los estertores estallando en burbujas sanguinolentas sobre sus pálidos labios.

Y en el pasadizo, el grande y viejo Gris gruñó, y, caminando lentamente, con rígidas patas, se dejó ver una vez más.

Vulpe estaba acabado, eso era evidente. Un ejército de enfermeras con una tonelada de vendas no podrían haber impedido que se desangrara. Laverne no podía salvarlo ni de la cama de púas ni del lobo. El americano retrocedió con piernas temblorosas, de costado como un cangrejo, por el corredor, hacia los escalones que conducían al cañón de la falsa chimenea. Todo había terminado para George, y Laverne ahora sólo debía pensar en sí mismo. Y cuando la sangre de Vulpe comenzó a penetrar gorgoteando en la urna desde el canalón excavado en la roca, el regordete americano se dio aún más prisa...

... Y se detuvo bruscamente, temblando como gelatina, en el estrecho corredor.

Al frente estaba el lobo, el rostro semejante a una máscara feroz a la luz de la antorcha; a un costado, el hombre moribundo en su lecho de tortura, y ahora..., ¡ahora había algo detrás, a sus espaldas!

Laverne, que apenas si se atrevía a respirar, giró la cabeza muy lentamente. Lo que veía le resultaba incomprensible. Todos los bordes parecían indefinidos y extrañamente móviles. Era como si el techo hubiera descendido, el pasadizo se hubiera estrechado y el suelo estuviera cubierto con una cosa..., con una cosa peluda que crujía y ondulaba.

Los ojos de Laverne parecieron saltársele de las órbitas cuando dirigió la luz de su linterna en esa dirección, y los abrió aún más cuando varios trozos de la extraña sustancia peluda se desprendieron de los móviles muros y se dirigieron ondulando hacia él. ¡Murciélagos! ¡Una colonia de murciélagos! Laverne observó con un gesto de asco que los animalitos se apelotonaban sobre las paredes, el suelo e incluso el techo.

Miró hacia otro lado. El lobo se había detenido; sus orejas apuntaban hacia el foso, y toda su atención estaba puesta en la urna. Laverne, frío como un muerto, tembloroso y jadeante, miró hacia donde miraba la bestia. Vio lo mismo que ella, y se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse. ¡Pero también supo que *no podía* permitírselo! No en ese momento, ni en ese lugar de pesadilla.

¡La urna estaba eructando! De su obscena boca salían nubecillas de vapor, como pequeños anillos de humo. Un fango negro, que burbujeaba en el interior del recipiente, formaba ampollas en el frío borde como brea que se solidificara. A medida que se consumía la sangre de Vulpe, algo se formaba y se dilataba en el interior de la urna. ¡La sangre actuaba como catalizador y transformaba lo que había dentro!

Laverne, hipnotizado por el horror, no podía apartar los ojos. Un tentáculo gris azulado de limo, veteado por venas purpúreas, subió desde la boca de la urna por el canalón de piedra. Se alargaba y se deslizaba por la huella de sangre hasta el lugar donde Vulpe yacía traspasado por las púas. Se enroscó alrededor de la rígida pierna del hombre, a la altura de la rodilla, avanzó a lo largo del muslo y se deslizó por el vientre, trepando por el pecho palpitante. Vulpe continuaba con su estertor..., «aj...aj...argh», pero la agonía le había insensibilizado, le había sumido en una suerte de limbo mental, y la pérdida de su sangre vital estaba acabando rápidamente con él.

Pero a pesar de todo, y utilizando la última brizna de energía que le quedaba, Vulpe consiguió desprender su rostro del hierro que le atravesaba la mejilla derecha y la parte inferior de la mandíbula y, consciente por un instante, vio lo que se arrastraba por su pecho y formaba ahora una ondulante, plana y ciega cabeza de cobra.

La ensangrentada boca de Vulpe se abrió durante un instante —quizás en un grito,

aunque ningún sonido salió de sus labios— y la criatura viscosa se metió por la abertura y se deslizó garganta abajo. Vulpe se estremeció en un movimiento convulsivo; sus labios se rasgaron en las comisuras y sus mandíbulas se desencajaron, muy abiertas, cuando la masa palpitante y ondulante penetró en él.

Ahora la urna estaba vacía, humeando y llena de baba allí donde la sanguijuela había desprendido su «cola». Mientras la horrorosa criatura penetraba en su interior, Vulpe se ahogaba, se retorcía y sangraba por la nariz. Su cuello estaba más grueso por el pasaje del monstruo; los ojos parecían saltársele de las órbitas; sus manos —que sólo tenían tres dedos—, se soltaron de las púas y se aferraron al monstruo que violaba su garganta, intentando desprenderlo. Pero todo era inútil.

Un instante después la criatura había penetrado completamente en Vulpe pero él todavía se agitaba clavado a las púas, movía la cabeza de un lado a otro, salpicando moco y sangre a su alrededor.

—¡Dios mío! ¡Por el amor del cielo! —gimió Laverne—. ¡Muere, por Dios! —le suplicó a Vulpe—. ¡Déjate ir! ¡No te muevas!

Y fue como si George Vulpe le hubiera escuchado. Se dejó ir y..., de repente..., se quedó... inmóvil...

Toda la escena permaneció congelada en un tiempo sin tiempo. El gran lobo, una estatua bloqueando el camino hacia adelante; los murciélagos, obturando casi por completo la única vía de escape de Laverne; el cuerpo de su amigo, vaciado de sus fluidos vitales y lleno ahora por el horror, inmóvil en el lecho de púas. Sólo la parpadeante antorcha que llevaba Laverne en la mano parecía tener un poco de vida, pero también ella estaba muriendo.

Randy Laverne, que llevaba en una mano la antorcha y en la otra la linterna, no habría sabido qué responder si alguien le hubiera preguntado cómo había hecho para no soltar ninguna de las dos. Pero ahora, gruñendo de furia y terror, se volvió hacia el muro de murciélagos y los atacó con la antorcha humeante. Los animales no retrocedieron, sino que, apiñándose sobre la llama, la apagaron con sus cuerpos. Una docena de murciélagos moribundos cayeron al suelo del pasadizo, y fueron cubiertos de inmediato por cientos de miembros de su misma especie que se lanzaron hacia adelante.

Laverne en ese instante se volvió un poco loco. Comenzó a aullar con voz bronca, respiró trabajosamente, y entre jadeo y jadeo volvió a gritar; agitó los brazos sin ton ni son, apuntando aquí y allá con el haz de luz de su linterna, pero sin tomarse el tiempo necesario para ver algo.

Y no vio a George Vulpe que se erguía, soltándose de las púas que le atravesaran. Tampoco vio que sus heridas habían dejado de sangrar y estaban cerrándose rápidamente. No le vio salir de la zanja y acariciar sonriendo las orejas del viejo lobo. Laverne, sobre todo, no vio esa sonrisa. No; que el americano soltara la linterna y cayera medio desvanecido al suelo del pasadizo no fue provocado por ninguna de estas cosas sino por la repentina aparición de Vulpe ante él. Por esto, y por sus brillantes ojos rojizos, y su extrañísima voz, casi ahogada por la flema, que le decía:

—Amigo mío, has venido a este lugar por tu propia voluntad. Y me parece que estás... sangrando. —Las fosas nasales de Vulpe se dilataron, olfateó y sus ojos se convirtieron en dos hendiduras feroces en su anormalmente pálido rostro—. Sí, estoy seguro de que estás sangrando. Y pienso que alguien debería curarte esa herida antes de que cojas algo...

Cuando Emil Gogosu despertó, advirtió que había alguien arrodillado junto a él. Era el joven Gheorghe, que con una mano le sacudía para despertarle y con la otra hacía un gesto para indicarle que no hablara.

—Shhhh —susurró Vulpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Gogosu, que despertó de inmediato, mirando hacia la oscuridad. La hoguera aún ardía, y el rojo de las llamas se reflejaba en los ojos de Vulpe—. ¿Ya está amaneciendo? ¡No puede ser!

—No, todavía no amanece —respondió el otro, también en un susurro, aunque su voz era áspera y había en ella una nota de urgencia—. Es otra cosa. Vamos, coja su arma.

Gogosu se despojó de la manta, cogió el rifle y se puso ágilmente de pie. El viejo cazador se sentía orgulloso de su buena condición física.

—Vamos —repitió Gogosu, caminando con cautela para no despertar a Armstrong.

Cuando se alejaban del campamento y de las ruinas, y la oscuridad se hacía más intensa, el cazador cogió a Vulpe del hombro.

—¿Qué es eso que tiene en la cara? ¿Sangre? —preguntó—, ¿Qué ha sucedido, Gheorghe? Yo no he oído nada.

—Sí, es sangre —respondió Vulpe—. Estaba de guardia cuando oí que algo se movía entre los árboles, y fui a ver. No sé si era un perro, un zorro o un lobo, pero me atacó. Luché con la bestia y me parece que me ha mordido en la cara. Todavía anda por aquí. Me iba siguiendo cuando volví al campamento a buscarlo a usted.

—¿De modo que todavía merodea por aquí? —dijo Gogosu, y miró hacia todos lados. La luna estaba un poco baja, y su luz llegaba filtrada por las nubes. El cazador no vio nada, pero dejó que el joven americano le guiara.

—Se me ocurrió que usted podría matarlo —dijo Vulpe—. Usted dijo que hace tiempo intentó matar un lobo en estos lugares.

—Así es —respondió Gogosu, y apretó el paso para mantenerse a la par del otro—. Y creo que le di, porque le oí aullar y vi el rastro de sangre.

—Bueno, ahora tiene una segunda oportunidad.

El cazador se sentía perplejo. Aquí pasaba algo que no era normal. Intentó ver mejor a su compañero a la luz de la luna.

—¿Qué le sucede a su voz, Gheorghe? Parece como si se hubiera tragado una rana. Todavía está asustado, ¿no?

—Sí —respondió Vulpe con voz todavía más profunda—. Fue algo horrible...

Gogosu se detuvo. Allí pasaba algo malo, estaba seguro.

—¡No veo ningún lobo! —dijo con voz acusadora—. ¡Ni tampoco ningún zorro! ¡No veo nada de nada!

—¿Sí? Entonces, ¿qué es eso? —dijo Vulpe, y señaló algo que se movía en silencio, pegado al suelo.

Fue visto y no visto, pero suficiente para el cazador. Y un instante después, como una confirmación, llegó hasta ellos un aullido surgido de la oscuridad de la noche.

—¡Maldito sea! —musitó Gogosu—. ¡Es un Gris!

El cazador se adelantó a Vulpe y corrió agachado hasta cobijarse bajo los árboles. Vulpe le alcanzó y, describiendo un arco con el brazo, señaló:

—¡Allá va! ¡Allá va!

—¿Dónde? ¿Dónde? ¡Por Dios, usted tiene vista de lobo!

—¡Por allí! ¡Vamos!

Salieron de entre los árboles y llegaron a una ladera cubierta de guijarros, al pie de los imponentes riscos. El hombre más joven respiraba sin dificultad, pero Gogosu jadeaba.

—Señor —dijo hablando con dificultad—. Mis piernas no son tan jóvenes como las suyas.

—¿Cómo? —dijo Vulpe, volviéndose para mirarlo—. ¡No diga eso, Emil! Puedo asegurarle que sus piernas son mucho más jóvenes que las mías. De hecho, son unos cuantos siglos más jóvenes.

—¿Qué?

—¡Allí! —señaló Vulpe con un gesto enérgico—. ¡Bajo ese árbol!

El cazador miró hacia allí —y se llevó el rifle al hombro—, pero no vio nada.

—¿Bajo el árbol? —preguntó—. Pero si allí no hay nada. Yo...

—Déme eso —le interrumpió Vulpe. Y antes de que el otro pudiera reaccionar, ya se había apoderado del rifle. Sin apuntar hacia ningún sitio en particular, dijo—: Emil, ¿está seguro de que aquella vez le disparó a un lobo?

—¡Pero qué dice! —respondió ofendido Gogosu—. ¿Cuántas veces necesita que se lo cuente? ¡Ya lo creo que era un lobo! ¡Y estuve muy cerca de cazarlo! Puede apostar que la bestia tiene una cicatriz que lo prueba.

—Tranquilícese, Gogosu —dijo Vulpe, con una voz oscura como la noche—. No hay ninguna necesidad de apostar, Emil, porque he visto con mis propios ojos la marca en su flanco, donde su bala le quemó la piel. Sí, y él se acuerda de usted tanto como usted de él.

Y el cazador, en ese instante, supo de repente que aquél no era Gheorghe Vulpe. Miró fijamente el rostro en sombras y se encogió aterrorizado. Y vio también al Gris, agazapado para saltar, su silueta recortada sobre un túmulo de guijarros. La bestia gruñó, saltó. Gogosu intentó recuperar su rifle, que el otro parecía sostener descuidadamente..., pero fue como intentar arrancar con las manos desnudas un barrote de la reja de una cárcel.

El lobo se lanzó sobre él y lo derribó, apartándole del horrible extranjero al que había creído un amigo. Los colmillos de la bestia ya estaban próximos a su garganta. Gogosu intentó gritar, pero los terribles dientes le destrozaron la laringe, y lo que hubiera sido un grito se transformó en una espuma roja que manchó la peluda frente parda que coronaba unos ojos amarillos y vengativos...

—¡Qué tarde que me has despertado! —fue lo primero que dijo Seth Armstrong tras la sacudida que le despertó. La luna estaba muy baja en el cielo, la bruma baja que había cubierto el suelo había desaparecido y el fuego estaba casi extinguido.

—¿Te estás quejando? —preguntó el hombre que estaba a su lado, y que a primera vista parecía ser George Vulpe.

—No —dijo Armstrong meneando la cabeza, tanto para reforzar negación como para acabar de despertarse—. Estaba agotado. Debe de ser a causa de la altura.

—Muy bien —dijo el otro—. Me alegra que hayas dormido bien. El sueño es necesario, aunque también una pérdida de tiempo ¿Por qué tenemos que dormir, cuando la vida nos espera? Yo no volveré a dormir en..., en mucho tiempo.

Armstrong estaba ya casi completamente despierto.

—¿Qué dices? —preguntó y se sentó. Quizá pensara ponerse en pie de un salto, pero el cañón del rifle de Gogosu le apuntaba al pecho. Y un gran lobo gris, echado sobre su vientre como un perro, las patas delanteras estiradas, le miraba fijamente a los ojos. Tenía una de las orejas erguida, y la otra pegada al cráneo. La expresión del lobo era a medias una mueca sonriente, a medias una amenaza, y su hocico estaba manchado de rojo.

—¡Dios mío! —Armstrong intentó alejar sus pies de la bestia, pero se le enredaron en la parte inferior de su saco de dormir.

—Quédate quieto —le ordenó el hombre que Armstrong todavía pensaba era Vulpe—. Haz lo que yo te mande, y él no te atacará, ni yo apretaré el gatillo.

—¡Geor... Geor... George! —tartamudeó Armstrong—. ¡Ahí hay un maldito lobo!

—Maldito, sí —respondió el otro.

—¡Ma... ma... mátalo! —Armstrong estaba pálido como un muerto.

—¿Qué dices? —preguntó Vulpe, como si no hubiera oído bien—. ¿Que mate a un viejo y fiel amigo? No, eso no me parece bien.

Vulpe cogió una rama seca y la arrojó a las brasas de la casi extinta hoguera. La madera se encendió, y, a la luz de las llamas, Armstrong vio los agujeros ensangrentados en las ropas de su amigo, su rostro, que cicatrizaba por instantes, y los agujeros infernales en que se habían convertido sus ojos.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó sin poder contenerse el corpulento americano—. George, ¿qué diablos pasa aquí?

—No te muevas —insistió el otro. Durante un instante miró fijamente el rostro aterrorizado de Armstrong, lo estudió quizá planeando algo. Finalmente dijo—: Eres un hombre muy fuerte, y yo no puedo estar solo en el mundo. Al menos no por ahora, ni durante un tiempo. Tengo que aprender muchas cosas y hacer otras, y lugares a los que ir. Necesitaré que me enseñen. Debo aprender antes de poder... enseñar. Antes de que Gheorghe cumpliera el trato, he recibido algunas nociones de su mente. Pero no es bastante. Quizá me apresuré demasiado. Pero es comprensible.

—George —dijo Armstrong, pasándose la lengua por los labios resecos—, George, escucha... —y acercó una mano temblorosa hacia Vulpe, pero el lobo abrió de inmediato sus fauces y reveló su mortal dentadura. Al mismo tiempo levantó el vientre del suelo y se acercó un poco más a Armstrong.

—¡No te muevas! —dijo el otro, y levantó el rifle hasta que la punta del cañón se apoyó en la nuez de Adán del americano—. Si el gris comprende mis deseos, ¿por qué tú no puedes? Quizás eres tonto, y en ese caso estoy perdiendo el tiempo. ¿Es así? ¿Realmente lo estoy perdiendo? ¿Debería apretar el gatillo y empezar desde cero?

—¡No! ¡Me... me quedaré quieto! —tartamudeó Armstrong, con voz áspera y apenas audible, mientras un sudor helado le bañaba la frente—. ¡Me quedaré quieto! ¡Y no te preocupes, George, te ayudaré! ¡No sé qué maldita enfermedad has cogido, pero te ayudaré!

—Ya sé que lo harás —dijo el extraño, contemplándolo pensativamente con sus ojos púrpura.

—Sí, haré..., haré lo que tú digas —insistió Armstrong—, cualquier cosa.

—Sí, sí, —asintió el otro. Y luego, ya decidido, continuó—: Muy bien, comencemos por algo simple. Mírame a los ojos, Seth Armstrong.

Hizo a un lado el cañón del rifle, para acercarse hasta que su terrible e hipnótica cara estuvo a pocos centímetros de la del americano.

—Mira bien hondo, Seth, mira bajo la membrana de mis ojos, hasta encontrar la sangre, y el cerebro, y el verdadero paisaje de mi mente. Los ojos son las ventanas del alma, amigo mío, ¿lo sabías? Las puertas de los sueños, las pasiones y los deseos. Y ésa es la razón de que mis ojos sean rojos. El alma que ocultan ha sido desgarrada y devorada por un parásito escarlata.

Sus palabras conjuraban un hirviente horror; pero, más que eso, inspiraban pasmo, una progresiva parálisis, una lasitud de terror. Armstrong supo de qué se trataba: ¡hipnotismo! Podía sentir cómo su mente era dominada. Pero Vulpe —o quienquiera que habitase su cuerpo— había estado en lo cierto: Seth Armstrong era muy fuerte. Y antes de que pudiesen dominar por entero su voluntad...

Armstrong movió a un lado el rifle, de modo que quedó apuntando al lobo, e intentó apretar la garganta de su torturador.

—Voy a... hacerte... pedazos, George —jadeó.

Pero cuando los dedos del tejano se cerraron sobre la garganta de Vulpe —o de su *facsímil*— éste lanzó un grito feroz y desgarró con sus uñas el rostro del americano. Tres dedos de su mano derecha se engancharon en la comisura de la boca de Armstrong, desgarrando su labio inferior. El tejano aulló de dolor y mordió el dedo meñique de Vulpe con fuerza, amputándolo a la altura del segundo nudillo un instante antes de que el otro retirara la mano. El rifle se disparó, y el estallido reverberó en las montañas circundantes. El gran lobo conocía algo de armas: ileso, con los pelos erizados, retrocedió gruñendo.

Vulpe, cogiéndose la mano herida, se puso de pie. Armstrong escupió el dedo meñique de Vulpe, que quedó pegado y colgando de su boca por un hilo de sangre y baba. El tejano tenía ahora en su poder el rifle y sabía cómo usarlo. Pero cuando intentó apuntarlo hacia el enfurecido Vulpe, éste se recuperó y de una patada se lo quitó de las manos.

Armstrong había conseguido librarse del saco de dormir que le aprisionaba las piernas, pero cuando se puso de pie sintió que tenía algo pegado a la cara, algo que se movía. Y la demente criatura que antes era Vulpe rió estrepitosamente e hizo un gesto señalando el rostro de Armstrong. Lo hizo extendiendo su rara mano izquierda, en la que se veía un sangrante muñón en el lugar que antes ocupara el dedo meñique.

El tejano intentó quitarse de un golpe el dedo adherido a su cara, pero éste, animado por una vida propia, trepó más arriba y se metió en su ojo derecho. Armstrong aulló desesperado cuando el dedo arrancó el globo ocular y se metió por la órbita. Con el ojo colgándole sobre la mejilla, el tejano daba saltos, aullaba y se llevaba las manos a la cara, pero no pudo desalojar a la criatura, que penetró en su cabeza como si fuera un gusano venido de otro mundo.

—¡Mi Dios! ¡Mi Dios! —gritó Armstrong cayendo de rodillas y desgarrando con las uñas el borde de la cuenca vacía—. Dios... Dios —repitió con voz apenas audible, medio ahogado, mientras arrancaba del todo el ojo colgante y la carne del vampiro exploraba con sus tentáculos su cerebro.

Se arrastró de rodillas, a ciegas y con movimientos espásticos, hasta la hoguera, donde hizo un alto. Tosió y se estremeció una vez más y cayó hacia adelante como un árbol talado.

Pero el anómalo Vulpe se adelantó, lo cogió por el cuello de la camisa con su mano sana y lo hizo a un lado.

—No, Seth, eso no —dijo la criatura, mirándolo desde arriba—. Ya basta. Si te quemas, llevará tiempo curarte, y yo debo marcharme de aquí.

—¡Ge... Ge... or... ge! —tartamudeó el otro, medio sofocado.

—No, no, amigo mío. No me des más ese nombre. De ahora en adelante, me llamarás Janos.

Cinco años y medio más tarde..., por la mañana, muy temprano, en la terraza de una habitación de hotel en Rodas, que da a una bulliciosa calle situada a menos de un tiro de piedra del puerto..., la brisa sopla a través del mar desde Turquía y disipa las nubes de humo azulado, el aroma de las tahonas, los múltiples olores de los bares, de los contenedores de basuras y de la humanidad que puebla el centro del antiguo puerto griego.

Era a mediados de mayo de 1989; la estación turística apenas había comenzado y prometía ser muy buena, y el sol era una bola de fuego ascendiendo en la bóveda increíblemente azul del cielo. Y decimos «bóveda» porque era imposible abarcarla en toda su totalidad, y había que entrecerrar los ojos para mirarla, redondeando así los ángulos y convirtiendo la visión periférica en una curva sombría. En todo caso, así

pensaba Trevor Jordan, quien había tomado dos o tres copas de Metaxas de más la noche antes. Pero todavía era temprano, alrededor de las ocho de la mañana, y Trevor suponía que se sentiría mejor un poco más tarde, aunque sabía también que a medida que pasara el tiempo la ciudad se volvería más y más ruidosa.

Jordan había tomado un huevo duro y una tostada para desayunar, y ahora estaba bebiendo su tercera taza de café —«soluble», no el viscoso líquido negro que los griegos beben en tazas diminutas—, que, según sus cálculos, contribuiría a disipar gradualmente el alcohol que aún quedara en su organismo. Jordan había descubierto que lo malo del Metaxas es que era sumamente barato y muy, muy agradable. Sobre todo si se lo bebía contemplando a las bailarinas que interpretaban la danza del vientre en el espectáculo ofrecido en un local llamado El Lago Azul, en la bahía Trianta.

Jordan gimió y se masajeó suavemente la frente por quinta o sexta vez en media hora.

—Tengo que comprar unas gafas de sol —le dijo al hombre que estaba sentado junto a él, y que también vestía bata y pantuflas—. ¡Jesús, este resplandor puede dejarle ciego a uno!

—Coge las mías —respondió Ken Layard, y sonrió mientras le tendía unas gafas de sol baratas, con montura de plástico—. Y después me compras unas nuevas.

—¿Podrías pedir más café? —dijo con voz doliente Jordan—. Diles que traigan un cubo lleno.

—Anoche te pasaste con la bebida —respondió Ken—, ¿por qué no me dijiste que no habías estado nunca en una isla griega?

Ken se inclinó sobre la baranda de la terraza, y llamó al camarero que estaba sirviendo el desayuno a otros huéspedes madrugadores en la terraza del piso de abajo. Luego levantó la cafetera vacía y se la señaló.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Jordan.

—Muy fácil. Nadie que haya estado aquí antes bebe Metaxas como lo has hecho tú. Ni Metaxas ni ouzo.

—Había olvidado que comenzamos bebiendo ouzo.

—Comenzaste tú —replicó Layard—. Yo sólo me empapaba de la atmósfera, del color local, mientras tú te emborrachabas.

—¿Me divertía, al menos?

Layard sonrió, se encogió de hombros y respondió:

—Bueno, no conseguiste que nos echaran de ningún sitio —y estudió la expresión de incomodidad del otro.

Jordan era un telépata experimentado, aunque de poderes variables, y podía ser muy enérgico cuando lo deseaba, aunque por lo general era bienhumorado, transparente, un libro abierto. Era como si quisiera ser tan legible como lo eran para él las mentes de los demás, como si tratara de ofrecer una compensación física por su talento metafísico. Su rostro reflejaba esta actitud; era de forma oval, despejado, abierto, casi infantil. El pelo, menos espeso de lo que había sido en otra época, le caía sobre los ojos grises, y la boca, de labios curvos que se enderezaban y apretaban con fuerza cuando Jordan estaba preocupado. Trevor Jordan gustaba a cuantos le conocían. Y como tenía la ventaja de enterarse inmediatamente de cuándo no le caía bien a alguien, se limitaba a evitar a esas personas. Era ágil y atlético a pesar de tener cuarenta y cuatro años, y no había que malinterpretar su sensibilidad: era también un hombre muy enérgico.

Hacía años que los dos hombres eran amigos. Ahora podían hacer el payaso porque compartían un pasado, un pasado en el que no tuvieron ni tiempo ni ocasión para bromas; compartían unos tiempos y unos acontecimientos que resultaban extraños incluso en su excéntrico mundo, y que ahora no eran más que fantasmas de la mente y la

memoria. Y que era mejor olvidarlos, como se olvidan las pesadillas, las tragedias, o las noches de borrachera.

En la misión que debían desempeñar ahora no había nada tan mortalmente extraño como en aquellas ocasiones —aun cuando era muy seria— pero Jordan se dio cuenta de que la noche anterior había sido una equivocación. Se puso las gafas, frunció el entrecejo y se irguió en su silla de bambú.

—Espero no haber hecho que todos se fijaran en nosotros anoche, o alguna otra tontería por el estilo.

—No, por Dios —respondió su amigo—. Yo no hubiera dejado que las cosas llegaran tan lejos. No eras más que un turista que buscaba diversión, eso es todo. Demasiado sol durante el día, y demasiada bebida por la noche. Y qué diablos, había allí unos cuantos ingleses que hacían que tú parecieses completamente sobrio.

—¿Y Manolis Papastamos? —preguntó Jordan—. Debe de haber pensado que soy un idiota.

Papastamos era su enlace local, el subjefe de la brigada antidrogas de Atenas, que había venido a Rodas en hidroavión para conocer personalmente a los dos británicos y ver qué podía hacer para facilitarles su tarea. Pero Papastamos había demostrado también que era un alborotador, y una fuente de dificultades.

—No —respondió Layard—, en realidad estaba más borracho que tú. Prometió que se reuniría con nosotros a las diez y media en el puerto, para ver atracar al *Samothraki,* pero no creo que vaya. Cuando le dejamos en su hotel, tenía un aspecto terrible. Aunque, por otra parte, estos griegos tienen una constitución muy vigorosa. En cualquier caso, estaremos mejor sin él. Sabe quiénes somos, pero no qué somos. En lo que a Papastamos concierne, somos funcionarios de Aduanas y Arbitrios, o quizá de New Scotland Yard. Sería muy difícil concentrarse, con Manolis charlando y alborotando a nuestro alrededor. ¡Ruego a Dios que se quede en su cama!

Jordan se encontraba un poco mejor, y también había mejorado su aspecto; las gafas de sol le habían venido muy bien. Llegó el café recién hecho, y Layard lo sirvió. Jordan contempló sus movimientos desenvueltos y pensó: «Igual que un hermano mayor. Me cuida como si yo fuera un chiquillo. Y siempre ha sido así, ¡gracias a Dios!».

Layard era un localizador, un adivino sin bola de cristal. No la necesitaba; le bastaba con un mapa, o simplemente con un mínimo indicio de la situación de su presa. Era un año mayor que Jordan, medía algo más de un metro ochenta, era robusto, moreno, de cara cuadrada y expresiva. Su frente, marcada por arrugas horizontales, indicaba años de concentración, sus ojos eran penetrantes y de un marrón tan oscuro que era casi negro.

Mientras Jordan estudiaba a Layard, con la impunidad que le daban las gafas oscuras, sus pensamientos retrocedieron doce años atrás, a la casa Harkley, en Devon, Inglaterra. En esa ocasión, ambos habían trabajado por primera vez en equipo. Ya eran miembros de la Organización E, el más secreto de los servicios secretos, cuyo trabajo sólo era conocido por un puñado de gente de las más altas esferas. En aquella ocasión —a diferencia del día de hoy—, su trabajo no había sido para nada mundano. En verdad, el asunto de Yulian Bodescu no había tenido absolutamente nada de mundano o de frívolo.

Los recuerdos, deliberadamente reprimidos durante más de una década, reaparecieron con fantástica intensidad en la mente de Jordan, dotada de percepción extrasensorial. Una vez más sostuvo la ballesta en sus manos, y apuntó hacia adelante, mientras escuchaba el ruido del agua que corría, y la voz de una joven dejaba oír una desafinada melodía a través de la puerta cerrada. Jordan se preguntó si se trataba de una

trampa. Luego...

*Abrió de una patada la puerta de la ducha... ¡Y se quedó estupefacto! Helen Lake, la prima de Yulian Bodescu, estaba desnuda y era hermosísima. Su cuerpo, de perfil, relucía bajo el agua. La joven volvió la cabeza para mirar a Jordan, los ojos muy abiertos en una expresión de terror, y se apoyó contra la pared del cubículo. Las rodillas comenzaron a temblarle y sus párpados aletearon.*

*«¡Pero si sólo es una chica asustada!», se dijo Jordan un instante antes de que los pensamientos de ella penetraran en su propia mente telepática.*

*«Vamos, cariño», pensaba ella, «cógeme, abrázame, acércate, cariño, acércate».*

*Y entonces, retirándose bruscamente hacia atrás, Jordan vio el gran cuchillo de carnicero que ella tenía en la mano y el brillo demencial de sus ojos demoníacos. Y cuando ella le atrajo hacia sí y levantó el cuchillo, él apretó el gatillo de la ballesta. Fue algo automático, su vida o la de ella.*

*¡Dios! El cuadrillo de la ballesta la clavó a la pared revestida de azulejos; ella gritó como el alma condenada que era y sacudiéndose consiguió desprenderse del muro entre fragmentos de mampostería y trozos de azulejos, tambaleándose en el cubículo de la ducha. Pero la joven aún tenía el cuchillo y Jordan sólo podía rezar, paralizado en el sitio, mientras ella avanzaba otra vez en su dirección...*

*... Hasta que Ken Layard lo empujó a un lado —Layard, con su lanzallamas—, cuya punta metió directamente en la ducha para convertirla en una ardiente olla exprés.*

—¡Que Dios nos ayude! —exclamó Jordan ahora, tal como había exclamado entonces. Reprimió los insoportables recuerdos, y regresó al presente. Su resaca, tras el conflicto mental, o crisis, le parecía doblemente insoportable. Respiró hondo y se masajeó con la punta de los dedos la cabeza, que le dolía como si se la hubieran partido, y se preguntó en voz alta:

—Jesús, ¿por qué me habré acordado de esa historia?

Layard abrió mucho los ojos, se inclinó sobre la mesa y cogió a Jordan por el brazo.

—¿Tú también? —preguntó.

Jordan quebró una regla implícita entre los agentes de la Organización E: echó una mirada a la mente de Layard. Percibió de inmediato los ecos de recuerdos similares e interrumpió de inmediato el contacto.

—Sí, yo también —respondió.

—Lo percibí en tu cara —le dijo Layard—. No había visto en ella una expresión semejante desde..., desde aquella época. ¿Será porque estamos trabajando juntos otra vez?

—Lo hemos hecho en varias ocasiones —respondió Jordan, y se acomodó exhausto en su silla—. No, creo que se trata de algo que estaba metido allí y tenía que salir a la luz. Le llevó su tiempo, pero ahora ya ha desaparecido para siempre. O al menos eso espero.

—También yo confío en que así sea —se mostró de acuerdo Layard—. Pero lo curioso es que nos haya sucedido a los dos al mismo tiempo. Aunque, ¿por qué no? Jamás habíamos estado tan lejos, en el tiempo y en el espacio, de la casa Harkley.

Jordan suspiró y levantó la taza de café. La mano le temblaba levemente.

—Tal vez lo cogimos el uno del otro, y lo agrandamos. ¿Sabes lo que se dice sobre las mentes poderosas que piensan del mismo modo?

Layard, un poco más tranquilo, asintió.

—Sí, sobre todo cuando se trata de mentes como las nuestras, ¿no? —hizo otra vez un gesto de asentimiento, aunque todavía se le veía un tanto perplejo— Sí, quizá tengas razón...

A las nueve y cuarenta y cinco los dos hombres estaban en el malecón norte del puerto, sentados en un banco de madera desde el que tenían una espléndida vista de los bajos de Mandraki y el puerto hasta el fuerte de San Nicolás. A la izquierda se veía el Banco de Grecia, construido sobre un promontorio. Sus paredes blancas y sus ventanas azules se reflejaban en las tranquilas aguas. A la derecha, y hasta el final del paseo, se extendía la ciudad nueva de Rodas. Mandraki, un amarradero de aguas poco profundas, no era el puerto comercial: éste se encontraba a medio kilómetro al sur, en la bahía de la histórica y pintoresca ciudad antigua, un poco más allá de la gran mole en cuya cima se alza la fortaleza. Pero la información que tenían los dos agentes era de que los traficantes de drogas atracarían en Mandraki, donde cargarían agua y provisiones antes de seguir rumbo a Creta, Italia, Cerdeña y España.

Aquí iban a descargar un poco de resina de cannabis —de noche, y probablemente la llevaría a nado uno de los marineros—, y lo mismo harían en diversos puertos a lo largo del trayecto. Pero el destino del cargamento principal —que era cocaína— era Valencia, en España. Y desde allí, gran parte de la droga iría a Inglaterra.

Ésta había sido la ruta y el destino de cargamentos anteriores. Y ahora los agentes de la Organización E tenían que averiguar qué cantidad de cocaína había a bordo; y, si la cantidad era pequeña, decidir si era conveniente proceder, ya que una acción prematura podría servir simplemente para poner sobre aviso a los señores de la droga. Y también debían averiguar en qué lugar del barco se hallaba la droga.

Pocos meses antes habían registrado minuciosamente un barco —prácticamente lo habían desmontado— en Larnaka, y no encontraron nada. Claro está que esta operación fue llevada a cabo por la policía grecochipriota, que probablemente carecía de ese pequeño extra que poseían los servicios británicos. En esta ocasión se trataba de una operación coordinada, que concluiría en Valencia antes de que la droga fuese descargada. Y en esta ocasión, también iban a registrar y desmontar el barco, un antiguo carguero griego llamado *Samothraki.* Entretanto, Jordan y Layard lo seguirían a lo largo de toda la ruta.

Vestidos como los típicos turistas americanos, gorros deportivos con anchas viseras protectoras, camisas de colores brillantes, cuellos abiertos y mangas cortas, pantalones veraniegos y sandalias de cuero, y equipados con prismáticos, los agentes esperaban la llegada de su presa. Puesto que su misión era secreta y debían pasar inadvertidos, su manera de vestir podría ser considerada excesivamente llamativa, pero era conservadora si se la comparaba con la de los demás turistas que visitaban el lugar.

Estaban en silencio desde hacía un rato; ninguno de los dos parecía de muy buen humor. Jordan le echaba la culpa al Metaxas y Layard lo atribuía a la indigestión que le producía una comida excesivamente grasa. Fuera lo que fuese, estorbaba un tanto sus poderes de percepción extrasensorial.

—Está nublado —se quejó Jordan, frunciendo el entrecejo. Después se encogió de hombros—. Pero no entiendes lo que quiero decir, ¿verdad? —preguntó.

—Sí que lo entiendo —respondió Layard—. En los viejos tiempos le llamábamos «niebla mental», ¿te acuerdas? Es como un estado de torpor psíquico, que distorsiona o bloquea las imágenes. O que las oscurece como..., bueno, como una húmeda y maloliente neblina. Cuando proyecto mi mente y busco el *Samothraki,* percibo una densa niebla. Una oscuridad húmeda y brumosa. Y eso no tiene explicación en un lugar como éste. Es extraño. Y no viene exclusivamente del barco... ¡Viene de todas partes!

Jordan lo miró.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos encontramos con otros PES?

—¿Quieres decir en nuestro trabajo? Bueno, supongo que eso sucede cada vez que tenemos una misión en una embajada. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No se te ha ocurrido que en este trabajo puede haber otros agentes PES? Rusos, o tal vez franceses...

—Es posible —esta vez le tocó a Layard fruncir el entrecejo—. En la Unión Soviética el problema de las drogas se hace cada día más serio, y en Francia es terrible desde hace años. Pero, ¿y si están en el bando contrario? Quiero decir, ¿y si son los traficantes los que están utilizando PES? De hecho, tienen medios suficientes como para montarse su propio grupo de agentes PES.

Jordan miró a través de sus prismáticos, luego volvió la cabeza y recorrió con la mirada la costa desde el fuerte en la cima del promontorio hasta el centro de la ciudad antigua, rodeado de murallas.

—¿Has intentado localizar de dónde proviene la interferencia? —preguntó—. Tú eres el localizador. Y yo tengo la sensación de que la fuente está muy cerca de aquí.

Los agudos ojos de Layard siguieron la trayectoria de los prismáticos de Jordan. Un gran crucero blanco, de aspecto lujoso, se balanceaba anclado en el estrecho canal de aguas profundas de Mandraki; más allá, un puñado de caiques estaban amarrados muy cerca de la orilla, o iban y venían transportando turistas. A medio kilómetro de allí, los mercados y las callejuelas de la ciudad antigua parecían una colmena, y allí donde la colina se hacía más elevada, parecía que un zumbido de abejas se elevaba de la masa de iglesias y casas blancas y amarillas, iluminadas por el sol de la mañana. Si no hubiera sido porque todo estaba en movimiento, la escena habría parecido una perfecta tarjeta postal.

Layard se quedó con la vista clavada en el paisaje durante unos instantes, luego chasqueó los dedos, se reclinó en su asiento y sonrió satisfecho.

—¡Aquí está! —dijo por fin—. Tú lo percibiste primero. Claro que debe de ser peor para ti que para mí. Yo sólo puedo localizar cosas, no leo mentes.

—¿Quieres explicarte mejor?

—No hay nada que explicar. Tu mapa de la ciudad antigua es igual al mío. Claro que tú, probablemente no lo has mirado. Bien, te lo aclararé. En la colina hay un manicomio.

Jordan, perplejo, bajó los prismáticos. Después se dio una palmada en la rodilla.

—¡Claro, de eso se trata! —exclamó—. Estamos recibiendo los ecos de los pobres desgraciados encerrados en ese lugar.

—Sí, eso parece —asintió Layard—. Y ahora que sabemos de qué se trata, deberíamos tratar de anularlo y concentrarnos en el trabajo que tenemos entre manos. —Miró en dirección al mar, más allá de la entrada del puerto, y su expresión se tornó más seria—. Sobre todo si tenemos en cuenta que el *Samothraki* se ha adelantado un poco.

—¿Está cerca? —preguntó Jordan, alerta.

—Estará aquí en cinco o diez minutos —respondió Layard—. Y apostaría a que echará el ancla aproximadamente un cuarto después de la hora.

Los dos hombres se dedicaron a vigilar la entrada del puerto, y no advirtieron un repentino aumento de la actividad en el lujoso crucero privado. Un caique entoldado transportó a un pequeño grupo de gente desde los escalones del embarcadero; dos hombres subieron a bordo del elegante barco blanco, que muy pronto levó anclas. Se oyó el zumbar de los poderosos motores cuando el crucero giró sobre su eje y marchó por el canal reservado para los barcos de mayor calado. La cubierta del crucero estaba sombreada por elegantes toldos negros, y una figura también vestida de negro descansaba en una de las tumbonas. Un hombre alto y vestido de blanco miraba desde la borda en dirección a la entrada del puerto. Un parche negro le cubría el ojo derecho.

La blanca nave de recreo ocupaba ahora un lugar destacado en la escena, pero aun así permaneció en la periferia de la visión de los PES. Los dos agentes miraban a través

de prismáticos. Jordan se había puesto de pie y se apoyaba contra el muro del malecón cuando el *Samothraki* dio la vuelta al promontorio y entró en su campo de visión.

—¡Aquí llega! —susurró el agente—, ¡justo entre las piernas del viejo muchacho!

Jordan lanzó su mente telepática a través del agua en busca de los pensamientos del capitán y de la tripulación. Quería averiguar dónde escondían la cocaína..., quizás alguno de ellos estuviera en ese instante pensando en eso... o en el destino último de la droga...

—¿Las piernas de quién? —la voz de Layard llegaba como si estuviera muy lejos, aunque estaba junto a Jordan. La concentración de este último era tan grande que prácticamente se había cerrado al mundo consciente.

—El coloso —musitó Jordan—. Helios. Una de las siete maravillas del mundo antiguo. Se alzaba precisamente allí, a la entrada del puerto, hasta aproximadamente el año doscientos veinte antes de Cristo.

—Así que, después de todo, has mirado los mapas —observó Layard.

El viejo *Samothraki* entraba en el puerto; el elegante crucero blanco salía. El primer barco fue oscurecido por el segundo cuando se pusieron a la par..., y ambos echaron el ancla.

—¡Mierda! —se enfureció Jordan—. Otra vez la neblina mental. ¡No puedo ver absolutamente nada!

—Sí, yo siento lo mismo —respondió Layard.

Jordan barrió con sus prismáticos la elegante silueta del blanco crucero y leyó el nombre pintado en el casco: *Lazarus*.

—Es un barco muy hermoso —comenzó a decir, y se interrumpió bruscamente. En el centro del campo visual se hallaba el hombre vestido de negro, que se había erguido en su asiento de la cubierta. Jordan veía la parte de atrás de su cabeza, pues el hombre estaba mirando al *Samothraki*. Pero cuando Jordan lo enfocó con sus prismáticos, aquella cabeza de extrañas proporciones se dio la vuelta y su desconocido dueño fijó su mirada en el agente PES que lo contemplaba desde la orilla, a más de cien metros de distancia... Y a pesar de la distancia, y de que los dos llevaban gafas oscuras, fue como si estuvieran frente a frente.

¿QUÉ? —resonó una poderosa voz mental en la psique de Jordan—. ¿UN LADRÓN DE PENSAMIENTOS? ¿UN PSÍQUICO?

Jordan se sobresaltó. ¿Qué demonios era eso? Por cierto que no se trataba de lo que había estado buscando. Intentó sustraerse, pero la mente del otro aprisionó la suya como una gran tenaza... ¡y apretó! ¡No podía escapar! Jordan se apoyó contra la pared y miró fijamente al otro —que ahora le parecía una figura enorme—, de pie a la sombra del negro toldo.

No dejaban de mirarse el uno al otro, y Jordan hacía un esfuerzo tan grande para apartar los ojos y cambiar la dirección de sus pensamientos que su cuerpo comenzó a vibrar. Era como si de los ojos del otro salieran barras de hierro que atravesaran el agua y los prismáticos de Jordan para penetrar en su cerebro, barras de hierro que transmitían un mensaje: QUIENQUIERA QUE SEAS, HAS PENETRADO EN MI MENTE POR TU PROPIA VOLUNTAD. QUE SEA LO QUE DEBA SER.

Layard se había puesto de pie, ansioso y perplejo. Aunque él no había experimentado la sorpresa y el terror de su compañero telépata, podía percibir con sólo mirarlo que sucedía algo muy malo. Layard, con su propia mente llena de niebla mental y ruidos parásitos, extendió los brazos para sostener a Jordan, justo a tiempo para ayudar al telépata a llegar hasta el banco, donde se desplomó como un peso muerto, inconsciente, en brazos de su compañero.

# Capítulo cuatro

*Lazarides*

Esa misma noche:

El *Lazarus* estaba anclado en un muelle del puerto, completamente inmóvil y reflejándose en el negro espejo de unas aguas tan tranquilas que parecían un cristal; tres de los cuatro tripulantes habían bajado a tierra, y el que quedaba montaba guardia. El dueño del barco estaba sentado junto a una ventana en la planta alta de la taberna de peor fama de la ciudad antigua y contemplaba los muelles. En el salón de la planta baja unos pocos turistas bebían brandy de garrafa y comían las detestables viandas que servían allí, mientras los vagabundos, borrachines y marginales del lugar bromeaban con ellos en inglés y en alemán, se mofaban de ellos a sus espaldas en griego, y se hacían pagar las copas.

La planta alta le estaba prohibida a esta clase de parroquianos. El dueño de la taberna concertaba allí sus turbios negocios, y en ocasiones bebía, charlaba o jugaba a las cartas con sus amigos, sujetos todos no muy recomendables. Esa noche, sin embargo, estaban todos ausentes, y la planta alta estaba ocupada sólo por el dueño de la taberna, una joven prostituta griega sentada a la puerta de la alcoba donde ejercía su profesión —un pequeño cuarto con una cama y una palangana— y el hombre que decía llamarse Jianni Lazarides, en su asiento junto a la ventana.

El propietario, gordo y con barba de dos días, se llamaba Nichos Dakaris, y había subido para llevarle una botella de buen vino tinto a Lazarides. La muchacha se encontraba allí porque tenía un ojo a la funerala y no podía ofrecer sus servicios en los muelles. O mejor dicho, no quería. Era su manera de vengarse de las palizas que le daba Dakaris cada vez que tenía que soltar la pasta para sobornar a la policía de la zona por el privilegio de permitir a una prostituta que utilizara su local. Si no fuera porque él mismo satisfacía con ella sus instintos de cuando en cuando, es probable que no le hubiera permitido alojarse en su taberna, pero ella le pagaba «en especies» por su habitación, y además, un cuarenta por ciento de todas sus ganancias en metálico. Aunque la suma que el tabernero obtenía habría sido mucho mayor si ella no insistiera en utilizar más las callejuelas de Rodas que la habitación de Dakaris. Y ésa era otra de las razones para golpearla.

Jianni Lazarides también tenía sus motivos para estar allí. Éste era el lugar fijado para su encuentro con el capitán del *Samothraki* y un par de sus secuaces, a los que pediría explicaciones sobre cómo y por qué alguien había estado vendiendo participaciones en su supuestamente secreta operación de tráfico de drogas. En realidad, Lazarides sabía por qué, puesto que lo había leído en la mente de Trevor Jordan, pero quería oírlo de boca de Pavlos Themelis, el capitán del *Samothraki,* antes de decidir sobre cuál era la mejor manera de desvincularse de aquel asunto.

Porque Lazarides había invertido una buena cantidad de dinero en aquel negocio —que le dijeron seguro, y que ahora parecía ser todo lo contrario—, y quería que le devolvieran su dinero... ¿o quizás un pago en especies?

El dinero y el poder eran los dioses en esta era, tal como lo habían sido en los pasados siglos de humana codicia, siglos de los que Lazarides tenía un conocimiento no precisamente vago. Y por cierto que en este mundo tan complejo había maneras de

hacer dinero más fáciles, más seguras y con mayores garantías; maneras que no llamaban demasiado la atención de los guardianes de la ley.

Para Lazarides, el dinero era muy importante, y no porque aquél fuera codicioso. El mundo al que pertenecía ahora estaba superpoblado; y lo estaría aún más, y un vampiro tenía sus necesidades. En los viejos tiempos, el príncipe —cualquiera de ellos— le hubiera concedido tierras a un boyardo para que levantara su castillo y viviera en soledad y también en el anonimato. El anonimato y la longevidad iban de la mano en aquellos tiempos; no se podía tener una sin el otro; no habría estado bien visto que un hombre famoso viviera más allá del período normal de vida concedido a los de su especie. Pero en aquellos días las noticias viajaban lentamente. Un hombre podía tener hijos; y cuando «moría», uno de éstos estaba preparado para ocupar su lugar.

Lo mismo sucede en el presente, sólo que las noticias y los hombres ya no viajan con lentitud, y a causa de eso el mundo es mucho más pequeño. Así pues, ¿cómo construir en los últimos años de este siglo XX una madriguera y pasar inadvertido? ¡Imposible! Con todo, un hombre muy rico puede todavía comprar oscuridad, y con ella anonimato, y proseguir así con su antiguo modo de ser. Pero esto hace que uno se plantee otra pregunta: ¿cómo hacerse rico, muy rico?

Janos Ferenczy creía haber respondido a esta pregunta hacía ya cuatrocientos años, pero ahora, bajo el nombre y la apariencia de Lazarides, ya no estaba tan seguro. En aquellos días, un arma con la empuñadura cuajada de piedras preciosas, o una pepita de oro, habían significado una instantánea riqueza. Ahora también, sólo que los hombres querían saber de dónde procedían estos objetos. En los viejos tiempos, las tierras y las posesiones de un boyardo —y el botín obtenido— sólo le pertenecían a él, y nadie hacía preguntas. ¡Y pobre del que se atreviera a intentar despojarle de ellas! Pero en la actualidad, fruslerías como una corona de oro escita o una empuñadura enjoyada eran consideradas «tesoros históricos», y un hombre no podía venderlas sin responder antes a unas cuantas —¡demasiadas!— preguntas sobre su procedencia.

Sí, Janos sabía muy bien cuál era el origen de su riqueza; de hecho, estaba aquí, escondida en el asiento de la ventana que daba al puerto de la que antaño fuera la poderosa tierra de Rodas. Porque el hombre que en el presente descubriera y desenterrara esos tesoros era el mismo que los había enterrado hacía más de cuatrocientos años. ¿Qué mejor manera de prepararse para una segunda venida al mundo, cuando uno ha previsto un largo, larguísimo período de absoluta y completa oscuridad?

Y una vez recuperados los tesoros escondidos, sería muy fácil convertirlos en tierras, en propiedades, en el territorio y la morada de un señor wamphyri... Es verdad que en esta época no se podía ni siquiera pensar en una madriguera, y probablemente tampoco en un castillo; pero... ¿y una isla? Una isla en el mar griego, por ejemplo, donde hay tantas...

¡Ah, si todo fuera tan fácil!

Los lugares cambian, la naturaleza se cobra su tributo, los terremotos rugen y cambian la configuración de la tierra, y los tesoros son enterrados a mayor profundidad, y las señales que indicaban su posición caen, o simplemente desaparecen. En aquellos tiempos, los cartógrafos no eran muy exactos, y hasta la mejor de las memorias —la memoria de un vampiro— se debilita un poco con el transcurso de los siglos...

Janos suspiró y contempló a través de la ventana las luces, del puerto y las de los barcos, que se movían como gusanos luminosos mar adentro. El odioso dueño de la taberna había vuelto a la planta baja, a seguir sirviendo ouzo y brandy aguado y a contar sus ganancias. Aún se oía la música del busuqui, y las carcajadas, y los futuros amantes todavía bailaban y se acariciaban, y la joven prostituta seguía sentada a la puerta de su

habitación.

Debían de ser las diez, y Janos había dicho que a esa hora se comunicaría con su siervo americano. Sí, lo iba a hacer... dentro de un rato, dentro de un rato.

Escanció un poco del buen vino tinto y miró la copa, que parecía llena de sangre. Sí, la sangre era vida... ¡pero no en un lugar como éste! Sí, la sorbería cuando llegara el momento, y entretanto el vino calmaría su sed, la devoradora sed de un vampiro, esa sed a la que había que amansar..., o morir por ella. O al menos contener dentro de ciertos límites... Y Janos aún no estaba desesperadamente sediento.

La prostituta había oído el tintinear de la copa contra la botella y levantó la vista, la boca fruncida en un gesto hosco. Ella también tenía una copa, pero vacía.

Janos sintió la mirada de la mujer y volvió la cabeza. Ella, desde el otro lado de la habitación, tomó nota de la erguida espalda del hombre, de su morena guapura y sus ropas de buena calidad, y se preguntó por qué se cubriría los ojos con aquellas gafas oscuras. A la distancia, la mujer no podía distinguir la áspera textura de su piel, de poros abiertos, ni el gran tamaño y la carnosidad de su boca, o la longitud desproporcionada del cráneo y de las orejas, ni podía verle las manos, que sólo tenían tres dedos, además del pulgar. Ella sólo veía a un hombre fornido, solitario y concentrado en sus pensamientos. Y que, con seguridad, no era pobre.

La mujer sonrió —no era una sonrisa hermosa—, se levantó y se estiró —movimiento que tuvo el efecto deseado: destacar sus pechos puntiagudos—, y fue hacia donde estaba Janos. Él la miró caminar balanceándose y pensó: «¡Por su propia voluntad!».

—¿Va a bebérselo todo? —preguntó ella mirándolo con un gesto insinuante—. ¿Todo... usted solo?

—No —respondió él, con una expresión indescifrable—, bebo muy poco... vino.

Es posible que ella se sintiera sorprendida por la voz del hombre; era un susurro, casi un gruñido, tan profunda que la mujer se estremeció.

Con todo, no le pareció desagradable, aunque su fuerza era tal que la prostituta retrocedió un paso. Pero él sonrió, aunque fríamente, y señaló la botella.

—¿Tiene sed? —preguntó.

¿Sería griego este hombre? Hablaba la lengua del país, pero tal como se habla en los pueblos más remotos, aquellos que no han sido tocados por el progreso. Aunque tal vez no era griego, o lo era pero hacía ya mucho tiempo que se había marchado de su tierra, y los viajes y otras lenguas habían impregnado su manera de hablar.

La muchacha, por lo general, aceptaba las invitaciones sin hacerse rogar, pero esta vez preguntó:

—¿Puedo?

—¡Claro! Como ya le he dicho, mis necesidades no se satisfacen con vino.

¿Eso era una indirecta? Él seguramente sabía cuál era su ocupación. ¿Debía invitarlo a su habitación? Y cuando la mujer llenaba su copa, él habló como si hubiera leído sus pensamientos...

—No —dijo él, con tono cortés pero decidido—. Ahora déjeme solo. Tengo mucho en que pensar, y dentro de muy poco tiempo vendrán unos amigos.

La mujer apuró la copa y él, sonriendo, volvió a llenarla.

—Y ahora, váyase —repitió.

Y eso fue todo. La orden era irresistible, y la prostituta regresó a su puesto, junto a la puerta de su habitación. Pero no podía apartar los ojos del hombre. Él lo percibía, pero no parecía molestarle. Por el contrario, le hubiera preocupado *no* llamar su atención.

De todas formas, ya era hora de que Janos averiguara qué estaba haciendo

Armstrong. Apartó de sus pensamientos a la muchacha, y dirigió sus vampíricos sentidos muelle arriba hasta el malecón, y desde allí a la zona en sombras donde las grandes murallas se levantaban al borde de las tranquilas aguas. No se veían allí luces brillantes, sólo montones de redes remendadas, langosteras, boyas y recipientes en forma de ánforas que los pescadores utilizan para coger pulpos. Y, claro está, al siempre fiel Armstrong, esperando las órdenes de su señor.

*¿Me oyes, Seth?*

—Sí, señor, aquí estoy —susurró Armstrong dirigiéndose a las sombras del malecón, como si hablara solo. No dijo nada de su hambre, que Janos percibió en su mente como un dolor. Así debía ser, las necesidades del amo estaban siempre antes que las de su siervo, pero un señor no debía olvidar que un perro fiel merece ser recompensado. Armstrong recibiría más tarde su premio.

*Ahora estoy buscando al psíquico, al inglés* —le explicó Janos—, *y luego te lo enviaré. Su compañero seguramente irá con él. No le necesitamos, no será más que un estorbo. Uno puede darnos la misma información que dos. ¿Me comprendes?*

Armstrong le había entendido perfectamente, y Janos percibió otra vez el hambre de su vasallo. Era tan intensa que le ordenó:

*No dejarás ninguna marca en su cuerpo, ni tomarás nada de él. ¡Y tampoco le darás nada de ti! ¿Me oyes, Seth?*

—Sí, señor.

*¡Muy bien! Creo que sería conveniente que recibiera un golpe que le dejara aturdido —en la nuca, por ejemplo—, y luego cayera al agua en un lugar profundo. Ocúpate de eso, y si todo sale bien, te los enviaré muy pronto.*

Sin decir nada más, envió sus sentidos vampíricos hacia las brillantes luces de la ciudad nueva, buscando en los hoteles y las tabernas, en los bares, en los puestos callejeros de comida rápida y en los clubes nocturnos. No era una tarea difícil, las mentes que buscaba poseían poderes propios, si bien no comparables a los de él. Y ya había penetrado en uno de ellos y lo había dañado, destruido casi. Y lo iba a destruir, claro que sí, aunque no inmediatamente. Ya habría tiempo para eso cuando Janos descubriera todo lo que sabía ese hombre. Y tras la breve visita que había hecho a la mente del agente británico, antes de atacarlo y obligarlo a buscar refugio en el olvido, estaba seguro de que sabía mucho.

La mente de un psíquico, sí, de un telépata, como les llaman en la actualidad. Janos había cogido al ladrón de pensamientos espiándolo (si no directamente a él, al menos espiando la operación de contrabando de droga, en la que él intervenía), pero, ¿qué habría descubierto antes de que le sorprendiera? Lo bastante como para ser peligroso, de eso Janos estaba seguro. En el instante de interrumpir el contacto, Janos había percibido que el telépata conocía su verdadera naturaleza. Y eso no podía ser. No, no podía permitir que alguien descubriera que él, un habitante del mundo moderno, era un vampiro. Muchos, descreídos, se burlarían ante esta sugerencia, pero habría otros que no. Y el telépata se contaba entre los últimos, y en su mente había ecos que sugerían que el inglés conocía otros vampiros. ¡Un nido lleno!

Janos descubrió una ola de pensamientos aterrorizados. Sus sentidos los reconocieron. Pertenecían a una mente que había encontrado recientemente, y la reconocía como se reconoce un rostro familiar. Eran pensamientos aterrorizados, encogidos, golpeados y obligados a someterse, pero que reaparecían una vez más en la conciencia. Siguió su rastro como un perro de caza, y cuando penetró una vez más en esa mente temblorosa supo de inmediato, y sin ninguna duda, que había encontrado lo que buscaba...

Ken Layard asistió a Trevor Jordan en la habitación que éste ocupaba en el hotel.

Las habitaciones individuales de los dos agentes eran contiguas, y las puertas daban a un pasillo. El telépata yacía en su cama desde hacía doce horas; las seis primeras las había pasado inmóvil como un cadáver, bajo el efecto de un poderoso sedante administrado por un médico griego; durante las cuatro siguientes, su sueño había sido más normal, y el resto del tiempo se había revuelto en la cama de un lado a otro, sudando y gimiendo en sueños. Layard intentó despertarlo en una o dos ocasiones, pero su amigo seguía durmiendo. El médico había dicho que ya despertaría por sí solo.

Según el médico, su malestar podía obedecer a muchas causas. Demasiado sol, demasiadas emociones, demasiado alcohol, o quizás algún virus. O tal vez una intensa jaqueca. En todo caso, había que tomárselo con calma. Los turistas siempre tenían indisposiciones de ese tipo.

Layard se apartó de la cama de Jordan, y un instante después oyó que su amigo hablaba.

—¿Qué? Sí, sí quiero.

Layard se volvió y vio que Jordan, con los ojos muy abiertos, se sentaba en la cama.

En la mesa de noche de Jordan había una jarra con agua; Layard llenó un vaso y se lo ofreció. Jordan parecía no verlo. En sus ojos había una mirada vidriosa. Bajó las piernas de la cama y extendió la mano para coger su ropa, doblada en una silla. El agente localizador se preguntó si su compañero sufría un ataque de sonambulismo.

—Trevor... —le habló en voz baja, cogiéndolo del brazo—, ¿estás...?

—¿Qué? —le interrumpió Jordan, y de repente le miró a la cara. Su mirada era más normal y Layard supuso que estaba consciente, y en pleno uso de sus facultades—. Sí, estoy bien —continuó Jordan—, pero...

—Sí, dime —le urgió Layard mientras Jordan continuaba vistiéndose. Sus movimientos parecían los de un robot.

Sonó el teléfono. Layard respondió mientras Jordan terminaba de vestirse. Era Manolis Papastamos, que quería saber cómo se encontraba Jordan. El agente griego había llegado al lugar unos segundos después del colapso de Jordan. Había ayudado a Layard a conducirlo a la habitación y llamó al médico.

—Creo que Trevor se encuentra bien —respondió Layard—. Se está vistiendo. ¿Cómo van las cosas por allí?

Papastamos hablaba inglés igual que el griego: como una ametralladora.

—Estamos vigilando los barcos, pero sin resultado —dijo—. Si han conseguido desembarcar algo del *Samothraki,* tiene que ser una cantidad insignificante, y no de droga dura, tal como lo habíamos previsto. También hemos inspeccionado el *Lazarus;* no es probable que esté relacionado con el tráfico de droga. Su dueño es Jianni Lazarides, un arqueólogo y buscador de tesoros, con todos sus papeles en regla. Bueno, digamos que sin antecedentes. En cuanto a la tripulación del *Samothraki,* el capitán y su segundo de a bordo han bajado a tierra; quizá llevaran un poco de droga blanda con ellos. Ahora están en un cabaret, y beben café y brandy. Más de lo primero que de lo segundo. Es evidente que no piensan emborracharse.

Jordan, entretanto, había terminado de vestirse y se dirigía a la puerta. Caminaba como un zombi, y llevaba la misma ropa que se había puesto por la mañana. Pero las noches aún eran frías; era evidente que no había elegido una vestimenta tan ligera, sino que había cogido lo que tenía a mano.

—¿Adónde vas, Trevor? —preguntó Layard.

—Al puerto —respondió como un autómata—. A la Puerta de San Pablo, y luego seguiré por el malecón hasta los molinos de viento.

—¿Sí? ¿Sí? —Papastamos aún estaba en la línea—. ¿Qué sucede?

—Jordan dice que va a los molinos de viento del malecón —le informó Layard—. Y yo voy con él. Algo no está bien, lo he sabido durante todo el día. Lo siento, Manolis, pero tengo que colgar.

—¡Nos veremos allí! —respondió de inmediato Papastamos, pero Layard ya colgaba el teléfono y oyó la mitad de sus palabras.

Después se puso deprisa una chaqueta y corrió tras Jordan, que ya bajaba las escaleras hasta el vestíbulo, y salía luego por la puerta principal rumbo a la noche mediterránea.

—¿No vas a esperarme? —le gritó Layard.

Pero Jordan no respondió. Se dio vuelta una sola vez, y Layard vio sus ojos, como agujeros negros en el pálido rostro. Era evidente que Jordan no le iba a esperar. Ni a él ni a nadie.

Layard estuvo a punto de alcanzar a su robótico compañero cuando éste cruzó una calle cerca de los muelles, pero el semáforo cambió y se reanudó el enloquecido tráfico de las calles griegas. En ese instante, Layard se vio separado de su compañero por una compacta hilera de coches, y cuando las luces del semáforo volvieron a cambiar de color, el telépata había desaparecido entre la multitud. Layard se dio prisa, pero sabía que había perdido a su compañero. Claro que conocía el destino final de éste...

Jordan percibía que estaba combatiendo contra aquello con todas sus fuerzas, a cada paso del camino, aun sabiendo que era inútil. Era como estar borracho en un lugar extraño y entre desconocidos, cuando yacemos de espaldas y la habitación da vueltas. Realmente parece girar, con los ángulos del techo persiguiéndose como los rayos de una rueda. Y no se puede hacer nada para detenerla porque sabemos que en verdad no gira, que lo que gira es nuestra mente, dentro de la cabeza que se halla en un extremo de nuestro cuerpo. Nuestra maldita cabeza y nuestro maldito cuerpo, que no nos obedecen... ¡y no logramos que nos respondan por mucho que nos esforcemos!

Y todo el tiempo nos oímos a nosotros mismos atrapados dentro de nuestro cráneo como una mosca en una botella, zumbando furiosa y golpeándose contra el cristal, y diciendo una y otra vez: ¡por Dios, cuándo terminará esto! ¡Dios mío, detén esto! ¡Que acabe de una vez..., por... favor!

Es el alcohol —el intruso en nuestro organismo— que nos domina, y luchar contra él hace que nos sintamos peor. Intentas levantar la cabeza y los hombros de la cama y todo da vueltas a más velocidad, tan rápido que puedes sentir la fuerza centrífuga que te arrastra hacia abajo. Haces un esfuerzo y te pones de pie y te tambaleas, das vueltas, comienzas a girar con la habitación, con el maldito universo.

Pero si te quedas quieto, si no luchas, si cierras los ojos y te aferras a ti mismo..., finalmente todo pasará. Se acabarán el girar y el malestar que sientes. El zumbido de la mosca en la botella —que es tu propia psique, azorada, atónita, ininteligible— cesará. Te dormirás. Y es probable que los desconocidos te roben todo lo que tengas.

Podrían quitarte hasta los calzoncillos, violarte incluso, si quisieran, y tú no podrías detenerles, ni siquiera te darías cuenta, ni siquiera lo sospecharías.

Esta era una repetición de la primera y violenta experiencia de Jordan con el alcohol. Tuvo lugar cuando comenzó la universidad, y echaba de menos a su familia. Un par de compañeros estudiantes, unos payasos que querían divertirse a su costa, lo habían incitado a beber. Y luego le habían gastado unas cuantas bromas en su habitación. Nada violento: le habían pintado los labios, puesto colorete en las mejillas, un liguero, medias de seda y le habían pegado un cromo de Mickey Mouse en el culo.

Se despertó helado, desnudo, enfermo y sin saber qué había pasado. Quería morirse. Pero un día o dos después, ya sobrio, buscó uno por uno a sus torturadores y les dio una paliza memorable. Desde entonces sólo había recurrido a la fuerza física cuando

no había otra salida.

¡Y cómo deseaba poder utilizar la fuerza en este momento! Contra él mismo, contra su cuerpo y su mente, que no le obedecían, contra quienquiera que fuese que le estaba haciendo esto. Eso era lo más terrible de este asunto: Jordan sabía que alguien le estaba manejando como quien tira de los hilos de un títere, y no podía hacer nada.

«¡Basta!» se decía a sí mismo. «Domínate. Siéntate, vomita, cógete la cabeza, espera a Ken. Haz cualquier cosa, ¡pero que sea por tu propia voluntad!»

Pero antes de que su cuerpo pudiera comenzar a obedecer esas instrucciones, resonó una voz terrible en su cabeza, una voz magnética cuya voluntad se imponía a la suya, la orden telepática de un ser más poderoso que todo lo imaginable, que anulaba su resistencia como ninguna bebida drogada podría hacerlo.

AH... PERO TÚ YA NO TIENES VOLUNTAD PROPIA. VINISTE A ESPIARME, INVADISTE MI MENTE, COMO UNA HORMIGA EN UN NIDO DE AVISPAS. Y AHORA TIENES QUE PAGAR POR LO QUE HAS HECHO: CONTINÚA, VE A LOS MOLINOS DE VIENTO.

Jordan tenía la sensación, mientras se esforzaba por mantener inmóviles las piernas, de que éstas eran de goma. Era como intentar mantener separados dos polos magnéticos opuestos, o impedir que una mariposa se lanzara hacia la llama de una vela. Y Jordan siguió caminando por el puerto hasta el malecón, y luego subió por éste hasta que los antiguos molinos de viento se recortaron contra el horizonte oscuro del océano.

Seth Armstrong le esperaba, vestido de negro, agazapado en las tinieblas donde el muro del rompeolas imitaba las almenas de un castillo, a la manera de las antiguas construcciones de los cruzados, visibles en toda la ciudad. Armstrong dejó que Jordan pasara a su lado, y escudriñó el oscuro malecón, que no alcanzaban a iluminar las lejanas luces de la ciudad antigua de Rodas.

Oyó ruido de pasos. Alguien se acercó corriendo y una voz jadeante dijo:

—¡Trevor, por Dios, ve más despacio! ¿Dónde diablos te has...?

Y Armstrong atacó.

Layard vio algo grande y negro que salía de la oscuridad. Un ojo le miraba por la hendidura de un pasamontañas. Se detuvo, sorprendido, y cuando se daba la vuelta para escapar, Armstrong le lanzó, de un golpe en la nuca, contra los adoquines del sendero. Layard, desvanecido, quedó tirado al pie de la muralla del rompeolas. Y Jordan, sintiendo que los hilos que tiraban de él se aflojaban un poco, se volvió.

Vio la negra figura de Armstrong, semejante a una gigantesca mantis, inclinada sobre el cuerpo inconsciente de Layard; vio luego que levantaba a su amigo con sus poderosos brazos, y lo lanzaba al aire por encima de la muralla. Un instante más tarde se oyó el chapoteo de un cuerpo que caía en el agua, y finalmente, cuando la figura vestida de negro se volvió hacia él...

¡Más ruido de pasos!

El haz de luz de una linterna hendió la noche, separándola a derecha e izquierda, como un cuchillo blanco que corta un negro naipe. Y la voz de Manolis Papastamos, igualmente afilada, acuchilló el silencio:

—¡Trevor, Ken! ¿Dónde estáis?

*¡Ten cuidado!* —ordenó la voz extraña en la mente de Jordan, pero era apenas un susurro, y la orden no estaba dirigida a él. La voz ya no dominaba, se limitaba a aconsejar. Y Jordan se dio cuenta de que su mente de telépata había captado un mensaje dirigido a otro, al hombre de negro.

*¡No dejes que te cojan, ni que te reconozcan!*

Se oyó un chapoteo y un grito sofocado. ¡Ken Layard estaba vivo! Jordan, sin embargo, sabía que el localizador no podía nadar. Obligó a sus piernas a que le llevaran

junto a la muralla del rompeolas, para mirar por una de las troneras. Jordan no olvidaba ni por un segundo al extraño ser que, confundido y furioso, maullaba como un gato escaldado en un rincón de su mente. Y que ahora ya no le dominaba por completo como antes.

Papastamos se acercaba corriendo, y Jordan vio a la desgarbada figura vestida de negro retroceder al abrigo de la oscuridad.

—¡Man... Manolis! —se esforzó por gritar, con la garganta reseca—. ¡Ten cuidado!

El agente griego se detuvo e iluminó con su linterna a Jordan.

—¿Trevor?

Las tinieblas entraron en erupción y Armstrong golpeó a Papastamos en la cara. El griego cayó al suelo y su linterna cayó con él, el haz de luz cortando la oscuridad aquí y allá. El hombre de negro huía por el malecón en dirección a la ciudad. Papastamos maldijo en griego, recuperó su linterna, e iluminó al fugitivo. El haz de luz le permitió ver una alargada figura que corría a saltos por el rompeolas como un cangrejo gigantesco que huye hacia el mar. Pero la linterna no era la única arma de Papastamos.

Su Beretta 92S ladró cinco veces en rápida sucesión lanzando un abanico de plomo sobre el fugitivo. Se oyó un grito de dolor y unos gemidos sofocados, pero la sombra no se detuvo.

—¡M... M... Manolis! —Jordan continuaba luchando contra la garra que aprisionaba su voluntad—. ¡K... K... Ken... está... en el mar!

El griego se levantó y corrió hacia el borde del rompeolas. Desde abajo llegaba el ruido de alguien luchando por mantenerse a flote. Y Papastamos, sin detenerse a pensarlo un instante, se lanzó al agua...

Janos Ferenczy, sentado junto a la ventana, en la planta alta de la taberna Dakaris, apretó con su mano de cuatro dedos la copa hasta que el cristal se hizo añicos. Por entre los dedos crispados se escurrió el vino, mezclado con sangre y fragmentos de cristal. Si había sentido dolor, no se advirtió en su pálido rostro, salvo quizá por el tic que estremecía las comisuras de sus labios.

—¡Janos..., mi señor! —Armstrong se dirigió a él desde una distancia de más de doscientos cincuenta metros—. ¡Estoy herido!

*¿Es grave?*

—Tengo una herida en el hombro. No le serviré de nada hasta que me cure. Estaré bien en uno o dos días.

*A veces pienso que nunca me sirves de nada. Vuelve al barco. Y que no te vean así.*

—No... no he capturado al telépata.

*¡Ya lo sé, idiota! Ya me encargaré yo de eso.*

—Tenga cuidado, señor. El hombre que me hirió es de la policía.

*¿Sí?¿Y cómo lo sabes?*

—Por su pistola. La gente común no va armada. Pero lo supe apenas lo vi. La policía es igual en todo el mundo.

*¡Seth, eres una verdadera fuente de información!* —Los pensamientos del vampiro tenían un inconfundible tono irónico—. *Pero tomaré nota de lo que me dices. Y como al parecer no podré apoderarme del ladrón de pensamientos, tendré que encontrar otra manera de..., de examinarlo. Le perderá su especial talento. Su mente puede percibir los pensamientos de los demás, y eso hizo de él un gran pez en un pequeño estanque. ¡Pero ahora tiene que vérselas con un tiburón! ¡Yo ya espiaba otras mentes cinco siglos antes de que él naciera!*

—Vuelvo al barco —confirmó Armstrong.

*¡Muy bien! Y asegúrate de que regresen los otros miembros de la tripulación que aún están en tierra.*

Él volvió a Jordan, que se había sentado en un banco bajo uno de los antiguos molinos de viento, y permanecía allí, a la luz de la luna. Jordan estaba exhausto, totalmente agotado por la batalla mental que había librado contra su desconocido adversario. El agente británico, a pesar de su cansancio, se daba cuenta de la clase de enemigo con que había topado.

La última vez que Jordan experimentó algo parecido fue en el otoño de 1977, en la casa Harkley de Devon. Yulian Bodescu. ¡Y había tenido que ir Harry Keogh a deshacer aquel entuerto! ¿Había sido como hoy?, se preguntó. ¿Habían percibido él y Ken Layard la presencia de..., de la criatura, antes de que se les revelara por completo? O que se le revelara a él. Ahora todas las piezas comenzaban a encajar, y la imagen que formaban era..., ¡era terrible! ¿Resina de cannabis, cocaína? Eso no era nada, era algo inofensivo comparado con esto.

¡La Organización E debía ser informada de inmediato! El pensamiento fue como una invocación.

¿ORGANIZACIÓN E? —La voz, profunda e insidiosa, estaba otra vez dentro de la cabeza de Jordan, y las mandíbulas mentales atenazaban la mente del inglés—. ¿QUÉ ES LA ORGANIZACIÓN E? —Y Jordan, atrapado por el peso del poder telepático del vampiro, tuvo que soportar que el monstruo comenzara un detallado y doloroso examen de sus pensamientos más íntimos...

Janos quizás hubiera examinado a Jordan toda la noche, pero le interrumpieron. Vio por la ventana que Pavlos Themelis, el capitán del *Samothraki,* venía hacia la taberna Dakaris. Acudía, aunque un poco tarde, a su cita con el hombre que él llamaba Jianni Lazarides, y Janos no podía seguir escarbando en la mente de Jordan y hablar con Themelis al mismo tiempo.

Esa misma mañana se había encontrado con un ladrón de pensamientos que escudriñaba su mente; Janos había lanzado su poder contra la mente del otro, y le había asestado un severo golpe. Fue una reacción instintiva que, de todas formas, le sirvió al vampiro para ganar tiempo y meditar sobre la estrategia a seguir. Jordan era vigoroso y se había recobrado, y ahora Janos debía atacar otra vez su mente, pero de tal manera que el espía inglés no pudiera recuperarse. O al menos, no pudiera hacerlo sin que le auxiliaran.

Janos, introduciéndose con sus sentidos en lo más profundo de la mente de Jordan, encontró la puerta de la salud mental, cerrada con doble llave para que no penetraran por allí los temores atávicos de la humanidad. Y el vampiro, riendo, arrancó los cerrojos y abrió la puerta.

Por ahora era suficiente, y así sabría dónde encontrar a Jordan cuando quisiera proseguir su examen.

Lo había hecho justo a tiempo, porque el capitán del *Samothraki* ya subía la escalera.

Cuando Pavlos Themelis y su primer oficial entraron en el salón, vieron a la prostituta griega que recogía los trozos de cristal, y le ofrecía a Janos su propia copa. Él la aceptó, con gesto distante, y le dijo:

—Ahora vete.

Cuando la mujer pasaba junto al corpulento traficante de drogas, Themelis la cogió por el brazo con su manaza, grande como un jamón, le rodeó la cintura con el otro brazo y la alzó en el aire. Luego la puso cabeza abajo, y la falda de la mujer le cubrió el furioso rostro. Themelis le olisqueó la entrepierna y exclamó:

—¡Bragas limpias! ¡Y con el chocho abierto! ¡Qué bien! Creo que iré a verte más

tarde, Ellie.

—Ni se te ocurra —le escupió ella cuando el capitán la dejó en el suelo.

La mujer salió disparada escaleras abajo, hacia la calle. Desde el salón de abajo llegó el vozarrón de Nichos Dakaris que le decía:

—¡Tráelos aquí, jovencita, para que yo pueda ver el color de su dinero! —y tras sus palabras, nuevas risotadas y la música del busuqui.

Pavlos Themelis se sentó a la mesa del hombre que conocía como Jianni Lazarides. La silla crujió cuando el capitán depositó en ella su mole, y apoyó los codos sobre la mesa. Llevaba la gorra ladeada, cosa que él suponía le daba una irresistible pinta de pirata. No era una mala idea: nadie iba a sospechar que alguien que tenía tal aspecto de truhán, lo fuera realmente.

—¿Por qué una sola copa, Jianni? —gruñó—. Prefiere beber solo, ¿no?

—¡Ha llegado tarde! —Janos no perdía el tiempo en charlas de circunstancias.

El primer oficial de Themelis, un hombre bajo, corpulento y muy fuerte, se había quedado junto a la escalera, para vigilar el salón. Desde allí ordenó a Dakaris, que estaba en la planta baja:

—¡Trae copas, Nichos, y una botella de brandy! ¡Del bueno, *parakalo*! —después cogió una silla, la llevó hasta la mesa junto a la ventana, donde estaban los otros dos, y se sentó. Luego le preguntó a Themelis—: ¿Ya te ha explicado por qué lo hizo?

—¿Qué dice? ¿Hay algo que yo deba explicar? —preguntó Janos entrecerrando los ojos tras las oscuras gafas.

—¡Vamos, vamos, Jianni! —le reprendió Themelis—. Esta mañana usted tenía que subir a nuestro barco, y no escapar en su bonito crucero blanco como si alguien lo estuviera pinchando en el trasero, o algo por el estilo. Nosotros nos íbamos a poner a la par y usted iba a subir a bordo a ver el material (un kilo es para usted, dicho sea de paso), y luego nosotros, en nombre de nuestro patrocinador, íbamos a recoger su valiosa contribución. Iba a ser una muestra de buena fe por ambas partes. Ese era el plan, y usted lo conocía. Sólo que... ¡no sucedió nada de eso! —La expresión amistosa del capitán se volvió torva, y su tono de voz se endureció—. Y más tarde, cuando echamos el ancla del viejo *Samothraki*, y yo me preguntaba qué diablos habría sucedido, recibí su mensaje diciéndome que nos encontraríamos aquí esta noche. ¿Y todavía piensa que no tiene nada que explicar?

—La explicación es muy sencilla —replicó ásperamente Janos—. Nada sucedió como estaba planeado porque unos hombres con prismáticos nos estaban vigilando. ¡Eran de la policía!

Themelis y su primer oficial se miraron, y luego volvieron a dirigir su atención a Janos.

—¿De la policía, Jianni? —repitió Themelis arqueando sus pobladas cejas—. ¿Lo sabe a ciencia cierta?

—Sí —respondió Janos—. Estoy seguro. Y debo recordarle que yo he exigido desde el comienzo de este asunto el más completo anonimato, y permanecer absolutamente ajeno a las operaciones concretas de esta empresa. No puedo exponerme a ninguna investigación, a ningún proceso judicial. Pensaba que esto había quedado bien claro.

Themelis entrecerró los ojos y en su boca apareció una sonrisa sarcástica..., y luego se volvió cuando oyó que Nikos Dakaris subía respirando trabajosamente por la escalera.

—¿Qué pasó, Nick? —preguntó el primer oficial cuando el tabernero depositó la botella y las copas en la mesa—. ¿Has tenido que enviar a alguien a comprarla?

—¡Muy gracioso! —respondió Dakaris mientras se retiraba—. Aunque a mí no

me lo parece tanto cuando pienso que algunos de mis parroquianos me pagan. No me importa que los amigos beban a mi costa, pero los clientes que no me pagan y encima me insultan...

Themelis había tenido unos instantes para tranquilizarse. Ahora dijo:

—No es la primera vez que la policía nos vigila. ¡Vigilan a todo el mundo! Hay que mantener la calma, eso es todo, y no asustarse.

—Yo siempre mantengo la calma —respondió Janos—. Pero, si no me equivoco, a bordo del *Samothraki* hay cocaína por valor de diez millones de libras esterlinas, o dos billones de dracmas. ¡O doscientos billones de leptas! Yo no sabía que existiera tanta riqueza. Vaya, si hace quinientos años un hombre podía comprar todo un reino por esa suma, y aún le quedaba bastante como para pagar a un ejército de mercenarios que le defendiera. ¿Y usted me dice que debo mantener la calma y no asustarme? Amigo, permítame que le diga algo: lo que distingue el valor de la cobardía es la discreción; la única diferencia entre un salteador y un rico es que a éste no le cogen, y entre la libertad y la mazmorra media sólo la habilidad para saber desentenderse a tiempo de un proyecto torpe.

A medida que Janos hablaba, la confusión y la incertidumbre se hicieron más evidentes en el rostro de sus interlocutores. A decir verdad, el capitán del *Samothraki* (cuyo temperamento criminal había triunfado siempre sobre la prudencia, acarreándole como consecuencia una serie de condenas) se preguntó de qué diablos hablaba aquel individuo. Themelis había coleccionado monedas cuando joven, pero jamás tuvo un lepta. Por lo que sabía, las últimas acuñaciones databan de 1976, y en monedas de veinte y de cincuenta, a causa del ínfimo valor de la unidad. ¡Calcular sumas modernas de dinero en leptas era signo seguro de demencia! ¡Si un solo cigarrillo costaría quinientos! Y en cuanto al uso que hacía Lazarides de palabras como «mazmorra» en lugar de «prisión»..., ¿qué otra cosa se podía pensar de ese hombre, sino que estaba loco? ¿Cómo podía alguien que parecía tan joven pensar de manera tan arcaica?

El primer oficial pensaba aproximadamente lo mismo que el capitán, pero había algo que destacaba por sobre todas las otras cosas que Lazarides había dicho, su última afirmación sobre el abandono de ciertos proyectos. ¿Quizá pensaba dejarlos en la estacada?

—Nada de amenazas, Jianni, o como quiera que se llame —gruñó el primer oficial—. A Pavlos y a mí no se nos amenaza impunemente. Y mejor no mencione siquiera la posibilidad de abandonarnos. A nosotros no nos deja nadie. Es difícil caminar con las piernas rotas, y más difícil aún si lo que está quebrado es la columna vertebral.

Janos apretaba la copa con sus largos dedos y miraba atentamente el rostro de Themelis. Pero cuando el primer oficial concluyó, volvió la cabeza y le miró fijamente a los ojos. Dio la impresión de que Janos se encogía un poco en el asiento —¿de miedo, o por alguna otra razón?—, luego retiró la mano izquierda de la mesa, en un movimiento casi reptante, y la dejó colgar a un lado. El primer oficial podía casi percibir la intensidad de la mirada de Janos atravesando las enigmáticas gafas oscuras.

—¿Me está acusando de haberlo amenazado? —habló por fin Janos, con una voz tan calma y profunda que más parecía una serie de gruñidos guturales que una voz humana—. ¿Tiene el atrevimiento de pensar que yo podría amenazar a alguien como usted? ¡Y como si eso no fuera bastante, luego me amenaza *usted*!. ¡Se atreve... se atreve a amenazarme!

—¡Cuidado con lo que dice... o le romperé la cara! —dijo el otro, furioso, mientras echaba el cuerpo hacia adelante en un gesto de amenaza—. ¡Listillo de tres al cuarto, hijo de puta presumido!

Janos que tenía la mano y el brazo izquierdos ocultos bajo la mesa, se inclinó también hacia adelante. Y en un solo movimiento, con la velocidad y la fluidez del mercurio, su mano de afilados dedos salvó la distancia que le separaba de los genitales de su interlocutor, y apretó con fuerza sus testículos. Ahora, si lo deseaba, podía utilizar su enorme fuerza y sus afiladas uñas y en un instante castrar al primer oficial. Sí, podía hacerlo muy fácilmente, y su víctima lo sabía.

El hombre, mudo y con la boca abierta en un gesto de horror, se irguió en su silla. Estaba al borde mismo de convertirse en un eunuco, y no podía hacer nada. El menor gesto violento... ¡y Janos en una décima de segundo terminaría lo que había comenzado!

El vampiro aumentó la presión, movió su brazo debajo de la mesa, y su víctima se lanzó hacia adelante y se cogió al borde de la mesa con las dos manos para mantener el equilibrio y disminuir la tensión sobre sus cojones. Pero Janos no lo soltó, y lo miraba fijamente, sus ojos ahora a pocos centímetros de los del primer oficial. Y el rostro del vampiro, que minutos antes estaba pálido de furia, mostraba una sonrisa irónica.

Gimoteando, el rostro purpúreo surcado por lágrimas, el agonizante matón supo que estaba absolutamente indefenso y a merced del otro. Y de repente percibió con toda claridad que Janos podía hacer lo impensable, y muy probablemente lo haría.

—¡N... n... no! —consiguió susurrar con voz entrecortada.

Eso era lo que Janos estaba esperando; lo leyó en la mente del otro y en la expresión de su rostro; el vampiro reconoció y aceptó la sumisión del primer oficial. Y retorció y apretó por última vez los testículos del hombre, pero luego lo soltó, apartándolo de un empujón.

El matón cayó de espaldas en el suelo, la silla a un costado. Gimiendo, se encogió en una posición casi fetal, con las manos entre las piernas. Y así permaneció, balanceándose y gimiendo en su agonía.

Los parroquianos de la taberna no tenían la menor idea de lo que había sucedido en la planta alta, pues la música de la danza de Zorba y las palmadas de los bailarines no permitían oír ninguna otra cosa. Y los tres hombres de arriba tampoco habían hecho mucho ruido.

Pavlos Themelis estaba pálido, y su rostro se estremecía detrás de la poblada barba. Al principio no se había dado cuenta de lo que sucedía; y cuando lo advirtió, ya todo había terminado. Y entretanto, a Lazarides no se le había movido ni un pelo. Pero ahora se puso de pie con un movimiento sinuoso como el de una serpiente.

—Usted es un tonto, Themelis —dijo desde lo alto—, y este individuo lo es todavía más. Pero un trato es un trato, y yo he invertido demasiado en este negocio como para abandonarlo ahora. De manera que tendré que confiar en que llegue a buen fin. Pero permítame que le dé un consejo: en el futuro, sea más prudente.

Janos hizo un gesto como para marcharse, y Themelis, mientras se apartaba del paso, se apresuró a decir:

—¡Pero necesitamos su dinero, o al menos un poco de oro, para poder realizar este trabajo!

Janos se detuvo. Meditó durante un instante, y luego respondió:

—Levad el ancla a las tres de la mañana, cuando los guardacostas y demás autoridades estén dormidos, y reuníos conmigo en alta mar, a seis kilómetros al este de Mandraki. Cerraremos nuestro trato allí, lejos de ojos u oídos indiscretos. ¿De acuerdo?

Themelis hizo un gesto de asentimiento.

—Cuente con nosotros. El viejo *Samothraki* estará allí.

Su compañero continuaba retorciéndose y gimiendo tirado en el suelo, y Janos, que se dirigió a la planta baja, ni siquiera le miró al pasar...

Eran pasadas las once, y las calles de la ciudad antigua, cercana al puerto, estaban

mucho más tranquilas. Janos caminaba procurando mantenerse en la oscuridad, y sus largos pasos, que le alejaban rápidamente de la taberna Dakaris, parecían las elásticas zancadas de un animal salvaje. Pero no pasó inadvertido. Unos policías griegos, con ropas de civil, y escondidos en una oscuridad aún más profunda, le vieron y decidieron ignorarle. No lo conocían; no era por él por quien estaban apostados allí. ¿Por qué habrían de interesarse por él? No, su presa era un tal Pavlos Themelis, que todavía estaba en la taberna.

Les habían encomendado seguirlo, averiguar quiénes eran sus contactos y si estaba distribuyendo droga. Pero no debían molestarlo ni detenerlo. Aquel asunto era más grande de lo que parecía, y los jefazos de arriba querían que cuando cayera el hacha, no lo hiciera solamente sobre el capitán del *Samothraki* y su tripulación, sino sobre toda la organización. Era evidente que Nichos Dakaris también formaba parte de la banda, y su sórdida taberna probablemente era uno de los lugares desde donde se distribuía la droga.

Para decirlo con pocas palabras: a Janos Ferenczy no lo abandonaba la suerte.

Pero los despistados policías griegos no fueron los únicos que le vieron marchar de la taberna; Ellie Touloupa también le vio desde su punto de observación en la manzana siguiente, bajo un antiguo pórtico de piedra. Le vio marcharse, y se fijó en el camino que seguía: hacia un pequeño atracadero en el puerto, utilizado por la tripulación de los yates y las embarcaciones de recreo. Ellie no era estúpida; había investigado a Lazarides y sabía que el blanco y elegante *Lazarus* le pertenecía. Y ahora el individuo se dirigía a su barco.

Tal vez tenía una mujer a bordo. ¿Pero qué hacía entonces bebiendo solo en un nido de ratas como la taberna de Nichos Dakaris? Quizá tenía problemas, pero Ellie era una experta en resolverlos. Además, le parecía un hombre muy atractivo, y si además se podía ganar un dinerillo... e incluso pasar la noche a bordo...

Eso pensaba Ellie cuando, tras encender un cigarrillo, se dio prisa por un laberinto de callejuelas porticadas hasta el lugar donde podía interceptar a Janos. Y se encontraron en una oscura encrucijada a pocos metros del embarcadero.

Cuando Janos llegó al cruce de caminos advirtió de inmediato la presencia de la mujer. Ella todavía respiraba trabajosamente a causa de la prisa, y sus tacones altos la hacían caminar con paso incierto sobre los adoquines. Ellie hizo un alto en la oscuridad. Tuvo la impresión de que él, cuando aminoró la marcha y giró el rostro en su dirección, la veía (aunque eso parecía una hazaña casi imposible, teniendo en cuenta las gafas oscuras de Janos).

Y luego... una sensación extraña: Ellie quería que él supiera que ella estaba allí, pero al mismo tiempo le daba miedo. ¿Qué debía hacer?

¿Permanecer inmóvil, conteniendo la respiración, y confiar en que Janos siguiera su camino? O debía...

Demasiado tarde.

—Tú —dijo él, y avanzó en la oscuridad hacia ella—. Éste es un lugar muy solitario, Ellie, y tus clientes deben de estar esperándote en la taberna de Nick.

Cuando Janos avanzó hacia ella, Ellie también dio unos pasos y fue a su encuentro. Permanecieron muy cerca el uno de la otra, apenas visibles en la sombra de los antiguos muros de piedra. Y la mujer supo entonces que él sería suyo. Ella siempre sabía cuando algo así iba a suceder.

—Se me ocurrió que podía ir a bordo contigo —dijo jadeante.

Otro paso y él la obligó a retroceder hacia la oscuridad hasta que ella dio con el muro de piedra.

—No, no creo que sea posible —respondió él.

—Sí es así —Ellie respiró hondo cuando la mano de Janos la cogió por la cintura—, si es así..., quiero follar contigo aquí mismo..., contra esta pared.

Él rió sin alegría.

—¿Y tendré que pagarte por algo que evidentemente deseas?

—Ya me has pagado —respondió ella, y comenzó a respirar agitadamente cuando Janos le desabrochó la blusa con la mano libre—. El vino...

—Te vendes muy barato, Ellie. —Janos le subió la falda y se apretó contra ella.

—¿Muy barato? ¡Para ti, gratis!

Janos rió una vez más.

—¿Te entregas gratis, y por tu propia voluntad? ¡Ah, este mundo está lleno de sorpresas! ¡Una puta, y sin embargo tan inocente!

Ella abrió las piernas y le recibió dentro de sí, y se expandió mientras él la penetraba. ¡Él era enorme! Janos se agrandó dentro de ella, colmándola, ¡y seguía creciendo! Ellie nunca había experimentado nada igual, ni siquiera lo había imaginado. ¿Acaso Janos era una especie de dios, un fantástico Príapo?

—¿Quién... eres? —jadeó la mujer, aunque sabía muy bien la respuesta a su pregunta. Y antes de que él pudiera responder, insistió:— ¿Qué... eres?

Janos estaba excitado... o quizás hambriento. Una de sus manos se dirigió a los pechos de la mujer, y la otra fue hacia atrás, por debajo. Y él continuó expandiéndose dentro de ella; no se agitaba, sólo se alargaba. Y sus dedos encontraron el ano de Ellie, y también ellos parecieron expandirse.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —jadeó ella, los ojos muy abiertos y relucientes en la oscuridad.

Y Janos respondió por fin con otra pregunta a la que le había hecho ella.

—¿Conoces la leyenda de los Wrykoulakas?

Su mano abandonó el pecho de la mujer y Janos se quitó las gafas. Sus ojos relucieron como rojas brasas en la oscuridad.

Ella respiró hondo, pero antes de que pudiese gritar la abismal boca de Janos cubrió la mitad inferior del rostro de Ellie. Y su lengua penetró por su estremecida garganta.

*¡Ah, ya veo que conoces la leyenda! Y ahora también conoces la realidad.*

La protocarne del vampiro penetró en todas las cavidades del cuerpo de la mujer, emitiendo filamentos que se extendieron por las venas y las arterias como los gusanos que horadan la tierra, sin dañar la estructura. Y Ellie todavía estaba consciente cuando Janos comenzó a alimentarse.

Al día siguiente, la encontrarán allí y dirán que ha muerto de anemia, y ni la autopsia más minuciosa podrá descubrir algo que pruebe que no fue así. Y esta deliciosa fusión no engendrará progenie alguna. No, porque Janos se cuidará de que nada de él permanezca en ella, nada que pueda aparecer más tarde y ocasionarle... problemas.

En cuanto a la vida de la que se estaba apoderando... ¿qué importaba? Una más que añadir a otros cientos. Y sólo era una prostituta. La respuesta era muy simple: Ellie no era nada, no había sido nada...

Tres horas y media más tarde, y seis kilómetros al este de Rodas, el *Samothraki* estaba anclado en un mar calmo como un lago. En los últimos minutos había sucedido algo extraordinario: una tenue bruma se había convertido en una espesa niebla. Ahora los puentes y la cubierta del viejo navío estaban cubiertos por nubes algodonosas, y la visibilidad era prácticamente nula.

El primer oficial, dolorido aún tras su escaramuza con Janos Ferenczy, había traído a Pavlos Themelis a cubierta para que viera con sus propios ojos el fenómeno. Y el capitán estaba asombrado.

—¡Pero esto es una locura! ¿A qué cree usted que se debe?

—No lo sé —respondió el otro—. Es una locura, como dice usted. Podría suceder en octubre, pero estamos en marzo.

Los dos hombres se dirigieron hacia la cabina del timón, donde un tripulante intentaba poner en marcha la sirena de niebla.

—Déjela —le ordenó Themelis—. No funciona. ¡Por Dios, estamos en el Egeo! ¡No he usado nunca la sirena de niebla! Debe de estar llena de herrumbre. Además, utiliza vapor, y no tenemos mucho. De modo que haga algo útil, y vaya a echar carbón a la caldera. Tenemos que salir de aquí.

—¿Salir de aquí? ¿Y adónde iremos?

—¿Y a qué viene esa pregunta? —respondió Themelis con voz que parecía un ladrido—. ¿Qué cree usted? ¡A cualquier parte, al mar abierto, a donde el *Lazarus* no pueda aparecer de repente y partirnos por la mitad!

—Hablando de Roma... —gruñó el primer oficial, los ojillos porcinos llenos de odio mientras contemplaba por la ventana de la cabina del timón al elegante barco blanco, aparecido como un fantasma de la nada, que detuvo su marcha a la par del *Samothraki*.

La tripulación del *Lazarus* echó cabos y las dos naves fueron amarradas juntas, babor contra babor. Los viejos neumáticos que bordeaban el *Samothraki* actuaron como amortiguadores, impidiendo que los cascos chocaran. Toda la maniobra fue realizada a la luz de las lámparas de cubierta, en medio de un ominoso silencio en el cual hasta el crujir de los neumáticos entre casco y casco parecía sofocado por la niebla.

El *Lazarus,* a pesar de ser un navío moderno, de casco de acero y tan ancho como el *Samothraki,* aunque tres metros más largo, cuando sus hélices no funcionaban tenía en el agua el mismo nivel que el otro barco. Las cubiertas de ambos navíos quedaban aproximadamente a la misma altura, y era muy fácil saltar de un barco al otro. Con todo, la tripulación de la nave blanca —ocho hombres—se limitó a permanecer alineada junto a la borda, en tanto su capitán y su camarada americano permanecían unos pasos más atrás, refugiados bajo la toldilla como dos espantapájaros. Las luces de los camarotes, traspasando con su brillante blancura la niebla, enmarcaban sus oscuras siluetas con un halo plateado.

Themelis y sus hombres, de pie junto a la borda del *Samothraki,* se sentían más y más inquietos. Algo muy extraño estaba sucediendo allí, más extraño aún que aquella intempestiva y poco natural niebla.

—Ese hijo de perra de Lazarides me tiene harto —gruñó el compañero de Themelis. El capitán rió burlón.

—¿Sólo eso, Christos? —preguntó irónico—. Bueno, no deje que se acerque a sus testículos, y no tendrá problemas.

El otro ignoró la burla.

—La niebla le rodea —continuó hablando, tembloroso—. Es como si surgiera de él...

Lazarides y Armstrong estaban ahora en la barrera de la borda. Permanecieron allí, apoyados en la barandilla e inclinados hacia adelante, como si estuvieran examinando cuidadosamente el *Samothraki.* Themelis pensó que los hombres eran iguales en estatura, pero muy distintos en cuanto a postura y estilo. El americano arrastraba un poco los pies, como un mono, y un parche negro cubría su ojo derecho; en la mano derecha llevaba un elegante maletín negro, que Themelis esperaba estuviera lleno de dinero. Lazarides estaba a su lado, recto y erguido como una baqueta en medio de la noche y la niebla, y sin quitarse las gafas oscuras.

Pero, ¿por qué estaban tan callados? ¿Y qué esperaban?

—¡Aquí estamos, Jianni! —Themelis intentó librarse de la sombría sensación de tristeza que súbitamente se había abatido sobre él, abrió los brazos en un gesto efusivo y manifestó su aprobación—: ¡Esto sí que será hablar en privado! ¡En medio de un banco de niebla! Así que... bienvenido al viejo *Samothraki*.

Lazarides por fin sonrió.

—¿Me invitas a subir a bordo?

—¿Cómo? —preguntó sorprendido Themelis—. ¡Claro que sí! ¿Cómo, si no, podríamos llevar a cabo nuestros negocios?

—Tienes razón —asintió el otro con un gesto torvo. Y mientras pasaba de un barco al otro, se quitó las gafas oscuras. Armstrong fue tras él, y también el resto de la tripulación. Y la tripulación del *Samothraki* retrocedió para alejarse de ellos, sabiendo ahora sin lugar a dudas que allí pasaba algo —o todo— muy malo. Porque los tripulantes del *Lazarus* semejaban zombis de ojos llameantes, y su jefe... no se parecía a ningún hombre que hubieran visto en su vida.

Pavlos Themelis, cuando vio la transformación sufrida por el rostro del hombre llamado Lazarides, pensó que sus ojos le engañaban. El primer oficial de a bordo, que también vio lo que su capitán, intentó sacar el revólver que llevaba en una pistolera debajo del brazo.

Demasiado tarde, porque Armstrong se inclinó sobre él. El americano utilizó su maletín para apartar el revólver a un lado; después cogió la mano que lo empuñaba y obligó a su dueño a apuntar a su propia cabeza. El primer oficial no tenía la menor posibilidad de salir victorioso de aquello. Armstrong le hizo introducir el revólver en el oído y exclamó: «¡Ja!». Y su víctima, que vio relucir el único ojo de su atacante con una luz como de azufre —y la lengua bifurcada agitándose en su boca— simplemente perdió toda esperanza.

—Ese tipo *era* un tonto —le dijo Janos Ferenczy a Themelis con tono casual.

Y ésa fue la señal para que Armstrong apretara el gatillo.

Christos, con la cabeza destrozada, fue arrojado como una muñeca de trapo por sobre la borda. Se deslizó entre los cascos de los dos barcos, que lo apretujaron y lo dejaron maltrecho antes de que se hundiera definitivamente en la espesa niebla que cubría las aguas. El desgarrón que produjo en la bruma volvió a llenarse rápidamente mientras resonaba aún el eco del disparo que lo había matado...

—¡Santa Madre de...! —comenzó a exclamar Themelis, impotente al ver que la tripulación del otro barco rodeaba a sus hombres. Y cuando Janos avanzó hacia él, el capitán retrocedió, observando incrédulo la longitud de la cabeza y de las mandíbulas del otro, los dientes en la boca monstruosa, el extraño resplandor escarlata de los terribles ojos.

—Jianni... —consiguió articular por fin—. Jianni, yo...

—Enséñame la cocaína —dijo Janos cogiéndolo del hombro con un apretón de acero—. Muéstrame ese polvo blanco tan valioso.

—Está..., está abajo —musitó Themelis, que no podía ni se atrevía a apartar los ojos del rostro de Janos.

—Entonces, llévame abajo —ordenó Janos. Pero antes se dirigió a sus hombres—: Lo habéis hecho muy bien. Ahora haced lo que queráis, ya sé que estáis hambrientos.

Desde abajo de la cubierta, Themelis oía los gritos de su tripulación y pensó: «Quizá Christos Nixos era un tonto, pero al menos él murió casi sin darse cuenta...». Y el capitán del *Samothraki* se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que sus propios gritos se unieran a los de sus hombres...

Cuarenta minutos más tarde, los motores del *Lazarus* ronronearon nuevamente y la nave se alejó lentamente del inmóvil y silencioso *Samothraki.* La niebla comenzaba a

disiparse, brillaban las estrellas y muy pronto el horizonte se iluminaría con el nacimiento de un nuevo día.

El barco maldito estalló en una enorme explosión cuando el *Lazarus* se encontraba a unos trescientos metros. Los ardientes restos de la nave se hundieron en el mar hirviente, dejando tras de sí sólo un rastro de humo. El *Samothraki* ya no existía. Unos días después, quizá flotaran algunos pocos restos hasta la orilla, tal vez un cadáver o dos, e incluso puede que entre ellos se encontrara el cuerpo hinchado y comido por los peces de Pavlos Themelis...

# Capítulo cinco

*Harry Keogh ahora: el ex necroscopio*

Harry despertó con la sensación de que algo estaba sucediendo, o por suceder. Se encontraba sentado en la enorme y antigua cama en la que se había quedado dormido sin proponérselo, la cabeza apoyada en la cabecera y un grueso libro de tapas negras en las manos. *El libro del vampiro:* un tratado que examinaba con pretendida objetividad la perversidad de los vampiros desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. Para el necroscopio, aquello no era más que una lectura ligera, y muchos de los «casos bien documentados» no le parecían más que chistes grotescos, porque nadie en el mundo sabía más acerca de la leyenda de los vampiros y de su realidad que Harry Keogh. Nadie en el mundo excepto una sola persona, y ése era su hijo, llamado también Harry. Claro que Harry hijo no contaba, porque, en realidad, no estaba en «este» mundo, sino..., sino en otro lugar.

Mientras dormía, Harry había tenido un antiguo y perturbador sueño, en el que se mezclaban su vida y sus amores de quince años atrás con la vida y los amores actuales, en un surrealista calidoscopio erótico. Había soñado que hacía el amor con Helen, su primera experiencia sexual, y había soñado también con Brenda, su primer amor verdadero y su esposa de la juventud. A pesar de la extraña superposición, los sueños habían sido familiares, placenteros y tiernos. Pero también había soñado con lady Karen y su monstruosa madriguera en el mundo de los wamphyri, y posiblemente había sido este horrible sueño el que le había hecho despertar.

Pero también había soñado con Sandra, su última —y esperaba que definitiva— historia de amor, que a causa de su cercanía en el tiempo había provocado un sueño mucho más vivido, real e inmediato. Y era Sandra quien de alguna manera había hecho menos duro el frío apretón del terror del resto del sueño.

Esto era lo que había soñado: que hacía el amor con las mujeres que había conocido y con la que conocía en la actualidad. Y también lo hacía con lady Karen, con quien, gracias a Dios, nunca había tenido una relación de esa clase.

Pero con Sandra... habían hecho el amor muchas veces, aunque raramente de manera satisfactoria, y siempre en su casa de Edimburgo, en la tenue luz verdosa de la lámpara de su mesa de noche. Al menos no había sido demasiado satisfactorio para Harry; él, claro está, no podía opinar por Sandra. Sospechaba, sin embargo, que ella le amaba intensamente.

Harry nunca le había hablado de su..., de su insatisfacción. No sólo porque no quería herirla, sino también porque sólo serviría para arrojar luz sobre su propia deficiencia. Una deficiencia, sí, y a la vez una especie de paradoja. Porque, comparado con otros hombres (y Harry no era tan ingenuo como para suponer que era el primero en la vida de Sandra), ella debía de considerarlo poco menos que un superhombre.

Él podía hacerle el amor durante una hora, e incluso más tiempo, antes de llegar al orgasmo; pero Harry no era un superhombre, o al menos no lo era en este aspecto. Lo que ocurría en la cama es que ella simplemente no lograba excitarle. Cuando llegaba al orgasmo, siempre era con la imagen de otra mujer en su mente. Cualquier otra mujer: la amiga de un amigo, o alguna conocida casual; una actriz, o incluso Helen, su amiga de la niñez, o Brenda, su esposa de la juventud. Y esto no era algo fácil de reconocer ante

una mujer a la que supuestamente se ama, y que uno está seguro que le ama.

Y evidentemente era una deficiencia suya, porque Sandra era muy hermosa. Todos decían que Harry podía considerarse un hombre afortunado. Quizás era la suave iluminación verdosa del dormitorio de ella lo que apagaba su deseo; el verde era un color que no le gustaba. Y también los ojos de la muchacha eran verdes, o al menos de un azul verdoso.

Por eso la parte que concernía a Sandra en el sueño había sido tan diferente: hacían el amor y era muy bueno. Harry había estado muy cerca del orgasmo cuando despertó... con la sensación de que algo estaba por suceder.

Despertó en su propia cama, su propio país, en su propia casa de campo cerca de Bonnyrig, y no muy lejos de Edimburgo, con el libro todavía en sus manos. Y sintiendo su peso, de modo que tal vez era esa sensación la que había coloreado sus sueños. Vampiros. Los wamphyri. Aquello no tenía nada de sorprendente, después de todo, habían aparecido en casi todos sus sueños durante muchos años.

Afuera estaba por amanecer, tenues hilos de luz de un color gris verdoso se filtraban por las hendiduras de las persianas y le daban un vago aire submarino a la atmósfera de la habitación, como si estuviera sumergida en el fondo del mar.

Harry, medio recostado y volviendo lentamente a la realidad, sintió un hormigueo que comenzaba en el cuero cabelludo. Tenía los pelos de punta. Y también su pene estaba erecto, desnudo y eléctricamente erecto, y aún latiendo a causa del sueño.

Harry escuchó atentamente: se oía el tenue rumor de la calefacción central, los primeros trinos de los pájaros en el jardín, los ruidos adormilados de un mundo que comenzaba a desperezarse en el alba.

Harry muy rara vez dormía más de una o dos horas seguidas, y el amanecer era su hora favorita. Era muy agradable percibir que la noche había pasado sin que nada sucediera, y que comenzaba un nuevo día. Pero en esta ocasión sentía que ocurría algo, y volvió la cabeza para mirar fijamente, expectante, la puerta abierta de su habitación. Aún confuso por el sueño, lo vio todo levemente borroso, como difuminado. En toda la habitación no había nada con bordes bien definidos, salvo su propia erección, que parecía muy extraña a la luz de su confusa visión.

Cualquiera que se haya despertado una mañana después de una buena borrachera sabrá cómo se encontraba Harry. Uno sabe a medias quién es, uno medio quiere encontrarse en un lugar muy especial, y a la vez teme no estar donde debería, e incluso cuando sabe con seguridad dónde se encuentra, no está completamente seguro de estar allí, ni está seguro de quién es. Es parte del síndrome de «nunca más volveré a hacerlo».

Pero Harry no recordaba haber bebido. Y la otra cosa que siempre le afectaba cuando despertaba de esta manera —algo que años antes le aterrorizara, pero en la actualidad pensaba que estaba acostumbrado— era la parálisis. El hecho de que no pudiera moverse. No era más que la transición entre el sueño y la vigilia, él lo sabía; pero, aun así, era horrible. Tenía que obligar a sus miembros a comenzar a moverse, habitualmente empezando por una mano o un pie. Ahora se hallaba paralizado, y sólo sus ojos obedecían a las órdenes de su cerebro. Harry hizo que miraran fijamente, por la abierta puerta de la habitación, a las sombras que se agazapaban más allá.

Algo estaba sucediendo. Algo que le había despertado, que le había robado la satisfacción de derramarse dentro de Sandra, a su entera satisfacción esta vez. Había algo en la casa...

Eso justificaría el hormigueo de su cuero cabelludo, sus pelos de punta, y su declinante erección. Se percibía un perfume en el aire. Algo se movía en la oscuridad más allá de la puerta del dormitorio: podía intuirlo, aunque no oyera nada. Algo se acercó a la puerta y se detuvo en la oscuridad, fuera de la vista.

Harry deseaba preguntar quién estaba allí, pero la parálisis se lo impedía. Puede que haya emitido algún sonido con la garganta. Una figura surgió parcialmente de las sombras. Por entre el resplandor submarino, Harry vio un ombligo, un pubis con su oscura mata de vello, la curva de unas redondeadas caderas femeninas y la parte superior de unos muslos, como recortados por unas medias negras. Ella, quienquiera que fuese, permaneció más allá de la puerta, su piel de suave apariencia iluminada por la tenue luz. Bajo la atenta mirada de Harry, ella sostuvo su peso primero en un pie —invisible para él— y después en el otro, balanceando las caderas. Por encima del vientre debían de encontrarse sus senos, grandes y maduros. Sandra tenía pechos voluminosos.

Era Sandra, claro está.

La voz de Harry aún se negaba a obedecerle, pero ya podía mover los dedos de la mano izquierda. Sandra seguramente podía verle, podía ver cómo lo perturbaba su presencia. El sueño estaba por convertirse en realidad. La sangre corría acelerada por sus venas. Y de manera apenas consciente, Harry comenzó a hacerse preguntas. Y las respondió.

¿Por qué había venido Sandra?

Era evidente, para hacer el amor.

¿Cómo había entrado a la casa?

Él debía de haberle dado una llave, aunque no lo recordaba.

¿Por qué ella no avanzaba unos pasos, para que él pudiera verla bien?

Porque quería verle primero muy excitado. Tal vez no había querido despertarlo antes de meterse en la cama con él.

¿Por qué había esperado Sandra tanto antes de mostrarle que ella también podría ser sexualmente agresiva? Otras veces había tomado la iniciativa, desde luego, pero nunca hasta ese punto. Quizás era porque ella había percibido sus reticencias, o tal vez porque sospechaba que él nunca había disfrutado por entero con ella.

Bueno, quizás ella tenía razón.

Sus ojos comenzaban a lagrimear. Era a causa de la pobre iluminación, y de mirar tan fijamente. Harry intentó mover la mano izquierda, alargó los dedos y tiró del cordón que cerraba las persianas para impedir que entrara la débil luz gris verdosa. La habitación quedó casi completamente a oscuras —delgadas líneas verdes sobre un aterciopelado fondo negro—. Eso era lo que ella había estado esperando.

Ahora ella se adelantó. Debía de llevar medias y una camiseta muy corta que dejaba al descubierto el ombligo. Sexys, medio velados por la oscuridad, sus muslos, vientre y ombligo flotaron hacia él, las caderas balanceándose lánguidamente, rayadas de verde. Ella se metió en la cama, se arrodilló con los muslos abiertos y se inclinó hacia adelante. La negra hendidura era visible en la mata de vello del pubis. Estaba muy callada. Y era muy, muy liviana. La cama no se hundió cuando ella se deslizó hasta Harry. El hombre se preguntó cómo se las habría arreglado Sandra para hacer algo así.

Ella se dispuso a montar sobre él, lenta, muy lentamente, la negra hendidura más y más abierta a medida que se acercaba a su objetivo. Harry arqueó la espalda, esforzándose por subir hacia ella... Pero, ¿por qué no sentía las rodillas de Sandra aferrando sus caderas? ¿Por qué era tan, tan liviana?

De repente, y sin aviso previo, se le puso la piel de gallina. El deseo le abandonó en un instante, porque su intuición le dijo que *aquello* no era Sandra. Y, peor aún, ¡no podía decir *qué* era!

Buscó tanteando con la mano izquierda el interruptor de la luz y la encendió.

La habitación se iluminó con una luz cegadora.

Y en ese instante la hendidura en la mata de vello púbico se abrió como si fuera un artefacto mecánico. «Por el agujero asomaron las encías húmedas de obsceno color

rosa de unas poderosas mandíbulas armadas con dientes como agujas, que se cerraron sobre él como una horrible y mortal trampa.

Harry aulló, se arqueó en la cama y su cabeza golpeó contra la cabecera. Sus manos, en un movimiento convulsivo, intentaron golpear, buscaron desesperadamente un rostro, una garganta, unas facciones...; pero allí no había nada.

¡No había nada por encima del ombligo! Y tampoco nada debajo de la parte superior de los muslos.

Ella —o aquello— no era más que un abdomen, una vagina con dientes caníbales que le estaban destrozando. Y la sangre de Harry, roja y caliente, fluyó torrencial mientras la cosa se deleitaba devorando sus genitales. *Y un ojo escarlata, que se abrió de repente, contempló a Harry desde la órbita que él había creído era un ombligo*.

—¿Eso es todo, Harry? —El doctor David Bettley, un empático de la Organización E que se había retirado a temprana edad para evitarle males mayores a su enfermo corazón, contempló a Harry con los ojos entrecerrados.

—¿No le parece bastante? —respondió su interlocutor con tono un tanto crispado—. ¡Por Dios, para mí fue más que suficiente! ¡Creí que me moría de miedo! Sí, y le aseguro que no es fácil atemorizar a alguien como yo. Pero ese maldito sueño era tan..., ¡tan real! Todos tenemos pesadillas, pero ésa fue... —Y Harry se estremeció involuntariamente.

—Sí, ya veo cuánto le ha afectado —dijo Bettley, preocupado—. Pero cuando le pregunté si eso era todo, no fue porque le quitara importancia a su experiencia. Simplemente le preguntaba si tenía algo más para contarme.

—No —respondió Harry—. En ese instante me desperté de verdad. ¿Usted quiere saber si el sueño me produjo alguna reacción? ¡Vaya si me la produjo! Para empezar, me sentía débil como un gatito recién nacido. Estoy seguro de que sufría una conmoción. También me encontraba físicamente enfermo, y casi vomito. Fui de vientre, y no me avergüenza confesar que apenas si alcancé a llegar al retrete. No quiero ser grosero, pero ese sueño literalmente me hizo cagar de miedo. —Harry hizo una pausa, se recostó en su asiento y perdió en parte su animación; Bettley pensó que parecía cansado. Pero Harry se recuperó, volvió a sentarse erguido en la silla y continuó—. Después... recorrí la casa encendiendo todas las luces, con un hacha de picar carne en la mano. Busqué a esa maldita cosa en todos los rincones. Una hora, dos, hasta bien entrada la mañana. Y durante casi todo ese tiempo temblaba como una hoja. Fue sólo cuando dejé de temblar cuando finalmente me convencí de que aquello no había sido más que un sueño. —Harry rió de repente, pero era una risa un tanto estremecida—. Estuve a punto de llamar a la policía. ¿Puede imaginárselo? Quiero decir, usted es un psiquiatra, ¿pero qué habrían pensado ellos de mi historia? Tal vez me habrían enviado a verle a usted uno o dos días antes.

El doctor Bettley unió los dedos de las manos como si estuviera orando y miró fijamente a los ojos a su interlocutor. Harry Keogh tenía cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años (su cuerpo, en todo caso), pero parecía unos cinco años más joven. ¡Y Bettley sabía que su mente también tenía cinco años menos! Era muy extraño tratar con un hombre como Keogh. Incluso mirarlo se le hacía difícil. Porque Bettley había conocido antes ese cuerpo y ese rostro, los había conocido cuando eran los de Alec Kyle.

El doctor meneó la cabeza y pestañeó, y luego evitó deliberadamente mirar a Harry a los ojos. A veces podían ser tan tristes...

En cuanto al resto del cuerpo:

El cuerpo de Harry había sido robusto, incluso un poco grueso. Con su estatura, de

todos modos, eso no importaba. O no le importaba a Alec Kyle, cuyo trabajo en la Organización E había sido fundamentalmente sedentario. Pero sí le había preocupado a Harry. Después de aquel asunto del *château* Bronnitsy —su metempsicosis—, se había ocupado de su nuevo cuerpo, lo había entrenado y perfeccionado. En todo caso, había hecho todo lo que mejor podía, considerando su edad. Esa es la razón por la que no parecía tener más de treinta y siete o treinta y ocho años. Pero habría sido mejor si sólo tuviera treinta y dos, como la mente que se albergaba en él. Aquél era un asunto muy perturbador... y el doctor meneó una vez más la cabeza y parpadeó.

—Entonces, ¿qué piensa usted de todo esto? —preguntó Keogh—. ¿Podría ser parte de mi problema?

—¿Su problema? —repitió Bettley—. Claro que sí. Estoy seguro de que sólo se trata de eso, a menos que usted se haya guardado algo.

Harry arqueó las cejas en un gesto de interrogación.

—Quiero decir, con respecto a sus sentimientos hacia Sandra. Usted ha mencionado cierta ambivalencia, falta de deseo, incluso pérdida parcial de su potencia. Podría ser que usted, de alguna manera, le echa la culpa (inconscientemente, claro está), la hace responsable de que usted ya no sea... —El psiquiatra hizo una pausa.

—¿De que yo ya no sea un necroscopio?

—Sí. Pero, por otra parte, usted también parece ambivalente con respecto a la pérdida de su poder. A veces tengo la impresión de que usted se alegra de no poder hablar más con los..., con los...

—Con los muertos —completó Harry con tono malhumorado—. Bueno, en parte tiene usted razón. En ocasiones es muy bueno ser normal, un hombre común y corriente. Seamos sinceros, la mayoría de la gente me consideraba un ser extraño, un monstruo incluso. Así que usted tiene en parte razón. Pero en parte se equivoca. —Harry se recostó de nuevo en su asiento, cerró los ojos y se frotó suavemente la frente.

Bettley volvió a mirarlo atentamente.

En el pelo castaño de Harry, naturalmente ondulado, se advertían numerosas canas, tan bien diseminadas que parecían un efecto de peluquería. No pasarían muchos años antes de que el gris ganara terreno al castaño, e incluso ahora los cabellos canos le daban a Harry un aire de sabiduría. Sí, ¿pero de qué extrañas y esotéricas materias? ¿Quizás un mago del siglo veinte? ¿Dedicado a la magia negra? ¿Un nigromante? No, sólo un necroscopio, un hombre que tenía el don de hablar con los muertos, o lo había poseído alguna vez.

Claro está que Harry tenía también otros talentos. Bettley contempló al hombre sentado ante él con la mano en la frente, que parecía tan fatigado. ¡A qué lugares había ido! ¡Y los medios que había utilizado para llegar hasta allí, y para volver! ¿Qué otro hombre había empleado un oscuro concepto matemático como nave espacial, o como máquina del tiempo?

Harry abrió los ojos y sorprendió a Bettley mirándole fijamente. No dijo nada, simplemente le devolvió la mirada. Para esto estaba aquí, para que le estudiaran, para que le examinaran. Bettley hacía muy bien su trabajo, y era discreto. Todo el mundo decía que tenía cualidades admirables. Debía de ser así, si no nunca habría sido admitido en la Organización E. Y Harry se preguntó una vez más si Bettley seguiría trabajando para ellos. No tenía mucha importancia, porque era muy fácil hablar con Bettley, pero Harry odiaba los subterfugios.

El psiquiatra continuó mirando a Harry a los ojos. Estaban tan melancólicos como siempre, y un poco a la defensiva, pero al mismo tiempo daba la impresión de que Harry necesitaba esta comunicación tan íntima. Los ojos eran de un color pardo muy claro, casi miel, grandes, de mirada inteligente y muy inocentes. Verdaderamente inocentes,

Bettley lo sabía. Harry Keogh no había pedido ser lo que era, ni había deseado hacer lo que había hecho.

—De modo que en parte estoy equivocado —observó el psiquiatra—. A usted le gustaría recuperar sus dones, ser de nuevo un «raro», según sus palabras. Pero ¿qué haría con esos talentos si volviera a poseerlos? ¿Cómo los utilizaría?

Harry sonrió con ironía. Tenía una buena dentadura, no completamente blanca ni perfectamente pareja, pero fuerte y buena. Su boca denotaba sensibilidad, pero podía también endurecerse en un gesto cáustico, cruel incluso. O quizá no cruel, sino obstinado.

—Como usted sabe, apenas si conocí a mi madre —respondió—. Yo era muy pequeño, casi un bebé, cuando ella murió. Pero más tarde... llegué a conocerla mejor. Y la echo de menos. La mejor amiga de un chico es su madre, ¿sabe usted? Y... bueno, tengo muchos amigos allí abajo.

—¿Enterrados?

—Sí. ¡Y teníamos unas charlas estupendas!

Bettley contuvo un estremecimiento.

—¿Y echa de menos esas charlas?

—Ellos tenían sus dificultades, querían expresar sus opiniones, y querían saber lo que sucedía en el mundo de los vivos. Algunos se preocupaban muchísimo por la gente que habían dejado. Y yo podía tranquilizarlos. Pero casi todos simplemente se sentían solos. ¡Simplemente solos! Pero yo sabía lo que eso significaba para los muertos. Era horrible sentirse tan solo. Me necesitaban. Yo era alguien importante para ellos, y creo que echo de menos que alguien me necesite.

—Pero nada de lo que me dice explica su sueño —dijo el psiquiatra—. Quizá no tiene más explicación que el miedo. Usted ha perdido sus amigos, sus dones, aquella parte de su personalidad que le hacía único. ¿No tendrá ahora miedo de perder su virilidad?

Harry entrecerró los ojos y se quedó un instante pensativo.

—Hable más claro —dijo luego con voz cortante.

—¿Pero no le parece evidente? Un cuerpo de mujer despedazado (algo muerto, y vampírico) devora su centro, las partes de su cuerpo que hacen de usted un hombre. Ella era su miedo, puro pero no simple. Su naturaleza vampírica procede de sus experiencias del pasado. A usted no le gusta ser normal, Harry, y la «normalidad» le da cada día más miedo. Todo tiene que ver con su pasado, son todas las cosas que ha perdido las que hacen que ahora tenga miedo de perderlo todo. Perdió a su madre cuando era un niño, perdió a su esposa y a su hijo en un lugar inalcanzable, perdió a muchísimos amigos, ¡y hasta perdió su propio cuerpo! Y finalmente perdió sus talentos. No más banda de Möbius, no más charlas con los muertos, no más necroscopio...

—Lo que dijo acerca de los vampiros me ha hecho recordar algo —dijo Harry, frunciendo el entrecejo—. De unas cuantas cosas, en realidad.

—Háblemе de ellas —le incitó el psiquiatra.

—Tendré que retroceder en el tiempo —comenzó Harry—, cuando yo era un niño y estudiaba en la escuela de Harden. Yo ya era un necroscopio, pero esto no me gustaba. Solía sentirme mareado, enfermo casi. Podía utilizar mi don como si fuera algo natural, pero yo sabía que no lo era. Aunque incluso antes de eso yo..., yo veía cosas.

El talento de Bettley era la empatía, y ahora el psiquiatra sentía en parte lo que sentía Harry, y se le erizaron los pelos de la nuca. Esto iba a ser importante. Miró el botón que había a su lado en la mesa: todavía estaba rojo, lo que quería decir que el magnetófono aún estaba grabando.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó disimulando su interés.

—Yo era un niño cuando mi padrastro asesinó a mi madre —respondió Harry—. No estaba en el lugar del hecho, y aunque lo hubiera estado, no tenía edad como para recibir una impresión duradera. No habría entendido lo que sucedía, y casi seguramente no lo habría recordado. Y no podría haberlo reconstruido por conversaciones oídas a posteriori, porque todos aceptaron la versión de Shukshin sobre el «accidente». Nadie jamás pensó que ella podía haber sido asesinada; nadie, excepto yo. Yo tenía siempre la misma pesadilla: él la retenía debajo del agua hasta que la corriente se la llevaba. Y yo veía el anillo de mi padrastro: un ágata ojo de gato engarzado en una gruesa montura de oro. Lo perdió cuando la empujó para ahogarla, y el anillo se hundió en el lecho del río. Quince años más tarde supe dónde tenía que bucear para encontrarlo.

Bettley sintió un cosquilleo en el espinazo.

—Pero usted era un necroscopio, y lo leyó en la mente de su madre muerta. ¿O no fue así?

Harry hizo que no con la cabeza.

—No, porque eso era un sueño que tuve mucho antes de hablar conscientemente con los muertos. Y en el sueño «recordé» algo que era imposible que recordara... Algo que no estaba registrado en mi memoria. ¡Era un don que yo ni siquiera sabía que poseía! ¿Sabe usted que mi madre era una médium psíquica, y también lo era su madre? Tal vez es algo que heredé de ellas. Pero cuando mi principal talento, la necroscopia, se desarrolló, la otra facultad fue olvidada, perdida quizás.

—¿Y usted piensa que su sueño más reciente está relacionado con esta facultad? ¿De qué manera?

Harry se encogió ligeramente de hombros, pero el suyo no era un gesto de derrota.

—Como usted sabe, cuando alguien se queda ciego, parece como si desarrollara un sexto sentido. Y la gente que nace con alguna minusvalía compensa su deficiencia con alguna extraordinaria habilidad en otro campo.

—Así es —respondió el psiquiatra—. Algunos de los mejores músicos han sido ciegos, e incluso sordos. ¿Pero qué quiere usted...? —el psiquiatra hizo chasquear los dedos: lo había comprendido—. ¡Ya entiendo! Usted piensa que la pérdida de su talento principal ha hecho que el otro, que estaba atrofiado, comenzara a desarrollarse otra vez. ¿Es así?

—Podría ser —asintió Harry—, podría ser. Sólo que ahora no veo cosas del pasado, como antes, sino del futuro. De mi futuro. Pero las veo de manera confusa, en forma de pesadillas.

Ahora le tocó el turno de fruncir el entrecejo al doctor Bettley.

—¿Usted piensa que se está convirtiendo en un vidente? ¿Qué tiene que ver el don de la precognición con los vampiros, Harry?

—Fue mi sueño —respondió Harry—, algo que yo había olvidado, o que no quería recordar hasta que usted me lo señaló. Pero ahora lo recuerdo con claridad. Lo *veo* con claridad.

—Prosiga.

—Es una cosa sin importancia —observó Harry, un tanto a la defensiva.

—Será mejor que hablemos de ella, ¿no cree? —Bettley le allanó el camino para que hablara, pero sin apremiarlo.

—Quizá sí —dijo Harry, y luego, con vehemencia—: ¡Vi hilos rojos! ¡Las hebras rojas de las vidas de los vampiros!

—¿Las vio en el sueño? —preguntó con un estremecimiento el psiquiatra, y se le puso la piel de gallina—. ¿Dónde?

—En las rayas verdes que producía la luz al penetrar a través de la persiana —respondió Harry—. Las rayas que esa maldita criatura tenía sobre el vientre y los

muslos en el momento en que montó encima de mí. Eran verdes, casi del color del agua del mar, pero se volvieron rojas cuando yo comencé a sangrar. De su cuerpo salían rayas rojas que se internaban en el sombrío pasado, pero también en el futuro. Retorcidas hebras rojas mezcladas con los hilos azules de la vida de la humanidad. ¡Vampiros!

El psiquiatra no dijo nada. Esperó, percibiendo el horror —y la fascinación— que emanaba de su interlocutor y se derramaba por el estudio como un morboso y casi tangible torrente. Hasta que Harry lo interrumpió con un movimiento de su cabeza. Después se puso en pie con movimientos bruscos y se encaminó, con pasos un tanto inseguros, hacia la puerta.

—Harry —llamó Bettley.

Harry, que ya estaba junto a la puerta, se volvió.

—Estoy haciéndole perder el tiempo —dijo—. Como de costumbre. Puede que usted tenga razón, y yo estoy atemorizado hasta de mi sombra. Y me compadezco de mí mismo porque ya no soy único y especial. Y quizá tengo miedo porque conozco la naturaleza de aquello que está allí agazapado esperándome, aunque también puede ser que no haya nadie. Pero ¡qué diablos!, lo que tenga que ser, será, lo sabemos. Y ya no puedo hacer nada para cambiar mi destino.

—No fue una pérdida de tiempo, Harry, si conseguimos poner algo en claro. Y pienso que lo hemos conseguido.

Harry asintió.

—Muchas gracias, de todos modos —dijo, y cerró la puerta al salir.

El psiquiatra se puso en pie y se dirigió a la ventana. Abajo, Harry había salido de la casa y caminaba por la calle Princes, en el centro de Edimburgo. Se levantó el cuello del abrigo para protegerse de la lluvia, y luego se acercó al bordillo y paró un taxi. Un instante más tarde, el vehículo se alejaba calle abajo.

Bettley volvió a su mesa, se sentó y suspiró. Ahora era él quien se sentía débil, pero la esencia psíquica de Keogh —un «eco» casi tangible de su presencia— ya se estaba desvaneciendo. Cuando hubo desaparecido por completo, el «empático» doctor Bettley rebobinó la cinta de su magnetófono y marcó en el teléfono un número especial perteneciente a la sede de la Organización E en Londres. Esperó hasta oír una señal, y entonces colocó el auricular en una horquilla del magnetófono que tenía bajo su mesa de trabajo. Apretó un botón, y la entrevista con Harry comenzó a ser grabada para los archivos de la Organización E, donde estaban también archivadas todas sus otras entrevistas.

Harry, sentado en el asiento trasero del taxi que le llevaba a Bonnyrig, se recostó contra el respaldo, cerró los ojos, e intentó recordar un detalle de otro sueño que había tenido en forma recurrente durante los últimos tres o cuatro años, sueño en el que aparecía su hijo Harry. Sabía lo que significaba el sueño en términos generales —lo que le habían hecho, cómo y cuándo—, pero había detalles sutiles que se le escapaban. El qué y el cómo eran evidentes: mediante la utilización de sus artes vampíricas para la fascinación y la hipnosis, Harry hijo había convertido a su padre en un ex necroscopio, al mismo tiempo que le quitaba la habilidad de entrar y maniobrar en el continuo de Möbius. En cuanto a la razón que le había llevado a hacer esto...

*Si pudieras, me destruirías.* —Harry oyó una vez más la voz de su hijo, como una grabación escuchada y vuelta a escuchar hasta conocer de memoria cada frase, cada palabra, cada matiz en las emociones, o en la falta de ellas—. *No lo niegues, puedo verlo en tus ojos, lo huelo en tu aliento, lo leo en tu mente. Conozco muy bien tu mente, padre. Casi tan bien como tú. He explorado todos sus rincones, ¿lo recuerdas?*

Y Harry volvió a responderle —mentalmente— como le había respondido entonces:

—Si sabes tanto, debes de saber también que nunca te haría daño. No quiero destruirte, sólo curarte.

*¿Tal como curaste a lady Karen?¿Y dónde está ella ahora, padre?*

Aquélla no había sido una acusación; su tono no era sarcástico ni resentido. Harry hijo sólo señalaba un hecho, porque lady Karen se había suicidado y él lo sabía.

—Esa criatura tenía un dominio demasiado profundo sobre ella —había insistido Harry—. Y lady Karen había sido una campesina, una Viajera, no era educada como tú. Ella no podía ver lo que había ganado, sólo veía lo que creía que había perdido. No hubiera sido necesario que se matara. Tal vez..., tal vez estaba desequilibrada.

*Sabes que no lo estaba. Era simplemente wamphyri. Y tú desalojaste a su vampiro y la mataste. Creíste que era como matar un parásito, como reventar un forúnculo, o extirpar un cáncer. Pero no lo era. Dices que ella no podía ver lo que había ganado. Dime, padre, ¿qué crees tú que lady Karen había ganado?*

—¡Su libertad! —había exclamado con desesperación Harry, repentinamente horrorizado de sí mismo—. ¡Por el amor de Dios, no te empeñes en demostrar que me equivoqué! ¡No soy un asesino!

*No, no lo eres. Pero tienes una obsesión. Y me das miedo. O tal vez me dan miedo tus objetivos, tus ambiciones. Deseas un mundo —tu mundo— libre del vampirismo. Un propósito admirable. Pero ¿qué te propondrás después de conseguirlo? ¿Será mi mundo tu meta siguiente? Una obsesión, sí, que parece crecer en ti como crece en mí el vampiro. Yo ahora soy wamphyri, padre, y no hay nada ni nadie tan tenaz como un vampiro, nadie, salvo Harry Keogh.*

*¿No adviertes el peligro que entrañas para mí? Conoces muchas de las artes secretas de los wamphyri y sabes cómo destruirnos: puedes hablar con los muertos, viajar por el continuo de Möbius y hasta puedes hacerlo en el tiempo, aunque sólo sea por un instante. En una ocasión huí de ti, y de tu mundo. Pero en este mundo he luchado por mis territorios y me los he ganado. Ahora son míos y no los abandonaré. No más fugas. Pero no puedo correr el riesgo de que me persigas, de que no te des por satisfecho. ¡Soy un whampyri, y no soportaré tus experimentos! No te serviré de cobaya para que pruebes las «curas» que se te ocurran.*

—*¿Y* qué será de mí? —había dicho Harry entonces, tal como se lo decía ahora a sí mismo—. ¿Estaré a salvo? Has reconocido que soy una amenaza para ti. ¿Dentro de cuánto tiempo el vampiro que hay en ti te dominará por entero, y vendrás a buscarme?

*Eso no sucederá nunca, padre. Yo no soy un campesino: soy instruido, y me controlaré, tal como un aficionado inteligente a las drogas controla su adicción.*

—¿Y si no puedes? Tú también eres un necroscopio, y todo lo que yo puedo hacer en el continuo de Möbius está a tu alcance. No hay ningún lugar al que no puedas llegar, y siempre llevarás contigo tu contagioso mal. ¿En qué pobre desgraciado depositarás tu huevo, hijo?

Harry hijo había suspirado profundamente al escuchar esto, y se había quitado la máscara de oro. Las heridas recibidas en la batalla del jardín ya estaban curadas; no se veía ninguna cicatriz. El vampiro que había en él había reconstituido sus tejidos, moldeando su carne tal como su padre temía que algún día moldearía su alma.

*Ya ves, hemos hecho tablas* —dijo Harry hijo. Y sus ojos se habían abierto en sus enormes órbitas escarlata.

—¡No! —había gritado estremecido Harry, tal como se estremecía ahora al recordarlo. Sólo que entonces había sido la última palabra que pronunció durante un largo tiempo, hasta que despertó en la sede de la Organización E. En tanto que ahora,

sus palabras fueron seguidas por una pregunta del conductor del taxi.

—¿Qué me ha dicho, señor? —preguntó desconcertado el hombre—. ¿No íbamos a Bonnyrig? ¡Mire que ya casi estamos allí!

Harry volvió a la realidad. Estaba sentado muy erguido, rígido y pálido, con la boca levemente abierta. Se pasó la lengua por los labios resecos y miró por la ventanilla del taxi. Sí, ya faltaba muy poco para que llegaran.

—Sí, claro, vamos a Bonnyrig —respondió en voz baja—. Estaba..., estaba soñando despierto y no me di cuenta de que había hablado. Eso es todo, no se preocupe —y le indicó al conductor el camino más corto hacia su casa.

El norte de Londres, a fines de abril de 1989; un último piso, bastante descuidado, en el residencial distrito de Highgate, junto a Hornsey Lane. Dos hombres, al parecer de buen humor, charlan tranquilamente mientras beben una copa en el salón del piso, grande y con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros y pequeños objetos de adorno, en su mayoría procedentes de Europa continental.

Nikolai Zharov, un individuo muy poco típico de la raza a la que pertenecía, era alto y delgado como un junco, blanco como la leche, y casi afeminado en su amaneramiento. Fumaba en boquilla cigarrillos Marlboro a los que previamente había arrancado el filtro, hablaba un inglés perfecto aunque ceceaba ligeramente y en general revoloteaba bastante las muñecas. Tenía ojos oscuros, profundos y de párpados gruesos, que le hacían parecer drogado, disimulando un cerebro siempre alerta y calculador.

Sus cabellos eran finos y negros, peinados hacia atrás y fijados con una especie de crema rusa con un fuerte olor a antiséptico; los labios, debajo de una nariz fina y recta, eran también delgados, y la boca grande. Una barbilla puntiaguda terminaba de darle una fina apariencia; parecía la clase de hombre que puede doblarse fácilmente, pero nunca se quiebra; los «hombres de verdad» solían mirarlo con recelo, pero no se arriesgaban a nada más con él. Afuera, en las calles de la ciudad, Zharov seguramente habría merecido una segunda mirada, después de la cual el observador quizás habría desviado sus ojos. El ruso solía hacer que la gente se sintiera incómoda.

De hecho, Wellesley se sentía incómodo, aunque tratara de ocultarlo. Era el dueño del piso, y le preocupaba que alguien hubiera visto entrar a su visitante, o que le hubieran seguido. Sería muy difícil justificar este encuentro, porque Wellesley era un miembro de los servicios secretos, y también lo era Zharov, aunque trabajaran para distintos jefes.

Wellesley, con su metro setenta y dos de estatura, era unos cuantos centímetros más bajo que el esbelto ruso, y también más robusto, con una cara de sonrosadas mejillas. Demasiado sonrosadas, quizá. Pero no era su estatura ni su rubicundez lo que le ponía en desventaja con respecto a su interlocutor. Su presente estado de agitación mental no era debido a las diferencias físicas, o incluso culturales o raciales, sino pura y simplemente al miedo que sentía. Miedo por lo que Zharov le pedía que hiciera. En respuesta a esta solicitud, hacía un instante Wellesley había replicado:

—¡Pero usted tiene que darse cuenta de que eso es imposible, o poco menos que imposible! —Palabras muy terminantes, pero que fueron pronunciadas tranquila y fríamente, e incluso con cierto cálculo. Un medido intento de disuadir a Zharov de su propósito, o al menos hacer que se desviara un poco, aun sabiendo que el otro no era el autor de la solicitud, sino el mensajero.

Y era evidente que el ruso había esperado su respuesta.

—Se equivoca —respondió con el mismo calmo tono de voz, y una sonrisa fría que de algún modo contrarrestaba los rubores coléricos de su interlocutor— No sólo es posible, sino absolutamente necesario, ineludible. Si, como ha informado usted, Harry

Keogh se encuentra a punto de desarrollar facultades nuevas, que hasta el momento ni siquiera sospechábamos que pudiera tener, se hace imperativo detenerle. Así de sencillo. Ese hombre ha sido una verdadera plaga para las organizaciones PES soviéticas. Un desastre, un huracán mental, un ciclón psíquico. Claro está que nuestra Organización E no se ha extinguido, y sobrevive a pesar de los esfuerzos de Keogh, ¡pero buen trabajo nos cuesta! Claro que, por otra parte, tal vez deberíamos estarle agradecidos: sus... llamémosles triunfos... han hecho que seamos más conscientes que nunca del poder de la parapsicología, de su importancia, en el campo del espionaje. El problema es que ustedes, con él como arma, nos sacan una ventaja demasiado grande a nosotros. Por esa razón él debe desaparecer...

No parecía que Wellesley estuviera prestando mucha atención a la argumentación de Zharov.

—Usted recordará —contestó— que mi deuda inicial era pequeña. Muy bien, le debo a sus jefes un pequeño favor, pero mi deuda no es tan grande como ellos parecen dar por supuesto. Me parece que sus intereses son usurarios, amigo mío. Y lo que me piden excede en mucho mi pequeña deuda. Es más de lo que puedo pagar. Me temo que ésa es mi respuesta, Nikolai, y usted deberá comunicarla a Moscú.

Zharov suspiró, dejó su copa sobre la mesa y se echó hacia atrás en su silla. Estiró sus largas piernas, cruzó los brazos sobre el pecho y apretó los labios; sus pesados párpados descendieron todavía un poco más. Las pupilas de sus ojos brillaron en la estrecha hendidura, y durante unos instantes el ruso estudió atentamente a Wellesley, sentado frente a él, al otro lado de una pequeña mesa.

Wellesley se estaba quedando calvo. Tenía cuarenta y cinco años, seis o siete más que el ruso, y se le notaban. Era un hombre poco atractivo, pero tenía un rasgo que redimía su fealdad: la boca, firme y bien dibujada, con unos dientes perfectos. Su nariz, por el contrario, era carnosa y prominente; sus ojos, de un azul muy pálido, demasiado redondos y de mirada fija; y su tez rubicunda hacía que fueran aún más perceptibles las pecas que moteaban su frente. Zharov se concentró un instante en las pecas de Wellesley antes de hablar.

—¡Ah, la distensión! —se mofó—. ¡La *glasnost*! ¿De qué nos sirven cuando tenemos que negociar con nuestros deudores? ¡En los viejos tiempos nos bastaba con enviar a un cobrador, y todo estaba en orden! Y si no..., un matón era suficiente. Pero en la actualidad, los caballeros siempre tienen una salida: declaran la suspensión de pagos. Norman, me temo que usted deberá declararse en quiebra. ¡Su tapadera está a punto de ser... descubierta!

—¿Mi tapadera? —Wellesley entrecerró los ojos con aire suspicaz, y su tez se volvió aún más rubicunda—. No tengo tapadera. Soy lo que parezco. Mire usted, he cometido un error, y sé que debo pagar por él. Muy bien, pero no voy a matar por usted. Eso es lo que usted quisiera, ¿verdad? Pero no convertiré mi pequeña deuda en una enorme. Así que, adelante. Descúbrame, si ésa es la amenaza. Perderé mi trabajo, y quizá por un tiempo mi libertad, pero no será para siempre. Y si hago lo que usted me pide, estaré perdido. ¿Qué me pedirán la próxima vez? ¿Otro asesinato? Usted me está chantajeando, y lo sabe. ¡No cederé! De modo que haga lo que quiera, y despídase para siempre de los pequeños favores que le debo.

—¡Un farol, y muy bien jugado! —dijo sonriente Zharov—. Pero de todos modos, no es más que un farol. Muy bien, ahora es mi turno. Usted es un topo infiltrado.

—¿Un topo? —Wellesley apretó los puños con fuerza—. Bueno, tal vez lo era, pero nunca hice nada malo.

Zharov volvió a sonreír, aunque esta vez más parecía una mueca. Después se encogió levemente de hombros y se dirigió hacia la puerta.

—Ésa es *su* versión de los hechos, claro está —dijo.

Wellesley se puso en pie de un salto y llegó a la puerta antes que su interlocutor.

—¿Adónde diablos se piensa que va? ¡Si todavía no hemos resuelto nada! —exclamó.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir —respondió el otro, inmóvil. Después de un instante, extendió un brazo y cogió el abrigo que había colgado de una percha—. Y ahora —su voz era más profunda, y le temblaba una de las comisuras de la boca—, ahora me voy. —Cogió los guantes de piel negra que llevaba en el bolsillo del abrigo y se los puso—. Y no intente detenerme, Norman, porque cometería un grave error.

Wellesley nunca había sido partidario de la violencia física, y, retrocediendo un paso, preguntó:

—¿Y qué sucederá?

—Tendré que informar sobre su reticencia —dijo Zharov—. Diré que usted piensa que no nos debe nada, y considera cancelada su deuda. ¡Y ellos me dirán que a quien hay que cancelar es a usted! Y luego su expediente se «filtrará» hasta llegar a manos de algún jefazo de los servicios secretos de su país y...

—¿Mi expediente? —los lacrimosos ojos de Wellesley parpadearon frenéticamente—. ¿Unas miserables fotos porno que me sacaron con una cámara oculta cuando estaba con una prostituta en un hotel de Moscú hace ya doce años? ¡Si en aquella época esas cosas sucedían casi cada día, y no merecían más que una reprimenda! Mañana iré y aclararé de una vez por todas ese viejo... asunto. ¿Y qué harán ustedes entonces? Además, mencionaré unos cuantos nombres (el suyo, entre otros), y usted ya no hará más de mensajero, Nikolai.

—Su expediente tiene algunas cosas más, Norman —respondió el otro—. Está lleno de datos secretos que usted nos ha filtrado en el curso de estos años. ¿Así que lo aclarará todo? Bien, creo que le llevará mucho, mucho tiempo hacerlo.

—¿Datos secretos? —el rostro de Wellesley era ahora de un rojo encendido—. ¡Yo no les he dado nada! ¡Nada! ¿Qué clase de información...?

Wellesley temblaba como una hoja, temblaba de rabia y frustración bajo la atenta mirada de Zharov, y lentamente la sonrisa volvió a los labios del ruso.

—Yo sé que usted no nos ha dado nada —dijo tranquilamente—. Tampoco se lo habíamos pedido hasta hoy. Y también sé que usted es inocente, o casi, pero la gente que importa en estos casos no lo sabe. Y ahora por fin le estamos pidiendo algo. Así que usted puede pagar o... —Otra vez se encogió de hombros—. Lo que está en juego es su vida, amigo mío...

Cuando Zharov extendió la mano para abrir la puerta, Wellesley le cogió el brazo.

—No puedo contestarle de inmediato, tengo que pensarlo —dijo con voz entrecortada.

—De acuerdo —respondió Zharov—, pero no se tome demasiado tiempo.

Wellesley asintió con un gesto.

—No salga por aquí. Hágalo por la puerta de atrás —dijo, y lo guió a través del piso—. ¿Por qué vino a este lugar? ¡Santo cielo, si alguien le vio, no sé qué...!

—Nadie me vio, Norman. Además, no soy muy conocido por aquí. Estaba en un casino de Cromwell Road. Vine en taxi y le dije que me dejara unas cuantas manzanas más allá, después caminé hasta aquí. Ahora también caminaré, y luego cogeré un taxi.

Wellesley le abrió la puerta trasera y lo acompañó por el oscuro sendero del jardín hasta la salida. Antes de salir, Zharov cogió un sobre del bolsillo del abrigo y se lo tendió a Wellesley.

—He aquí unas fotografías que usted no había visto —dijo—. Servirán para recordarle que no debe demorarse en tomar una decisión, Norman. Tenemos un poco de

prisa, como puede ver. Entretanto, tengo una o dos noches libres. Quizá me busque una puta bonita y limpia. —Zharov rió con ironía y continuó—: Y si sus hombres nos hacen algunas fotografías..., bueno, las guardaré de recuerdo.

Cuando el ruso se marchó, Wellesley entró a la casa. Llenó otra vez su copa, se sentó, y abrió el sobre que le había entregado Zharov. Para cualquiera que no conociera a Wellesley, aquéllas no eran más que ampliaciones de instantáneas sin ninguna trascendencia. Pero Wellesley sabía que no era así, y lo mismo sucedería con cualquier agente de los servicios secretos británicos, o de cualquier país del mundo. Las fotografías eran de Wellesley acompañado por un hombre de mucha más edad que él. Ambos llevaban gruesos abrigos y sombreros rusos de piel, caminaban juntos, charlaban, con las cúpulas de la plaza Roja de Moscú como fondo, y bebían vodka sentados a la puerta de una dacha. No eran más que media docena de fotos, y daban la impresión de que los dos hombres eran muy amigos.

El «amigo» de Wellesley debía de tener unos sesenta y cinco años; su pelo era gris en las sienes, con una franja de intenso color negro en el centro de la cabeza, y lo llevaba peinado hacia atrás, dejando al descubierto su frente despejada y cruzada por múltiples arrugas. El hombre tenía ojos pequeños y cejas muy pobladas, numerosas arrugas en las comisuras de los ojos y de los labios, y una boca de expresión dura en una cara que, por lo demás, parecía bienhumorada. Sí, ese hombre había sido un tipo divertido, a su manera, y también un sujeto terrible en otros aspectos. Los labios de Wellesley pronunciaron en silencio su nombre:

—*Borowitz* —y luego dijo en voz alta—: Camarada general Gregor Borowitz, ¡viejo hijo de perra! ¡Mi Dios, qué tonto he sido!

Una de las fotografías era especialmente interesante, aunque más no fuera por el lugar donde había sido tomada: Wellesley y Borowitz estaban de pie en el patio de una vieja mansión o *château,* un lugar decadente en cuya construcción se mezclaban diversos estilos arquitectónicos. Tenía dos alminares que crecían como venenosas setas fálicas en los hastiales, y los desconchados arabescos que lo decoraban y ruinosos parapetos acentuaban la impresión de decadencia y abandono. Pero la verdad es que el *château* era cualquier cosa menos una ruina.

Wellesley nunca había estado en el interior, y cuando fue tomada la fotografía desconocía lo que había allí. Pero ahora lo sabía muy bien; aquél era el *château* Bronnitsy, la sede de los servicios secretos soviéticos especializados en espionaje mental, un lugar infame..., hasta que Harry Keogh lo hizo estallar. Era una pena que eso no hubiera sucedido dos años antes...

A la mañana siguiente, Darcy Clarke llegó tarde al trabajo. Primero un accidente de tráfico en la autopista, luego un semáforo que no funcionaba en el centro de la ciudad, y más tarde un idiota que había aparcado su desvencijado vehículo en la plaza reservada para Darcy. Estaba por quitarle el aire a las ruedas del intruso cuando éste regresó y con un «¡vete a hacer puñetas!» dirigido al furioso Darcy se marchó con su coche.

Clarke, todavía furioso, utilizó el ascensor situado en un discreto lugar en la parte trasera de un hotel de aspecto perfectamente corriente para subir a la última planta, que en su recinto insonorizado, blindado, a prueba de fallos mecánicos, físicos o metafísicos, albergaba a la Organización E, también conocida como INTPES. Mientras Clarke, después de entrar, se quitaba su abrigo, el oficial de guardia de la noche se preparaba para marcharse. Tras echarle una mirada, Abel Angstrom dijo:

—Buenos días, Darcy. Veo que estás un poco acalorado. Pues lo estarás más con lo que te espera...

Clarke hizo una mueca y colgó su abrigo.

—Hoy no es precisamente mi día. ¿Qué sucede aquí?

—El jefe está encerrado en su despacho con el expediente de Keogh desde las seis y media de la mañana. Eso es lo que sucede. Ha bebido litros de café. Y además estuvo vigilando el reloj y ha llamado al orden a todos los que llegaron después de las ocho. Quiere hablar contigo, y si yo estuviera en tu lugar, llevaría puesto el chaleco antibalas.

—Gracias por el consejo —respondió con aire de resignación Clarke, que luego se dirigió al lavabo de caballeros para arreglarse un poco.

Cuando se estaba arreglando el nudo de la corbata en el espejo, la furia que había experimentado antes volvió a apoderarse de él.

—¿Qué diablos estoy haciendo? —gruñó para sus adentros—. ¿Por qué te preocupas? ¡No seas estúpido, Clarke! De modo que el gran señor quiere verme, ¿no? ¡Mierda, es como cuando estaba en el maldito ejército! —Clarke torció deliberadamente su corbata, se desordenó el pelo y volvió a mirarse al espejo.

¡Así estaba mejor! Después de todo, ¿qué tenía que temer? Nada, porque Clarke tenía un don psíquico innominado aún que le protegía de cualquier dificultad, como una madre protege a su hijo. No era exactamente un deflector, si alguien disparaba un arma de fuego contra él, la bala no se desviaba, pero el disparo no daba en el blanco. O bien el percutor actuaba en el vacío. O Clarke tropezaba en el momento justo. El agente no era uno de esos individuos propensos a los accidentes, sino todo lo contrario.

Podía cruzar un campo de minas y salir ileso... ¡pero todavía desconectaba la corriente eléctrica para cambiar una bombilla! Esta mañana, sin embargo, no estaba de humor como para desconectar nada. «Que sea lo que Dios quiera», pensó Clarke mientras se dirigía al sanctasanctórum.

Cuando llamó a la puerta, una voz malhumorada preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Darcy Clarke —respondió, aunque para sus adentros pensó: «¡Hijo de perra arrogante!».

—Adelante, Clarke —dijo la voz—. ¿Dónde diablos se había metido? ¿O es que ya no trabaja aquí? —Y antes de que Clarke pudiera responder, añadió—: Siéntese.

Pero Clarke permaneció de pie. No estaba dispuesto a soportarlo más. Ya había llegado al límite de lo que podía tolerar, tras seis meses con el nuevo jefe de la Organización E. Después de todo, había otros trabajos, y no tenía por qué seguir a las órdenes de este despótico hijo de perra. ¿Y dónde estaba la continuidad? Sir Keenan Gormley había sido un caballero; Alec Kyle, un amigo, y cuando él mismo dirigió la Organización, se había mostrado eficiente y amistoso. Pero este tipo era..., ¡era un patán! ¡Un grosero! ¡Un cavernícola! Al menos en lo que concernía a las relaciones internas de la Organización. En cuanto a sus facultades, no era telépata, ni vidente, ni tampoco un deflector o un localizador. No, su único talento era poseer una mente impenetrable. Los telépatas no podían tocarle. Algunos dirían que precisamente por esto era el hombre perfecto para ese puesto. Quizá lo era, pero sería agradable que se mostrara un poco más humano. Después de trabajar a las órdenes de hombres como Gormley o Kyle, trabajar con un jefe como Norman Harold Wellesley era...

Wellesley estaba sentado ante su mesa. Sin alzar la vista, suspiró profundamente y dijo:

—Le he dicho que...

—Sí, le he oído —interrumpió Clarke—. ¡Buenos días!

Wellesley levantó la cabeza y Clarke vio que estaba tan rubicundo como siempre. También vio el expediente de Harry Keogh disperso sobre la mesa. Y Clarke, por primera vez, se preguntó qué era lo que estaba sucediendo.

Wellesley percibió de inmediato la actitud de Clarke y se dio cuenta de que no le convenía mostrarse duro con él. Y también advirtió que se avecinaba una lucha de poderes, lucha que estaba latente desde que él se había hecho cargo de la dirección de la Organización. Pero por ahora no podía ocuparse de aquello, de modo que lo mejor era evitarla.

—Está bien, Darcy —dijo con su tono de voz más sereno—, creo que ambos tenemos una mala mañana. Usted es el subjefe, lo sé, y piensa que se le debe respetar. Estoy de acuerdo; pero cuando las cosas van mal, yo soy el responsable. Aunque a usted no le guste, yo soy el que tiene que dirigir este lugar. Y con esta clase de trabajo..., creo que no necesito disculparme por mis malos modales. Y usted, ¿qué razón tiene para su malhumor?

«¿Qué pasa?», pensó Clarke, «¿cuántos años hace que no me llama Darcy? ¿Intentará acaso mostrarse razonable?».

Clarke adoptó una actitud algo más conciliadora y se sentó.

—Hoy el tráfico estaba imposible y un idiota ocupó mi plaza de aparcamiento —respondió finalmente—. Eso por empezar. Además estoy esperando que Trevor Jordan y Ken Layard me llamen desde Rodas por aquel asunto de drogas; Aduanas, Hacienda y Scotland Yard quieren saber cómo sigue aquello. Añada a eso media docena de peticiones de nuestro ministro solicitando ayuda de agentes PES para resolver importantes delitos, más el papeleo de rutina, el trabajo en la embajada rusa que se supone debo supervisar yo y...

—Bueno, puede desentenderse del trabajo en la embajada —se apresuró a interrumpirlo Wellesley—. Es un asunto de rutina, no tiene importancia. ¿Que hay unos cuantos rusos más en nuestro país? ¿Toda una delegación? ¿Y qué? ¡Por Dios, tenemos demasiadas cosas de que ocuparnos para que además nos encarguemos de una vigilancia de rutina! Pero incluso si deja eso..., sí, ya veo que está completamente desbordado.

—¡Ya lo creo que sí! —respondió Clarke—. Si ahora me dijera que dejara de perder el tiempo y me fuera a trabajar de inmediato, yo no pensaría que usted es descortés. Por el contrario, creo que incluso se lo agradecería. Pero estoy seguro de que me ha llamado por alguna razón de peso, no para que charlemos sobre el exceso de trabajo...

—Bueno, nadie podría acusarle de irse por las ramas —observó Wellesley, y en esta ocasión sus ojos, que estudiaban atentamente a Clarke, no eran hostiles ni parpadeaban continuamente.

Y así era el hombre que Wellesley estaba viendo:

No era guapo ni su presencia era imponente, y viéndole nadie diría que alguna vez había sido el director del más secreto de los servicios secretos británicos. Su aspecto era el de un don nadie, el prototipo del hombre medio, poco más o menos. Bueno, tal vez no *tan* indiferenciado, pero le faltaba muy poco para conseguirlo. Mediana estatura, pelo de color castaño, levemente encorvado y con un poco de tripa, y de mediana edad; Clarke era mediano en todo. Sus ojos eran pardos, su rostro no muy dado a la risa, y con un aire por lo general de tristeza. Y todo lo demás en él, incluido vestuario, era término medio.

Pero había dirigido la Organización E, sobrevivido a acontecimientos muy duros, y conocido a Harry Keogh.

—Keogh —dijo Wellesley, pronunciando el nombre como si tuviera un sabor amargo—. Es en eso en lo que estaba pensando.

Había dicho «eso», como si Keogh fuera un artefacto, o una cosa, y no una persona. Clarke arqueó las cejas.

—¿Hay alguna novedad con respecto a Harry? —Wellesley escuchaba los informes de Bettley, y no hablaba con nadie de su contenido.

—Puede que sí, puede que no —respondió Wellesley, y añadió rápidamente, como para no darle tiempo a Clarke a pensar—: ¿Sabe lo que ocurriría si recuperara sus facultades?

—Sí —respondió Clarke, y aunque tuvo tiempo de meditar su respuesta, habló francamente—: Usted se quedaría sin trabajo.

Wellesley, inesperadamente, sonrió. Pero fue una sonrisa fugaz, que se desvaneció rápidamente de su cara.

—Siempre es bueno saber lo que los demás piensan de uno —observó—. ¿Y usted cree que Keogh se haría con la dirección de la Organización E?

—¡Con sus increíbles facultades, él *sería* la Organización! —respondió Clarke. Y de repente, su rostro se iluminó—. ¿Me está diciendo que Harry ha recuperado su don?

Wellesley demoró en contestar.

—Usted era su amigo, ¿verdad? —dijo por fin.

—¿Su amigo? —repitió Clarke, frunciendo el entrecejo. No, honestamente no podía decir que lo había sido, ni siquiera que hubiera querido serlo. En una época, sin embargo, había visto en acción a algunos de los amigos de Harry, ¡y todavía aparecían en sus pesadillas! Pero por fin respondió—: Éramos conocidos, nada más. Los amigos de Harry... casi todos eran...; bueno, estaban muertos. Por eso eran sus amigos.

Wellesley le miró fijamente.

—¿Y realmente hacía lo que le atribuyen esos documentos? ¿Hablaba con los muertos? ¿Hacía que se levantaran de sus tumbas? Quiero decir, yo creo en la telepatía. La he visto funcionar en nuestras cabinas de prueba, y en todos los casos de asesinato que ha investigado la Organización en los últimos seis meses. Y creo también en el peculiar talento de usted, Darcy, que está bien documentado, aun cuando yo no lo he visto en acción. ¿Pero esto? —y Wellesley arrugó su prominente nariz—. ¿Un maldito... nigromante?

—Un necroscopio —aclaró Clarke—. A Harry no le gustaría que usted le llamara nigromante. Si ha leído todo su expediente, sabrá quién era Dragosani. Él sí que era un nigromante. Los muertos le temían, le odiaban. Pero a Harry lo amaban. Sí, él hablaba con ellos, y los llamaba para que se levantaran de sus tumbas cuando necesitaba su ayuda. Pero no los forzaba; para ellos era suficiente saber que él se hallaba en aprietos.

Wellesley percibió que la voz de Clarke era apenas audible, y que el agente estaba muy pálido. Pero aun así, le apremió para que siguiera hablando:

—Usted estaba en Hartlepool cuando el desenlace del asunto Bodescu. ¿Vio realmente a esa criatura?

Clarke se estremeció.

—Vi muchas..., vi muchas de esas criaturas. Y hasta las olí... —Clarke movió la cabeza, como si quisiera despejarla de recuerdos insoportables, e intentó recuperar la calma—: ¿Cuál es su problema, Norman? —continuó hablando luego—. Muy bien, durante su período al frente de la Organización nos hemos ocupado principalmente de asuntos mundanos. Por lo general, en eso consiste nuestro trabajo. En cuanto a aquello a lo que se enfrentaron Harry Keogh, Gormley, Kyle y todos los otros..., esperemos que esté acabado para siempre. ¡Y ruegue que así sea!

Wellesley no parecía muy convencido.

—¿No podría haber sido hipnotismo, o una ilusión colectiva, o algún fenómeno de ese tipo?

Clarke dijo que no con la cabeza.

—No olvide que yo poseo un peculiar mecanismo de defensa. Se me puede engañar a mí, pero no a este don mío, que actúa infundiéndome miedo sólo cuando realmente hay algo que temer. No se pone en funcionamiento ante ilusiones inofensivas:

solamente lo hace ante los peligros reales. Y hace que me aleje de los muertos como alma que lleva el diablo, de los no-muertos y de todas las criaturas que podrían aniquilarme.

Por un instante, Wellesley no encontró respuesta para lo que había dicho Clarke, pero al cabo dijo:

—¿Le sorprendería saber que yo no era consciente de mi propio talento? No lo había percibido en toda mi vida, hasta que solicité entrar en la Organización. —Esto era mentira, pero Clarke no podía saberlo—. Quiero decir, ¿cómo puede uno descubrir que tiene un don *negativo*? Si en la vida cotidiana se pudiera leer el pensamiento de los demás (y viceversa), yo sería un caso raro, el único hombre que no podría leer el pensamiento de los otros, pero a quien tampoco podrían leérselo. Pero en la realidad casi nadie lee el pensamiento de otros, y yo no podía descubrir que mi mente era impenetrable. Sólo sabía que me interesaba la parapsicología, los dones metafísicos. Y por eso solicité que me transfirieran a este lugar. Y luego los expertos de la Organización me estudiaron y descubrieron que mi mente está blindada.

Clarke parecía desconcertado.

—¿Qué está tratando de decirme? —preguntó.

—Yo mismo no lo sé con certeza. Creo que intento explicarle por qué, aun siendo el director de la Organización E, me cuesta tanto creer en lo que hacemos. Y cuando usted me enfrenta con la existencia real de alguien como Harry Keogh... ¡La parapsicología es una cosa, pero eso es algo enteramente sobrenatural!

—Así que, después de todo, usted también es humano —dijo sonriendo Clarke—. ¿Piensa que es el único a quien estas cosas sumen en la confusión? No hay hombre o mujer que haya trabajado aquí y no haya experimentado las mismas dudas. Si yo tuviera una libra por cada ocasión en que pensé en estas cosas (en sus ambigüedades, sus inconsistencias, sus flagrantes contradicciones), sería rico. ¿Qué grupo hay más extraño que éste? ¿Ocupándose de telemetría, telepatía, evaluando mediante ordenadores modelos de probabilidad y de precognición? ¿Satélites espías y bloqueadores? ¡Claro que usted se siente confundido! ¿Y quién no? ¡Pero sólo se trata de artefactos y de fantasmas, nada más!

Wellesley se sintió un poco más contento. Por una vez, había conseguido que Clarke se pusiera de su lado. Y, pensando en los planes que tenía, eso era precisamente lo que necesitaba, tenerlo de aliado.

—¿Y qué me dice del transporte por telepatía? Ésa era una de las facultades de Keogh, ¿no?

—El teletransporte, sí, así le llamamos, pero lo de Keogh era otra cosa. Él simplemente utilizaba puertas que nadie más conocía. Salía por una puerta aquí... y aparecía en otro lugar. En cualquier lugar del universo. Fui a verlo a Edimburgo porque quería reclutarlo para el asunto de Perchorsk. Me respondió que sí, que se arriesgaría si yo también lo hacía. Es decir, que si él debía combatir contra lo desconocido, quería que yo también probara un poco de ese elemento. Y me trajo aquí por medio de algo que él llama el continuo de Möbius. Fue algo grande, pero no me gustaría repetir la experiencia.

Wellesley suspiró una vez más y dijo:

—Creo que tiene razón. Si él recuperara sus dones, yo debería ofrecerle mi puesto. Y a usted eso le gustaría, ¿verdad?

Clarke se encogió de hombros.

—No sea tímido, Clarke —continuó Wellesley—, me doy muy bien cuenta de lo que siente. Antes que a mí, preferiría tener a Keogh (o a cualquier otro) como jefe. Pero lo que usted no advierte es que yo estoy de acuerdo con usted. No le comprendo a usted,

ni a las otras personas que trabajan en este lugar, y creo que nunca las comprenderé. Quiero irme, pero sé que el ministro responsable de la Organización no me lo permitirá hasta que no encuentre alguien para sustituirme. ¿Usted tal vez? No, porque entonces parecería que habían cometido un error al ponerme en su lugar. Pero Harry Keogh...

—Hemos hecho todo lo posible para ayudar a Harry —dijo Clarke—. Le hemos hipnotizado, psicoanalizado, y por poco le lavamos el cerebro. Pero no sirvió de nada. Ha perdido su don. ¿Qué piensa usted que podría hacer por él?

—No se trata de que nosotros hagamos algo, Darcy.

—Continúe.

—Anoche tuve una larga conversación con esa chica Markham, de Edimburgo...

—¡Si hay algo en todo esto que me parece detestable, es que le hiciéramos esa jugada a Harry! —le interrumpió con vehemencia Clarke.

—... y me aconsejó que hablara con David Bettley —continuó inmutable Wellesley—, porque ella está preocupada por Keogh. ¿Puede usted entenderlo? Ella le quiere de verdad. Puede que sólo sea un trabajo, pero Keogh le importa realmente. ¿Usted acaso cree que él estaría mejor solo? Bien; de todos modos, ella satisface dos necesidades: la de Keogh y la nuestra. Nuestra necesidad de saber qué piensa él.

—¡El tierno arte del espionaje mental!

—De modo que seguí su consejo y hablé con Bettley. Ya estaba acostado cuando lo llamé por teléfono. De todas maneras, me habría puesto en contacto con él para recabar más información sobre las últimas sesiones grabadas que nos ha enviado, porque tengo motivos para creer que Keogh, o bien está a punto de desarrollar un nuevo y extraño talento, o se encuentra al borde del derrumbe. En el curso de nuestra conversación, Bettley comentó cómo había llegado a descubrir Keogh esa..., esa cosa de Möbius.

—El continuo de Möbius.

—Correcto. Al parecer, había estado al borde, pero necesitaba un impulso. Y ese impulso al parecer se produjo cuando la GREPO de Alemania Oriental le descubrió hablando con Möbius en la tumba de éste, en Leipzig. Ése fue el empujón que necesitaba su genio matemático. Keogh se teletransportó (o utilizó el continuo) para escapar de los agentes alemanes. Por eso tengo aquí su expediente: quería verificar si ese episodio estaba bien registrado. Y por eso estoy verificándolo también con usted.

—Explíquese.

—Yo lo veo de esta manera —continuó Wellesley—: Keogh es como un ordenador que ha sufrido un fallo: ya no tiene acceso a la información que necesita (y que la Organización E quiere utilizar). Seguramente está en algún lugar de su disco duro, o de su memoria, pero algo impide el acceso. Y hasta ahora no hemos podido eliminar ese obstáculo.

—¿Y qué propone usted que hagamos?

—Bueno, todavía lo estoy pensando. Pero creo que, si aplicáramos el estímulo adecuado..., con un poco de suerte se podría reproducir la situación de Leipzig. En los últimos tiempos, Keogh ha tenido sueños terroríficos, y si lo que usted dice de él es cierto (yo no lo dudo, pero por si acaso utilicemos el condicional), para que un sueño le atemorice debe de ser realmente terrorífico. Pero quizá debería serlo aún más...

—¿Usted quiere que se muera de miedo?

—¡Que muera, no..., pero que esté muy cerca de la muerte! Lo bastante como para que escape al continuo de Möbius.

Clarke permaneció inmóvil y silencioso durante unos instantes, hasta que finalmente Wellesley se inclinó hacia adelante y le preguntó.

—Bien, ¿qué le parece?

—¿Quiere que le dé mi sincera opinión?

—Claro.

—Apesta. Además, pienso que si usted proyecta engañar a Keogh, será mejor que se haga un seguro de vida extra. Y por último, creo que será mejor que el plan funcione; porque, si no es así, yo estaré acabado. Y cuando todo esto se termine, y sin que dependa del resultado, no podré seguir trabajando con usted.

Wellesley sonrió apenas.

—Pero usted quiere que me vaya, ¿no es verdad? Y no... no me pondrá obstáculos.

—No. Y además insisto en participar en el asunto. Así me aseguraré de que Harry pueda aprovechar cualquier oportunidad que se le presente.

Wellesley continuó sonriendo.

«Tendrá sus oportunidades, ya lo creo que las tendrá», pensó. «¡Oportunidades de pasar a mejor vida!»

Y Wellesley era uno de los pocos hombres en el mundo entero que podían pensar algo así —especialmente aquí, en la sede de la Organización E—, y tener la seguridad de que nadie se enteraría...

# Capítulo seis

*Sandra*

Sandra Markham tenía veintisiete años, un hermoso tipo y una no menos hermosa cara, y era una telépata neófita. Por el momento, tenía muy poco control sobre su don, y éste iba y venía. Pero en lo que concernía a Harry Keogh, era mejor así. En ocasiones había leído cosas en su mente que ella estaba segura de que no deberían haber estado allí... ¡ni en ninguna mente sana!

Había hecho el amor con Harry hacía apenas una hora y él después se había quedado dormido. Sandra había llegado a conocer bien los hábitos de Harry: dormiría tres o cuatro horas, que para él eran el equivalente de una noche de sueño completa. En cuanto a Sandra, mañana compensaría las escasas horas de sueño de esta noche durmiendo en su piso de Edimburgo.

Cuando contempló el pálido y tranquilo rostro de Harry, casi infantil en reposo, no vio signos de los rápidos movimientos oculares que señalarían que estaba soñando. Por ahora ella también podía descansar. Lo que interesaban eran los sueños de Harry, o al menos era lo que Sandra se decía a sí misma.

La joven trabajaba para la Organización E. A veces deseaba que no fuera así, pero la realidad era ésa. Se ganaba así el pan de todos los días (y unas cuantas cosas más), de modo que no debería quejarse. Y en verdad, hasta que apareció Harry, no había tenido muchos motivos para quejarse. Al principio, aquél había sido un trabajo más —un amigo nuevo al que tenía que conocer, e intentar comprender—, pero luego las cosas se habían complicado y ella se había implicado profundamente. Había sucedido, simplemente, y después ella había deseado que sucediera una y otra vez más. Y al poco tiempo, Harry ya no era un trabajo más sino un modo de vida, no sólo «en su mente», sino también bajo su piel. Y al cabo de algún tiempo, Sandra había comenzado a pensar, y aún lo pensaba, que estaba enamorada de Harry Keogh.

Trabajar en el caso de Harry (odiaba pensar en él como un «caso», pero ésa era la realidad, por más que intentara maquillarla) era más interesante que ser un instrumento humano de adivinación para resolver casos que desconcertaban a la policía. La Organización E la utilizaba habitualmente para espiar en las mentes de delincuentes —las mentes de prisioneros demasiado endurecidos como para que la ley pudiera con ellos—, buscando pistas que métodos más ortodoxos no podían descubrir. Trabajo que, por cierto, habría sido satisfactorio si ella no hubiera tenido que *entrar* realmente allí. Porque mentes de esa calaña eran a menudo como cloacas, y ella no podía olvidar fácilmente su hedor. Y en ocasiones, si se trataba de un brutal asesinato o de una violación, el hedor podía permanecer un largo, larguísimo tiempo.

Ésta era, probablemente, la razón por la que Sandra se había enamorado de Harry Keogh. Porque su mente era como un jardín... durante casi todo el tiempo. De hecho, él tenía la mente más amable que ella había encontrado en muchos años: no débil, nada de eso. Ni siquiera ingenua, aunque había en él un toque de ingenuidad, sino amable, benévola. A Harry no le gustaba hacer daño a nadie, ni a nada.

Con la belleza de Sandra, habría sido raro que no hubiera hombres en su vida. Hubo algunos. Pero ella no podía apagar y encender su talento a voluntad. En verdad, ése era su gran defecto, que aparecía y desaparecía azarosamente. Podía suceder que

saliera a cenar con un hombre, que él la acompañara a casa y se despidiera en la puerta besándole la mano y preguntándole cuándo podían verse otra vez, y en ese preciso instante su mente se abría como un libro y Sandra veía en ella la figura de un sátiro despiadado, y se veía junto a él. No con todos los hombres pasaba eso, pero sí con muchos.

Esto, sin embargo, no era todo. Estaba también el engaño, el hecho de que la gente miente. Como la vecina del piso de al lado, que sonríe y dice «¡Buenos días!» cuando nos cruzamos en la escalera, y en realidad está pensando: «¡Muérete, maldita bruja!». O el peluquero, que charla mientras nos peina, y de repente se le oye pensar: «¡Dios, y pensar que me pagan cinco libras la hora por hacer estos horrores! Esta estúpida debe tener más dinero que sentido común».

Sí, hubo algunos hombres. Los guapos a quienes sólo les preocupaba su propio aspecto. Y los no tan guapos cuyas mentes hervían de celos si algún otro hombre te sonreía. Y otra ocasión, en que después de una semana entera de veladas con un compañero «perfecto», estaban acostados juntos y él se preguntaba si tendría tiempo de hacer una vez más el amor antes de coger el último autobús para regresar a su casa.

La vida era así, Sandra lo sabía y había aprendido a vivir así desde que era una adolescente y su don comenzara a desarrollarse. Pero en semejante existencia no había mucho espacio para el amor. O no lo había hasta que apareció Harry.

Él era tan... anómalo.

Sandra, además de su mente, había leído también su expediente. Harry había matado a un buen número de personas. Eso era lo que decía su expediente. Pero no decía que él recordaba y se lamentaba de casi todas esas muertes, o que en ocasiones sentía la necesidad de hablar con ellos, y decirles que lo sentía, pero que no había podido hacer otra cosa. Tampoco decía que aún tenía pesadillas relacionadas con algunas de las cosas que había visto y hecho. Y, de todos modos, Sandra no creía ni la mitad de las cosas que se le atribuían. Su propio talento era paranormal, sí, pero lo que Harry podía hacer —o pudo hacer en otra época— era supranatural. Y él había utilizado sus poderes de la mejor manera posible. Había matado a muchos hombres con ellos, pero nunca había asesinado.

Sandra sabía cómo piensan los asesinos, y Harry Keogh no se parecía en nada a ellos. Sus pensamientos eran profundos y oscuros como el vino tinto, pero sacudidos por olas semejantes a las de un mar embravecido, y llenos de remolinos y bajíos, mientras que los pensamientos de Harry eran como el agua clara de un arroyo que corre sobre un lecho de piedras. Su mente podía ser también aguda, claro que sí, llena de dagas, si se le daba motivos para desenfundarlas, pero eran claramente visibles, nunca estaban ocultas. No, en la mente de Harry no había esquinas sombrías o callejuelas sórdidas. O si las había, no eran lugares en los que él intentara permanecer mucho tiempo.

Y en ese instante, acostada junto a Harry, Sandra supo cómo lo definiría. Él sólo podía ser dos cosas: completamente amoral, o naturalmente inocente. Y puesto que ella sabía que no carecía de moralidad, era un inocente. Un inocente maldito, pero inocente al fin. Un niño con sangre en las manos y en la conciencia y en sus pesadillas. Pesadillas que había decidido no comunicar a nadie hasta que se hacían insoportables, y entonces acudía a Bettley. Bien, ella no estaba segura de quién era Bettley —¿un Judas Iscariote? ¿Un padre confesor que no respetaba los secretos del confesionario?—, pero no se sentía feliz con su propio papel en aquella historia. Y lo más terrible de todo, pensaba que Harry sospechaba algo, y por eso nunca se sentía completamente cómodo ni con Bettley ni con ella, ni tampoco gozaba con ella como Sandra quería que gozara, o como ella gozaba con él. ¡Jesús, encontrar un hombre como Harry sólo para descubrir que era

probablemente el único hombre que ella nunca podría tener! O por lo menos no tal como ella lo deseaba.

Repentinamente, furiosa consigo misma —deseaba arrojar a un lado las mantas y saltar de la cama, pero no quería molestar a Harry—, Sandra apartó suavemente el brazo de Harry, que la rodeaba, bajó de la cama y se dirigió desnuda al lavabo.

No tenía frío, o calor, ni tampoco estaba sedienta, pero sentía que tenía que hacer algo. Algo ordinario, algo que la cambiara físicamente. Y de esa manera quizá cambiaría su humor. Si fuera de día, sería muy simple: caminaría hasta el parque y miraría jugar a los niños, y sabría que algo de su mundo de cuento de hadas se abriría paso muy pronto hasta su propia y mucho menos paradisíaca existencia. Y cuando se le ocurrió esta idea, Sandra supo con certeza que sus sentimientos eran en este instante extremadamente negativos. ¡Era terrible que necesitara la inocencia de otros para equilibrar el peso de su propia culpa!

Bebió un vaso de agua, se lavó las axilas y bajo los pechos, los lugares donde había sudado al hacer el amor, se secó con una toalla y se examinó con ojo crítico en el espejo.

A diferencia de Harry, Sandra no era nada ingenua. Es muy difícil que alguien pueda ser ingenuo o inocente si las mentes de los demás son para él como un libro abierto, y no puede desviar la vista, sino que está obligado a leerlo todo. Los otros telépatas de la Organización E —Trevor Jordan, por ejemplo— habían tenido mejor suerte con sus dones: debían esforzarse, concentrarse para poder hacer uso de ellos, no era algo que les sobreviniera sin que pudieran controlarlo, como una radio mal sintonizada.

Sandra, otra vez furiosa, hizo un gesto negativo con la cabeza. ¡Otra vez se estaba compadeciendo de sí misma! ¿Qué?, ¿sentía compasión de sí misma, de esta hermosa criatura que se reflejaba en el espejo? Había oído tantas veces los pensamientos de otras mujeres que repetían: «¡Dios, qué no daría por ser como ella!».

¡Ah, si supieran!

¿Pero no habría sido mucho peor si hubiera sido fea?

Sandra tenía grandes ojos azul verdoso, una nariz pequeña y respingada, una boca a la que había educado para que pareciera dulce y sin asomo de cinismo, orejas pequeñas medio perdidas en una mata de pelo cobrizo, y pómulos altos que descendían delicadamente hasta una barbilla redondeada y de líneas perfectas. Sandra, claro está, era consciente de su belleza. Puesto que lo eran otras personas, ella no podía ignorarla.

Su ceja derecha, una fina línea de color cobre, se curvaba en un gesto de interrogación, de desafío casi. Como si ella estuviera diciendo: «¡Adelante, piénselo!». Y en ocasiones, lo decía.

En aquellas ocasiones en que detectaba pensamientos halagadores, su sonrisa era brillante, involuntariamente agradecida. Pero su entrecejo se fruncía y sus ojos se entrecerraban en una mirada helada cuando «oía» otra clase de cosas. A primera vista, pues, se podía confundir el rostro de Sandra con el de una modelo de las que aparecen en las revistas femeninas; pero si se lo miraba con más atención, era evidente que su personalidad le había marcado. Había pequeñas arrugas producto de la risa en los ángulos de los ojos, sí, pero también otras líneas verticales y horizontales en su frente que indicaban el infinito número de veces que había fruncido el entrecejo. Sandra se sentía agradecida de que estas arrugas no disminuyeran su belleza.

En cuanto al resto, Sandra sólo tenía dos cosas que criticar en su cuerpo, que si no fuera por ellas hubiera sido perfecto, o al menos tal como ella lo deseaba: sus pechos eran demasiado grandes y sus piernas demasiado largas.

«¡Bueno, a ti puede que te parezcan defectos, pero a mí me encantan!», recordó

que le había dicho Harry hacía tiempo. A él le gustaba cuando ella lo rodeaba con sus piernas mientras hacían el amor, o balanceaba sus grandes pechos ante su rostro. Sus grandes pezones, imperfectos como suelen ser todos los pezones, le fascinaban, al menos en aquellas ocasiones en que parecía estar realmente allí. Y Sandra se enfrentó a otra verdad: demasiado a menudo ella había utilizado su sexo para atraparlo en el aquí y el ahora, como si temiera que él pudiera escaparse... a otro mundo.

Sandra sintió repentinamente frío; apagó la luz del lavabo y volvió al dormitorio.

Harry seguía en la misma posición en que ella le había dejado de costado, vuelto hacia la izquierda, y con el brazo en el lugar que había ocupado el cuerpo de Sandra. Su respiración era profunda y acompasada, sus párpados no se movían. Un breve vistazo telepático, espontáneo, le hizo vislumbrar las bóvedas infinitas y vacías del sueño, que él recorría buscando una puerta. La imagen desapareció con la misma velocidad con que se había producido y Sandra suspiró. En los sueños de Harry siempre había puertas, restos quizá de las puertas de Möbius que él en el pasado había hecho surgir de la nada mediante fórmulas matemáticas.

Harry se lo había dicho en una ocasión:

—Ahora que aquello ha terminado, a veces tengo la sensación de que todo fue un sueño, o un cuento leído en un libro de fantasía. Algo irreal, que yo imaginé, o quizás una experiencia de abandono del propio cuerpo. Pero eso me recuerda demasiado claramente cómo era ser incorpóreo, y yo sé que realmente ocurrió. ¿Cómo puedo explicarlo? ¿Has soñado alguna vez que podías volar? ¿Que realmente sabías cómo volar?

—Sí —respondió ella con su suave acento escocés—. Lo he soñado a menudo, y con gran realismo. En ocasiones corría cuesta abajo para coger impulso, y volaba luego sobre las colinas de Pentland, sobre el pueblo en que nací. A veces daba miedo, pero recuerdo que tenía la sensación de que sabía perfectamente cómo hacerlo.

Harry se había entusiasmado.

—¡Justamente! Y cuando despertaste intentaste retener ese conocimiento, no querías que se desvaneciera con el sueño. Y te desilusionó comprobar, cuando despertaste, que estabas otra vez en tierra. Bien —continuó él, desvanecido ya su entusiasmo—, así es como yo me siento muchísimas veces. Como algo que poseí en una serie de sueños infantiles, pero que ha desaparecido para siempre...

«Es mejor para ti, Harry», pensó Sandra. «Ese mundo era peligroso. Ahora estás a salvo.»

Quizás era mejor para Harry, pero no para la Organización E, ni tampoco para el trabajo que le habían asignado a Sandra. Por el contrario, ellos deseaban que él recuperara sus poderes, y no les importaba cómo. Y se suponía que ella era parte del equipo encargado de devolvérselos.

Sandra se acostó junto a Harry, y la mano de él acarició de manera maquinal su pecho. El cuerpo del hombre era delgado y fuerte, en forma. Él se empeñaba en mantenerlo así.

—Es unos cuantos años más viejo que yo —le había dicho un día sin el mejor buen humor en su voz—, así que debo cuidarlo mucho.

Como si no le perteneciera, sino que fuera meramente su cuidador. Era difícil creer que en una época ese cuerpo no era el de Harry. Pero Sandra, y se alegraba de ello, no le había conocido en aquella época.

—¿Qué pasa? —murmuró él mientras ella se apretaba contra su cuerpo.

—Nada —susurró Sandra en la oscuridad de la habitación—, duerme.

—Hmmm... —dijo él, e instintivamente se acercó aún más a ella.

Estaba tibio y era Harry. Sandra nunca se había sentido antes tan segura junto a un

hombre. A pesar de todos sus problemas, cuando estaba con Harry la joven tenía la sensación de que él era sólido como una roca. Le acarició el pecho, pero muy suavemente; no quería excitarle ni despertarlo, sólo inducir en él un sueño más profundo.

Pero quien se quedó profundamente dormida fue ella.

*¡Haaarry...!* —La madre de Harry, Mary Keogh, le llamó desde su tumba acuática, pero no pudo comunicarse con él. En el presente nunca podía hablar con su hijo, y sabía la razón, pero no le impedía intentarlo una y otra vez—. *Harry, hay alguien que está intentando desesperadamente hablar contigo. Dice que erais amigos, y que tiene que decirte algo muy importante.*

Harry la oía, pero no podía responder. Sabía que no *debía* responder, porque le habían prohibido hablar con los muertos. Si en alguna ocasión lo intentaba, o incluso si sólo pensaba en hacerlo, de inmediato oía en su mente esa voz irresistible, reforzando las órdenes que habían vuelto inútiles sus poderes de necroscopio.

*¡No debes, Harry, o sufrirás la pena del dolor! Sí, grandes dolores. Torturas tales que oirías las voces de los muertos deformadas más allá de toda posibilidad de reconocimiento. Una agonía mental tan enorme que nunca te atreverías a volver a intentarlo. No deseo ser cruel, padre, pero es para protegerte... y protegerme yo mismo. Faethor Ferenczy, Thibor y Yulian Bodescu quizá fueron los últimos... o puede que no. ¡Los wamphyri tienen poderes, padre! Y si hay otros escondidos en tu mundo, ¿no crees que saldrían a buscarte antes de que tú los descubrieras a ellos? Pero te buscarán sólo si tienen motivos para temerte. Y yo ahora te despojo por completo de aquello que justificaría su búsqueda. ¿Me comprendes?*

—Lo haces por ti mismo —había respondido Harry—, y no porque temas por mí. Tienes miedo de que yo vuelva un día y te destruya en tu madriguera. Te he dicho que nunca lo haría, pero es evidente que no confías en mi palabra.

*Las personas cambian, Harry. Y tú también puedes cambiar. Soy tu hijo, pero también soy un vampiro. No puedo arriesgarme a que un día regreses armado con la espada, la estaca y el fuego. Ya lo he dicho antes: eres peligroso como necroscopio, pero sin la ayuda de los muertos no puedes hacer nada. Sin ellos, no hay banda de Möbius. No podrás regresar aquí, ni buscarme en otros lugares. Y sí, también por esa razón te impongo estas restricciones.*

—Entonces me condenas a la tortura. Los muertos me aman. ¡Me hablarán!

*Quizá lo intenten, pero tú no los escucharás ni les responderás. No de manera consciente. Por consiguiente, te niego ese don.*

—¡Pero yo soy un necroscopio! Para mí es un hábito hablar con los muertos. ¿Y cuando sea viejo? ¿Qué sucederá si hablo con ellos entonces? ¿También entonces estaré condenado al sufrimiento?

*Hay que abandonar los hábitos, Harry. Lo digo por última vez, y si dudas de mí, inténtalo: no debes hablar conscientemente con los muertos, y si ellos te hablan debes borrar inmediatamente sus palabras de tu memoria... o sufrir las consecuencias. Que así sea.*

—¿Y todas las matemáticas que me enseñó Möbius? ¿Tendré que olvidarlas?

*¡Ya las has olvidado! Ésa es mi prohibición más inmediata, porque no seré invadido en mi propio territorio. Y ahora... deja ya de discutir. Todo ha terminado... y es irrevocable.*

Y en ese instante, Harry había sentido un terrible desgarramiento mental que le hizo gritar, seguido por la oscuridad, que a su vez fue seguida por...

... Su recuperación de la conciencia en Londres, en la sede de la Organización E.

Esto había ocurrido hacía cuatro años. Harry le había contado a la Organización E todo lo que podía, los ayudó a completar y cerrar los expedientes sobre él y sus hazañas. Ya no era un necroscopio, no podía imponer su voluntad metafísica sobre el universo físico; la Organización ya no tendría ningún trabajo para él. Pero Harry tenía la seguridad de que no se darían por vencidos ni siquiera después de que hubieran probado y descartado todos los medios de que disponían para devolverle sus poderes paranormales. Como necroscopio había sido enormemente valioso. Nunca le olvidarían, y harían todo lo posible para volver a contar con él. Y también los muertos, sus millones de amigos. Los amigos verdaderos de Harry —los que realmente conocía de entre los millones que pueblan el más allá— sólo eran un centenar, pero todos los demás conocían su existencia. Y para ellos, siempre había representado la única luz en medio de la oscuridad eterna.

Y ahora uno de ellos —de hecho, el ser más importante para Harry— intentaba hablar con él.

*Harry, mi pequeño Harry, hijo mío, ¿por qué no me respondes?* —Él siempre había sido para ella su «pequeño Harry».

—¡Porque no puedo! —hubiera querido decirle Harry, pero no se atrevía, ni siquiera dormido y soñando. Porque lo había intentado en una ocasión, cuando se encontraba a la orilla del río, y lo recordaba demasiado bien.

Había acudido al lugar menos de una hora después de regresar a su casa cercana a Bonnyrig, la casa que antes había sido de su madre, y después había pertenecido a Viktor Shukshin. Shukshin había ahogado a la madre de Harry bajo el hielo y había dejado que su cadáver fuera arrastrado por las aguas hasta un recodo en el río. El cadáver había quedado en el fondo, retenido allí por el lodo y las plantas acuáticas. Y allí había permanecido la madre del joven hasta que una noche Harry la llamó para que se vengara. Desde entonces, ella reposaba en paz, o tal vez sus restos habían sido dispersados por las aguas. Pero su espíritu aún estaba allí.

Y aún estaba cuando Harry, como lo había hecho antes tantas veces, se había sentado a la orilla a contemplar las aguas, profundas, oscuras y tranquilas de aquel río que discurría entre juncos y márgenes arcillosas. Era de día, el antiguo sendero paralelo al río estaba invadido por la hierba, y los pájaros cantaban entre las zarzas y los sauces.

Había otras tres casas en el lugar además de la de Harry; dos de ellas eran adosadas, y sus jardines, rodeados por altos muros, llegaban casi hasta el río. Deshabitadas, se habían ido deteriorando poco a poco, y estaban en venta desde hacía unos cuantos años. Cada tanto venía alguien a verlas, pero la gente se marchaba haciendo gestos negativos. No eran residencias «convenientes». Aquél era un lugar solitario, y por eso le gustaba a Harry. Él y su madre solían hablar aquí en privado, y nunca había temido que alguien le viera aquí hablando —aparentemente— solo.

En esa ocasión, no sabía qué esperar, lo único que sabía era que le estaba prohibido hablar, y que sería castigado si intentaba romper la prohibición impuesta sobre sus poderes de percepción extrasensorial. La Organización E no había utilizado la prueba del ácido porque Harry se había negado a ir tan lejos. Darcy Clarke era entonces el jefe de la Organización, y su talento le había advertido que no debía presionar demasiado a Harry ni a sus amigos.

Pero en el río, la madre de Harry —el espíritu de la joven inocente que fuera— no había sido capaz de resistir el deseo de hablar una vez más con su hijo.

Al principio todo había sido soledad, el rumor de las aguas del río y el canto de los pájaros. Pero al poco rato, la singular presencia de Harry había sido percibida. Y:

*Harry, ¿eres tú, hijo mío?* —Ella había despertado en la mente de Harry—. *¡Sé que eres tú! ¡Has vuelto a casa, Harry!*

Eso era todo lo que ella le había dicho, pero era suficiente.

—¡No, madre, no lo hagas! —había gritado él, poniéndose trabajosamente en pie y huyendo como si hubieran encendido fuegos artificiales dentro de su cráneo, fuegos que se hundían en el blando tejido del cerebro. Y entonces, Harry Keogh había comprendido en toda su magnitud la condena infligida por Harry hijo, el Morador.

*¡Una agonía mental tan terrible que nunca más te atreverás a dialogar con los muertos!*

Eso era lo prometido por su hijo vampiro, y ahora se había realizado. No era el Morador mismo quien lo estaba torturando, sino sus órdenes poshipnóticas, grabadas en la mente de Harry.

Y el crepúsculo había encontrado a Harry echado en la hierba a orillas del río, volviendo dolorosamente en sí, en un mundo en el que sabía con absoluta certeza que ya no era un necroscopio. Ya no podía comunicarse con los muertos, o al menos no podía hacerlo conscientemente.

Pero dormido y en sueños...

*¡Haaarry...!*—La voz de su madre lo llamó una vez más, retumbando en las infinitas y laberínticas bóvedas del sueño—. *Estoy aquí, Harry, aquí.* —Y Harry, antes de que lo advirtiera, ya había dado la vuelta y penetrado por una puerta, y estaba de nuevo a orillas del río, esta vez a la luz de la luna—. *¿Eres tú, Harry?* —La tenue voz mental le indicó que ella casi no creía que aquello fuera posible—. *¿De verdad estás aquí conmigo?*

«¡No puedo responderte, madre!», deseaba decir Harry, pero sólo podía permanecer en silencio.

*¡Pero me has contestado, hijo!* —replicó ella, y Harry supo que era verdad. Porque los muertos no necesitan que se pronuncien las palabras, les basta con que se piense en ellas, si uno posee el don.

Harry se encogió en una posición fetal, se cubrió la cabeza con las manos y esperó el dolor, pero no lo hubo.

*¡Harry, Harry!* —dijo ella de inmediato—. *¿Acaso pensabas que después del sufrimiento de aquella vez yo te causaría deliberadamente dolor, o haría que te lo infligieras tú mismo?*

—Mamá, yo... —Harry se puso en pie, todavía encogido y esperando la arremetida del dolor—. No..., no comprendo.

*Sí, hijo, sí que lo entiendes* —se mofó ella cariñosamente—. *Sólo que lo has olvidado. Lo olvidas siempre, Harry.*

—¿Qué es lo que he olvidado, madre? ¿Qué es lo que olvido en cada ocasión?

*Olvidas que has estado antes aquí, en sueños, y que lo que te hizo mi nieto en este lugar no cuenta. Eso es lo que has olvidado, y olvidas siempre. Y ahora, llámame como es debido, Harry, y podré hablar contigo y pasearemos un rato juntos.*

¿Era cierto que podía hablar con ella en sueños? Lo había hecho hacía muchos años —despierto y dormido, era lo mismo—, pero ahora era diferente.

*¡No, hijo, es lo mismo, sólo que ahora necesitas que te lo recuerden en cada ocasión!*

Y entonces resonó una voz que no era la de su madre, un eco venido de las cavernas de la memoria y no del sueño.

*... No debes hablar conscientemente con los muertos. Y si ellos te hablan, debes borrar inmediatamente sus palabras de tu memoria... o sufrirás las consecuencias.*

—La voz de mi hijo —suspiró Harry, y comprendió al fin—. Entonces... ¿cuántas veces hemos hablado, mamá? Quiero decir, desde que eso comenzó a hacerme daño. ¿Cuántas veces hemos hablado en los últimos cuatro años?

Y cuando ella empezó a responder, él la llamó, y ella surgió de las aguas y cogió la mano de su hijo, que la ayudó a subir a la orilla, otra vez una mujer joven, tal como era el día que murió.

*Es difícil decirlo, Harry. Diez, veinte, cincuenta quizá. Es cada vez más difícil llegar hasta ti, Harry. ¡Y te echamos tanto de menos!*

—¿Tú y quién más? —Harry la cogió de la mano y juntos caminaron por el sendero paralelo al río, mientras la luna llena brillaba muy alta en el cielo.

*Yo... y tus amigos, los millones de muertos. Un centenar está ansioso por escuchar otra vez tu amable voz, hijo mío: un millón más pregunta qué has dicho, y todos los otros, que quieren saber cómo estás, y qué ha sido de ti. En cuanto a mí, ¡soy como un oráculo! Porque ellos saben que hablas conmigo más que con nadie. O solías hacerlo...*

—Haces que me sienta como si hubiera traicionado una antigua promesa —respondió Harry—, pero nunca prometí nada. ¡Y de todos modos, no es eso, no he traicionado a nadie! No depende de mí el que no pueda hablar más contigo, o que no pueda recordar las veces en que lo hago. ¡No puedo evitarlo! ¿Y por qué se ha vuelto tan difícil dar conmigo? Me has llamado, y yo he venido. ¿Dónde está la dificultad?

*Pero no siempre acudes, Harry. A veces te siento aquí, y te llamo, pero me huyes. Y en cada ocasión es mayor el intervalo entre una visita y la siguiente, como si ya no te importara, o nos hubieras olvidado. O tal vez como si nos hubiéramos vuelto una costumbre..., un hábito que quieres dejar.*

—¡Nada de eso es verdad! —saltó Harry, pero sabía que ella estaba en lo cierto. No era un hábito que él deseara dejar, sino que lo obligaban, le obligaba su miedo, el terror a la tortura mental que le deparaba hablar con los muertos— Pero si es verdad —dijo ahora con voz más suave—, no es mi culpa. Si mi mente se volviera inútil, no te serviría de nada, madre. Y eso es lo que sucederá si me arriesgo a hablar con vosotros.

*En ese caso* —y Harry advirtió un tono decidido en la voz de ella—, *¡habrá que hacer algo! Quiero decir, para remediar tu situación, porque se avecinan tiempos difíciles, hijo mío, y los muertos se revuelven inquietos en sus tumbas. ¿Recuerdas lo que te dije, Harry, que alguien quería hablar contigo, y tenía algo importante que decirte?*

—Sí, lo recuerdo, madre. ¿Quién es, y qué es eso tan importante?

*No quiero decirlo, y su voz viene de muy, muy lejos. Pero es muy extraño cuando los muertos sufren, Harry, porque la muerte generalmente los pone más allá de todo sufrimiento.*

Harry sintió que se le helaba la sangre. Recordaba muy bien cómo los muertos, en determinadas circunstancias, sufren. Sir Keenan Gormley, asesinado por los espías mentales soviéticos, había sido «examinado» por Boris Dragosani, un nigromante. Y a pesar de estar muerto, su dolor había sido terrible.

—¿Es..., es como el sufrimiento de sir Keenan? —le preguntó a su madre, y contuvo el aliento hasta que ella le respondió.

*No sé cómo es* —dijo ella volviéndose y mirándole a los ojos—, *porque no había visto nunca nada igual. ¡Pero tengo miedo por ti, Harry!* —y continuó sin darle tiempo a que dijera nada para tranquilizarla—: *¡Ah, hijo mío, mi pequeño Harry! ¡Tengo tanto, tanto miedo por ti! ¿Me preguntas si es como en aquella ocasión? Y te respondo: ¿sucederá otra vez algo como aquello? ¿Cómo podría ser, si tú ya no eres un necroscopio? Y ruego para que nunca más vuelva a repetirse. De modo que ya ves, hijo mío, estoy desgarrada por dos cosas contradictorias. Te echo de menos, y también los muertos, pero si te ponemos en peligro, seguiremos sin ti.*

Harry tuvo la impresión de que ella estaba evitando algo.

—Madre, ¿estás segura de que no sabes quién ha intentado comunicarse conmigo?

¿Estás segura de que no sabes dónde se encuentra en este instante?

Ella le soltó la mano y esquivó su mirada.

*No, no sé quién es, ¡pero si oyeras su voz, su voz mental, lamentándose y llamándote! Y sé dónde está. Lo sabemos todos los muertos, se encuentra en el infierno.*

Harry, frunciendo el entrecejo, la cogió suavemente por los hombros e hizo que se diera la vuelta.

—¿En el infierno? —dijo.

Ella le miró, abrió la boca... y sólo salió de ella un gorgoteo. Tosió, ahogándose, escupió sangre, y luego se irguió, pareció hincharse y se desprendió del débil abrazo de su hijo. Harry vio algo en la boca de su madre, ¡una lengua hendida que no era humana! La piel de ella envejeció en un instante y adquirió la apariencia de un pergamino centenario. La carne se desprendió de los huesos, como una mortaja podrida, dejando al descubierto la calavera. Ella gritó horrorizada y se alejó de Harry, huyendo por el camino de la orilla del río. Después se detuvo un instante en el recodo y se dio la vuelta para mirarle. El deteriorado y rancio esqueleto se rió de Harry mientras penetraba en el agua, y él vio que sus ojos tenían un resplandor púrpura a la luz de la luna, y que la calavera mostraba largos y afilados colmillos.

Harry, paralizado por el miedo, sólo atinó a gritar «¡Madre!». Pero no fue su madre quien le respondió.

*¡Haaarry!* —La voz llegó de muy lejos, pero aun así Harry miró hacia uno y otro lado, escudriñando la oscuridad de la noche. Allí no había nadie—. *¡Haaarry Keeeooogh!* —Era tal como su madre la había descrito: una voz en la que resonaban los tormentos del infierno.

Todavía aturdido por la metamorfosis de su madre —que él sabía que sólo podía ser una horrible advertencia, porque ella nunca haría deliberadamente algo así—, Harry no fue en un primer momento capaz de responder. Pero reconoció la desesperación de la voz, que continuaba llamándolo, su angustia y su desesperanza.

*¡Harry, por el amor de Dios! Si estás allí, contéstame. Sé que no deberías hacerlo, que no te atreves, pero es necesario. ¡Está sucediendo otra vez, Harry, está sucediendo otra vez!*

La voz se estaba desvaneciendo, la señal se debilitaba, se diluía su potencia telepática. Si Harry quería llegar al fondo de este asunto, debía proceder de inmediato.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Qué pretendes de mí?

*¡Haaarry!¡Harry Keogh, ayúdanos!*

El dueño de la voz no había oído a Harry; su voz se desvanecía, se confundía con el viento que soplaba en la orilla del río.

—¿Pero cómo? —gritó Harry—. ¿Cómo puedo ayudaros? ¡Ni siquiera te conozco! —pero Harry sospechaba que sí lo conocía. Era raro que los muertos le hablaran sin haber sido presentados.

Habitualmente, era él quien les hablaba primero, después de lo cual ellos sabían dónde encontrarle. Por esta razón, Harry sospechaba que ya había hablado en otra ocasión con este difunto (o con éstos, si se trataba de un grupo); puede que incluso lo hubiese conocido en vida.

*¡Haaarry, por el amor de Dios, búscanos, y acaba con eso!*

—¿Cómo puedo encontraros? —gritó Harry en medio de la noche, casi llorando de frustración—. ¿Y para qué? ¡Cuando despierte, no recordaré nada!

Y entonces llegó la exhortación final, que heló la sangre del necroscopio, hizo que se le pusiera la piel de gallina, y le lanzó de regreso al mundo de la vigilia.

*¡Encuéntranos y acaba con nosotros!*, —imploró la voz desconocida—. *Termina ahora mismo con las hebras escarlata, antes de que crezcan. Tú sabes cómo hacerlo,*

*Harry: el filo del acero, la estaca de madera, el fuego purificador. ¡Hazlo, Harry! ¡Por favor, hazlo!*

Harry despertó. Sandra le abrazaba, intentando tranquilizarlo. Estaba empapado en un sudor frío, y temblaba como una hoja. Ella también estaba asustada, los ojos muy abiertos y los labios fijos en una «O» silenciosa.

—¡Harry, Harry! —La joven estaba medio atravesada en la cama sobre él. Le soltó los hombros y le pasó los brazos alrededor del cuello; sintió el corazón de Harry que golpeaba contra el pecho—. Está bien, no pasa nada. Sólo era un mal sueño, una pesadilla.

Harry, los ojos muy abiertos, sacudido por estremecimientos y respirando con esfuerzo, miró a su alrededor, y poco a poco la familiaridad del lugar lo tranquilizó. Sandra había encendido la luz cuando el grito de Harry la despertó.

—¿Qué? —dijo él, y se aferró a ella con manos temblorosas—. ¿Qué?

—No pasa nada —insistió Sandra—. No era más que un sueño.

—¿Un sueño? —las palabras de ella penetraron en su mente y disiparon en parte la mirada ausente de los ojos de Harry; apartó amablemente a Sandra e intentó sentarse en la cama. Después aspiró una gran bocanada de aire y se irguió con un movimiento brusco—. ¡No! —exclamó—. Era más que eso. Mucho más. ¡Por Dios, tengo que recordar!

Pero era demasiado tarde. El sueño ya se desvanecía, retrocedía a las raíces de su subconsciente.

—Se trataba..., se trataba de... —Harry sacudió desesperado la cabeza—, ¡de mi madre! No, el sueño no era sobre ella, pero mi madre estaba en él. Era..., ¿era una advertencia? Sí, una advertencia, y algo más...

Y eso fue todo. Lo demás se había desvanecido, borrado en contra de su voluntad por la voluntad de otro —la voluntad, o el legado, de su hijo—, por las órdenes poshipnóticas que él había sembrado en la mente de Harry.

—¡Mierda! —maldijo Harry, sentado en el borde de la cama, sudado y tembloroso.

Todo esto había acontecido a las cuatro y cinco de la mañana. Harry había dormido unas tres horas y media; Sandra una hora menos. Cuando él finalmente se tranquilizó y se puso la bata, ella hizo café. Y mientras Harry bebía, Sandra intentó que Harry volviera a pensar en el sueño, le apremió para que recordara... ¡mientras para sus adentros se maldecía por haber dormido todo el tiempo sin darse cuenta de nada! Porque si hubiera permanecido despierta, quizás habría entrevisto fugazmente aquello tan terrible que Harry había experimentado. Ese era su trabajo: ayudar a Harry a aclarar su mente, y a recuperar los dones perdidos. Lo deseara él o no, y fuera o no conveniente para él.

—Es inútil —murmuró él tras unos minutos de paciente interrogatorio—, se ha borrado. Y probablemente es mejor que sea así. Tengo que..., tengo que tener cuidado.

Sandra estaba cansada. No le había preguntado por qué tenía que ser cuidadoso, porque ella ya lo sabía. Claro que se suponía que no era así, de modo que quizá debería habérselo preguntado. Y cuando le miró, se encontró con los pensativos ojos de Harry que la contemplaban, su cabeza levemente inclinada hacia un lado, quizás en un gesto de interrogación.

—¿Pero por qué te interesa tanto? —quiso saber Harry.

—Creo que si hablas te sentirás mejor —al menos la mentira de Sandra sonaba verosímil—. Una pesadilla es mucho menos terrorífica si la contamos.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que sabes de las pesadillas?

—Sólo trataba de ayudarte.

—Pero yo te digo que no puedo recordar, y tú insistes. Sólo era un sueño, ¡y nadie se esfuerza tanto para que otro le cuente sus sueños! No, a menos que tenga una muy buena razón. Entre nosotros hay algo que no está bien, Sandra; hace tiempo que me he dado cuenta de ello. Bettley dice que es culpa mía que nuestra relación no sea buena para mí, pero yo no estoy seguro de que tenga razón...

No había manera de responder a aquello, y Sandra se quedó callada y actuó como si se sintiera herida. De hecho, ella sabía que era Harry quien se sentía dolorido, y no era eso lo que Sandra deseaba. Y cuando él por fin volvió a la cama, y ella se acostó a su lado, Harry le dio la espalda, frío, rígido, silencioso y pensativo...

Alrededor de una hora más tarde, Sandra volvió a despertarse. Tenía que ir al lavabo. Harry estaba profundamente dormido, muerto para el mundo. Este pensamiento la hizo estremecer cuando regresó a acostarse junto a él. Pero él no estaba muerto, claro está, simplemente agotado; si no físicamente, al menos mentalmente. Sus extremidades parecían de plomo; sus párpados, inmóviles; la respiración, profunda, lenta, acompasada. No más sueños. Faltaban unos tres cuartos de hora para que amaneciera.

Sandra, acostada junto a Harry, se sintió distante de él. Tenía la sensación de que la relación que había entre ambos era como una labor de punto muy complicada, y ella nunca había sido buena para esa clase de tareas. Un resbalón de la aguja y todo se deshace. Y era una pena. La última noche habían hecho el amor de manera muy, muy satisfactoria. Para ambos, ella lo sabía.

Para reforzar las deliciosas, líquidas memorias de él dentro de sí, extendió la mano y lo cogió. Y un instante más tarde fue recompensada cuando sintió la erección de Harry entre sus dedos. Una reacción animal, Sandra lo sabía, pero de todos modos se sentía agradecida.

Sus lealtades se estaban dividiendo, y Sandra también sabía eso. La Organización E pagaba las cuentas, pero en la vida había más cosas que un excelente salario. Ella quería a Harry. Él había dejado de ser un trabajo para Sandra; hacía tiempo que era mucho más que eso. Y se acercaba el momento de la elección definitiva, en que ella debería enviar a paseo a la Organización y contárselo todo a Harry. Maldito sea: de todos modos, era probable que él ya lo hubiera adivinado...

Los pensamientos de la joven comenzaron a girar en un círculo vicioso.

Antes de dormirse, percibió unos ruidos que llegaban desde el jardín, donde la propiedad limitaba con el río. Unos ruidos apagados, sordos, subterráneos. ¿Un tejón? No estaba segura de que los hubiera en esta zona. Quizás erizos... Ladrones no. Era absurdo en un distrito tan pobre como éste. Aquí no había dinero... Tejones..., erizos..., un rechinar de piedrecillas en la grava de los senderos..., algo que hurgaba en el jardín...

Sandra se durmió, pero los ruidos continuaban en su mente. Consciente de ellos, su sueño no era profundo; no podía entregarse totalmente al descanso. Pero cuando el amanecer comenzó a filtrar sus débiles rayos de luz a través de las persianas de la habitación de Harry, los sonidos del jardín se desvanecieron gradualmente. La joven oyó el familiar crujido de la vieja puerta del jardín, y algo que podían ser los pasos de alguien que arrastraba los pies, y luego nada más.

Poco después se oía cantar a los pájaros, y Harry subió las escaleras con una cafetera humeante y galletas en una bandeja.

—El desayuno —dijo, y luego añadió—: Hemos pasado una mala noche.

—Así es —respondió ella, y se sentó en la cama.

Harry estaba aún pálido, pero parecía menos fatigado. Y a Sandra se le ocurrió que había una expresión nueva en sus ojos. ¿Recelo? ¿Algo que sabía y no se decidía a aceptar? ¿Resolución? Harry era difícil de descifrar. Y si era resolución, ¿qué habría

resuelto hacer, o decir?

Debía hacer algo ella antes de que lo hiciera él.

—Te quiero —dijo Sandra, dejando la taza en la mesilla de noche—. Olvida todo lo demás, y recuerda eso. Es algo que no puedo y que no quiero evitar. Simplemente te quiero.

—Yo..., yo no sé —respondió Harry, pero cuando la miró, sentada en la cama, todavía sonrosada por el sueño y con los pezones erectos, se le hizo muy difícil no quererla.

Ella reconoció la mirada en sus ojos, tendió la mano y tiró del cordón de la bata, descubriendo la erección de Harry.

Se abrazaron, ella se apretó contra él y sus pechos eran tibios y suaves contra la piel de Harry, y él la acarició en los lugares donde sabía que le gustaba, y en la húmeda y móvil encrucijada donde sus cuerpos se unían. Nunca había sido mejor, y el café se enfrió...

Más tarde, en el piso de abajo, y cuando la cafetera comenzaba a burbujear, Harry dijo:

—Ahora sí que me comería un buen desayuno.

—¿Jamón con huevos? ¿Afuera en el patio? —Sandra pensó que lo peor quizá ya había pasado. Ella ahora podría contárselo sin miedo de que su confesión lo destruyera todo—. ¿Estará agradable afuera?

—¿A mediados de mayo? —dijo Harry encogiéndose de hombros—. Mucho calor no hace, pero hay sol y el cielo está despejado... Digamos que hace un frío tonificante, y no de helarse vivo.

—Está bien —Sandra se dirigió hacia la nevera, pero Harry la cogió del brazo.

—Lo haré yo, si quieres —dijo—. Me gustaría prepararte el desayuno.

—Está bien —respondió ella con una sonrisa, y cruzó la casa hacia el patio del frente. En verdad, estaba en la parte de atrás; pero como daba al río, ella siempre había tenido la impresión de que estaba en el «frente» de la casa.

Cuando abrió las grandes puertas que daban al jardín vallado, lo primero que observó fue que la puerta del muro de piedra estaba entreabierta. Y Sandra recordó que la había oído crujir justo cuando comenzaba a amanecer. «Un golpe de viento», pensó, aunque no recordaba que la noche hubiera sido especialmente ventosa. Todo el sol de aquella mañana de mayo parecía concentrarse en el jardín. Las paredes de la casa ya estaban tibias. La joven pensó que aquél no sería un mal lugar para vivir si Harry se tomase la molestia de arreglarlo un poco. En verdad, en los últimos cinco años, Harry se había ocupado de la casa y de los terrenos que la rodeaban. Para empezar, había instalado la calefacción central, y había intentado arreglar el jardín. Sandra cruzó el patio hasta donde comenzaba el césped, y luego siguió por el sendero de grava que dividía el jardín por el medio en dos. El césped, más crecido de lo que debería estar, aún se podía soportar. Al fondo de la zona de césped habían construido una terraza en uno de los lados del jardín, con un muro bajo de piedra que contenía la tierra. Se suponía que aquí estaba el huerto, aunque lo único que había ahora en él eran punzantes ortigas, zarzas y una gran mata de ruibarbo.

Sandra vio que faltaban varias piedras de la hilera superior del muro, y recordó de repente los ruidos que había oído medio dormida. Si una parte del muro había caído, derribada tal vez por la expansión del suelo empapado por la lluvia, los restos deberían estar caídos al pie. Pero no había nada; simplemente faltaban las piedras de la hilera superior, ¡y era absurdo que alguien hubiera entrado al jardín sólo para robar unas piedras! Puede que Harry supiera algo del asunto.

Sandra siguió caminando hasta la puerta de entrada, y miró hacia el río, cuya

superficie estaba cubierta por una niebla ondulante. Era una vista serena, pero fantasmal: la niebla flotaba sobre las aguas como la nata sobre la leche, convirtiendo el río, hasta donde alcanzaba la vista, en una retorcida cinta blanca. Sandra nunca había visto nada parecido. Pero quizás anunciaba un día de temperatura agradable.

Después, tras cerrar la puerta y calzarla con medio ladrillo, Sandra se detuvo y olfateó el aire matutino. Por un instante le pareció que había olido algo... ¿podrido? Sí, completamente podrido. Pero el olor había desaparecido de inmediato. Quizás ésa era la razón de los ruidos de la noche pasada: animales nocturnos que olfateaban el cadáver de uno de su especie que yacía entre los juncos en la orilla del río. Y eso quizás explicaba también los gusanos que se retorcían en el sendero, poco más allá de la puerta.

¡Gusanos! ¡Qué animales más asquerosos!

Sobre la pared del jardín también había petirrojos que miraban a Sandra y también a los gusanos, con una mirada especulativa —pensó ella—. Si se marchaba, los pájaros se lanzarían sobre los horribles gusanos. ¡Buen provecho! No se sentía en absoluto envidiosa.

Y luego, cuando le había dado la espalda a la puerta del jardín y estaba en el sendero mirando hacia la casa, vio por fin qué se había hecho de las piedras que faltaban del muro. Era evidente que lo había hecho Harry. Las había alineado en la zona cubierta por el césped, y formaban letras.

Antes de que Sandra pudiera unirlas y ver si significaban algo, Harry apareció en las puertas que daban al patio con una bandeja en la que se veía una cafetera humeante, tazas, leche y azúcar.

—El desayuno estará listo en cinco minutos —anunció—. Ve sirviendo el café, que yo voy a buscar las cosas para comer.

Y Sandra olvidó las piedras y se dirigió hacia la mesa del jardín, donde Harry había dejado la cafetera.

Pero un rato después, se acordó y le preguntó:

—¿Por qué has hecho eso con las piedras?

—¿Qué piedras? —preguntó Harry.

—Las del jardín, sobre el césped.

—Sí, ya sé que hay piedras rodeando el césped —observó él.

—No —insistió ella—, ¡en el mismo césped! Las piedras que forman letras —Sandra sonrió con expresión burlona—: ¿Qué es eso, Harry? ¿Envías mensajes secretos a los pilotos de los jumbos que se dirigen al aeropuerto de Edimburgo?

—¿En el césped? —Harry se detuvo con el tenedor a unos centímetros de la boca, luego lo dejó en el plato, y preguntó con el entrecejo fruncido—: ¿En qué lugar del césped?

—¡Allí! ¡Ve y míralo por ti mismo!

Él lo hizo, y Sandra se dio cuenta, por la expresión de su rostro, de que no sabía nada de aquel asunto. Ella también se puso en pie y se reunió con Harry, y juntos contemplaron la peculiar escritura de piedra. Era muy simple, parecía inconclusa, y no tenía ningún sentido.

KENL
TJOR
RH

—¿Mensajes? —se preguntó una vez más Harry con aire pensativo. Siguió mirando un instante más las piedras, y luego echó un vistazo a su alrededor, por el jardín, deteniendo la mirada aquí y allá.

Sandra se preguntó qué estaría buscando; Harry estaba muy pálido y silencioso, y era evidente que algo le preocupaba.

—¿Sucede algo, Harry? —preguntó la joven.

él intuyó, más que oír, la preocupación en el tono de su voz.

—¿Qué dices? —la miró—. No, no pasa nada. Seguramente es obra de algunos niños que entraron en el jardín. Han cambiado algunas piedras de lugar, ¿pero qué importancia tiene? —Harry rió, pero sin ninguna alegría.

—Harry... —empezó a decir Sandra—, yo...

—De todos modos, tenías razón —la interrumpió él bruscamente—. Hace demasiado frío aquí. Entremos en la casa.

Pero cuando estaban recogiendo las cosas del desayuno, Sandra vio que Harry olfateaba el aire, y nuevas líneas de preocupación —o quizá de comprensión— se formaron en su frente.

—Hay un animal muerto —observó ella, y él se sobresaltó.

—¿Qué dices?

—Entre los juncos, junto al río. Hay gusanos en el sendero de la orilla. Los pájaros se los están comiendo.

Las palabras de Sandra eran inofensivas, pero Harry palideció.

—Se los están comiendo... —murmuró, y se apresuró a abandonar el jardín y entrar en la casa.

Sandra cogió las cosas del desayuno y las llevó a la cocina, luego regresó al estudio de Harry. Él caminaba a grandes pasos por la habitación, deteniéndose de vez en cuando para mirar por las puertas de cristal hacia el jardín. Pero cuando la joven entró, pareció tomar una repentina decisión, e intentó adoptar una expresión menos preocupada.

—¿Qué planes tienes para el día de hoy? —le preguntó—. ¿Vas a dibujar? ¿Qué te espera en tu mesa de trabajo?

Eran unas pocas palabras, pero muy significativas para Sandra.

La joven diseñaba ropa. De hecho, había cosechado varios pequeños triunfos diseñando ropa femenina, pero en realidad esto era, más que nada, una cobertura para el trabajo que realizaba en la Organización E. La noche anterior le había dicho a Harry que hoy no iba a trabajar. Sandra había pensado que podrían pasar el día juntos, pero ahora, por razones que sólo él conocía, Harry deseaba que ella se fuera.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Sandra, sin poder ocultar su decepción.

—Sandra —Harry renunció a todo disimulo, y desvió la mirada—: Necesito estar solo y pensar. ¿Lo comprendes?

—Y yo sería un estorbo. Sí, puedo comprenderte. —Su tono, sin embargo, indicaba que no era así. Y antes de que él pudiera decir nada, ella continuó—: Harry, ese asunto de las piedras en el jardín. Yo...

—Mira —dijo él con irritación—, ¡yo no sé nada sobre las piedras! Supongo que sólo son una pequeña parte de..., de... otra cosa...

—¿Parte de qué, Harry? —Seguro que él podía advertir lo preocupada que estaba.

Pero él no pareció darse cuenta.

—No lo sé —dijo con voz aún áspera. Hizo un gesto negativo con la cabeza, y luego la acribilló con una mirada inquisitiva, casi rencorosa—. Tal vez soy yo quien debería preguntártelo a ti. Puede que tú sepas más que yo sobre lo que está sucediendo aquí. ¿No?

Sandra no respondió y comenzó a recoger sus cosas. Cuando este asunto —fuera lo que fuese— hubiera salido a la luz, ya habría tiempo para intentar explicar su relación con la Organización E. Y quizá fuera también un buen momento para abandonar la Organización y comenzar desde cero. Con Harry, si él la aceptaba.

Él se vistió apresuradamente; y cuando ella estuvo lista, ya la esperaba en el

coche.

Marcharon por la calle que pasaba junto a las viejas casas, cruzaron el puente de piedra y entraron en la carretera principal, que llevaba a Bonnyrig. Sandra podía coger en el pueblo el autocar a Edimburgo. Ya lo había hecho antes, y no era algo que le molestara.

Sandra no había pensado decirle nada a Harry; pero cuando bajaba del coche, no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Nos veremos esta noche? ¿Quieres que venga yo?

—No —respondió Harry. Y cuando ella se volvió—: ¡Sandra! —Ella le miró a la pálida y perturbada cara, pero Harry se limitó a encogerse de hombros y dijo—: No sé. Realmente quiero decir que no lo sé.

—¿Me llamarás?

—Sí —asintió Harry, e incluso sonrió—. Sandra..., está bien. Quiero decir, sé que eres una buena chica.

Eso le quitó a Sandra un gran peso de encima. Sólo Harry podía conseguirlo tan fácilmente.

—Sí. —Sandra se inclinó y lo besó a través de la ventanilla abierta del coche—. Los dos somos buena gente, Harry. Los dos.

En Edimburgo, Darcy Clarke y Norman Wellesley esperaban en la calle, junto a la hilera de casas georgianas donde se encontraba el piso de Sandra. Los dos hombres estaban sentados en el asiento trasero del coche de Wellesley, y les acompañaban otros dos agentes de la Organización; pero cuando la joven apareció por la esquina, bajaron del coche y la esperaron a la puerta de la casa.

El apartamento de Sandra estaba en la planta baja, y les hizo pasar sin decir una sola palabra.

—Es un placer volver a verla, señorita Markham —saludó Wellesley mientras se sentaba.

Clarke fue menos formal.

—¿Cómo van las cosas, Sandra? —preguntó con una sonrisa forzada.

Ella tuvo una fugaz visión de su mente y sólo percibió preocupación e incertidumbre. Aunque nada concreto. Pero seguro que Harry estaba en algún rincón de esa mente. Claro que lo estaba, ¿qué hacían si no esos dos en su casa?

—¿Un café? —preguntó Sandra, y sin esperar la respuesta se dirigió a la cocina.

—Sí, tenemos tiempo para tomar un café —dijo Wellesley con su característico tono de suficiencia—, pero, en verdad, estamos muy ocupados, y nuestra visita será breve. De modo que vayamos directamente al grano: ¿ha quedado con Keogh para esta noche?

«¿Estará él en su cama esta noche, o usted en la suya?», eso era lo que le estaba preguntando. «¿Retozarán esta noche, verdad?»

Había algo en ese hombre que Sandra no soportaba. Y no era sólo por el hecho de que su mente fuera un vacío absoluto —no podía percibir ni siquiera el menor destello—. Sandra lo miró con ojos helados.

—Dijo que tal vez me llamaría —respondió con tono de indiferencia.

—Preferiríamos que no lo viera esta noche, Sandra —se apresuró a decir Clarke antes de que Wellesley hablara con su torpeza habitual—. Quiero decir, pensamos verlo nosotros. Y quisiéramos evitar, como comprenderá usted, una situación incómoda.

Sandra, en verdad, no comprendía nada. Pero les sirvió el café, y obsequió a Darcy con una sonrisa. Era un hombre que siempre le había gustado, y no quería verle en situación desairada en presencia de su jefe. Del jefe de ambos, aunque ya no por

mucho tiempo. No si las cosas salían tal como ella lo esperaba.

—Sí, ya veo —respondió—. ¿Qué es lo que está pasando?

—No tiene por qué preocuparse —respondió de inmediato Wellesley—. Es un asunto rutinario. Y me temo que confidencial.

Y de repente, Sandra sintió miedo por Harry. ¿Más complicaciones? ¿Algo que interferiría con sus propios planes, que ella creía eran lo mejor para él? Estaba a punto de hablarles de los más recientes acontecimientos, y de lo que ella sabía sobre lo sucedido, pero se contuvo. Había algo en la actitud de los hombres de la Organización —en la actitud de Wellesley, al menos— que le hizo pensar que éste no era el momento oportuno. Además, todo iba a aparecer en su informe mensual, que enviaría junto con su renuncia.

Los tres bebieron en silencio el café. Cuando terminaron, Wellesley se puso en pie.

—Bien, ya hemos terminado —anunció—, supongo que no nos veremos — concluyó a manera de despedida, con una sonrisa nerviosa, y se dirigió hacia la puerta.

Sandra les acompañó, y las últimas palabras de Wellesley fueron:

—Si él la llama, dígale que no. ¿De acuerdo?

Ella podría haberle respondido como se merecía, pero Clarke le apretó suavemente el brazo, como diciéndole: «No se preocupe, que yo estaré allí».

Pero, ¿por qué parecía tan preocupado Darcy? Sandra nunca le había visto en ese estado...

# Capítulo siete

*La lengua muerta*

Cuando regresaba a su casa, después de dejar a Sandra en Bonnyrig, Harry se detuvo en un quiosco y compró un paquete de cigarrillos. Miró la vuelta, pero no intentó comprobar si estaba bien. No podría, aunque quisiera. Podían engañarle cada vez que compraba algo: él no se daría cuenta.

Eso era también obra de Harry hijo. En la actualidad, era absolutamente incompetente en matemáticas. ¿Cómo podría utilizar la banda de Möbius, si ni siquiera podía calcular la vuelta de un paquete de cigarrillos? Sandra se ocupaba de pagar todas sus cuentas. ¿Qué se había hecho de su intuición matemática? ¿Y las ecuaciones de Möbius? ¿Dónde diablos estaban? ¡Si ni siquiera podía representarse la ecuación más simple!

Y Harry se preguntó una vez más si su vida pasada había sido un sueño, una fantasía, un mero producto de su imaginación. Sí, recordaba muy bien cómo había sido todo aquello; pero cuando intentaba contárselo a Sandra, sólo podía hacerlo a la manera de un sueño, o de un libro leído en la infancia, y ya medio borrado de la memoria. ¿Había hecho realmente todas esas cosas? Y si así era, ¿quería de verdad ser capaz de hacerlas otra vez? ¿Deseaba hablar con los innumerables muertos, y pasar por puertas que nadie sospechaba que existían para viajar velozmente en el metafísico continuo de Möbius?

¿Lo deseaba? Quizá no; pero ¿qué era él sin ese don? La respuesta: Harry Keogh, un don nadie.

Una vez en su casa, fue al jardín y contempló de nuevo las piedras.

KENL
TJOR
RH

No tenían para él ningún significado, pero aun así fijó en su mente aquella escritura sin sentido. Después trajo la carretilla, la cargó con las piedras y las devolvió al muro donde... Se detuvo un instante, frunciendo el entrecejo, y luego las llevó otra vez al césped. Y allí las dejó, sin sacarlas de la carretilla.

Si alguien estaba intentando decirle algo, ¿por qué ponerle las cosas aún más difíciles?

Harry, de vuelta al interior de la casa, subió las escaleras hasta llegar al desván, una habitación amplia y polvorienta que nadie sospechaba que existía, con una ventana en la parte de atrás y una bombilla eléctrica que colgaba de una viga del techo. Tenía también un gran número de estantes llenos de libros. El desván era ahora una especie de monumento funerario a su obsesión. Todos los hechos y las ficciones estaban allí, todos los mitos y las leyendas, las «condenas definitivas» y las «evidencias irrefutables», que demostraban su existencia, su inexistencia —o se mostraban indecisas entre una y otra posibilidad—. Allí estaba todo, absolutamente todo lo que se conocía —y Harry había estudiado— sobre la naturaleza de los vampiros.

Todo esto era en verdad una especie de chanza macabra porque, ¿cómo podría alguien comprender plenamente la naturaleza del vampiro? Claro que si algún hombre

podía, éste era Harry Keogh.

Pero Harry no había subido al desván a consultar una vez más sus libros o a sumergirse más profundamente en el miasma de épocas, tierras y leyendas del pasado. No, porque él creía que ya había pasado el tiempo del estudio, y de los vanos intentos por comprender. Sus sueños de hebras rojas entre las azules eran cosas inmediatas, del «ahora»; y si algo había aprendido en el curso de su extraña vida, era a confiar en sus sueños.

*¡Los wamphyri tienen poderes, padre!*

¿Un eco, un susurro, un ratón que se escabullía? ¿O un recuerdo?

*¿Cuánto tiempo pasará hasta que te busquen y te encuentren?*

No, en esta ocasión Harry no estaba aquí para investigar en sus libros. Las tácticas del enemigo deben estudiarse antes del ataque. Si él está golpeando a tu puerta, ya es demasiado tarde. Y aunque todavía no lo había hecho, Harry había soñado cosas, y confiaba en sus sueños.

Cogió de la pared donde estaba colgada un arma moderna (sí, moderna, aunque su diseño no había cambiado mucho en dieciséis siglos) y la llevó hasta una mesa, donde la depositó sobre una capa de periódicos para limpiarla, aceitarla y dejarla en condiciones de ser utilizada. Tenía esta arma, y en un rincón había también una cimitarra cuya hoja curva brillaba como una navaja.

¡Qué extrañas armas éstas para ser utilizadas contra una fuerza cuyo poder destructor era potencialmente mayor que cualquiera de los juguetes nucleares del hombre! Pero por el momento eran las únicas con que contaba Harry.

Y sería mejor que las dejara en condiciones...

La tarde transcurrió sin ningún incidente. ¿Y por qué no habría de ser así? Habían pasado años enteros sin incidentes, dentro de los parámetros de la mentalidad e identidad de Harry Keogh. Pasó casi todo el tiempo considerando su posición (que era ésta: ya no era un necroscopio, y no tenía acceso al continuo de Möbius), y la manera en que podría mejorar esta posición y recuperar sus talentos antes de que éstos se atrofiaran por completo.

Era posible —aunque muy difícil, considerando su actual incapacidad para el cálculo— que, si hablaba con Möbius, éste pudiera ayudarle a estabilizar el mecanismo matemático que se había desquiciado en su mente. Claro que antes tendría que ser capaz de hablar con el matemático, cosa que evidentemente en la actualidad era imposible. Porque Möbius estaba muerto desde hacía más de cien años, y a Harry le habían prohibido hablar con los muertos, so pena de agonía mental.

Él no podía hablar con los muertos, pero puede que éstos estuvieran estudiando la manera de comunicarse con él. Harry sospechaba —no, estaba seguro— que hablaba con ellos en sueños, aunque le había sido prohibido recordar, o obrar de acuerdo a lo que ellos le dijeran mientras dormía. Pero sabía que le habían hecho advertencias, aunque ignoraba acerca de qué.

Había algo de lo que estaba seguro, no obstante: sabía que dentro de él, y dentro de todos los hombres, las mujeres y los niños que poblaban la Tierra, había una hebra azul que venía del pasado y constituía el futuro de la humanidad, y que él había soñado —o había sido prevenido— que entre el azul había hebras rojas.

Y aparte de esto —de la ineludible sensación de algo inminente y terrible—, el resto del asunto era un rompecabezas chino sin solución, un laberinto sin salida, la raíz cuadrada de menos uno, cuyo valor sólo puede ser expresado en abstracto. Harry sabía esto, a pesar de que había olvidado lo que significaba. Y era un rompecabezas que había estudiado hasta el aturdimiento, un laberinto que había explorado hasta caer rendido, y una ecuación que no había intentado resolver porque, tal como le sucedía con todos los

conceptos matemáticos, no podía ni siquiera leerla...

A la noche se sentó a mirar televisión, intentando relajarse. Pensó llamar a Sandra, pero no lo hizo. Había algo que la preocupaba, Harry lo había percibido; además, ¿qué derecho tenía él a complicarla en esto..., fuera lo que fuese? Ninguno.

Ya entrada la noche, Harry se preparó para ir a dormir, pero acabó dormitando en su sillón. La pantalla parabólica del jardín recogía señales y las traducía en imágenes en la pantalla del televisor. Le despertó el ruido de aplausos, y descubrió un presentador americano hablando con una mujer gorda que tenía la mirada más humana y conmovedora que Harry había visto en mucho tiempo. El programa se llamaba «Gente interesante», o algo por el estilo, y Harry ya lo había visto en otra ocasión. Por lo general, era cualquier cosa menos interesante, pero ahora oyó la palabra «extrasensorial» y prestó atención. Todo lo que se refería a la percepción extrasensorial le parecía fascinante.

—Así pues, usted se quedó sorda cuando tenía dieciocho meses y nunca aprendió a hablar, ¿verdad? —le dijo el esquelético presentador a la mujer gorda.

—Así es —respondió ella—, pero tengo una memoria increíble, y evidentemente había oído muchas conversaciones antes de quedarme sorda. De todos modos, no había aprendido a hablar, de modo que no sólo era sorda sino también muda. Y luego, hace tres años, me casé. Mi marido es técnico en un estudio de grabación. Me llevó un día, y cuando le vi trabajar, de repente establecí la relación entre los sensores oscilantes de sus máquinas y el sonido de las voces y los instrumentos del grupo que estaba grabando.

—Entonces, de repente usted tuvo la idea del sonido, ¿no es así?

—Exactamente —la mujer gorda sonrió y continuó—: Yo había aprendido el lenguaje de los signos o dactilología (que yo mentalmente llamaba la «lengua muda») y también sabía que la gente sorda puede mantener conversaciones perfectamente normales, en lo que yo llamaba la «lengua sorda». Pero yo nunca lo había intentado porque no *entendía* el sonido. Mi sordera era total, absoluta. El oído no existía..., ¡o sólo existía en mi memoria!

—¿Y entonces fue a ver a ese hipnotizador?

—¡Ya lo creo que fui! Fue muy duro, pero él es muy paciente, y además conocía el lenguaje mudo. De modo que me hipnotizó, y me hizo recordar todas las conversaciones que había oído cuando era un bebé. Y cuando desperté...

—¿Podía hablar?

—Sí, tal como me está oyendo ahora.

—¡Increíble! Con una sintaxis perfecta, y casi sin acento. Señora Zdzienicki, la suya es una historia fascinante, y usted es una de las personas más interesantes que han visitado este programa.

La cámara se detuvo en el rostro sonriente del presentador, que subrayó sus palabras con un frenético gesto afirmativo.

—¡Sí, señora! Y ahora, sigamos con...

Pero Harry se había levantado para apagar el televisor, y cuando la pantalla se oscureció vio que ya era de noche. Cerca de medianoche, y la temperatura de la casa había bajado porque la calefacción se había apagado automáticamente. Ya era hora de meterse en la cama...

Aunque tal vez miraría una entrevista más con alguna de esas interesantes personas. No recordaba haber encendido el televisor; pero cuando la imagen apareció, Harry fue absorbido al interior de la pantalla y se encontró con Jack Garrulous, o como quiera que se llamase el presentador, a la deriva en el continuo de Möbius.

—¡Bienvenido al programa, Harry! —dijo Jack—. Estoy seguro de que todos le encontraremos muy interesante. Y he de decirle que todos admiramos mucho este...,

bueno..., este lugar tan peculiar que usted se ha conseguido. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Éste es el continuo de Möbius —respondió Harry, un poco nervioso—, y yo no debería estar aquí.

—¡Pero en este programa todo vale, Harry! ¡Usted está en una hora de máxima audiencia, hijo, así que nada de timideces!

—¡Pero todas las horas son importantes, Jack, todo el tiempo es importante! ¿Así que usted está interesado en el tiempo? En ese caso, mire aquí —y, cogiendo a Garrulous por el codo, lo guió a través de una puerta del tiempo futuro.

—¡Muy interesante! —aprobó el presentador, y juntos se deslizaron en el futuro, rumbo a la lejana bruma azul que era la expansión de la humanidad en las tres dimensiones mundanas del universo espacio-temporal—. ¿Y qué son todas esas hebras azules, Harry?

—Las hebras de la vida de la raza humana —explicó Harry—. ¿Ve allí, esa hebra que comienza en este instante, de un azul tan puro y brillante que es casi cegador? Es un bebé recién nacido, con un largo camino por recorrer. ¿Y esa otra que se desvanece gradualmente, presta a desaparecer? —Harry bajó la voz en un gesto de respeto—: Es la de un anciano a punto de morir.

—¡Qué cosas dice! —exclamó asombrado Jack Garrulous—. Pero claro que usted lo sabe todo acerca de eso, ¿no es verdad, Harry? Quiero decir, lo sabe todo sobre la muerte. ¿No es usted, después de todo, un necro... necrono-sé-qué?

—Sí, soy un necroscopio —asintió Harry Keogh—. O mejor dicho, lo era.

—¿Qué les parece eso, muchachos? —Jack se dirigió a la audiencia, sonriendo con dientes grandes como teclas de piano—. ¡Harry Keogh es el hombre que habla con los muertos! ¡Y ellos sólo le responden a él... y de muy buena gana! Porque le quieren. Entonces —se dirigió a Harry—, ¿qué nombre le da usted a esa clase de conversaciones, Harry? Quiero decir, cuando habla con los muertos. Ya vio usted hace un rato, cuando charlábamos con la señora Zdzienicki, que nos hablaba de la «lengua muda» y la «lengua sorda» y...

—Yo le llamo al idioma que hablo con ellos la «lengua muerta» —le interrumpió Harry.

—¿La lengua muerta? ¿De verdad? ¡Diablos! ¡Qué interesante es usted! —El presentador hizo una pausa, mirando por sobre el hombro de Harry.

—¿Sí?

—Una última pregunta, hijo —dijo Garrulous con tono apremiante, los ojos fijos en algo que estaba fuera del campo de visión de Harry—. Usted nos habló de las hebras azules de la vida, ¿pero qué significa una hebra roja?

Harry volvió bruscamente la cabeza y miró, los ojos muy abiertos. ¡Y vio una hebra roja que se acercaba reptando hacia él!

—¡Vampiro! —aulló, y abandonando el sillón, se refugió en la oscuridad de la habitación.

Y en el quicio de la puerta vio una silueta: sólo podía ser aquello que él sabía que un día vendría a buscarlo.

Junto al sillón había una mesilla que Harry, al levantarse, había tumbado. Sus dedos, tanteando en la oscuridad, encontraron dos cosas: una lámpara de mesa que había caído al suelo y el arma que había puesto en condiciones ese mismo día. Y estaba cargada.

Harry encendió la lámpara, se lanzó agachado detrás del sillón esgrimió la ballesta de reluciente metal. Y vio que su peor pesadilla había entrado en la habitación.

La criatura no disimulaba su naturaleza: su piel de color gris pizarra, sus abiertas

mandíbulas y lo que contenían, sus orejas puntiagudas y la capa de cuello alto que destacaba su cabeza y sus amenazantes facciones. Era un vampiro... ¡como los que aparecen en los tebeos! Pero aunque se dio cuenta de que no era verdadero (y él, más que nadie, debería saberlo), Harry tensó su dedo en el disparador del arma.

Su reacción fue total. El cuerpo que había entrenado hasta alcanzar la perfección, funcionaba tal como lo había programado durante cientos de simulacros de esta situación. Y a pesar de que acababa de despertarse —y de que sabía que la criatura que había entrado en la habitación era una falsificación—, la adrenalina corría por sus venas, su corazón bombeaba en el pecho con fuerza y el cuadrillo de cerca de cuarenta centímetros de la ballesta salió disparado en el aire. En la última milésima de segundo, Harry trató de evitar el desastre elevando la ballesta hacia el techo. Y lo consiguió, pero apenas.

Wellesley, cuando vio que Harry empuñaba una ballesta, había intentado retroceder, el rostro desencajado en una mueca de terror. El cuadrillo le pasó rozando la oreja, atravesó el cuello de la capa del traje de época que llevaba puesto, y su impulso arrastró a Wellesley contra la pared. El proyectil se hundió profundamente en el enlucido y los antiguos ladrillos, sujetando al jefe de la Organización E, que quedó allí clavado.

Wellesley escupió los dientes de plástico que llevaba en la boca, y que eran parte de su disfraz, y gritó:

—¡Idiota, no ve que soy yo!

Pero lo decía más para que le oyera Darcy Clarke, que estaba en algún lugar de la oscura casa, que Harry Keogh. Porque mientras Wellesley gritaba, su mano ya estaba debajo de la capa, cogiendo la pistola reglamentaria, una Browning de 9 milímetros. Esta era su gran oportunidad: Keogh lo había atacado, tal como él había esperado. Sería, pura y simplemente, un caso de defensa propia.

Harry, dispuesto a no correr el menor riesgo, había puesto otro proyectil en la ballesta, que estaba presta a ser disparada. En una especie de movimiento en cámara lenta, producto de sus propias acciones, vio que el brazo de Wellesley se enderezaba y se ponía en posición de disparar. Harry, no obstante, no podía creer que el hombre fuera a dispararle. ¿Por qué? ¿Qué razón tenía? O quizá Wellesley temía que fuera a utilizar por segunda vez la ballesta. Debía de ser eso, sí. Harry dejó caer su arma y alzó las manos.

Pero Wellesley no bajó el brazo. Sus ojos relucían, y sus nudillos palidecieron sobre el gatillo de la automática. Y sonreía mientras gritaba:

—¡Keogh, no sea loco! ¡No... no!

Y entonces... tres cosas sucedieron casi simultáneamente. Una: la voz de Darcy Clarke, que Harry reconoció de inmediato, gritó:

—¡Wellesley, salga de ahí! ¡Salga *inmediatamente* de ahí! —y los pasos del agente, que se acercaba, resonaron en el corredor, como resonó su maldición cuando tropezó con un tiesto con una planta y lo volcó.

Dos: Harry se arrojó hacia atrás, y se parapetó tras el sillón cuando comprendió cuál era la intención de Wellesley, y oyó el zumbido de la primera bala que erró por pocos centímetros. Y se levantó para coger la ballesta, justo a tiempo para ver cómo la furia y el deseo de matar en la mirada de Wellesley se transformaban en inconmensurable horror ante algo que parecía estar detrás de Harry.

Tres: el ruido de cristales rotos, cuando algo mojado, pesado y torpe entró destrozando las puertas del patio, algo que recibió los disparos de Wellesley que en un principio estaban destinados a Harry.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! —gritó el director de la Organización E vaciando su

pistola por encima de la cabeza de Harry, quien a su vez se volvió hacia las destrozadas puertas de cristal.

Allí, tambaleándose por el impacto de los disparos pero no obstante en pie, se hallaba algo —alguien, aunque sería difícil decir quién era— que Harry creía no volvería a ver nunca. Y aunque no le conocía, sabía que era un amigo. ¡En los viejos tiempos todos los muertos habían sido sus amigos!

Este difunto estaba hinchado y empapado, pero intacto. No llevaba mucho tiempo muerto, aunque sí el suficiente como para oler muy mal. Y detrás de él venía otro cadáver, marchito, polvoriento, casi momificado. Ambos estaban amortajados y llevaban una piedra en la mano, y se dirigían hacia Wellesley, que aún estaba sujeto a la pared por el cuadrillo de la ballesta y continuaba apretando el gatillo de su vacía pistola.

Y Harry lo único que pudo hacer fue quedarse allí agazapado y mirar cómo los cadáveres se acercaban al director de la Organización E —que había enloquecido de terror—, y comenzaban a levantar las piedras a modo de arma.

En ese instante se encendió la luz del pasillo y Darcy Clarke entró en la habitación. Su talento para sobrevivir —que nadie percibía, excepto el propio Darcy— le gritaba que saliera corriendo de allí, pero no hizo caso de la advertencia. Después de todo, los muertos no dirigían su hostilidad contra él, sino contra su jefe.

—¡Harry! —gritó Darcy cuando vio lo que sucedía en la habitación—. ¡Por Dios, deténlos!

—¡No puedo! —le respondió Harry, también gritando—. ¡Sabes muy bien que no puedo!

Pero lo que sí podía era interponerse entre Wellesley y sus atacantes, y lo hizo. Se levantó de un salto, y consiguió meterse entre el desesperado Wellesley y las muertas criaturas. Y los dos cadáveres interrumpieron su marcha, y permanecieron con los brazos levantados, esgrimiendo las piedras. El más húmedo e hinchado intentó suavemente hacer a un lado a Harry. Y quizá lo hubiera conseguido, pero Harry, en un impulso suicida, les ordenó:

—¡No! ¡Volved al lugar de donde habéis venido! ¡Estáis cometiendo un error!

O al menos esto fue lo que intentó decir, pero sólo consiguió articular «volved al lugar...». Porque le habían prohibido hablar con los muertos. Pero, por suerte para Wellesley, a los muertos no les estaba prohibido obedecerle.

Harry se cogió la cabeza entre las manos y aulló de dolor, sacudiéndose como un títere espasmódico, y los muertos dejaron caer sus piedras, se volvieron y regresaron a la oscuridad de la que habían salido.

Wellesley, que había recuperado el habla, se dirigió a Darcy Clarke con voz de demente:

—¿Lo ha visto? ¿Lo ha visto? ¡Yo no lo creía, pero ahora lo he visto con mis propios ojos! ¡Los llamó para que me atacaran! Es un monstruo, por Dios, un monstruo. ¡Pero esto es lo último que hará, Harry Keogh, lo último!

Wellesley estaba cargando de nuevo su pistola cuando Clarke lo golpeó con todas sus fuerzas. La pistola y los proyectiles volaron por el aire, y Wellesley quedó colgado de la pared, sujeto por el cuadrillo de la ballesta.

Después se oyeron otros pasos, y entraron los dos agentes que habían permanecido en el exterior de la casa. Los hombres se preguntaron qué diablos estaba pasando allí, cuando vieron a Darcy en el suelo, con Harry, que se debatía presa de un dolor insoportable, en sus brazos. Y luego Harry Keogh se deslizó en el profundo y oscuro pozo del misericordioso olvido...

Muchas cosas ocurrieron en las nueve horas que Harry permaneció durmiendo.

Llamaron a un médico de confianza de la Organización para que le viera, y también para que le inyectara un sedante a Wellesley. Clarke consideró que Sandra debía estar allí —y que debería haber estado desde el primer momento—, y se comunicó con ella; y cuando llegó la mañana, y Harry y Wellesley daban señales de que comenzaban a volver en sí, el oficial de guardia de la sede central de la Organización E llamó por teléfono.

En la Organización estaban enterados de lo sucedido. Darcy, claro está, había llamado al oficial de guardia tan pronto como pudo, le había informado de todos los acontecimientos, y también de lo que él había hecho, y al mismo tiempo había presentado su renuncia ante el ministro de quien dependían. Y también había sugerido que tal vez deberían pensar en alguien para reemplazar a Wellesley, que parecía estar algo más que chiflado. Darcy, recordando el plan de Wellesley para aterrorizar a Harry Keogh de tal manera que éste se viera forzado a utilizar el continuo de Möbius, plan que él, Darcy Clarke, había secundado, se dijo que era probable que él también estuviera un poco chiflado.

Cuando Sandra llegó, parecía preocupadísima, y después de que Darcy le explicara lo sucedido, ella le había dicho poco más o menos lo mismo, y probablemente le habría hablado en términos mucho más fuertes si no hubiera visto que Darcy estaba realmente contrito. Sandra no le culpó porque era evidente que él se culpaba a sí mismo, de modo que, en lugar de enfadarse, la joven se limitó a sentarse junto a Harry, y a velar a su lado toda la noche y parte de la mañana. Y hacía pocos minutos, cuando estaban tomando la tercera taza de café, había sonado el teléfono. Llamaban desde las oficinas de la Organización E, y querían hablar con Darcy Clarke. Él había cogido el teléfono, había escuchado durante un largo rato lo que decían desde el otro lado de la línea, y cuando colgó se había quedado un minuto reflexionando.

Habían acostado a Wellesley en el dormitorio de Harry, en la planta alta, con uno de los agentes montando guardia; Harry ocupaba el sofá del estudio donde habían tenido lugar los acontecimientos.

Taparon los cristales rotos de las puertas con una manta para que no entrara el frío de la noche. Sandra, Darcy y el otro hombre de la Organización E se quedaron en el estudio con Harry, y lo único que podían hacer era esperar a que despertara.

Pero Darcy, tras la llamada telefónica, podía hacer algo más, y la rapidez con que habían cambiado las circunstancias le había dejado sin aliento. Sandra había visto los rápidos cambios de expresión que registrara su rostro mientras le hablaban por teléfono; y ahora, al percibir telepáticamente una ráfaga de la confusión que reinaba en la mente de Darcy —y también alivio, y quizá sorpresa—, le preguntó:

—¿Qué te han dicho, Darcy?

Darcy la miró con ojos ligeramente desenfocados, y luego se dirigió al otro agente:

—Eddy, suba al piso de arriba y hágale compañía a Joe. Y cuando Wellesley despierte, dígale que está arrestado.

—¿Qué dice? —le espetó el otro, incrédulo.

—Acabo de hablar por teléfono con el oficial de guardia, y el ministro estaba con él. Parece que nuestro compañero Norman Wellesley ha estado tonteando con un individuo muy sospechoso de la embajada rusa. Está suspendido de todas sus funciones, y tenemos que entregarlo a la gente del MI5. Por el momento, yo estoy a cargo de la dirección de la Organización.

Cuando Eddy se fue arriba, Darcy le dijo a Sandra:

—Esto no es más que una pequeña parte. Me temo que tenemos un gran problema.

—¿Tenemos? —dijo ella con retintín—. No. Yo estoy fuera del asunto, sea lo que sea. Puede que hayan rechazado tu renuncia, pero no la mía. He terminado definitivamente con la Organización.

—Sí, ya sé —dijo él—, y quise decir que yo tengo un problema. No es sólo una cuestión de trabajo, sino personal. Y me temo que no puedo renunciar hasta que no lo haya resuelto. Pero tú seguramente no quieres ni siquiera enterarte, ¿o me equivoco?

—Bueno, escucharte no me hará daño —respondió Sandra.

—Se trata de Ken Layard y de Trevor Jordan —comenzó a explicar Darcy—. Estaban en Rodas, siguiendo un alijo de droga en el Mediterráneo. Y ahora parece que han sufrido un contratiempo muy serio.

—¿Están mal?

Sandra conocía a los dos hombres. De hecho, Jordan, el telépata, había sido su padrino en la Organización; la joven también conocía sus dones, y la excelente reputación de que ambos gozaban.

—Muy mal —respondió Darcy—. Y..., ¡y es algo muy extraño! Tendré que ir personalmente a averiguar qué ha pasado. Éramos muy amigos.

—¿Extraño? ¿Y por qué? —insistió Sandra.

—Trevor tuvo algunos problemas los últimos días. Nada importante, y pensaron que quizá se debía a que habían comido o bebido demasiado, o alguna cosa por el estilo. Y ahora parece que está completamente loco... o lo estaría, si no estuvieran administrándole sedantes todo el tiempo en un hospital psiquiátrico en Rodas. Y hace dos noches..., no, perdón, tres, cuando estoy cansado como ahora suelo confundirme, sacaron a Ken Layard del agua medio ahogado y con un fuerte golpe en la cabeza. El diagnóstico fue conmoción cerebral, nada más, pero lo extraño es que no está recobrándose como sería de esperar. Hay algo en todo eso que me huele mal.

—¿Cómo dices? —preguntó Harry Keogh como si le costara pronunciar cada palabra, e intentó sentarse en la cama.

Darcy y Sandra corrieron a su lado. El agente le ayudó a incorporarse mientras Sandra le acariciaba la cabeza.

Harry se soltó, y tras pasarse la lengua por los labios resecos dijo:

—Sé buena y tráeme una taza de café —y cuando la joven se marchó, concentró su atención en Darcy—. Nombres —le urgió.

—¿Cómo?

—Has mencionado a algunas personas —Harry aún hablaba con dificultad, como si le costara pronunciar las palabras—. Gente de la que yo he oído hablar, y que he conocido cuando estaba en la Organización E. —Harry puso cara de asco—. ¡Dios, qué gusto horrible tengo en la boca! —Y de repente recordó lo sucedido, y en su rostro apareció una expresión de asombro—. ¡Ese idiota quería matarme! Y luego... —Se sentó bruscamente, y sus ojos registraron la habitación.

—Eso fue anoche, Harry —le dijo Darcy, que sabía lo que Harry buscaba— Y... ahora se han marchado. Se fueron cuando les ordenaste que lo hicieran.

La angustia desapareció en parte de la expresión de Harry, reemplazada por el gesto amargo de un hombre que se siente traicionado.

—Tú estabas aquí con Wellesley —dijo en tono acusador.

Darcy no lo negó.

—Sí —respondió—, estaba con él, pero por última vez. Obedecía órdenes, o al menos intentaba hacerlo, pero ya sé que eso no es una excusa. No debería haber estado aquí. Pero ahora... tengo un último trabajo que realizar, y luego abandonaré definitivamente la Organización E. Espiar no es mi vocación, Harry, ¡y mucho menos joder a mis amigos! En cuanto a Wellesley, no creo que de ahora en adelante pueda

molestarnos.

—¿Por qué? —Harry palideció—. No me digas que ellos...

—No —respondió de inmediato Darcy—, no le hicieron ningún daño. Les ordenaste que se marcharan, y te obedecieron. Y luego perdiste el conocimiento.

Sandra entró en la habitación con el café para Harry.

—¿Qué es ese asunto de los nombres? —quiso saber la joven.

Harry tomó un sorbo de café, sacudió levemente la cabeza, como probando sus fuerzas, y se quejó:

—¡Dios, cómo me duele!

Sandra cogió unas pastillas de su bolso y se las dio. Harry las tomó con el café.

—Nombres, sí —dijo luego—. Los nombres de la gente de la Organización E. Estabas hablando de ellos cuando yo desperté.

Darcy le contó lo sucedido a Layard y a Jordan, y mientras hablaba el rostro de Harry fue adoptando una expresión preocupada. Al final, después de que Darcy terminó, Harry miró a Sandra.

—¿Y bien? —preguntó.

Ella le miró, desconcertada.

—¿Qué quieres, Harry? —preguntó por fin.

—Cuéntale lo de las piedras del jardín.

Y ella comprendió de inmediato.

—¡Ken L.! ¡Y T.Jor!

Ahora era Darcy quien parecía confuso.

—¿Podéis explicarme de qué se trata? —preguntó.

Harry se levantó, se tambaleó levemente, y luego se dirigió al jardín. Todavía llevaba puesto el pijama.

—¡Ve con cuidado! —le previno Darcy—. Todavía hay muchísimos trozos de cristal. Me temo que anoche no barrimos muy bien.

Harry evitó los cristales y cogió la manta. Los otros dos le siguieron. Cruzó descalzo el jardín, y señaló unas cuantas piedras que habían dejado en la hierba.

—Mirad allí. Eso es lo que estaban haciendo cuando Wellesley me atacó. Dicho sea de paso, sería bueno que cuando tengas algún momento libre, dentro de una o dos semanas, me expliques lo sucedido.

Harry se dirigía tanto a Sandra como a Darcy.

—¡Harry, yo no tuve nada que ver con eso! —protestó Sandra.

—Pero trabajas para la Organización.

—Ya no —respondió ella, y luego, llevada por su miedo a perderlo, se apresuró a explicarle—: Intenta comprenderlo, Harry. Al principio, tú no eras más que un trabajo, aunque distinto de todos los que me habían dado antes. Además, yo lo hacía por tu bien; al menos eso es lo que ellos me dijeron. Pero no estaba planeado, ni por mí ni por la Organización, que yo me enamorara de ti. Sucedió, sin embargo, y ahora pueden quedarse con su trabajo.

Harry sonrió apenas y luego se tambaleó. Sandra de inmediato se acercó y le sostuvo.

—¡No deberías estar levantado, tienes muy mal aspecto!

—Sólo estoy un poco mareado —respondió Harry—. Pero volvamos a lo que decías antes; cuando estaba despertando lo oí todo. ¡Qué diablos!, me parece que supe desde siempre que eras de la Organización. Tú y el viejo Bettley. ¿Y qué importa? Yo también fui agente en una época. Además, seamos sinceros, necesito toda la ayuda que puedan darme.

Darcy continuaba mirando las piedras, el entrecejo fruncido.

—¿Significará esto lo que yo creo que significa? —preguntó, y todos leyeron la palabra incompleta:

RHODA

—Sí, es Rodas —asintió Harry—. No tuvieron tiempo de terminarla. Y ahora todo tiene sentido.

—Sí, ¿pero cuál? —dijeron Sandra y Darcy al unísono.

Harry les miró, y no intentó disimular su temor.

—Es algo por lo que he rezado para que no sucediera, pero no obstante, desde que regresé de Starside sospechaba que tarde o temprano tendría lugar. —Harry se estremeció y añadió—: Vayamos adentro... —y no dijo nada más sobre lo que le preocupaba.

Cuando Wellesley despertó y Darcy le dijo que al parecer se encontraba metido en un buen lío, se mostró al principio prepotente. Pero más tarde tuvo también que enfrentarse a Harry, y entonces se desmoronó. Sabía que era afortunado al no haberse convertido en un asesino, y también sabía que Harry no había dejado que sus amigos le mataran, aunque si lo hubieran hecho, nadie le habría acusado de nada. Y lo que es más, no desconocía el sufrimiento que le había causado a Harry dar aquella orden. Así pues, Wellesley lo confesó todo: cómo Gregor Borowitz le había reclutado por su talento negativo (el hecho de que nadie pudiera leer en su mente), y cómo había sido un topo sin actividad hasta que intentaron convertirle en un agente activo.

Harry era quien interesaba fundamentalmente a los rusos, aunque sin duda también se habrían interesado por los demás agentes de la Organización E cuando tuvieran la seguridad de que Keogh ya no tenía ninguna función dentro de ésta. Por esa razón, Wellesley les había comunicado detalle a detalle los progresos de Harry. Y cuando parecía que éste estaba por descubrir cosas nuevas, los rusos decidieron eliminarle. Harry sería demasiado peligroso si recuperaba sus antiguos dones, o desarrollaba otros nuevos y desconocidos hasta el momento.

Después Darcy había ordenado a sus hombres que llevaran al ex director de la Organización a Londres y le entregaran a los agentes del MI5, tras lo cual había hablado largo rato por teléfono con el ministro responsable del grupo. Uno de los temas había sido Nikolai Zharov, el contacto ruso de Wellesley. Estaba en paradero desconocido, y seguramente continuaría estándolo. Puesto que gozaba de inmunidad diplomática, no podían detenerle. Elevarían una protesta ante la embajada soviética, y solicitarían la expulsión de Zharov por la razón acostumbrada, «actividades reñidas con su condición de diplomático...», etc., etc.

Cuando Darcy terminó, Harry había tomado un poco más de café y comido algo, y se encontraba un poco mejor. Darcy observó que no parecía triste, sólo tranquilo y un poco ausente. Le hizo pensar en una poderosa linterna a la que le faltaran las pilas. Podía brillar si estaba cargado, pero ahora no daba ni siquiera una chispa de luz.

O tal vez sí.

—¿Cuándo irás a Rodas? —preguntó Harry.

—En el primer vuelo que haya —respondió Darcy—. Ya me habría marchado de aquí, pero quería estar seguro de que te encontrabas bien. Pienso que te debo eso, y posiblemente mucho más. Pero si Trevor y Ken pueden viajar, quiero sacarlos de allí cuanto antes. Además, debo intentar descubrir qué les ha pasado. El agente griego que les servía de enlace aún está allí, y quizá pueda ayudarme. —Darcy le dirigió a Harry una mirada calculadora—. Y pensaba que tal vez tú también pudieras ayudarme, Harry, con esos mensajes... o lo que sea que recibes.

Harry asintió.

—Tengo mis sospechas —dijo—, pero roguemos que sean erróneas. Mira, yo sé que los muertos jamás querrían hacerme daño; que sabiendo que podrían causarme dolor, nunca se arriesgarían deliberadamente. Pero esto que sucede es tan importante para ellos, o para mí, que parecería que me hubieran tentado para que les hablara. Pero mi hijo hizo un muy buen trabajo conmigo. No puedo recordar mis sueños (o al menos no los que los muertos me inspiraron) y no puedo tratar de interpretarlos. Y en cuanto al continuo de Möbius... ¡por Dios, cómo podría utilizarlo si cada vez que sumo dos más dos, el resultado es cinco!

Darcy Clarke tenía una experiencia personal con el continuo de Möbius. Harry le había llevado en una ocasión desde donde se hallaban ahora hasta las oficinas centrales de la Organización E, en Londres, a más de quinientos kilómetros de distancia. Darcy jamás olvidaría ese viaje, y confiaba en que nunca volvería a repetirlo. Todavía ahora, muchos años más tarde, estaba profundamente grabado en su memoria.

*En la banda de Möbius reinaba la oscuridad, una oscuridad primigenia, tal como era antes de que comenzara el universo. Era un lugar de negatividad, sí, donde la oscuridad cubría las profundidades insondables. Y Darcy había pensado que ésa pudiera ser la región desde donde Dios había dado la orden de «¡Hágase la luz!», y había producido el vacío metafísico.*

*No había aire, pero tampoco tiempo, así que Darcy no necesitaba respirar. Y sin tiempo, tampoco había espacio; esas dos dimensiones esenciales del universo estaban ausentes. ¡Pero Darcy no había estallado ni se había expandido porque no había dónde expandirse!*

*La única ancla con que había contado Darcy para no enloquecer era Harry; no podía verlo porque no había luz, pero podía sentir la presión de su mano. Y posiblemente porque Darcy también tenía facultades de percepción extrasensorial, sintió que de alguna manera comprendía aquel lugar. Por ejemplo, sabía que era real porque él se encontraba allí, y con Harry a su lado no había sentido miedo. Además, su talento para sobrevivir no le había señalado que no entrara en el continuo. Y aunque presa de una confusión muy cercana al pánico, había sido capaz de explorar sus sensaciones y sentimientos con respecto al lugar.*

*No había en él espacio ni tiempo. Era centro y frontera al mismo tiempo, interior y exterior, donde nunca cambiaba nada excepto por la fuerza de la voluntad. Pero no había aquí voluntad alguna, sólo la que traía consigo alguien como Harry Keogh. Harry sólo era un hombre, pero las cosas que podía hacer por medio del continuo de Möbius eran... ¿propias de un dios?¿Y si Dios viniera al continuo?*

*Y Darcy había pensado en el Dios, el que había provocado el Gran Cambio, y por la mera fuerza de su voluntad había producido un universo donde antes había un vacío informe. Y entonces, se le había ocurrido algo:*

—No deberíamos estar aquí. Éste no es nuestro lugar.

—Comprendo lo que sientes —había respondido Harry—, porque yo me he sentido igual. Pero no tengas miedo. Simplemente déjate llevar y acepta lo que sucede. ¿No puedes sentir su magia? ¿No te emociona como nunca lo has estado en tu vida?

*Y Darcy tuvo que admitir que le emocionaba, ¡pero que también le infundía terror!*

*Después, como para no prolongar aquello demasiado, Harry le había conducido hasta el umbral de una puerta del tiempo futuro. Miraron y vieron un caos de billones de hebras de pura luz azul dibujadas contra una eternidad de terciopelo negro, como una increíble lluvia de meteoros, sólo que las huellas no se borraban sino que permanecían impresas en el cielo, impresas en el tiempo. Y lo más asombroso era que dos de esas*

*hebras de luz azul procedían de Harry y de Darcy, salían de sus cuerpos y se extendían al futuro.*

*Las hebras azules de la humanidad, de todo el género humano, extendidas en el espacio y el tiempo... Pero luego Harry cerró aquella puerta y abrió otra, una puerta en el pasado. Las miríadas de hebras luminosas como el neón también estaban allí, pero en lugar de extenderse hacia una nebulosa distancia, se contraían, apuntando hacia un lejano azul centro del origen.*

*Y esto era lo que más había impresionado a Darcy, y permanecía grabado en su memoria: que había visto la luz del origen de la humanidad.*

—Voy a ir contigo —se oyó la voz de Harry, que hablaba con tono decidido, y trajo a Darcy al presente—. Iremos juntos a Rodas. Puede que me necesites.

Darcy lo miró asombrado. No le había visto tan decidido y animado desde hacía... ¿Desde hacía cuánto tiempo?

—¿Vienes conmigo?

—Ellos también son mis amigos —le espetó Harry—. Puede que no les conozca tanto como tú, pero en una ocasión confié en ellos, y ellos confiaron en mí, en lo que yo estaba haciendo. Trabajamos juntos en el caso Bodescu. Tienen facultades extraordinarias, y también una valiosa experiencia de..., de cosas. Además, me parece que los muertos desean que vaya. Y no nos podemos permitir que le pase algo malo a gente como ellos.

—¿No nos podemos permitir? ¿A quiénes te refieres con ese «nos», Harry? —Y Darcy parecía muy tenso mientras esperaba la respuesta de Harry.

—A mí, a ti, al mundo entero.

—¿Piensas que este asunto es tan serio?

—Podría serlo, por eso iré contigo.

Sandra los miró y dijo:

—Yo también voy.

Darcy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, si Harry cree que lo que está sucediendo puede ser muy malo, tú no vas.

—¡Pero soy telépata! —protestó la joven—. Y puedo ayudar con Trevor Jordan. Él y yo nos leíamos nuestras respectivas mentes como si fueran libros abiertos. Y recuerda que también es mi amigo.

—¿No has oído lo que dijo Darcy? Trevor está loco. Ha perdido por completo la cabeza —le dijo Harry cogiéndola del brazo.

Ella le miró con una expresión burlona.

—¿Qué significa eso, Harry? La cabeza no se pierde nunca, y tú deberías saberlo. A veces no funciona muy bien, eso es todo. Puede que yo pueda leer su mente, y ver qué es lo que no está bien.

—Estamos perdiendo el tiempo —Darcy se estaba poniendo ansioso—. De acuerdo, ya está decidido. Vamos los tres. ¿Cuánto tiempo necesitáis para prepararos?

—Yo estoy listo —respondió de inmediato Harry—. Dame cinco minutos para meter unas pocas cosas en la maleta.

—Yo tengo que recoger mi pasaporte cuando pasemos por Edimburgo —dijo Sandra—. Si necesito alguna cosa, la compraré en Rodas.

—Muy bien. Llama a un taxi, y yo ayudaré a Harry —dijo Darcy—. Si tenemos tiempo, llamaré a las oficinas de la Organización desde el aeropuerto. De modo que manos a la obra.

Y los muertos se tranquilizaron en sus tumbas. Por el momento, al menos. Harry, a quien le pareció oír el multitudinario suspiro de alivio, se estremeció. No era terror, ni miedo. Pero el saberlo le producía un leve estremecimiento. Y claro está que sus amigos

—sus amigos del mundo de los vivos— no percibieron absolutamente nada.

Ellos lo ignoraban, pero Nikolai Zharov había ido al aeropuerto de Edimburgo para verlos partir. También había estado al otro lado del río con unos prismáticos especiales para ver en la oscuridad cuando Wellesley entró en la casa de Harry en Bonnyrig. Y había visto a los seres que abandonaron el jardín para regresar a sus tumbas, en un cementerio junto al río a dos kilómetros del lugar. Los había visto, y sabía qué eran, pero hubiera preferido ignorarlo.

Pero eso no impidió que enviara un mensaje codificado a los hombres de la KGB en la embajada. Así pues, los servicios secretos soviéticos se enteraron muy pronto de que Harry Keogh estaba en camino hacia el Mediterráneo...

Eran las seis y media de la tarde en Rodas cuando Manolis Papastamos se reunió con ellos en el aeropuerto; durante el viaje en taxi a la histórica ciudad, les contó —a su ritmo vertiginoso—todo lo que él sabía de lo sucedido. Pero como no le veía ninguna relación con el asunto, no mencionó a Jianni Lazarides.

—¿Y cómo está ahora Ken Layard? —preguntó Darcy.

Papastamos era pequeño y delgado, puro nervio, muy moreno, de pelo negro y ondulado. Guapo en su estilo, y habitualmente lleno de energía, se le veía ahora abatido y fatigado.

—No sé cómo está, ¡y me culpo a mí mismo por eso! Pero esos dos... no son fáciles de entender. ¿Agentes de la policía? ¡Sí, y qué agentes más extraños! Parecía que sabían mucho (y estaban muy seguros de ciertas cosas), pero jamás me explicaron cómo era que sabían tanto.

—Sí, son muy especiales —estuvo de acuerdo Darcy—, ¿pero qué sucedió con Ken?

—No podía nadar, y tenía un chichón en la cabeza. Lo saqué del agua y le dejé sobre unas rocas, le hice la respiración artificial y fui a buscar ayuda. Jordan no hizo nada: se sentó debajo de los viejos molinos de viento hablando solo. ¡Había enloquecido de repente! Y siguió así. Pero Layard estaba bien, lo juro. Sólo tenía un chichón en la cabeza. Y ahora...

—¿Sí?

—¡Ahora dicen que puede morir! —Papastamos parecía a punto de echarse a llorar—. ¡Yo hice todo lo que pude!

—¡No se eche la culpa de nada, Manolis! —le dijo Darcy—. Usted no es responsable de nada de lo que sucedió. ¿Pero podemos ver a Layard?

—Claro, ahora vamos al hospital. También pueden ver a Trevor, si lo desean. Pero no creo que sirva de nada. ¡Dios, cuánto siento lo sucedido!

El hospital estaba en Papalouca, una de las principales calles de la ciudad nueva. Era un gran edificio, que ocupaba toda la manzana.

—Una sección está reservada para los turistas —Papastamos les explicó cuando el taxi cruzó la verja—. Ahora está medio vacía, pero en julio y agosto trabajan sin parar. Huesos rotos, insolaciones, cortes, golpes... Ken Layard tiene una habitación individual.

Papastamos le dijo al conductor que les esperara, y les condujo a un pabellón lateral. La recepcionista se estaba haciendo la manicura, pero tan pronto como vio a Papastamos se puso en pie de un salto y se dirigió a él en griego, con tono solícito. Papastamos dio un respingo y palideció.

—Amigos, han llegado demasiado tarde —dijo—. Ha muerto. —Miró alternativamente a Harry, a Darcy y a Sandra, y sacudió la cabeza, abatido—. Lo siento..., lo siento..., eso es todo lo que puedo decirles.

Estaban demasiado aturdidos para responderle de inmediato, pero al cabo de unos

segundos Harry dijo:

—¿Podemos verle, de todos modos?

Harry, vestido con una chaqueta azul pálido, camisa blanca y pantalones holgados, parecía imperturbable. Habían dormido en el avión, recuperando el sueño perdido la noche anterior, pero Harry parecía más descansado que sus compañeros. La expresión de su rostro, a diferencia de los de Sandra y Darcy, era de calma y resignación. Papastamos no vio pesar en él, y el griego pensó: «Éste sí que es un tipo insensible».

Pero se equivocaba: Harry, simplemente, había aprendido a considerar la muerte de otra manera. Puede que Ken Layard hubiera «acabado» aquí —acabado físicamente, materialmente, en el mundo corpóreo—, pero no estaba enteramente muerto. Y de acuerdo con las experiencias pasadas de Harry, bien pudiera suceder que Ken le estuviera buscando ahora mismo, desesperado por hablarle en la «lengua muerta». Pero a Harry le estaba prohibido escucharle, y le estaba prohibido responderle aunque le escuchara.

—Sí, claro que pueden —respondió Papastamos—. Pero la recepcionista me ha dicho que el médico que le atendió quiere vernos antes.

Y el griego les condujo por un fresco pasillo en el que la luz entraba oblicuamente por las altas y estrechas ventanas.

Encontraron al médico, un hombrecillo calvo con gruesas gafas sostenidas precariamente en la punta de su nariz ganchuda, en un pequeño despacho, firmando y sellando papeles. Cuando Papastamos los presentó, el doctor Sakellarakis mostró de inmediato la aflicción y la pena que le producía la pérdida del amigo de los británicos.

En un inglés bastante correcto, les dijo:

—Me temo que el golpe en la cabeza de Layard fue algo más que un simple chichón. Es probable que hubiera una herida interna, aunque no lo sabremos con certeza hasta que no tengamos los resultados de la autopsia. Pero yo creo que ésa es la causa de su muerte; una herida interna, o tal vez un coágulo de sangre —y el doctor volvió a menear tristemente la cabeza.

—¿Podemos verle? —pidió Harry otra vez. Y cuando el médico les llevaba hasta la habitación del muerto, preguntó—: ¿Cuándo se hará la autopsia?

—Dentro de uno o dos días, cuando podamos. Pero será pronto. Hasta entonces, le tendremos en la morgue.

—¿Y a qué hora murió, exactamente? —insistió Harry.

—¿Exactamente? ¿Al minuto? No lo sé, creo que hace una hora. Alrededor de las dieciocho horas.

—A las seis de la tarde, hora local —dijo Sandra—. Estábamos viajando.

—¿Es necesario que se realice la autopsia? —preguntó Harry, a quien la idea no le gustaba nada; sabía el efecto que la necromancia producía en los muertos, y el temor que les provocaba.

Dragosani había sido un nigromante, y los muertos le habían odiado y temido intensamente. Claro que esto no era lo mismo; Layard no sentiría nada en manos de un médico patólogo, que trabajaría como un cirujano y no como un torturador. Con todo, a Harry seguía sin gustarle la idea de la autopsia.

—Así lo establece la ley —respondió Sakellarakis.

La habitación de Layard era pequeña, blanca, limpia, y olía fuertemente a desinfectante. El cadáver del agente estaba sobre una camilla, cubierto de la cabeza a los pies por una sábana. Habían hecho la cama que él utilizara, y la ventana estaba cerrada para que no entraran moscas. Darcy retiró cautelosamente la sábana para descubrir el rostro de Layard, y volvió a cubrirlo de inmediato, con un gesto de susto. También

Sandra retrocedió. La expresión del cadáver no era de reposo.

—Es el espasmo —informó Sakellarakis—. Una contracción muscular. El servicio de pompas fúnebres se encargará de arreglarlo. Y después parecerá que Layard está dormido.

Harry no sólo no había retrocedido, sino que se adelantó y estudió con cuidado a Layard. El agente PES tenía un color gris, y estaba rígido por la acción del *rigor mortis.* Pero su rostro estaba deformado por algo más. Tenía las mandíbulas abiertas en un aullido, y el labio superior contraído dejaba al descubierto los dientes. Todo el rostro parecía congelado en un rictus brutal, como si estuviera gritando su rechazo a algo increíble e insoportable.

Sus ojos estaban cerrados, pero Harry vio dos cortes en los párpados, bajo las pestañas. Eran finos, pero claramente perceptibles contra la palidez cadavérica.

—¿Le han... cortado? —dijo Harry mirando fijamente al médico griego.

—Sí —asintió el médico—. Los ojos se abren a causa del espasmo. Yo mismo hice los pequeños cortes en los músculos. Ningún problema.

Harry se pasó la lengua por los labios, frunció el entrecejo y estudió concienzudamente el gran chichón azul que comenzaba en la frente de Layard y continuaba debajo del cabello. La piel estaba desgarrada en el centro, una pequeña abrasión por donde asomaba la carne, blanca como la del vientre de un pez. Harry miró el chichón, extendió la mano como para tocarlo, pero se apartó.

—Esa expresión en su rostro —dijo en voz muy baja— no tiene nada que ver con un espasmo muscular. ¡Es terror puro!

Darcy Clarke, por su parte, había echado una mirada a Layard y había retrocedido, primero un paso y luego otro. Pero no se había detenido allí, y ahora estaba en el pasillo. Su cara estaba muy pálida, y tenía los ojos clavados en el cadáver de la camilla. Sandra y Harry se reunieron con él.

—¿Qué sucede, Darcy? —preguntó en un susurro Sandra.

—No lo sé —contestó Darcy—. ¡Pero sea lo que sea, no está bien!

Era su don que actuaba, preservando su vida.

Papastamos volvió a cubrir el rostro de Layard con la sábana, y junto con Sakellarakis salió de la habitación al pasillo.

—¿Dice que no fue un espasmo? —dijo el médico mirando a Harry—. ¿Y usted sabe algo de esas cosas?

—Sí, tengo algunos conocimientos acerca de los muertos —asintió Harry.

—Harry es un..., un experto —añadió Darcy, que ya se había recuperado.

—¡Ah, es médico! —observó Sakellarakis.

—Oiga —Harry lo cogió del brazo y se dirigió a él con expresión muy seria—: Hay que hacer la autopsia esta misma noche. Y luego hay que quemarlo.

—¿Quemarlo? ¿Querrá decir incinerarlo?

—Sí, incinerarlo, reducirlo a cenizas. Mañana a más tardar.

—¡Por Dios! —estalló Manolis Papastamos sin poder contenerse—. ¿Y dice que Ken Layard era su amigo? ¡Yo no necesito esa clase de amigos! Pensé que usted era un hombre insensible..., pero es más que eso, usted está tan muerto como él.

Gotas de sudor frío perlaban la frente de Harry, y comenzaba a tener aspecto de no encontrarse bien.

—¡De eso precisamente se trata! —respondió—. ¡Yo no creo que esté muerto!

—¿Que no cree que...? —El doctor Sakellarakis abrió la boca estupefacto—. ¡Pero yo lo sé con seguridad! El caballero inglés está muerto y bien muerto.

—¡Es un no-muerto! —respondió Harry, tambaleándose.

Sandra abrió muy grandes los ojos. ¡Entonces... era eso! Pero habían cogido a

Harry con la guardia baja, y estaba hablando demasiado.

—Es una expresión inglesa —se apresuró a decir de inmediato la joven—. No-muerto quiere decir... que para los que lo quisieron, simplemente se ha ido a otra vida mejor. Los viejos amigos... no mueren, se marchan al otro mundo. Eso es lo que Harry quiso decir; Ken no ha muerto, sino que está en manos de Dios.

«¡O del diablo!», pensó Harry, pero ahora se encontraba mejor, y se alegraba de que Sandra hubiera acudido en su ayuda.

La mente de Darcy también trabajaba a marchas forzadas.

—La religión de Layard exige que sea incinerado al día siguiente de su muerte. Harry sólo desea estar seguro de que todo se hará tal como Ken lo hubiera querido.

—¡Ah! Entonces tengo que pedirle disculpas —Manolis Papastamos no estaba muy convencido, pero pensó que al menos comenzaba a entender qué sucedía—. Lo siento, Harry.

—Está bien, no tiene importancia. ¿Podemos ver ahora a Trevor Jordan?

—Ahora salimos para allí —asintió Papastamos—. El psiquiátrico está en la ciudad antigua, adentro de las murallas. Queda en la calle Pitágoras, y lo administran las monjas.

Subieron de nuevo al taxi y llegaron a destino en unos veinte minutos. El sol se estaba poniendo y una fresca brisa soplaba desde el mar y aliviaba el calor del día.

—¿Podría conseguirnos algún lugar donde alojarnos? —le preguntó durante el viaje Darcy a Papastamos—. ¿Algún hotel que esté bien?

—Irán a un lugar mejor —respondió el griego—. La temporada turística apenas si ha comenzado y aún hay muchas villas desocupadas. Yo les reservé una tan pronto supe que iban a venir. Les llevaré allí después de visitar al pobre Trevor.

En el hospital psiquiátrico tuvieron que esperar a que una monja terminara con sus tareas más urgentes y pudiera acompañarles a la celda de Jordan. Éste tenía puesta una camisa de fuerza, y estaba sentado en una profunda silla de cuero que no le permitía apoyar los pies en el suelo. En esta posición no podía hacerse daño, pero, además, parecía estar dormido. La monja les explicó —Papastamos hacía de traductor— que le estaban administrando un sedante suave a intervalos regulares. No lo hacían porque Jordan fuera un paciente violento, sino porque parecía que algo lo aterrorizaba.

—Dígale que puede dejarnos solos con él —le dijo Harry al griego—. No nos quedaremos mucho rato, y sabemos cómo salir de aquí. —Papastamos tradujo sus palabras, y la monja se marchó—. Váyase usted también, Manolis, por favor —le pidió entonces Harry.

—¿Qué?

Darcy le puso la mano en el brazo.

—Sea buen chico, Manolis, y espere afuera —le dijo—. Créame, sabemos lo que hacemos.

El griego se encogió de hombros, aunque parecía disgustado, y se marchó.

Darcy y Harry miraron a Sandra.

—¿Te parece que puedes intentarlo?

—Tendría que ser fácil —respondió ella, aunque estaba nerviosa—. Nuestro talento es similar, he practicado mucho con Trevor, y conozco la manera de penetrar en su mente —daba la impresión, sin embargo, de que Sandra decía esto más para convencerse a sí misma que para informar a sus compañeros.

Y cuando la joven se colocó detrás de Jordan, con las manos en el respaldo de la silla, los últimos rayos del sol parecieron abandonar la pequeña celda.

Sandra cerró los ojos y se hizo el silencio. Jordan permanecía prisionero en su silla; su pecho se alzaba y descendía, sus párpados temblaban mientras soñaba, o quizá

pensaba en aquello que le aterrorizaba; su mano izquierda, atada a la pierna, también se estremecía ligeramente. Harry y Darcy, de pie, contemplaban la escena, y percibían ahora la oscuridad que descendía sobre la habitación, la luz que se desvanecía...

¡Y sin aviso previo, Sandra de repente ya estaba en la mente de Trevor!

La joven miró, vio, se le escapó un gemido ahogado y se alejó tambaleándose de la silla de Jordan hasta que chocó con la pared. Los ojos de Jordan se abrieron de golpe. ¡Estaban llenos de terror! Su cabeza giró de izquierda a derecha y vio a los dos agentes PES frente a él. ¡Y por un momento los reconoció!

—¡Darcy! ¡Harry! —graznó.

Y Harry supo en ese instante quién había acudido a sus sueños en Bonnyrig para pedirle ayuda.

Pero de inmediato el pálido rostro de Jordan comenzó a retorcerse y sacudirse en horribles espasmos de esfuerzo y agonía. Intentaba hablar pero algo se lo impedía. Los estremecimientos cesaron, cerró los afiebrados ojos y su cabeza cayó hacia adelante, y Jordan se hundió nuevamente en el estupor.

Pero incluso mientras regresaba a sus sueños monstruosos, consiguió decir una última palabra:

—¡Ha... a... aarrry!

Acudieron junto a Sandra, que estaba medio desmayada contra la pared. Y cuando ella dejó de respirar forzadamente y se rehizo, Harry le preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Lo has visto?

—Sí, lo he visto —respondió ella, tragando saliva—. No está loco, Harry, solamente prisionero.

—¿Prisionero?

—Sí, encerrado en su propia mente. Como una víctima inocente que se retuerce en la mazmorra.

—Sí, ¿pero víctima de qué, o de quién? —quiso saber Darcy, a quien aún no se le había borrado la expresión de asombro, mientras contemplaba a Sandra temblando en los brazos de Harry.

—¡Dios mío, Dios mío! —susurró ella mirando otra vez en dirección a Trevor Jordan, inconsciente en su silla, y se estremeció con tal intensidad que pareció sacudir a Harry.

Darcy sintió que la expresión que aparecía en los ojos de Sandra le helaba la sangre. La joven por fin le respondió:

—Víctima del monstruo que está allí junto a él. De la criatura que en este mismo instante esta aquí, con Jordan, y habla con él..., le hace preguntas... ¡sobre nosotros!

# Capítulo ocho

*¡No-muerto!*

Se acercaba la noche, los primeros turistas se paseaban ataviados con sus trajes llamativos y las luces de la ciudad comenzaban a encenderse cuando el taxi condujo a los tres agentes británicos a su villa. Manolis Papastamos, que viajaba en el asiento delantero junto al conductor, estaba muy callado. Darcy supuso que el griego se sentía dejado de lado, y quizá despreciado por ellos, y se preguntó qué podía hacer para congraciarse con él. Papastamos aún podía serles de gran ayuda; sin su cooperación las cosas se les podían poner muy difíciles.

La villa, en cuyo jardín rodeado de altas paredes crecían los limoneros, los almendros y los olivos, estaba en la avenida Akti Canari, junto al mar y camino al aeropuerto. Era cuadrada y con un tejado plano, tenía ventanas con persianas, puertas de hierro forjado y un sendero de grava que llevaba hasta la puerta principal, donde brillaba tenuemente una lámpara que pendía del techo del portal revestido de madera de pino.

La lámpara había atraído a una nube de insectos, y éstos habían sido seguidos por varias lagartijas verdes, que salieron corriendo por las paredes cuando Papastamos hizo girar la llave en la cerradura de la puerta. Y mientras el conductor del taxi le esperaba, fumando un cigarrillo tras otro, el policía griego les mostró la casa a los tres extraños visitantes extranjeros.

No era la mejor de las villas, pero estaba aislada y era muy fácil llegar a ella desde la ciudad; tenía cocina, pero lo mejor sería que comieran en cualquiera de las excelentes tabernas de la vecindad. También tenía teléfono, y junto al aparato se veía, dentro de una carpeta de plástico, una lista de números que podían serles útiles. En la planta baja había dos dormitorios, ambos equipados con camas individuales, mesillas de noche con sus correspondientes lámparas y armarios empotrados. También había un espacioso salón con puertas de cristal que daban a un patio entoldado. Y finalmente, un pequeño cuarto de baño, sin bañera propiamente dicha, solamente una ducha y los demás accesorios. La planta alta no contaba para nada.

Cuando Papastamos terminó de enseñarles la casa, dio por sentado que esa noche no le necesitarían, pero cuando regresaba al taxi Darcy le siguió y le dijo:

—Manolis, no tenemos palabras para agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros. ¿Cómo hemos de pagar todo esto? Tendrá que decirnos cómo, cuánto y a quién.

—Es una atención del gobierno griego —respondió Papastamos.

—Muy amable de su parte —respondió Darcy—. De verdad, hubiéramos estado perdidos sin usted. Especialmente en circunstancias como ésta, tan difíciles para nosotros. Layard y Jordan son, o eran, dos de nuestros mejores amigos.

Papastamos por fin se volvió y le miró.

—¡También lo eran míos! —exclamó, conmovido—. Yo sólo les conocía desde hacía uno o dos días, pero eran buena gente. Y debo decirle que no todos los colegas que conozco lo son.

—Entonces debe comprender lo que sentimos nosotros, que les conocíamos desde hace largo tiempo.

Papastamos se quedó callado un instante, y luego se encogió de hombros, en un gesto de disculpa.

—Sí, claro que lo entiendo. ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

—¡Claro que sí! —Darcy se dio cuenta de que ahora todo estaba bien entre ellos—. Como ya le he dicho, sin usted estaríamos perdidos. Nos gustaría que usted presionara todo lo posible para que terminen con la autopsia y el pobre Ken Layard pueda ser incinerado lo antes posible. Eso, para empezar. Será necesario además que le siga el rastro a esa pandilla de traficantes de droga, ya que por el momento usted es el único que sabe algo de ellos. Luego llamaremos a algunos de nuestros agentes, y usted deberá informarles sobre el asunto. Y finalmente, y si es posible... ¿cree que podría conseguirnos un coche?

—¡Ningún problema! —respondió Papastamos, tan exuberante como siempre—. ¡Mañana mismo lo tendrá aquí!

—Entonces, eso es todo por hoy —sonrió Darcy—. Nosotros dejaremos enteramente a su cargo la parte que le corresponde del caso, porque confiamos en usted. Y usted también debe confiar en nosotros, y dejar que nosotros cumplamos con nuestro deber. Aunque nuestros campos de trabajo sean diferentes, todos somos expertos, Manolis.

Papastamos garabateó un número en un trozo de papel.

—Puede encontrarme en ese número a cualquier hora —dijo—. Y si yo no estoy, siempre habrá alguien que le dirá dónde puede hallarme.

Darcy le agradeció otra vez y le dio las buenas noches. Y cuando el taxi se alejó, regresó al interior de la casa, cerrando antes la chirriante puerta.

Los tres salieron a comer, y a hablar.

—Pero, ¿por qué tenemos que ir afuera? —quiso saber Darcy después de que encontraran una taberna en una calle tranquila, con mesas en pequeñas terrazas internas, a las que se llegaba subiendo una corta escalera, y donde se podía hablar al abrigo de oídos curiosos—. Quiero decir, ¿no era la villa lo bastante íntima?

—Quizá lo era demasiado —respondió Harry.

—¿Demasiado íntima? —se extrañó Sandra, que aún estaba conmovida por el breve contacto mental que había establecido con algo impensable cuando penetró en la mente de Trevor Jordan.

—Aquí hay otras personas —Harry intentó explicar algo de lo que no estaba demasiado seguro—. Otras mentes, otros pensamientos. Un telón de fondo de actividad mental. Ustedes dos deberían comprender esto mejor que yo. No deseo que nos descubran, de eso se trata. Ustedes, los agentes PES, se creen muy listos. Y yo sé que lo son. Pero los wamphyri también tienen poderes extraordinarios.

¡Wamphyri! Darcy Clarke no podía oír esa palabra sin recordar el caso de Yulian Bodescu. Y cuando se dirigió a Harry, sintió que un familiar escalofrío le recorría la columna vertebral.

—¿Y crees que ahora tenemos que vérnoslas con ellos? —preguntó—. ¿Con alguien como Bodescu?

—Peor que eso. Bodescu, comparado con esto, era un libro abierto. Él no sabía lo que le estaba sucediendo. No era un inocente (no lo fue ni siquiera el día que nació), pero lo era con respecto a las costumbres de los wamphyri. Bodescu era un principiante, un niño que intentaba correr antes de saber caminar. Y cometía errores, se caía. Hasta que una de esas caídas fue fatal. Pero éste no es así.

—Harry —dijo Sandra—, ¿cómo sabes contra qué debemos enfrentarnos? Sí, yo percibí una mente junto a la de Trevor, poderosa y absolutamente maligna..., ¿pero no podría tratarse de la mente de otro telépata? Ken y Trevor estaban investigando un

asunto de drogas. ¿Y si las grandes mafias criminales hubieran organizado sus propios grupos de percepción extrasensorial? Podría suceder, ¿no lo crees?

—Lo dudo, según mi experiencia, las personas dotadas de poderes de percepción extrasensorial no trabajan para otra gente.

—¡Qué dices! —se sorprendió Darcy—. Si todos nosotros lo hacemos, Harry. Ken, Trevor, Sandra, yo... E incluso tú, en otra época.

—Nosotros trabajamos por una causa, por una idea, por un país, por venganza incluso; pero nunca para el lucro de otra gente. ¿Lo harías tú si fueras tan poderoso como el que percibió Sandra? ¿Venderías tu talento a una pandilla de delincuentes que te destruirían en el instante en que comenzaran a temerte? Algo que, tarde o temprano, sucedería.

—Pero, ¿qué me dices de Ivan Gerenko, que...?

—Era un demente, un megalomaníaco —le interrumpió Harry—. Hasta el nigromante Dragosani trabajaba por un ideal, la resurrección de Valaquia. Al menos hasta que el vampiro que le había penetrado le dominó. Escúchame, Darcy, ¿cuántas personas conoces que tengan tu talento? Y tú, Sandra, ¿conoces muchos telépatas? Yo sé que lo eres desde hace apenas unas pocas horas. Tú no vas por ahí pregonando tus habilidades, ¿verdad? Creedme, los que dicen que tienen dones especiales son impostores. Médiums y torcedores de cucharas, místicos y gurúes, ¡todos son impostores!

Darcy se rió, sarcástico.

—¿Quieres decir que todos los PES somos buenos chicos?

—No, de ningún modo —respondió Harry—. Hay demasiada maldad en el mundo, incluso entre las personas dotadas de poderes PES. Pero piensa un poco: si eres malo, y tienes una habilidad especial, ¿por qué habrías de vendérsela a alguien? ¿No la utilizarías en secreto para adquirir poder, o riqueza, o lo que fuera?

—Has dado en el clavo. Más de una vez me he preguntado por qué no hacen algo así. Me refiero a los agentes de la Organización E.

—Algunos, sin duda, lo hacen —dijo Harry—. No, no digo los agentes de la Organización sino otra gente que no conocemos, y que poseen poderes PES. Debe de haber mucha gente en el mundo con dones especiales. ¿Cómo sabemos que eso que denominamos talento para los negocios no es otro don especial? ¿Ese hombre ganó millones y millones porque es un negociante hábil, o porque «algo» que la mayoría de los mortales no posee le guía? ¿Algo que tal vez él mismo ignora? ¿Y el héroe de guerra? ¿Es realmente tan valiente como todos suponemos, o tiene un ángel guardián (como tú, Darcy, o como Gerenko) que le cuida? ¿Sabes que en los casinos tienen una lista de gente a la que no permiten la entrada, jugadores profesionales que tienen el don de ganar siempre, y que muchos de ellos son tan ricos como Creso?

—Todo eso que dices suena muy verosímil —argumentó Darcy—, pero no tienes ninguna prueba de que éste sea un vampiro.

—Aún no tengo pruebas, pero sí indicios. Evidencias circunstanciales, pero evidencias de todos modos.

—¿Puedes hablarnos de ellas? —preguntó Sandra.

Harry, que es probable se sintiera irritado, se volvió hacia Sandra.

—Sandra, tú lo más cerca que has estado de un vampiro es cuando leías mi expediente..., y doy por supuesto que lo has hecho. Es un texto habitual entre los agentes de la Organización E, para prevenirles sobre lo que puede pasar en el futuro. Pero yo sé de qué estoy hablando, y también Darcy, porque lo hemos vivido. No quiero ofenderte, pero lo mejor que puedes hacer es permanecer callada y escuchar. Y presta mucha atención, porque, aunque no lo sabemos con seguridad, puede que cuando le

viste en la mente de Trevor él también te haya visto a ti.

Sandra se sobresaltó y se sentó aún más erguida en su silla, y Harry le acarició la mano por encima de la mesa.

—Siento ser tan brusco, pero tal vez ahora puedas comprender lo que me preocupa. Yo he estado antes en una situación similar, pero tú... ¡Por Dios, no quiero que te suceda nada malo!

—Pero has hablado de indicios —dijo Darcy.

El camarero vino a tomar el pedido antes de que Harry pudiera responder. Darcy pidió el menú completo; Sandra, una ensalada y un postre; y Harry solamente un plato de pollo y café, mucho café.

—Con el estómago lleno, siempre tengo sueño, y resulta aún peor si tomo alguna bebida alcohólica. Y quiero que entendáis que este asunto es mortalmente serio. Pero si quieres beberte ese brandy, Darcy, ¡adelante!

Darcy contempló su copa de brandy, casi llena, y la hizo a un lado.

—Así pues, hablemos de las evidencias —dijo Harry—. Los muertos no han intentado comunicarse conmigo desde hace más de cuatro años. O si lo han hecho, yo no me he enterado. ¡Ah, sí, puede que haya visto a mi madre en sueños! De hecho, estoy seguro de que me ha visitado en mis sueños, porque ella es así. Y ahora, de repente, los muertos me han puesto en peligro. El hecho de que atacaran a Wellesley fue enteramente circunstancial: se hallaban allí precisamente cuando él acudió a asesinarme. Pero estaban allí porque habían ido a entregarme un mensaje. Y caben tres posibilidades: a) que lo hicieran por encargo de mi madre, b) por decisión propia, porque estaban muy preocupados por mí, o c) que fueran el correo de Ken y Trevor, que habían intentado comunicarse conmigo en mis sueños.

—No sabía que ellos hubieran intentado comunicarse contigo telepáticamente —dijo Darcy frunciendo el entrecejo.

—Tampoco lo sabía yo hasta que Trevor Jordan despertó, nos vio y habló. Una voz mental suena en mis oídos exactamente igual que una voz real, Darcy, y en Escocia soñaba que algunas personas intentaban comunicarse conmigo, pero yo no sabía quiénes eran. Y reconocí la voz de Trevor tan pronto como la oí. Ken es un localizador, y por eso me encontró en Escocia. Y Trevor un telépata, y ayudó a enviar el mensaje. ¿Y por qué a mí? Porque ellos sabían a qué se enfrentaban, y yo soy considerado un experto en el trato con esos seres. Y ellos no lo ignoraban, porque también participaron en el caso Bodescu.

Darcy hizo un gesto de asentimiento. Después alzó la copa de brandy y bebió una pequeñísima cantidad, apenas lo bastante como para humedecerse los labios.

—Está bien. ¿Y qué otras evidencias tienes?

—Las de mis propios sentidos —respondió Harry—, que, como los tuyos, son más de cinco.

—Ya no —señaló Sandra, y de inmediato se mordió la lengua y esperó que Harry no tomara a mal su observación.

Harry sonrió, aunque con cierta sorna, y dijo:

—No necesito hablar con los muertos para reconocer la diferencia entre un cadáver y un hombre vivo.

—¡Eso no quiere decir nada! —exclamó Darcy, frunciendo una vez más el entrecejo—. ¡Lo mismo nos sucede a nosotros!

—¿Habéis caminado alguna vez por una calle vacía y silenciosa de noche? —preguntó Harry—. ¿Y habéis tenido de repente la sensación de que allí había alguien? Y un instante después, visteis la llama de una cerilla en una esquina oscura, y era alguien que encendía un cigarrillo. ¿Habéis jugado alguna vez al escondite, y cuando estabais

buscando a los otros niños tuvisteis de repente la sensación de que alguien os estaba mirando, a vuestra espalda? ¿Y cuando os disteis la vuelta, uno de los niños estaba allí? Y no hablo del sexto sentido que vosotros poseéis, sino de otra cosa, una especie de intuición visceral.

Darcy asintió, y Harry continuó hablando.

—Bien, de la misma manera en que vosotros sentís la presencia de gente viva, yo siento la de los muertos. Sé muy bien cuando estoy en compañía de los muertos. Y es por eso por lo que puedo deciros con seguridad que Ken Layard no lo está. Aunque todavía pudiera hablar con los muertos, no podría hacerlo con Ken, porque no lo está. Tampoco está vivo, sino en un estado intermedio entre la muerte y la vida. Está no-muerto, y esclavo de otro ser, y resucitará como vampiro a menos de que logremos que muera para siempre. Eso es lo que me decía en mi sueño, lo que me rogaba que hiciera: que le encontrara, acabara con él y le permitiera descansar en paz.

—¿Y como él y Trevor no pudieron comunicarse contigo, los muertos te llevaron su mensaje? —preguntó Darcy.

—Exactamente —respondió Harry—. Intentaron deletrearlo piedra a piedra en mi jardín.

Sandra se estremeció.

—¡Por Dios, si yo hubiera desobedecido a Wellesley, habría estado allí cuando él fue a por ti! ¡Y también cuando *ellos* vinieron por él! No creo que hubiera podido soportar ver a..., a esas cosas!

Harry le cogió la mano por encima de la mesa.

—No son cosas —le dijo—. Antes fueron seres humanos vivos. Y ahora son personas muertas. Casi todo el suelo fértil, y la arena, y el firmamento y el mar de este planeta fueron algo vivo en una época o en otra. Es la naturaleza de las cosas, y la vida es un estado por el que pasamos. Pero los muertos piensan en mí lo bastante como para trascender el orden natural de las cosas.

—¿Y trascender ese orden... les hace sobrenaturales? —preguntó Darcy.

—Supongo que sí —respondió Harry dirigiendo su melancólica mirada hacia su compañero—. ¿Pero acaso no pensábamos en otra época que los vampiros eran sobrenaturales? —Y Harry por fin se permitió una auténtica sonrisa, aunque débil—. ¿Sabes, Darcy? Para ser el director de la Organización E, eres muy escéptico. Quiero decir, ¿no ha sido la Organización siempre un asunto de esta clase? ¿Artefactos y fantasmas? ¿Lo físico y lo metafísico? ¿Lo natural y lo sobrenatural?

—No soy escéptico, he visto demasiadas cosas como para serlo. Pero me gusta que me expliquen claramente las cosas, nada más.

—¿Y te las he explicado bien?

—Pienso que sí. De manera que... ¿adónde iremos desde aquí?

—A ningún lado. Examinaremos los datos que conocemos, haremos hipótesis sobre los que ignoramos, e intentaremos prepararnos para lo que vendrá. Pero sinceramente, si yo fuera uno de vosotros, abandonaría este asunto lo antes posible.

—¿Qué dices? —Darcy se preguntó si le habría oído bien.

—Sí, me refiero tanto a ti como a Sandra. Deberíais subir al primer avión con destino a Inglaterra, ir derechos a la Organización E, y desde allí utilizar todo el poder que tuvierais. Deberíais llevar este caso tal como lo hicimos con el de Bodescu: haciendo el menor ruido posible hasta saber con qué tenemos que vérnoslas.

—Estamos en esto juntos —respondió Darcy—. Y yo puedo dar instrucciones a la Organización desde este lugar. Tal vez deba recordarte que no es mi costumbre sufrir daños de ningún tipo. ¿Gracias a mi ángel guardián? Además, ¿qué podrías hacer solo? Sandra tenía razón, Harry. Eres un ex necroscopio. Ya no tienes tus antiguos poderes.

En lo que a dones especiales se refiere, tú eres una estrella en decadencia. Y tal como tú mismo señalaste, lo que sucedió en Bonnyrig no fue más que una coincidencia: aquí no estarán los muertos para ayudarte cada vez que los necesites. De modo que hablemos claro: de los tres, tú eres el más débil. Nos necesitas más a nosotros que nosotros a ti.

Harry le miró fijamente.

—Vosotros necesitáis mis conocimientos —dijo—. Y yo ya he hablado del posible peligro para Sandra. Ella no debería de ningún modo estar cerca de mí y... —se interrumpió bruscamente, pero el daño ya estaba hecho; Harry nunca había sido un hombre ducho en subterfugios.

—¿Cerca de ti? ¿Qué has querido decir con eso, Harry? —preguntó Sandra, y ahora fue ella quien le cogió la mano por sobre la mesa.

El suspiró, desvió la mirada, y por fin habló.

—Mira, estamos tratando con un vampiro. Es posible que pertenezca a la vieja guardia, pero en todo caso no demasiado lejano a los seres originales, los wamphyri. Y como vengo diciendo, sin que tú prestes demasiada atención, los wamphyri tienen poderes. Sandra, tú miraste en la cabeza de Jordan, y allí estaba esa criatura torturándolo, interrogándolo acerca de nosotros. En este momento, probablemente sabe todo lo que se puede saber sobre la Organización E, y lo que hicimos con ese Thibor Ferenczy, y con Yulian Bodescu, y... ¡diablos, todo lo que él *quiere* saber! Pero lo que es más importante lo sabe todo acerca de mí. Y si no lo sabe, lo sabrá. Y luego vendrá a buscarme. Debe hacerlo, porque sabe que le he descubierto. Yo soy Harry Keogh, el necroscopio, y soy peligroso. ¡He matado vampiros! ¡He destruido las simientes de vampiros!, y en algún lugar de mi mente guardo los secretos del habla de los muertos y del continuo de Möbius! Claro que él vendrá a por mí. Y también por vosotros, si estáis conmigo. En cuanto a ti, Darcy, es verdad que tienes tu don que te protege. Pero aun así eres un hombre de carne y hueso. Has nacido, y puedes morir. Y recuerda, esa criatura sabe que posees ese don. Y si hay alguna manera de matarte (o, mejor aún, de utilizarte), él la descubrirá.

—Pero ésa es precisamente mi gran ventaja. ¡Yo ya sé cómo destruirle! —argumentó Darcy.

—¿Sí? ¿Y cómo le encontrarás? ¿Y piensas que cuando le hayas encontrado (si lo consigues), él se quedará inmóvil esperando que le claves la estaca? ¡Hombre, el vampiro no va a esperar que le busques, vendrá él a tu encuentro! ¡Vendrá por nosotros! ¡Voy a decirlo una vez más: comparado con esta criatura, Yulian Bodescu era un aficionado, un niño de pecho!

—En ese caso, solicitaré ayuda a la Organización E, todos los hombres de que dispongan. Mañana a mediodía puedo tener aquí a diez de nuestros mejores agentes.

—¿Los llamas para que los exterminen?

La frustración de Harry se estaba convirtiendo en ira. Tenía ante sí a dos personas de brillante inteligencia, y tenía que explicárselo todo como si fueran niños. Pero comparados con los wamphyri, eran inocentes como niños.

—¿No puedes entenderlo, Darcy? —Harry lo intentó una vez más—. Ellos no conocen al vampiro, no saben quién es, ni dónde está.

Sandra decidió intervenir, y su inocencia y falta de experiencia se hicieron aún más evidentes.

—Haremos como en el juego del escondite —dijo—. Nos mantendremos ocultos y esperaremos a que él descubra su juego. O bien le cercaremos mediante un sistema de eliminación. O...

—Podemos utilizar a nuestros localizadores —la interrumpió Darcy—, tal como lo hicimos con Bodescu y... —El agente británico se quedó callado de repente; sintió un

hormigueo en el cuero cabelludo y dio un respingo cuando comenzó a entender la inmensa dificultad de todo aquello. Y repitió horrorizado—: ¡Nuestros localizadores!

Y ahora también Sandra comprendió.

—¡Mi Dios! —exclamó.

Harry hizo un gesto de asentimiento y se echó hacia atrás en la silla.

—Veo que comenzáis a pensar —dijo, casi sin ironía—. ¿Localizadores? Una idea genial, Darcy, si no fuera porque es probable que nuestro enemigo tenga muy pronto su propio localizador. Sí, y Ken Layard es uno de los mejores.

Llegó la comida. Sandra y Darcy, preocupados y sombríos, apenas si tocaron sus platos. Harry acabó deprisa con la suya, encendió un cigarrillo y comenzó a beber el café.

—Quizá tengamos que incinerar nosotros mismos a Ken —dijo Darcy, tras unos minutos de silencio.

Harry hizo un gesto afirmativo.

—Ya ves por qué yo tenía tanta prisa —dijo.

—¡Qué tonta soy! —exclamó de repente Sandra—. ¡Me siento tan tonta! ¡Vaya estupideces que he dicho!

—No —le respondió Harry—, no eres tonta. No te disminuyas a ti misma. Eres leal, valiente y humana. No puedes pensar como piensa un vampiro, de la misma manera que tampoco puedes hacerlo a la manera de una cucaracha. Y de eso se trata, de ser tan retorcidos como ellos. Pero no pienso que eso sea un mérito. Créeme, no lo es. Se siente asco de uno mismo cuando se trata de pensar como ellos.

—Ahora estoy de acuerdo contigo —intervino Darcy—, Sandra tiene que abandonar este caso.

—Sí, y para empezar no debería haber venido con nosotros, pero no supimos de qué se trataba hasta que llegamos a Rodas. —Harry se volvió hacia la joven y continuó—: ¿Te das cuenta, cariño, de que serías un estorbo? Darcy se las arreglaría, él siempre lo hace, pero yo no podría pensar claramente estando tú en Rodas. Estaría todo el tiempo preocupado por ti.

Sandra pensó: «Es la primera vez que me llama cariño en... ¿uno o dos días? Un período muy largo, de todos modos». Pero la espera había valido la pena.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó la joven—. ¿Quedarme sentada en casa y esperar que todo vaya bien?

—No —respondió Darcy—. Tú coordinarás el trabajo de la Organización E mientras yo esté ausente. Con Wellesley fuera de la escena y yo aquí, las cosas pueden ponerse difíciles. Pero tú tienes conocimiento de primera mano de nuestra situación, y serías muy valiosa como enlace. Además, eso significa que te informarán de todo lo que suceda día a día. De hecho, tendrás tanto trabajo que no te quedará tiempo para preocuparte por Harry.

—Darcy tiene razón y tú lo sabes —intervino Harry.

Sandra les miró, y luego apartó la vista.

—Bien, debo decir que lo que me proponéis tiene al menos algo bueno: no tendré que preocuparme por cosas como..., ¡como incinerar al pobre Ken!

Darcy miró a Harry.

—¿Qué hacemos con eso? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que...?

—Actuaremos por nuestra cuenta sólo si las autoridades locales no hacen nada al respecto —respondió Harry—. Pero creo que con este clima (el calor y demás), suelen proceder con bastante rapidez.

—Pero en teoría..., ¿cuánto tiempo tiene que transcurrir para que las cosas se

pongan... difíciles, por así decirlo?

—¿Me preguntas cuándo el vampiro se levanta de su tumba y comienza a andar? —Harry hizo un gesto negativo con la cabeza—. No, en teoría no está fijado el número de horas necesarias. ¿Cuánto tiempo le llevó a George Lake, el tío de Yulian Bodescu?

—Tres días con sus correspondientes noches —respondió Darcy de inmediato—. Apenas si tuvieron tiempo de enterrarlo cuando ya intentaba salir.

—¡Por favor, ya basta! —exclamó Sandra horrorizada.

Harry sintió pena por ella, pero no tenía más remedio que continuar.

—Lake era el ejemplo oficial, pero no creo que haya reglas estrictas. Yo, en todo caso, no me fiaría de ninguna. —Harry se irguió en su silla y miró a su alrededor—. ¿Sabéis una cosa? Estaba pensando que debemos parecer unos turistas muy desgraciados. Y este lugar se está llenando. Me parece que deberíamos volver a la villa. Si he de ser sincero, podría equivocarme con respecto al valor defensivo de las multitudes; quizás estemos tan seguros allí como aquí. Y aún tenemos que planear nuestras futuras operaciones... y convertir la villa en un lugar seguro.

Hicieron el camino de vuelta en silencio. Estaban lejos del centro y al comienzo de la temporada turística, de modo que no se veía mucha gente en las calles. Había tráfico, coches que se dirigían al centro, pero las aceras estaban casi vacías. Caminando junto al mar, y con la Vía Láctea iluminando el cielo como polvo de diamantes, el paseo, en otra circunstancia, hubiera podido ser romántico. Pero cuando cruzaron el sendero de guijarros rumbo a la puerta de la villa, ni siquiera el quejoso, repetitivo y sin embargo melódico grito de los pequeños búhos consiguió levantarles el ánimo.

Tan pronto entraron, Darcy se dirigió a la planta alta a inspeccionar las ventanas mientras Harry hacía lo mismo con las de la planta baja y con la puerta trasera. Ambas puertas eran sólidas, con cerraduras fuertes y buenos cerrojos. Todas las ventanas estaban protegidas por persianas en el exterior y por cerraduras de seguridad en el interior.

—No podría estar mejor —observó Darcy cuando se reunieron alrededor de la mesa en el salón.

—Sí que podría —le contradijo Harry—. Hazme acordar mañana de que compre ajos.

—Claro —asintió Darcy—. ¿Sabes que lo había olvidado? Como es parte de la leyenda, uno olvida que también es un hecho comprobado.

—Ajos, sí —repitió Harry—. En Sunside los viajeros los llaman *kneblasch.* Ésta es también la raíz de su nombre en algunas de las lenguas de la Tierra. En alemán el ajo se llama *knoblauch,* y para los gitanos es *gnarblez.* —Harry sonrió con cansancio y sin ningún humor—. Un poco más de información inútil.

—¿Por qué inútil? —dijo Sandra—. Creo que deberías darnos toda la información que tengas, por inútil que te parezca.

Harry se encogió de hombros.

—Darcy puede hablarte de todas las leyendas. Pero si eso es lo que quieres... —Y volvió a encogerse de hombros, antes de advertirle con tono serio—: Hay algo que debes recordar siempre: con un vampiro no hay nada seguro. Y nadie, ni siquiera yo, lo sabe todo sobre ellos. ¡Y creo que yo no sé ni una décima parte! Pero sé que cuanto más cerca se está de la fuente, del wamphyri original, más efectivos son los venenos. El ajo les marea. Su olor les molesta como nos molesta a nosotros la inmundicia, e incluso les enferma. Un vampiro herido por un arma untada con ajos (una flecha, un cuchillo o una espada, lo que sea) sufre horriblemente. Y a menudo se desprende del miembro herido, y otro crece en su lugar.

Darcy y Sandra se miraron horrorizados, pero no dijeron nada.

—La plata —continuó Harry— les envenena como nos envenena a nosotros el mercurio o el plomo. Y eso me recuerda que debemos buscar un par de esos bonitos cortapapeles griegos de plata. Darcy, ¿has visto los proyectiles que metí junto con la ballesta? Son de madera muy dura, curada con aceite de ajo, y la punta es de plata. Y no me preguntéis si hablo en serio. En Starside los Viajeros tienen una confianza ciega en estas cosas, y gracias a ellas están vivos.

«¡Starside!», pensó Darcy, contemplando a Harry. «El extraño mundo paralelo de los vampiros. Él lo vio, estuvo allí y consiguió regresar. Vivió todo eso. Y ahora está aquí, tan humano y vulnerable, e intenta explicárnoslo todo a nosotros. Y nunca se enfada con nosotros, ni se derrumba desesperado. Y nunca abandona.»

—¡Vampiros! —exclamó Sandra, y sintió una extraña mezcla de fascinación y odio ante la palabra—. Háblanos de ellos, Harry. Ya sé que está todo en los archivos de la Organización E, en Londres, pero es diferente cuando lo cuentas tú. ¡Sabes tanto de ellos, aunque digas que sabes muy poco!

—Te diré unas cuantas cosas acerca de ellos de las que estoy seguro —respondió Harry—. Son más astutos de lo que un ser humano podría imaginar jamás. Son todos mentirosos, y, casi en cada ocasión, si pueden mentir lo hacen, a menos que puedan ganar algo diciendo la verdad. Son expertos en confundir cualquier argumento, aficionados a acertijos ambiguos y frustrantes, a juegos de palabras, rompecabezas y paradojas, falsos iguales y paralelos. Son terriblemente celosos, posesivos y reservados. Y se aferran a la vida (o a la no-vida) con más tenacidad que ninguna criatura de la Creación.

»Su fuente está en los pantanos que se extienden al este y al oeste de la cordillera central que divide Starside de Sunside. La leyenda dice que en ocasiones salen del pantano bajo la forma de sanguijuelas monstruosas que se adhieren a los hombres o a las bestias. Nadie sabe qué grado de inteligencia poseen en este estadio, pero sí que su famosa tenacidad ya está presente. Viven de la sangre de su anfitrión y forman con él una horrible simbiosis. El anfitrión cambia, mental y físicamente. El vampiro, que es asexuado, adopta el sexo del ser que lo alberga, e infunde en él (o en ella) el deseo de sangre que servirá para alimentarlos a ambos.

»Ya he dicho que el anfitrión cambia físicamente. Eso es verdad, la carne de un vampiro es distinta de la nuestra. Tiene el poder de regenerarse. Si pierde un dedo, un brazo o una pierna, el vampiro acabará por reemplazarlo por otro. Esto no es algo tan raro como parece, la estrella de mar lo hace aún mejor. Si cortas una estrella de mar por la mitad, cada una de las partes se convertirá en un nuevo animal completo. Algo parecido sucede con las lagartijas que pierden su cola, o con las lombrices de tierra. Pero un vampiro no es una lombriz. Lesk el Glotón, un demente noble wamphyri, perdió un ojo en una batalla e hizo que otro le creciera en el hombro.

»A medida que el vampiro madura dentro de su anfitrión, la resistencia y el vigor de éste aumentan de manera enorme. Y lo mismo sucede con sus emociones. Con la sola excepción del amor, cuyo concepto es algo ajeno a los wamphyri, todas las otras pasiones se desatan. Odio, lujuria, la urgencia de pelear, de violar, de torturar y destruir a amigos y enemigos. Pero todo esto se ve atemperado por el deseo de anonimato, la pasión por el secreto del vampiro. Porque sabe que, si le descubren, los hombres no descansarán hasta destruirlo. Esto último se aplica también a su mundo, claro está, donde ellos son (o eran) los señores. Lo eran hasta que los moradores y yo llevamos su reino a la ruina. Pero incluso antes algunas tribus de Viajeros los destruían siempre que les era posible. Mi hijo y yo... no los destruimos a todos. ¡Ojalá lo hubiéramos hecho!

»Así pues, ¿cuándo, cómo y dónde llegaron por primera vez a la Tierra? ¿Qué vampiro fue el primero en habitar este mundo? Quién sabe... En las leyendas de los

hombres ha habido siempre vampiros. ¿Dónde?... Es algo más fácil responder a esa pregunta: en la antigua Dacia, en Romani y Moldavia, en Valaquia. Que son una y la misma región, para ti Rumania, en la zona cercana al Danubio. Allí hay una puerta, un túnel entre diferentes dimensiones, que afortunadamente es inaccesible. O casi inaccesible. Yo lo utilicé cuando fui a Starside, pero eso fue antes de que mi hijo me despojara de mis facultades.

Harry se echó hacia atrás en su silla y suspiró. El paso del tiempo y los últimos acontecimientos se estaban dejando sentir. Parecía muy fatigado, pero de todos modos dijo:

—¿Alguna otra pregunta?

Aunque sabía que el tema provocaba en ella una fascinación morbosa, Sandra no podía resistirse.

—¿Qué nos puedes decir de sus ciclos vitales, de su longevidad? Cuando leí el expediente guardado en los archivos de la Organización E, todo lo que concierne a los vampiros me pareció fantástico. Y tú dices que su origen está en los pantanos. Pero, ¿y antes de eso? ¿Cómo llegaron a los pantanos?

—Eso es como preguntar quién existió primero, si la gallina o el huevo —dijo Harry—. Los pantanos son su territorio, eso es todo. ¿Por qué hay aborígenes en Australia? ¿Y por qué los dragones de Komodo sólo se encuentran en Komodo?

»En cuanto a su ciclo vital: comienza en los pantanos, y al principio tienen la forma de grandes sanguijuelas, o babosas. Al menos, eso es lo que yo tengo entendido. Luego se introducen en hombres o en bestias, generalmente lobos. Y, dicho sea de paso, yo tengo la hipótesis de que el hombre lobo de tantas leyendas es en realidad un vampiro. ¿Y por qué no? Se alimenta de carne roja y cruda, y su mordedura crea otro hombre lobo. Y esto se debe a que cuando muerde transmite el huevo, que lleva los códigos genéticos del lobo y del vampiro.

La expresión obsesionada de Harry adquirió renovada intensidad.

—¡Dios mío! —susurró, sacudiendo la cabeza en un gesto de asombro—. ¡Cada vez que pienso en eso me acuerdo de mi hijo! Me pregunto dónde estará ahora. ¿Será aún un señor vampiro en Starside? ¿En qué se habrá convertido el hijo que tuvimos con Brenda? ¡El vampiro de Harry venía de un lobo!

Durante un instante su mirada fue melancólica, distante, como perdida. Pero luego parpadeó, se rehizo y su mente volvió al presente.

—Continuemos hablando del ciclo vital de los vampiros. Ya hemos visto cómo se convierten de sanguijuela de un pantano a parásitos de un ser humano o una bestia. Pero yo he llamado a esto una simbiosis, que, como vosotros sabéis, significa un toma y daca por ambas partes. El parásito obtiene su alimento y aprende de la mente de su anfitrión. Y éste, por su parte, obtiene los poderes de regeneración del vampiro, su protocarne, su habilidad para la supervivencia y, claro está, su longevidad. Con el tiempo el vampiro se fundirá con su anfitrión, será parte de él, totalmente inseparable. Los dos miembros de la unidad simbiótica (incluidos sus cerebros) se fundirán lentamente y se convertirán en uno solo. Pero en los primeros tiempos el parásito conserva cierta individualidad. Si un vampiro inmaduro percibe que su anfitrión corre un riesgo extremo, al que no podrá escapar, puede incluso intentar separarse de él. Es lo que hizo el vampiro de Dragosani cuando yo destruí a éste. Pero no le sirvió de nada, pues también destruí al vampiro...

La voz de Harry sonaba repentinamente estremecida, y su rostro tenía una expresión atormentada.

—Y también, si se sabe cómo hacerlo, es posible expulsar a un vampiro inmaduro del cuerpo de su anfitrión. Pero siempre con resultados desastrosos para el anfitrión. —Y ahora ellos supieron que estaba hablando de lady Karen, y comprendieron el porqué

de la expresión de su rostro.

Harry vio la expresión de los rostros de Sandra y Darcy, y continuó.

—¿De qué estaba hablando? ¡Ah, sí!, del ciclo vital de los vampiros. Bien, vosotros pensaréis que el resto de ese ciclo es lo más extraño que jamás habéis visto, pero yo no lo creo así. Echad una mirada a los anfibios, a las ranas y a los tritones. O a las mariposas. O si queréis continuar con los parásitos, pensad en la platija. ¡Eso sí que es verdaderamente horrible! Pero lo que hace aún más terrible al vampiro es su perversa inteligencia, y el hecho de que al final su voluntad es la dominante, mucho más fuerte que la de su anfitrión. De modo que, como veis, no es toma y daca sino sumisión total. Y además, está el huevo. Faethor Ferenczy le pasó su huevo a Thibor el Valaco por medio de un beso. Utilizó su lengua hendida para meterlo por la garganta de Thibor. Y desde ese instante el guerrero Thibor estuvo condenado. Empalado, encadenado y enterrado, no-muerto por quinientos años, Thibor lanzó hacia el exterior un tentáculo de protocarne y depositó su huevo en la nuca de Dragosani. La simiente del vampiro penetró rápida como el mercurio en la carne de Dragosani y se aferró a su columna vertebral sin dejar ni siquiera una huella. Y también Dragosani estuvo condenado. Faethor era wamphyri. Le dio su huevo a Thibor, y éste también se convirtió en wamphyri. Sí, y también lo habría sido Dragosani, si yo no hubiera acabado con él.

»El huevo es lo que verdaderamente transmite la condición de wamphyri. Y puede ser pasado a otro en un beso, en una cópula y simplemente arrojado hacia el anfitrión elegido, como quien tira al blanco. Eso es lo que Thibor Ferenczy, la antigua criatura enterrada, le dijo a Dragosani, pero Thibor, como todos los vampiros, era un mentiroso. El viejo demonio apenas si tocó el feto aún no desarrollado de Yulian Bodescu antes de que naciera. Y sin embargo, éste tenía todos los... llamémosles estigmas de los vampiros. Todos los signos y los síntomas, incluida la capacidad vampírica de cambiar de forma a voluntad. ¡Yulian era wamphyri! Pero... ¿habría producido su propio huevo? No lo sé. Es algo enteramente paradójico, como cabe esperar de un vampiro —concluyó Harry, y se quedó callado.

Sandra y Darcy habían escuchado estupefactos todo esto, pero cuando dejó de hablar, Darcy intervino:

—Sus variaciones son igualmente desconcertantes —dijo—. Bodescu, al parecer, contagió a su madre con un pequeño trozo de sí mismo. No sabemos qué clase de trozo, o cómo sucedió. Lo cierto es que crió algo monstruoso en los sótanos de la mansión Harkley, una cosa increíble que asesinó a uno de nuestros agentes. ¡Y lo hizo crecer a partir de su muela del juicio! Y luego utilizó a esa criatura de protocarne, sin cerebro, para contagiar a sus tíos y a su primo. Al parecer, los vampirizó a todos de diferentes maneras. ¡Si hasta vampirizó a su pobre perro!

Harry asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, todo eso es cierto, pero no es ni la mitad de lo que pueden hacer. Darcy, los wamphyri de Starside tienen poderes que los vampiros de la Tierra, de nuestra Tierra, parecen haber olvidado, gracias a Dios. Pueden coger la carne de cualquiera (de un viajero, de un trog), y darle la forma que deseen. Ya he hablado de las bestias gaseosas, que crían por el metano que producen. Pero también producen guerreros, algo que parece increíble aun viéndolos.

—Yo he visto uno —Le recordó Darcy.

—En una película, sí —respondió Harry—, pero no has visto uno descendiendo del cielo sobre ti, cubierto por una armadura y provisto de armas letales. Y tampoco has visto a las criaturas de hueso y cartílago que diseñan especialmente para las pieles, ligamentos y esqueletos con los que extienden y abastecen sus madrigueras. ¡Y jamás habéis visto, ni podrías imaginaros a los sifoneadores!

Sandra cerró los ojos y alzó la mano como señalando que ya tenía bastante.

—¡No! —exclamó.

Había leído sobre las criaturas llamadas sifoneadores en el expediente de Keogh, y no deseaba oírlo de boca del propio Harry. Sabía de las grandes, plácidas y fláccidas criaturas que vivían en las torres de las madrigueras de los vampiros: cómo sus venas colgaban a través de metros y metros de huesos huecos, para transportar el agua desde los pozos. Y Sandra también sabía que todas esas criaturas —o bestias— habían sido alguna vez seres humanos, antes de la metamorfosis vampírica.

—¡No! —repitió la joven.

—Sandra tiene razón —intervino Darcy—. Tal vez éste no sea el momento oportuno para hablar de todas estas cosas. ¡Esta noche no podré dormir!

—Así es —asintió Harry—. Yo muy rara vez duermo bien.

Y como si se hubieran puesto de acuerdo, aunque en realidad no habían dicho ni una sola palabra al respecto, cogieron tres camas de los dormitorios y las llevaron al salón, las acomodaron alrededor de la mesa central y se dispusieron a dormir los tres en la misma habitación. Tal vez no era lo que aconsejaban las reglas de la buena educación, pero sí lo más seguro, dadas las circunstancias.

Harry trajo su ballesta, la montó y la cargó con un cuadrillo. Después dejó el arma en el suelo, entre su cama y la de Darcy, cerca de la mesa, donde no había peligro de que tropezaran con ella. Y luego, mientras los otros utilizaban el lavabo y se preparaban para acostarse, se recostó en un sillón y se cubrió con una manta. Si más tarde se sentía demasiado incómodo, se acostaría un rato en su cama.

Y en la oscuridad, y el silencio de la habitación, que no alcanzaba a iluminar un haz de luz grisácea que dejaba pasar la persiana, Darcy, bostezando, preguntó:

—¿Qué planes tenemos para mañana, Harry?

—Iremos a ver a Ken Layard —respondió sin vacilar Harry—, acompañaremos a Sandra a coger el avión a Inglaterra, y veremos qué se puede hacer por Trevor Jordan. Hay que tratar de sacarlo de aquí lo antes posible; si le alejamos del vampiro, reduciremos su influencia. Pero supongo que en esto dependeremos de las autoridades locales, y de lo que ellas decidan. Pero dejemos todo eso para mañana. Por ahora me conformo con pasar la noche sin más incidentes.

—Estoy seguro de que así será.

—¿Estás tranquilo?

—¡No demasiado! Pero no hay nada que me preocupe especialmente.

—Me alegro. Es muy bueno poder contar con un hombre como tú, Darcy Clarke.

Sandra no dijo nada. Ya estaba dormida.

Harry, aunque con un sueño intranquilo, finalmente durmió. Al principio eran breves e inquietos períodos de sueño, que no duraban nunca más de diez o quince minutos, pero en la madrugada la fatiga pudo con él, y su sueño se hizo más profundo. Y los muertos, que no podían comunicarse con Harry cuando estaba consciente, podían intentarlo ahora en sus sueños.

La primera fue su madre, cuya voz le llegó desde muy lejos, tenue como un susurro en los vientos de los sueños.

*¡Haaarry! ¿Estás durmiendo, hijo? ¿Por qué no me respondes?*

—¡No..., no puedo, madre! —respondió, esperando sentir de inmediato cómo estrujaban su cerebro y un ácido corroía los nervios de su mente—. Tú lo sabes. Si intento hablar contigo, él me hará sufrir un dolor insoportable. No él directamente, sino lo que él ha hecho en mí.

*¡Si estás hablando conmigo, hijo! Pero has vuelto a olvidarlo, eso es todo. No*

*podemos hablar cuando estás despierto, solamente entonces. Pero cuando sueñas no hay nada que pueda impedírnoslo. No tienes nada que temer de mí, Harry. Tú sabes que yo nunca te haría daño a propósito.*

—Sí, ahora lo recuerdo —dijo Harry, aunque no muy seguro—. ¿Pero de qué nos sirve esto? Cuando despierte, no recordaré lo que me has dicho. Nunca lo hago. Me lo han prohibido.

*Lo sé, Harry, pero en una ocasión encontré la manera de eludir esa prohibición, y puedo intentarlo una vez más. No sé exactamente cómo hacerlo, porque te siento muy lejos de mí, pero siempre se puede probar. Y si yo no puedo, quizás alguno de tus amigos...*

—Madre —Harry hablaba ahora lleno de miedo—, tienes que decirles que no sigan con eso. No tienes idea del dolor y los problemas que me causan. Y ya tengo suficientes dificultades para querer sumar otras.

*Ya sé que las tienes, hijo* —respondió ella—. *Pero hay problemas y problemas, y las soluciones son diferentes. Y no queremos que los resuelvas mal, eso es todo. ¿Lo comprendes?*

Pero Harry, dormido, no lo entendía; sólo comprendía que estaba soñando y que alguien que le amaba intentaba ayudarlo, aunque de manera errónea.

—Madre —dijo, repentinamente enfadado con ella, y con todos los muertos—. Tú tendrías que comprenderme a mí. Métete en la cabeza, de una vez por todas, que me pones en peligro. Tú y los demás muertos. ¡Es como si todos vosotros intentarais matarme!

*¡Harry, Harry! ¡Cómo puedes decir eso, hijo mío! ¿Matarte, nosotros? ¡Por el amor del cielo, nada de eso!¡Tratamos de mantenerte vivo!* —protestó ella.

—Madre, yo...

*¡Haaarry!* —La voz de ella se desvanecía, regresaba al lugar de donde venía, tan débil y distante como un nombre olvidado que tenemos en la punta de la lengua, y que no conseguimos recordar pese a intentarlo con todas nuestras fuerzas. Pero un instante más tarde la comunicación cobró nueva fuerza, y él pudo escucharla de nuevo.

*Ya ves, hijo* —dijo ella—, *ya no nos preocupamos tanto por ti en ese sentido. Ya no nos resulta doloroso pensar que un día morirás. Sabemos que es así, porque todos morimos. Y gracias a ti hemos comprendido que la muerte no es tan negra como la pintan. Pero entre la vida y la muerte hay un estado intermedio, Harry, y nos han advertido que te aventuras muy cerca de él.*

—¡La no-muerte! —ahora fue Harry quien se asombró cuando el sueño se volvió tan vivido como la realidad—. ¿Y quién te lo ha advertido?

*Hay muchos talentos entre los muertos, hijo* —respondió ella—. *Están aquellos con quienes hablamos y en quienes confiamos, y cuyas palabras nunca tememos, y los otros a los que nunca, nunca jamás se debe hablar. En algunas ocasiones has actuado con imprudencia, pero esta vez... el mal... anda suelto..., negro como... nunca.*

El muerto lenguaje de su madre sonaba entrecortado, se desvanecía. Pero Harry estaba seguro de que lo que ella había dicho era importante.

—¡Madre! —la llamó por entre la niebla de los sueños—. ¡Madre!

*¡Haaaaarrry!* —Su respuesta sólo fue el débil eco de una voz que se desvanecía..., que ya había desaparecido.

Y luego, algo tocó el rostro de Harry, que despertó sobresaltado y se sentó en el sillón.

—¿Qué pasa? —murmuró despierto a medias. ¿Era una brisa que pasaba? ¿Algo había sacudido el aire del salón?

—¡Shhh! —le hizo callar Sandra desde su cama—. Estabas soñando con tu madre.

Harry recordó dónde estaba y qué estaba haciendo en ese lugar, y durante un instante se mantuvo atento, escuchando rodeado por el silencio y la oscuridad de la habitación. Y poco después preguntó:

—¿Estás despierta?

—No —respondió Sandra—. ¿Pero quieres que lo esté?

—No, sigue durmiendo —susurró él.

Y mientras Harry se sumergía de nuevo en sus sueños, sintió otra vez aquel leve agitar del aire. Pero el sueño ya se había apoderado de él, y Harry no hizo caso de aquello...

En esta ocasión la voz salió del centro de una columna de niebla que apareció en el sueño de Harry, tan húmeda y envolvente como cualquier niebla que él hubiera visto en el mundo de la vigilia. Era una voz muy clara, aunque distante, su señal era fija y persistente. Pero también era oscura, y profunda y áspera y sepulcral como las campanas del infierno. Salió de la niebla y pareció rodear a Harry, ejerciendo presión sobre su mente necroscópica por todos los lados.

*¡Ah, amado de los muertos!* —dijo, y Harry lo reconoció de inmediato— *Te he hallado, a pesar de los esfuerzos de quienes quieren protegerte de una criatura muy vieja, muy muerta y completamente inofensiva.*

—¡Faethor Ferenczy! —respondió Harry.

*Haaarry Keeooogh* —canturreó el otro con su profunda voz—. *Pero dime, Harry, ¿qué significa el énfasis que percibo en tu voz cuando pronuncias mi nombre? ¿Es pavor? ¿Tiemblas ante el poder que alguna vez tuve? ¿O es otra cosa? ¿Miedo, tal vez? Pero, ¿es eso posible, miedo en alguien que antes nunca lo tuvo? Harry, hijo mío, dime qué te ha cambiado tanto.*

—No soy tu hijo, Faethor —respondió Harry de inmediato, y en su voz se percibió algo del espíritu que le animara en tiempos pasados—. Mi nombre está limpio, no lo manches.

*¡Ahhh!* — La monstruosa y sibilante criatura sonrió en la mente de Harry— *Eso está mejor; ahora hablas como el Harry que yo conocí.*

—¿Qué quieres, Faethor? —preguntó Harry, con desconfianza y cautela—. ¿Has oído decir a los muertos que estoy en un aprieto y vienes a mofarte de mí?

*¿Tú, en un aprieto?* —dijo Faethor con fingido asombro, pero sin alcanzar a ocultar su sarcasmo—. *¿Es eso posible? ¿Con tantos amigos como tienes? ¿Con todos los muertos dispuestos a aconsejarte y a guiarte?*

Harry conocía muy bien las maneras de los vampiros incluso en sueños. Y aunque los vampiros pertenecieran a la variedad de los ya extintos e inofensivos.

—Faethor —dijo—, estoy seguro de que sabes muy bien cuál es el problema; pero como me has preguntado, te lo explicaré. Sólo soy un necroscopio en mis sueños. De modo que goza ahora con mis dificultades, porque es un placer que no podrás tener cuando yo esté despierto.

*¡Qué tono tan amargo!* —dijo Faethor—. *Y yo pensaba que éramos amigos...*

—¿Amigos? —Harry tuvo ganas de reír, pero se contuvo. Era mejor no hostigar a una de estas criaturas, aunque estuviera muerta para siempre, como Faethor—. ¿En qué sentido dices que éramos amigos? Como has señalado, los muertos son mis amigos, y para ellos tú eres un ser abominable.

*Y por eso me niegas* —replicó el otro—, *aunque el gallo no haya cantado tres veces.*

—¡Eso es una blasfemia! —se indignó Harry, y percibió en su mente la vil sonrisa de Faethor.

*¡Claro que lo es! Porque yo soy una gran blasfemia, Haaarry. Para algunos...*

—Lo eres para todos, Faethor —dijo Harry. Y luego, con tono decidido—: Y ahora, vete. Ya tengo bastante de tus burlas. Tengo cosas mejores que soñar.

*¡Tu memoria es muy frágil!* —le imprecó el otro—. *Cuando buscabas consejo, viniste a mí. ¿Te dije acaso que te marcharas?¿Quién destruyó a tu enemigo en las montañas de Khorvaty?*

—Me ayudaste porque te convenía, y no por otra razón. Lo hiciste para atacar a Thibor, y para vengarte desde la tumba por segunda vez. Arrojaste a Ivan Gerenko desde los peñascos de tu castillo porque él había contribuido a su destrucción. No has hecho nada por mí. De hecho, y ahora lo percibo con claridad, me utilizaste más de lo que yo te utilicé a ti.

*¿Y qué?* —replicó Faethor—. *De modo que no eres tan tonto como yo pensaba. No me extraña que triunfaras, Harry. Pero aun si lo que dices es verdad, tienes que reconocer que el provecho fue mutuo.*

Y Harry supo entonces que el vampiro no había venido sólo para burlarse; no, tenía otro propósito. Era evidente por la manera en que se había expresado al decir que el provecho había sido mutuo. Y Harry se preguntó si también esta conversación sería útil para ambos. ¿Qué quería el monstruo y —tal vez era más importante aún— qué estaba dispuesto a dar a cambio? Sólo había una manera de descubrirlo.

—Habla claro, Faethor —dijo Harry—. ¿Qué quieres de mí?

*¡Qué vergüenza!* —exclamó su interlocutor—. *Sabes cuánto me gusta una buena discusión: el convencimiento de una lógica sin fisuras, la sutil manipulación de las palabras, la negociación antes de llegar a un acuerdo. ¿Por qué me niegas esos sencillos placeres?*

—Suéltalo de una vez, Faethor —dijo Harry—. Dime qué quieres, y cuánto vale para ti. Y sólo entonces (si puedo dártelo sin avergonzarme de mí mismo), hablaremos de un acuerdo.

*Muy bien* —se resignó Faethor—. *He oído comentar a los muertos que estás pasando una mala época. Sí, reconozco que sabía que te habían despojado de tus poderes. Es verdad que soy un paria entre los muertos, pero cuando ellos hablan, en ocasiones me complazco en escuchar a hurtadillas lo que dicen. Y han hablado mucho de ti, Harry Keogh, y he oído muchas cosas. Tienes prohibido hablar la lengua de los muertos, y tampoco puedes transportarte instantáneamente. ¿Es eso verdad?*

—Sí.

*Bien.* —Harry percibió el gesto de asentimiento de Faethor—. *Yo no sé nada de teletransporte, y en esa esfera no puedo ayudarte. Implica números, la resolución simultánea de una miríada de complicadas ecuaciones, y reconozco mi impotencia al respecto. Tengo un atraso de más de mil años, y no era un buen matemático ni siquiera en mi época. Pero en lo que se refiere al habla de los muertos, podemos llegar a un acuerdo.*

Harry trató de disimular su interés.

—¿Un acuerdo? ¿Crees que puedes devolverme mis dones? No sabes lo que dices. Se han ocupado de mi caso personas expertas. Cuando estoy despierto, hablar con los muertos es para mí como echar ácido en mis oídos. Quiero decir, puedo hacerlo, pero ése es el efecto. Lo sé porque lo he intentado... ¡sólo una vez! Y en otra ocasión fui obligado.

*Sí* —respondió Faethor—. *También he oído a los muertos susurrar que fue tu hijo quien te redujo a ese estado, cuando estabais en otro mundo. ¡Asombroso! Así que encontraste la manera de llegar allí, ¿no es verdad? Pero has sufrido las consecuencias...*

—Faethor, ve al grano.

*Lo haré, lo haré. El asunto es muy simple. Sólo los wamphyri pueden actuar sobre tu mente, y únicamente pueden hacerlo los muy poderosos. Lo que te ha vuelto un minusválido, Harry, ha sido el arte del hipnotismo, de la fascinación, utilizado por un gran maestro. Y yo, Harry Keogh, me enorgullezco de haber sido un maestro no menos grande.*

—¿Estás diciendo que puedes curarme?

Faethor rió torvamente, porque sabía tan bien como Harry que el ex necroscopio estaba pendiente de sus palabras.

*Lo que está escrito puede ser borrado* —respondió—, *como muy bien lo sabes. Y de la misma manera, lo que ha sido torcido puede ser enderezado. Ponte en mis manos, y lo haré...*

—¿Ponerme en tus manos? ¿Dejar que penetres en mi mente, como Dragosani permitió a Thibor penetrar en la suya? ¿Crees que estoy loco?

*Creo que estás desesperado.*

—Faethor, yo...

*Ahora escúchame* —le interrumpió el vampiro muerto—. *He hablado de la mutua conveniencia, y de lo que susurran los muertos en sus tumbas. Pero algunos no sólo susurran. En las montañas de Metalici y Zarundului hay difuntos que aúllan de terror ante la criatura que ha resucitado. Porque ni siquiera aquellos que llevan siglos en la tumba —ni siquiera sus huesos, o el polvo en que se han convertido— están a salvo de este ser. Sí, yo sé su nombre, y me considero responsable.*

Ahora Harry estaba más pendiente que nunca de Faethor; pero como un pez en el anzuelo, trató de no hacerle las cosas fáciles al vampiro.

—Faethor, dices que un wamphyri se encuentra entre nosotros, pero yo eso ya lo sabía. ¿Qué más me ofreces? ¿O piensas que pondré mi mente en tus manos por algo de tan poco valor? Creo que de verdad piensas que estoy loco.

*No, creo que estás dedicado a la erradicación de lo que tú consideras una vileza. La destruirás antes de que te destruya a ti. Lo harás por la seguridad y la sanidad de tu mundo y también lo harás... para mi exclusiva satisfacción. Porque odio a éste tanto como odiaba a Thibor.*

—¿Quién era? —Harry hizo la pregunta a bocajarro, esperando coger al otro desprevenido y leer la respuesta en su sorprendida mente.

*No necesitas hacer eso* —dijo su interlocutor—, *te diré de buena gana su nombre. ¿Por qué no hacerlo, si no lo recordarás cuando despiertes? Su nombre, su odiado y despreciado nombre, era Janos.* —Y había tal odio en su voz que Harry supo que decía la verdad.

—Tu hijo —el otro asintió, suspirando—. Tu segundo hijo, después de Thibor. ¡Janos Ferenczy! Ahora al menos sé contra quién debo enfrentarme, aunque aún ignore contra qué.

*El «quién» es Janos* —dijo Faethor—, *y el «qué», sin mi ayuda, te aniquilará.*

—Entonces háblame de él —respondió Harry—. Dime todo lo que sepas, y lo demás corre por mi cuenta. Has negociado bien, no puedo negarte lo que me pides.

Faethor volvió a reír.

*Tu memoria sin duda es muy frágil* —dijo—. *Durará sólo mientras estés soñando.*

Lo que el vampiro decía era verdad, y la frustración de Harry se convirtió en ira.

—¿Entonces era cierto lo que yo sospechaba, que sólo habías venido a burlarte de mí?

*No, de ningún modo. Vine a cerrar un trato. Y ya está cerrado. Vendrás al lugar en que sabes que yazgo, y volveremos a hablar... ¡pero la próxima vez recordarás!.*

—¡Pero no recordaré nada de lo que hemos hablado ahora! —se quejó Harry.

*Sí que recordarás. Me he cuidado de que no olvides al menos una parte de nuestra conversación.* —La voz de Faethor llegó debilitada del interior de la bruma, que se alejaba—. *¡Me he cuidado de ello, Haaarry Keeooogh...!*

—¿Harry? —Alguien estaba a su lado, y se inclinaba sobre él.

—*¡Harry!* —La mano de Sandra sacudía el brazo de Harry, y Darcy Clarke acudió a responder a los golpes que daba Manolis Papastamos en la puerta, mientras gritaba que le abrieran. La débil luz del amanecer entraba por las hendiduras de las persianas.

Harry hizo un esfuerzo para despertarse, se sentó en el sillón con movimientos de borracho, y estuvo a punto de tumbarlo al suelo.

Pero Sandra estaba allí para sostenerlo. Se abrazó a ella, y un momento después Darcy y Manolis entraron en el salón.

—¡Qué cosa terrible! ¡Qué cosa terrible! —repetía Manolis mientras Darcy abría la ventana y las persianas para dejar entrar la luz del nuevo día. Pero cuando la habitación cobró vida, la boca de Manolis se abrió en un gesto de pavor, y el policía griego señaló con una mano temblorosa el gran tapiz griego que cubría una de las paredes. ¡El tapiz se movía!

—¡Dios santo! —exclamó Darcy, mientras Sandra se aferraba a Harry.

En el tapiz se veía un paisaje de cielo azul, montañas pardas y pequeñas aldeas blancas, pero impreso en el cielo con grandes letras se veía un nombre: FAETHOR. ¡Y estaba escrito en una piel que se movía!

Harry ya había olvidado su sueño, pero nunca jamás podría olvidar las charlas que había tenido con el padre de los vampiros.

—¡Faethor! —exclamó atónito.

Y como si aquella fuera una palabra mágica, la palabra escrita en el tapiz se rompió en cientos de murciélagos. Pequeños como ratones alados, abandonaron el tapiz y volaron por el salón antes de escapar por la ventana abierta.

—De modo que es verdad —dijo Manolis Papastamos, pálido y tembloroso, aunque fue el primero en recuperarse—. Ahora todo tiene sentido. Yo pensaba que Ken Layard y Trevor Jordan eran unos policías muy raros, y que ustedes eran más raros aún. Pero, claro está, es así porque el criminal que persiguen es muy peculiar.

Sandra percibió telepáticamente una ráfaga de sus pensamientos y se dio cuenta de que Manolis estaba enterado de todo.

—Hubieran debido decírmelo todo desde el principio —dijo, y se dejó caer sobre una silla—. Yo soy griego, y nosotros comprendemos esas cosas.

—¿De verdad, Manolis? —preguntó Darcy.

—Claro que sí —afirmó el otro con un gesto—. El criminal que persiguen, el asesino, es un vrykoulakas. ¡Un vampiro!

# Capítulo nueve

*El gato y el ratón*

—Puedo entender que no confiaran en mí —dijo Papastamos—, pero tendrían que haberlo hecho. ¿Acaso creen que los griegos no sabemos nada de esas cosas? ¡Precisamente los griegos! Escuchen: yo nací en Faistos, en la isla de Creta, y viví allí hasta los trece años. Luego fui a casa de mi hermana, en Atenas. Pero nunca he olvidado los mitos de las islas, y nunca olvidaré lo que vi y escuché allí. ¿Saben ustedes que en la actualidad todavía hay lugares en Grecia donde ponen monedas de plata sobre los párpados de los muertos para mantenerlos cerrados? ¡Ja! ¡Y esos cortes en los párpados de Layard eran porque él seguía abriendo los ojos!

—Manolis, ¿cómo íbamos a saberlo? ¿Cuántas personas cree que le creerían si usted cogiera a cien y les contara que estaba persiguiendo a un vampiro?

—En Grecia, en las islas griegas, unas diez o veinte —respondió Manolis— No sería gente joven, claro está, sino viejos, que todavía recuerdan. Y arriba, en las montañas (en las aldeas de los Cárpatos, o en Creta, o mejor aún, en Santorini), serían setenta y cinco entre cien. Porque en esos lugares las cosas se olvidan muy lentamente, y las viejas costumbres perduran. ¿No saben ustedes dónde están? Miren un mapa. ¡Rumania está a poco más de mil kilómetros! ¿Y ustedes creen que los rumanos no conocen a los vrykoulakas, los vampiros? No, amigos míos, no somos niños inocentes.

—Muy bien —dijo Harry—, no perdamos más tiempo. Usted sabe, comprende y cree. Lo aceptamos. Pero aun así, debemos advertirle que los mitos y las leyendas pueden ser muy diferentes de las criaturas reales.

—Yo no estoy tan seguro —respondió Manolis, negando con la cabeza—. En todo caso, yo he tenido ya una experiencia con estas criaturas. Cuando era niño, hace treinta años, hubo una epidemia. Los niños estaban cada vez más débiles. Un viejo cura había vivido en un remoto lugar de las colinas, en mi isla. Había vivido solo en aquel lugar durante muchos años. Decía que estaba solo a causa de sus pecados, y que no se atrevía a rodearse de gente. Poco tiempo antes de que los niños comenzaran a enfermar, le habían encontrado muerto, y le habían enterrado allí mismo. El cura del pueblo subió hasta la tumba del viejo cura con un grupo de aldeanos (los padres de los niños enfermos), y le desenterró. ¡Y le encontraron gordo, rubicundo y sonriente! ¿Y qué hicieron entonces? Oí decir tiempo después que le habían clavado una espada de madera en el corazón. No sé con certeza si lo hicieron, pero esa noche encendieron una gran hoguera en las montañas, y el resplandor se vio a muchos kilómetros a la redonda.

—Creo que deberíamos contarle a Manolis todo lo que sabemos —dijo Sandra.

—Lo haremos —asintió Harry—; pero antes, que hable él, que vino a decirnos algo.

—¡Ah! —Manolis se puso en pie de un salto—. El vampiro que ustedes persiguen... ¡ahora son dos!

—¡Ken Layard! —gimió Harry.

—Sí, el pobre Ken. Me llamaron hace una hora desde la morgue. Habían encontrado el cadáver de uno de los empleados. Tenía el cuello roto. Y el cadáver de Ken Layard había desaparecido. En ese instante recordé lo que habían dicho de Layard, que era un no-muerto, y que querían incinerarlo lo antes posible. Y entonces lo supe.

Pero eso no es todo.

—Siga, Manolis —le urgió Darcy.

—El *Samothraki* falta del puerto desde la noche de los incidentes bajo los viejos molinos, cuando rescaté a Layard de las aguas. Esta mañana los pescadores han traído numerosos restos de un naufragio. ¡Eran del *Samothraki*! Y aún hay más. Una joven prostituta murió en la calle, hace cuatro noches. Se le ha hecho la autopsia. El médico dice que puede haber muerto por diversas razones: por no comer (¿cómo dicen ustedes, desnutrición?), o quizá porque se desmayó, permaneció en la calle toda la noche y murió de frío. Pero lo más probable es que haya muerto de anemia. ¡Ja! Ya saben qué clase de anemia, ni una gota de sangre en el cuerpo. ¡Por Dios, vaya anemia!

—¡Es como una plaga! —gimió Harry—. Hay que incinerarla también a ella.

—Se hará. Hoy mismo —prometió Manolis—. Me ocuparé personalmente de este asunto.

—Pero aún no sabemos quién es el vampiro, ni tampoco qué le ha hecho a Ken. Y también quisiera saber cómo llegaron aquí todos esos murciélagos...

Harry señaló la chimenea.

—Eso al menos no es un misterio —dijo—. En cuanto a Layard, ahora es el vasallo de esa criatura y su fiel servidor. ¿También pregunta por la identidad del vampiro? Tengo una pista que puedo seguir. Creo que alguien que conozco tiene la respuesta.

—¿De qué pista habla? —le preguntó Manolis sin rodeos—. ¡Todas las pistas son para mí! No más secretos. Y quiero que me hablen de la palabra que escribieron los murciélagos en la pared. ¿Qué significa?

—Ésa es precisamente la pista —dijo Harry—. Faethor lo dispuso todo para que yo no olvidara lo que me había dicho. Quiere que vaya a verle.

Manolis, frunciendo el entrecejo, los fue mirando a la cara de uno en uno.

—Y ese Faethor, que puede hacer esa clase de cosas... ¿qué es?

—¿No más secretos? —preguntó con ironía Harry—. Manolis, aunque pudiéramos perder un día entero, no nos alcanzaría el tiempo para informarle de todo lo que sabemos. Y si lo hiciéramos... ¡no nos creería!

—¡Póngame a prueba! —respondió Manolis—. Pero hágalo cuando estemos en el coche. Primero se visten y desayunan, luego vamos a la comisaría en la ciudad. Creo que es el lugar más seguro. Y en el camino me lo cuentan todo.

—De acuerdo —respondió Darcy—. Pero debe permitirnos que llevemos este asunto a nuestra manera. Además, Manolis, tiene que prometernos que no hablará de esto con nadie.

—Lo que usted diga —dijo Manolis—. Y les ayudaré en todo lo que pueda. ¡Ustedes son los expertos! Pero no perdamos más tiempo. Deprisa, por favor.

Y los tres se vistieron tan rápido como pudieron.

A media mañana habían terminado con todo lo planeado, y a mediodía Manolis Papastamos lo puso en acción. Una vez que supo lo que había que hacer, no perdió tiempo y se puso de inmediato manos a la obra.

Harry Keogh poseía ahora un pasaporte griego convenientemente gastado, y con visa para Rumania. Según el documento, su portador era un anticuario, que traficaba con antigüedades en todo el mundo (Harry había sonreído irónicamente cuando leyó esto), y se llamaba Hari Kiokis, un nombre que seguramente no le causaría demasiados problemas. Sandra tenía billete para el vuelo de las 21.10 a Londres, y Darcy iba a permanecer en Rodas y trabajaría con Manolis. La Organización E estaba al tanto de todo lo sucedido, pero Darcy no había solicitado aún la ayuda de ningún agente.

Primero debía considerar las dimensiones del problema y luego, a través de Sandra, solicitaría la ayuda pertinente.

El vuelo de Harry a Bucarest, vía Atenas, era a las 2.30 horas, y, como faltaba una hora, almorzaron en la terraza de una taberna que daba al puerto de Mandraki. Fue allí donde los encontró uno de los policías griegos, que traía noticias para Papastamos.

El hombre era gordo y sudoroso, lleno de cicatrices y con las piernas estevadas; si no hubiera sido un policía, le habrían tomado por un delincuente. Llegó en un pequeño ciclomotor, y llamó desde la calle, abajo de la terraza donde estaban sentados:

—¡Eh, Papastamos! —gritó agitando su brazo—. ¡Manolis!

—Sube —le respondió Papastamos—, tómate una cerveza, así te refrescarás un poco.

—Usted no se sentirá nada fresco dentro de un momento, inspector —respondió el policía, tras lo cual entró en la taberna y subió la escalera que llevaba a la terraza. Cuando llegó, Manolis le ofreció una silla.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

El agente, tras recuperar el aliento, le contó en griego su historia.

—Estábamos en la morgue del hospital, tomando declaración a todos sobre el cadáver desaparecido. —Echó una mirada a los compañeros de Manolis, y agregó a modo de disculpa—: Quiero decir, sobre las circunstancias que conciernen al caso del amigo inglés de ustedes. Como ya he dicho, tomamos declaración a todos. Una chica, una recepcionista que estaba esa noche de guardia dijo que alguien fue a verlo en las primeras horas de la mañana. Pero lo más interesante es la descripción que hizo del visitante. Aquí está, léala usted mismo.

El agente sacó una arrugada hoja del bolsillo de su camisa y se la tendió a Manolis. Éste de inmediato tradujo lo que su subordinado le había dicho y luego leyó la declaración de la testigo. La leyó luego por segunda vez, con más detenimiento, y frunció el entrecejo.

—Escuchen esto —dijo, y leyó en voz alta—: «Eran aproximadamente las seis y media de la mañana cuando llegó un hombre. Dijo que era el capitán de un barco, y que uno de sus tripulantes había desaparecido. Había oído decir que habían rescatado a alguien del mar, y pensó que podía tratarse del marinero. Lo llevé a ver al señor Layard, que estaba en su habitación bajo la acción de los sedantes que le habían administrado. El capitán dijo: "No, no conozco a este hombre. La he molestado para nada". Yo me dirigí a la puerta de la habitación, pero él no me siguió. Cuando me volví para mirarlo, estaba junto a Layard, con la mano en el chichón que éste tenía en la cabeza, y dijo: "¡Pobre hombre, qué herida tan fea! Pero me alegro de que no sea uno de mis tripulantes". Le dije que no debía tocar al paciente y lo acompañé hasta la salida. Era muy extraño, a pesar de que se había compadecido por Layard, sonreía de una manera muy rara...».

Harry, que escuchaba con gran atención, preguntó:

—¿Y la descripción?

—Un capitán de barco —continuó leyendo en voz alta Manolis—, muy alto, delgado, de aspecto extraño y con gafas de sol, que no se quitó cuando estaba adentro. Me parece..., me parece que lo conozco.

El policía gordo hizo un gesto afirmativo.

—Sí, yo también —dijo—. Y cuando estábamos vigilando ese antro infame, la taberna Dakaris, le vimos salir de allí.

—¿La taberna Dakaris? Está muy cerca de donde encontraron a esa pobre puta. —Y de inmediato añadió—: Perdón, Sandra.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Harry.

—¿Que quién es? —Manolis le miró—. Haré algo mejor que decirle quién es, ¡le

diré dónde se encuentra! ¡Está allí! —dijo Manolis señalando al otro lado del puerto.

El elegante yate blanco cruzaba las aguas del puerto por el canal para barcos de más calado, pero la distancia no era tan grande como para que los ojos de Harry no pudieran leer el nombre.

—¡El *Lazarus*! —exclamó—. ¿Y cómo se llama su dueño?

—Casi igual —respondió Manolis—. Jianni Lazarides.

—¿Jianni? —el rostro de Harry palideció.

—Johnny — tradujo Manolis encogiéndose de hombros.

—John —repitió Harry, y en lo más profundo de su mente otra voz (o el recuerdo de otra voz) dijo *«Janos».*

—*¡Ahhh!*—Harry se cogió la cabeza cuando el dolor le atenazó el cráneo. Fue agudo pero breve; no era un ataque, solamente una advertencia. Pero confirmó sus sospechas. Sólo por medio de los muertos podría haber aprendido el nombre de «Janos» (quizá se lo había dicho el mismo Faethor), y con ellos le había sido prohibido hablar. Abrió los ojos a la cruel luz del sol, y vio una expresión de preocupación en el rostro de sus amigos—. Le conozco —dijo cuando pudo hablar—. Y ahora sé que estaba en lo cierto, y que debo ir a ver a Faethor.

—¿Para qué, si ya sabemos quién es nuestro hombre? —preguntó Darcy.

—Porque no lo conozco lo bastante bien —le dijo Harry mientras el dolor se desvanecía rápidamente—. Y puesto que Faethor fue su progenitor, él debe saber mejor que nadie cómo tratarlo.

—Nada ha cambiado —dijo Harry mientras se dirigían al aeropuerto en el coche que les había conseguido Manolis—. Seguiremos nuestros planes tal como lo habíamos decidido. Yo voy a Ploiesti, y allí veré si Faethor me dice algo más. Pasaré allí toda la noche, y si es necesario dormiré en las ruinas de su castillo. Es la única manera segura de comunicarme con él. Sandra volverá esta noche a Inglaterra, pase lo que pase. Ahora que ese tal Lazarides (Janos Ferenczy, en realidad) domina a Ken Layard, puede localizar a cualquiera. Todas las personas relacionadas conmigo están en peligro, sobre todo si se encuentran en el territorio del vampiro —Harry, hizo una pausa, miró las caras de los que estaban con él, y luego continuó—: Darcy, tú te quedas aquí con Manolis, y averiguarás todo lo que puedas sobre Lazarides, el *Lazarus* y su tripulación. Remóntate a los inicios, a su primera aparición en la escena. Manolis puede ser una gran ayuda. Puesto que Janos ha elegido una identidad griega, no debería ser muy difícil para las autoridades de este país averiguar sus orígenes y su procedencia.

—Había olvidado algo —dijo Manolis mirando a Harry por el espejo retrovisor—. Ese tipo tiene doble nacionalidad, griega y rumana.

—¡Dios mío! —se espantó Sandra—. Harry, él puede viajar sin problemas, mientras tú tendrás que desplazarte con suma cautela.

Harry se quedó pensativo un instante y luego dijo:

—Sí, debería haber esperado una cosa así. Pero esto no cambia nada. Cuando él se entere de que yo estoy allí, y suponiendo que intente ir en mi búsqueda, yo ya habré salido de Rumania. De todos modos, no puedo hacer nada más.

—¡Por Dios, me siento tan impotente! —se quejó Manolis cuando estacionaron el coche y bajaron—. Una voz en mi interior me dice: «Ve a bordo de ese barco y detén a ese monstruo». Pero sé que eso es imposible. Comprendo que no debo hacer nada que pueda ponerle sobre aviso hasta que lo sepamos todo sobre él. Además, Ken está en sus manos y...

—Ken ya no cuenta —le interrumpió Harry mientras se dirigía hacia la sala de embarque—. Nadie puede hacer nada por él. —Harry miró a Manolis con expresión

atormentada—. Nada, salvo acabar con él, lo que sería un acto misericordioso. Pero no esperen que Ken se lo agradezca. ¿Agradecerlo? ¡Por Dios, nada de eso! ¡Antes les cortaría la cabeza!

—De todos modos —le dijo Darcy a Manolis—, usted tiene razón: aún no podemos tocarle. Ya le hemos hablado de Yulian Bodescu. En opinión de Harry, era un niño inocente en comparación con Lazarides. Pero cuando se enteró de que iban tras él, vivimos en medio del terror hasta que finalmente murió.

—Por otra parte, yo no podría ir ante el gobierno, y decir: «¡Envíen las cañoneras para hundir a un vampiro en su nave!». No, imposible. Pero cuando el *Lazarus* vuelva a puerto, me parece que sucumbiré a la tentación de arrestar uno a uno a sus tripulantes.

—Si puede aislarlos, identificarlos positivamente como vampiros, y tiene un buen equipo que lo respalde, conozca la manera de tratar con esas criaturas y no tenga miedo de actuar, adelante —dijo Harry—. Pero, lo repito otra vez, eso podría forzar a Lazarides a descubrirse, lo que a su vez puede conducir a una cadena de acontecimientos que usted de ninguna manera podría controlar.

Manolis, mientras guiaba a Harry y a sus compañeros hacia el mostrador de la sala de embarque, le respondió:

—No se preocupe. No haré nada hasta que usted no me dé la señal de partida. Pero me siento frustrado, por eso hablo...

Harry sólo tuvo que esperar quince minutos hasta que le llamaron para que embarcara.

—Si lo hubiéramos pensado antes, yo podría haber ido contigo hasta Atenas, y de allí a Londres. Pero todo ha sucedido tan repentinamente que no se me ocurrió... No me gusta nada verte marchar solo, Harry —le dijo Sandra en el último instante.

Él la abrazó y la besó, y luego se dirigió a Darcy y Manolis.

—Volveré, lo prometo. Pero si..., si me demorara, continúen con los procedimientos y resuelvan las cosas como mejor sepan. ¡Y buena suerte!

—Ese es el sobrenombre que me dan —respondió Darcy—. Cuídate, Harry.

Sandra lo abrazó una vez más, y luego él se volvió y se unió a la multitud que marchaba a embarcar.

Un hombre vestido con pantalones bermudas de brillantes colores, camisa blanca con el cuello abierto y sandalias contempló, confundido entre los que habían ido a despedir a los viajeros, el despegue del avión donde viajaba Harry. Era un griego que ocasionalmente prestaba servicios a los rusos. Ahora su misión era descubrir el destino de Harry, y comunicárselo a aquéllos.

No era una tarea difícil, ya que su hermano trabajaba en el servicio de información a los viajeros.

El paisaje del campo rumano era muy monótono, incluso en esta época, cuando los últimos días de primavera dejaban paso a los primeros del verano; no había mucho verde digno de ser contemplado. Abundaban, sí, los marrones y los grises: pilas de arena y cemento, grandes edificios baratos de bloques de hormigón y ladrillos. Se construía más que en las zonas turísticas de España, Turquía y Grecia juntas. Sólo que aquí no tenía nada que ver con el turismo, porque también había una gran cantidad de escombros. Los grotescos e inhumanos mecanismos de la política agroindustrial de Ceausescu: ahorra dinero amontonando a más y más gente bajo un sólo techo, como ganado en el corral. Adiós a los campesinos autónomos, a las pintorescas granjas, a la vida de pueblo. Bienvenidos los horribles e inmensos bloques de apartamentos. Y todo el tiempo las riendas del control político sostenidas con mano de hierro.

Harry, con los ojos entrecerrados, miraba atentamente el territorio por las ventanillas del coche. La vista que se dominaba desde la carretera que iba de Bucarest a Ploiesti era la de un paisaje después de la batalla. Las aplanadoras trabajaban en grupo, envueltas en la niebla contaminante que soltaban los tubos de escape, arrasando pequeñas comunidades agrícolas y reemplazándolas por descampados llenos de fango; otras máquinas permanecían inmóviles o descansaban junto a grandes excavadoras con las palas mecánicas en alto, como cuellos de monstruos en permanente alerta. Y donde una vez hubo aldeas, ahora sólo se veía tierra rasa, escombros y desolación.

—Más de diez mil pueblos en la vieja Rumania —masculló entre dientes el conductor del coche de Harry, percibiendo quizá que su pasajero aún estaba despierto—. Pero el presidente Nicolae piensa que hay cinco mil de más. ¡Qué chiflado! Si alguien le dijera cómo hacerlo, aplastaría hasta las montañas.

Harry no respondió y continuó dormitando, pero se preguntó: «Qué sucederá con la morada de Faethor, en las afueras de Ploiesti? ¿La derruirá Ceausescu, si es que ya no lo ha hecho?».

Y si así había ocurrido, ¿podría Harry encontrarla en esta ocasión? La última vez que había estado aquí llegó por medio del continuo de Möbius, guiado telepáticamente por la voz de Faethor. (O, mejor dicho, necroscópicamente, porque Harry no era un verdadero telépata, y sólo podía hablar mentalmente con los muertos). Faethor le habló, y Harry le había localizado. Ahora era diferente; sólo podría reconocer el lugar donde estaba Faethor cuando lo tuviera enfrente. En cuanto a su localización exacta..., sabía solamente que allí no cantaban los pájaros, que las plantas no florecían ni daban fruto. Las abejas no se les acercaban. Allí se encontraba la tumba de Faethor, y una lápida con un epitafio que rezaba:

¡Esta criatura era la muerte! Su sola existencia
era una contradicción
a la vida;
ahora yace aquí
y la vida misma se rehúsa
a reconocerle.

Cuando el taxi pasó junto a un poste indicador que señalaba que Ploiesti estaba a diez kilómetros, Harry se desperezó, bostezó y fingió que despertaba.

—En las afueras de Ploiesti hubo en una época grandes y antiguas mansiones, las residencias de la aristocracia. ¿Conoce el lugar?

—¿Antiguas mansiones? —el hombre le miró fijamente—. ¿Y de la aristocracia?

—Fueron bombardeadas durante la guerra —continuó Harry—. Y reducidas a un montón de ruinas. Pero el gobierno nunca tocó el lugar, quedaron como una especie de monumento..., al menos hasta hace un tiempo.

—¡Ah, sí, las conozco! Pero no están en este camino, no. Están junto a la vieja carretera, en la curva. ¿Quiere ir allí?

—Sí, allí vivía un conocido mío.

—¿Vivía?

—Bueno, por lo que sé, aún vive allí —rectificó Harry.

—¡Cójase fuerte! —le avisó el conductor, y giró bruscamente hacia la derecha.

Salieron de la carretera y se internaron en una avenida empedrada que describía una curva a lo lejos, sombreada por frondosos castaños.

—Es aquí —dijo el conductor—. Por poco me paso, y hubiera tenido que dar la vuelta. Las viejas casas de la vieja aristocracia, sí. Pero ha llegado en el momento justo. En un año ya no quedará nada. Y también se marchará su amigo. Van a demolerlas, y

quien quiera que viva aquí tendrá que marcharse, o lo aplastarán junto con las casas... Ya verá, dentro de muy poco las aplanadoras estarán aquí...

Un kilómetro más allá Harry vio que ése era el lugar que buscaba. Las ruinas de las antiguas mansiones se alzaban a uno y otro lado de la avenida, detrás de los castaños. Parecían estar deshabitadas en su mayoría, pero aquí y allá aún salía humo de alguna chimenea.

—Puede dejarme aquí —le dijo Harry al conductor. Cuando se apeaba del taxi, tras haber cogido su maleta, le preguntó al hombre—: ¿Hay autobuses por aquí? ¿Cómo puedo volver a la ciudad por la mañana, si me quedo a pasar la noche con mi amigo?

—Vaya hasta la carretera principal, en dirección a Bucuresti —le respondió el conductor del taxi—. Coja el lado derecho y siga caminando. En cada kilómetro hay una parada de autobús. Es imposible no verlas. ¡Pero no vaya por ahí mostrando sus dólares! Aquí tiene un poco de cambio. ¡*Banis,* mi amigo, y *leus,* o la gente se preguntará en qué está usted metido! —Y despidiéndose con la mano, se alejó en medio de una nube de polvo.

Lo demás fue instintivo; Harry se limitó a ir donde le llevaba su intuición. Muy pronto descubrió que estaba aproximadamente a un kilómetro y medio de su blanco, pero el tiempo y la distancia pasaban rápidamente, y sabía que iba en la dirección correcta. Se veían muy pocos signos de humanidad; el humo de una chimenea distante, y una pareja de campesinos con los que se cruzó y que iban en la dirección opuesta. Parecían exhaustos, y empujaban un carro lleno de muebles y de objetos personales. Harry, aun sin conocerlos ni saber nada de sus vidas, sintió pena por ellos.

Al cabo de un rato sintió hambre, y recordando los bocadillos de salami y el botellín de cerveza alemana que llevaba en su mochila, dejó la ruta y entró a un antiguo cementerio. Las tumbas no le incomodaban; por el contrario, allí se encontraba como en su casa.

El cementerio era muy grande y estaba muy descuidado; Harry caminó por entre las hileras de tumbas hasta que llegó a la pared trasera, muy alejada de la carretera. El antiguo muro tenía unos setenta centímetros de espesor, pero se estaba desmoronando en algunos lugares; Harry trepó por un sitio donde las piedras caídas habían formado una especie de escalera y encontró un rincón cómodo para sentarse. Los rayos del sol le llegaban filtrados a través de los árboles, y la tenue luz le recordó que sólo faltaba una hora para el ocaso, y tenía que llegar a la morada de Faethor antes de la puesta del sol. Pero no estaba preocupado; su instinto le decía que estaba muy cerca.

Comió los bocadillos —que estaban muy buenos— y bebió la cerveza contemplando el mar de tumbas. En otra época, sus ocupantes no le hubieran dejado en paz ni un instante, y tampoco él lo hubiera deseado. Aquí se habría encontrado entre amigos, ansiosos por contarle todo lo que habían pensado durante años. Y no habría importado que fueran rumanos, porque la lengua muerta, al igual que su gemela, la telepatía, es universal. Harry les habría entendido a la perfección, y también ellos a él.

Sí, pero eso era el pasado..., y el presente era muy distinto. Ahora le estaba prohibido hablar con los muertos, pero tenía que encontrar la manera de hablar con Faethor.

Cuando este nombre cruzó su mente, una nube cubrió el sol, y el cementerio quedó en sombras. Harry se estremeció y por primera vez se volvió y miró a sus espaldas, fuera del camposanto. Había allí campos desiertos, surcados por huellas y senderos medio invadidos por la maleza, con algunos montecillos y pilas de ruinas aquí y allá, y las cicatrices de antiguos cráteres aún visibles. Cerca de la carretera principal, a menos de un kilómetro, el suelo era pantanoso, seguramente debido a la acción de las aplanadoras, que habían destruido los desagües naturales.

Harry contempló el paisaje con los ojos de la memoria, superponiendo la vista actual y la vista recordada, y ambas se fundieron gradualmente en una sola. Y supo que el conductor del taxi estaba en lo cierto; dentro de un año —o quizá sólo de un mes—, hubiera llegado demasiado tarde. Porque uno de esos montones de escombros era seguramente la morada de Faethor, y muy pronto las aplanadoras la reducirían a nada, la nivelarían con los terrenos circundantes.

Harry se estremeció, bajó del muro fuera del cementerio y comenzó a explorar las ruinas una a una. Y cuando la penumbra apagó la luz de la tarde, encontró el lugar que buscaba. Los pájaros se mantenían lejos de él; no había abejas ni otros insectos, y tampoco se veían frutos o flores entre el follaje; hasta las arañas se cuidaban de no acercarse a la última morada de Faethor en la Tierra. Todo esto parecía una peculiar advertencia, pero Harry no tenía más remedio que ignorarla.

El lugar no era exactamente tal como lo recordaba. La carencia de desagües había hecho que lo surcaran pequeños cursos de agua, que se estancaban en la menor hondonada. Aquello se había convertido en una ciénaga, con la diferencia de que allí no se veía ningún mosquito. Harry no tenía por qué preocuparse, ningún insecto lo picaría mientras dormía. Aunque ése, de todos modos, hubiera sido el menor de sus problemas.

La oscuridad era a cada instante más intensa, y Harry cogió el saco de dormir que llevaba en la mochila y preparó su cama en un montecillo cubierto de hierba y cercado por paredes bajas en las que trepaba la hiedra. Hizo sus necesidades detrás de un montón de escombros cercano y cuando regresaba al lugar que había elegido para pasar la noche vio que no estaba completamente solo. Al menos los pequeños murciélagos rumanos no temían al lugar; volaban silenciosos por sobre su cabeza, y luego se dirigían a sus terrenos de caza, lejos de allí. A su manera, quizá rendían homenaje a la antigua y maligna criatura que había muerto allí.

Harry fumó un cigarrillo —uno de los pocos que se permitía—, y luego arrojó la colilla a la oscuridad como un pequeño meteorito que se extinguió en un charco. Tras unos instantes cerró la cremallera de su saco de dormir, adoptó la postura más cómoda que le fue posible y se preparó a enfrentarse con lo que le trajeran sus sueños...

*¿Harry?* —La monstruosa, oscura voz se presentó de inmediato, penetrando sin preámbulos en su mente dormida—. *De modo que has venido.* —Se oía tan cercana y vibrante como la voz de un ser humano vivo, y Harry percibió en ella una intensa satisfacción.

Pero en su sueño, por más que se esforzaba, Harry no conseguía recordar por qué estaba allí.

Reconocía la voz de Faethor, sin duda, pero no sabía qué impulsaba al vampiro a hablar con él. A menos que fuera para atormentarle. Y Harry se mantuvo en silencio, porque lo único que recordaba era que le habían prohibido hablar con los muertos.

*¿Qué, otra vez con lo mismo?.* —Faethor se impacientaba—. *Ahora, escúchame, Harry Keogh. Yo no he ido a buscarte, sino que, por el contrario, eres tú quien ha venido a visitarme a Rumania. Y en cuanto a que te está prohibido hablar conmigo —o con los muertos en general—, es precisamente por eso por lo que estás aquí, para que yo pueda, deshacer lo que te han hecho.*

—Pero si hablo contigo —Harry hizo una pausa, esperando que comenzara el dolor, pero nada sucedió—, sufriré un dolor insoportable y...

*¿Acaso sufres ahora? No, porque estás dormido y soñando. Consciente, no podrías hablar conmigo, pero no lo estás. Y ahora, dime, por favor, ¿podemos continuar?*

Harry lo recordó todo: dormido podía hablar sin peligro la lengua de los muertos. Sí, ahora se acordaba de eso, y también de otras cosas.

—He venido aquí... para que me hables de Janos Ferenczy.

*Así es* —respondió Faethor—, *ésa es una de las razones de tu visita. Pero no la única. Antes que nada, dime, ¿has venido por tu propia voluntad?*

—Estoy aquí por necesidad —respondió Harry—, porque en mi mundo hay otra vez vampiros.

*¿Pero has venido aquí como un hombre libre, porque tú lo deseabas? ¿O te han obligado por la fuerza, te han engatusado u obligado en contra de tus deseos?*

Harry estaba completamente alerta en su sueño, y prevenido contra las triquiñuelas del vampiro. Además, se había vuelto tan hábil para los juegos de palabras como los propios wamphyri, y sabía que sólo se trataba de una manera de manipulación verbal.

—¿Obligado? —dijo—. No, nadie me obligó. ¿Forzado? Todo lo contrario, mis amigos me hubieran retenido. ¿Engatusado? Sí, viejo demonio, he venido engatusado por ti.

*¿Por mí?* —Faethor se hacía el inocente—. *¿Por qué piensas eso? Tú tienes un problema y yo tengo la solución. Alguien se metió en tu cerebro, cogió tus sesos e hizo un nudo en ellos. Yo tal vez pueda desatarlo... si tengo ganas. ¡Y puede que no las tenga, si tú pones obstáculos y haces acusaciones infundadas! Respóndeme, pues, y de inmediato: ¿cómo te he engatusado? ¿De qué manera?*

—Tal como yo lo entiendo —respondió Harry—, la palabra engatusar tiene varios significados. Persuadir con halagos, engañar, hacer promesas falsas. Es seducir a alguien con el objetivo de conseguir los propios fines. Ésos son los significados de la palabra. Pero cuando un vampiro «engatusa»..., la finalidad de su acción es mucho menos clara. Y las consecuencias, a menudo son calamitosas.

*¡Ja!* — Harry percibió la exasperación de Faethor, y su asombro de que un mero ser humano se atreviera a desafiarlo en uno de sus juegos. Pero también percibió el gesto de indiferencia del vampiro, y tal vez también su resolución—. *Muy bien* —continuó Faethor—, *eso lo dice todo. No confías en mí. De acuerdo, pues. Has desperdiciado tu viaje; despierta y márchate. Creía que éramos amigos, pero estaba equivocado. Y en ese caso..., ¿qué me importa que haya vampiros en tu mundo? ¡Al diablo con tu mundo, Harry Keogh, y al diablo contigo!*

Harry no se dejó engañar. Ahora se esperaba que, en beneficio de la audiencia de Faethor, argumentara con el vampiro. Pero éste nunca le hubiera llamado para pedirle que se marchara. Esta manera de hablar era simplemente el estilo de los vampiros. Una maniobra para estar siempre en una posición de ventaja. Mas este sueño era de esos enormemente vívidos y reales. Y Harry, dentro de él, hacía gala de un ingenio agudo como una cuchilla de afeitar.

—Discutamos cara a cara, Faethor —dijo con cierta brusquedad—. Acabo de darme cuenta de que, si bien hemos hablado en más de una ocasión, nunca lo hemos hecho frente a frente. Y estoy seguro de que si pudiera ver tu serio y honesto rostro, me sentiría mucho más cómodo contigo... y, claro está, no necesitaría estar en guardia todo el tiempo.

*¿Qué? ¿Aún estás ahí?* —dijo el otro fingiendo sorpresa—. *¡Hubiera jurado que nuestra conversación había concluido! Quizá no me has entendido y te lo diré sin rodeos. ¡Márchate!*

Ahora le tocó a Harry fingir indiferencia.

—Muy bien. No creas que es una gran pérdida. Seamos sinceros, nunca podría haber confiado en lo que me dijeras.

*¡Qué dices!* —Faethor estaba furioso—. *¿Cuántas veces te he ayudado, Harry Keogh? ¿Y cuántas te he mantenido a flote, cuando hubiera debido dejar que te*

*hundieras?*

—Todo esto ya lo hemos hablado antes —respondió con calma Harry—. ¿Tenemos que repetirlo? Si la memoria no me engaña, ya antes estuvimos de acuerdo en que nuestras alianzas fueron siempre para ventaja de ambos; ninguno ganó más que el otro. De modo que apéate del caballo y dime la verdad: ¿por qué insistes en este siniestro ritual, en que yo te diga que vengo a ti por propia voluntad? Y si acepto que es así, ¿a qué me obligarán mis palabras?

*¡Ahhh!* —suspiró Faethor al cabo de un instante—. *¡Si te hubiera elegido a ti, Harry, y no al sanguinario Thibor, o al insidioso y taimado Janos! ¡Si tan sólo hubiera escogido con más cuidado a mis hijos! ¡Nosotros dos habríamos podido regir el mundo! Pero ahora es demasiado tarde, porque Thibor recibió mi huevo y Janos era mi hijo carnal. Y ya no tengo vida ni fuerzas como para engendrar otro.*

—¡Si creyera que aún eres capaz, no estaría aquí, Faethor! —dijo Harry estremeciéndose.

*Pero lo estás, y te suplico que guardes las formas, ese antiguo «ritual» al que te refieres con tal desprecio y sospecha.*

—De modo que ahora eres tú quien suplica —dijo Harry—, pero aun así, sigo preguntándome: ¿qué ganas con eso?

*¡Sí, reconozco que hemos tenido antes esta conversación!* —protestó Faethor—. *Bien, repetiré lo que ya dije en otra ocasión: ese producto de mi sangre, ese niño que procreé con mi parte humana, Janos, camina otra vez entre los vivos, y yo no puedo soportarlo. Cuando Thibor estaba desesperado por entrar en acción, ¿quién fue en tu ayuda para que esto no sucediera? Yo, porque odiaba a ese perro. Y ahora es el turno de Janos. ¿Y preguntas qué sacaré de esto? Cuando lo destruyas, debes acordarte de decirle que su padre te ayudó, y de que aun ahora está riendo en su tumba. Eso será para mí provecho suficiente.*

—¿Qué dices? —Harry hablaba y pensaba muy lentamente, con gran cautela—. Pero lo último sería una mentira, porque en esta tumba ya no hay nada de ti. Tú te consumiste en el incendio que destruyó tu casa, ¿o no es así?

*¡Sabes muy bien que sí!* —exclamó el vampiro—, *pero aún estoy aquí, aunque de una manera muy especial. ¿Cómo, si no, podría hablar contigo? Está mi alma, mi espíritu, el eco de una voz desvanecida hace tiempo, y que tú oyes. Tu talento, tu habilidad para hablar con los muertos, debería ser prueba evidente de mi extinción.*

Harry se quedó callado unos segundos. Sabía que aquello era un toma y daca, esto-para-mí esto-para-ti, y que no obtendría nada si primero no daba algo. Faethor insistía, era incluso intransigente al respecto, en que sus reglas debían aplicarse en cualquier intercambio. Y era evidente que a la larga el vampiro se saldría con la suya, porque la causa de Harry estaba perdida de antemano sin él. Harry pensó todo esto, pero se las arregló para ocultar sus pensamientos a Faethor.

*¡Ah! ¡Ahora lo veo claro!* —le espetó el vampiro—. *¡Me tienes miedo! ¡A mí, una criatura muerta hace tiempo, quemada, extinguida para siempre en un holocausto! ¿Pero por qué no? ¿Qué es diferente ahora? No somos desconocidos, no es la primera vez que luchamos juntos por una causa común.*

—No —contestó Harry—, pero es la primera vez que comparto la cama contigo. He estado aquí antes, sí, pero estaba despierto. Y siempre que he hablado contigo, había una gran distancia entre nosotros, y por consiguiente ningún peligro para mí. Y si he aprendido algo acerca de los vampiros, es que cuando más indefensos parecen, más peligrosos son.

*Esta discusión no nos llevará a ninguna parte* —dijo el vampiro, en tono desesperanzado.

Harry adivinó que Faethor no iba a ceder un ápice en su posición. Y eso significaba que había sólo una manera de salir de aquel punto muerto.

—De acuerdo —dijo—, uno de nosotros tiene que ceder. Puede que yo sea un tonto pero..., sí, he venido por mi propia voluntad.

*¡Bien!* —gruñó inmediatamente el vampiro, y Harry poco menos que percibió cómo se relamía—. *Una decisión muy sabia, y muy sensata. Después de todo, si yo he de proceder según tus costumbres, ¿por qué no habrías tú de observar las mías?*

A esas criaturas les encantaba triunfar, aunque fuera en algo tan insignificante como un juego de palabras. Tal vez era mejor así, pues ahora Faethor, aplacado, cedería en otras cosas. Y el vampiro, como si hubiera leído el pensamiento de Harry, dijo:

*Y ahora hablaremos de igual a igual. ¿Deseabas hablar conmigo cara a cara? Que así sea.*

Hasta entonces el sueño había sido vacío y gris, un lugar sin más sustancia que el intercambio de pensamientos. Pero ahora el gris adquirió un movimiento de remolino y se diluyó luego rápidamente en una brumosa llanura bajo un cielo que lucía una luna nueva. Harry estaba sentado en un muro medio derruido, y la bruma del suelo le impedía ver sus pies; Faethor, sentado sobre un montón de escombros, era una figura oscura embozada en un manto cuya capucha le dejaba el rostro en sombras. Sólo sus ojos ardían en la oscuridad, como pequeñas lámparas escarlata.

*Y esto, ¿te gusta más, Harry Keogh?*

—Conozco este lugar —contestó Harry.

*Claro que sí, porque es el mismo lugar pero percibido tal como será en un futuro cercano. Sí, porque ése era también uno de mis talentos: ver el futuro cercano. Pero no era un talento seguro, en el que pudiera confiar enteramente..., o no hubiera estado aquí la noche del bombardeo.*

—Veo que las aplanadoras ya han estado aquí —dijo Harry mirando a su alrededor—. ¡El lugar donde estás parece ser el único en pie!

*Por el momento, sí* —respondió Faethor—. *Una ruina en medio de las tierras bajas, rodeada de lodo y escombros, y que muy pronto se convertirá en un complejo industrial. Y aunque hubiera oídos que me oyeran, ¿quién me escucharía en estas circunstancias? ¿En medio de los ruidos y el caos mecánico? Qué dura es la caída de los que hemos sido grandes, Harry; ¡mira a qué me veo reducido! Y tal vez ahora entiendas por qué Thibor tuvo que sufrir, y ser finalmente destruido; y por qué el destino de Janos habrá de ser el mismo. Podrían haberlo tenido todo, pero eligieron desafiarme. ¿Acaso crees que yo debería vagar por este lugar, solo, no deseado y olvidado por todos, mientras uno de mis hijos vuelve al mundo para ser un poderoso? ¿El más poderoso, quizá? No, no descansaré hasta que sepa que Janos es tan poca cosa como yo, o incluso menos, lo que es igual a la nada.*

—¿Y yo he de ser tu instrumento?

*¿No es eso lo que deseas? ¿No coinciden nuestros objetivos?*

—Sí —estuvo de acuerdo Harry—, sólo que yo lo deseo por la seguridad del mundo, y tú por odio egoísta. Thibor y Janos eran tus hijos. Lo que odias en ellos, sea lo que sea, lo obtuvieron de ti. ¡Qué extraño padre eres, que asesinas a tus hijos porque se te parecen demasiado!

La presencia de Faethor se hizo más tenebrosa, y su voz se volvió taimada e insinuante.

*¿Seguro que es así, Harry? ¿Y tú eres el experto que me juzga? Aunque, claro está, tú debes entender de estas cosas; he oído decir que tú también tienes un hijo...*

Harry permaneció en silencio; no tenía respuesta. Tal vez él también destruiría a su hijo si pudiera, o al menos intentaría cambiarlo. ¿Pero no había intentado también

cambiar a lady Karen?

Faethor interpretó su silencio como un signo de que tal vez había ido demasiado lejos, y cambió rápidamente de tono.

*Pero allí, las circunstancias son diferentes. Y de todas formas, tú eres un hombre y yo un wamphyri. No podemos tener puntos comunes, excepto en nuestro objetivo. De modo que terminemos con las acusaciones y las críticas, porque tenemos una tarea que realizar.*

A Harry le agradó que cambiara de tema.

—La realidad, pura y simple, es que ambos deseamos acabar para siempre con Janos, y ninguno puede hacerlo solo. Para ti es absolutamente imposible, y también para mí, despojado de mi poder para hablar con los muertos. Dices que puedes devolverme ese poder, puesto que me fue quitado por un vampiro y sólo un vampiro puede restituírmelo. Muy bien, te creo. ¿Y qué me obligará a eso?

Faethor suspiró y pareció hundirse un poco más en su asiento. Apartó sus ojos llameantes y contempló la brumosa planicie.

*Sé que esto te causará un rechazo enorme, pero es inevitable. Una criatura ha visitado el laberinto de tu mente, y ha efectuado allí algunos cambios. Digamos que ha desacomodado los muebles de tu casa, y ahora alguien tiene que introducirse en ella y ponerla en orden.*

—¿Quieres que te deje entrar en mi mente?

*Debes invitarme a entrar, y yo debo hacerlo por mi propia voluntad.*

Harry recordó todo lo que sabía sobre los vampiros, y dijo:

—Cuando Thibor penetró en la mente de Dragosani, trató de manejarla a su manera. Se inmiscuyó en los asuntos de Dragosani. Cuando tocó el feto que luego sería Yulian Bodescu, eso fue suficiente como para alterar por completo al niño, y convertirlo en un monstruo. Y Thibor estuvo en la mente de Yulian y fue capaz de comunicarse con él y de guiarle (o conducirle) desde muy lejos. En este mismo instante un amigo mío, en la isla de Rodas, tiene un vampiro en su mente (tu hijo Janos), o al menos está bajo su dominio. Y mi amigo vive en un infierno de terror y torturas. ¿Y quieres que yo te deje entrar en mi mente?

*Ya dije que te causaría un profundo rechazo.*

—Si dejo que lo hagas esta vez, ¿cómo puedo estar seguro de que no sucederá cuando yo no lo desee?

*Te recordaré que la distancia alejaba a Dragosani del peligro. Aunque fuera posible lo que sugieres, no creo que esté en tus planes permanecer en Rumania para siempre. No, tú tienes tu propio camino a seguir, que te pondrá fuera de mi alcance. Y te recordaré otra cosa: Thibor estaba no-muerto y enterrado, pero era real, sólido y estaba completo, con todas sus partes, en tanto que yo sólo soy un espíritu muerto e ido para siempre, un fantasma vacío, inmaterial, incorpóreo e intangible.*

—Salvo para un necroscopio.

*Así es, salvo para ti* —Faethor hizo un gesto de asentimiento—. *Para el hombre que habla con los muertos, y es su amigo. O solía serlo.*

—¿Cómo debemos proceder, entonces? —preguntó Harry—. Yo no soy un telépata, con una mente que pueda ser leída como un libro.

*En cierto sentido, lo eres* —le respondió Faethor—. *¿Acaso no es una forma de telepatía poder hablar con los muertos? Además, cuando te encontraste sin cuerpo, ¿no hablabas también con los vivos?*

—Ésa fue una época muy extraña —dijo Harry—. Era mi talento, la «lengua muerta» que puedo hablar. Al ser incorpóreo, no tenía voz y podía hablar con los vivos (con los que tenían cuerpo) de la misma manera que hablaba con los muertos.

*Hay más cosas en tu mente de lo que supones, Harry Keogh* —observó Faethor—. *Y puedo decirte que puedo estar en ella tal como Thibor estaba en la mente de Dragosani, pero sin tantas complicaciones.*

Harry percibía el interés de Faethor. Estaba demasiado interesado..., pero no había manera de evitar aquello.

—¿Qué debo hacer?

*Nada. Simplemente relájate. Duerme un sueño sin sueños. Y yo te visitaré dentro de tu mente.*

Harry percibió el hechizo de Faethor —su hipnosis—, actuando sobre él, y se resistió.

—¡Espera! Quiero tres cosas. Y si tus triquiñuelas funcionan, tal vez una cuarta más tarde.

*Dímelas.*

—Primero, que deshagas el daño causado a mi mente y me devuelvas el dominio de la lengua muerta, tal como acordamos. Segundo, que me proporciones algún tipo de defensa contra la telepatía de Janos, porque he visto lo que puede hacer con mentes como la mía. Tercero, que mires si hay alguna manera de que pueda recuperar el acceso al continuo de Möbius. Es el arma fundamental contra Janos, y con ella la balanza se inclinaría a mi favor.

*¿Y la cuarta?*

—Cuando haya recuperado el dominio de la lengua muerta, podré encontrarte esté donde esté. Y entonces puede que solicite tu ayuda una vez más (y espero sea la última), para liberar la mente de mi amigo Trevor Jordan, que está bajo el dominio de Janos.

*En cuanto a lo último que pides* —respondió el vampiro—, *se hará, si se puede, a su debido tiempo. Pero con respecto al acceso a ese artificio tuyo —¿teleportación?—, ya veremos. Yo dudo que pueda hacer algo; eso no estaba entre mis habilidades, y no sé nada del asunto. ¿Cómo puedo desentrañar algo escrito en un lenguaje que no hablo? El lenguaje de las matemáticas me es ajeno. Por otra parte, tu lengua muerta sí es algo que puedo componer, porque la comprendo. Mis cíngaros, aunque llevaran muertos varios siglos, respondían a mi llamada y salían de sus tumbas. Me pides también una defensa contra el dominio mental de Janos. Bien, eso no es fácil; no es un don que yo puedo otorgarte. Pero más tarde te diré cómo puedes combatir el fuego con el fuego. Eso te puede ayudar..., si soportas el calor.*

—Faethor —Harry estaba casi completamente resignado a su suerte—, me pregunto si deberé darte las gracias cuando todo haya terminado. ¿Cómo podré agradecértelo? ¿O deberé maldecirte para toda la eternidad, y ninguna maldición será suficiente? Podrías estar maquinando algo para destruirme, como has destruido a todos los que has tocado. Pero, de todos modos..., no tengo elección.

*Las cosas que dices no son enteramente ciertas, Harry* —respondió Faethor—. *¿Que he destruido cosas? Sí, lo he hecho, y también he dado vida a otras. Y tampoco es cierto que no tengas elección. Confía en mí como en un aliado sincero y de fiar, o vete y espera a que Janos vaya tras de ti, y cuando llegue el momento, lucha contra él como un niño, desnudo e ignorante de todas sus triquiñuelas y añagazas...*

—Ya hemos hablado bastante —dijo Harry—, y los dos sabemos que sólo tengo un camino a seguir. ¡No perdamos más tiempo!

*Duerme* —dijo Faethor, con su voz mental profunda y oscura como un insondable lago de sangre—. *Duerme un sueño sin sueños, Harry Keogh, y deja todas las puertas de tu mente abiertas para mí. Duerme, y déjame ver en tu interior. Aunque tú hayas consentido por tu propia voluntad, debo encontrar ciertas puertas que están cerradas para mí, e incluso para ti. Son ésas las que debo abrir. Porque tras ellas se encuentran*

*tus talentos, ésos que tu hijo te ha ocultado.*

*Duerme, Harry. Somos nosotros los traicionados, tú y yo, por la carne de nuestra carne y la sangre de nuestra sangre. Al menos tenemos eso en común. Pero tenemos algo más, ambos hemos sido poderosos. ¡Y tú... volverás... a... serlo..., Haaarry Keooogh!*

La bruma de la llanura se arremolinó cuando Faethor se deslizó hacia Harry, que estaba echado junto al muro en ruinas. El difunto vampiro alargó una mano hacia el rostro de Harry..., una mano blanca y esquelética, un manojo de huesos descarnados que salían de la manga de su toga como blancos palillos. Los dedos de hueso tocaron la pálida frente de Harry y penetraron en su cráneo.

Y luego los fuegos escarlata se apagaron en las órbitas de Faethor, y su luz pasó a los ojos cerrados de Harry, como las rojas llamas de dos velas bajo un cristal escarchado. Después... el vampiro estuvo en posesión de los más recónditos secretos de Harry: sus pensamientos, sus recuerdos, sus pasiones, toda su mente.

*¡Despierta!* —dijo Faethor, después de un tiempo que pudo ser instantes... o milenios.

Harry despertó de su sueño con un estornudo, y luego estornudó por segunda vez, y se dio cuenta de que estaba verdaderamente despierto. Movió un poco la cabeza en la almohada de su saco de dormir, y algo hizo un ruido suave, semejante a un pequeño estallido, muy cerca de él. En la media luz vio una hilera de setas negras, o pedos de lobo, que habían crecido junto a su cama durante la noche. Ya estaban maduras, y estallaban al menor movimiento, lanzando sus esporas en una nubecilla picante. Harry volvió a estornudar y se sentó.

Aún recordaba su sueño, pero ya se estaba desvaneciendo en su memoria como la mayoría de los sueños. Intentó recordarlo..., pero ya no estaba allí. Sabía que había hablado con el espíritu de Faethor Ferenczy, pero eso era todo. No podía decir si había pasado algo entre ellos dos. En realidad, no se sentía diferente de cuando se había acostado a dormir.

*¿Sí? ¿Estás seguro de eso, Harry Keogh?* —dijo Faethor.

—¡Jesús! —Harry dio un salto—. ¿Quién...? —Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

*¿Creíste que yo te decepcionaría?* —preguntó Faethor.

—¡La lengua muerta! —susurró Harry.

*Sí, te ha sido devuelta. Ya ves, Faethor Ferenczy cumple su palabra.*

Harry había abierto su saco de dormir y se había puesto en pie. Ahora volvió a sentarse, atónito. No le dolía la cabeza, nadie había arrojado ácido en su mente; parecía haber recobrado por entero su talento.

Tenía que comprobarlo.

—¿Faethor? —llamó, todavía encogido en su interior, como esperando el sufrimiento—. ¿Fue muy..., muy difícil?

*Sí, bastante difícil* —la voz del difunto vampiro sonaba fatigada— *¡Lo que te habían hecho era obra de un experto! Trabajé toda la noche para limpiar tu casa de esa plaga, Harry. Puedes evaluar por ti mismo el alcance de mis logros.*

Harry se puso de pie. Con el corazón en la boca intentó conjurar una puerta de Möbius... sin ningún éxito. Las ecuaciones se desarrollaban, se modificaban y se multiplicaban con asombrosa rapidez en las pantallas del ordenador de su mente, pero le eran completamente ajenas. No podía comprenderlas una a una, y mucho menos como una entidad o concepto total. Harry suspiró y dijo:

—Te estoy agradecido (más, mucho más de lo que puedes imaginarte), pero tu éxito no ha sido total.

Faethor respondió medio disculpándose.

*Te advertí que podía ser así. Encontré la región problemática, y conseguí abrir varias de sus puertas. Pero más allá de ellas...*

—¿Sí?

*¡No había nada! No había tiempo ni espacio, nada en absoluto. Son lugares que dan miedo, Harry, y es muy extraño pensar que existen en tu mente, ¡en tu mente tan humana! Sentí que si diera un solo paso para cruzar esos umbrales, sería absorbido más allá de los límites del universo, estaría perdido para siempre. De más está decir que no di ese paso. Además, apenas abrí esas puertas, se me cerraron en la cara. Y no lo he lamentado.*

—Has mirado dentro del continuo de Möbius —le explicó Harry—. Cuando termine aquí, intentaré encontrar a Möbius. Así como tú eres experto en tu campo, él es una verdadera autoridad en el suyo. La única, en verdad. Pero hasta hoy no tenía sentido buscarle, porque sin dominar la lengua muerta no podía hablar con él.

*¿Y lo buscarás ahora mismo?* —Faethor parecía fascinado—. *Me interesa la genialidad. Los verdaderos genios tienen todos algo en común, Harry. Por diferentes que sean sus talentos, la obsesión es la misma. Buscan eliminar todas las imperfecciones. Möbius se ha acercado a los límites extremos de los números puros, y yo he buscado el mal absoluto. Estamos en las orillas opuestas de un gran golfo, pero en cierto sentido somos hermanos. Sí, y sería fascinante conocer a un genio como él.*

—No —Harry hizo maquinalmente un gesto negativo, y supo que Faethor lo percibiría—. No iré a buscarlo de inmediato. Lo haré, pero no ahora. Quizá lo haga después de haber practicado un tiempo, y cuando esté seguro de que hablo la lengua muerta con tanta fluidez como antes.

*Como quieras. ¿Y qué harás entretanto? ¿Buscarás a Janos?*

Harry plegó el saco de dormir y lo guardó en la mochila.

—Sí —respondió—, a la larga, lo haré; pero antes volveré junto a mis amigos, en Rodas. Quiero ver cómo les va. Antes de eso debes decirme algunas cosas. Quiero saberlo todo acerca de Janos. Cuanto más sepa un hombre de su enemigo, más fácil le será vencerlo. Además, necesito saber cómo defenderme de él.

*¡Claro que lo necesitas!* —respondió Faethor—. *Había olvidado que aún nos queda trabajo por hacer. Pero ya ves, estoy ansioso por verte en marcha, ¡y voy demasiado rápido! Tienes razón, cuantas más armas tengas a tu alcance, mayores son las posibilidades de que le venzas. En cuanto a cómo defenderte, eso no es fácil. Es un don que poseemos los wamphyri, pero difícil de enseñar a terceros. Ni siquiera la intuición más aguda sería bastante, porque esto es algo que llevamos en la sangre. Si pudiéramos disponer de una semana entera para estar juntos...*

—No —respondió Harry—. Eso es impensable. ¿No puedes explicármelo de la manera más sencilla posible? No soy estúpido, y tal vez consiga aprender...

*Puedo intentarlo* —dijo Faethor.

Harry encendió un cigarrillo y se sentó sobre la mochila.

—¡Adelante! —dijo.

*Janos es, sin duda, el mejor telépata —y esto significa también el mejor hechicero— que he conocido, por lo cual va a intentar ante todo invadir tu mente. Pero, como ya te he dicho, y es evidente, tu mente es extraordinaria, Harry. ¡Cómo no habría de serlo, si eres el necroscopio! Mientras tú has utilizado tus dones solamente para el bien, Janos, al igual que yo en mi época, ha utilizado los suyos para el mal. Y como tú sabes que es malvado, le temes y temes lo que él pueda hacerte. ¿Me comprendes?*

—Claro que sí. Nada de lo que dices es nuevo para mí.

*Para cualquiera menos versado en las costumbres de los wamphyri, Janos le*

*inspiraría un terror tal que se quedaría paralizado. Pero tú no desconoces nuestros hábitos; por el contrario, eres un experto. ¿Conoces ese refrán que dice que la mejor defensa es el ataque?*

—Sí, lo había oído.

*Creo que en esta circunstancia sería cierto.*

—¿Debo atacarle entonces? ¿Con mi mente?

*Sí, cuando le percibas cerca, en vez de huir, búscale. ¿Que está por entrar en tu mente? ¡Entra antes tú en la suya! Él espera que le temas, ¡sé audaz! Te amenazará; no hagas caso y golpea. Pero, sobre todo, no dejes que su maldad te amilane. Cuando abra ante ti sus grandes mandíbulas, entra por ellas, porque Janos es mucho más débil en su interior.*

—¿Eso es todo?

*Temo confundirte si digo más. Y, quién sabe, puede que aprendas más de la historia de Janos que de los consejos que yo te dé. Además, estoy fatigado; ha sido una noche de trabajo duro. Pregúntame lo que fue, pero no lo que será. Es verdad que he sido un observador de los tiempos, pero como lo atestigua mi actual situación, me he equivocado en demasiadas ocasiones.*

Harry meditó sobre lo que había aprendido: el «consejo» de Faethor sobre la manera de enfrentarse a un ataque mental de Janos. Algunos podrían considerar que sería suicida seguir las instrucciones del vampiro, pero el necroscopio no estaba seguro de que así fuera. En todo caso, no parecía mucho, para empezar, pero era evidente que no iba a obtener más. Al parecer, la luz diurna había enfriado el entusiasmo del vampiro.

Harry se puso en pie, se desperezó y miró a su alrededor.

La bruma prácticamente había desaparecido; un puñado de casas se levantaba detrás de un seto, a poco más de un kilómetro de distancia; en la dirección opuesta, las siluetas de las aplanadoras y las excavadoras parecían dinosaurios inmóviles contra el horizonte gris. Una hora más, y rugirían animadas de destructiva vida mecánica, como si el sol hubiera calentado sus mecánicas articulaciones, poniéndolas en marcha.

Harry contempló el lugar donde se encontraba, el sitio donde Faethor había muerto la noche que Ladislau Giresci le cortó la cabeza entre las ruinas de la casa destruida por las bombas y en llamas. Vio las setas medio deshechas, sus esporas semejantes a manchas rojas sobre la hierba y el suelo; y con el ojo de su mente también vio a Faethor, la esquelética criatura amortajada que estuviera en su sueño.

—¿Estás dispuesto a contarme la historia de Janos? —preguntó.

*Será un placer* —respondió Faethor de inmediato—. *Fue un placer crearlo, y un placer aún más exquisito acabar con él.*

*Pero antes de empezar con Janos..., ¿recuerdas la historia de los primeros tiempos de Thibor? ¿Cómo me robó mi castillo en los montes Khorvaty? ¿Y cómo yo, profundamente resentido, marché hacia el oeste? Déjame que te lo recuerde, entonces.*

*Así fue como sucedió...*

# Capítulo diez

*El hijo carnal*

Thibor el Valaco, ese maldito ingrato al que di mi huevo, mi nombre y mi estandarte, y a quien había legado mi castillo, mis tierras y mis poderes de wamphyri, me había ofendido profundamente.

Cuando me arrojaron ardiendo desde las murallas de mi castillo, experimenté la más atroz de las agonías. Miles de pequeños murciélagos volaban a mi alrededor mientras caía y murieron abrasados, pero no hicieron más débiles las llamas que me envolvían. Caí entre matorrales y malezas, y rodé en llamas hasta el profundo fondo del barranco. Pero mi caída había sido atemperada en parte por el follaje, y acabé por reposar en una charca poco profunda, que salvó mi abrasada carne de wamphyri.

Tan cerca de la muerte como puede estarlo un vampiro y permanecer no-muerto, llamé desesperado a mis fieles gitanos, que estaban acampados en el valle. Vinieron, sacaron mi cuerpo de las aguas salvadoras y le prestaron los primeros auxilios, y luego me llevaron hacia el oeste, cruzando las montañas, rumbo a Hungría. Me protegieron de las durezas del camino, me escondieron de mis enemigos potenciales, me mantuvieron a salvo de los rayos del sol y finalmente me llevaron a un lugar de reposo. Sí, y fue un reposo muy largo: un tiempo de retiro forzoso, de recuperación, para rehacer mi cuerpo herido; un largo, larguísimo descanso.

¡Thibor me había herido tan duramente! Todos los huesos rotos, la espalda y el cuello, el cráneo y las extremidades; el pecho hundido, el corazón y los pulmones destrozados; la piel arrancada por piedras y agudas ramas, y chamuscada por el fuego...; hasta el vampiro que había en mí estaba quemado, magullado y golpeado. ¿Un mes para que cicatrizaran las heridas? ¿Un año? No, un siglo.

Pasé mi larga convalecencia en un refugio inaccesible de las montañas, y todo el tiempo mis cíngaros me atendieron, y sus hijos, y los hijos de sus hijos. Sí, y también sus hijas de suaves pechos. Lentamente el vampiro que hay en mí curó sus heridas, y luego me curó a mí. Wamphyri, caminé otra vez, practiqué mis artes, me hice más sabio, más fuerte, más aterrador que antes. Y finalmente un día abandoné mi madriguera y comencé a hacer planes para la aventura de mi vida.

Pero el mundo al cual salí era terrible, con guerras por todas partes, sufrimientos, hambrunas, plagas. Terrible, sí, pero para mí aquello era la materia de la vida, porque yo era un wamphyri.

Encontré las ruinas de una fortaleza en la frontera con Valaquia, y utilicé las piedras para construir allí un pequeño castillo. Dentro de sus muros era casi inexpugnable, y me establecí como un boyardo medianamente acaudalado. Era el jefe de una banda de cíngaros, húngaros y valacos, los alojaba y les pagaba buenos salarios, y muy pronto me aceptaron como terrateniente y señor. Y así llegué a ser poderoso en aquella tierra.

En general, evitaba entrar en Valaquia, porque había en aquella tierra alguien cuya fuerza y crueldad eran famosas; un mercenario voivoda llamado Thibor, que combatía al servicio de los príncipes valacos. Yo no deseaba encontrarme con él (¡su obligación era, en verdad, guardar mis tierras y mis propiedades en los montes Khorvaty!); no tan pronto; porque, si le veía, era probable que no pudiera contenerme. Y eso sería mortal

para mí, pues Thibor había llegado a ser mucho más poderoso que yo. No, mi venganza tendría que esperar... Después de todo, ¿qué es el tiempo para los wamphyri?

El tiempo en el tumulto de su transcurrir, donde un día entero es como un solo tic de un gran reloj, es nada. Pero cuando cada larguísimo tic es exactamente el mismo que sonó antes, y cuando comienzan a resonar como truenos en el oído..., entonces uno descubre las limitaciones del tiempo, que engendran aburrimiento, el tedio más absoluto. Me sentía inquieto; estaba encerrado, confinado. Yo era vigoroso, lleno de deseos, poderoso, y no tenía cómo canalizar mis energías. Se acercaba el momento de lanzarme al mundo, de expandir mis horizontes.

Pero luego, en 1178, el curso de mi vida se alteró.

Había oído hablar durante años de una mujer cíngara que era una verdadera observadora de los tiempos, lo que quiere decir que tenía el poder de conocer lo que iba a suceder antes de que aconteciera. Mi curiosidad se despertó y decidí visitarla. No pertenecía a mi tribu de gitanos, de modo que tendría que esperar a que se aventurara dentro de la zona de las montañas que estaba bajo mi dominio.

Entretanto, envié emisarios para alterar el curso de su vagabundeo, emisarios que le dijeron que cuando ella y su tribu llegaran a mis dominios serían mis invitados, a quienes trataría con el mayor de los respetos y pagaría en oro cuanto servicio me prestaran. Entretanto, mientras esperaba la llegada de la supuesta pitonisa, decidí ejercitar mis pequeños talentos y practicar algunos hechizos de mi creación.

Mezclé ciertas hierbas y las encendí, me quedé dormido aspirando sus emanaciones, y busqué por medio de la oniromancia adivinar de qué manera se desarrollaría mi relación con la bruja —sin duda, una impostora—, cuyo nombre era Marilena. Sí, en aquellos días yo tenía mis razones para interesarme en el talento de la gente del pueblo, y para buscarles siempre que se presentaba la oportunidad. Mi hijo Thibor ya llevaba actuando un período equivalente al de varias vidas humanas, y podía haber producido toda clase de peculiaridades en sus dominios.

Y yo buscaba estas anomalías, y me enorgullecía de poder distinguir a los charlatanes. ¡Pero si tropezaba con un auténtico talento, y si en sus venas corría sangre de wamphyri, esa criatura podía considerarse muerta! Porque para una criatura como yo, la sangre es —o era— la vida, pero el néctar más dulce de todos sólo puede ser libado en la no-muerta pila de otro vampiro. Y digo pila, porque un néctar semejante es sagrado, al menos para alguien de mi especie.

Pero... imagina mi asombro cuando finalmente la oniromancia dio resultados y yo soñé con un ángel negro, y no con la bruja impostora que había esperado descubrir.

¡Si no era más que una niña! La vi en mis sueños; una niña encantadora e inocente (¡pero esto era un error, porque era tan experimentada como una puta!). Vino a mí desnuda —toda curvas de piel satinada, ojos y pelo oscuros; los labios de su boca eran rojos como cerezas, y los de su ostra, cuando la abrí, tenían el color de la carne recién cortada—, sin vergüenza alguna. Habían pasado dos siglos desde que Thibor destruyera mi castillo en los montes Khorvaty, y violara y matara a mis mujeres vampiro; entretanto yo había probado la suave carne cíngara, me había derramado en cuantas odaliscas gitanas deseé. No había amor en eso; esa palabra se puede aplicar a otros, nunca a mí. Pero ahora...

Era mi lado humano, claro está, que de vez en cuando dominaba mis sueños. Contemplé esta dulce y sensual princesa de los viajeros con ojos velados por una humana debilidad. El estremecimiento de mi pubis era el amor de un hombre (llámalo así, si quieres), no la frenética lujuria de los wamphyri. Y, para mayor vergüenza, mis sueños fueron húmedos, y me corrí sobre las mantas como un adolescente tembloroso acariciando las tetas de su primera novia.

Pero el problema de la oniromancia es siempre el mismo: ¿había sido una verdadera y exacta predicción del futuro, o solamente un sueño? Y los días siguientes, para confirmar mis hallazgos (o tal vez por otras razones, pues estaba evidentemente encaprichado), quemaba hierbas noche tras noche, y me sumergía en los sueños adivinatorios. Eran siempre los mismos, y cuanto más nos conocíamos con Marilena, más placentero era hacer el amor, y yo me sentía más y más enamorado. Hasta que me di cuenta de que, o tenía a Marilena en la realidad, o me volvería loco.

Y fue entonces cuando ella vino a mí en la realidad, de carne y hueso.

Era de la tribu de Grigor Zirra, llamado el rey Zirra. Marilena era su hija. De modo que yo había estado en lo cierto: ella era una «princesa» de los Viajeros.

Llegaron en invierno, a fines de enero, y yo no recordaba que hubiera hecho nunca tanto frío. Mis propios cíngaros habían situado sus caravanas en apretados círculos cerca de los muros de mi castillo, montado sus tiendas dentro de los círculos, y amarrado a sus animales dentro, con ellos, para aprovechar su calor. Esas sabias gentes habían previsto un invierno muy frío, y habían trabajado duro para acumular en las cuevas cercanas forraje para sus animales. Aun así, tanto a los hombres como a sus animales les habría resultado difícil sobrevivir a aquel invierno si no hubieran contado con la protección del boyardo del castillo.

Yo mantuve abiertas todas mis puertas para ellos, y los salones del castillo calientes con hogueras por todas partes. No tenían más que pedir mis reconfortantes ponches y fuertes vinos rojos, así como cereales para el pan. Todo eso no me costaba nada; esas cosas pertenecían a los gitanos, porque me las habían dado en otras estaciones mejores, ¡a mí, que no las necesitaba!

Una mañana vino a verme un hombre. Había estado cazando en las montañas, que eran mías. Yo no negaba a los gitanos ese privilegio; si mataban tres perdices, o tres jabalíes, uno era para mí. El hombre me habló del cíngaro Zirra; una avalancha había caído sobre su tribu, en un puerto cercano, y había arrastrado a las caravanas. Sólo habían sobrevivido unos pocos, entre las ruinas de los carromatos.

Yo sabía que lo que me decía era verdad. La noche anterior había acudido a las hierbas para soñar una vez más, pero esta vez mis sueños estuvieron despojados de todo deleite carnal, y llenos en cambio con la ventisca y los gritos de los moribundos. No había soñado con mi Marilena, y pregunté si estaría entre ellos.

Después llamé a mi jefe cíngaro y le dije:

—Hay una muchacha atrapada en la nieve. Este hombre sabe dónde está. Ella y su gente son cíngaros. Ve, búscalos, sácalos de allí y tráelos al castillo. Y date prisa, porque si llegas demasiado tarde y ella está muerta..., la casa de Ferenczy puede que piense que ha malgastado su hospitalidad en gente como tú y los tuyos. ¿Me has comprendido?

Corrió a obedecer mis órdenes.

El jefe y sus hombres regresaron por la tarde. Me dio el parte: de los cíngaros de Zirra, que habían sido unos cincuenta, sólo hallaron vivos al propio Grigor Zirra y a una docena más. Tres de los supervivientes estaban heridos, pero curarían; dos más eran ancianas, y puede que murieran; y entre los restantes... se hallaba la hija de Grigor, llamada Marilena, que era observadora de los tiempos.

—¿Les han atendido vuestras mujeres, les han alimentado y dado todo lo que necesiten? No repares en gastos para que se sientan cómodos, que vean que son bienvenidos. Por lo que me dices, lo han perdido todo, ropas, carromatos, tiendas. De modo que, sin mí, estarían en la indigencia. Muy bien, que se alojen dentro de los muros del castillo. Búscales habitaciones cómodas, cerca de las mías. —Y como vi en su cara una expresión perpleja, le pregunté—: ¿Qué pasa?

—A tu gente puede parecerle extraño que trates tan bien a esos extranjeros, que tengamos que dejarles nuestro lugar a gentes que no te han prometido fidelidad.

—Eres sincero y por eso me gustas. Y yo también lo seré —le dije—. He oído decir que esa mujer, Marilena Zirra, es muy guapa. Si es verdad, tal vez quiera hacerla mía, pues no sois vosotros, los cíngaros, los únicos que sufrís el frío de las noches. Por consiguiente, tratad con respeto a su gente, especialmente a su padre y a su familia. No quiero que piensen que soy frío y cruel.

—¡Qué decís, señor! ¡Vos, frío y cruel! ¿Quién podría creer jamás algo así? —dijo, el rostro inexpresivo, sin la menor traza de emoción en la voz.

Le miré un instante, y finalmente dije:

—Sincero es una cosa, y atrevido otra enteramente distinta. ¿Pretendes una cierta familiaridad conmigo? Permíteme decirte que no creo que disfrutaras esa... familiaridad. Por consiguiente, cuando me digas ciertas cosas, y de esa manera, debes hacerlo siempre sonriendo... —Le miré fijamente, y emití un profundo aunque suave gruñido hasta que se sintió incómodo.

—Señor —dijo, empezando a temblar—, no quería...

—¡Calla y no temas, estoy de buen humor! —le tranquilicé—. Y ahora, pon atención. Más tarde, cuando los Zirras se hayan recuperado, vuelve y condúceme hasta su alojamiento. Hasta entonces, no quiero verte.

Pero cuando fui a verles, aquello no me gustó. No era que no hubieran cumplido mis instrucciones; lo habían hecho al pie de la letra. Pero los sufrimientos de aquella gente habían sido tan grandes que estaban aturdidos, como ausentes. Llevaría tiempo que se repusieran. Entretanto, permanecían sentados, cubiertos por sus harapos, y temblaban. Y sólo hablaban cuando se les hablaba.

¿Y dónde estaba la princesa de mis sueños? Todos los sucios hatos de harapos agrupados alrededor del fuego me parecían iguales. Me asombró que mis sueños me hubieran mentido; sentí que era un fracaso como oniromante. Y odiaba el fracaso, sobre todo cuando era el mío.

De modo que permanecí unos instantes allí, contemplando sombrío aquellos desechos humanos, y finalmente pregunté:

—¿Quién es Grigor Zirra?

Se puso en pie: era insignificante, una brizna, pálido por el frío y los sufrimientos, y la pérdida de su gente. No era viejo, pero tampoco parecía joven. Su delgadez había sido antes vigorosa, pero ahora las fuerzas parecían haberle abandonado. No era como yo; era enteramente humano, y había perdido mucho.

—Soy Ferenczy —le dije—. Éste es mi castillo. La gente que vive aquí es mi gente, cíngaros como vosotros. Me complace daros albergue, y he oído que hay entre vosotros un observador de los tiempos. Soy aficionado a contemplar esos misterios. ¿Dónde está esta bruja... o mago?

—Vuestra hospitalidad es tan generosa como grande vuestra leyenda —respondió—. Siento que, en mi pesar, no pueda declarar con más propiedad mi agradecimiento. Pero hoy ha muerto una parte de mí. Era mi esposa, y fue sepultada por la avalancha. Ahora sólo me queda mi hija, una niña, que lee el futuro en las estrellas, en la palma de las manos y en sus sueños. Mi Marilena, de la que habéis oído hablar, no es una bruja, mi señor, sino una verdadera observadora de los tiempos.

—¿Y dónde está?

Me miró con miedo en los ojos. Y en ese instante sentí que me tiraban de la manga, y me asombró que alguien osara tocarme. Ninguno de los míos me había tocado sin que yo se lo pidiera desde el día en que me levanté de mi lecho de enfermo. Miré... y vi que uno de los hatillos de harapos se había puesto en pie y estaba a mi lado... Sus ojos

eran enormes y oscuros bajo una capucha de piel... Su pelo, rizos negros que enmarcaban una cara en forma de corazón... Los labios, del color de las cerezas, brillantes como la sangre. Y sobre mi brazo, su pequeña mano, con sólo tres dedos y el pulgar, tal como la había visto en mis sueños.

—Soy Marilena, señor —dijo—. Perdonad a mi padre, porque me quiere y se preocupa por mí; en la tierra hay personas que dudan de los misterios que no pueden dominar, y son muy poco amables con las mujeres a las que denominan brujas.

Sentí que el corazón me saltaba en el pecho. ¡Era ella! ¡Conocía su voz! Vi en ella, a pesar de sus ropas, a la princesa de mis sueños, y supe que lo que había allí era una maravilla.

—Yo..., yo te conozco —dije con voz entrecortada.

—También yo os conozco, señor. Os he visto en mi futuro. A menudo. ¡No sois un extraño!

Me quedé sin palabras. O si las tenía, se me habían quedado atragantadas. Pero... ¡yo era el señor de Ferenczy! ¿Qué debía hacer? ¿Bailar, reír, cogerla en mis brazos y hacerla girar por el salón? Era lo que deseaba, pero no podía revelar mis sentimientos. Me quedé allí, de pie, atónito, como un tonto, hasta que ella vino en mi ayuda.

—Si queréis que os lea el futuro, mi señor, llevadme a otro lugar, porque aquí no puedo concentrarme. Hay demasiada tristeza en este lugar, demasiada gente que entra y sale, demasiado barullo, y todo eso perturba mi videncia. Lo mejor sería un lugar más íntimo...

¡Vaya si sería mejor!

—Ven conmigo —le dije.

—¡Señor! —nos detuvo su padre—. ¡Ella es inocente! —la última palabra fue dicha con tono plañidero; los cíngaros no desconocían mi naturaleza.

Pero... ¿no conocía él a su propia hija? Pensé decirle: «¡Perro mentiroso! ¿Inocente esta mujer? ¡Si me ha lamido todo el cuerpo como si me estuviera bañando! ¡Si cada noche he derramado mis fluidos en su garganta incitado por su lengua y sus manecitas de cuatro dedos! ¿Inocente? Sí, tan inocente como yo».

Pero, ¿cómo podía yo decir eso? ¡Mis noches de amor con Marilena no habían sido más que sueños!

Ella acudió una vez más en mi ayuda.

—¡Padre! —dijo—, he visto el porvenir, y no he leído ningún mal en mi futuro. O al menos, no a manos del señor de Ferenczy.

Él, no obstante, había percibido mi mirada, y sabía hasta qué punto había puesto a prueba mi hospitalidad.

—Perdonadme, señor —dijo bajando la cabeza—. No he hablado como un hombre que os lo debe todo, sino como un padre. Mi hija sólo tiene diecisiete años, y estamos entre extraños. Los Zirras hemos perdido demasiado en el día de hoy. ¡Ah, no he debido decir esto, pero es mi lengua, que habla casi sin que yo me lo proponga! Quiero decir, el pesar que me embarga es quien habla por mí —y se desplomó al suelo sollozando.

Me incliné y posé mi mano en su cabeza.

—Cálmate. Si alguien te hace daño, a ti o a los tuyos, en la casa de Ferenczy, deberá responder ante mí.

Después, conduje a Marilena a mis aposentos...

Una vez allí, donde nadie iba a molestarnos, y solos, le quité su abrigo de pieles y quedó con su vestido de campesina. Ahora se parecía más a la princesa que yo conocía, pero aún no era bastante. Mis ojos la quemaban con su mirada, ardían de sólo verla. Y ella lo sabía.

—¿Cómo puede ser? —dijo ella, asombrada—. ¡Realmente os conozco! ¡Mis sueños nunca fueron más vívidos!

—Tienes razón —le respondí—. No somos desconocidos. Hemos compartido los mismos sueños.

—Tenéis grandes cicatrices —dijo—, aquí en el brazo, y en el costado. —Y entonces yo, el señor de Ferenczy, me estremecí cuando me tocó.

—Y tú tienes un pequeño lunar rojo —le dije—, como una lágrima de sangre, en el centro de la espalda...

Junto a la gran chimenea, en la que crepitaba el fuego, había una pila de piedra para bañarse. Sobre el fuego, un gran caldero de agua añadía vapor al humo. Marilena se agachó junto al trípode y dio vuelta a la manecilla, vertiendo el agua en la pila. ¡Había aprendido a hacerlo en sus sueños!

—Estoy sucia del viaje y la nieve —me dijo.

Se desnudó y yo la bañé, y luego ella me bañó a mí.

—¿No es ésta una espléndida lectura privada del porvenir? —dije riendo.

Pero cuando la abrí e iba a deslizarme dentro de ella:

—¡Ah! —gimió—. Nuestros sueños no tuvieron en cuenta mi falta de experiencia, señor. Mi padre os ha dicho la verdad, señor. El futuro se acerca deprisa, eso es cierto, pero yo todavía soy virgen.

—¡Ah! —respondí gemido por gemido mientras la penetraba—. ¿Acaso no lo fuimos todos alguna vez?

Mi vampiro rugía en mi interior, pero yo lo contuve, y la amé sólo como hombre. De otro modo, para Marilena la primera vez hubiera sido también la última...

Lo diré ahora sin rodeos. Esto fue lo que sucedió:

En mis sueños onirománticos, tanto por curiosidad como por otras razones, había buscado a Marilena, me había enamorado de ella y la había seducido. O, mejor dicho, nos habíamos seducido el uno al otro.

Pero, me preguntarás, ¿cómo podría seducirme una niña sin experiencia? Y yo te responderé. ¡Porque en los sueños el peligro no existe! Suceda en ellos lo que suceda, cuando se despierta, nada ha cambiado en la realidad. En sueños ella podía permitirse todas sus fantasías sexuales sin pagar las consecuencias. Y también preguntarás, ¿cómo podía yo, Faethor Ferenczy, incluso dormido y soñando, ser otra cosa que un wamphyri? ¡Ah, pero yo era soñador mucho antes de convertirme en vampiro! Porque yo fui, en tiempos remotos, solamente un hombre. Las cosas que me habían perturbado en mi juventud de vez en cuando, todavía perturbaban mi sueño: los antiguos miedos, las viejas emociones y pasiones.

Estoy seguro de que me comprendes: todos sabemos que mucho después de que algo se haya convertido en una experiencia cotidiana e insignificante en el mundo de la vigilia, podemos aún revivirla en nuestros sueños con tanto miedo —o emoción— como la primera vez. En mis sueños, por ejemplo, yo todavía revivía el instante de mi propia conversión, cuando había recibido el huevo de mi padre y me había vuelto vampiro. ¡Ay, y qué terror me producían todavía esos sueños! Pero en la fría luz del día ese horror era rápidamente olvidado, y yo no era un vacilante adolescente, sino el señor de Ferenczy.

El encuentro de los sueños de Marilena con los míos, sin embargo, no había sido producto del puro azar: yo la había buscado, y la había encontrado. Y cuando me introduje en sus sueños, yo había soñado —como lo haría cualquier hombre— en tener relaciones sexuales con ella. ¡Y lo repito una vez más, ésos no eran simples sueños! Yo tenía los poderes de los wamphyri, y ella predecía el porvenir. Esos talentos son

análogos a la telepatía. Ambos habíamos compartido realmente nuestros sueños; y por medio de ellos, conocimos nuestros cuerpos.

Todos nuestros besos y abrazos, y más tarde nuestros vigorosos e imaginativos apareamientos, habían tenido lugar en otro mundo —el de la mente—, donde todo estaba permitido; de modo que cuando finalmente estuvimos juntos, éramos como antiguos amantes. Salvo que, en la realidad, Marilena era inocente, y su cuerpo no había sido probado por hombre alguno. Yo comprendía esas cosas, pero ella no. Ella pensaba tanto que conocía el futuro, su futuro, gracias solamente a su talento, que no hubo en ello ninguna interferencia del exterior. No sabía que yo la había guiado en sus sueños con el magnetismo, y el hechizo de los vampiros y con...; todas las artes son instintivas en mí desde el comienzo de los siglos. ¡Ella creía que estábamos predestinados a ser amantes! Y quién sabe, tal vez de todas formas lo hubiéramos sido, pero yo no era tan tonto como para contárselo todo, y correr el riesgo de decepcionarla.

Y ahora, puede que también te preguntes cómo una joven guapa, fresca como una manzana, nueva de cuerpo y de alma, podía encontrar algún tipo de satisfacción cuando estaba despierta en una criatura vieja, no-muerta y llena de cicatrices como yo, en una criatura salvaje, cruel y llena de horror. ¡Me sorprendería que no te lo hubieras preguntado! Pero puede que hayas recordado lo que sabes sobre los poderes hipnóticos de los vampiros, y tal vez pienses que ésa es la explicación del misterio. Dirás: «Ella era su sierva, su juguete, no actuaba por su propia voluntad». Bien, no negaré que, antes de Marilena, había sido siempre así. Pero con ella no.

Para empezar, yo no era tan grotesco como tú posiblemente supones. Siendo un wamphyri, mis setecientos cincuenta años de edad no se notaban, salvo ocasionalmente en mis ojos, o cuando yo quería que los advirtieran. E incluso podía aparecer a voluntad tan viejo o tan joven como yo lo deseaba. Y en el caso de Marilena, siempre deseé ser joven, cuarenta años a lo sumo. Aun sin mi vampiro, era alto y fuerte, y tenía siglos de sabiduría, de encanto, de ingenio —y de fantasía— a los que recurrir. ¿Cicatrices? Sí, eran numerosas. Pero había retenido aquellas marcas por vanidad (me gustaba exhibir las muescas de viejas batallas) y para no olvidar a aquel que había causado muchas de ellas. Podía haber permitido a mi vampiro que las borrara por completo, pero no lo haría mientras Thibor viviera. No, usaba esas cicatrices como espuelas contra mis propios flancos, para estimularme si alguna vez mi odio flaqueaba.

Pero si dudas de que fuera guapo, recuerda cómo me describió Ladislao Giresci cuando te habló de la noche en que me quitó la vida. ¡Ah! ¿Lo ves? Aún entonces yo era todo un hombre. Pero debes disculparme; quien habla es mi vanidad. Los wamphyri han sido siempre vanidosos.

Y también te pido disculpas por haberme demorado tanto hablando de Marilena..., pero me daba placer hacerlo. Porque, ¿con quién más puedo compartir mis recuerdos? Sólo un necroscopio puede escucharme...

Tú sabes, claro está, que soy el padre de Janos, y ahora puede que hayas adivinado que Marilena era su madre. Él era mi hijo carnal, nacido del amor y el deseo entre un hombre y una mujer, de la ardiente fusión de la sangre, de la transmisión de un germen de vida del uno a la otra, para fecundar el óvulo de ella y producir la vida. Mi hijo carnal, mi hijo «natural», sin nada en él de vampiro. Así era como debía ser. Yo no sabía si se podía hacer, pero de todas formas lo intenté: traté de traer al mundo una vida independiente de la influencia de los wamphyri. Lo hice por Marilena, para que ella pudiera ser madre tal como manda la naturaleza.

¿Y si fracasaba y el niño se convertía en un vampiro? Aun así, sería hijo mío. Y yo le enseñaría las costumbres de los wamphyri, para que cuando yo saliera al mundo,

él guardara de los enemigos mi castillo y mis montañas.

¡Ja! ¡Ja! Recordarás que en épocas anteriores había tenido las mismas esperanzas con el ingrato valaco Thibor. Bien, está en la naturaleza de todos los grandes hombres, supongo, intentarlo una y otra vez, y no hacer nunca cálculos en su porfía por alcanzar la perfección. Sólo que, y ya lo he dicho antes, yo no soportaba el menor fracaso...

Cuando Janos nació parecía normal. Había nacido de madre soltera, lo que desesperaba a Grigor, su abuelo, pero no significaba nada para mí. Sus manos tenían tres dedos y el pulgar, igual que las de Grigor y Marilena, pero esto no era más que una rareza, un rasgo heredado, sin ninguna connotación siniestra.

A medida que Janos crecía, se hizo evidente que yo había fracasado. Mi esperma, que yo intentaba por la pura fuerza de la voluntad mantener libre de las influencias púrpuras, había sido no obstante ligeramente infectado. Mi experimento era insensato: ¿puede un águila procrear una golondrina, o el lobo un sonrosado cerdito? Y cuánto más difícil es que un vampiro, cuyo mero toque infecta, engendre un niño inocente. Janos no era un verdadero vampiro, pero tenía la mala sangre de una de esas criaturas. Sí, y todos mis vicios multiplicados por dos, pero había heredado muy poco de mi flexibilidad, y nada de mi cautela. Claro que yo también había sido obstinado cuando joven; era su padre, y por consiguiente debía mostrarle el rumbo a seguir. Lo hice, y cuando hizo falta mano dura para que se detuviera, o rectificara su curso, la empleé sin demora.

Pero... él continuó siendo obstinado, orgulloso y cruel más allá de lo necesario. Su único aspecto bueno, en el que seguía fielmente mis enseñanzas, era la manera en que tenía dominados a los cíngaros. No sólo a los de Zirra, la tribu de su madre, que había aumentado con los años, sino a mis propios cíngaros, los de Ferengi. Todos ellos le amaban aún más que a mí. Y tal vez esto me amargó, e hizo que le tuviera un poco de celos. Y también podría ser que por esta razón me haya mostrado demasiado duro con él.

De todos modos, diré sólo una cosa más en su favor: amaba a su madre. Algo que está muy bien en los niños mientras lo son...; pero que no necesariamente sigue estándolo cuando se convierten en hombres. Porque hay amores y amores..., y tú comprenderás lo que quiero decir.

Entretanto, otros conflictos se habían ido gestando, y finalmente habían estallado en el mundo. Diez años antes, Saladino había invadido los reinos de los cruzados en Palestina; el siniestro mercenario Thibor combatía ahora en las fronteras de Valaquia, pagado por el oro de los príncipes títeres; en Turquía, los alzamientos mongoles se extendían como el fuego en un bosque cuando es atizado por el viento, y llegaban cerca de la frontera con Hungría. Otro Inocencio, el tercero, había sido elegido papa. Sí, relámpagos de tormenta cruzaban las oscuras nubes que cubrían los cielos del mundo.

¿Y qué lugar ocupaba Faethor Ferenczy en el orden de las cosas? En plena vejez y decadencia, deben de haber pensado algunos, en su castillo de las montañas. Enseñando modales a su hijo bastardo, mientras sus guardias cíngaros, feroces en otras épocas, bebían demasiado, se levantaban tarde y se burlaban de él a sus espaldas.

El tiempo seguía pasando sin demasiadas consecuencias para mí. Pero una mañana me levanté, sacudí la cabeza y miré a mi alrededor. ¡Me sentía atónito, aturdido, perplejo! Habían pasado veinte años, veinte rapidísimos años, sin que yo me diera cuenta. Pero en ese instante sí que lo percibí. Había vivido en una especie de letargo, enfermo, como hechizado: poseído por eso que los hombres vulgares llaman «amor». Sí, y me había reducido a la misma dimensión de esos hombres. Porque, ¿cuál era mi enigma ahora? No era más que un miserable boyardo, un oscuro barón cuyas posesiones, tierras baldías, nadie codiciaba. ¡Era el señor de una cochiquera de piedra en los riscos!

Acudí a Marilena y ella me leyó el futuro. Yo iba a embarcarme en una gran cruzada, grande y sangrienta, y ella no se interpondría en mi camino. No sabía cómo interpretar sus palabras. ¿Que no se interpondría en mi camino, ella, que no soportaba separarse de mí? ¿Y a qué cruzada se refería? Pero ella se limitó a menear la cabeza. No había visto nada más, pero yo lucharía en una terrible guerra santa; y después de eso... todas sus artes adivinatorias al parecer fracasaban. ¡Ah!, ¿cómo podía yo saber que ella había leído su propio porvenir... y había descubierto que no tenía futuro?

Pero... Marilena había hablado de una terrible guerra santa. Medité sobre sus palabras, y decidí que era posible que estuviera en lo cierto. Las noticias viajaban lentamente en aquellos días, y en ocasiones ni siquiera me llegaban. Comencé a sentirme encerrado, y mis antiguos sentimientos de frustración retornaron, más intensos que nunca.

¡Ya tenía bastante de aquella vida! ¡Era hora de lanzarme al mundo!

Janos tenía casi veinte años; ya era un hombre; le dejé a cargo del castillo y me dirigí de incógnito a Szeged, para enterarme de la situación, y hacer mis planes en consecuencia. Mi decisión no podría haber sido más oportuna.

La ciudad era un hervidero de noticias: Zara, que había sido tomada poco tiempo antes por Hungría, iba a ser muy pronto sitiada por los cruzados francos. Una gran flota de francos y venecianos ya surcaba los mares, y el rey había enviado emisarios a todos los boyardos (también a mí, supuse) para que reunieran a sus hombres y cogieran las armas. ¡Marilena había leído bien mi futuro!

En toda la zona había hombres míos. Cíngaros. Les encontré fácilmente en mi viaje de vuelta a la montañosa frontera.

—Quiero que os reunáis conmigo en el castillo —les dije—. Formaré un pequeño ejército con los mejores. Iremos a Zara, y también más allá. Los pobres os haréis ricos. Luchad bajo mi bandera, y yo os haré a todos boyardos. Pero si me defraudáis, acabaré con vosotros, y dentro de cien años yo continuaré siendo un gran señor, y vosotros no seréis más que polvo, vuestros nombres olvidados.

Y regresé a mi hogar. Pero como viajaba a la manera de los wamphyri —al menos por la noche—, y no había permanecido mucho tiempo en Szeged, volví mucho antes de lo previsto. Esos pocos días que permanecí separado de Marilena habían aguzado mis instintos, y todo mi ser esperaba ansioso el «santo» y sangriento festín que me habían augurado. En las montañas mi criados cíngaros se habían vuelto gordos y perezosos, pero yo sabía cómo despertarlos. No me esperaban de vuelta tan pronto, pero cuando me vieran sabrían que yo era el Ferenczy de los viejos tiempos.

La última noche, mientras volaba a casa con mis grandes alas membranosas, llamé mentalmente a todos los jóvenes cíngaros de la tribu de Ferengi, dondequiera que estuvieran, y les dije que se reunieran conmigo en las cercanías de Zara. Y supe que me habían escuchado en sus sueños, y que allí estarían.

Y tras haberme sacudido veinte años de desidia, volé en una corriente de aire entre la luna y las montañas, y todos los lobos de los picos nevados se echaron a aullar, hasta que por fin llegué a las almenas de mi castillo, donde recobré mi figura humana. Después... busqué a mi mujer y a mi hijo, sí... ¡Y los encontré juntos!

Pero he ido demasiado aprisa, permíteme que vuelva a unos pasos atrás.

He dicho antes que en Janos no había nada del vampiro. Bueno, eso era lo que yo pensaba. Pero, ¡qué equivocado estaba! El vampiro estaba en él, pero no en su cuerpo sino en su mente. Había heredado de mí la mente de un verdadero vampiro. Y también había heredado algo de los poderes de sus padres. ¿Algo? ¡Él era todo un poder!

¿Telepatía? ¡Cuántas veces en el curso de aquellos años había intentado yo leer su mente y había fracasado! Claro que eso no es algo tan especial: hay hombres —unos

pocos, todo hay que decirlo— que son naturalmente resistentes. Sus mentes están cerradas, protegidas de talentos como el mío. ¿Y fascinación, o hipnotismo? En algunas ocasiones, cuando mi hijo se mostraba obstinado, yo había intentado hipnotizarlo para que hiciera lo que yo deseaba. Había sido inútil; mis ojos no podían ver en los suyos, no podían penetrar buscando su mente. Así pues, había dejado de intentarlo.

En verdad, la razón de mis fracasos no era que Janos fuera insensible, sino que su fuerza era tal que desafiaba cualquier intrusión, y le volvía impenetrable. Yo comparaba la situación con un tira y afloja, en el cual mi adversario había atado su parte de la cuerda a la raíz de un árbol, y era imposible vencerle. Pero no, no era nada tan complicado; él era simplemente más fuerte. Y lo que es más, había heredado el talento de su madre para las predicciones. Podía ver el futuro, o al menos una parte de éste. Sólo que en este aspecto nuestros talentos estaban más equilibrados, o yo nunca le hubiera cogido. Porque él veía los acontecimientos del futuro a la distancia, y medio desvanecidos, como los recuerdos de una historia que el tiempo hubiera oscurecido.

Pero ahora déjame volver a aquella noche.

Ya he dicho que mis instintos estaban más aguzados que en los veinte años anteriores, y cuando estuve cerca del castillo sentí que las cosas no estaban como debían. Formé en mi rostro el hocico de un murciélago para olfatear el aire del lugar, no se percibía la presencia de ningún enemigo, y tampoco parecía haber ningún peligro físico para mí, pero había algo raro. Avancé con más cautela, silencioso como una sombra, y deseé que no me vieran ni me oyeran. Pero no era necesario; Janos estaba demasiado... absorto —¡el muy cerdo!—, y su madre demasiado perpleja como para darse cuenta siquiera de cuál era el propósito de su hijo, que advirtió sólo cuando él le ordenó algo.

Pero estoy adelantándome a los acontecimientos.

Yo, al menos en el primer momento, no vi que se trataba de Janos. Pensé que el hombre era un cíngaro, y esto me produjo un gran asombro. ¿Un gitano, uno de los míos, en el dormitorio de mi mujer a esa hora de la noche? ¡Aquél era realmente un valiente! Tenía que hacerle saber lo mucho que admiraba su intrepidez mientras lo estrangulaba con sus propias entrañas.

Ésos fueron mis pensamientos cuando llegué a los aposentos de Marilena y mis sentidos de wamphyri me dijeron que mi mujer no estaba sola. Después de lo cual tuve que hacer denodados esfuerzos para evitar que mis dientes se convirtieran en afiladas guadañas y me cortaran las encías, y sentí que las uñas de los dedos de las manos se alargaban involuntariamente como cuchillos, y ésta fue también una reacción que apenas si pude controlar.

El dormitorio tenía una puerta exterior, una pequeña antecámara, y una segunda puerta que daba al dormitorio propiamente dicho. Muy suavemente, sin hacer ruido, probé la puerta exterior y la encontré atrancada. Se despertaron mis peores sospechas, y también mi ira. Claro está que podía echar la puerta abajo, pero así les hubiera puesto sobre aviso. Y yo quería verlos con mis propios ojos. Y entonces no habría negativa, ni mentira, ni disimulo posible para una escena grabada para siempre en mis pupilas.

Salí a un balcón, convertí mis manos y antebrazos en discos membranosos semejantes a las ventosas de un pulpo grotesco y me dirigí a la ventana de Marilena. La ventana era grande, en forma de arco, y se abría en un muro de más de metro ochenta de espesor. Las cortinas del interior estaban cerradas. Me subí a la ventana y abrí apenas la cortina, para espiar por la hendidura. En la habitación, una mecha que flotaba en un recipiente de aceite daba suficiente luz como para que lo viera todo. Aunque yo no necesitaba la lámpara, porque veía en la oscuridad tan bien o mejor que los hombres a la luz del día.

Y esto fue lo que vi:

Marilena, desnuda como una puta, acostada de espaldas en una mesa, sus piernas alrededor de la cintura de un hombre que permanecía de pie, esforzándose entre las piernas de ella, sus nalgas contraídas como puños, introduciéndose en Marilena como si estuviera martilleando una cuña. Y lo estaba, ¡una gruesa cuña de carne que dentro de un momento yo iba a meter en su garganta!

Pero entonces, en medio del enloquecido pulso de mi sangre, del retumbar de mi cerebro y del rugir de mis ofendidos sentimientos, la escuché decir con voz entrecortada:

—¡Sí, Faethor, así, así! ¡Lléname, mi amor vampiro, como sólo tú sabes hacerlo!

Pero... permíteme hacer una pausa...; todavía ahora me enfurezco al recordar aquello, a pesar de que no soy más que una voz de ultratumba...; permíteme hacer una pausa..., quiero explicarte algo.

Se me ocurre que he hablado muy poco de mí durante los veinte años de Marilena y de su hijo bastardo. Lo haré ahora, pero brevemente.

El hecho de que hubiera tomado una mujer no había modificado mi condición de vampiro. Ya antes había tenido mujeres, tenerlas está en la naturaleza del vampiro, del mismo modo que está en la naturaleza de las mujeres tener hombres. Pero nunca antes me había aficionado tanto a ninguna criatura. (Ya basta de la palabra «amor»; la he utilizado con demasiada frecuencia, y de todos modos no creo en el amor. Es una mentira, tal como son mentiras «honestidad» o «verdad» en su definición de reglas que todos los hombres de vez en cuando transgreden.)

Así, pues, aunque no había avasallado deliberadamente, o vampirizado a Marilena, yo era un wamphyri en todos mis pensamientos, humores y actividades. Pero al haber decidido que no iba a beber su sangre, y que mi carne no debía entrar en la de ella (con la sola excepción del comercio sexual, claro está), tenía que buscar mi sustento en otra parte. Yo no estoy obligado a beber sangre; en tanto pueda controlar el deseo, me las arreglo perfectamente con las viandas de los humanos. Pero para el vampiro la sangre es como la verdadera vida, del mismo modo en que el opio es una muerte segura para el adicto, y ambos hábitos son muy difíciles de dejar. En el caso del wamphyri, la criatura interior se asegura de que la adicción continúe.

Yo podía pasar largos períodos sin separarme de Marilena, pero a veces el deseo me vencía y me levantaba en la noche, cambiaba mi forma y volaba desde las almenas del castillo para buscar mi placer. Mi señora, claro está, no era tonta; hacía tiempo que había adivinado la verdadera naturaleza de su amante; además, todos los gitanos sabían que el cíngaro Ferengi servía a un amo vampiro. Y Marilena tenía celos de aquellos a quienes yo visitaba de vez en cuando.

Se despertaba cuando yo abandonaba el lecho y exclamaba:

—¡Faethor! ¿Me abandonas en la noche? ¿Vuelas hacia tu amante? ¿Por qué me maltratas así? ¿No te basta con mi cuerpo? ¡Tómalo y haz con él lo que quieras, pero no me dejes aquí sola, llorando!

Y yo le respondía:

—Busco a un hombre para beber su sangre. ¿Y tú dices que te soy infiel? ¿Cuando noche tras noche, en las cuatro estaciones, yazgo contigo, y tienes de mí todo lo que quieres? ¿Y he faltado alguna vez a mis obligaciones? Pero la sangre es la vida, Marilena... ¿o acaso quieres verme reseco como una momia sobre las sábanas, y que cuando te despiertes por la mañana y me toques yo me haga polvo bajo tu mano?

Y ella entonces chillaba:

—¡Tú vas con mujeres! ¿Dices que buscas a un hombre para beber su sangre? ¡No, tú buscas a una mujer por su culo redondo, sus pechos salientes y su centro

caliente, humeante! ¿Crees que soy idiota? ¡Ja, reseco como una momia! Si tienes el vigor de diez hombres. ¿Estás tan lleno de la semilla de los hombres, Faethor, que tienes que sembrarla o reventar? Dámela a mí, entonces. Ven, déjame que yo la chupe, y tu inquietud se desvanecerá.

¿Y qué hace uno en semejante situación? Es imposible discutir con una mujer en ese estado. Yo la había golpeado sólo una vez, y fue tan intenso mi remordimiento que nunca más volví a hacerlo. ¡Estaba tan..., tan apegado a ella!

Así pues, cuando ella me sorprendía escapando, yo le hacía el amor para demostrarle que no me atraía ninguna otra mujer. Sí, y ella me mantenía ocupado toda la noche, para asegurarse de que yo permanecería en la cama. Y esto sólo servía para aumentar mi apego hacia Marilena.

Pero había ocasiones en las cuales *debía,* salir, y en esos casos utilizaba una droga que, tomada con el vino, la tranquilizaba. O bien la hipnotizaba y la sumía en un sueño profundo, para poder salir luego en mis excursiones nocturnas.

Marilena, claro está, estaba en lo cierto; yo le mentía. Muy raramente buscaba yo hombres para absorber su fuerza vital. La sangre es la sangre, sí, ya sea de ave o de bestia, o incluso el néctar de otro vampiro, cuando se presenta la ocasión. Pero, aparte de esta dulce rareza, la sangre humana es superior. O, mejor dicho, la sangre de mujer.

Thibor me había dicho en una ocasión: con una joven se puede hacer muchas cosas, además de comerla. ¡Sí, el valaco tenía razón! Pero... no era que yo deseara serle infiel a Marilena..., era el vampiro dentro de mí quien me lo exigía. O al menos, ésa era mi excusa.

Yo no acudía a las mujeres cíngaras. Incluso antes de Marilena, sólo había ido con ellas por... comodidad, digamos, nunca para saciar mi hambre. No, ellas eran de los míos, y yo no iba a defraudar a mi gente. Pero me había aficionado a las mujeres de ciertos boyardos que se preciaban de ser los más modernos de su época. En aquellos días había numerosos castillos y mansiones, y a menudo los «señores» de esas casas estaban ausentes, atendiendo a los negocios del rey. Como ya he dicho, en el mundo se libraban numerosas guerras.

Recuerdo a una de esas señoras con las que yo me relacionaba, una dama de la casa de Bathory, llamada Elspa, vinculada a la realeza. Sí, y mi mal contagió a los Bathory y a sus herederos durante siglos. Hubo una, nacida en 1560, llamada Elisabeth, a quien casaron cuando era una niña con el conde Nadasdy. Curiosa coincidencia, el primer apellido del novio era Ferencz. ¿Qué? Sí, ya sé lo que estás pensando. Sí, ¿y por qué no? El incesto es una de las costumbres de los vampiros: incesto del cuerpo, del espíritu y de la sangre. Pero si estás en lo cierto..., ¡qué delicia! ¿Verdad? ¡Casarme con una de mis descendientes... diez generaciones después!

¡Ah, los Bathorys! Y Elisabeth, la «condesa sangrienta». Aunque a mí ya no me conozca nadie, ella al menos es una leyenda.

Y así volvemos a Janos, llevados por el tema del incesto. Y por el incesto más vil, su primera traición. ¿Dónde estaba...? ¡Ah, sí!

Allí estaba mi hijo, penetrando a su madre, bramando como un toro y derramando sudor y semen. Y el dormitorio era un completo desorden, con las ropas de ellos dos y las de la cama dispersas por todos lados, y con otras señales de que sus fornicaciones no se habían limitado a la superficie de la mesa; y los suaves pechos de Marilena enrojecidos por las furiosas caricias de Janos, mientras que con los muslos alrededor de la cintura de él lo incitaba a que la penetrara más profundamente. Eso es lo que vi desde mi posición detrás de las cortinas. Pero además, oía. ¡Oía a Marilena llamando a su hijo por mi nombre, diciéndole Faethor!

En ese momento podría haber entrado en la habitación, y haber asesinado a

ambos. ¡Y lo deseaba, ya lo creo que lo deseaba! Pero... ¿por qué le había llamado Faethor a Janos? Y entonces, cuando él la levantó de la mesa y se tambaleó hacia adelante y hacia atrás, con ella colgada de su cuerpo y sacudiéndose hacia arriba y abajo sobre su pértiga, vi el rostro de mi mujer: completamente en blanco, a pesar de la lujuria animal. Los ojos redondos como platos, destacaban en medio de la palidez de la cara, aunque su color tendría que haber sido mucho más subido a causa de los esfuerzos.

¡Y supe de inmediato que Marilena estaba hipnotizada!

Y en ese instante, por primera vez, supe lo traicionero que mi hijo podía ser, y cómo me había engañado. Comprendí por qué mis poderes de wamphyri habían fracasado en él: porque él tenía poderes propios, que me había ocultado durante todos esos años. Y comprendí también por qué Marilena se mostraba tan renuente a dejarme marchar las noches en que me acuciaba el deseo; y por qué me había dicho cosas que en ese momento no había entendido. Que soñaba cosas malas cuando yo no estaba con ella y cuando despertaba nunca podía recordar de qué se trataba, y cómo se había magullado en sueños, y había despertado dolorida, y fatigada como tras una jornada de duro trabajo.

Sí, trabajo duro, porque él la había hecho trabajar y la había utilizado en esas ocasiones, haciéndole creer que yo era su fogoso amante. ¡Janos ocupaba mi lugar para violar a su madre! ¿Con qué frecuencia lo había hecho? Me volví loco de furia al pensarlo.

Irrumpí en la habitación, medio enredado con las cortinas. Había unas espadas cruzadas colgadas de la pared; las arranqué y salté sobre Janos con una de ellas en alto. Quería abrirlo en dos, pero él me vio e interpuso a su madre entre ambos. Ella fue quien recibió el golpe, y su cabeza se partió en dos y su cerebro chorreó por la abertura.

Mi ira se evaporó en un instante, y mientras Janos apartaba de él a mi Marilena, yo la cogí y la acuné en mis brazos. Mi hijo huyó de la habitación farfullando palabras ininteligibles, y yo me quedé solo con el grotesco cadáver...

No sé cuánto tiempo permanecí allí abrazado a aquella que ya no existía. Diversos planes cruzaron mi mente. Pondría algo de mi vampiro en ella, lo suficiente como para que creciera en su interior y curara su herida. Ella estaba muerta, pero no tenía por qué permanecer en ese estado... ¡podía ser una no-muerta! Sólo que entonces cambiaría, y mi Marilena no sería más que una esclava que acudiría cuando yo la llamara, una vampira. No, no podía soportar la idea de verla así cambiada, convertida en una criatura sin más voluntad que la mía.

O podía despedazar su cadáver y practicar un acto de necromancia, y averiguarlo todo sobre la infamia de mi hijo bastardo. Marilena había sido hipnotizada para olvidar todo lo hecho por él, pero su espíritu lo sabría, y su carne lo recordaría. No pude hacerlo, porque sabía que incluso los muertos sienten la agonía del contacto con el nigromante, y no quería causarle más sufrimientos. ¡Ah, si hubiera sido un necroscopio! Pero en aquella época ni siquiera sospechaba la existencia de poderes semejantes.

Permanecí allí sentado hasta que la sangre y los restos del cerebro de Marilena se secaron sobre mi cuerpo y su cadáver se puso rígido en mis brazos. Cuando mi desesperación cedió un poco, comencé a pensar con claridad, y claro está, también mi furia se debilitó.

Mataría a Janos, por supuesto, y en medio de los peores tormentos. Pero antes debía dar con él.

Me lavé, llamé a Gregor Zirra y a mis otros jefes cíngaros. Algunos dormían en la planta baja de mi castillo, pues en otra época me había sentido generoso y les había permitido que se alojaran permanentemente allí. Pero aquello se terminaría, pues ahora se aproximaban tiempos más duros, tiempos que empezaban en ese mismo instante.

Le mostré el cadáver de Marilena a Grigor y le dije:

—Esto lo ha hecho tu nieto, el de la impura sangre Zirra. ¡Y por lo que él hizo, que todos los Zirras sean malditos! Ya no eres bienvenido a la casa de Ferenczy. Vete junto con los tuyos, y que nunca más te encuentre yo en mis tierras.

Después de que Zirra se fuera, me dirigí al jefe que en una ocasión se había mostrado familiar y atrevido al hablarme.

—¿Cómo han llegado las cosas tan lejos? —le pregunté—. ¿No has cuidado de lo que era mío en mi ausencia?

—Señor, habíais ordenado a vuestro hijo que velara por vuestro castillo y vuestras tierras —y se encogió de hombros en un gesto que consideré de indiferencia—. Yo no he gozado de vuestra confianza ni de vuestros favores en muchos años.

—¿Acaso no eres un cíngaro? —gruñí mientras mis colmillos se alargaban y mis uñas se transformaban en cuchillos—. ¿Y no soy yo el señor de Ferenczy? ¿Desde cuándo debo pedir lo que me es debido, y ordenar lo que siempre ha sido tu deber?

Hablé con calma, pero todos los que estaban en la habitación retrocedieron, excepto el jefe al que me dirigía, y al que tenía sujeto por el hombro.

Después... ¡desenfundó un puñal e intentó acuchillarme! Pero yo me limité a sonreírle torvamente y le detuve con la mirada. Y el jefe cíngaro, temblando, dejó caer el puñal y dijo:

—¡He traicionado tu confianza! Destiérrame también a mí, señor, y permíteme marchar con los Zirras.

Le enseñé los dientes en mis encías sangrantes, y bostecé para que viera el negro agujero de mis fauces. Él sabía que yo podía cerrar esas mandíbulas en su cara y destrozarla. Pero lo arrastré hasta la ventana.

—¿Desterrarte? —dije—. ¿Y adónde te gustaría ir?

—¡A cualquier parte! —jadeó—. ¡A cualquier lugar lejos del castillo!

—¿Lejos del castillo? —dije mirando por la ventana—. ¡Bien, que así sea!

Y antes de que pudiera decir nada, lo lancé por la ventana. Gritó sólo una vez antes de que su cuerpo se destrozara contra las rocas, y luego no se oyó nada más.

Después de ver esto, los otros jefecillos cíngaros seguramente pensaban en huir, pero les advertí que no lo hicieran.

—Si escapáis, os buscaré uno a uno, y devoraré vuestros corazones. —Y al cabo de un instante, cuando vi que nadie osaba moverse, continué—: Ahora marchaos, y encontrad a mi hijo. Me lo traeréis, y yo me encargaré de él. Y después nos reuniremos, pues tengo que hablaros de cosas muy importantes. Partiremos en una gran cruzada. Faethor Ferenczy será otra vez un gran poder en el mundo, y vosotros haréis fortuna. Sí, pero tendréis que ganárosla...

# Capítulo once

*Los amigos de Harry, y otros*

Un sonido metálico que se oía a lo lejos distrajo momentáneamente a Harry de la historia del extinto vampiro. Se disculpó ante su interlocutor, y recorrió con la vista los terrenos baldíos, cuya monotonía sólo era rota por unas casas medio demolidas. Ni siquiera el sol, que entibiaba la espalda de Harry y comenzaba a evaporar el agua de los charcos, conseguía hacer menos sombrío el paisaje: un puñado de dinosaurios de metal avanzaban en el horizonte, extrañas siluetas medio veladas por nubes de polvo y el humo azul de los tubos de escape. Era poco probable que las aplanadoras llegaran hasta donde se encontraba Harry, pero su visión hizo que recordara la hora. Debían de ser cerca de las nueve; tenía que regresar a Bucarest; el vuelo de regreso a Atenas salía a las doce y cuarenta y cinco.

*¿Harry?* —llamó Faethor, su voz débil como un suspiro—. *Puedo sentir el sol sobre la tierra, y me debilita. ¿Continúo, o lo dejamos para otra ocasión?*

Harry reflexionó durante un instante. Había aprendido mucho sobre Janos, un vampiro con enormes poderes mentales. Pero, de acuerdo con Faethor, su hijo no era un vampiro en el verdadero sentido de la palabra, o al menos no lo era hacía ochocientos años. Teniendo esto en cuenta, esta conversación no era sólo una oportunidad para aprender más acerca de Janos, sino también sobre los vampiros en general. Harry no ignoraba que ya era una autoridad en la materia, pero pensaba que, sobre criaturas como ésas, todo conocimiento era poco.

*Tienes razón* —dijo Faethor—. *Muy bien, continuaré. Y seré tan breve como pueda...*

Mis cíngaros encontraron al perro de mi hijo temblando en una cueva de los riscos. Fui hasta allí y le llamé. Él se acercó a la entrada, que se abría a un saliente en la roca bajo la cual se abría el precipicio.

Janos, a pesar de su juventud, era corpulento y muy fuerte. Tan corpulento como Thibor cuando joven, o como yo. Tenía miedo pero no era cobarde. Había cortado una rama y la había pulido y afilado hasta hacer una estaca.

—No te acerques, padre —me advirtió—, o la clavaré en tu corazón de vampiro.

—¡Ah, hijo mío —le dije sin ninguna animosidad—, ya lo has hecho! ¡Creía que me querías! Estaba seguro de ello. Y también de que amabas a tu madre..., aunque no sabía cuál era la naturaleza de tu amor. Pero, ¿qué sé de ti, en verdad, excepto que eres mi hijo? Ahora me doy cuenta de que te conozco muy, muy poco. —Y me adelanté un paso hacia la entrada de la cueva.

—Sabes una cosa, que te mataré si intentas castigarme —respondió mientras retrocedía.

—¿Castigarte, yo? —Me encorvé, y moví la cabeza en un gesto de tristeza—. No, sólo quiero una explicación. Eres carne de mi carne, Janos. ¿Cómo podría castigar a mi propio hijo, ahora que soy probablemente una de las criaturas más solitarias de la Tierra? Estaba furioso, sí, ¿pero te resulta tan difícil comprender mis sentimientos? ¿Y a qué me condujo la ira? Tu madre está muerta, y ambos, que la amábamos tanto, la

hemos perdido. Y ahora ya no hay ira en mí.

—Entonces, ¿no..., no me odias? —preguntó.

—¿Odiarte? ¿A ti, mi propio hijo? —hice un gesto negativo con la cabeza—. No, pero no entiendo. Quiero comprenderte, Janos. Explícame por qué lo has hecho, y puede que así te conozca mejor. —Y me metí un poco más en la cueva.

Él continuó retrocediendo, pero no dejó de amenazarme con su arma. Y como si se hubiera roto un dique, las palabras fluyeron de su boca.

—¡Cómo te he odiado! —dijo—. Porque eras cruel conmigo, frío, indiferente las más de las veces y siempre..., siempre distinto de mí. Yo era como tú, y sin embargo no lo era. Y lo que más deseaba era ser enteramente igual a ti, pero no podía. He contemplado a menudo cómo te transformabas en una lámina de carne que se alzaba en el aire; pero cuando intentaba hacer lo mismo, yo siempre caía. Quería infundir miedo en el corazón de los hombres, como tú, con una mirada, una palabra, un pensamiento, pero yo no era un vampiro y sabía que, si lo intentaba, ellos me matarían como a un enemigo cualquiera. Y entonces tuve que hacerme amigo de quienes despreciaba, introducirme en sus mentes, hacer que me amaran para conseguir su obediencia. Me veía parecido a ti, pero nunca podría ser tú, y por eso te he odiado.

—¿Tú deseabas ser yo? —repetí.

—¡Sí, porque tienes el poder!

—Pero tú tienes tus propios poderes —le respondí—. ¡Grandes, fantásticos poderes! Y debes agradecérmelos. Pero me los has ocultado todos estos años.

—No los he ocultado —dijo con sorna—. Por el contrario, te los he demostrado. Los utilicé para mantenerte fuera de mi mente y de mi voluntad. Y permanecieron secretos incluso cuando estaban plenamente desarrollados. Tú pensabas que mi mente era inferior, incapaz de conocer tus talentos, y por consiguiente impermeable a ellos; que yo era una página en blanco (un vacío incluso) en la que nada podía ser escrito. Y entonces, cuando descubriste que no podías dominar mi mente, no dijiste: «¡Vaya, qué fuerte es!», sino «Ja, qué débil». Era tu ego, padre, inmenso pero no infalible.

—Sí —dije pensativo cuando él terminó—. Eres mucho más complejo de lo que yo sospechaba, Janos. Y tienes poderes.

—¡Pero no los tuyos! —dijo—. Tú eres... una criatura cambiante, misteriosa, siempre diferente. Y yo soy siempre el mismo.

—De acuerdo. Pero yo soy wamphyri.

—Y yo siempre he querido serlo —dijo él—, pero no soy más que un ser humano extraño, una cosa a medias....

—¿Y eso te disculpa? —le pregunté—. ¿Es ésa una razón suficiente para usar a tu madre como a una puta? Odiarme por tus propias deficiencias fue un error, pero pretender enmendarlo poseyendo a...

—¡Sí! —me interrumpió—. Esa era mi razón. Quería ser como tú y no podía, y por eso te odiaba. Y tenía que mancillar y someter aquello que tú más querías. Primero los cíngaros, de quienes logré que me amaran, si no más que a ti, al menos igual. Y después tu mujer, que te conocía mejor que nadie en el mundo, como sólo una amante puede conocer.

Ahora —y muy deliberadamente— retrocedí alejándome de él, y Janos me siguió en dirección a la entrada de la cueva.

—En tu deseo de ser como yo —dije—, decidiste hacer las cosas que yo hacía, y saber lo que yo sabía. Hasta el punto de conocer a tu propia madre... carnalmente.

—Creí que ella podía..., que podía enseñarme cosas.

—¿Qué? —casi suelto una carcajada—. ¿Los usos sexuales? ¿No crees que ésa debe ser la tarea del padre?

—Yo no quería nada de ti, sólo quería ser tú.

—¿Y no podías haber sido más afectuoso, y ganarte así mi cariño?

Esta vez fue él quien estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Tu cariño? ¡Hubiera sido como buscar dulzura en un terrón de sal!

—Eres duro —le dije en voz baja—. Quizá no seamos tan diferentes, después de todo. Y en ese caso, tú serías wamphyri, ¿no? Pero tienes mucho que aprender antes de que llegue ese día.

—¿Qué dices? —se extrañó, y una expresión de incredulidad pasó por su rostro como una sombra. Y luego susurró—: ¿Estás diciendo que...?

—¡Eh! —Extendí mi mano en un gesto aleccionador; ahora que él estaba fascinado, era mi turno para mantenerlo a raya—. No, no somos tan distintos como tú creías. Y te diré algo, mi estúpido, celoso e impaciente hijo: lo que has hecho no es algo excepcional. Ni siquiera extraño o detestable. No lo es para mí, ni para los que son como yo. ¿Incesto? ¡Los wamphyri siempre han jodido a los suyos, y uso esa palabra en todas sus acepciones! Te diré algo, Janos: alégrate de haber nacido hombre, y de ser más humano que vampiro. Porque si fueras otro vampiro... sabría muy bien qué hacer contigo. ¡Sí, y entonces comprenderías plenamente el significado de la palabra violación!

Mis palabras deberían haberle puesto sobre aviso de que yo no estaba tan dispuesto a perdonarle como aparentaba, pero no fue así. Yo le había hecho una promesa a medias, y él la quería entera, y en el acto.

—Has dicho que... ¿puedes enseñarme a ser wamphyri?

—Bien, sí, algo así. —Su estaca ya no señalaba mi pecho con la firmeza de antes.

—¿Y cómo lo harías?

—¡No tan rápido! —dije—. Antes debo saber hasta dónde has llegado. Has dicho que deseas ser como yo. Exactamente igual que yo. Es decir, wamphyri. Muy bien, pero entretanto has practicado, ¿no es verdad? Y debo saber cuáles han sido tus logros.

Janos era taimado.

—Será mejor que me preguntes en qué he fracasado. ¡Todo lo demás puedo hacerlo!

—Muy bien. ¿Y qué es lo que no puedes?

—No puedo cambiar la forma de mi cuerpo, alterar mi sustancia, volar.

—Eso no es más que la voluntad actuando sobre la carne..., pero sólo si la carne es de wamphyri. La tuya no lo es. Aun así..., eso se puede modificar. ¿Qué más?

—Eres un nigromante muy hábil. En una ocasión, mataste a un Viajero solitario que pasaba por aquí. Yo estaba escondido, y te vi abrir su cadáver y hurgar en sus vísceras para extraer todo su conocimiento del mundo exterior. Aspiraste los gases de su abdomen para aprender de ellos. Chupaste sus ojos para ver lo que habían visto. Frotaste la sangre de sus oídos destrozados sobre los tuyos para oír lo que ellos habían oído. Más tarde, cuando pasó una tribu de cíngaros desconocidos, yo les robé una niña e hice con ella lo que tú con el Viajero. Pero no aprendí nada, sólo me puse enfermo.

—Los wamphyri somos excelentes nigromantes —le dije—. Sí, y es un difícil arte. Pero... puede ser enseñado. Si me hubieras permitido entrar en tu mente, yo podría haber sido tu maestro. Tú mismo te limitaste, Janos. ¿Alguna otra cosa?

—Tu enorme fuerza —respondió él—. Te he visto castigar a un hombre. ¡Lo levantaste en el aire y lo arrojaste a lo lejos como si fuera un pequeño madero! Y te he visto... en la cama. Tu energía no se agotaba nunca. Yo solía pensar que Marilena tenía algún secreto, una pócima misteriosa, algo que mantenía tu erección. También por eso me acosté con mi madre. Quería saber todos tus secretos.

Y había algo al respecto que yo también deseaba saber.

—¿Sospechó ella alguna vez que eras tú?

—Jamás —me respondió—. Mis ojos la habían sometido por completo. Sólo sabía lo que yo quería que supiera, y hacía lo que yo le ordenaba.

—E hiciste que creyera que tú eras yo —gruñí—, ¡para que lo hiciera todo! —y me adelanté para sujetarlo.

En ese instante, el muy perro leyó mi mente. Hasta entonces me había protegido, pero la imagen de él y Marilena juntos volvió a acosarme, y perdí el control. Janos vio mis pensamientos, mis intenciones, eludió mi brazo y me atacó con su lanza.

Yo estaba al borde del precipicio; me hice a un lado y el arma desgarró mi ropa y me rozó el hombro. Se la quité, y le golpeé con ella en la cara. Le destrocé la boca, y saltaron sus dientes. Hizo un movimiento convulsivo para apartarse de mí y se golpeó la cabeza contra el techo de la cueva. Y cuando se desplomó lo cogí. Aturdido, no pudo hacer nada cuando lo llevé hasta el borde del peñasco. Su cabeza se balanceaba, pero tenía los ojos muy abiertos, y me contemplaba mientras yo permitía a mi enfurecido vampiro que cambiara una y otra vez mi rostro y mi cuerpo.

—De modo que querías ser wamphyri —gruñí entre dientes, y le mostré mi mano, que ahora era la garra de una bestia primitiva—. Querías ser como yo. Quiero que sepas, Janos, que la única razón de que seas humano es tu madre. Yo deseaba que ella tuviese un niño, y en cambio le di un monstruo. Pero has dicho que eres algo intermedio, y tienes razón. No eres ni una cosa ni la otra, y no sirves ni para hombre ni para bestia. ¿Deseabas poder modelar tu carne a voluntad? ¡Que así sea, entonces!

Y junté una bola de flema, espuma y sangre sobre mi lengua hendida, y la metí dentro de su boca abierta, y la empujé por su garganta hasta que la tragó. Tosió, medio ahogado, hasta que pareció que iban a saltársele los ojos, pero no podía hacer nada.

—¡Ya está! —dije, riendo como un demente—. Deja que crezca en ti, y forme la elástica carne que deseas, y haga que tu carne sea la suya. Sí, necesitarás algo de vampiro en ti..., aunque sea para unir tus huesos rotos.

Y sin una sola palabra más, lo arrojé al precipicio...

Janos estaba malherido. Todos los huesos rotos, tal como yo se lo había anunciado, y la carne desgarrada contra las rocas. Si hubiera sido un hombre, habría muerto. Pero siempre hubo algo de mí en él, y ahora había aún más. Lo que yo había escupido en su interior creció más rápido que un cáncer, pero en vez de matarle, le salvó la vida. Janos iba a curarse y a vivir, porque así me convenía.

Antes de dirigirme a Hungría, y a la ciudad de Zara, ordené a los cíngaros que dejaba tras de mí:

—Cuidadle bien. Y cuando haya curado, dadle mis órdenes. Ha de permanecer aquí y guardar mi castillo y mis tierras, porque he de ser bienvenido a mi regreso. Hasta entonces, él es el señor del lugar, y se hará su voluntad. —Y partí a unirme a la gran cruzada, y tú ya sabes lo que sucedió, y cómo terminó todo...

Cuando dejó de oírse la voz de Faethor, Harry echó una mirada al lugar y vio que las aplanadoras ya estaban en funcionamiento. A unos ciento ochenta metros de donde él se encontraba, una casa en ruinas se desplomó en medio de una nube de polvo y escombros, y a Harry le pareció que el suelo temblaba. También Faethor lo percibió.

*¿Crees que hoy llegarán hasta aquí?*

El necroscopio hizo un gesto negativo.

—No, no lo creo. Además, no parecen trabajar de acuerdo a un plan preconcebido, y tampoco se les ve trabajar muy deprisa. ¿Te afectará que destruyan este lugar? No queda ya mucho que destruir, de todos modos.

*¿Preguntas si me afectará? No, nada puede hacerlo, puesto que ya no existo. Pero*

*el estruendo de esas máquinas puede hacer que me sea mucho más difícil escuchar las conversaciones de los muertos.*

Y Harry sintió la sarcástica sonrisa del monstruo, quien a su vez percibía la inevitabilidad de una tumba de cemento, probablemente en el centro de una gran fábrica. Una sonrisa, sí, porque Faethor jamás aceptaría la compasión de Harry, e incluso haría como que la ignoraba.

Por consiguiente, la frase que a continuación le dirigió Harry era, tal vez, gratuita:

—Bueno, espero..., espero que te encuentres bien cuando las cosas cambien. —Pero de todos modos, la dijo. Y añadió de inmediato, antes de que se percibiera su incomodidad (o la de Faethor)—: Ahora tengo que marcharme. He aprendido mucho de ti, y te agradezco que me hayas devuelto la facultad de hablar con los muertos. Si puedo, me comunicaré de nuevo contigo (de noche, claro está, y probablemente desde lejos), para que termines de contarme tu historia. Porque sé que después de la cuarta cruzada regresaste a Valaquia y acabaste con Thibor, y deben de haber sucedido más cosas entre tú y Janos. Puesto que hace muy poco que se ha levantado de su tumba, antes alguien debió ponerlo en ella. Y sospecho que ese alguien eres tú, Faethor.

Harry sintió la sombría sonrisa del vampiro.

—Bien, lo que fue hecho en una ocasión, puede serlo en otra. Con tu ayuda, claro está.

*Siempre serás bienvenido, Harry. El propósito de ambos es que Janos vuelva al polvo. Y ahora, sigue tu camino. Me gustaría descansar un poco, al menos mientras dure esta paz que acabará tan pronto.*

Pero cuando Harry cogió la mochila, sus pies resbalaron en la viscosa carne de las setas venenosas. Su «aroma» le asaltó como una ráfaga fétida.

—¡Aj! — Harry no pudo contener la exclamación de asco. Y Faethor la escuchó, y tal vez vio mentalmente cuál era la causa.

*¿Setas?*— preguntó el vampiro, y Harry pensó que su voz sonaba como si el vampiro de repente se sintiera inquieto.

Puede que, después de todo, la precariedad de su situación le afectara.

—Sí, hongos, setas venenosas, lo que sean. El calor del sol está acabando con ellas.

Harry percibió el estremecimiento de Faethor, y deseó no haber dicho nada. Su última frase había sido innecesariamente cruel. Pero... ¡qué diablos!... ¿por qué debería alguien sentir pena por el destino de una criatura muerta hacía ya tanto tiempo, y tan malvada como había sido el vampiro?

—Adiós —se despidió, y abandonó la morada en ruinas de Faethor, dirigiéndose hacia el antiguo cementerio, y la polvorienta carretera que pasaba junto a él.

*Hasta siempre* —le respondió el espíritu inquieto—. *Y no te demores reflexionando sobre lo que debes hacer. Pon manos a la obra de inmediato, Harry, que en este caso la prontitud es fundamental.*

Harry esperó un instante, pero Faethor no dijo nada más...

Cuando Harry escaló el muro posterior del viejo cementerio y caminó entre las tumbas y las lápidas, alguien le llamó desde muy cerca:

*¡Harry! ¡Harry Keogh!*

Harry se sobresaltó y miró a su alrededor pero... ¡allí no había nadie! Claro que no, pues le hablaban en la lengua muerta..., aunque sin la terrible agonía mental que había llegado a asociar con el idioma de los difuntos. Le habían prohibido utilizar su macabro talento durante tanto tiempo que le costaría acostumbrarse de nuevo a su uso.

*¿Te he asustado?* —preguntó la voz de algún alma muerta—. *Discúlpame. Pero te*

*hemos oído hablar con la Criatura Muerta que Escucha, y supimos que eras tú, Harry Keogh, el necroscopio. ¿Quién otro podría hablar con los muertos? ¿Y qué otra persona podría querer hablar con una criatura como ésa? Sólo tú, Harry, que no tienes enemigos entre la Inmensa Mayoría.*

—Oh, sí que tengo unos pocos enemigos —respondió Harry—. Pero en general me llevo muy bien con los muertos, es verdad.

Y todo el camposanto pareció cobrar vida. Antes, había un silencio, un vacío doloroso que disimulaba... algo reprimido. Pero ahora ese algo desbordó sus límites como un río en una inundación, y cientos de voces demandaron la atención de Harry. Se oían las habituales preguntas de los muertos: ¿Cómo estaban aquellos que habían dejado en el mundo de los vivos? ¿Qué sucedía en el universo de los seres corpóreos, donde las mentes estaban alojadas en cuerpos? ¿Podía Harry llevar un mensaje a un amado padre, o madre, o hermana, o amante, o...?

¡Le llevaría toda una vida responder a las preguntas y llevar los recados de los habitantes de este cementerio! Pero apenas formuló este pensamiento, los muertos reconocieron que así era, y la algarabía mental calló de inmediato.

—No es que no quiera hacerlo —explicó Harry—, sino que no puedo. Para los vivos, vosotros estáis muertos e idos para siempre. Y sólo yo y unos pocos colegas sabemos que aún estáis aquí, aunque habéis cambiado. ¿Pensáis que a vuestros seres amados que todavía habitan el mundo de los vivos les ayudaría saber que..., que existís? No. Sólo serviría para hacer más profundo su dolor. Os imaginarían en una inmensa prisión, en un campo de concentración sin cuerpos. Ya sé que vuestra situación es mala, pero ahora que habéis aprendido a comunicaros entre vosotros, no lo es tanto. Mas no podemos contarles esto a los vivos, porque si lo hiciéramos, comenzaría de nuevo el sufrimiento de aquellos que han conseguido consolarse por vuestra pérdida, y continuar con sus vidas. Y me temo que, además, habría siempre falsos necroscopios que intentarían aprovecharse de vuestros seres queridos.

*Tienes razón, Harry* —respondió el portavoz de los muertos—. *¡Pero es algo tan poco frecuente —algo único— poder hablar con un ser vivo! Ya percibimos tu prisa, y por cierto que no queremos retenerte.*

Harry se paseó entre las tumbas —las había muy antiguas y otras más recientes—, y preguntó:

—¿Qué sucederá con vosotros? Quiero decir, ¿tendrá algún efecto sobre vosotros que nivelen toda la zona? Ya sé que permaneceréis aquí cuando lo aplanen todo, ¿pero os perturbará que borren vuestras tumbas de la superficie de la tierra?

*¡No lo harán, Harry!* —dijo un muerto que había sido miembro de la Comisión de Planificación de Ploiesti—. *Este cementerio está en la lista de edificios protegidos. Es verdad que han reducido a escombros un montón de camposantos, pero éste escapará a la locura de Ceausescu. Y me enorgullezco de haber contribuido a que así sea. Era mi deber. Los Bercius, mi familia, son enterrados aquí desde hace siglos. Y las familias deben permanecer unidas, ¿verdad?* —Radu Berciu rió con cierta ironía—. *Pero nunca pensé que yo mismo me beneficiaría de esa decisión..., o al menos no tan pronto. Porque nueve días después de firmar el decreto que impedía la demolición del cementerio, morí de un ataque al corazón.*

—¿Y hay otros muertos recientes? —preguntó Harry con todo el tacto posible, porque sabía que eran los que más sufrían al no haber tenido aún tiempo suficiente como para recuperarse del trauma de la muerte. Lo menos que podía hacer era hablar un instante con ellos antes de marcharse.

Y un par de voces, jóvenes, tristes e infinitamente desvalidas le respondieron.

*Sí, Harry, somos los hermanos Zaharia.*

*Ion y Alexandru* —dijo la otra voz—. *Hemos muerto en un accidente, cuando trabajábamos en la carretera nueva. Un camión cisterna chocó y derramó su carga de combustible cuando estábamos preparando té en un brasero. Ardimos. Y ambos nos habíamos casado hacía muy poco tiempo. Si al menos pudiéramos hacerle saber a nuestras esposas que no hemos sufrido nada, que no hubo dolor...*

—¡Pero..., pero debéis haber sufrido muchísimo! —Harry no pudo contenerse.

*Sí* —respondió uno de los Zaharias—, *pero quisiéramos que ellas pensaran que no fue así. De lo contrario, quizá pasen cada noche que les queda de vida pensando en nosotros, oyendo nuestros gritos mientras nos abrasábamos. Nos gustaría evitarles al menos ese sufrimiento...*

Harry estaba conmovido, pero no podía hacer nada por ellos. En todo caso, no por el momento.

—Escuchadme —dijo—. Creo que podré ayudaros, pero no ahora, sino más adelante. Espero que pronto. Y cuando llegue ese momento, os lo haré saber. Pero eso es todo lo que puedo prometeros.

*¡Harry!* —respondieron al unísono—. *¡Eso es muchísimo para nosotros! Nos has dado esperanza, y sabemos que tenemos un amigo en un lugar que, de no ser por ti, estaría absolutamente fuera de nuestro alcance. Los muertos somos afortunados de que tengas el poder de comunicarte con nosotros.*

Harry salió del cementerio y cogió la polvorienta carretera en dirección a Bucarest. A su espalda, las emocionadas voces del cementerio fueron perdiéndose gradualmente en la distancia. Ahora hablaban entre ellos y no con él. Y Harry sabía que había hecho nuevos amigos. Luego, carretera abajo encontró a dos que no eran precisamente amigos. Todo lo contrario.

El coche negro pasó a su lado. Iba en la dirección contraria, pero cuando Harry oyó el repentino chirrido de los frenos y miró hacia atrás, lo vio dar la vuelta. Y en ese instante tuvo la sensación de que se hallaba en dificultades. Luego, cuando el coche se detuvo a su lado y sus ocupantes bajaron del vehículo, Harry supo sin lugar a dudas que sí, que se hallaba en un aprieto.

No vestían uniforme, pero Harry conocía a los de su calaña. Ya los había encontrado antes. No a esos dos en particular, pero sí a otros exactamente iguales. Con sus trajes gris oscuro y sus sombreros de fieltro, que parecían salidos de una película de gángsters de los años treinta, eran el equivalente rumano de la KGB soviética, agentes de la Securitatea. Uno era pequeño, delgado, con cara de hurón; el otro alto, fuerte y desmañado. Sus rostros eran inexpresivos, y medio velados por el ala de los sombreros.

—Su documento de identidad —gruñó el más pequeño, y tendió la mano haciendo chasquear los dedos.

—Permiso de trabajo —dijo el otro, más lentamente—. Documentos, autorizaciones.

Ambos hablaban en inglés, pero Harry estaba tan sorprendido que cayó derecho en la trampa que le tendían.

—Yo..., yo sólo tengo mi pasaporte —respondió, también en inglés, y se llevó la mano al interior de la chaqueta para dárselo.

Pero antes de que pudiera sacar su falso pasaporte griego, el agente más pequeño le apuntó con una fea pistola automática.

—Con cuidado, señor Keogh —dijo. Y cuando Harry sacó lentamente la mano, el hombre le arrancó el documento y se lo pasó al agente más corpulento.

Después, mientras el pequeño le cacheaba, el corpulento abrió el pasaporte y lo estudió. Después de un instante, lo sostuvo para que su compañero pudiera mirarlo sin apartar la vista de Harry; ambos sonrieron fríamente y sin humor, y Harry pensó que

imitaban muy bien a un par de tiburones. Pero sabía que le habían cogido, y que por el momento no podía hacer nada.

La última vez que le había sucedido algo parecido fue cuando hablaba con Möbius en el cementerio de Leipzig. En esa ocasión había escapado por medio del continuo de Möbius. Y también había hecho uso de su conocimiento de las artes marciales, aprendidas de varios maestros difuntos. Bien, todavía era un experto en esto, con varios años de práctica, pero en aquella ocasión era mucho más joven, menos experimentado y más propenso al pánico. Ahora estaba mucho más tranquilo, y con causa: en los años que mediaban entre Leipzig y el día de hoy, se había enfrentado a horrores que esos matones rumanos ni siquiera imaginaban que pudieran existir.

—De modo que nos hemos confundido —dijo el agente más robusto; su dominio del inglés era excelente, a pesar de su acento gutural, tan bueno que incluso le permitía mostrarse sarcástico—. Usted no es Harry Keogh, sino un caballero griego llamado... Hari Kiokis. ¡Un anticuario, ya veo! ¡Pero qué extraño, un griego que sólo habla inglés!

El agente de la cara de hurón fue más directo.

—¿Dónde pasó la noche, Harry? —y apretó la punta de la pistola contra las costillas de Harry—. ¿Qué traidor le dio alojamiento, señor espía?

—Yo..., yo no estuve con nadie —respondió Harry, lo que no era enteramente cierto, y señaló su mochila—. Dormí a la intemperie. Aquí está mi saco de dormir.

El agente más alto cogió la mochila, la abrió y extrajo el saco de dormir. Estaba manchado por el barro y las hierbas. El agente dejó que una expresión de sorpresa asomara a su cara de piedra.

—¡Ah, ya veo! —dijo luego—. Su contacto no apareció, y tuvo que arreglárselas como mejor pudo. Muy bien, ¿nos dirá entonces con quién tenía que encontrarse?

—Con nadie —respondió Harry, y una idea comenzó a tomar forma en su mente—. Es más barato dormir así, y disfruto con el aire fresco. En todo caso, eso no es asunto suyo. Ya han visto mi pasaporte, y saben quién soy. ¿Pero quiénes son ustedes? Si son policías, me gustaría que se identificaran.

Y mientras los policías se miraban el uno al otro, y lo miraban a él, un tanto perplejos, Harry habló mentalmente en la lengua muerta a sus nuevos amigos del cementerio cercano. Habló (pero en silencio) con Ion y Alexandru Zaharia, y su mensaje fue simple y sin rodeos.

*Me amenazan dos hombres. Me temo que dos compatriotas vuestros de la Securitatea. ¡Estoy perdido si no recibo ayuda!*

Esto fue lo que Harry alcanzó a decir antes de que el agente más pequeño le diera un puntapié en la ingle. Harry lo vio venir y se las arregló para eludir en parte el impacto, pero aun así se desplomó, fingiendo un dolor insoportable.

—¿Ve lo que sucede? —dijo el agente de la cara de piedra, con voz monótona e inexpresiva—. ¡Ha enfadado a Corneliu! Harry Keogh, tiene que tratar de ser más amable con nosotros, de cooperar un poco más. Nuestra paciencia no es infinita, ni mucho menos.

El agente fue hasta el maletero del coche, lo abrió y metió dentro las cosas de Harry, pero guardó el pasaporte falso en el bolsillo.

*¿Qué podemos hacer, Harry?* —le llegó la voz ansiosa de Ion Zaharia mientras se retorcía intentando ganar tiempo—. *Podemos tratar de...; pero no, estás demasiado lejos. No llegaríamos a tiempo.*

*No* —respondió Harry—. *Permaneced donde estáis. Pero salid del suelo, eso es todo. Vosotros y todos los que..., bueno, que estén todavía en buena forma y quieran ayudar. Pero no desperdiciéis vuestras fuerzas intentando venir hasta donde yo estoy, porque se me ocurre que se cómo llevar a estos bastardos hasta el cementerio.*

—¡La chaqueta! —le ordenó Corneliu, el más pequeño—. ¡Deprisa!

Harry se sentó y se quitó la chaqueta antes de que se la arrancaran del cuerpo.

—Estoy muy decepcionado, en verdad —dijo el agente, y la expresión de su rostro ahora, antes que de indiferencia, era de desdén, de superioridad—. ¡Estábamos seguros de que tendríamos que dispararle! ¡Nos habían contado tales cosas de usted! ¡Les había causado tamaños problemas a nuestros colegas del otro lado de la frontera! Pero... usted no parece estar muy desesperado, Harry Keogh. ¿Quizá no merece la reputación que tiene?

Harry había desistido de intentar engañarlos. Los agentes sabían muy bien quién era, aunque ignoraran qué era.

—Eso fue hace mucho tiempo —respondió—, cuando yo era joven. Ahora no soy tan insensato. Sé muy bien cuando el juego ha terminado.

Un camión se acercó por la carretera, rumbo a Bucarest. En la parte de atrás, y sentados en dos hileras de bancos enfrentadas, iba un grupo de hombres y de mujeres, en su mayoría campesinos de edad. En sus ojos se veía una mirada sin esperanza; apenas si miraron a Harry, que estaba arrodillado en tierra con un matón a cada lado. Los campesinos tenían sus propios problemas. Eran los indigentes, los sin hogar, y sus vidas habían sido arruinadas por la ciega y destructora política agrícola e industrial de Ceausescu.

—Bien, el juego está realmente terminado para usted, amigo —continuó el agente más alto—. Como sabrá, le buscan por espionaje, sabotaje y... asesinato. ¡Sí, unos cuantos asesinatos! —el agente sacó un par de esposas—. Tantos que, por si acaso, tomaremos nuestras precauciones. No está mal ser precavido. Usted parece inofensivo, y está desarmado, pero...

El hombre esposó a Harry.

—Billete de vuelta a Rodas —el hurón estaba huroneando en los bolsillos de Harry—, cigarrillos y cerillas, y un montón de dólares americanos. Eso es todo. —Y dirigiéndose a Harry, le ordenó—: ¡Póngase de pie!

Lo hicieron subir a la parte trasera del coche, con el agente más pequeño a su lado apuntándole todo el tiempo con la pistola. El más alto se sentó tras el volante.

—De modo que se dirigía al aeropuerto —dijo este último—. Bien, lo llevaremos nosotros. Tenemos allí un saloncillo donde podremos esperar hasta que salga el vuelo a Moscú. Una vez que le entreguemos a los rusos, usted ya no será responsabilidad nuestra. —El agente puso en marcha el coche y salieron en dirección a Bucarest.

—No lo entiendo —dijo Harry, verdaderamente perplejo—¿Desde cuándo son tan amigas la Securitatea y la KGB? Yo creía que la *glasnost* y la *perestroika* eran exactamente lo contrario de lo que hace Ceausescu. ¿O será que ustedes dos son agentes dobles? ¿Es así? ¿Están trabajando para dos amos?

—¡Cállese! —el hurón apretó la punta de la pistola contra las costillas de Harry.

—Déjalo hablar —intervino el conductor—. Me divierte descubrir lo mal informados que están en Occidente —dijo, y se dio la vuelta y miró por sobre el hombro—. Y cuánto de lo que saben es mera suposición. Puede llamarme Eugen, señor Keogh, aunque nuestra relación será muy breve. ¿De modo que le sorprende que Rusia tenga amigos en Rumania, a pesar de ser vecinos, y de que nuestro país haya sido durante tanto tiempo un satélite de la URSS? ¡Vaya, si luego me dirá que no hay agentes rusos en Inglaterra, Francia o los Estados Unidos! No, no puedo creer que sea tan ingenuo.

—¿Usted es... de la KGB? —preguntó Harry con el entrecejo fruncido.

—No, somos de la Securitatea... cuando nos conviene. Pero usted debe comprender; comparado con el lei, el rublo es una moneda mucho más fuerte y estable,

y todos debemos pensar en el futuro, ¿no? Tarde o temprano, tendremos que retirarnos —miró hacia atrás, le sonrió a Harry, y luego se puso serio—: En su caso, será temprano.

Así que esos dos estaban en la nómina de la KGB, que a su vez tenía una sección que trabajaba con los viejos «amigos» de Harry, la Organización E soviética. Se trataba otra vez de los agentes PES soviéticos; recordaban muy bien Bronnitsy, y querían vengarse de Harry. ¡Sí, pero también le tenían un miedo tremendo! Primero la demente conspiración de Wellesley en Bonnyrig, y ahora esto. Le iban a sacar en secreto de Rumania para llevarle a la URSS y entregarle a la Organización E soviética que le haría desaparecer sin mucho ruido. Eso era lo que habían planeado...

Pero Harry leyó mucho entre líneas. Si le iban a sacar clandestinamente de Rumania, era evidente que las autoridades rumanas no sabían nada de él. Para ellos, él era la persona que figuraba en el pasaporte: Hari Kiokis, un hombre de negocios que venía de Grecia. Eso tenía sentido. La KGB (o la Organización E) se había puesto en contacto con sus hombres en Rumania, hombres en los que se podía confiar para un trabajo rápido, porque intentar otro tipo de extradición podía llevar mucho tiempo, y ser muy frustrante. De manera que tal vez había que decir algo a favor de Ceausescu, después de todo.

—Eugen, me parece que su misión era capturarme, ¿podría decirme por qué no lo hizo ayer en el aeropuerto? —preguntó Harry—. ¿Tal vez porque tenía que evitar toda publicidad?

—Ésa era una de las razones —respondió el agente más alto mirándolo por sobre el hombro—. Pero también pensamos que podíais matar dos pájaros de un solo tiro, seguirle a usted y descubrir quién era su contacto. Después de todo, usted debe de haber venido a Rumania a ver a alguien. De manera que seguimos su taxi. Pero tuvimos un pinchazo; esas cosas suceden. Más tarde interrogamos al conductor de su taxi y él nos mostró dónde le había dejado. Y también nos dijo que usted pensaba volver por la mañana a la ciudad en autobús. ¡Eso sí que fue frustrante! Estuvimos yendo y viniendo desde muy temprano, esperando que usted apareciera. Como último recurso, hubiéramos vuelto a Bucarest, y le habríamos cogido en el aeropuerto. Hoy hay un solo vuelo a Atenas. Pero tal como ocurrieron las cosas, no fue necesario.

—¡Pero yo no tenía ningún contacto! —exclamó de repente Harry—. Sólo tenía que..., tenía que dejar instrucciones, y recoger información.

Harry actuaba dando por supuesto que ellos no sabían casi nada de él; sólo que tenían que detenerlo y entregarlo a sus jefes rusos. Además, ya le quedaba poco tiempo. Sus amigos del cementerio ya debían estar preparados.

Eugen apretó el freno y detuvo el coche.

—¿Usted dejó instrucciones? ¿Entonces allí donde estuvo hay un escondrijo para la correspondencia secreta?

—Sí —mintió Harry.

—¿Y la información que debía recoger? ¿Dónde está?

—No estaba allí. Por eso esperé toda la noche, para recogerla por la mañana. Pero hoy tampoco estaba en el escondrijo.

Eugen se volvió y miró fijamente a Harry con los ojos entrecerrados.

—Usted está hablando mucho, amigo. Supongo que todo esto tiene que ver con nuestros quintacolumnistas campesinos, ¿no?

Harry se esforzó por parecer asustado, cosa nada difícil. No sabía nada de los campesinos quintacolumnistas, pero comprendía la psicología de aquellos matones.

—Sí, algo por el estilo —respondió—. Usted dijo que tienen un saloncillo en el aeropuerto. Bueno, prefiero contárselo todo ahora antes de que el camarada Corneliu me

lo saque a golpes en privado más tarde.

—Una pena, en verdad —gruñó Corneliu—. Pero puede que igual le dé algunos golpes.

—¿Nos llevará hasta el escondrijo de las cartas?

—Sí, si eso me pone las cosas más fáciles.

—¡Ja! —se mofó Corneliu—. ¿Conque éste era un tipo duro? —Y dirigiéndose a Harry—: ¿Todos los espías ingleses son unas señoritas?

Harry se encogió de hombros. En verdad, él sabía muy poco de los espías británicos corrientes; sólo conocía agentes PES, espías mentales.

Eugene dio la vuelta con el coche y comenzó a desandar el camino que habían hecho. No dijeron nada más hasta que llegaron a la entrada del cementerio, donde Harry les indicó que se detuvieran.

—Es aquí —dijo—. Éste es el sitio del escondrijo.

Bajaron del coche y Corneliu hizo marchar a Harry a punta de pistola. Y Harry, mientras caminaba, hablaba en la lengua muerta:

*Ya estamos aquí. Uno de los agentes tiene una pistola... ¡y me está apuntando! Cuando os vea se distraerá y aprovecharé para desarmarlo. ¿Todo va bien?*

*Sí, Harry, aquí estamos todos bien* —respondieron de inmediato los Zaharias—. *Y se nos han unido unos cuantos. No sabemos si servirán de mucho, pero... la unión hace la fuerza, ¿no es verdad?*

*No os veo* —dijo Harry muy preocupado—. *¿Estáis escondidos?*

*Los otros están bajo el suelo, pero apenas* —respondió Ion Zaharia—. *Y nosotros hemos salido de nuestros féretros, y estamos bajo la tapa de nuestro sarcófago.*

Y Harry entonces se acordó de que los Zaharias estaban enterrados juntos en un gran sarcófago de mármol que se alzaba por encima de las demás tumbas. A ellos no les había importado que él se sentara encima mientras les hablaba. De manera que estaban esperando bajo la cubierta...; eso estaba muy bien.

—¡Muévete, Keogh! —gruñó Corneliu, empujándolo por un corredor entre hileras de lápidas—. ¿Dónde diablos está ese escondrijo?

—Allí mismo —respondió Harry, y señaló adelante. Fue hasta la gran tumba y se quedó mirando la pesada cubierta del sarcófago—. Yo tuve que deslizarla hacia un lado, pero entre los dos podremos moverla con facilidad.

Harry esperaba que los matones no se hubieran dado cuenta del mal olor, que empeoraba por momentos. En todo caso, no les preguntó nada.

—¿De modo que profanando tumbas? —se burló Eugen—. ¡Harry Keogh, debería avergonzarse! ¡Enviar cartas a los muertos! Usted sabe muy bien que ellos no pueden responderle. —Y dirigiéndose a Corneliu—: Tú cúbrelo con la pistola, que yo le echaré una mano.

*¡Qué equivocado estás!* —pensó Harry mientras intentaba junto con el agente más robusto mover la cubierta del sarcófago, que de repente, y con gran facilidad, se deslizó hacia un costado. El necroscopio se esperaba algo así, y contuvo el aliento, pero a Corneliu y a Eugen los cogió por sorpresa. Y los agentes tampoco se esperaban lo que sucedió a continuación, inmediatamente después de que escaparan los gases atrapados dentro de la tumba.

—¡Dios! —Eugen retrocedió tambaleándose, y se cubrió la nariz y la boca con las manos. Pero Corneliu sólo se atragantó y los ojos parecieron saltársele de las órbitas. Y el arma que tenía en la mano dejó de apuntar a la espalda de Harry y señaló hacia aquello, todavía indiscernible, que se alzaba lentamente de la oscuridad de la tumba.

Pero antes de que pudiera apretar el gatillo —si es que le quedaban fuerzas para hacerlo—, Harry le quebró la muñeca con un puntapié que parecía tener reservado

desde hacía años. La pistola saltó por los aires, y Corneliu hizo lo mismo..., ¡directamente a las manos abrasadas y llenas de ampollas, grises y azules por el efecto de la putrefacción, de los Zaharias! Los hermanos lo cogieron, le miraron fijamente con sus muertos ojos y le hicieron una mueca amenazante, enseñándole los dientes requemados en el incendio, fijos en mandíbulas de huesos y cartílagos abrasados.

El otro agente, Eugen, que mascullaba palabras incomprensibles mientras se alejaba dando tumbos por entre las antiguas sepulturas, en dirección a la salida del cementerio, no se detuvo ni un instante para mirar hacia atrás... hasta que dio con quienes le estaban esperando. Eran los muertos más antiguos que se habían unido a los Zaharias. Y aunque no eran más que fragmentos —o quizá por eso mismo—, aquellos restos de cadáveres, que se arrastraban y saltaban espasmódicamente, detuvieron a Eugen.

Uno de esos cadáveres era el de una mujer que había perdido la vida y las piernas en un terrible accidente. Enterrada desde hacía mucho tiempo, los pechos le caían putrefactos sobre el vientre, y perdía trozos al moverse, pero aun así se mantuvo erguida sobre sus muñones y con fuerza sobrenatural se aferró a los muslos de Eugen, que comenzó a moverse en una especie de danza enloquecida, mientras clamaba piedad al cielo e intentaba apartar la cara de ella de su entrepierna. Lo consiguió finalmente, y las vértebras del cuello del cadáver se quebraron; la cabeza cayó hacia atrás como la de una muñeca rota pero sujeta por un gozne, y quedaron al descubierto los gusanos que se alojaban en la garganta y se alimentaban de la carne en descomposición.

Dando frenéticos saltos y puntapiés, Eugen, presa del terror, consiguió librarse del destrozado torso de la mujer y metió la mano en el interior de la chaqueta. Sacó una pistola automática y la amartilló, apuntando a los animados trozos de cadáveres que avanzaban hacia él. Harry no deseaba que hubiera disparos; ya era bastante con los aullidos de Eugen, y si a eso se le sumaba el ruido de un disparo, era muy probable que alguien viniera a investigar qué sucedía.

Los muertos percibieron la preocupación de Harry como si hubiera sido formulada en palabras, y actuaron en consecuencia. La horrorosa mujer sin piernas se irguió y se aferró con sus manos putrefactas al arma de Eugen, y hundió el cañón en la gelatinosa cavidad de su cuello. Amortiguó con su cuerpo el ruido del primer disparo de Eugen, y Harry se cuidó de que no hubiera otro.

Se acercó al agente por detrás, golpeándole en la nuca con sus manos esposadas y le dejó inconsciente. Cuando Eugen cayó, le quitó la pistola de un puntapié. Al desvanecerse, Eugen vio desaparecer lentamente el rostro de Harry en la oscuridad, y se preguntó por qué en sus extraños, melancólicos ojos no se veía nada horroroso...

Cuando el agente de la Securitatea recobró el conocimiento, estaba seguro de que todo lo experimentado no era más que una vívida y particularmente terrorífica pesadilla... hasta que abrió los ojos y miró a su alrededor.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó, y cerró los ojos con fuerza.

—No se desmaye —le advirtió Harry—. Tengo poco tiempo y quiero preguntarle algunas cosas. Si no obtengo las respuestas que necesito, estos muertos se pondrán furiosos con usted.

Eugen mantuvo los ojos cerrados.

—Harry... Harry Keogh —dijo finalmente con voz entrecortada—. Pero éstos... ¡éstos son muertos!

—Sí, ya se lo he dicho —respondió Harry—. Ya ve, sus amigos del otro lado de la frontera cometieron un error. Le dijeron quién soy, pero no qué soy. Y no le dijeron que tengo muchísimos amigos, y que están todos muertos.

El otro murmuró algo en rumano, y luego comenzó a gemir histéricamente.

—Tranquilícese —le dijo Harry—, y hable en inglés. Olvídese de que la gente que le tiene prisionero está muerta. Piense solamente que son mis amigos, y que harán cualquier cosa para protegerme.

—¡Dios, puedo olerlos! —gimoteó Eugen; Harry sospechó que el otro no le entendía del todo y decidió endurecer su tono.

—Mire, ustedes iban a entregarme a la KGB, donde me habrían torturado para que les dijera lo que quieren saber, y luego asesinado. ¿Por qué tendría yo que comportarme mejor con usted? De modo que, o recupera el dominio de sí mismo y empieza a contestar a mis preguntas, o me voy de aquí y le dejo con ellos.

Eugen se revolvió un poco y luego se sentó muy quieto, ya que cada movimiento que hacía levantaba una nueva oleada de hedor a muerto. Sentía los muertos y correosos dedos que sostenían sus brazos. El rumano aún tenía los ojos cerrados.

—Dígame sólo una cosa —dijo—. ¿Estoy loco? ¡Por Dios, no puedo respirar!

—Algo más, Eugen —le dijo Harry—. Cuanto más tiempo permanezca con mis amigos, más riesgos corre su salud. Las enfermedades proliferan entre los muertos, Eugen. Usted no sólo los huele, sino que inhala partículas de sus cadáveres.

La cabeza del agente se balanceó hacia adelante y hacia atrás y Harry pensó que estaba a punto de perder el conocimiento. El necroscopio lo abofeteó dos veces, con la palma y con el dorso de la mano. Eugen abrió los ojos, miró a derecha y a izquierda con expresión de ira, pero su momentánea ira desapareció de inmediato cuando volvió a tener presente la situación en que se encontraba. Los hermanos Zaharias lo mantenían prisionero. Ambos estaban arrodillados dentro de su abierta tumba, y tenían agarrado de los brazos a Eugen, que estaba con la espalda apoyada en el sarcófago. Y «ellos» le miraban con sus ojos de pez muerto. El agente rumano volvió de inmediato la vista al frente, hacia Harry.

El necroscopio estaba agachado, con una rodilla en tierra, frente a Eugen, y detrás de él otras criaturas muertas formaban un semicírculo. Algunas de esas criaturas no eran más que trozos momificados, marchitos y arrugados, secos como un papel. Pero otras estaban... húmedas. Y todas se movían, se estremecían, amenazaban, aunque fuera en silencio. Los amigos de Harry Keogh. Un grupo estaba reunido junto a la caída figura de Corneliu, a quien la combinación de terror y dolor por la muñeca rota había hecho perder el conocimiento. Eugen vio todo esto. Y luego preguntó:

—¿Me van a matar?

—Si me dice lo que quiero saber, no.

—Pregunte, entonces.

—Primero, quíteme las esposas —y le tendió las manos—. Los muertos son muy buenos para agarrar algo y no soltarlo, pero no se las arreglan muy bien con las cosas delicadas. No son tan hábiles como los vivos. —Eugen le miró y se preguntó quién era más aterrador, Harry Keogh o los muertos. El necroscopio parecía incapaz de conmoverse ante nada.

Ion Zaharia soltó de mala gana la mano de Eugen para que el agente pudiera coger la llave del bolsillo. Pero Alexandru, el hermano de Ion, no deseaba correr ningún riesgo, y apresó el cuello del agente con el brazo. Harry se vio por fin libre de las esposas, y se puso de pie frotándose las muñecas.

—No irá a dejarme aquí —dijo Eugen, cuyo rostro estaba tan pálido que los ojos parecían los agujeros de una máscara.

—Eso depende de usted. Primero conteste mis preguntas, y luego decidiré qué he de hacer con usted y con su amigo.

Harry fue hasta donde estaba Corneliu y recuperó el billete de avión, los cigarrillos y las cerillas. Después volvió, se arrodilló y cogió el pasaporte que había

guardado Eugen.

—Y lo primero que quiero saber —dijo— es si aún puedo usar este documento, o habrá gente esperándome en el aeropuerto. ¿Estaban ustedes dos solos en este asunto, o hay otros agentes de la Securitatea trabajando para la KGB?

—Si los hay, yo no los conozco, pero en este asunto trabajábamos solos. Ellos se comunicaron con nosotros por teléfono y nos avisaron en qué avión llegaba usted de Atenas. Teníamos que apresarlo y retenerlo hasta que vinieran a buscarlo. Hay un vuelo desde Moscú a las trece horas.

—¿De modo que podré ir a Bucarest y coger sin inconveniente mi avión?

Eugen, malhumorado, no respondió hasta que Ion acercó su horrible cara y le hizo un gesto de advertencia alzando un dedo.

—¡Sí! ¡Por el amor de Dios! —exclamó Eugen.

—¿Dios? —dijo Harry mientras buscaba las llaves de su coche en los bolsillos del agente. Harry no sabía si aún creía en Dios, y no comprendía por qué los muertos deberían creer, no en el «paraíso» que les había sido concedido. Pero ellos, y lo había descubierto en numerosas conversaciones, no habían perdido la fe. Harry suponía que Dios era esperanza. Pero aun cuando él personalmente no hubiera dicho que mentar el nombre de la deidad era una blasfemia, no le gustó nada oírlo en boca de un personaje de la calaña de Eugen—. ¿Y qué sabe usted de Él?

—¿Qué dice? —preguntó Eugen— ¿De quién habla?

Tal como Harry había esperado, Eugen no sabía nada de Él.

—Bien, ahora me marcharé —dijo Harry—, pero me temo que usted y Corneliu tendrán que permanecer aquí. No puedo permitir que se marchen, no por el momento. De modo que serán los huéspedes de mis amigos hasta que yo esté bien lejos de aquí. Pero tan pronto me encuentre volando a Atenas, le haré saber a esta gente que pueden dejarles en libertad.

—¿Les..., les hará saber? —Eugen había comenzado a temblar y no podía contenerse—. ¿Y cómo lo hará?

—Gritaré —respondió Harry con una sonrisa sin alegría—. No tema, me oirán.

*¿Y si ellos gritan antes?* —le preguntó Ion Zaharia a Harry cuando éste salía del cementerio.

*Impídeselo* —respondió Harry—, *pero trata de no matarle. Como tú bien sabes, la vida es un don precioso, así que permíteles vivir la que les resta. Además, valen demasiado poco como para quedarse para siempre con vosotros...*

Harry condujo con cuidado hasta Bucarest, dejó el coche en el aparcamiento del aeropuerto, lo cerró con llave y metió las llaves en la tierra de un gran tiesto junto a las taquillas para la venta de billetes. Luego, con un retraso de apenas cinco minutos con respecto a la hora en que debía presentarse, entregó el billete y el equipaje. Todo sucedió igual que cuando había llegado; nadie le miró dos veces.

El avión de Olimpia Airlines despegó con once minutos de retraso, a las doce horas y cincuenta y seis minutos. Mientras giraba hacia el sur, en dirección a Bulgaria y el Egeo, Harry tuvo la satisfacción de ver un avión de Aeroflot que descendía para aterrizar. A bordo había un par de tipos que se morían de ganas de ponerle las manos encima. Pues bien, que siguieran muriéndose.

Cuarenta minutos más tarde, con el Egeo a la vista por las ventanillas circulares, Harry habló en su lengua muerta a los amigos del cementerio en las afueras de Ploiesti.

*¿Cómo va todo?*

*Bien, Harry. No ha venido nadie, y estos dos tipos no han causado problemas. El más corpulento perdió el conocimiento, y su amigo más pequeño despertó, echó una*

*sola mirada a su alrededor, y volvió a desvanecerse.*

*Ion, Alexandru, y todos vosotros* —dijo Harry—, *no tengo palabras para agradeceros lo que habéis hecho por mí.*

*No tienes nada que agradecer. ¿Podemos dejar a estos dos donde se encuentran, y enterrarnos nuevamente?*

Harry hizo un gesto de asentimiento y se reclinó en su asiento. En el cementerio rumano, los muertos lo percibieron e iniciaron el regreso a sus tumbas.

*Muchas gracias* —volvió a decirles Harry, y luego se permitió relajarse un poco por primera vez en..., bueno, al menos un día.

*De nada* —fue la respuesta.

Harry intentó llegar hasta Faethor. Si podía comunicarse con tanta facilidad con los otros muertos, no debería tener problemas para hacerlo con el difunto padre de los vampiros. Después de unos pocos segundos de concentración, dio con él.

*¿Harry? Veo que estás a salvo. ¡Eres un hombre lleno de recursos, Harry Keogh!*

*¿Sabías que estaba en dificultades?* —preguntó Harry.

*Ya te lo he dicho antes, a veces oigo lo que otros hablan. ¿Deseas algo?*

*Creo que podríamos aprovechar el tiempo* —respondió Harry—. *Ahora no tengo nada que hacer, y dentro de poco mi mente estará llena con la algarabía de los amigos, y la atmósfera de un lugar acogedor... ¡pero no me quejo! De modo que he pensado que tal vez fuera éste un buen momento para que terminaras de contarme la historia de Janos.*

*No hay mucho más que contar, pero si quieres...*

*Sí, lo deseo,*

*Muy bien, hijo mío* —suspiró Faethor—. *Sigamos entonces...*

Como ya he dicho, estuve fuera de mis dominios durante trescientos años, ¡trescientos años sangrientos! La gran cruzada fue sólo el comienzo; más tarde combatí para Genghis Kan, y luego para su nieto Batu. En el año 1240 estuve con los que gozaron con la toma de Kiev, y la redujeron luego a cenizas. Por entonces ya era tiempo de que «muriera»... y volviera luego como Fereng el Negro, hijo de Fereng. En 1258, a las órdenes de Hulegu, ayudé a tomar Bagdad. ¡Ah, qué años aquéllos, de matanzas, saqueos y violaciones!

Pero los mongoles estaban en decadencia, y a comienzos de siglo les abandoné para combatir por el islam. ¡Oh, sí, yo era un otomano! ¡Yo, un turco, un ghazi musulmán! ¡Ah, lo que es ser mercenario! Y con los turcos me deleité durante dos siglos y medio más en una orgía de guerras, sangre y muerte. Al final, sin embargo, ya había vivido demasiado tiempo con ellos, de modo que abandoné su causa. De todos modos, ellos también estaban en decadencia. Y así fue como por fin regresé y acabé con Thibor, tal como ya ha sido contado, y luego partí rumbo a las montañas —que no cambiaban, que nunca nadie podría cambiar— a buscar a Janos, y comprobar si había cuidado de mi casa.

Pero en el intervalo mantuve mis oídos abiertos. Los oídos de los wamphyri son instrumentos muy delicados, a los que muy poco se les escapa. Sí, y habían estado alerta para recibir noticias de mis hijos Thibor y Janos. Con el primero ya sabemos lo que aconteció. ¿Y con el segundo?

Thibor estaba siempre ávido de sangre, y Janos simplemente ávido. Durante mi período en el extranjero sus intereses habían sido muchos, pero sobre todo había sido un ladrón, un pirata, un corsario. ¿Te sorprende esto? No deberías, porque los piratas bárbaros tuvieron su origen en los pequeños príncipes que se sublevaron durante los conflictos cristiano-musulmanes de las cruzadas. La principal ocupación de Janos

durante mi ausencia había sido el robo: se había convertido en un gran pirata del Mediterráneo, en un ladrón que robaba a otros ladrones.

Y ahora es otra vez un marino. Bien, ¿y por qué no? Conoce muy bien el mar, y ahora su profesión es rescatar los tesoros que hay en el fondo del océano, o en las islas. ¡Ja! ¿Y quién sabría mejor dónde encontrarlos, puesto que él mismo los escondió hace ya más de quinientos años? ¿Y por qué esa acumulación de riquezas, ese esconder tesoros, como esconden las ardillas su provisión para el invierno?

Pues así fue como ocurrió. Sí, porque Janos había trabajado duro con sus artes adivinatorias para observar el futuro, y no le gustó lo que allí vio.

Para empezar, había visto mi regreso, y sabía muy bien lo que yo haría con él. Así pues, había acumulado para otro tiempo, mucho más allá de la hora de mi venganza. El tiempo presente, claro está, en que Janos está de nuevo en acción en el mundo de los vivos.

Pero tal vez preguntes de qué quería yo vengarme. Yo había perdido a Marilena hacía más de trescientos años, y podría haberle matado cuando sucedieron los hechos que ya he narrado. ¿Por qué vengarme ahora, pues? Te lo diré.

Primero, por no cumplir con la tarea que le había encomendado, pues para dedicarse a la piratería había tenido que abandonar mis dominios. Segundo, por el tratamiento que había dado a mis cíngaros. Durante los primeros años de mi ausencia había expulsado a la tribu de Ferengi y había acogido nuevamente en mis tierras y mi castillo a los Zirras, a quienes yo había maldecido. Tercero, y último, aunque no la menor de las ofensas, por la manera como me había recibido cuando yo por fin regresé.

En mi viaje de vuelta había ido reuniendo cíngaros que me eran fieles y que me habían recordado en mis años de exilio. No los originales, no, que ya se habían convertido en polvo, sino los hijos de sus hijos. ¡Los cíngaros nunca olvidan las leyendas! Pero cuando fui al castillo, lo hice solo y de noche, porque mi pequeño ejército hubiera sido muy visible, y podía parecer amenazador.

Cuando llegué, vi que el lugar estaba en ruinas. Bueno, tal vez exagero algo, pero no demasiado. Las almenas estaban medio derruidas; los terraplenes, descuidados; y el estado del edificio en general era malo. Deshabitado durante largas temporadas, se había resentido. Pero Janos, que había abandonado la piratería y decidido continuar con sus otras actividades, vivía ahora en él. Y del mismo modo en que yo había intentado saber de su vida y su carrera, él se había informado de mis andanzas.

Janos sabía que yo estaba de vuelta; los guardias del castillo habían recibido sus instrucciones. Me dieron el alto, y cuando me identifiqué... ¡me atacaron!

Habían afilado estacas de madera dura. Tenían ballestas con cuadrillos de madera. Llevaban también los largos cuchillos de hoja curva de los turcos. Y tenían también armas de plata, y ajo para frotarlas. Y cada uno de los grupos tenía vasijas llenas de petróleo, y antorchas para encenderlo. Y yo me pregunto, ¿qué pensaban quemar?

Huí de ellos hacia los montes, por entre riscos y peñascos. Fui cojeando, aullando de dolor, seguido de muy cerca por mis perseguidores. Sabían que estaba herido y que me atraparían. Janos había enviado a todos sus hombres para que me cazaran. Pero... lo que yo hacía era atraerles hacia una trampa. ¿Faethor Ferenczy, con la cola entre las piernas, huyendo de la escoria de Zirra?

No, porque mientras ellos me perseguían, mi pequeño pero fiel ejército de cíngaros tomaba el castillo. Y en lo alto de las montañas, yo planté cara a mis perseguidores, reí y maté a unos cuantos, y luego volé hacia mi castillo como lo hacía antaño. Y allí descubrí a Janos acorralado, y lo hice caer de rodillas.

Cuando los Zirras volvieron a casa, se encontraron con mis hombres, que acabaron con ellos. Unos pocos escaparon de la carnicería e hicieron correr la voz;

después ya no vino nadie más. Los supervivientes huyeron a las tierras vecinas, y volvieron a ser los Viajeros de antaño...

Fue entonces cuando descubrí los intereses secundarios de Janos, que le habían mantenido ocupado mientras yo estaba ausente. Y descubrí también cuánto le había subestimado. Mi castillo había sido construido sobre los cimientos de otra construcción más antigua, y Janos había descubierto sus sótanos. Y se había cuidado de extenderlos, atravesando los grandes peñascos que rodeaban el castillo y penetrando en la base rocosa de la montaña. ¿Con qué fin?

Esto demuestra la magnitud de mi subestimación. Janos me había dicho que deseaba ser un wamphyri..., pero yo no sospeché que su deseo fuera tan intenso.

En aquellos días la nigromancia era un arte. Algunos hombres comunes y corrientes la habían descubierto y la practicaban a la manera de los vampiros, pero sin la predisposición natural de éstos. Yo sabía que Janos era un hábil nigromante y que me emularía, pero me había negado a enseñarle mis técnicas. Y él había acabado por descubrir sus propios métodos. Sin duda, había consultado con numerosos nigromantes para aprender sus secretos.

Los grandes sótanos del castillo eran secretos y laberínticos, con escaleras y pasadizos conocidos sólo por Janos y por un puñado de sus hombres, todos los cuales habían muerto o huido. Pero yo bajé con él para ver qué había estado haciendo, y descubrí allí abajo el producto del saqueo de todas las tumbas de Valaquia, Transilvania y los territorios de la zona. No eran tesoros, sino lo obtenido en el expolio de tumbas.

¿Sabes que en la prehistoria los hombres incineraban a sus muertos y enterraban las cenizas en urnas? Vosotros también lo hacéis, porque la costumbre ha perdurado. En el presente hay tantas incineraciones como enterramientos. Pero los tracios enterraron a muchísimos de sus muertos de esa manera, y Janos había estado muy ocupado desenterrándolos. Y una vez más preguntarás, ¿con qué fin?

¡Para conocer sus secretos! ¡Para volver los muertos a la vida, atormentarlos y que le contaran sus historias! ¡Para dar a sus cenizas carne que él pudiera torturar! Porque los tracios poseían mucho oro; y como ya he dicho, Janos era codicioso. Nada nuevo, ¿verdad? Cien, doscientos, trescientos años después, los nigromantes seguían convocando a sus espíritus para descubrir sus tesoros. Edward Kelly y John Dee se decían nigromantes, pero eran impostores. Yo los he consultado, y lo sé con certeza.

En cuanto al método de Janos, era sencillísimo.

Primero, llevar la urna que había desenterrado a los sótanos del castillo, donde, por medio de las artes que había aprendido a dominar, sus sales podían ser reconstituidas; luego encadenaba a la pobre cosa que había obtenido y la torturaba para extraerle toda la información sobre la tribu a la que pertenecía, la localización de las tumbas de su gente, y los lugares donde escondían sus tesoros. Y así una y otra y otra vez. Janos había juntado un verdadero cementerio de urnas, vasijas y *lekythoi,* y hubiera podido llenar con ellas varios salones.

Intrigado, le pedí que me demostrara su arte. (Esto, como comprenderás, no era nigromancia tal como la practican los wamphyri, sino algo totalmente nuevo, al menos para mí.) Y Janos, que sabía que yo aún no había concluido con él, intentó complacerme. Arrojó sales en el suelo, y mediante el uso de palabras extrañas en una invocación al poder, hizo aparecer de esas cenizas a una mujer tracia de extraordinaria belleza. Hablaba una lengua extremadamente antigua, pero no enteramente incomprensible; yo, en todo caso, podía entenderla, porque era wamphyri y experto en lenguas. Además, ella sabía que estaba muerta y que aquello era una gran blasfemia, y suplicó a Janos que no volviera a utilizarla. De lo cual deduje que el bastardo de mi hijo

no sólo conjuraba a los muertos para que adquirieran la apariencia que tenían cuando estaban vivos, sino que, además de interrogarlos para conocer el paradero de los tesoros enterrados, hacía otras cosas con ellos.

¡Qué extraordinario! Estaba tan exaltado que la poseí antes de permitir a mi hijo que la redujera otra vez a cenizas.

—Debes enseñarme esto —le dije a Janos—. Es lo menos que puedes hacer después de lo mucho que me has faltado.

Estuvo de acuerdo y me enseñó a mezclar ciertas sustancias químicas y sales humanas, y luego escribió dos grupos de palabras sobre una piel humana extendida. El primer grupo, en la dirección de una flecha ascendente, era la invocación propiamente dicha, y el segundo, como una flecha descendente, la devolución.

—¡Bravo! —exclamé cuando aprendí el conjuro—, ahora he de probarlo.

—Como ves —dijo señalando todas las vasijas y urnas—, puedes elegir.

—Ya lo he hecho —respondí con seriedad, acariciándome la barbilla.

Y de inmediato, sin darle tiempo a reaccionar, saqué una estaca de madera que llevaba bajo la capa y lo ensarté. Esto no le mató, no, porque había un vampiro en él; solamente le inmovilizó. Luego llamé a algunos de mis hombres que estaban en el castillo y quemé a Janos hasta reducirle a cenizas, a pesar de que se retorcía, gemía, y hasta gritaba. Sí, y cuando esas cenizas—sus sales esenciales— estuvieron frías, las mezclé con diversos elementos químicos... *¡y utilicé su propia magia para hacerlo aparecer ante mí!*

¡Y vaya si gritó entonces! El calor de la hoguera, que lo consumió en poco tiempo, no era nada comparado con la insoportable agonía de saber que ahora, y por toda la eternidad, estaba en mi poder. O al menos así lo creía yo...

Sus gritos no eran provocados por este conocimiento, sino por una desgarradora separación del ser, que explicaré en un momento. Pero ver esas nubes de humo elevarse de sus resecos y polvorientos restos —un gran torbellino de humo y llamas—, y que de allí se alzara Janos, desnudo y gritando, era..., ¡era un milagro! Mi hijo no estaba solo. Con él, pero aparte, estaba su vampiro: mi esputo, que había crecido y se había convertido en una criatura viva, pero con muy poca, por no decir ninguna inteligencia propia.

Era una sanguijuela, un caracol, una serpiente, una gran babosa ciega, y que no sabía andar por sí misma. Maullaba, aunque no sé cómo. Pero yo conocía la razón de aquel misterio: al quemar a Janos, había quemado dos criaturas, y al volverlo a la vida, también había revitalizado a las dos..., pero separadas.

Y luego... tuve una idea. Busqué a mis asustados hombres y les ordené que cogieran a Janos y lo inmovilizaran.

—¿De modo que querías ser wamphyri? —le dije, aproximándome con mi espada desenfundada—. Y lo serás. Esta criatura es un vampiro, aunque no tiene cerebro. ¡Pero tendrá el tuyo!

Janos gritó una vez más antes de que le cortara la cabeza. Y luego abrí su cráneo y extraje de él su cerebro, vivo y chorreante.

Estoy seguro de que puedes adivinar lo que sucedió a continuación. Utilizando los procedimientos de Janos, y manteniendo aparte su cuerpo, devolví su cabeza junto con el vampiro al mismo montón de cenizas, que deposité en una urna. Y luego reí y reí hasta que se me saltaron las lágrimas. Si por casualidad lo devolvían ahora a la vida... ¿bajo qué forma se reencarnaría? ¿Una babosa inteligente? ¿O una sanguijuela ingeniosa? Vaya, quizá lo llamaría yo mismo otra vez, para divertirme.

Pero eso no pudo ser, porque Janos finalmente desbarató mis planes. La piel sobre la que él había escrito sus conjuros era piel resucitada, arrancada a una víctima. Yo

había realizado mis conjuros catabólicos a través de la misma piel en donde los leía, y así, cuando convertí a Janos en polvo, también la piel se había deshecho. Bien, la invocación al poder era difícil y yo no la había aprendido; sólo recordaba el nombre de un antiguo dios oscuro de otros mundos. Pero de todos modos, aún tenía el cuerpo de mi hijo bastardo.

Y también lo incineré —sí, por segunda vez— y arrojé puñados de ceniza a los cuatro puntos cardinales, y se dispersaron en el viento.

Ése fue el final. Yo había acabado con Janos. Y ahora he terminado con mi historia...

# Capítulo doce

*Primera y segunda sangre*

Cuando Faethor terminó, anunciaron que volaban sobre Atenas y que el avión había iniciado el descenso.

Harry dijo:

*Faethor, dentro de diez o quince minutos estaré en tierra, y en medio de la algarabía del aeropuerto. He observado que tu voz parece más débil, y lo atribuyo a la distancia y al sol que ilumina las ruinas de tu casa. Muy pronto estaré camino de Rodas, y estaré aún más lejos de ti. De modo que ésta es posiblemente la última oportunidad que tengo de decirte algunas cosas.*

*¿Tienes algo que decirme?* (Harry se imaginó a Faethor alzando una ceja.)

*Primero... deseo darte las gracias* —le respondió Harry—, *y segundo, no puedo dejar de pensar que, sin ti, nada de esto —Thibor, Dragosani, Yulian Bodescu y ahora Janos—, habría sucedido. Está bien, estoy en deuda contigo, pero al mismo tiempo sé que has sido una criatura de negro corazón, y sé que has echado monstruos al mundo, y sería un mentiroso si no te dijera que, en mi opinión, tú eres el más monstruoso de todos.*

*Considero tus palabras un cumplido* —respondió Faethor sin vacilar—. *¿Hay algo más que desees saber?*

*Sí, unas pocas cosas más* —respondió Harry—. *Si destruiste por completo a Janos, ¿cómo pudo volver? Quiero decir, ¿qué truco utilizó?¿Qué magia negra dejó tras él que le volvió a la vida? ¿Y por qué esperó tanto tiempo? ¿Por qué ha vuelto ahora?*

*¿No es evidente?* —Faethor parecía genuinamente sorprendido por la ingenuidad de Harry—. *Él había previsto el futuro, y había hecho sus planes de acuerdo a sus visiones. Aquella vez, cuando yo regresé a las montañas, Janos sabía que yo iba a acabar con él. Sí, y sabía que si regresaba al mundo cuando yo aún estuviera en él, encontraría una vez más la manera de aniquilarlo. De modo que esperó hasta que yo desaparecí de este mundo. El tiempo es una insignificancia para los wamphyri, Harry. Y en cuanto a su inteligente truco, fueron esos malditos Zirras. Sí, sé que fueron ellos porque me lo dijeron mis propios hombres, que murmuran en sus tumbas como todos los otros. Te contaré cómo sucedió.*

*Mucho después de que yo y los míos nos marcháramos del castillo en las alturas, volvieron algunos de los hombres de Janos, y escondieron sus cenizas de vampiro en un lugar secreto que él había preparado para una circunstancia semejante. Porque en mis trescientos años de ausencia, Janos había aprendido otros conjuros mágicos, y éste era uno de ellos. Mi hijo bastardo había poseído a mujeres de la tribu de los Zirras, y sembrado su semilla aquí y allá. Uno de los hijos de sus hijos, dotado sólo de cuatro dedos, se sentiría un día atraído por él y se dirigiría al antiguo castillo en las montañas..., pero quien descendería luego sería Janos. Así lo había planeado él, y así sucedió...*

*¿Y no encontraste nunca los tesoros que había hurtado de las antiguas tumbas?* —insistió Harry—. *¿No buscaste en tu castillo?*

*Sí, busqué* —respondió Faethor—. *¿Pero no me has escuchado? El tesoro estaba en otro lugar, enterrado o en el fondo del mar, hasta que Janos volviera a la vida y fuera*

*a buscarlo.*

*Es verdad* —asintió Harry—. *Lo había olvidado.*

*De todos modos, no lo busqué exhaustivamente, no registré cada agujero de los que había excavado el perro de mi hijo. Yo ya no sentía que aquélla era mi casa, sino que él la había ensuciado. Podía sentir su olor, incluso su sabor, en todas partes. El castillo estaba marcado por él, y su despreciable blasón grabado en cada piedra, el murciélago de ojos rojos que se alzaba de una urna. Janos había usado el lugar, lo había hecho suyo, y yo no quería saber nada más con él. Muy poco tiempo después me mudé. En cuanto a mi propia historia después de aquel día, no te concierne.*

*Entonces... el castillo todavía está en pie* —reflexionó en voz alta Harry un instante más tarde—. *¿Y sus sótanos? ¿Quedará algo del expolio de tumbas de Janos, de sus experimentos de nigromancia? Porque pareciera que fue allí donde se produjo su reciente resurgimiento...*

Y Faethor supo que Harry estaba pensando en otro castillo en los Cárpatos, pero del lado ruso, en una región que antes llamaban Khorvaty, y que algunos aún conocen con el nombre de Bukovina. También allí tuvo Faethor su hogar en una época, y lo que había creado allí, y perduró aullando y ulcerándose en la tierra, era monstruoso; Harry, pues, sabía que en ciertas ruinas se esconden terribles peligros.

*Puedo comprender tu preocupación* —le dijo el vampiro—, *pero creo que es infundada. Mi castillo en las alturas, sobre las antiguas aldeas de Halmagiu y Virfurilio, ya no existe. Fue barrido en octubre de 1928 por una inmensa explosión.*

*Sí, lo recuerdo* —respondió Harry—. *Me lo dijo Ladislau Giresci. Al parecer, fue producida por una acumulación de gas metano en los sótanos, lo que parece posible, si eran tan grandes como tú dices. Pero si Janos —su reencarnación— salió de allí, ¿quién te asegura que no hubo otras resurrecciones?*

*Como ya te he dicho* —explicó Faethor—, *Janos había previsto lo que iba a suceder. Cuando el castillo se derrumbó, quienquiera que estuviera en él pereció, pero no Janos. Puede que sus cíngaros hubieran llevado sus cenizas a otro lugar, y las hubieran devuelto luego a las ruinas del castillo, no lo sé. Es posible que lo hicieran cuando el castillo pasó a pertenecer a otro propietario. Pero no lo sé a ciencia cierta.*

*¿Quién era el otro propietario?* —preguntó Harry.

*Sí, el otro* —suspiró Faethor al cabo de un largo silencio—, *escucha y te hablaré de él.*

*En los siglos XV, XVI, XVII, e incluso XVIII, el mundo «civilizado» tuvo un conocimiento cada vez mayor de la existencia de las llamadas brujas, y la magia negra. Hechiceras, nigromantes, demonios, vampiros y otras criaturas semejantes —reales e imaginarias, culpables o inocentes—, fueron perseguidos por tenaces cazadores de brujas, su condición fue «demostrada» mediante la tortura, y fueron aniquilados. Ahora bien, el vampiro verdadero fue siempre consciente de su mortalidad, y del gran enemigo de su especie: la prominencia. Y el siglo XVI, especialmente, no fue una buena época para que descubrieran que se era demasiado viejo, o diferente, o amante de la soledad, o que se era diferente de los demás en cualquier aspecto. En resumen, si el anonimato había sido siempre sinónimo de longevidad para los vampiros, en los sombríos siglos XVI y XVII, lo fue más que nunca.*

*Ahora bien, a mediados y fines del siglo XVII los cazadores de brujas desplegaron una gran actividad en América, y un hombre llamado Edward Hutchinson escapó de un lugar llamado Salem. Arrendó mi antigua casa de las montañas y se refugió allí... durante demasiado, demasiado tiempo. Era un demonista, un nigromante, y probablemente un vampiro. ¡Y hasta puede que fuera wamphyri! Pero como ya he insinuado, fue imprudente: habitó demasiado tiempo en el mismo lugar y se hizo notar.*

*El americano estudió la historia del castillo y adoptó varios seudónimos: se hacía llamar barón, Janos e incluso Faethor. Y finalmente se decidió por barón Ferenczy. Y todo esto, como bien puedes suponer, hizo que me fijara en él. Aquello me ofendía, y me molestaba que viviera en mi castillo, porque yo pensaba que algún día volvería a él, cuando las cosas hubieran cambiado y el tiempo atenuara la huella que Janos había dejado. Los wamphyri, como sabes, están muy compenetrados con su territorio. Y así fue como juré que cuando llegara el momento y lo permitieran las circunstancias, pondría las cosas en claro con ese Hutchinson.*

*Pero la suerte no lo permitió; no, porque yo tenía que cuidar de mi propia existencia, y el mundo se había vuelto un lugar caótico y cambiante. Y así fue como aquel hombre vivió durante más de doscientos años en el castillo que yo había construido, mientras yo habitaba en la casa de Ploiesti.*

*Como ya he dicho antes, el americano se hizo notorio en más de un aspecto. Por cierto que le habrían llamado a Bucarest para justificarse de no haber sido por la explosión que acabó para siempre con él y con sus obras. Pero con respecto a Janos, sólo puedo suponer que estaba en su recipiente o urna en un lugar secreto, y esperó a que le llegara la hora, e hiciera su aparición el descendiente con cuatro dedos de los cíngaros, quien estaba destinado a encontrarlo y rescatarle.*

*Yo..., yo regresé al lugar en una ocasión —creo que fue en 1930—, y no me preguntes por qué lo hice. Tal vez porque deseaba ver si quedaba algo del lugar; tal vez deseara vivir allí si es que aún era habitable. Pero no, el toque de Janos aún perduraba en las piedras; su huella sobre el cemento y su odiado recuerdo en el aire de las ruinas. ¡Cómo no habría de ser así, si Janos aún estaba allí! Pero yo entonces lo ignoraba.*

*Pero, ¿sabes una cosa? Creo que, al final, Janos estuvo más cerca de su antecesor wamphyri de lo que yo nunca hubiera podido suponer. Porque, a pesar de que mi exploración de las ruinas en 1930 fue superficial, hallé evidencia de trabajos que... Pero basta ya. Ambos estamos cansados y no me prestas toda tu atención. No importa; ya conoces lo principal, y del resto te enterarás en alguna otra ocasión.*

*Tienes razón* —dijo Harry—, *estoy cansado. Demasiada tensión, supongo* —y se hizo la firme promesa de dormir todo el viaje entre Atenas y Rodas.

Y lo hizo...

Pero despertó inmediatamente antes del aterrizaje, y cuando bajó del avión, junto a los otros pasajeros, y le envolvió el brillante sol de Rodas, tuvo la sensación de que algo estaba mal. Y su corazón se aceleró cuando vio a Manolis Papastamos y a Darcy Clarke que le estaban esperando más allá de la zona de llegada. Porque a pesar del sol y el calor, sus rostros se veían pálidos y demacrados.

Harry miró a los dos hombres que le esperaban, buscó una respuesta en sus rostros, y casi arrancó su pasaporte falso de manos del guardia cuando éste se lo tendió. Después fue deprisa hacia sus amigos.

«Falta un rostro, el de Sandra», pensó, «pero eso no significa nada, porque ella ya debe de estar en Londres... ¿o quizá no sea así?».

—¿Ha pasado algo con Sandra? —preguntó cuando estuvieron frente a frente. Ellos le miraron y luego apartaron los ojos—. Decídmelo todo —les urgió Harry, curiosamente calmo, pese a que se sentía repentinamente enfermo.

Y ellos se lo contaron...

Veinticuatro horas antes:

Darcy había acompañado a Sandra al aeropuerto, en las afueras de Rodas, y había permanecido junto a ella hasta poco antes de que embarcara. Pero en el último momento

se había visto obligado a ir al lavabo. Los servicios estaban bastante lejos de la zona de embarque, así que, cuando salió del lavabo, Darcy había corrido de una punta a otra del aeropuerto para decirle adiós. Cuando encontró un lugar desde donde veía el avión, ya estaban subiendo los últimos pasajeros, pero Darcy de todos modos saludó agitando los brazos, pues pensó que ella tal vez le vería desde una ventanilla.

Después de que el avión partió, Darcy volvió a la villa y comenzó a hacer sus maletas, pero le interrumpió una llamada telefónica de Manolis, desde la comisaría. Manolis había pensado que Darcy no debía quedarse solo después de que Sandra se marchara. El policía griego se alojaba en un hotel del centro de la ciudad, y Darcy podía compartir sus habitaciones. Pero antes de ir a buscar a Darcy a la villa, y como los vuelos llevaban cierto retraso, Manolis había llamado al aeropuerto para asegurarse de que Sandra ya estaba a salvo y en el aire. Y había descubierto que la joven había perdido el avión.

—¿Cómo? —Darcy no podía creerlo—. ¡Si yo estaba allí! Quiero decir, estaba en el...

—¿Dónde?

—¡Mierda! —estalló Darcy cuando finalmente no pudo sino aceptar aquella realidad.

—¿Estaba en..., en la mierda?

—No, en los malditos lavabos —gruñó Darcy—, que en este caso viene a ser lo mismo. ¿No lo ve, Manolis? Era mi talento que estaba actuando en mi favor... o en contra de mi trabajo. Y de esa pobre chica.

—¿Su talento?

—Mi ángel guardián, la facultad que me mantiene lejos de todo peligro. Es algo que no puedo controlar. Opera de diferentes modos. Esta vez vio el peligro cerca de Sandra... ¡y tuve que ir al maldito lavabo!

Manolis lo entendió, y comprendió también lo terrible de todo aquello.

—¿La han cogido? —susurró—. Ese Lazarides y sus criaturas, ¿han sacado la primera sangre?

—¡Dios, sí! —respondió Darcy—. No se me ocurre ninguna otra explicación.

Manolis lanzó una retahíla de tacos en griego, y luego dijo en inglés:

—Quédese donde está, que salgo de inmediato para allí.

—No —respondió Darcy—, encontrémonos en ese lugar donde cenamos la otra noche. ¡Cristo, necesito una copa!

—Muy bien —respondió Papastamos—. Dentro de quince minutos.

Darcy iba por el tercer metaxa cuando llegó Manolis.

—¿Va a emborracharse? —preguntó el griego—. Será peor.

—No —respondió Darcy—. Sólo necesitaba darme ánimos, eso es todo. ¿Y sabe qué me da vueltas todo el tiempo en la cabeza? Qué le diremos a Harry.

—No fue culpa suya —se compadeció Manolis—, y debe dejar de pensar en eso. Harry vuelve mañana, y dejaremos que él decida el curso a seguir. Entretanto, todos los policías de la isla están buscando a Lazarides, a su tripulación y a su barco. Y a Sandra, claro está. Di órdenes de que lo hicieran antes de venir aquí. Pero hay algo más; tendré toda la información que es posible obtener sobre este..., este cerdo vrykoulakas a primera hora de la mañana. No sólo de Atenas; también de América. Armstrong, la mano derecha de Lazarides, es americano.

Darcy miró a Manolis y dio gracias a Dios por haberles puesto en contacto con el policía griego.

Darcy no era un agente secreto, ni siquiera era policía. Había pertenecido a la Organización E durante varios años, no porque su talento les fuera indispensable, sino

simplemente porque dicho talento existía, y todos los poderes extraños y esotéricos interesaban a la Organización. Pero Darcy no podía usar su talento como lo hacían los telépatas y localizadores, y, salvo en especiales circunstancias, era inútil. Darcy incluso tenía la impresión de que en algunas ocasiones su talento le había utilizado a él. Por cierto que le había ocasionado sufrimientos más de una vez; por ejemplo, en el asunto Bodescu, cuando le había salvado a expensas de otro agente PES. Y Darcy aún no se había perdonado aquello. Y ahora..., ahora esto. Darcy no sabía qué habría hecho si no estuviera Papastamos, que podía hacerse cargo de la situación y actuar físicamente.

—¿Qué cree que debemos hacer? —preguntó.

—No podemos hacer nada hasta que no sepamos dónde están Lazarides y la chica. Y entonces necesitaremos autorización para atacar a esa criatura. A menos que... Yo puedo decir que sospechaba que traficaban con droga, y proceder sin más. Pero lo mejor será esperar hasta mañana por la mañana, cuando recibamos la información que he pedido. Y puede que a Harry Keogh también se le ocurra algo. Pero por ahora —y el griego se encogió de hombros en un gesto de impotencia— no podemos hacer nada.

—Pero...

—Sin peros. Sólo podemos esperar. —Manolis se puso de pie—. Vamos a buscar sus cosas.

Fueron hasta la villa, y una vez allí Darcy advirtió que sentía un extraño rechazo a bajar del coche.

—¿Sabe que me siento sin fuerzas? Como si me hubieran apaleado —dijo—. Supongo que debe de ser por los nervios.

—Pues yo creo que se debe al Metaxa —respondió con ironía Manolis.

Pero cuando se acercaron a la puerta, Darcy repentinamente supo lo que le sucedía. Cogió al griego del brazo y susurró:

—¡Manolis, hay alguien en la casa!

—¿Qué dice? —Manolis le miró y miró luego la villa—. ¿Y cómo lo sabe?

—¡Lo sé porque no quiero entrar a la casa! Es mi ángel guardián en acción, mi talento. Alguien nos está esperando allí adentro, o, en todo caso, me está esperando a mí. Y yo tengo la culpa. Estaba tan perturbado cuando salí que dejé la puerta abierta.

—Y ahora está seguro de que allí hay alguien, ¿no? —la voz de Manolis era un tenue susurro mientras desenfundaba la pistola, le ponía un silenciador y la amartillaba.

—¡Dios mío, sí! —también Darcy susurró su respuesta—. ¡Estoy completamente seguro! Me siento como si alguien intentara darme la vuelta por la fuerza y me empujara para que saliera corriendo. Primero no quería salir del coche, y ahora, con cada paso que doy la sensación es más intensa. ¡Y créame, el que está adentro, sea quien sea, es letal!

—Entonces, ya es mío —dijo Manolis mostrándole la pistola a Darcy—. Porque ésta es también letal. —Extendió la mano y empujó apenas la puerta, que se abrió silenciosamente—. Sígame —le dijo a Darcy, y entró de costado, en posición de combate.

Todos los instintos de Darcy —cada fibra de su ser— le gritaban «¡Huye!»..., pero siguió a Manolis al interior de la casa. Esta vez no dejaría que le convirtieran en un cobarde. Tenía dos muertos en la conciencia, y eran demasiados. ¡Ya era hora de que le mostrara a esa maldita cosa quién mandaba!

Manolis encendió la luz.

El salón principal estaba vacío, e igual a como lo había dejado Darcy. Manolis miró a su compañero, hizo un gesto de interrogación, y formó con los labios la palabra «¿dónde?».

Darcy examinó el salón, las camas agrupadas en el centro, el tapiz en la pared, un

par de decorativas lámparas de aceite sobre un anaquel; una maleta de Harry bajo la cama que no había utilizado. Y las puertas, cerradas, que daban a los dormitorios, que tampoco habían sido utilizados. Hasta ahora...

Darcy volvió a mirar luego la maleta de Harry, entrecerrando los ojos.

—¿Y bien? —volvió a formar con los labios Manolis.

Darcy le indicó con un gesto que callara, fue hacia las camas y movió la maleta de Harry hasta dejarla completamente a la vista. La abrió, cogió la ballesta, la cargó, y se puso de pie. Manolis hizo un gesto de aprobación.

Darcy se dirigió hacia las puertas del dormitorio y alargó la mano hasta tocar la primera. Lo único que le dijeron las yemas de sus temblorosos dedos fue que estaba mortalmente asustado. Ordenó a sus pies que le llevaran hasta la segunda puerta, e intentó alargar la mano. Pero no, su talento ya no le permitía hacer un solo movimiento más hacia adelante. Algo le gritó ¡NO! ¡POR EL AMOR DE DIOS, NO!

Se le puso la piel de gallina cuando se dio la vuelta para decirle a Manolis «¡aquí!», pero no llegó a pronunciar la palabra.

La puerta se abrió de un golpe, tirando a Darcy al suelo, y apareció Seth Armstrong. Su extraña naturaleza era evidente sólo con mirar su cuerpo simiesco, amenazador, estaba claro que era menos, o quizá más, que humano. En la débil luz de la habitación, su ojo izquierdo era amarillo, enorme, dilatado en la órbita, y un parche negro le tapaba el ojo derecho.

—¡Quédese donde está! ¡No se mueva! —gritó Manolis, pero Armstrong sonrió torvamente y se acercó con largos pasos.

—¡Dispare! —gritó Darcy—. ¡Por Dios, dispare!

Manolis no podía hacer otra cosa porque Armstrong estaba prácticamente encima de él, y había abierto la boca, exhibiendo unos colmillos y unas mandíbulas que el griego jamás hubiera podido imaginar. Manolis disparó dos veces, casi a quemarropa; el primer tiro dio en el hombro de Armstrong, e hizo que el americano se irguiera en toda su estatura; el segundo le dio en el vientre, e hizo que se encorvara, y retrocediera un paso. Pero eso fue todo. Después continuó su avance, cogió a Manolis del hombro y lo arrojó contra la pared. Y Manolis recordó dónde había experimentado una fuerza tan descomunal, pero este conocimiento ahora no le servía de nada. Su arma había volado por el aire, y Armstrong —con sus aterradores colmillos— se lanzaba de nuevo a por él.

—¡Eh, tú! —gritó Darcy—. ¡Jodido vampiro!

Armstrong, que tenía sujeto a Manolis, e iba acercando su horrible rostro al del griego, se volvió para mirar a Darcy. Y el inglés apuntó con la ballesta al corazón del vampiro y disparó.

Y consiguió su objetivo. Cuando el dardo penetró en el pecho del americano, la fuerza del proyectil le aplastó contra la pared y soltó a Manolis. Tosiendo y ahogándose, Armstrong intentó arrancarse el cuadrillo, pero no pudo. Estaba demasiado cerca de su corazón, el más vital de sus órganos. El corazón bombeaba su sangre de vampiro, que a su vez le proporcionaba su horrible fuerza. El vampiro se tambaleó hacia adelante y hacia atrás y escupió sangre. ¡Y su ojo izquierdo brillaba como una burbuja de sulfuro que hubieran arrojado sobre su cara!

Manolis estaba de nuevo en pie. Mientras Darcy intentaba desesperadamente volver a cargar la ballesta, el griego probó por segunda vez su suerte y tras apuntar cuidadosamente disparó cuatro tiros sobre el vampiro. Las balas tuvieron ahora más efecto que la vez anterior. Armstrong se estremeció espasmódicamente con cada una, y la última le lanzó contra la ventana, que se rompió bajo su peso. Armstrong cayó al jardín.

Darcy ya había cargado la ballesta y salió al jardín. Manolis le siguió. Armstrong

yacía de espaldas entre los restos de la ventana, y agitaba los brazos e intentaba arrancarse el cuadrillo de dura madera que le atravesaba el pecho. ¡Pero vio a Darcy que se aproximaba y consiguió sentarse!

Darcy no quiso correr ningún riesgo; desde una distancia de poco más de un metro disparó un segundo dardo derecho al corazón del vampiro, y esta vez no sólo lo tendió plano contra el suelo sino que lo sujetó como un alfiler a una mariposa.

Manolis, boquiabierto, se acercó.

—¿Está..., está muerto? —preguntó.

—Mírelo —respondió Darcy, que aún respiraba agitadamente—, ¿Le parece que hemos acabado con él? Puede que usted crea en los vampiros, Manolis, pero no les conoce tan bien como yo. ¡Todavía no está muerto!

Armstrong estaba quieto, pero sus dedos se estremecían, sus mandíbulas mordían el vacío y su ojo amarillo seguía todos los movimientos de los dos hombres. El parche que le cubría el otro ojo se había movido, mostrando una cuenca vacía, que parecía un negro agujero.

—¡Vigílelo! —dijo Darcy, y entró a la casa.

Un momento más tarde volvió con una enorme y afilada cuchilla de carnicero, que había sacado de la maleta de Harry.

Manolis vio el resplandor plateado de la hoja y preguntó, nervioso:

—¿Qué va a hacer?

—La estaca, la espada y el fuego —respondió Darcy.

—¿Decapitación?

—Y sin perder un instante. Su vampiro ya está cicatrizando sus heridas. Mire, ya no pierde sangre. En un hombre común, sus balas hubieran causado una hemorragia que le hubiera matado, y eso sin contar las heridas. Pero él ha recibido seis, y ni siquiera sangra. Tiene dos dardos en el cuerpo, uno que le atraviesa el corazón, y sus manos todavía funcionan. ¡Y también sus ojos, y sus oídos!

Estaba en lo cierto: Armstrong había oído su conversación, y su horrible ojo izquierdo había girado para mirar la cuchilla que empuñaba Darcy. Comenzó a gorgotear otra vez; su cuerpo vibraba contra el suelo, y el talón de su pie derecho martilleaba con movimientos mecánicos la tierra reseca del jardín.

Darcy se agachó junto al vampiro, y Armstrong intentó cogerlo con su espasmódica mano derecha. Pero no pudo alcanzarlo, pues sus miembros no funcionaban normalmente. Espuma, flema y sangre se amontonaban en la garganta del vampiro. Su mano derecha avanzó apenas hacia Darcy, como una araña, pero no pudo arrastrar con ella al brazo, demasiado pesado. Lo intentó una vez más, y luego, con un movimiento brusco, Armstrong cayó hacia atrás y permaneció inmóvil.

Darcy apretó los dientes, alzó la cuchilla y... la membrana al fondo de la cuenca vacía de Armstrong se inflamó y se abrió, y un dedo, de un gris azulado, serpenteó por la mejilla del vampiro.

—¡Jesús!

Darcy cayó hacia atrás, medio desvanecido, y Manolis ocupó su lugar. Disparó a la cara de Armstrong hasta que el dedo de pesadilla y el rostro del que había surgido no fueron más que una masa sanguinolenta. Y cuando vació el cargador de la pistola, Manolis cogió la cuchilla de entre los rígidos dedos de Darcy y decapitó a Armstrong.

Darcy se había dado la vuelta y vomitaba, pero entre arcada y arcada susurró:

—¡Ahora..., ahora tenemos que quemar... al maldito... bastardo!

También Manolis se hizo cargo de eso. Las lámparas de la villa no eran sólo de adorno. Contenían aceite, y también había una lata de combustible en la cocina. Cuando Darcy finalmente pudo controlar a su perturbado estómago, los restos de Armstrong ya

estaban ardiendo. Manolis estaba junto a la hoguera, mirando, y Darcy lo cogió del brazo y lo llevó a una distancia prudente.

—Con los vampiros nunca se sabe —dijo, limpiándose la boca con un pañuelo—. Podríamos tener alguna otra sorpresa, además de ese espantoso dedo.

Pero no la hubo...

—Espero que no se hayan ido dejándole así —dijo Harry—. Sólo con combustible no puede haberse quemado del todo.

—Manolis tenía una bolsa para cadáveres —explicó Darcy—. Lo llevamos a una planta incineradora en la zona industrial de la ciudad. Dijimos que era un perro vagabundo que había entrado a morir en el jardín.

—Las altas temperaturas del incinerador deben de haber convertido sus huesos en ceniza —añadió Manolis.

—Así pues, hemos derramado la segunda sangre —gruñó Harry, pero con una ferocidad tan rara en él que los otros lo miraron sorprendidos; él notó sus miradas y dio vuelta a la cara, pero no sin que Darcy observara que sus ojos parecían más tristes que nunca. Y, claro está, él sabía por qué.

—Harry, con respecto a Sandra... —Darcy intentó explicárselo una vez más, pero Harry lo interrumpió.

—No fue por tu culpa —dijo—. En todo caso, la culpa es mía. Debería haberme ocupado personalmente de que ella quedara fuera de este asunto. Pero ahora no podemos pensar en Sandra. No debo hacerlo, o no podré pensar en nada más. Manolis, ¿llegó la información que estaba esperando?

—Sí, he recibido una gran cantidad de información —respondió el griego—. Todo lo que necesitábamos saber, salvo lo más importante.

Manolis conducía su coche, y Darcy y Harry ocupaban el asiento trasero. Se acercaban al centro de Rodas, en la ciudad nueva. Todavía no eran las seis de la tarde, pero ya se veían algunos turistas en trajes de etiqueta.

—Mírenlos —dijo Harry con tono helado—. Son felices; se ríen y se han vestido de fiesta; han disfrutado todo el día del cielo azul y del mar, y el mundo les parece espléndido. No saben que son hilos escarlatas en medio del azul. Y si alguien se lo dijera, no le creerían —y dirigiéndose a Manolis, con brusquedad—: Dígame todo lo que sepa.

—Lazarides es un arqueólogo de renombre —comenzó Manolis—. Se dio a conocer hace cuatro años, con varios hallazgos importantes en Creta, Lesbos y Skiros. Antes de eso..., no se sabe mucho de él. Pero tiene la nacionalidad griega, y la rumana. Esto es muy extraño, por no decir excepcional. Las autoridades de Atenas están investigando este aspecto, pero —y aquí Manolis se encogió de hombros— esto es Grecia, y todo lleva su tiempo. Y Lazarides tiene amigos en puestos importantes. Puede que haya comprado su nacionalidad. Si son ciertos los rumores que corren, le sobra dinero para hacerlo. ¿Rumores? ¡A montones! Se dice que se guarda (o vende a coleccionistas sin escrúpulos) la mitad de los tesoros que encuentra; y también que es (¿cómo lo dirían ustedes?) el rey Midas. Todo lo que toca se convierte en oro. No tiene más que mirar una isla para saber si allí hay algún tesoro escondido. Ahora mismo sus hombres están cavando en un antiguo castillo de los cruzados, en Halki.

—Sé a qué se debe todo eso, y más tarde se lo explicaré. Ahora siga —dijo Harry.

Manolis giró a la izquierda y dejó atrás una calle transitada para entrar en un callejón; otro giro a la izquierda y llegaron al pequeño aparcamiento detrás del hotel donde se alojaba.

—Hablaremos adentro —dijo el griego.

Manolis tenía dos grandes habitaciones; al parecer, el dueño del hotel le debía algunos favores a la policía local y Manolis se los estaba cobrando. Mientras hablaba, sirvió bebidas frías con muy poco alcohol. A pesar de ser griego y estar acostumbrado al clima, Manolis estaba sudando copiosamente. Darcy lo comentó, y Manolis se encogió de hombros.

—He cometido un delito —explicó—. Soy un asesino, y me preocupa...

—¿Por matar a Armstrong? —intervino Harry—. ¡En su vida había hecho un servicio tan grande a la humanidad!

—Sí, pero le he asesinado; además, estoy ocultando que lo hice, y me preocupa.

—¡Olvídelo! —insistió Harry—. Quizá deba matar a otros, y antes de lo que se imagina. Y ahora, cuénteme más cosas de Lazarides.

—Está comprando una isla. Bueno, una roca en realidad, en el Dodecaneso, cerca de Sirna. ¡Asombroso! No es más que un saliente rocoso que emerge del mar y tiene una pequeña playa. Pero piensa construir allí una casa, en la roca. En otros tiempos hubo allí un faro, una torre de los cruzados. Qué hará allí Lazarides, sólo él lo sabe. No hay agua; deberán llevar todo por barco. ¡Estará muy solo en su isla!

—Será una madriguera, o lo más parecido a ella. Lazarides aún quiere ser wamphyri.

—¿Qué dice?

—No tiene importancia. Continúe, por favor.

—Tiene un pequeño avión, un Skyvan, en Karpathos. Allí hay una pista de aterrizaje. Utiliza el avión para sus viajes a Atenas, a Creta, a todas partes. Puede que incluso a Rumania. Eso significa que en ocasiones su barco está cerca de Karpathos. No se preocupe, uno de mis hombres ya se ocupa de eso. Todos los días los turistas vuelan de Rodas a Karpathos. Ellos también lo hacen en un Skyvan. El piloto buscará el barco de Lazarides. Espero su llamada en cualquier momento.

—¿Algo más? —Harry aún parecía muy distante y pálido; como si el sol nunca le hubiera tocado.

—En cuanto a Armstrong —continuó informando Manolis—, hace cinco años y medio, él y algunos amigos americanos emprendieron un viaje a Europa...; eso es todo lo que sé con respecto a su destino, algún país europeo. Hubo un accidente, una caída en las montañas, o algo por el estilo, y algunos miembros del grupo murieron. Armstrong sobrevivió pero no regresó a América sino que acabó en Grecia, y solicitó la ciudadanía griega. Y poco tiempo después ya estaba trabajando para Lazarides.

—¿Eso es todo? —preguntó Harry, cuyo rostro extrañamente inexpresivo no había cambiado en toda la conversación.

—Sí, eso es todo —respondió Manolis—. ¡Ah, sí, algo más! Tengo autorización para perseguir a ese maldito vrykoulakas hasta el infierno, ¡si es que puedo encontrarle!

Darcy hizo un gesto de asentimiento.

—Anoche casi no dormimos —observó—. Manolis pasó horas llamando a Atenas. Hemos insistido en que se trata de un asunto de drogas, de manera que ahora podemos utilizar a la policía, si es necesario, para detener a Lazarides y a sus hombres, y registrar sus propiedades.

—Si podemos encontrarlos —dijo Harry.

—Bueno, podemos encontrar a dos o tres de sus hombres, eso es seguro —dijo el griego—. En Halki, donde están excavando en las ruinas.

—Muy bien —asintió Harry—. Ese puede ser el comienzo. También me gustaría ver ese islote rocoso en el Dodecaneso. Ahora les diré lo que yo he descubierto, y verán cómo todas las piezas encajan. Pero les advierto que se trata de una historia increíble.

Les contó todo, y le escucharon fascinados hasta el final.

—He recuperado el lenguaje de los muertos —terminó Harry—, lo que puede ser considerado un paso hacia adelante.

—Usted es un tipo muy frío —dijo Manolis—, ya lo pensé cuando le vi por primera vez. Habla tan tranquilamente de pasos adelante, mientras Sandra, su amante...

—Manolis —le interrumpió Harry—, ningún hombre ha perdido tanto como yo. No, no me estoy haciendo el mártir, simplemente dejo constancia de un hecho. Comenzó cuando yo era un niño, y aún no ha acabado. He perdido a todos los que he amado. Hasta he perdido a mi hijo en otro mundo, y por otro credo. ¡El maldito credo del vampirismo! Pero cuanto más pierde, más se endurece uno. Pregúntele a cualquier jugador. No juegan para ganar sino para perder. *Antes* jugaban para ganar, pero ahora, cuando ganan, regresan de inmediato a la mesa de juego...

—Ya está bien, Harry —le cortó Darcy, cogiéndolo del brazo.

—Déjame terminar —dijo Harry, librándose con una sacudida. Y luego, dirigiéndose a Manolis—: Yo también solía jugar para ganar, pero es un juego infernal en el que los dados están siempre cargados, y contra ti. ¿Quiere que llore por Sandra? Tal vez lo haré más tarde. ¿Quiere que me desmorone, para que puedan advertir que soy un buen tipo? ¿Pero de qué servirá que el dolor me aplaste? Yo amaba a Sandra, sí, creo que la amaba. Pero ya es demasiado tarde para hacer nada. Ella es una más en mi lista de pérdidas. Sólo viendo las cosas de esa manera puedo seguir adelante. Y ahora quizá comience a ganar de nuevo. Quizá todos nosotros comencemos a ganar. No Sandra, porque está muerta. O sería mejor que lo estuviera, si aún no lo está. Yo ahora conozco a este Janos Ferenczy, y sé de qué estoy hablando. Usted dice que soy frío, pero no sabe que estoy ardiendo por dentro. Y voy a pedirle un favor: deje de preocuparse sobre cómo ve las cosas, deje de preocuparse por Sandra. Es demasiado tarde. Ésta es una guerra, y ella fue una de las víctimas. ¡Ahora tenemos que comenzar a devolver los golpes!

Manolis se quedó callado durante unos instantes muy largos.

—Amigo mío —dijo por fin, en voz baja—, usted lleva un peso muy grande sobre los hombros, y yo me he comportado como un tonto. Nunca sabré lo que se siente cuando se es como usted. No es un hombre común, y yo no tenía derecho a hablarle como lo hice, o a pensar lo que he pensado.

Harry permaneció sentado muy quieto, mirando al griego, y éste vio cómo los ojos del necroscopio se llenaban lentamente de lágrimas. Antes de que éstas pudieran caer, Harry se levantó bruscamente y se dirigió con paso inseguro al lavabo...

Más tarde:

—Hay algo que me provoca verdadero odio —dijo Harry—, y es que se está riendo de nosotros (de todos nosotros en tanto que seres humanos), y probablemente de mí en particular. Es su ego de vampiro. Se hace llamar Lazarides, como el Lázaro de la Biblia, al que Cristo resucitó de entre los muertos. Si se es cristiano, eso ya es una blasfemia. Pero él va aún más allá, ¡y le ha puesto a su barco el mismo nombre! Nos desafía a que le descubramos, grita: «¡Mirad, ya estoy de vuelta!». Ha roto la primera ley de los vampiros, y se ha hecho notar en más de un sentido. Y yo pienso que lo hace deliberadamente.

—Pero ¿por qué? —preguntó Darcy.

—Puede permitírselo —respondió Harry— porque la gente ya no cree en vampiros. No, no hablo de nosotros, sino del pueblo en general. En estos tiempos, un vampiro puede permitirse ser prominente porque hasta cierto punto está a salvo de las masas. Pero también lo hace porque sabe que hay personas que aún creen (y es en ellas en quienes está interesado, en la gente peligrosa, tú, yo, los agentes de la Organización E), que se apresurarán a combatirle.

—¿Quieres decir que él... desea una confrontación?

—Sí, claro que sí, porque ha visto el futuro. Él hacía muy bien eso, y así fue como desbarató todos los planes de Faethor. Sabe que tarde o temprano nos enfrentaremos, y está conduciendo los acontecimientos para tener todas las ventajas. Utilizará mis propios recursos contra mí, y contra cualquiera que esté conmigo. Tiene a Ken Layard, y puede localizarnos cuando y como quiera. Ha herido a Trevor Jordan de tal manera que no nos es de ninguna utilidad, y se ha llevado a Sandra no por deseo o hambre sino para conocerme mejor, porque por medio de ella no sólo conoce mis virtudes, sino también mis debilidades. Anoche envió a su vasallo Armstrong para probarte, Darcy, y probablemente para destruirte, y acabar así con uno de mis últimos sostenes.

—Pero si él puede ver el futuro, ¿no sabía que íbamos a acabar con Armstrong? —Manolis utilizó su lógica de policía—. Y en ese caso, ¿por qué sacrificarlo de esa manera?

—Como ya he dicho, era una prueba —respondió Harry—. Él no lo ve como un sacrificio. Los vampiros no tienen amigos, sólo siervos. Y, de todos modos, Armstrong sólo era uno de los jugadores de Janos. Tiene muchos más. Ken Layard, por ejemplo, que puede hacer todo lo que hacía Armstrong, y más. Pero comprendo su pregunta: ¿por qué provocar una escaramuza que no se puede ganar? ¿No era eso lo que preguntaba?

—Sí, exactamente.

—El futuro no es así —dijo—. No se lo puede leer tan fácilmente, sin riesgos, y no hay manera de evitarlo. Y hay que recordar siempre que *nada* es cierto hasta que ha sucedido. Había un hombre, un ruso dotado de poderes extrasensoriales llamado Igor Vlady. Me encontré con él en una ocasión en el continuo de Möbius. En vida había sido un pronosticador, leía el futuro. Y continuó haciéndolo después de muerto, hasta llegar a ser un experto en el pasado y en el futuro. Así como el espacio era un libro abierto para Möbius, el tiempo era el patio de juegos de Vlady. Era incorpóreo y navegaba para siempre en la corriente del tiempo. Vlady me contó que en vida consideraba siempre inviolable su propio futuro. Jamás lo leía, pues pensaba que hacerlo era tentar al destino. No quería conocer cuándo ni cómo le llegaría la muerte, porque sabía que a medida que se aproximara el momento se obsesionaría con ello. Pero un día, en un instante de miedo e incertidumbre, rompió la ley que se había impuesto y predijo su propia muerte. Pensó que sabía de dónde vendría, y huyó para evitarla. Pero estaba equivocado, y en vez de huir fue a su encuentro. Era como un hombre que está cruzando las vías del tren y salta para evitar un tren que se aproxima... y cae bajo las ruedas de otro.

—¿Quieres decir que Janos no puede fiarse de lo que lee en el futuro? —preguntó Darcy.

—Puede, pero sólo hasta cierto punto. Sólo ve un esquema general de las cosas, no los detalles. Y sabe que no puede evitar nada de lo que ve. Por ejemplo, sabía que Faethor iba a acabar con él, pero vio más allá de aquello. No podía detener a Faethor, y no intentó hacerlo, porque lo inevitable es por definición aquello a lo que no podemos escapar, pero sí podía asegurarse de que regresaría.

Manolis había escuchado todo esto atentamente, pero ahora comenzó a sentirse abatido. Y preguntó:

—Pero ¿cómo puede pensar que va a vencer a esa criatura? ¡A mí me parece... invencible!

En el rostro de Harry apareció una extraña y torva sonrisa.

—¿Invencible? No, no estoy convencido de que lo sea, pero sí estoy seguro de que quiere que así lo creamos. Formúlese esta pregunta: si es invencible, ¿por qué se preocupa por nosotros? ¿Y por qué está tan preocupado por mí? No, Igor Vlady tenía razón. El futuro nunca es seguro, y sólo el tiempo puede decirlo. Además, ¿qué

importa? Si yo no voy a buscarle, él vendrá por mí. Sí, el enfrentamiento es inevitable. Y por ahora, es Janos quien tira de las cuerdas. Pero esperemos que se pase de listo con sus manipulaciones, y cometa el mismo error que Igor Vlady... y salte frente a otro tren.

A las veinte horas cinco minutos, Manolis recibió la llamada que esperaba del piloto del avión que cubría la ruta entre Rodas y Karpathos. Al parecer, el avión de Jianni Lazarides, pilotado por uno de sus empleados, había despegado a las tres de la mañana de la pista de Karpathos con destino desconocido. A bordo se encontraban Lazarides, acompañado por un hombre y una mujer cuyas señas coincidían con las de Sandra y de Ken Layard.

Harry se esperaba algo así y no se sintió especialmente conmovido, pero sí desconcertado.

—¿Qué quiere decir destino desconocido? ¿No tiene que pedir autorización el piloto, dar a conocer su ruta, o pasar la aduana?

Manolis hizo un gesto irónico.

—¡Ya le he dicho que estamos en Grecia! Y Karpathos es una isla muy pequeña. El aeropuerto es... ¡un cobertizo! Existe desde hace sólo uno o dos años, y eso gracias a los turistas. Pero ¿dijo usted aduana? Alguien pondrá un sello en su pasaporte si usted es un extranjero que entra al país, pero no si es un ciudadano griego que se va. Y a las tres de la mañana..., ¡vaya, si lo que me asombra es que alguien recordara con tanta precisión la hora!

—¡Ahora sí que la hemos liado! —exclamó Darcy—. Puede haber ido a cualquier parte.

—No, yo puedo encontrarlo —respondió Harry—. El problema es que tal vez no sea tan fácil para mí dirigirme al mismo lugar. Ya resolveremos eso cuando llegue el momento. Entretanto, tengo que hablar con Armstrong.

Manolis y Darcy se quedaron atónitos... pero sólo por un instante. Darcy fue el primero en recuperarse porque ya había visto antes al necroscopio en acción.

—¿Quieres que te llevemos junto a él?

—Sí, ahora mismo. No porque el tiempo tenga ahora mucha importancia. Las ruedas ya se han puesto en movimiento, y, a su debido tiempo, todo llegará. Pero si me quedo sentado retorciéndome las manos..., creo que me volveré loco.

—¿Quiere decir que va a hablar con un muerto? —intervino Manolis.

—Sí —asintió Harry—. En el incinerador. Allí es donde está, y estará para siempre.

—¿Y él... hablará con usted?

—A los muertos no les molesta hablar conmigo —respondió Harry—. Armstrong no es el vasallo de Janos, e incluso puede que desee vengarse de él. Y más tarde, por la noche, debo intentar comunicarme con otro muerto.

—¿Möbius? —preguntó Darcy.

—El mismo —asintió Harry—. Un vampiro manipuló mi mente y me quitó el lenguaje de los muertos, y tuvo que ser otro vampiro quien deshiciera el entuerto. Pero el que causó el daño era también un gran matemático: mi hijo, que heredó de mí sus dones. Y mientras estaba en mi mente, cerró también algunas puertas, de manera que ahora soy un analfabeto en matemáticas. Bien, si Faethor pudo devolverme el lenguaje de los muertos, puede que Möbius pueda restaurar mi otro talento. Y entonces, Janos tendrá un contrincante digno de él...

El incinerador todavía funcionaba. Un joven trabajador griego arrojaba trozos de leña en las rojas fauces de la rugiente bestia, y arriba, una alta chimenea escupía humo negro y chispas. Darcy y Manolis se quedaron a un lado, mirando trabajar al obrero, y

Harry se sentó en un cajón, un poco apartado, mirando al vacío. Su mente, no obstante, estaba muy activa, y su talento de necroscopio le decía que el espíritu de Seth Armstrong se encontraba allí. Sí, podía oír sus gemidos.

*Armstrong* —dijo Harry con tono suave—, *ya estás libre de todo eso. ¿Por qué tanto pesar?*

Los gemidos cesaron.

*¿Harry Keogh?* —dijo Armstrong, asombrado e incrédulo—. *¿Hablarás conmigo?*

*He hablado con muchos peores que tú, Seth* —respondió Harry—. *Además, sospecho que no eres más que una víctima, como tantos otros. Y no creo que pudieras evitar convertirte en lo que eras.*

*¡No pude, no, claro que no pude!* —respondió Armstrong con evidente alivio—. *Durante cinco largos años fui sólo... una mosca en su tela. Él era mi amo, y yo su vasallo; nada de lo que hice fue por mi propia voluntad.*

*Lo sé* —le respondió Harry—, *pero a ellos les gusta fingir que es así. Supongo que aun sabiendo que es una mentira, salvan así su conciencia: fingiendo que eres suyo por tu propia voluntad.*

*¿Conciencia?* —dijo con amargura Armstrong—. *No me hagas reír, Harry. Las criaturas como Janos Ferenczy nunca padecieron remordimientos de conciencia.*

*¿Te alegras entonces de haberte librado de él? ¿Por qué entonces tus gemidos? Ahora perteneces a la multitud de los muertos. Y eso, como muchos me lo han dicho, no es tan malo como parece.*

*¿Pero de verdad piensas que los muertos querrán tener algo que ver conmigo?* —preguntó Armstrong.

Harry pensó durante un instante.

*Sí, al menos dos que yo conozco* —dijo luego—, *y probablemente más. ¿Y tus padres, Seth?*

*Están muertos desde hace tiempo. Pero... ¿tú crees que...?*

*Creo que sería una buena idea que cuando te hayas recuperado intentes comunicarte con ellos* —respondió Harry—. *En cuanto a la gran mayoría, quién sabe. Tal vez no te tratarán tan mal como tú crees. Yo podría hablarles bien de ti.*

*¿Y lo harás?*

*¿Por qué no les preguntas sobre mí a los muertos cuando llegue el momento?* —dijo Harry—. *Ya verás, te dirán que no soy una mala persona. Pero hasta entonces, me gustaría pedirte un favor.*

*Nadie da nada por nada, ¿verdad? Ni siquiera aquí* —dijo con amargura Armstrong.

*No, Seth, te equivocas* —le respondió Harry—. *Si lo deseas, puedes decirme que no, eso no cambiará en nada las cosas, y yo les hablaré a los muertos en tu favor. Estás muerto, y convertido en cenizas, y como todos ellos saben, para ti ya no puede haber más castigo.*

*¿Qué quieres saber?* —preguntó Armstrong.

*Janos se ha marchado de Rodas, probablemente fuera de las islas. Se ha llevado a una mujer con él —supongo que tú dirías que es mi mujer—. Quiero saber dónde está.*

*Ella es el cebo en su trampa, supongo que tú lo sabes.*

*Claro que lo sé, pero de todos modos iría tras él.*

*Entonces ve a Rumania.*

Harry se quejó por lo bajo. Aquél era el peor escenario posible.

*Ya he estado en Rumania* —dijo—. *No creo que pueda entrar con tanta facilidad por segunda vez.*

*De todos modos, Janos está allí. En su castillo en las montañas cercanas a*

*Halmagiu. Dijo que tú eras su único enemigo vivo, y el más grande que jamás tuvo. Y que cuando os enfrentarais, quería que fuera en sus propios términos y en su territorio. Él leyó el futuro de esa manera, y es así como jugará sus cartas. Pero, Harry..., confío en que no amarás a esa joven.*

*¡No hables de eso!* —Harry apretó los clientes, hizo un gesto negativo con la cabeza, rechazó las horribles imágenes que las palabras de Armstrong habían conjurado. Eran reacciones instintivas a algo que él esperaba no fuera mencionado—. *No quiero que me digas nada de eso.*

Armstrong se quedó callado, pero el necroscopio pudo percibir su comprensión e incluso... remordimiento. Y de repente, Harry lo supo. Ya lo había sospechado, pero había intentado no pensar en ello. Hasta ahora.

*Se la llevaste tú, ¿verdad?*

Armstrong comenzó a gemir de nuevo.

*Eso lo cambia todo, ¿no es así?* —dijo. Y era una mera descripción de los hechos, no una pregunta—. *Sí, yo me introduje en la mente de Sandra y la conduje hasta él.*

Harry no se puso furioso ni maldijo. Sólo se puso en pie y se alejó con la cabeza baja. Darcy y Manolis le siguieron, y después de mirarlo y mirarse entre ellos, no hicieron ninguna pregunta. A sus espaldas el incinerador rugía y chisporroteaba, y un hombre lloraba desesperado, pero nadie más que Harry Keogh podía oírle. Y a pesar de sus promesas, Harry no hizo nada por él...

Más tarde, de regreso en el hotel donde Harry había pedido una habitación individual, el necroscopio intentó comunicarse con Möbius. Utilizó sus poderes para comunicarse con un lugar que conocía muy bien: el cementerio de Leipzig donde estaban enterrados desde hacía ciento veinte años los restos mortales de August Ferdinand Möbius, y desde donde la mente del astrónomo y matemático se había lanzado a explorar el universo.

*¡Profesor!* —llamó Harry, con su habitual respeto—. *¡August, soy yo, Harry Keogh! Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos comunicamos, pero confío en que podré hablar con usted otra vez.*

Esperó, pero no hubo respuesta, sólo un doloroso vacío. Las cosas sucedían tal como él había esperado: el hombre que le había enseñado a utilizar y aventurarse en una quinta dimensión enteramente conjetural estaba ahora allí, investigando en el continuo de Möbius. Harry no podía saber durante cuánto tiempo había estado ausente, y ni siquiera sospechaba cuándo podría estar de vuelta. Si es que volvía.

Pero Möbius era la única esperanza de Harry, si éste quería combatir a Janos con fuerzas equiparables a las del vampiro. Así que siguió intentándolo durante dos horas hasta que Darcy llamó a la puerta.

—¿Lo has conseguido? —preguntó cuando el necroscopio le abrió.

Harry negó con la cabeza, y luego añadió:

—Tengo hambre —algo sorprendente teniendo en cuenta las circunstancias.

Los tres comieron en una taberna que recomendó Manolis, y, mientras lo hacían, Harry explicó una posible línea de acción.

—Manolis —dijo—, necesito ir a Budapest, en Hungría, y de allí a Halmagiu, al otro lado de la frontera. Son unos doscientos cuarenta kilómetros. Una vez allí, puedo viajar en coche o por tren. Seré un turista, claro está. No sé muy bien cómo pasaré la frontera rumana. Ya veré cuando llegue allí. ¿Cuánto tiempo llevará conseguirme los documentos necesarios?

—No necesita nada más. Su pasaporte inglés dice que es un escritor; tiene el sello de entrada a Grecia, y evidentemente usted es un auténtico turista, o tal vez un escritor

buscando material para su próximo libro. Puede volar a Budapest vía Atenas mañana mismo, si lo desea. No habrá ninguna dificultad.

—¿Así de sencillo?

—Hungría no es Rumania. Las restricciones son menos severas. ¡Si todos los días escapan rumanos a Hungría! ¿Cuándo viajará?

—Dentro de tres o cuatro días —respondió Harry—. Tan pronto como termine aquí. Como ya he dicho antes, con Janos el tiempo no es lo fundamental. Creo que se quedará esperándome en su refugio de las montañas de Transilvania. Él sabe que tarde o temprano iré a buscarle.

Manolis le miró y luego miró hacia otro lado.

—No sé cómo puede decir que el tiempo no apremia —murmuró.

—Está bien —respondió de inmediato Harry con un tono de voz áspero muy raro en él—, sé en qué está pensando. Mire, intentaré explicárselo con la mayor claridad posible. Y luego, por el amor de Dios y mi propia tranquilidad, no hablemos más del tema. Caben dos posibilidades: que Janos haya vampirizado a Sandra, o que no lo haya hecho. Si no lo ha hecho, ella es el as que él guarda en la manga por si yo hago algo inesperado, en cuyo caso Janos utilizará a Sandra para negociar. Pero eso es lo que yo espero que haya sucedido, y no lo que en verdad creo que aconteció. Y si la ha convertido en un vampiro, haré todo, absolutamente todo lo que pueda para matarla. Por el bien de Sandra. Pero si ahora me preocupo sólo por ella, es evidente que no podré pensar como se debe. Ya sé que piensa que soy un tipo frío, Manolis, ¿pero ha comprendido cómo son las cosas?

—No, no creo que sea frío, sino muy fuerte. Pero a veces necesito que me lo recuerden. Ya ve, algunos no somos tan fuertes.

Harry suspiró e hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que usted lo hará muy bien —dijo, y alzó el vaso de vino tinto.

—De modo que dentro de tres o cuatro días te vas a Hungría —dijo Darcy—. ¿Y entretanto? Creo que piensas que ya es hora de que nos encarguemos de los empleados de Janos, ¿verdad?

—Sí, eso es exactamente lo que pienso —respondió Harry—. Janos tiene hombres, o vampiros, en las excavaciones de Halki. Es posible que haya algunos más en la isla, y también está la tripulación de su barco. Son bastantes, y no sabemos su grado de peligrosidad. Quiero decir, si todos son vampiros, todos son peligrosos, pero hay vampiros y vampiros. ¡Janos es de los peores! Comparados con él, los demás no serán tan difíciles de combatir. En todo caso, no más difíciles que Armstrong.

—¡Jesús! —exclamó Manolis—. ¿Acaso piensa que el americano no era muy peligroso?

—Claro que lo era —respondió Harry—, sólo estaba pensando en voz alta, y recordaba algunas de las criaturas que vi en Starside. Pero aquí y ahora..., Manolis, ya ha visto lo efectiva que es una ballesta con dardos de madera dura. ¿Hay en Rodas armas de ese tipo?

—¿Ballestas? No creo. Lo más parecido serían arpones submarinos.

Harry comenzó a hacer un gesto negativo, pero luego miró a Manolis con expresión pensativa.

—¿Con proyectiles de acero? —preguntó.

—Sí, con arpones de acero —asintió Manolis, y se preguntó qué estaría pensando Harry.

El necroscopio no le mantuvo mucho tiempo en suspenso.

—¿Hay alguna fábrica o industria donde puedan dar un baño de plata a unos cuantos arpones?

—¡Claro que sí! —respondió Manolis.

—Muy bien, comprémonos entonces dos o tres arpones submarinos de gran precisión y rendimiento. ¿Puede ocuparse de esto, Manolis?

—Es lo primero que haré mañana. Yo practico pesca submarina y conozco esas armas. El mejor modelo es el llamado Champion, hecho en Italia, con gomas simples o dobles. Si utilizamos un dardo con una aleta de metal que se abre cuando ha dado en el blanco..., será tan efectivo como una ballesta.

—¿Y qué son las gomas? —preguntó Darcy, que nunca había practicado deportes acuáticos.

—Esas armas utilizan propulsores de goma. Y son realmente mortíferas. No se cargan rápido, sin embargo, y necesitaremos propulsores de goma muy fuertes. Manolis, será mejor que compre media docena de arpones. Y ha llegado el momento, Darcy, de que solicites ayuda extra. No creo que sea muy difícil encontrar en Londres tres o cuatro voluntarios que quieran venir a trabajar con nosotros.

—¿De la Organización E? —respondió Darcy—. ¡Si están esperando que les llame! Traeré a los mismos que trabajaron en el caso Bodescu. Me ocuparé de eso cuando salgamos de aquí.

—Muy bien —aprobó Harry—, pero sería una buena idea comenzar antes de que lleguen los hombres de Londres. Creo que nuestro primer objetivo debe ser Halki. Sabemos que allí sólo hay un par de criaturas de Janos. Y ni siquiera sabemos si son «criaturas». Quizá sean hombres comunes y corrientes, ingenuos asalariados que no saben para quién trabajan. Bueno, sólo tengo que verlos para saber qué son. Manolis, ¿cuánto tiempo llevará que le den un baño de plata a los arpones?

—Podemos tenerlos para mañana por la noche.

—¿Y en cuánto tiempo podemos llegar a Halki?

—En una lancha rápida, dos horas, dos horas y media como máximo. Está a pocos kilómetros de la isla de Rodas, pero a unos cien kilómetros, yendo por la costa, de la ciudad de Rodas, donde estamos ahora. Halki es un islote pequeño, poco más que una gran roca en el mar. Hay un caserío con un par de tabernas, una carretera corta, algunas montañas y un castillo de los cruzados.

—Mañana es miércoles —dijo Harry—. Si consigue una embarcación y un hombre que la conduzca para el jueves por la mañana, podemos estar allí antes de mediodía. Entretanto, ¿hay alguna posibilidad de que podamos echar un vistazo a esa madriguera de piedra que Janos está construyendo en el Dodecaneso?

—Nos llevaría casi todo el día —dijo Manolis—. Yo sugiero que vayamos a Halki el jueves por la mañana y que antes vayamos directamente a ver Karpathos y la bahía cercana al aeropuerto donde está anclado el *Lazarus.* Dicho sea de paso, tanto Halki como Karpathos están situados en lo que antes era conocido como el mar Carpacio. Como ven, a ese vampiro le gustara sentirse en casa.

Harry asintió con un gesto.

—Supongo que es una coincidencia —dijo—. Extraña, pero coincidencia al fin. Pero estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho. Además, el jueves por la noche ya habrán llegado los refuerzos de la Organización E. El viernes será un buen día para darle una ojeada a la moderna madriguera de Janos.

El bistec de Harry, grande y poco cocido, ya debía de estar frío. Él no había tocado su comida, y sus compañeros hacía tiempo que habían terminado de comer. Harry, tras encogerse de hombros, comenzó a comer. Hacía mucho tiempo que no comía la carne tan poco hecha, casi sanguinolenta. De hecho, ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez. Y el vino tinto también era muy bueno. Y el necroscopio pensó con ironía: «Si no puedes vencerlos, únete a ellos».

Manolis quizá tenía razón, y después de todo era un tipo frío...

En el hotel les esperaba un mensaje: una de las monjas del asilo había solicitado que el inspector Papastamos la llamase por teléfono. Manolis lo hizo inmediatamente. Hablaba en su rápido y restallante griego, con largas pausas en medio de cada frase, y Harry y Darcy vieron que su cara pasaba sucesivamente por varias expresiones: inquisitiva y escéptica primero, asombrada luego, incrédula de inmediato, y feliz a continuación. Y entonces les tradujo la conversación.

—¡Trevor Jordan ha experimentado una gran mejoría! —exclamó con una sonrisa radiante—. Está consciente y habla con normalidad. Le dieron de comer, y luego le inyectaron un sedante para que pasara mejor la noche. Pero antes de dormirse dijo que quería verle, Harry. Me dicen que puede visitarlo a primera hora de la mañana.

Darcy y Harry se miraron.

—¿Qué piensas de eso? —le preguntó finalmente Darcy al necroscopio.

Harry, perplejo, no contestó durante un instante. Frunció el entrecejo y se rascó la barbilla.

—Podría ser que la distancia le hubiera puesto fuera del alcance de Janos. Yo creía que su condición era permanente (que habían alterado algo en su mente, como lo hicieron con la mía), pero quizá Janos no conoce esos trucos. Puede que no sea tan bueno, después de todo. En fin, ¿qué importa eso? Se deba a lo que se deba, me parece una muy buena noticia. Tendremos que esperar a mañana para descubrir lo que ha sucedido...

# Capítulo trece

*Primer contacto - El desafío - Esclavos*

Antes de irse a dormir, Harry intentó una vez más comunicarse con Möbius. Fue inútil; su lenguaje muerto llegó hasta la tumba de Möbius en Leipzig, pero nadie respondió. Una de las razones por las que Harry había postergado la persecución de Janos fue que había esperado, contra toda esperanza, recuperar sus facultades matemáticas, y con ellas el acceso al continuo de Möbius. Éste había sido su plan, que ahora, posiblemente, se desvanecería en el olvido. Y aún preocupado por este asunto, Harry por fin se durmió... Pero su obsesión se trasladó a sus sueños, y en ellos, carente de las distracciones y pequeños problemas del mundo de la vigilia, continuó transmitiendo sus pensamientos a través del negro y profundo abismo que los hombres llaman muerte. Numerosos muertos le oyeron, y le hubieran respondido para consolarle, pero no se atrevieron. No eran ellos los buscados y la comunicación por la comunicación misma era inútil; ellos sabían que su simpatía, e incluso sus palabras de aprobación, sólo constituirían obstáculos en el camino de Harry. Porque el necroscopio no había podido nunca negarse a conversar con los muertos, porque él era el único hombre que comprendía el sufrimiento y la soledad de ellos.

Pero hubo una muerta, sin embargo, a quien el respeto no hizo callar, tal vez porque le amaba mucho más que los otros. ¡Si en más de una ocasión se había burlado cariñosamente de Harry! Las madres de los hombres son así.

*¿Harry? ¿Puedes oírme, hijo?*

Él suspiró y abandonó la búsqueda de Möbius. Había un matiz perentorio en el tono de ella que exigía su atención.

*¿Qué pasa, madre?*

*¿Cómo qué pasa?* —Harry podía imaginársela frunciendo el entrecejo—. *¿Así le hablas a tu madre?*

*Madre* —Harry suspiró e intentó darle una explicación—, *he estado muy ocupado. Y lo que estoy haciendo es importante. Mucho más importante de lo que imaginas.*

*¿Eso crees?* —respondió ella—. *¿Crees que no lo sé? ¿Pero quién te conoce mejor que yo, Harry? Bien, en todo caso sé una cosa, que estás perdiendo el tiempo.*

La mente soñadora de Harry jugó con las palabras de ella y no les encontró explicación. Ni se la encontraría a menos que ella se la proporcionara. Ella percibió estos pensamientos y de inmediato se enfadó como nunca lo había hecho con él.

*¡Cómo!¿Qué actitud es ésa? ¿Por qué me haces el objeto de tu impaciencia? Bien, los muertos puede que te adoren, pero no te conocen tanto como yo. Y tú..., Harry..., ¡eres un problema!*

*Madre, yo...*

*¡Tú, tú, tú, siempre tú! ¿Y te crees el único? ¿Quién es este «yo» que mencionas siempre, Harry? ¿Y por qué nunca hablas de «nosotros»? ¿Por qué siempre piensas que estás sólo? ¡Tú, de todos los hombres, eres quien menos solo está! Porque todos los que han muerto en un millón de años yacían silenciosos en la oscuridad, pensando y prosiguiendo sus solitarios designios, cada uno de ellos aislado del más próximo, pero todos unidos por la común creencia de que la muerte era una estrecha y oscura —aunque indolora— prisión..., hasta que una pequeña y brillante luz llamada Harry*

*Keogh apareció y dijo: «¿Por qué no habláis conmigo? Yo escucharé. Y luego podéis tratar de hablar entre vosotros». ¡Ah!¡Una revelación!*

Harry no dijo nada, no sabía qué responder. ¿Su madre estaba riñéndole o alabándole? Nunca la había oído hablarle de esa manera, ni siquiera cuando estaba despierto. Nunca había estado tan furiosa. Y su madre también percibió estos pensamientos.

*¿Te preguntas por qué estoy furiosa? ¡Es que no puedo creerlo! Durante años no has podido hablarme, aun queriéndolo, y cuando por fin puedes hacerlo...*

Harry pensó que ahora lo comprendía, y se dijo que ella tenía razón, y confió en poder aclarar las cosas.

*Madre* —dijo—, *los otros muertos necesitan saber que existo, necesitan que les digan que la muerte es algo más que soledad. Y también necesitan saber que están a salvo de los Dragosanis, de los Ferenczy y de las criaturas de su especie. Pero hay tantos muertos —y yo tengo tantos buenos amigos entre ellos— que me sería imposible hablar con todos. No hasta que sea uno de ellos, en todo caso. Pero tú no necesitas saber esas cosas, tú ya las sabes. Sí, y también sabes desde siempre que te quiero, madre...*

Ella no dijo nada.

*Entonces, si en alguna ocasión no me comunico contigo, es porque algo muy, muy importante me lo impide. Así ha sido siempre, madre, y..., ¿madre?*

Ella seguía furiosa, y por eso no le respondía, pero al menos no estaba llorando. Y por fin ella dijo:

*Ya lo sé, hijo. Es que... me preocupo tanto por ti. Y los muertos me preguntan por ti. Sí, y porque te aman se desesperan por ti, ¿no lo sabes? ¿No puedes comprender que todos quieren ayudarte? ¿Y acaso no sabes que entre nosotros hay expertos en todos los campos, cuyos talentos estás desperdiciando?*

¿Qué? ¿Talentos desperdiciados? ¿Y los muertos querían ayudarle? Pero si siempre lo hacían... ¿Qué tramaba su madre?

*¿Madre?¿Qué te traes con los muertos? ¿Y por qué dices que estoy perdiendo el tiempo?*

*Pierdes el tiempo intentando comunicarte con Möbius* —respondió ella de inmediato—. *Si hubieras hablado conmigo, lo sabrías. Yo traté de encontrarlo desde el instante en que recuperaste el lenguaje de los muertos.*

*¿Tú? ¿Pero cómo? Möbius no está aquí, está en algún lugar del espacio. Puede estar en cualquier parte, literalmente en cualquier parte.*

*Ya lo sabemos* —respondió ella—, *y también que «en cualquier parte» es un lugar muy vasto. Todavía no le hemos encontrado. Pero si podemos dar con él, recibirá tu mensaje y se pondrá en contacto contigo. O al menos eso esperamos. Entretanto..., despreocúpate de Möbius, y sigue con las otras cosas.*

*Madre* —dijo Harry—, *tú no comprendes. Escucha: Möbius probablemente está en el continuo que lleva su nombre. Los muertos no pueden alcanzarle, no podrían aunque lo intentaran todos al unísono. Ese lugar está fuera del universo. Como ves, no soy yo quien está perdiendo el tiempo, sino vosotros.*

Harry percibió que su madre negaba con la cabeza.

*Hijo* —dijo luego—, *cuando tu hijo Harry te privó del lenguaje de los muertos y de tu intuición matemática, ¿te quitó también parte de tu inteligencia?*

*¿Qué?*

*Cuando utilizas el continuo de Möbius, ¿cuánto tiempo permaneces realmente en él?*

Harry advirtió de inmediato que ella tenía razón, y se preguntó si en la mente humana la lógica y la capacidad matemáticas estaban unidas, y si su hijo habría también

diluido su capacidad de razonamiento.

*Nada de tiempo* —respondió—. *Es instantáneo.*

Möbius no estaba en el continuo, simplemente lo usaba para llegar a destino.

*Exactamente. ¿Para qué perder tu tiempo, entonces, intentando localizarlo en su tumba de Leipzig? Tú lo has dicho: está en alguna parte. Era un astrónomo en vida, y la muerte no lo ha cambiado. Y ahora mismo muchos de nosotros dirigimos nuestros pensamientos hacia las estrellas. Y si Möbius está allí, le encontraremos.*

Harry tuvo que ceder.

*Madre, ¿qué haría sin ti?*

*Yo sólo estaba aclarando tu confusión, hijo mío. Te decía que entretanto debías seguir adelante con otras cosas.*

*¿Cómo cuáles?*

*Harry, tú tienes acceso a la biblioteca más grande del mundo, libros que no sólo guardan el conocimiento, sino que pueden enseñarte activamente. Para ti, las mentes de los muertos son como libros en los que puedes leer, y todos sus talentos están allí para que puedas utilizarlos. Y así como aprendiste de Möbius, puedes aprender de todos los demás.*

Pero Harry hacía tiempo que había considerado esa posibilidad, y la había desechado. También Dragosani había aprendido de los muertos. Thibor Ferenczy le había instruido... en el mal. Y Dragosani, en tanto nigromante, había robado los talentos de Max Batu, y también le había sustraído a Gregor Borowitz los secretos de la Organización E soviética. Pero ninguna de esas cosas le había ayudado. ¡Si el ojo maléfico de Batu incluso había contribuido a su destrucción! No, había cosas, como el futuro, que Harry prefería no saber. Y como todo esto lo pensaba en el lenguaje de los muertos, su madre se enteró de inmediato.

*Puede que tengas razón* —le dijo—, *pero creo que no deberías descartarlo. Harry, aquí hay multitud de talentos, y están prestos a servirte cuando tú lo decidas...*

Su voz comenzó a desvanecerse, a desaparecer en los laberintos de los sueños. Pero esta vez Harry iba a recordar la conversación. Y fatigado de mente y cuerpo, por fin pudo tranquilizarse y se durmió aún más profundamente, en un sueño sin sueños.

Durante un rato. Hasta que...

*¿Haaarry?*

¡Era Möbius! Harry hubiera reconocido su manera de hablar la lengua muerta en cualquier parte. Pero su voz, incluso teniendo en cuenta que estaban hablando dentro de un sueño, sonaba peculiar. Éste era un Möbius diferente, un Möbius que había cambiado.

*¿August Ferdinand? ¿Es usted? Le he estado buscando. ¡Muchos de nosotros le han estado buscando en todas partes!*

*Lo sé, Harry. Estaba... allí afuera. Pero tú tenías razón, y ellos se equivocaban. ¡Yo estaba en el continuo! Al menos, mientras pude soportarlo. Los pensamientos de tus amigos muertos me alcanzaron cuando salía de él.*

*¿Y qué tenía que soportar?* —Harry no comprendía—. *El continuo de Möbius es lo que es.*

*¿De verdad?* —La voz de Möbius aún sonaba vaga e incierta, como la de un sonámbulo, o un hombre en trance—. *¿De verdad es lo que es, Harry? ¿O es mucho más de lo que parece ser? Pero... es extraño, muchacho, muy extraño. Te hubiera hablado antes de eso, deseaba hacerlo, pero... ¡has estado ausente tanto, tanto tiempo, Haaarry!*

*No fue por mi culpa* —respondió Harry—, *me era imposible comunicarme. Algo me sucedió, algo que me privó de mi lenguaje de los muertos, y no pude hablar más con nadie. Y ésta es una de las razones por las que quería hablar con usted. Verá, no sólo*

*perdí mi lenguaje para hablar con los muertos, sino también mi capacidad para utilizar el continuo de Möbius. Y lo necesito más que nunca.*

*¿El continuo? ¿Lo necesitas?* —Möbius no parecía enteramente él mismo—. *¡Oh, Harry, todos lo necesitamos! ¡Ya lo creo que sí, sin él nada existe! ¡El continuo lo es TODO! Y..., y... lo siento, Harry, pero tengo que volver allí.*

*¡Muy bien!* —respondió Harry con desesperación, pues sintió que la voz de Möbius se deslizaba por una tangente—. *Y le juro que no le molestaría si no fuera absolutamente necesario, pero...*

*¡Eso me está hablando!* —la voz de Möbius era un susurro lleno de asombro, que se hacía más tenue a medida que el matemático transfería su atención a otra parte—. *Y creo que ya sé qué es. Lo único que puede ser. Tengo que... irme... ahora..., Haaarry.*

Un instante después ya había desaparecido, y no quedaba ni siquiera un eco de su voz. Harry supo que Möbius había regresado al único lugar que a él le estaba prohibido. Había vuelto al interior del continuo de Möbius.

Y Harry, por fin solo, durmió durante lo que quedaba de la noche. Sin sueños, pero de todos modos inquieto...

A la mañana siguiente, cuando se dirigían en el coche de Manolis a ver a Trevor Jordan, algo que inconscientemente preocupaba a Harry salió a la superficie.

—¡Manolis, qué tonto soy! Debí de haber pensado en eso antes.

—¿En qué, Harry? —preguntó el griego mirándolo de soslayo.

—La KGB sabía que yo me dirigía a Rumania. Lo sabían incluso antes de que yo fuera. Quiero decir, sus esbirros rumanos me estaban esperando en el aeropuerto. De manera que alguien tiene que haberles informado, alguien de Rodas.

Manolis lo miró un instante sin expresión alguna, pero luego sonrió y se dio una palmada en el muslo.

—Harry —dijo—, usted es una persona muy rara con poderes extrañísimos, pero creo que nunca será un buen policía. Ayer, cuando nos contó lo que le había sucedido, pensé que daba por supuesto que yo debía llegar a la misma conclusión que acaba de exponerme. Y claro está que lo hice. Mi próximo paso fue preguntarme quién, además de nosotros, sabía que usted iba a Rumania. La respuesta fue que nadie, excepto el empleado que le vendió los billetes en el aeropuerto. Y ahora mismo la policía local está investigando este asunto. Y si hay una respuesta, ellos la encontrarán.

—Muy bien —dijo Harry—. Pero lo que importa es lo siguiente: no quiero que haya alguien esperándome en Hungría, si resulta que tengo que ir allí.

—Comprendo su preocupación —estuvo de acuerdo Manolis—. Esperemos que los agentes locales descubran algo.

Ninguno de ellos podía saber que en ese momento la policía estaba en el aeropuerto, hablando con un hombre que trabajaba en el servicio de informaciones. Estaban hablando con él y con su hermano, pues desde hacía tiempo sospechaban de ellos. Y no les importaba que las respuestas que obtenían no fueran las que esperaban, pues sabían que tarde o temprano les dirían la verdad.

Una enfermera les recibió en el asilo y les llevó hasta la habitación de Jordan. Era muy parecida a una celda: pequeña, con ventanas altas y protegidas por barrotes, y una puerta con mirilla. La puerta se cerraba desde afuera; era evidente que los médicos aún no se fiaban de su paciente. La enfermera miró por la mirilla y sonrió, luego le hizo señas a Harry de que se acercara. Éste siguió su ejemplo y observó el interior de la habitación por la mirilla. Jordan caminaba de un lado a otro, las manos cruzadas en la espalda. Harry llamó a la puerta y Jordan se detuvo y miró. Su rostro mostraba una expresión vital, alerta.

—¿Harry? ¿Eres tú? —preguntó.

—Sí —respondió Harry—, en un momento estamos contigo.

La monja abrió la puerta y los tres entraron en la habitación. La enfermera esperó afuera.

Jordan estrechó la mano de Darcy; le dio una palmada en la espalda a Manolis y luego saludó sonriendo a Harry.

—Así que tenemos de vuelta al necroscopio en nuestro equipo, ¿no? —dijo.

—Por un tiempo —respondió Harry devolviéndole la sonrisa—. Nos has asustado, Trevor. Creíamos que él había destrozado tu mente.

Darcy Clarke, después del apretón de manos inicial, había retrocedido un poco, pero con discreción.

—¿Me disculpáis un momento? —murmuró luego, y salió al corredor; Manolis fue tras él.

En el corredor, Darcy estaba de pie junto a la enfermera, o mejor dicho, se apoyaba en la pared, el rostro muy pálido.

—¿Qué sucede? —preguntó Manolis—. Ya he visto antes esa expresión en su rostro.

—Llame a Harry para que salga de allí —susurró Darcy—. ¡Rápido!

La enfermera pareció alarmada, pero Darcy le hizo señas de que guardara silencio llevándose un dedo a los labios.

—Harry —llamó Manolis con tono casual asomándose a la habitación—. ¿Puedes venir un momento?

—¿Me permites? —le preguntó Harry a Jordan.

—Sí, claro.

Jordan sonrió de una manera extraña, maliciosa. Harry se reunió con sus compañeros.

—¿Qué sucede?

Darcy cerró la puerta y dio vuelta la llave. Miró luego a Harry, con gesto angustiado.

—¡Algo está mal! —dijo—. Algo... no está bien en Jordan. De hecho, ¡creo que nada está bien en él!

Los ojos melancólicos de Harry estudiaron el tenso rostro de Darcy.

—¿Tu talento ha entrado en acción?

—Sí. Ése no es Trevor. Se le parece, pero no es él. Eso es lo que me dice mi ángel guardián. Mi talento no me permitió quedarme en la habitación.

—¿Harry? —se oyó la voz de Jordan tras la puerta—. ¿Por qué te demoras? Tengo que decirte algo, pero sólo a ti. ¿No podemos hablar tú y yo cara a cara?

Manolis reaccionó rápidamente. Mostró a la enfermera su identificación policial, volvió a hacerle señas de que callara tal como lo había hecho Darcy, llevándose un dedo a los labios, sacó la Beretta y se la dio a Harry.

—Cuando entre deje la puerta entornada; yo estaré aquí —le dijo.

—Pero, ¿cree que eso le detendrá? —preguntó Darcy con voz temblorosa, señalando la Beretta.

Harry asintió.

—Jordan no es un vampiro —dijo, y tras guardar el arma en el bolsillo interior de la chaqueta, abrió la puerta y entró en la habitación.

Jordan estaba sentado en un sillón. Había otra silla enfrente, e hizo un gesto a Harry invitándole a que se sentase allí. Harry lo hizo, pero con cautela, y sin quitar los ojos del hombre que tenía ante sí.

—Bien, aquí estoy. ¿Cuál es el gran misterio, Trevor?

—De repente, yo ya no parezco preocuparte tanto —dijo el otro, con su extraña y maliciosa sonrisa.

Harry advirtió que modulaba las palabras lenta y cuidadosamente, como para asegurarse de que las comprendía bien.

El necroscopio adivinó en ese instante cuál era el problema de Jordan, y decidió someterlo a una prueba.

—Claro que estoy preocupado por ti —dijo, y se obligó a sonreír—. ¡No te imaginas cuánto! Trevor, ¿recuerdas qué nombre le dabais tú y los hombres de la Organización E a mi hijo, aquella vez que se encargaron de cuidar de él?

La extraña, casi insinuante expresión se borró de la cara de Jordan. En su rostro apareció una mirada vacua, pero aquello sólo duró un instante. Luego volvió a animarse, y dijo:

—¡Ah, sí! ¡Le llamábamos el jefe!

—¡Muy bien! —aprobó Harry, y metió la mano en el interior de la chaqueta para coger el arma—, pero tardaste mucho en recordarlo. Y tú eras el que más lo quería; si tú fueras tú, no habrías necesitado tiempo para pensar en ello... ¡o para preguntarlo!

Jordan se movió justo cuando la pistola comenzaba a hacerse visible. Antes, sus movimientos habían sido tan lentos como sus palabras..., pero así son los de un camaleón antes de que su mortal lengua entre en acción. Y la presión de Janos sobre la mente de Jordan era poderosa. Ahora se movió rápido como el relámpago; su mano izquierda aferró la garganta de Harry y con la derecha volvió a meter la pistola dentro de la chaqueta.

Pero el necroscopio tenía reflejos rápidos. Cuando Jordan se enderezó en la silla, Harry le dio un puntapié entre las piernas..., que no sirvió para nada, porque la mente que controlaba el cuerpo de Jordan se limitó a no hacer caso del dolor. Jordan devolvió el puntapié soltando la garganta de Harry y golpeándolo con el puño, un puño duro como el acero. Y antes de que el necroscopio pudiera reaccionar, Jordan medio le levantó de la silla, e intentó golpearle con la cabeza en la cara. Harry vio venir el topetazo y consiguió volver la cara; pero aun así, el tremendo impacto de la cabeza del hombre contra su pómulo le aturdió. Jordan lo dejó caer en la silla y trató de quitarle la Beretta. Y en ese instante...

La puerta se abrió de un golpe y Manolis entró en la habitación. Darcy iba tras él, desafiando los esfuerzos de su talento para hacer que regresara al pasillo. Jordan rugió furioso e hizo un último esfuerzo para arrancar la pistola de manos de Harry antes de que Manolis le golpeara. ¡Y el vigoroso policía griego sabía muy bien dónde golpear! Apartó de un empujón a Jordan de Harry, lo hizo caer boca abajo de una patada, y luego, cuando el otro intentó levantarse apoyándose en las manos, volvió a hacerlo caer con otro golpe.

Luego Harry se interpuso entre ambos, apuntando con la pistola directamente a la frente de Jordan.

—¡No me amenaces! —le gritó al hombre poseído, con voz dura y fría como el hielo.

Jordan se sentó y miró a los tres hombres con expresión feroz.

—¡Yo no fui el que amenazó primero! —dijo con una voz que ya no era la del Jordan que ellos conocían—. ¡Tú me amenazaste antes!

—Tienes razón —respondió Harry—. Aún no me has amenazado personalmente, aún no, pero más tarde o más temprano lo harás..., Janos Ferenczy.

Harry hizo un gesto con el revólver, indicándole que se pusiera de pie.

Janos, en el cuerpo de Jordan, obedeció, y permaneció de pie, mirando torvamente a los tres hombres que le rodeaban.

—Muy bien, Harry Keogh —gruñó—, ahora ya me conoces. Finalmente nos hemos encontrado. Quería conocerte, y quería que tuvieras una muestra de mi poder. ¿Ves qué fácilmente he ocupado su mente? ¿Telepatía? ¡Ja, Trevor Jordan era el más inexperto de los aficionados!

—Tus poderes no me impresionan —mintió Harry—. El hedor de un cerdo muerto es igual de fuerte.

—¿Cómo..., cómo te atreves? —el otro dio un paso adelante.

Harry apretó los dientes y apuntó cuidadosamente al espacio entre los ojos de Jordan.

Y el hombre poseído, con una horrible sonrisa en la cara, se detuvo. Pero después se tambaleó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Harry entrecerrando los ojos.

—He..., he forzado demasiado este débil cuerpo —habló la ronca voz de Janos desde la boca de Jordan—. Permíteme que me siente.

—Siéntate —le dijo el necroscopio; y cuando el otro se derrumbó en su silla, se sentó frente a él—. Ahora, di la verdad, Janos. ¿Para qué querías verme? ¿Para matarme?

—¿Matarte? —la risa de Janos parecía un aullido—. Si estuviera tan desesperado que quisiera matarte, créeme que ya lo habría hecho. ¡No, te quiero vivo!

—¡Un momento! —dijo Manolis, y se acercó—. Harry, ¿está diciendo que éste es Janos Ferenczy? ¿Éste es el vrykoulakas?

Janos Jordan hizo un gesto de mofa.

—¡Griego, eres un idiota!

Manolis se acercó aún más, pero Darcy lo cogió del brazo.

—Sólo es su mente —le explicó—, que controla telepáticamente el cuerpo de Jordan.

—¡Mátenle ahora! —exclamó Manolis.

—No le mataríamos a él, sino al pobre Jordan —respondió Harry.

Janos volvió a reír.

—¡No podéis hacer nada! —dijo—. ¡Podría irme de aquí! ¡Sois como niños! —luego dejó de reír y comenzó a mofarse de Harry—: De modo que tú eres el poderoso necroscopio, el hombre que habla con los muertos, el famoso asesino de vampiros. ¡Bien, creo que no eres nada!

—¿Eso crees? ¿Y estás aquí sólo para decírmelo? Muy bien, ya lo has hecho. Vuelve ahora a tu castillo y retira tu sucia mente de sanguijuela de la cabeza de mi amigo.

Jordan los miró ferozmente hasta que sus ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas, y sus manos temblaron aferradas a los brazos del sillón.

—Será... un... gran... placer verte de nuevo, Harry Keogh —dijo por fin—. Pero hombre a hombre, cara a cara.

Harry tenía experiencia en las maneras de los wamphyri, y sabía cómo insultarlos.

—¿Hombre a hombre? —dijo, y rió burlón—. Te colocas a una altura que no te corresponde, Janos. ¿Y cara a cara? ¡Si en este mundo hay cucarachas más altas que tú!

Manolis se agachó junto a la silla de Harry y se preparó a desenfundar la pistola.

—Déjemelo a mí —dijo—, y dígame qué quiere saber. Puede estar seguro de que yo le haré hablar.

—Ahora me voy —dijo Janos—, pero lo hago sabiendo que vendrás a mí. —Abrió la boca, rió, y agitó la lengua con la obscenidad y el frenesí de un demente—. Lo sé, como también sé que esta noche, ¡sí, esta noche!, la hermosa Sandra y yo nos revolcaremos en la cama, cubiertos con el sudor de la fornicación.

Soltó una estridente carcajada y se dejó caer como un peso muerto en la silla. Sus ojos se cerraron, la cabeza se inclinó hacia un lado y sus mandíbulas se abrieron. Un hilo de baba se deslizó desde una de las comisuras, y el brazo izquierdo y la mano, que colgaban a un lado de la silla, vibraron levemente.

Harry, Darcy y Manolis se miraron, y el primero, al cabo de un instante, le dio la Beretta al policía..., ¡y entonces los ojos de Jordan se abrieron! Rió otra vez, se irguió alerta y de un manotazo se apoderó de la pistola.

—¡Ja, ja, ja! ¡Sois como niños, nada más que niños! —gritó, y llevándose el arma a la sien, apretó el gatillo.

Harry había retrocedido con silla y todo, pero la sangre y los trozos de cerebro salpicaron a Darcy y a Manolis, que saltaron hacia atrás gritando horrorizados.

Enmarcadas en la puerta abierta, tres Hermanas de la Misericordia se llevaron las manos a la boca en un gesto de espanto y sorpresa. Lo habían visto todo. O al menos el final.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimió Darcy, y salió tambaleándose de la habitación. Harry y Manolis, boquiabiertos, se quedaron mirando atónitos el ensangrentado cadáver de Jordan...

Harry y Darcy dejaron que Manolis entregara el cadáver a la policía local (el caso era un «suicidio» puro y simple, con numerosos testigos para probarlo), y se dirigieron caminando al hotel.

Aún no eran las diez de la mañana pero ya hacía un calor que derretía las piedras de las estrechas callejuelas de la ciudad antigua; Darcy dejó su ensangrentada chaqueta en la parte trasera de un camión de la basura y se limpió lo mejor que pudo en una fuente.

En el hotel se dieron una ducha, Harry se curó las magulladuras, y luego, durante casi una hora, permanecieron sentados sin hacer absolutamente nada...

Poco antes de mediodía, Manolis se reunió con ellos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Seguimos adelante tal como lo habíamos planeado?

Harry lo había estado pensando.

—Sí y no —respondió—. Ustedes dos siguen adelante de acuerdo a los planes: irán mañana a Halki, y luego a Karpathos, y verán qué pueden hacer. Y tendrán a los hombres de la Organización E para apoyarlos. Yo..., yo no puedo esperar. Tengo que arreglar cuentas con ese bastardo. Fue lo que él dijo al final, y no puedo vivir sin hacerlo. Y cuanto antes, mejor.

—¿Irá a Hungría? —Manolis parecía exhausto.

—Sí —respondió Harry—. Después de que se llevó a Sandra, yo pensaba que no valía la pena darse prisa en hacer algo; ella simplemente sería un vampiro, y estaría más allá de toda ayuda. Pero no había considerado las maneras en que él podía utilizarla. Bien, puede ser que ella esté ahora más allá de todo auxilio, pero yo no. De modo que tengo que ir. Ya no por ella, sino por mí. Puede que yo ya no posea los poderes necesarios para acabar con él, pero no puedo permitir que ella siga en sus manos.

—No me parece una buena idea, Harry —dijo Darcy—. Mira, Janos te estaba incitando, desafiándote a un duelo que él piensa que no puedes ganar. Y tú has caído en la trampa. Estabas en lo cierto la primera vez: con respecto a Sandra, lo que pasó, pasó. Ahora es el momento de tranquilizarnos y de pensar positivamente, de prepararnos y hacer planes. ¡Pero no es el momento de salir improvisadamente, y exponerte a que te maten! Tú sabes lo difícil que será dar con Janos en los Montes Cárpatos; pero si no haces nada, tarde o temprano él vendrá en tu búsqueda, y podrás combatirle en tus

propios términos. Tendrá que hacerlo, si es que quiere sentirse seguro en el mundo.

—Harry —dijo Manolis—, creo que Darcy tiene razón. Aún no sé por qué ese loco se mató él y no le mató a usted, pero lo que usted piensa hacer ahora... es como ir a poner la cabeza directamente bajo la guillotina.

—Darcy posiblemente tiene razón —estuvo de acuerdo Harry—, pero..., pero tengo que proceder tal como yo lo veo. En cuanto al suicidio de Jordan, fue Janos, que quería mostrarme lo poderoso que es. Sí, y al mismo tiempo hacerme daño. ¿Pero matarme? No. Porque tal como lo dijo, me quiere vivo. Yo soy el necroscopio, tengo extraños talentos; en mi mente hay secretos que Janos desea conocer. Sí, él puede hablar con algunos de los muertos (¡pobres víctimas!) con su monstruosa nigromancia, pero no puede lograr que le respeten como me respetan a mí. Le gustaría, porque es tan vanidoso como todas las criaturas de su especie, pero aún siente que no es un verdadero wamphyri. Y es por eso por lo que no se dará por satisfecho hasta convertirse en el vampiro más poderoso que el universo haya conocido. Y con ese fin, si puede encontrar la manera de robarme mis habilidades... —Harry no acabó la frase. Pero de inmediato continuó en un tono menos serio—. De todas maneras, ustedes dos tendrán bastante de qué ocuparse. De modo que dejen de preocuparse por mí, y háganlo por ustedes mismos. Manolis, ¿qué hay de esos arpones? También quisiera que reservara una plaza en el próximo avión a Atenas, digamos mañana por la mañana, con enlace a Budapest. Y tú, Darcy...

—¡Qué rápido has cambiado de tema, Harry! Seamos sinceros, no hay comparación posible entre lo que nosotros haremos en las islas, y el enemigo a quien habrás de enfrentarte en los Cárpatos. Además, Manolis y yo no estamos solos, y mañana por la noche seremos muchos más. Pero tú estarás solo del principio al fin.

Harry le miró con sus límpidos e increíbles inocentes ojos y dijo:

—¿Sólo? No, Darcy, tengo muchos amigos en muchos lugares, y nunca me han defraudado.

Darcy le miró y pensó: «¡Dios, sí! Pero siempre me olvido quién... y qué eres».

Manolis, sin embargo, no conocía tan bien a Harry.

—¿Amigos? ¿En Hungría y en Rumania? —se sorprendió el Manolis.

Harry le miró.

—También allí —respondió—. En todas partes. —Harry se puso de pie—. Ahora voy a mi habitación —dijo—. Intentaré comunicarme con algunas personas...

—¿En todas partes? —repitió Manolis después de que Harry se marchó.

Darcy asintió, y a pesar del pesado calor mediterráneo, tuvo un escalofrío.

—Los amigos de Harry son legión —explicó—. Los cementerios están llenos en todo el mundo.

Harry intentó una vez más comunicarse con Möbius, pero con tan poco éxito como los muertos que su madre había reclutado para la misma tarea. También trató de hablar con Faethor —para confirmar cierto consejo que el difunto vampiro le había dado, y que ahora le parecía sumamente sospechoso— y se vio igualmente frustrado. Seguramente el ardiente sol del mediodía rumano —no menos ardiente que el del mediodía griego—, desanimaba al espíritu wamphyri de Faethor.

Decepcionado, Harry intentó por último llegar con sus pensamientos al asilo de Rodas, en cuya morgue yacía Trevor Jordan, finalmente en paz y más allá de los tormentos del mundo de los vivos. Y aquí Harry tuvo éxito.

*¿Eres tú, Harry?* —La voz muerta de Jordan tuvo al principio un tono ansioso, pero se tranquilizó cuando vio que, efectivamente, era el necroscopio— *¡Pero claro que sí, quién otro podría ser! Me alegro de que hayas venido, Harry. Quiero que sepas que*

*no era yo. Quiero decir, yo nunca hubiera...*

—¡Ya sé que no! —lo interrumpió Harry, que hablaba en voz alta, algo que hacía siempre cuando la hora, las circunstancias y el lugar se lo permitían—. Ya lo sé, Trevor, y ésa es una de las razones por las que deseaba hablar contigo, para tranquilizarte, y decirte que lo comprendemos. Era Janos, que te utilizó para comunicarme sus pensamientos. ¡Pero es una maldita vergüenza que te haya asesinado para estar doblemente seguro de que yo iría tras él!

*Harry* —dijo Jordan—, *lo que fue, fue, y sé que no se puede volver atrás. Supongo que más tarde sufriré, cuando sea consciente de todo lo que he perdido, y también supongo que todos los muertos debemos pasar por eso. Pero en este momento sólo me importa la venganza. Y, seamos sinceros, no me ha ido tan mal como a otros. ¡Dios sabe que prefiero estar muerto a ser un no-muerto, un vasallo de ese monstruo!*

—Como el pobre Ken Layard.

*Sí, como Ken* —y Harry percibió el estremecimiento del difunto.

—Tengo que decirte algo. —El necroscopio suspiró—. Ken ahora pertenece a Janos, es su localizador. Y también Sandra es suya...

Durante un instante, sólo hubo un silencio horrorizado. Y luego:

*¡Oh, Dios!¡Harry..., lo siento tanto!*

Harry sintió la compasión de su interlocutor, hizo un gesto de asentimiento, y no dijo nada.

*¡Dios, me parece imposible!* —dijo por fin Jordan, hablando tanto para sí mismo como para Harry—. *Vinimos a Grecia para encontrar un alijo de droga, y mira lo que hemos hallado. Muerte, destrucción, y un ser monstruoso. ¡Y tan poderoso! Yulian Bodescu, comparado con él, era como una linterna junto a un rayo láser. ¿Sabes que yo me introduje en su mente por error? Y fue como si una araña diminuta hubiera caído en una bañera llena de agua y hubieran quitado el tapón. Era imposible luchar contra él, Harry. Su mente es como una vorágine inmensa, oscura e irresistible. ¿Y yo?¡Yo me sumergí en ella de cabeza!*

—Sí, también quiero hablar contigo de eso —dijo Harry—. ¿Cómo pudo tener tal control sobre ti en la distancia? Tú eras un telépata poderoso.

*Esa es precisamente la razón* —respondió amargamente Jordan— *Harry, todos nosotros somos como estaciones de radio, quiero decir, nuestras mentes. La mayoría transmitimos en frecuencias personales, propias. Sólo hablamos con nosotros mismos. Pensamos para nosotros mismos. Los telépatas, por otra parte, tienen el don de sintonizar la longitud de onda de otras personas. Pero Janos es una estación muy superior, e infinitamente más compleja. Si alguien sintoniza su longitud de onda, él interfiere la transmisión, localiza la señal del telépata, y se apodera de él. Cuanto más poderoso sea su don, más rápido se apodera él de su poseedor. Sí, y más terrible es su influencia. Así de simple.*

—¿Quieres decir que dio contigo porque eres telépata? Entonces, la gente común estaría a salvo.

*No puedo responder a eso con certeza, pero creo que sí. De una cosa estoy seguro: con una mente como la suya, seguro que es un poderoso hipnotizador. De hecho, él tiene todos los poderes de los wamphyri, pero multiplicados.*

—Sí, eso es lo que me han dicho —asintió Harry con aire pesimista—. Y si es así, entonces algo que me dijo Faethor no tiene sentido.

*¿Has hablado de nuevo con ese bastardo malvado? ¡Harry, él era el padre de Janos!*

—Lo sé —respondió Harry—, pero si no hablas con ellos, no puedes conocerlos. Y ésa es mi mejor arma, el conocimiento.

*Bien, espero que sepas lo que haces. Pero nunca le permitas que entre en tu mente, Harry. Porque una vez que está dentro, lo está para siempre.*

Eso era exactamente lo contrario de lo que le había aconsejado Faethor.

—Lo recordaré —respondió Harry, pero con tono desabrido, sin humor—. Trevor, ¿hay algo más que pueda hacer por ti? ¿Algún recado?

*He dejado en el mundo de los vivos a algunos amigos; dame tiempo, que ya pensaré en un par de cosas para decirles. Pero ahora no. Quizá puedas volver a hablar conmigo. Confío en ello.*

—Trevor, tú eras un telépata en vida, y sigues siéndolo. Nunca estarás solo. Ya verás que tengo razón. Y... una última cosa.

*¿Sí?*

—Quiero..., quiero asegurarme de que serás incinerado. Y luego, me gustaría conservar tus cenizas.

*Harry* —dijo Jordan al cabo de unos segundos—, *¿te dijeron alguna vez que eres morboso?* —Y luego Jordan rió, aunque con una risa un tanto insegura—. *Diablos, me importa un bledo lo que suceda con mis cenizas. Supongo que entonces podré hablar contigo más a menudo, ¿no? Quiero decir, si me pones en un jarrón sobre tu chimenea.*

Harry rió para no llorar.

—Sí, supongo que sí...

Hacia media tarde ya todo estaba un poco más organizado. Harry aún no había podido comunicarse con Möbius o con Faethor, pero Manolis y Darcy volvieron de la ciudad con los arpones. Eran italianos, del modelo Champion que había recomendado Manolis, con un poderoso propulsor de goma.

—En una ocasión vi a un hombre herido accidentalmente por un disparo de uno de estos arpones en una pierna. Tuvieron que abrirle la pierna de arriba abajo para desprender la punta del proyectil. Están dándole un baño de plata a los arpones. Los iremos a buscar esta noche.

—¿Y mi vuelo a Atenas? —preguntó Harry, que una vez que había tomado una decisión no se volvía atrás.

Manolis suspiró.

—Igual que la última vez, mañana a las dos y media. Si no hay problemas con los enlaces, estará en Budapest aproximadamente a las seis y cuarenta y cinco. Pero ambos deseamos que cambie de idea.

—Así es —dijo Darcy—. Los hombres de la Organización E estarán aquí mañana por la noche. Y están tratando de comunicarse con Zek Föener y con Jazz Simmons en Zakinthos para preguntarles si ellos también quieren intervenir en el caso. Tendremos un equipo estupendo, Harry, y no hay ninguna razón para que vayas a Hungría solo. Podría ir contigo uno de los hombres, al menos parte del camino. Un buen telépata, o quizás un vidente.

—¿Zek Föener? —Harry frunció el entrecejo ante ese nombre—. ¿Y Michael Simmons? ¡Claro que querrán intervenir, estoy seguro!

Hasta ese momento no había tenido ocasión de decirles lo que Trevor Jordan le había contado acerca de los superiores poderes PES del vampiro. Lo hizo ahora, y cuando terminó su relato, preguntó:

—¿No se dan cuenta de lo que es Zek Föener? ¡Una de las mejores telépatas del mundo! Pero cuando su mente roce apenas la de Janos, él se apoderará de ella al instante. En cuanto a Jazz..., fue un magnífico colaborador en Starside, pero esto no es Starside. En verdad, no me atrevo a enviar a ninguno de nuestros agentes más talentosos contra Janos. Él se apoderará de ellos, y los utilizará como si fueran suyos. Es por eso

por lo que debo ir solo. Dos buenas personas ya han soportado demasiadas cosas como para arriesgar una vez más sus vidas.

—Claro está que tienes razón —estuvo de acuerdo Darcy—. Pero tú eres nuestra mejor carta, Harry, el mejor hombre que tiene la Organización. Y es muy difícil no decir nada, y permitir que arriesgues tu vida. Quiero decir, sin ti... ¡estaríamos perdidos en la oscuridad!

—No voy a discutir contigo —respondió Harry muy tranquilo—. pero voy solo.

Y su tono era tan decidido que no permitía ninguna réplica.

No habían cenado; por la noche fueron a buscar los arpones bañados en plata y cuando volvían se detuvieron en una taberna para cenar y beber una copa. Comieron un rato en silencio hasta que Darcy dijo:

—Algo se está preparando, puedo sentirlo. Mi sexto sentido desea que mañana no llegue nunca, pero sabe que ocurrirá.

Harry levantó la vista de su gran bistec poco hecho.

—Ante todo, pasemos la noche, ¿de acuerdo? —dijo, y había una profundidad en su voz a la que Darcy no estaba acostumbrado, una dureza muy rara en Harry.

Darcy supuso que se debería a la tensión, a los nervios. Y estaban justificados, después de todo.

Harry no lo sabía, pero iba a pasar una mala noche. Dormido incluso antes de que su cabeza tocara la almohada, fue de inmediato asaltado por extraños sueños; sueños «reales», pero vagos y sombríos, y que seguramente no recordaría cuando despertara.

Desde que era niño, cuando sus talentos de necroscopio comenzaron a desarrollarse, Harry tenía dos tipos de sueños. Los sueños «reales», elaboraciones inconscientes de los acontecimientos y recuerdos de la vigilia, que cualquiera podía experimentar, y «mensajes» metafísicos bajo la forma de advertencias, augurios, y ocasionalmente visiones fugaces de acontecimientos del pasado y también del porvenir. Los últimos habían presagiado su don para hablar con los muertos, permitiendo que éstos se infiltraran desde sus tumbas en su mente dormida. Harry había aprendido a distinguir entre los dos tipos de sueños, y sabía cuáles eran importantes y debían ser recordados, y cuáles tenía que descartar por poco significativos. Ocasionalmente los dos tipos se superponían, sin embargo, cuando una conversación con un amigo muerto se yuxtaponía a un sueño «real», o a una pesadilla; por ejemplo, cuando había soñado que su madre se convertía en un vampiro chillón. O al revés, cuando la voz de un amigo se interponía para que una pesadilla dejara de torturarlo.

Esta noche Harry iba a experimentar los dos tipos entremezclados, y todos ellos con carácter de pesadilla.

Comenzaron de manera inofensiva, pero a medida que avanzaba la noche, comenzó a sentir una opresión mental. Si hubiera compartido con alguien la habitación, esta persona le habría visto agitarse y dar vueltas en la cama mientras los peculiares mecanismos de su mente erigían una serie de extraños escenarios.

A la larga, el combate acabó por agotarle, y se sumió más profundamente en los sueños, y, como le sucedía a menudo, se encontró en un cementerio, y de noche. Esto no era en sí siniestro: sólo tenía que decir quién era, y encontraría amigos. Pero los sueños son contradictorios, y Harry no hizo ningún esfuerzo para identificarse, sino que vagabundeó por entre las tumbas, iluminadas por la luz plateada de la luna.

Del suelo se levantaba una bruma que convertía los senderos de entre las tumbas en arroyos lácteos. Harry vagabundeó en silencio bajo la lámpara lunar, y la niebla se enredaba de una manera casi tangible alrededor de sus tobillos.

Y de repente... supo que no estaba solo en el lugar, y sintió una frialdad y un callado horror que nunca había experimentado en ningún cementerio. Contuvo la respiración y escuchó, pero incluso su propio corazón parecía inmóvil y silencioso en este terrible lugar.

Y un instante después supo por qué era terrible. No eran sólo el frío y el silencio, ¡era la naturaleza de ese silencio!

Los muertos estaban callados..., yacían petrificados en sus tumbas, aterrorizados por algo que había entre ellos. ¿Pero qué era aquello?

Harry deseaba huir del lugar, se sentía urgido a alejarse de ese lugar, que debería haber sido para él un pequeño paraíso en medio del incierto paisaje de los sueños, pero al mismo tiempo se sentía atraído hacia un rincón del cementerio, donde la vegetación crecía verde, lujuriosa y húmeda a causa de los vapores circundantes.

*Los vapores de la tumba* —pensó Harry—, *como el aliento helado de los muertos que escapa de todas esas sepulturas.*

Era un pensamiento muy peculiar, porque Harry sabía que no hay vida en la muerte..., ¿o la había?

No, claro que no, porque las dos condiciones del hombre eran completamente independientes: los muertos estaban separados de los vivos, como lo están las dos laderas de un abismo insondable, y Harry era el único ser vivo que tenía el poder de salvar la brecha.

¿Sí? ¿Y qué sucedía con los no-muertos?

Algo restalló bajo su pie con un sonido semejante al de una vejiga que estalla, y Harry miró hacia abajo. Estaba precisamente en el límite de la vegetación, y más allá los poco naturales vapores se alzaban en torbellinos, y era de suponer que surgían de alguna tumba. A los pies de Harry... un montoncillo de setas negras o pedos de lobo, que dejaban escapar sus rojas esporas a medida que él los aplastaba al caminar.

¿De quién sería aquella tumba —se preguntó Harry— que proporcionaba su pútrido sustento a las setas? Se deslizó en medio de una cortina de hojas verdes y húmedas que parecían reacias a dejarle pasar, pero cuando salió al otro lado, fue como si se encontrara en otro lugar.

Allí no había ningún mausoleo, ni lápidas cubiertas de musgo $_0$ medio tapadas por la maleza. ¿Qué era aquello, un lodazal?

Sí, una ciénaga. Harry se hallaba en el límite de una vasta, neblinosa extensión de cieno, troncos putrefactos y lianas. Y en todo el lugar, apenas había un trozo de suelo medio sólido, las negras y arrugadas setas venenosas crecían en repugnantes montones y soltaban sus móviles esporas rojas.

Harry iba a dar la vuelta para regresar, pero se encontró clavado al suelo, fascinado por una repentina turbulencia que agitó el lodazal. El cieno se agitaba, formaba círculos concéntricos, como si algo muy grande se removiera debajo, haciendo que se formaran hediondas burbujas que subían a la superficie y dejaban escapar sus gases.

Y un instante después, de las profundidades de la ciénaga surgió... ¡una sepultura completa, con su lápida y su trozo de tierra!

Hasta ahora, y a pesar de ser inquietante, el sueño de Harry había tenido el ritmo lánguido de un lento ballet, pero el resto aconteció con una velocidad y ferocidad que destrozaban los nervios.

Harry deseaba marcharse, pero parecía haber echado raíces en el lugar; se vio obligado a contemplar cómo el viscoso lodo se deslizaba poco a poco de la superficie de la tumba y permitía ver su verdadera naturaleza... y conocer la identidad de su ocupante. El nombre grabado en la lápida todavía medio cubierta de fango no le era desconocido.

La inscripción decía:

HARRY KEOGH: NECROSCOPIO

Después el suelo que soportaba la lápida se abrió en un estallido, lanzando grandes terrones en todas direcciones. Y en la abierta tumba yacía, como un parásito en una herida, una grotesca caricatura del propio Harry..., pero rodeado por una guirnalda de setas venenosas, que se abrían liberando sus esporas.

Harry intentó gritar pero no tenía boca; su parodia lo hizo por él; con un gruñido monstruoso se sentó en la tumba, abrió los ojos amarillos y purulentos y gritó hasta convertirse en un putrefacto muñón gorgoteante.

Harry se cubrió los ojos con una mano para no ver a la horrible criatura... y su mano estaba cubierta por nódulos negros, como melanomas monstruosos que crecían en su carne y se abrían mientras él los miraba horrorizado. Y ahora vio por qué no podía huir, había echado raíces en el lugar, era una especie de hongo híbrido y los dedos de sus pies eran tentáculos que penetraban en el negro y hediondo suelo de los bordes del pantano.

Volvió el rostro hacia la luna y gritó, no con su boca de seta que escupía esporas, sino con la mente.

*¡Dios! ¡Oh, Dios, oh, Dios!* Y antes de que la viscosa materia de la seta sellara sus ojos para siempre, vio que la luna era una calavera que se burlaba de él en medio de un cielo de sangre. Pero antes de que el cielo dejara caer sobre Harry su lluvia roja, la luna lo cogió con dos esqueléticos brazos, lo arrancó del fétido suelo, y le devolvió a sus miembros su forma humana.

*¡Haarrry!* —lo llamó la luna con la voz de Sandra—. *¡Harry! ¿Por qué no me respondes?*

Otro sueño avanzó y desplazó al primero. Harry dio vueltas en la cama, sudando, y envió trémulos mensajes en la lengua muerta hacia la oscuridad de la noche. Pero...

*No, no, Harry, yo no necesito que me hables en esa lengua, porque no estoy muerta. Quizá sería mejor que lo estuviera, pero no es así. ¡Y ahora, mírame, Harry, mírame!*

Harry se obligó a abrir los ojos, e intentó aceptar la rareza de lo que vio.

El escenario era extraño, gótico, pero Harry conocía muy bien a la gente que aparecía en él. Sandra, que caminaba de un lado a otro y se retorcía las manos; Ken Layard, encorvado sobre una mesa de madera, extrañamente jorobado y cogiéndose la cabeza con manos como garras, mientras miraba febrilmente en las insospechadas cavernas de su propia mente. Sandra la telépata y Layard el localizador, que ahora eran criaturas de Janos.

Pero, ¿lo eran en su totalidad?

Harry era inmaterial e incorpóreo. Lo supo de inmediato; era la misma sensación que había experimentado en aquel extraño período que medió entre la muerte física de Harry Keogh y la incorporación de su mente al cuerpo del descerebrado Alec Kyle. Sólo su espíritu estaba aquí. Increíble, e imposible fuera del territorio de los sueños y sin la ayuda del metafísico continuo de Möbius. Pero Harry, con su instinto de necroscopio, supo que esto era más que un sueño.

Examinó el lugar.

Una inmensa cámara, con una gran cama de columnas en una especie de nicho en el muro de piedra. En la habitación había además un jergón con un colchón relleno de paja y unas mantas miserables; sillas de madera, una mesa rústica, una gran chimenea ennegrecida por el fuego, y tapicerías antiguas en las severas paredes de piedra. No había ventanas, y sólo una puerta de gruesa madera de roble reforzada por bandas de

hierro. Estaba cerrada, y no se veía en ella manecilla o picaporte alguno. Harry supuso que el cerrojo estaría echado del lado exterior. No había más luz que la de un par de velas pegadas con su propia cera en la mesa donde estaba sentado Layard. La luz temblorosa iluminaba un techo abovedado donde los cristales se acumulaban sobre el mortero que unía los grandes bloques de piedra. El suelo estaba revestido por losas de piedra, la habitación era fría y poco acogedora, y toda la escena tenía el clima amenazante de una mazmorra. El lugar era una mazmorra, o algo tan parecido que prácticamente no había diferencia.

¡Una mazmorra en el castillo de los Ferenczy!

—¿Harry? —la voz de Sandra era un susurro temeroso; la joven hablaba en voz muy baja por miedo a..., a alguien. Dejó de caminar y se abrazó a sí misma cuando un involuntario estremecimiento de terror sacudió su cuerpo. La joven miró al vacío, una expresión concentrada en su rostro—. Harry, ¿eres tú? —preguntó.

Ken Layard levantó de inmediato la cabeza y preguntó:

—¿Lo has conseguido? —Su rostro estaba demacrado, crispado por un sufrimiento insoportable, la frente perlada por gotas de sudor helado. Pero cuando habló, la escena comenzó a enturbiarse y Harry, aunque involuntariamente, inició la retirada.

—¡No dejes que se vaya! —susurró Sandra.

La joven corrió hacia la mesa, cogió entre sus manos la cabeza de Layard, y unió su voluntad a la de él para reforzar el esfuerzo extrasensorial que él estaba realizando. Y la habitación se volvió otra vez sólida, y el incorpóreo necroscopio por fin comprendió.

Ellos aún no estaban enteramente sometidos a Janos. Eran sus vasallos, sí, pero él todavía tenía que vigilarlos, y mantenerlos encerrados cuando no estaba cerca de ellos..., como ocurría ahora. Y como ellos sabían que estaban condenados a servirle como no-muertos vampiros, habían combinado sus talentos PES en un último intento de desafiar a Janos, antes de que sus mentes dejaran de pertenecerles por completo. Layard había utilizado su talento para localizar a Harry en su cama del hotel de Rodas, y Sandra había seguido las coordenadas que le daba Layard para comunicarse telepáticamente con el necroscopio. Pero con sus poderes amplificados por la sustancia vampírica que Janos había introducido en ellos, lo habían conseguido más allá de sus esperanzas. No sólo habían encontrado a Harry y se habían comunicado con él, sino que le habían permitido entrar telepática y visualmente en su mazmorra.

Sandra estaba vestida con una especie de túnica transparente; no llevaba zapatos ni ropa interior, y en sus pechos y nalgas se veían unas manchas que sólo podían ser cardenales. La vestimenta de Layard era menos ligera: una manta rústica que él había sujetado con un cinturón como una casulla. Debía de hacer un frío terrible en los profundos subterráneos del castillo, pero Harry supuso —y así era, efectivamente—, que las bajas temperaturas ya no les afectaban.

—¡Harry! ¡Harry! —volvió a llamar Sandra, y miró directamente hacia donde se hallaba la incorpórea presencia del necroscopio—. ¡Harry, sé que te tenemos! ¿Por qué no me respondes? —El miedo y la frustración de Sandra eran evidentes en la expresión de su rostro.

—Tú..., tú me tienes —dijo Harry por fin—, pero me llevó unos minutos acostumbrarme, eso es todo.

—¡Harry! —exclamó la joven, y su aliento fue como una nubecilla en el aire helado—. ¡Dios mío, realmente te tenemos!

—Sandra —habló Harry algo más animado—, estoy dormido y soñando..., o algo así. Pero puede que despierte, o que me despierten, en cualquier momento. Y si eso sucede, tal vez seguiremos en contacto, o tal vez no. Así pues, creo que será mejor que

nos dejemos de rodeos, pues seguramente te has comunicado conmigo por alguna razón muy concreta.

Su tono —tan frío, tan distante, tan inexpresivo— la dejó atónita. Ella no se había imaginado que él iba a reaccionar así. Sandra fue hasta la mesa y se dejó caer en una silla junto a Layard.

—Harry —dijo—, me han usado, me han transformado y envenenado. Si alguna vez me hubieras querido, ahora estarías llorando. Y no lo estás.

—No siento nada —respondió él—. ¡No me atrevo a sentir nada! Estoy hablando contigo, pero sin mirar en mi interior. Y no me pidas que lo haga, Sandra.

Ella apoyó la cabeza entre los brazos y sollozó desesperada.

—Eres tan frío, tan frío. ¿Has experimentado en tu vida algún sentimiento cálido, Harry?

—Sandra, eres un vampiro, y aunque tal vez lo ignores, estás mostrando las características de tu especie. Ellos raramente hablan, sino que hacen juegos de palabras. Fingen emociones que no comparten ni comprenden, como el amor, la honestidad, el honor. Y otras que comprenden muy bien, como la lascivia y el odio. Buscan crear confusión, y aturdir así la mente de sus adversarios. Y para un vampiro, toda criatura que no es un vasallo es un adversario. Me has buscado, sin duda porque tenías que decirme algo importante, pero ahora el vampiro que hay en ti te demora y te distrae, y hace que te desvíes de tu curso.

—¡Tú nunca me has amado! —le acusó ella, escupiendo las palabras y mostrando sus nuevos dientes de vampiro.

Y Harry vio, por primera vez, que los ojos de Sandra y los de Ken Layard eran ahora amarillos y bestiales. Más tarde se volverían rojos..., si él fracasaba y permitía que hubiera un «más tarde».

Y Harry estudió más de cerca a los prisioneros de Janos, a la que había sido su amante, y al que había sido su amigo, y vio que el vampiro había hecho muy bien su trabajo con ellos. No eran sólo sus ojos; había ya muy poco de humano en sus cuerpos; eran no-muertos, y Janos había puesto mucho de sí mismo en sus vasallos. La belleza de Sandra, antes muy natural, era ahora de otro mundo. Y Layard parecía una figura tridimensional de cartón piedra que hubiera sido parcialmente aplastada.

Los pensamientos de Harry eran tan perceptibles como palabras pronunciadas.

—¡Sí, me aplastaron realmente, Harry! Fue en Karpathos. En un momento de distracción de Janos, cogí una astilla en la playa e intenté clavársela. Él llamó a sus hombres del *Lazarus,* y tras dejarme atado en la playa, me arrojaron grandes piedras desde los acantilados. Pararon cuando yo ya estaba destrozado y enterrado. Mi vampiro me está curando, pero nunca volveré a andar erguido.

Harry sintió que le invadía una oleada de piedad, pero se obligó a reprimirla.

—¿Por qué me habéis llamado? ¿Para ofrecerme vuestros consejos, o para debilitarme con remordimientos y arrepentimiento... y miedo por mi propia suerte? ¿Aún tenéis voluntad propia, o ya sois enteramente suyos?

—Por el momento aún tenemos voluntad propia —respondió Layard—. Pero no sabemos por cuánto tiempo. Posiblemente hasta que él llegue. Y después... continuará nuestro cambio, y no es posible dar marcha atrás. Tienes razón, Harry: somos vampiros. Queremos ayudarte, pero nos ofusca nuestra parte vampírica.

—Así no vamos a ninguna parte —observó Harry.

—Dime solamente que me amabas —le rogó Sandra.

—Yo te amaba —dijo Harry.

—¡Mentiroso! —replicó ella.

Harry se sintió desgarrado.

—No puedo amar —dijo con un sentimiento muy próximo a la desesperación, y por primera vez en su vida se dio cuenta de que lo que decía era probablemente la verdad. Quizás había podido amar en otra época, pero ya no. Después de todo, Manolis Papastamos tenía razón; era un tipo frío.

—No hay amor en ti —dijo Sandra, replegándose en sí misma—, ¿Y por qué tendríamos que darte consejos, si lo único que quieres es matarnos?

—¿Pero no es eso lo que deseamos, al menos ahora, que todavía podemos elegir? —le preguntó Layard.

—¿Lo es? ¿Lo es? —ella le cogió una de las manos destrozadas. Y luego, dirigiéndose a Harry, dijo—: Pensé que ya no quería vivir, no en este estado. Pero ahora ya no lo sé. Harry, Janos me ha..., me ha conocido. ¡Me conoce! No hay cavidad en mi cuerpo que él no haya llenado. Le odio..., pero también le deseo. Y eso es lo peor: desear a un monstruo. Pero el deseo es parte de la vida, después de todo, y yo siempre he amado la vida. ¿Y qué sucederá si tú ganas? ¿Harás conmigo lo que hiciste con lady Karen?

—¡No! —La sola idea le repelía—. No podría hacerlo otra vez. Ni a ti ni a nadie. Nunca más. Si yo gano, haré todo lo posible para que no sufras.

—¡Pero no puedes ganar! —se quejó Layard—. ¡Ojalá pudieras!

—¡Pero tal vez pueda, tal vez pueda! —intervino Sandra—. Janos quizá se equivoca!

—¿En qué se equivoca? —preguntó Harry, que sintió que la conversación por fin iba a dar algún fruto.

—Él ha mirado en el futuro —explicó Sandra—. Ése es uno de sus talentos. Ha mirado en el futuro, y ha visto su victoria.

—¿Qué es lo que ha visto, exactamente?

—Que tú vendrás —respondió ella—, y que habrá fuego y muerte y estrépito como para despertar a los muertos. Que los vivos, los muertos y los no-muertos se verán envueltos en un caos del que saldrá un único superviviente, el vampiro más terrible y más poderoso de todos. ¡Ah, y no sólo vampiro, sino wamphyri!

—Una paradoja —dijo entre sollozos Layard—. Porque ahora sabes por qué no debes venir.

Harry asintió para sus adentros, y dijo:

—Siempre es así cuando se lee el futuro.

Y entonces, la puerta de la mazmorra se abrió de un golpe, y allí estaba Janos, hermoso como el demonio y malo como el infierno. Y era el fuego del infierno el que ardía en sus ojos.

Y antes de que la escena se disolviera por completo en las tinieblas, Harry le oyó decir:

—Así pues, si os doy bastante cuerda os ahorcáis solos. ¡Sabía que os comunicaríais con él! Bien, y si lo habéis hecho para vosotros, sin duda podréis volver a hacerlo para mí. ¡Que así sea!

# Capítulo catorce

*Segundo contacto - Horror en Halki - Carga negativa*

Harry, dormido con un muy inquieto sueño en su cama del hotel de Rodas, podría haber despertado en ese instante, pero tan pronto como se interrumpió su comunicación con Sandra y Layard, otra voz se inmiscuyó en sus sueños; esta vez se trataba de una visita recibida con agrado.

*¿Harry? ¿Ha llamado usted? ¿Ha pronunciado Su nombre, Harry, en el vacío?*

Era Möbius, pero la movilidad de su voz y el tono con que hablaba le dijeron al necroscopio que Möbius estaba tan perplejo y errático como siempre.

—¿Su nombre? —musitó Harry, que se agitaba entre las desordenadas sábanas, pero que comenzaba a tranquilizarse—. ¿El nombre de usted, quiere decir? Sí, es probable que lo haya pronunciado, pero más temprano.

*¡No, Su nombre!* —insistió Möbius.

—No sé de qué me habla —respondió Harry, desconcertado.

*¡Ah!* —suspiró Möbius, en parte aliviado, pero más que nada decepcionado—. *Pensé por un momento que usted había llegado a la misma conclusión que yo. En absoluto imposible, ni siquiera improbable. Porque, como usted sabe, siempre le he considerado mi igual, Harry.*

Lo que decía seguía sin tener sentido, pero Harry no quiso decírselo. Su respeto por Möbius era ilimitado.

—¿Su igual? —respondió por fin—. Nada de eso, señor. Y de ninguna manera podría yo llegar a la misma conclusión que usted, fuera la que fuere. Ya no soy el mismo hombre de antes. Y por eso le estaba buscando.

*¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! ¿Era algo sobre la pérdida de su lengua muerta? ¿Y también de su habilidad matemática? Bien, en cuanto a lo primero, evidentemente no la ha perdido, pues de ser así no podría ahora estar hablando conmigo. Y con respecto a que haya perdido su habilidad matemática, bien, no creo que ése sea el caso, Harry Keogh.*

Harry dejó escapar un suspiro de alivio. La mente de Möbius, al principio un tanto nublada, parecía haber recuperado su habitual claridad.

—Pues ésa es la única manera de describir lo que me pasa. No puedo hacer ningún tipo de cálculos; soy incompetente para las matemáticas; no puedo conjurar las ecuaciones y por consiguiente no tengo acceso al continuo de Möbius. ¡Y necesito el continuo más que nunca!

*¡Incompetente para las matemáticas!* —repitió asombrado Möbius—. *¡Usted, que era mi mejor alumno!¿Cómo podría creer una cosa así?* —y Möbius escribió en la pizarra de la mente de Harry una complicada secuencia matemática. Harry la miró, examinó cada uno de los símbolos y de los números, y era como intentar descifrar una lengua completamente desconocida.

—Es inútil —dijo.

*¡Asombroso!* —exclamó Möbius—. *Ese problema era muy simple, Harry. Me parece que su incapacidad es seria.*

—Es lo que le he dicho —Harry intentó ser paciente—. Y por eso necesito su ayuda.

*Dígame qué quiere que yo haga.*

El suspiro de Harry fue ahora de satisfacción, porque al parecer contaba por fin con la total atención de Möbius. Le contó rápidamente cómo Faethor se había introducido en su mente y había deshecho las conexiones que había encontrado allí, y que eran las responsables del dolor intolerable que Harry sufría cuando intentaba utilizar la lengua muerta.

—Faethor era probablemente el único que podía corregirlo —explicó Harry—, porque era uno de su especie el que lo había hecho, y así fue como recuperé la lengua de los muertos. Pero no era ésa la única obstrucción que Faethor encontró, ni mucho menos. Las áreas que rigen mi entendimiento básico e instintivo de los números han sido cerradas casi por completo. Faethor descubrió puertas cerradas con llave y cerrojo, y todas mis matemáticas escondidas tras ellas. Faethor, a pesar de no ser un matemático, abrió por la pura fuerza de su voluntad una de esas puertas. Sólo por un instante, y luego se cerró nuevamente, pero bastó. Detrás... ¡estaba el continuo de Möbius! Era demasiado para él, y salió de allí.

*¡Fascinante!* —dijo Möbius—. *Al parecer, tendremos que educarlo otra vez desde el principio.*

—No es así como lo veo yo —protestó Harry—. Quiero decir, yo pensaba que habría alguna manera mucho más rápida. Vea usted, Möbius, lo necesito añora mismo, o estoy perdido. Faethor sólo puede actuar en las áreas en las que era un experto, de modo que yo pensé que quizás usted...

*¡Harry, yo no soy un vampiro!* —Möbius parecía escandalizado—. *Su mente le pertenece sólo a usted, es privada e inviolable, y...*

—Pero no será así por mucho tiempo —le interrumpió Harry—, no si usted se niega a ayudarme. —Y prosiguió, ahora con verdadera desesperación—: August Ferdinand, tengo que hacer frente a algo absolutamente monstruoso, y necesito toda la ayuda posible. Pero no sólo para mí, para todos y para todo. Si yo pierdo, mi enemigo lo obtiene todo, hasta el continuo de Möbius. Créame, no exagero. Si usted no puede abrir esas puertas en mi mente, él lo hará. Y..., y después de eso...

*¿Sí?*

—Después de eso, no sé.

Möbius permaneció un instante en silencio.

*Es algo realmente serio, ¿no?*—dijo luego.

—Sí, muy, muy serio.

*Pero Harry, allí están todos sus secretos, sus ambiciones, sus pensamientos más íntimos.*

—También mis deseos, mis vicios, mis pecados. Pero no se trata de un *peep show,* August, y no tiene por qué mirar lo que no quiera ver.

*De acuerdo* —dijo Möbius, y suspiró—. *¿Cómo lo haremos?*

—August Ferdinand, usted, entre todos los muertos, es el único que puede ir a cualquier parte (literalmente a cualquier parte) en el espacio tridimensional. Usted ha estado en las estrellas y en el lecho de los océanos más profundos. Mediante su conocimiento del continuo de Möbius, usted se ha liberado de la prisión de la tumba. De modo que... lo que tenemos que hacer es algo muy simple, o así lo espero. Yo dejaré mi mente en blanco, me dormiré, y le invitaré a entrar. Diré: Möbius, venga a mi mente. Entre por su propia voluntad, y haga todo lo necesario para...

¡AH! —se oyó la oscura, gutural, avasalladora voz de Janos Ferenczy en la mente de Harry—. ¡QUÉ ELOCUENTE INVITACIÓN! ¡QUE NADIE DIGA NUNCA QUE LA HE RECHAZADO!

Möbius y su lengua muerta fueron barridos en un instante. Harry, paralizado, no

pudo hacer nada. Sintió a Janos Ferenczy que se adentraba en su mente como un pez siente a la lamprea que se aferra a sus branquias y, como el pez, no pudo detener a la criatura invasora. Era como si una babosa se hubiera deslizado por su oído para devorarle el cerebro, y ahora se desperezara satisfecha antes de comenzar el banquete. Harry intentó cerrar las persianas de su mente, pero estaban bloqueadas, definitivamente abiertas por el invasor.

¿CÓMO? —dijo Janos, disfrutando del horror de su anfitrión—. ¿ME EQUIVOCO, O TE HAS ENCOGIDO? ¿ACASO INTENTAS DESALOJARME, Y ESTABAS PROBANDO TUS FUERZAS? SI ES ASÍ, TENGO MUY POCO QUE TEMER. PERO, ¡QUÉ VERGÜENZA, HARRY KEOGH! ¿ME INVITAS A ENTRAR, Y DE INMEDIATO QUIERES EXPULSARME? ¿QUÉ CLASE DE ANFITRIÓN ERES?

—¡Mi invitación no era para ti! —respondió Harry, haciendo trabajar a su cerebro a su máxima potencia, y diciéndose que Janos era simplemente un vampiro más.

El vampiro se lanzó sobre su respuesta como un buitre sobre la carroña.

¿QUE NO ME INVITASTE? ¡PERO TU MENTE ESTABA ABIERTA COMO LAS PIERNAS DE UNA PUTA... Y ERA IGUALMENTE TENTADORA!

El horror que experimentaba Harry se desvaneció en parte; se esforzó por mantener el dominio de sí mismo, y puso a su mente en lo que él confiaba fuera una postura defensiva. Pero casi podía oler el fétido aliento del vampiro, y sentía sus pasos seguros en los corredores de su ser más íntimo.

¡Y TODAVÍA ME ACUSAS DE OLER MAL! —rió el invasor—. ¿CON QUÉ ME COMPARASTE LA ÚLTIMA VEZ? ¿CON UN CERDO MUERTO! TÚ DEBERÍAS SABER MEJOR QUE NADIE QUE ESO NO PUEDE SER, PUESTO QUE SOY UN NO-MUERTO...

Harry, de repente, se encontró mejor. Antes se había sentido sofocado, pero ahora era como si alguien hubiera abierto una ventana y el aire hubiera barrido las telarañas de su mente. Llenó sus pulmones con este extraño y conjetural éter y se sintió mucho más fuerte. Y desde un punto de vista más optimista y extrañamente imparcial, se maravilló de la audacia del vampiro, que se sentía tan seguro como para..., como para meterse sin más en su mente.

Pero todos estos pensamientos estaban protegidos, y Janos tomó el silencio de Harry como una señal de su terror.

DE MODO QUE ÉSTE ES EL GRAN NECROSCOPIO —dijo el vampiro—. ¿Y CÓMO TE SIENTES CON MI «SUCIA SANGUIJUELA» EN TU MENTE, HARRY KEOGH?

Harry continuó protegiendo sus pensamientos. No era difícil: era como cuando hablaba con los muertos. Éstos, con un pequeño esfuerzo de concentración, sólo oían lo que él quería. Y Harry sintió que resurgía la confianza en sí mismo, algo quizá sin justificación. Porque dormido y soñando no podía controlar su mente como cuando estaba despierto. Pero de todos modos percibió que Janos se mostraba algo más cauteloso.

¿SABES QUE PUEDO SOMETERTE A MI VOLUNTAD TAL COMO SOMETÍ A ESE TONTO DE JORDAN?

Pero ¿estaba Janos enunciando un hecho, o formulándose una pregunta?

—Continúa diciéndote eso —dijo Harry sin ninguna emoción—, pero recuerda que has entrado por tu propia voluntad.

¿CÓMO?

Los pensamientos de Janos tenían ahora un matiz de preocupación. Era como si por primera vez estuviera calculando las probabilidades y considerando su posición.

Ya Harry, en las profundidades de su mente, y sin que Janos lo sospechara, le parecía oír a Faethor aconsejándole nuevamente, tal como lo había hecho en las ruinas cercanas a Ploiesti.

*En vez de encogerte y retroceder cuando le sientas cerca, adelántate, sal a su encuentro. ¿Que él pretende entrar en tu mente? ¡Entra tú en la suya! Él esperará que tú le temas: ¡sé audaz! Janos te amenazará; haz a un lado estas amenazas y ataca. Pero, sobre todo, no dejes que su maldad te debilite.* —Y las palabras finales—: *Puede que en tu mente haya más cosas de lo que supones, Harry...*

Y eso era lo que Janos también comenzaba a pensar.

TU MENTE ES... DIFERENTE DE LA DE OTROS HOMBRES. ME DARÁ UN GRAN PLACER EXPLORARLA, Y A TI TE PRODUCIRÁ UN GRAN SUFRIMIENTO.

—Bien, veo que tienes la vanidad de los wamphyri —dijo Harry—. Pero ¿de qué sirve la vanidad sin las cualidades que la justifiquen?

NOS CONOCES BIEN —dijo Janos, con los nervios de punta—, DEMASIADO BIEN, QUIZÁ.

—¿Te arrepientes, hijo mío?

¿QUÉ; —ahora sorprendido y furioso.

—Vamos, no estés tan nervioso. Hablo más como un tío que como un padre. Pero, de hecho, yo también tengo un hijo. Sólo que él es un verdadero wamphyri. Pero me doy cuenta de que tiemblas. ¿Tienes miedo? ¿Cómo puede ser? Después de todo, me conoces. ¿No has invadido mi mente, acaso? ¿Y dónde está mi resistencia? ¿Con qué podría resistirte? Te encuentras dentro del castillo de mi verdadero ser. Claro que hay castillos y castillos, y en algunos es más fácil entrar que salir. —Y por fin Harry pudo cerrar de un golpe las persianas de su mente.

Janos estaba confundido; éste no era simplemente un hombre. Se sentía como si..., como si hubiera hablado con una criatura que era más que humana. Y en su pánico, el vampiro se tornó violento.

ESAS INSIGNIFICANTES BARRERAS QUE HAS LEVANTADO... ESTOY RODEADO POR PUERTAS, PERO TENGO FUERZA SUFICIENTE COMO PARA DERRIBARLAS A TODAS, COMO PARA ARRANCARLAS DE SUS GOZNES.

Harry le oyó, pero también escuchó:

*Cuando abra sus grandes mandíbulas para mostrarte los dientes, penetra por ellas, porque él es más blando en su interior.*

—Derríbalas —respondió Harry—. Arráncalas de sus goznes... ¡si te atreves!

Y Janos se atrevió. Corrió por la mente de Harry, derribando todas las barreras que el necroscopio había interpuesto en su camino, arrancando las persianas y los biombos de su ser más íntimo. Todo el pasado de Harry estaba allí, sus amores y sus odios, sus esperanzas y aspiraciones, y todo fue hollado cuando el vampiro asoló los secretos corredores del yo. Y en algunos de esos lugares el monstruo podría haberse detenido, podría haber jugado con Harry, haberle hecho llorar, reír, gritar... o morir. Pero como advirtió que realmente había calado a Harry, no se detuvo sino que continuó su alocada carrera. Y:

¿QUÉ ES ESTO? —dijo riendo cuando llegó a un lugar más fortificado que todo el resto junto—. ¡VAYA, SI ESTO SOLO PUEDE SER LA CÁMARA DEL TESORO! ¿Y QUÉ SECRETOS MARAVILLOSOS ESTÁN DEPOSITADOS AQUÍ, HARRY KEOGH? ¿SON ÉSTOS LOS COFRES DE TUS TALENTOS?

Y antes de que Harry pudiera responder, Janos abrió dos de las puertas de un golpe.

Detrás de una de ellas estaba la NADA final, de modo que un instante después

Janos se halló en el umbral del continuo de Möbius. Y detrás de la otra... estaba Faethor Ferenczy, agazapado, y desde allí dirigía el juego de Harry, e inspiró a Janos el más absoluto terror.

El invasor retrocedió ante Faethor, que salió de su escondite e intentó frenéticamente expulsar a Janos a través del umbral hacia la eternidad. Janos estaba atónito, aún no podía creerlo. Creía encontrarse dentro de una identidad humana, y había tropezado no sólo con un concepto aterrador y desconocido, sino también con la extraña y monstruosa mente de su padre, muerto desde hacía muchísimo tiempo.

El terror le galvanizó: se libró de un tirón de Faethor, le soltó un torrente de obscenidades, y huyó. Y en un instante estaba fuera del yo de Harry. No había causado ningún daño real, y el necroscopio supuso que no se atrevería a intentarlo otra vez. Pero...

—¡Faethor! —gruñó Harry, su voz mental áspera y desagradable como el rechinar de una vieja tiza en una pizarra nueva. Era su propia voz, que ya no influenciaba ni guiaba la mente de su inquilino secreto. Y repitió—: ¡Faethor!

No hubo respuesta, excepto una risita lejana, débil, como burbujas que suben a la superficie de un lago de brea. O quizá como un furtivo agitar de alas de murciélagos, oído en la más profunda y oscura de las cavernas.

—¡Tú, bastardo mentiroso! —aulló Harry—. ¡Estás ahí dentro! ¡Lo estás desde el instante mismo en que te permití entrar! Pero puedo encontrarte, y echarte de allí...

*No es necesario, hijo mío* —murmuró la voz distante y enferma de Faethor— *La primera batalla ha sido librada y ganada; ahora sale el sol. ¡Ya... me... retiro!*

Después de eso, Harry salió lentamente, y con frío, de sus sueños, y el sudor ya se había secado sobre su cuerpo cuando despertó por completo y Darcy Clarke llamó a su puerta y dijo algo sobre el desayuno. Y para entonces, Harry pensaba que ya sabía cómo iba a jugar el resto de la contienda...

A las ocho y cuarto de la mañana la ciudad de Rodas acababa de despertar, pero Harry ya estaba junto al muelle, en el puerto de Mandraki, despidiendo a sus amigos. Darcy y Manolis agitaron las manos varias veces mientras su barco se internaba en las aguas increíblemente azules y serenas del Egeo. Harry no les respondió. Simplemente los saludó con una leve inclinación de cabeza, contempló cómo se alejaban y les deseó buena suerte en silencio.

Después fue en el coche hasta la playa de Kritika y nadó una hora antes de volver al hotel a ducharse. Después de frotarse vigorosamente con la toalla, y a pesar de que la temperatura era de cerca de treinta grados centígrados, Harry todavía tenía frío. Pero era un frío que no tenía nada que ver con la temperatura, que venía de su interior.

En la habitación ya habían hecho la cama; Harry se recostó con las manos cruzadas detrás de la cabeza y se quedó pensativo; lentamente puso la mente en blanco, y dejó que los pensamientos erraran sin orden ni concierto... ¡y entonces sorprendió a Faethor!

Lo cogió en su mente, antes de que el otro pudiera deslizarse a su escondite. Eran alrededor de las diez y media de la mañana, y el ardiente sol estaba alto en el cielo. ¡Tendría que haberse dado cuenta de que el sol no obraría como disuasorio, puesto que los fantasmas no se queman! Quizá podía provocar algunos malos sueños en Faethor, pero no le haría ningún daño real porque en él no había ya nada físico. Cualquiera de sus amigos muertos podría habérselo explicado a Harry.

—¡Viejo demonio! —dijo, pero fríamente, sin vehemencia, pues no estaba insultándolo sino exponiendo un hecho—. Viejo bastardo, mentiroso. Piensas adherirte a mí de la misma manera en que Thibor lo hizo con Dragosani, ¿no?

*¿Que lo estoy pensando?* —Faethor se descubrió, y Harry lo sintió tan cerca como si estuviera de pie junto a la cama—. *Fait accompli, Harry, y será mejor que te acostumbres.*

Harry negó con la cabeza, y sonrió sin la menor alegría.

—Ya me libraré de ti —respondió—. Pues créeme, Faethor, me libraré de ti aunque eso signifique tener que librarme también de mí mismo.

*¿Suicidio?* —se mofó Faethor—. *No, Harry, tú nunca lo harías. Eres tan tenaz como las criaturas que persigues y destruyes. No te matarás mientras tengas la posibilidad de matar a una más.*

—¿Quieres decir matar a uno de los tuyos? Tal vez te equivocas, Faethor. Soy solamente humano, y podría morir muy fácilmente. Una bala en el cerebro, como Trevor Jordan..., y ni siquiera llegaría a enterarme. Créeme, es una posibilidad tentadora.

*No veo en tus pensamientos que contemples seriamente la idea del suicidio* —respondió Faethor encogiéndose de hombros—, *¿para qué finges? ¿Piensas que me siento amenazado? ¿Cómo podrías amenazarme, Harry, si ya estoy muerto?*

—Pero tienes vida mientras estás en mí. Escucha y te diré algo: en realidad no sabes qué hay en mis pensamientos. Puedo ocultártelos hasta a ti. Es la lengua muerta; aprendí a hacerlo para impedir que los muertos se enteraran de mis pensamientos. Lo hacía para no herirlos, pero puedo utilizar el mismo mecanismo con un efecto opuesto.

Durante un instante —brevísimo, un mero tic del reloj—, Harry sintió que Faethor vacilaba. Y sonrió con malicia.

—¿Ves? Yo sí sé lo que piensas, viejo demonio. Pero ¿sabes tú lo que hay en mi mente si te lo oculto... así?

Y en las profundidades de la mente de Harry, el padre de los vampiros se sintió rodeado por la nada. Cayó sobre él como una manta sofocante. Era como si de nuevo se encontrara en la tierra cerca de Ploiesti, donde habían sido enterrados sus malvados restos la noche que Ladislau Giresci le quitó la vida.

—Ya ves —dijo Harry, permitiendo que la luz de sus pensamientos brillara de nuevo—. Puedo dejarte fuera.

*No, Harry, fuera no. Puedes encerrarme momentáneamente, pero apenas bajes la guardia me tendrás contigo.*

—¿Siempre?

Faethor permaneció un momento en silencio.

*No* —respondió luego—. *No, porque hemos hecho un trato. Y en tanto tú cumplas tu parte, yo mantendré mi palabra. Cuando hayas acabado con Janos, te verás también libre de mí.*

—¿Lo juras?

*¡Por mi alma!* —prometió Faethor con su voz gutural y profunda como una negra ciénaga, y dibujó una sonrisa inmaterial.

Era el sarcasmo propio de los vampiros, pero Harry sólo dijo:

—Haré que cumplas tu promesa —y su voz era fría como los espacios interestelares—. Recuérdalo, Faethor, haré que la cumplas.

Manolis conducía el barco. Tenía una pequeña cabina y un motor poderoso, y dejaba una estela semejante a dos muros bajos que se disolvían en el azul. Siempre cerca de la costa, dieron la vuelta al cabo Koumbourno y dejaron atrás a los que practicaban esquí acuático en la playa de Kritika antes de que Harry fuera a bañarse a ese lugar.

A las nueve de la mañana pasaron el cabo Minas y enfilaron hacia Alimnia. Darcy

creyó que podría tener problemas con su estómago, pero el mar estaba liso como un cristal, y con la brisa que le daba en la cara... alguien podría haber pensado que estaba disfrutando unas vacaciones de lujo. Darcy, sin embargo, estaba absolutamente seguro de que se dirigían hacia el horror. Hacia las diez de la mañana un par de delfines se habían puesto a jugar cerca de la proa del barco, aproximadamente a la misma hora pasaron por entre las áridas rocas de Alimnia y Makri, y pudieron divisar Halki.

Quince minutos más tarde ya estaban en el puerto y habían amarrado el barco. Manolis se puso a charlar con un par de pescadores que remendaban sus redes. Mientras el policía les hacía preguntas con aire casual, Darcy compró un mapa en una pequeña tienda frente a los muelles, y estudió el plano de la isla. En realidad, no había mucho que estudiar.

La isla era una gran roca de doce kilómetros de largo por seis de ancho, y el eje más largo estaba situado de este a oeste. Hacia el este, las cimas de las montañas se alzaban áridas y desoladas, y la carretera, llena de meandros, parecía conducir a ninguna parte. Darcy supo que su destino y el de Manolis estaban allí, en las alturas al final de la carretera. No necesitaba el mapa para saberlo; su talento se lo había dicho desde el momento mismo en que dejó el barco y saltó a tierra.

Manolis acabó por fin de hablar con los pescadores y se reunió con Darcy.

—No hay medios de transporte —dijo—. Tenemos unos dos kilómetros y luego tendremos que escalar. Claro está que iremos cargados con..., ¿cómo lo dirían ustedes, las cestas de *picnic*? Será una larga y calurosa caminata, amigo mío, y toda ella cuesta arriba.

Darcy miró a su alrededor.

—Mire eso —dijo—. ¿Qué es sino un medio de transporte?

Un artefacto de tres ruedas, que hacía el mismo ruido que un motor a vapor y arrastraba un carro de cuatro ruedas, se acercaba por una estrecha callejuela y aparcó en el «centro de la ciudad», que era precisamente el puerto con sus bares y tabernas.

El conductor era un griego delgado de unos cuarenta y cinco años. Bajó del vehículo y entró en un colmado. Darcy y Manolis le esperaron hasta que salió. Se llamaba Nikos; tenía una taberna y alquilaba habitaciones en la playa situada más allá del promontorio rocoso detrás de la ciudad; en esta época no tenía muchos clientes y podía llevarlos hasta el final de la carretera por una pequeña suma de dinero. Cuando Manolis habló de mil quinientos dracmas, los ojos de Nikos se iluminaron. Se pusieron en camino cuando Nikos terminó de comprar el pescado, la bebida y las demás provisiones que necesitaba para la taberna.

Ir en la parte trasera del carro era mejor que caminar, pero no mucho mejor. Se detuvieron para que Nikos descargara las provisiones y destapara un par de botellines de cerveza para sus pasajeros, y luego continuaron el viaje.

Después de un rato, cuando ya se habían adaptado al traqueteo del carro, Darcy, tras beber un sorbo de cerveza, le preguntó a Manolis:

—¿Qué ha averiguado?

—Los hombres son dos —respondió Manolis—. Vienen a la ciudad por la tarde a comprar carne (sólo carne roja, nada de pescado) y a beber un poco de vino. Andan siempre juntos, hablan poco, se cocinan la comida en el lugar de las excavaciones..., ¡eso, si cocinan! —Se encogió de hombros y miró a Darcy entrecerrando los ojos—. Trabajan sobre todo de noche; cuando el viento sopla de aquel lado, los pobladores a veces oyen las explosiones. Nada grande, sólo pequeñas cargas para mover las rocas y los escombros. No se les ve mucho durante el día. Supongo que descansan en las cuevas del lugar.

—¿Y qué pasa con los turistas? —preguntó Darcy—. ¿No les molestan? ¿Y cómo

ha conseguido Lazarides, o Janos, salirse con la suya? Quiero decir, excavar en las ruinas. ¿Está loco su gobierno? Esto es..., ¡es historia! ¡Es patrimonio público!

Manolis volvió a encogerse de hombros.

—Al parecer, el vrykoulakas tiene amigos. Y en realidad no están excavando en las ruinas. Más allá del castillo, el acantilado cae a pico. Más abajo hay salientes y cuevas, y allí es donde cavan. La gente del pueblo piensa que están locos, que no hay ningún tesoro, sólo polvo y rocas.

—Pero Janos está mejor informado, ¿no? Si él lo enterró, debe de saber muy bien dónde cavar —observó Darcy.

Manolis estuvo de acuerdo.

—En cuanto a los turistas, debe de haber unos treinta. Pasan el tiempo en las tabernas y en la playa. Están de vacaciones. Algunos suben hasta el castillo, pero nunca descienden por el acantilado. Y nunca van allí de noche.

—Uno se siente raro —dijo Darcy después de un rato.

—¿Por qué?

—Vamos allá arriba a matar a esas criaturas.

—Sí —respondió Manolis—. Pero sólo si es necesario. Quiero decir, ¡solamente si no son seres humanos!

Darcy se estremeció y echó una mirada a la larga y estrecha cesta que llevaban a sus pies. Adentro había arpones y estacas de madera, la ballesta de Harry Keogh y cinco litros de gasolina en una garrafa de plástico.

—No lo son —dijo luego—. Puede creerme, Manolis, no son seres humanos...

Quince minutos más tarde, Nikos detuvo su vehículo al final de la carretera. A la izquierda, caminos que eran poco más que senderos de cabras llevaban montaña arriba hasta las ruinas de una ciudad antigua; más arriba de las ruinas se levantaba un monasterio de un blanco brillante, al parecer todavía en funciones, y todavía más arriba, en la cima misma de la montaña...

—¡El castillo! —exclamó Manolis.

Y mientras Nikos y su maravilloso carro de tres ruedas daban trabajosamente la vuelta y regresaban traqueteando al valle, Darcy se protegió los ojos con la mano para contemplar los siniestros muros del castillo, que montaba guardia allí desde hacía largos siglos.

—Pero... ¿hay algún camino para subir?

—Sí —respondió Manolis—. Una senda de cabras. Muy estrecha, pero bastante segura. O al menos eso opina el pescador.

Comenzaron a subir llevando entre los dos la cesta. Más allá del monasterio, y antes de que comenzara la parte más difícil del ascenso, se detuvieron para mirar hacia atrás. Al otro lado del valle todavía se veían las ruinas de antiguos caseríos y los linderos de campos abandonados hacía tiempo, donde los montes de olivos y los huertos habían vuelto a su salvaje estado natural.

—Esponjas —dijo Manolis a modo de explicación—. Estos pueblos eran pescadores de esponjas, y cuando se agotaron, también se acabó la gente. Ahora, como ve, casi todo son ruinas. Quizás el turismo devuelva un día la vida a la isla.

Darcy tenía otras cosas muy diferentes en la cabeza.

—Sigamos —dijo—. Yo ya no quiero seguir más allá, y si tardamos mucho, no querré ir de ningún modo.

Después de eso, todo fue peñascos de color ocre, hierbajos amarillentos y serpenteantes senderos de cabras, y allí donde había una abertura entre las rocas, las vistas daban vértigo. Pero finalmente llegaron al pie de los enormes muros, y entraron

por un enorme pórtico de piedra al interior de las ruinas. El lugar era una acumulación de estilos, griego antiguo, bizantino y medieval, de la época de los cruzados, y Darcy había tenido razón con respecto a su valor histórico. Y cuando treparon a los muros de más de un metro de espesor, la vista era fantástica; toda la costa de Halki y las islas vecinas aparecían ante sus ojos.

Sortearon montones de escombros en un recinto que fuera la capilla de los cruzados, y en cuyos muros aún se veían descoloridas pinturas murales de santos con halos, y finalmente se detuvieron donde acababa el castillo, al borde de las ruinas que daban a la bahía de Trachia.

—Están allí abajo —dijo Manolis—. Mire: ¿ve que han estado excavando, y los escombros forman una hilera oscura contra las rocas? Son ellos. Y ahora debemos encontrar el sendero para bajar. Darcy, ¿se encuentra bien? ¡Tiene un aspecto tan...!

Darcy no se encontraba precisamente bien.

—Ellos..., ellos están allí abajo —respondió—. Siento que no puedo levantar los pies del suelo, y cada paso me pesa una tonelada. ¡Es mi talento, que es un cobarde!

—¿Quiere descansar un momento?

—¡Por Dios, no! Si me detengo ahora, ya no me podré mover. ¡Sigamos adelante!

Varios paquetes vacíos de cigarrillos y marcas de pisadas en las rocas y en el suelo arenoso les señalaron el camino para bajar, que no era dificultoso. Muy pronto encontraron una carretilla oxidada y un pico roto en un ancho saliente de la montaña. Y un poco más allá, en el mismo saliente, se amontonaban los escombros de las excavaciones que habían realizado en las cuevas. Sin hacer ruido se aproximaron a la cueva en la que parecían haber trabajado hacía menos tiempo y se detuvieron en la entrada. Y cuando sacaron los arpones de la cesta y los cargaron, Manolis susurró:

—¿Está seguro de que nos harán falta?

—Sí, claro que sí —afirmó Darcy, el rostro ceniciento.

Manolis se adelantó hacia la boca de la cueva.

—¡Espere! —le detuvo Darcy, con voz estrangulada—. Será mejor llamarlos para que salgan.

—¿Y hacerles saber que estamos aquí?

—A la luz del sol la ventaja será nuestra —musitó Darcy—. De todos modos, la necesidad de huir que experimento es aún más intensa, lo que probablemente significa que ellos ya saben que estamos aquí.

Darcy tenía razón. Una sombra se separó de las más oscuras sombras de la cueva, y avanzó cautelosamente hacia la entrada, hacia ellos. Se miraron y sin decir palabra le quitaron el seguro a las armas y las levantaron en gesto de advertencia. El hombre de la cueva siguió avanzando, pero comenzó a hacerlo de costado y algo agachado, ofreciendo un blanco más reducido.

Manolis dejó escapar un torrente de maldiciones en griego, desenfundó la Beretta y pasó el arpón a la mano izquierda. El hombre o vampiro seguía acercándose, y ahora le vieron más claramente. Era delgado, alto, y extrañamente andrajoso. Llevaba un sombrero de ala ancha, pantalones muy holgados y una camisa con los puños desabrochados. Parecía un espantapájaros que hubiera descendido de su pértiga, pero no era a los pájaros a quienes espantaba.

—¿Hay sólo uno? —susurró Darcy, y se le pusieron los pelos de punta cuando escuchó el ruido de unos guijarros que se deslizaban en el saliente *detrás* de ellos.

El hombre en la cueva continuó avanzando; Manolis disparó su pistola con un ruido ensordecedor; Darcy miró hacia atrás y vio a una segunda criatura que se acercaba amenazante. ¡Pero ésta estaba mucho más cerca! Como su colega en la cueva, llevaba un sombrero de ala ancha, y sus ojos eran amarillos y bestiales. ¡Peor aún, empuñaba un

pico, y con el rostro contraído en una mueca feroz se preparaba a clavarlo en la espalda de Darcy!

Darcy —o quizá su talento— se volvió para defenderse del ataque, apuntó y disparó a quemarropa el arpón. El proyectil se clavó en el pecho del vampiro. El impacto lo detuvo; el vampiro dejó caer el pico y retrocedió tambaleándose hasta apoyarse en el muro del acantilado. Darcy, inmóvil, no podía apartar los ojos de la criatura que gemía, se retorcía y escupía sangre.

Manolis, en la cueva, maldijo y disparó otra vez su pistola, y siguió a su presa a las profundidades de la cueva. Y luego... Darcy oyó un chillido inhumano, seguido del deslizarse de la plata sobre el acero, y finalmente el sordo sonido del arpón de Manolis que penetraba en la carne. Los ruidos lo sacaron de la parálisis, y se dio cuenta de que Manolis ya había utilizado todas sus armas. Se inclinó para coger otro arpón de la cesta, y el hombre del saliente se acercó tambaleándose, y de un puntapié hizo rodar montaña abajo la cesta y su contenido.

—¡Jesús! —gritó Darcy, la garganta áspera y reseca como papel de lija, cuando la criatura de ojos llameantes se dio la vuelta y le miró.

El vampiro se detuvo, miró a su alrededor, y vio su pico cerca del acantilado. Se adelantó para cogerlo, y Darcy hizo lo mismo. Su talento le decía que huyera, pero le respondió «¡Jódete!», y se lanzó como un demente contra el vampiro. Éste cayó al suelo, y Darcy cogió el pico. Era una herramienta muy pesada, pero era tan grande el terror de Darcy que le pareció que tenía un juguete en las manos.

Manolis salió de la cueva en el momento mismo en que Darcy clavaba el pico en la frente de su no-muerto contrincante. La criatura emitió unos sonidos guturales y cayó de rodillas, y luego se desplomó pesadamente contra el acantilado.

—Gasolina —pidió Manolis.

—Se cayó por el barranco —le respondió Darcy con una voz que parecía un graznido.

Manolis miró hacia abajo; la cesta estaba a unos quince metros, donde unas rocas habían detenido su caída. Estaba abierta, y había algunos objetos desparramados a su alrededor.

—Vigílelos, que yo la traeré —dijo Manolis.

Le dio la pistola a Darcy e inició el descenso. Darcy tenía un ojo puesto en el vampiro del pico clavado en la cabeza, y el otro en la entrada de la cueva. La criatura con la que había luchado —un hombre, sí, pero también una criatura— no estaba «muerta». Debería estarlo, pero, en realidad, estaba no-muerta. El pequeño porcentaje de su organismo compuesto por protoplasma de vampiro ya estaba actuando, y sus heridas comenzaban a curar. Mientras Darcy lo miraba, se estremeció, abrió los ojos amarillos y su mano se dirigió hacia el arpón que tenía clavado en el pecho.

Darcy apretó los dientes y se le acercó. Su ángel guardián aulló, inundó sus venas de adrenalina, y le gritó «¡corre, corre!». Darcy, sin embargo, desoyó todas las advertencias, cogió el arpón y lo hundió más profundamente en la carne del vampiro, hasta que la criatura rechinó los dientes, se echó hacia atrás y volvió a quedarse quieta.

Darcy retrocedió —sus piernas parecían de gelatina—, y dio un grito cuando algo lo cogió por el tobillo desde atrás.

Miró hacia abajo y vio que la criatura de la cueva se había arrastrado hasta allí, y cogía con mano de hierro su tobillo. Un arpón le atravesaba la garganta justo debajo de la nuez de Adán, y los disparos le habían destrozado media cara, pero aún podía moverse, y le miraba con un ojo enloquecido que brillaba en medio de la masa sangrante. Darcy podría haberse desmayado, pero cayó sentado hacia atrás, desprendiéndose de la criatura no-muerta, y desde el suelo vació la pistola en la horrible

media cara del vampiro.

Manolis regresó en ese momento. Abrió de un golpe la cesta, sacó la ballesta de Harry Keogh, y la cargó justo a tiempo, porque el vampiro del saliente ya se había arrancado el pico de la cabeza y ahora estaba quitándose el arpón del pecho.

—¡Jesús! ¡Jesús! —gimió Manolis.

Se acercó a la horrible y ensangrentada criatura, apuntó la ballesta desde menos de un metro de distancia, y disparó el dardo de madera directo al corazón.

Darcy, entretanto, se había arrastrado hacia atrás para alejarse del otro vampiro. Manolis le ayudó a levantarse y dijo:

—Terminemos con esto antes de que sea demasiado tarde.

Arrastraron a los vampiros al interior de la cueva, y luego se apresuraron a salir a la luz del sol. Pero Darcy ya no podía hacer nada más; su talento no le permitía moverse.

—Está bien —dijo Manolis, que comprendía la situación—. Puedo hacerlo solo.

Darcy se sentó temblando en el borde del saliente, y Manolis cogió el recipiente de gasolina y volvió a entrar en la cueva. Reapareció poco después, dejando tras él un fino reguero de combustible. Había rociado abundantemente con gasolina todo lo que había en la cueva, y el recipiente estaba casi vacío. Retrocedió hasta donde se hallaba Darcy, vació la garrafa hasta la última gota, y la arrojó por el barranco. Cogió luego un encendedor, y acercó la llama al reguero de gasolina.

Un fuego azul tan tenue que era casi invisible se extendió por el saliente y penetró en la cueva; allí creció en un segundo hasta convertirse en una gigantesca lengua de fuego, seguida de inmediato por una terrible explosión que hizo estallar la entrada de la cueva en pedazos, y provocó una avalancha de piedras sueltas y guijarros. La conmoción hizo que Manolis perdiera pie y acabara sentado junto a Darcy.

Se miraron y Darcy preguntó:

—¿Qué diablos ha sido eso?

—Deben haber guardado sus explosivos ahí dentro.

Se acercaron a la entrada de la cueva, ahora bloqueada por las piedras caídas. Toneladas de roca se habían desmoronado, sellando las excavaciones. Y era evidente que de allí dentro no podía salir nadie —ni nada— con vida.

—Ya está hecho —dijo Manolis, y Darcy, casi sin fuerzas, hizo un gesto de asentimiento.

Darcy, cuando se dieron la vuelta para comenzar el descenso, vio algo amarillo y brillante entre los escombros. Junto a la cueva destruida por la explosión se abría otra, más pequeña, de cuya boca aún salían nubecillas de polvo y algo de humo. El muro de piedra entre ambas excavaciones estaba deshecho, y se veían trozos de roca en el saliente. Pero entre los escombros había algo más.

Darcy y Manolis se acercaron a mirar más de cerca lo que, sin proponérselo, habían desenterrado. En el muro fracturado, cuidadosamente envuelto y sellado, entre bloques de piedra dispuestos especialmente para formar una recámara, había estado depositado el tesoro que Jianni Lazarides —o Janos Ferenczy— buscaba, ese tesoro que él mismo había enterrado siglos antes. Pero los contornos cambiantes de la montaña, modificados por la naturaleza en tormentas y terremotos, le habían confundido. El viejo castillo de los cruzados había sido su punto de referencia, pero incluso él se había derrumbado y cambiado con los siglos. Aun así, Janos había errado sólo por un metro o metro y medio.

Los dos hombres caminaron por entre el polvo y las rocas, la emoción del descubrimiento amortiguada por el horror vivido poco antes. Vieron un tesoro surgido del pasado: ¡oro de Tracia! Cuencos y jarrones..., jarrones de oro llenos a desbordar de

anillos, collares y brazaletes..., un casco de bronce colmado de pendientes, hebillas y pectorales..., ¡e incluso un peto de oro macizo!

—¿Pero qué haremos con todo esto? —reaccionó por fin Manolis.

—Se queda aquí —respondió Darcy—. Pertenece a los espíritus. No sabemos lo que le costó a Janos traerlo aquí y enterrarlo, ni cómo y dónde lo obtuvo. Pero es un tesoro ensangrentado, puede estar seguro. Ya vendrá alguien a ver qué ha pasado con esos dos, y encontrará el oro. Dejemos que las autoridades se hagan cargo de todo. Yo no quiero ni tocarlo.

—Tiene razón —dijo Manolis, y juntos comenzaron el descenso hacia el castillo...

Llegaron al pueblo a las doce y media, y Manolis llenó el tanque del barco, preparándose para el viaje a Karpathos. Mientras trabajaba, se le acercaron unos pescadores amigos, y le preguntaron cómo estaban los excavadores.

—No nos acercamos —respondió Manolis—, estaban volando las rocas. Además, el acantilado cae a pico, y un hombre puede despeñarse muy fácilmente.

—Son unos tipos muy engreídos —observó el pescador—. Ellos nos ignoran a nosotros, y nosotros a ellos.

Cuando terminó con el barco, Manolis compró un litro de ouzo y todos se sentaron a beberlo en una de las mesas de la taberna. Más tarde, cuando se alejaban en el barco, el griego dijo:

—Necesitaba unas copas.

—Yo también —dijo suspirando Darcy—. Es un trabajo horrible.

Manolis le miró y asintió con la cabeza.

—Y habrá mucho más, amigo mío. Está muy bien que el ouzo sea barato, ¿no? Piense, con todo ese oro podríamos habernos comprado una destilería.

Darcy se dio la vuelta, contempló la rocosa isla de Halki que lentamente desaparecía en el horizonte, y pensó: «Sí, y tal vez más adelante deseemos haberlo hecho...».

Yendo por la ruta elegida por Manolis, Karpathos estaba a unos noventa kilómetros de Halki; el griego prefería no perder de vista la costa durante la mayor distancia posible, y tampoco quería forzar el motor del barco. Cuando pasaron Ktenia y Karavolas, enfiló hacia el suroeste, y dejaron atrás Rodas, ya en dirección a Karpathos. Eso quería decir que estaban en mar abierto, y el estómago de Darcy comenzó a molestarle. Era algo puramente físico, y no muy grave; después de todo lo que había soportado, era difícil que ahora vomitara. ¡Y no se trataba de que su talento le estuviera previniendo contra un naufragio, o algo por el estilo!

Manolis, para distraer a Darcy y hacer que olvidara su malestar, comenzó a hablarle de Karpathos.

—Es la segunda isla más grande de las del Dodecaneso —dijo—. Queda a mitad de camino entre Rodas y Creta. Así como Halki se extiende de este a oeste, Karpathos lo hace de norte a sur. Tiene unos cincuenta kilómetros de largo, pero sólo siete u ocho de ancho. Es la cima visible de una cadena de montañas submarinas. No es muy grande ni está muy poblada, pero Karpathos ha conocido épocas turbulentas.

—¿Sí? —dijo Darcy, que apenas escuchaba.

—¡Claro que sí! La han gobernado los árabes, los piratas italianos de Génova, los venecianos, los cruzados, los turcos y los rusos... ¡y hasta los británicos! ¡Ja! ¡A los griegos nos llevó siete siglos recuperarla! —Y como no obtuvo respuesta, preguntó—: ¿Se encuentra bien, Darcy?

—No del todo. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

—Ya estamos a mitad de camino, amigo mío. Dentro de una hora estaremos dando la vuelta al extremo de la isla, a la altura del aeropuerto. Y allí estará anclado el *Lazarus.* Le echaremos una mirada, nada más. Quizá podamos saludar a alguien de a bordo, y ver qué pensamos de él.

—En este momento no puedo pensar en nada, ni en nadie —se quejó Darcy.

Pero Manolis se equivocaba, y el *Lazarus* no se encontraba allí. Buscaron en las pequeñas bahías del extremo sur de la isla, pero no encontraron rastro alguno del yate blanco. A Manolis se le acabó pronto la paciencia. Cuando fue evidente que buscaban inútilmente, se dirigió al norte, a la playa de Amoupi, y echó el ancla para que pudieran bajar a tierra. Comieron una ensalada griega en una taberna de la playa y entre los dos se bebieron una botella pequeña de retsina. Cuando Darcy se quedó dormido recostado en su sillón, bajo la marquesina de bambú de la taberna, Manolis suspiró, se reclinó también él en su asiento y encendió un cigarrillo. Fumó unos cuantos, admiró los bronceados pechos de las jóvenes inglesas que jugaban en la playa, bebió otra botella de retsina y finalmente despertó a Darcy.

Y a las cinco y cinco partieron de vuelta a Rodas.

Esa tarde, cuando llegaron al hotel fatigados, con agujetas, y morenos por el sol, Darcy y Manolis se encontraron con cuatro personas esperándolos en el salón del hotel. Hubo unos minutos de confusión. Darcy conocía bien a dos de los recién llegados, porque Ben Trask y David Chung eran dos de sus hombres, pero a Zekintha Föener (su apellido de casada era Simmons) y a su marido, Michael, o «Jazz», no los había visto nunca, y sólo los conocía de oídas. Darcy había previsto la llegada de cuatro personas, y había hecho las correspondientes reservas, pero de este grupo en particular sólo esperaba a dos. Siguiendo el consejo de Harry Keogh, había enviado un mensaje a Zek y a Jazz para que no intervinieran en el caso pero no lo habían recibido, o habían hecho caso omiso de él. Ya lo averiguaría más tarde. Los dos hombres que faltaban eran agentes de la Organización E que estaban terminando un trabajo en Inglaterra, y vendrían cuando acabaran con esa misión.

Los cuatro recién llegados, que ya se habían presentado unos a otros, y habían dejado sus maletas en sus respectivos cuartos, estaban preparados para hablar del caso. Darcy sólo tenía que presentarles a Manolis, informarles sobre el papel del policía, hablarles sobre lo sucedido hasta el momento, y luego todo se pondría en marcha. Pero antes de eso, Darcy y Manolis se disculparon y fueron a sus habitaciones a ducharse. Luego se reunieron con la gente de la Organización E, y Manolis les llevó a todos a una cara taberna del otro lado de la ciudad, que era poco probable que estuviera invadida por los turistas. Se sentaron todos alrededor de una mesa en un rincón tranquilo, y con vista al mar. Y Darcy los volvió a presentar a todos uno por uno, y describió los talentos de los miembros del grupo.

Estaba el matrimonio, Zek y Jazz Simmons, que habían estado en Starside con Harry Keogh. Zek era una telépata notable, y una autoridad en vampiros. Tenía una gran experiencia en las mencionadas criaturas, y había tenido contacto con mentes de wamphyri en un mundo ajeno al nuestro. Era muy guapa, de un metro setenta y cinco de estatura, delgada, rubia y de ojos azules. Su madre, de nacionalidad griega, le había dado el nombre de Zante (o Zakinthos) porque había nacido en la isla así denominada. Su padre había sido un alemán del Este, parapsicólogo. Zek tendría unos treinta y cinco años, uno o dos más que su marido.

Jazz Simmons no tenía otros talentos que aquellos con los que una enteramente mundana madre naturaleza le había dotado, más aquellos que había aprendido en los

servicios secretos británicos. Después de Starside, había renunciado a su puesto y se había ido a vivir con Zek a las islas griegas. Apenas unos milímetros por debajo del metro ochenta, Jazz tenía un alborotado pelo rojo, ojos grises, una buena dentadura, mandíbula cuadrada, y unas manos muy vigorosas, a pesar de su artística forma. Sus largos brazos le hacían parecer desgarbado. Delgado, bronceado y atlético, tenía una engañosa apariencia de chico bueno..., y lo era en circunstancias normales. Pero no había que subestimarlo. Había sido entrenado de maravilla en vigilancia, protección y fugas, guerra en invierno, supervivencia, demolición, combate sin armas y armado. Lo único que en otra época le había faltado era experiencia, pero la había obtenido en el mejor —o el peor, según se mire— de los lugares, Starside.

Luego estaban los dos hombres de la Organización E: David Chung, localizador, y Ben Trask, un detector humano de mentiras. Chung tenía veintiséis años, un anglo-chino *cockney* de pura cepa. Estaba desde hacía seis años en la Organización y durante ese tiempo se había especializado en la localización extrasensorial de drogas ilegales, especialmente cocaína. Si no hubiera sido porque estaba trabajando en un caso en Londres, puede que hubiera sido enviado a Rodas en primer término, antes que Ken Layard.

Ben Trask era un robusto hombre de metro setenta de estatura, pelo castaño, ojos verdes, con exceso de peso y hombros caídos, y su expresión habitual sólo podía ser descrita como «lúgubre». Su especialidad era la verdad: si le presentaban una mentira, o un concepto falsificado deliberadamente, Trask lo detectaba de inmediato. La Organización E solía prestarlo a las autoridades policiales para trabajos de gran importancia, y también el Ministerio de Asuntos Exteriores solicitaba a menudo sus servicios para comprobar la verdad de las ideas políticas de algunos miembros no especialmente honestos de la comunidad internacional. Ben Trask conocía las intimidades de las embajadas extranjeras en Londres mejor que otras personas su propia casa. Además, había intervenido en el caso de Yulian Bodescu, y no era probable que tomara nada a la ligera.

Mientras esperaban la comida, Darcy terminó de informar al equipo, y observó cómo todos se ponían en guardia cuando comprendieron todo el horror de la situación. Luego, intentó averiguar por qué Jazz y Zek habían decidido participar en el caso.

Jazz respondió en nombre de los dos:

—Es por Harry, por Harry Keogh. Él cuenta con nosotros. Si tiene problemas, allí estamos.

—Eso es muy leal de vuestra parte —les dijo Darcy—, pero fue Harry quien dijo que prefería que os mantuvierais al margen. Claro está que no me quejo de que estéis aquí..., necesito gente capaz, y vosotros seguramente lo sois. Harry estaba preocupado porque Janos Ferenczy es un mentalista poderoso. Ya ha matado a Trevor Jordan, y domina a Ken Layard, de modo que ya veis el porqué de la preocupación de Harry. Él pensaba sobre todo en lo que podría suceder si Janos se enfrentaba contigo, Zek. De todos modos, puesto que Janos está en Rumania (eso es lo que creemos, en todo caso), y como Harry ha ido tras él... —Darcy se encogió de hombros—. Yo estoy encantado de que estéis en el equipo.

—Entonces, ¿cuándo empezamos? —David Chung parecía deseoso de ponerse manos a la obra.

—Tú comienzas mañana —le respondió Darcy—. La parte «activa» del servicio, al menos. Esta noche, cuando regresemos al hotel, lo planearemos todo. Y entonces veremos qué hará cada uno de nosotros... ¡y a quién se lo hará! —Darcy vio que un camarero se acercaba a la mesa con una bandeja cargada de viandas—. Y ahora, sugiero que disfrutemos de la cena y nos relajemos como mejor podamos. Porque mañana será

un día muy duro, podéis creerme.

Mientras Darcy Clarke y su equipo pensaban sobre lo que harían al día siguiente, Harry Keogh reflexionaba sobre el que acababa de transcurrir. El vuelo a Atenas había transcurrido sin incidentes. Pero a bordo del avión a Budapest, cuando antes de que despegara había cerrado los ojos dispuesto a recuperar una hora de sueño, sintió de inmediato, mientras se hundía en el sueño, unas sondas extrañas que tocaban su mente. Y sabiendo que estaban allí, se había obligado a permanecer despierto y alerta, aunque había escondido este hecho a los talentos telepáticos que le habían localizado. «Ellos» sólo podían ser Ken Layard y Sandra, pero ahora sus poderes PES eran fríos e impuros. Ya estaban casi completamente dominados por Janos Ferenczy, y sus inseguros toques eran tan viscosos como los muros de una cloaca, y Harry tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder ante ellos. Pero recordó lo que Faethor le había dicho, y —cosa extraña— reconoció que probablemente era un buen consejo:

*Cuando le sientas cerca, en lugar de retroceder, búscale. ¿Que él pretende entrar en tu mente? ¡Entra antes tú en la suya!*

Y cuando las inteligencias vampíricas perdieron su temor a ser descubiertas y le exploraron con mayor avidez, Harry las exploró a ellas. Y habló con ellas en voz muy baja, susurrando.

—¿Ken? ¿Sandra? De modo que él ahora cuenta con vuestra colaboración. Sí, y habéis hecho un buen trabajo. ¿Pero por qué tanto secreto? Yo os esperaba. Sabía que él os utilizaría. De hecho, no puede hacer nada sin vosotros. ¿Qué? ¿Él? ¿Cara a cara, y de hombre a hombre? No hay ninguna posibilidad. Vuestro superhombre vampiro es un cobarde. Tiene miedo de que yo le sorprenda de noche. Yo, un hombre solo contra él, y contra todo lo que guarda en su madriguera de las montañas, y me tiene miedo. Vosotros me habéis dicho que ha leído el futuro y ha visto su victoria. Bien, podéis decirle que esas predicciones no siempre se cumplen.

*¡Ahhh! ¡Nos ha percibido!* —Era Sandra, que siseaba como una serpiente en la mente de Harry—. *Nos conoce. Sus pensamientos son fuertes. Su oculta fortaleza está aflorando.*

Estaba en lo cierto, y Harry sintió que pasaba algo extraño. Se encontraba mucho más fuerte, y no conocía la fuente de esta renovada vitalidad. Se preguntó si era Faethor. Era posible. Pero, por el momento, no podía hacer nada, y en una tormenta cualquier puerto es mejor que ninguno.

La mente de localizador de Ken Layard se aferraba a Harry como una ventosa; el necroscopio dejó que la suya se deslizara por la del localizador hasta su origen, y miró por los ojos de Layard.

Era como si Harry estuviera allí en carne y hueso..., ¡y lo estaba, pero en la carne y los huesos de Layard! Estaban en la misma habitación subterránea de antes. Sandra estaba sentada frente a él (frente a Layard), y Janos caminaba furioso de un lado a otro.

—¿Dónde se encuentra? ¿Qué está pensando? —preguntó el monstruo, y miró con sus ardientes ojos rojos a Sandra; era evidente que estaba preocupado, pero intentaba esconderlo bajo la máscara de la furia.

—Está en un avión —respondió Sandra—, y viene hacia aquí.

—¿Tan pronto? ¡Es un demente! ¿No sabe que va a morir? ¿No puede ver que mis planes para con él van más allá de la muerte? ¿Qué piensa?

—Me oculta sus pensamientos —respondió ella.

Janos se detuvo, y acercó su rostro, a medias horrible, a medias guapo, al de Sandra.

—¿Esconde sus pensamientos? ¿Y tú te consideras una mentalista, una ladrona de

pensamientos? ¿Qué pretendes, ponerme en ridículo? ¿No te he advertido que sufrirás las consecuencias si continúas poniendo obstáculos en mi camino? Te lo pregunto de nuevo: ¿cuáles son sus pensamientos?

El amo vampiro se inclinaba sobre la mesa, y miraba furioso a la atemorizada joven. Sus labios se encogieron en una mueca feroz y descubrieron sus dientes de bestia carnívora, pero Sandra no pudo darle otra respuesta.

—¡Él..., él es demasiado fuerte para mí!

—¿Demasiado fuerte para ti? —se enfureció Janos—. ¿Demasiado fuerte? Escucha: en las entrañas de este castillo yacen las cenizas de hombres sátiros, que en su día recorrieron estas tierras violando y asesinando mujeres, niños y hombres. Sí, y cuando habían acabado con los seres humanos, ni siquiera las bestias se salvaban de su lujuria. Y esas criaturas (cuyas ingles son ahora polvo, y sales sus huesos) no han hecho nada durante dos mil años. Pero te digo esto: cumple ahora mis órdenes, antes de que me sienta tentado de resucitarlos, y les ordene que se encarguen de tu educación. Pues eso será un tormento infinito, Sandra. Yo les pondría en línea para que uno a uno se encargaran de ti, tu vampiro repararía incesante el daño causado a tu carne. Imagínate esto: tu dulce cuerpo cubierto por su suciedad, arruinado una y otra y otra y otra vez.

Harry le miró por medio de los ojos de Layard, juntó flema de la garganta de éste, y la escupió al rostro del vampiro. Y cuando el monstruo retrocedió, emitiendo sonidos guturales y arañándose la cara, Harry le dijo con la voz de Layard:

—¿Eres sordo, además de insano, Janos Ferenczy? Ella no puede ver en mis asuntos, porque estoy aquí mismo, mirando los tuyos.

Layard, atónito, se apretó su propia garganta, pero Harry mantuvo el control de la situación.

Janos se acercó tambaleante a la mesa, una expresión inquisitiva en el rostro, pero sin poder creer lo que oía.

—¿Qué dices? —preguntó mirando furioso a Layard—. ¿Qué? —y levantó amenazadora una mano en forma de garra.

—¡Adelante! —se mofó Harry—. ¡Golpea! Dañarás a tu siervo, y no al que le manda.

Janos se quedó boquiabierto. Ahora comprendía.

—¿Tú? —dijo.

Harry hizo que el rostro de Layard sonriera torvamente.

—¿Sabes que esa fascinación tuya por mi mente no es sólo enfermiza y molesta, sino también contagiosa? —dijo Harry—. Pensaba que habías aprendido la lección, Janos, pero al parecer me equivocaba. Muy bien, veamos ahora qué sucede en tu mente.

—¡Soltadle! —aulló Janos a los telépatas, cogiéndose la cabeza con las manos—. ¡Enviad al necroscopio fuera de aquí! ¡No quiero que entre en mi mente!

—No te preocupes —le respondió Harry mientras Layard se retorcía en su asiento—. ¿Acaso crees que me metería en una cloaca? Pero recuerda una sola cosa, Janos Ferenczy: tú buscaste descubrir mis planes. Bien, ahora te los diré. Vendré a buscarte, Janos. Y como puedes ver, nuestros poderes son muy similares.

Harry se retiró de la mente de Layard y abrió los ojos. El avión ya había despegado, y se dirigía hacia el noroeste, rumbo a Budapest. Y Harry estaba satisfecho. Hacía menos de una semana, cuando todavía estaba en Edimburgo, le sorprendieron sus presagios acerca de un incierto y aterrorizador futuro, y sintió que estaba en el umbral de nuevos y extraños acontecimientos. Y ahora sintió que aquel sentimiento estaba justificado: sus poderes de necroscopio se estaban incrementando, expandiéndose para llenar la brecha causada por la manipulación de su hijo Harry. Ésta, en todo caso, era la explicación de Harry...

A la mitad del viaje —dormido en su asiento, ya sin temores—, Harry se comunicó con Möbius en la tumba del cementerio de Leipzig, donde el científico estaba enterrado. Möbius le reconoció al instante y dijo:

*Harry, le he llamado pero no obtuve respuesta. En verdad, tenía un poco de miedo de comunicarme con usted. La última ocasión... ¡fue espantosa, Harry!*

Harry asintió.

*De modo que ya sabe contra qué debo enfrentarme. Bien, por el momento le he puesto en fuga: él no sabe con certeza qué puedo hacer yo, pero sabe que cualquier cosa que intente contra mí deberá apelar más a la fuerza física que a la mental. Físicamente aún soy muy vulnerable. Por eso necesito el continuo de Möbius.*

Möbius se mostró bien dispuesto.

*¿Quiere que comience donde lo había dejado?* —preguntó.

*Sí.*

*Muy bien, abra su mente para mí.*

Harry hizo lo que el sabio le pedía, y dijo:

*Entre por su propia voluntad* —y un momento más tarde sintió a Möbius en las laberínticas bóvedas de su mente.

*Usted es un libro abierto* —observó Möbius—. *Si quisiera, podría hacerlo.*

*Encuentre las páginas que están pegadas* —le dijo Harry—. *Y despéguelas para mí. Ésa es la parte de mí mismo que he perdido. Abra esas puertas, y tendré acceso a mi mejor recurso.*

Möbius se internó a mayor profundidad, en las abiertas cavernas de la mente extramundana.

*¿Cerradas?* —dijo—. *Sí, y yo diría que fue un experto quien lo hizo. Harry, éstos no son cerrojos ni llaves ordinarios. He traspasado el umbral del conocimiento de usted, y aquí ha sido cerrada toda una sección. Este es el origen de su intuición matemática, pero está sellado con símbolos que ni siquiera yo reconozco. Quien hizo esto... ¡era un genio!*

Harry sonrió, melancólico.

*Sí, lo era, pero tanto Faethor Ferenczy como su hijo Janos pudieron abrir esas puertas con la sola fuerza de su voluntad.*

Möbius era realista.

*Ellos eran wamphyri, Harry, y yo sólo era un hombre. Un hombre decidido y paciente, pero no un gigante.*

*Entonces, ¿no puede hacerlo?* —preguntó Harry conteniendo el aliento.

*No a fuerza de voluntad, pero quizá sí utilizando la razón.*

*Haga lo que pueda* —Harry volvió a respirar.

*Es posible que necesite su ayuda.*

*¿Y cómo puedo ayudarlo?*

*Estudie mientras yo trabajo.*

*¿Y qué tengo que estudiar?*

*Aritmética, ¿qué otra cosa podría ser?*

*¡Pero si sé menos que un niño atrasado!* —protestó Harry—. *Para mí, la palabra «números» sólo me sugiere un concepto incierto y problemático.*

*Estúdielos de todos modos* —le respondió Möbius, y encendió una pantalla ante los ojos de la mente de Harry. Había sumas simples que esperaban soluciones, y tablas de multiplicar incompletas cuyos espacios en blanco parpadeaban ante Harry esperando que él los llenara con la respuesta correcta.

*Yo..., yo no sé las malditas respuestas* —gruñó Harry.

*Pues intente encontrarlas* —le reprendió Möbius, que ya tenía bastante con sus

propias dificultades...

Cuatro asientos más allá, del otro lado del pasillo central, alguien se volvió para mirar el rostro pálido y perturbado de Harry que dormía. Se trataba de un hombre delgado y de modales afeminados. Fumaba un Marlboro con boquilla, y sus ojos hundidos, de pesados párpados, eran tan negros como sus pensamientos.

Nikolai Zharov había fracasado estrepitosamente en Inglaterra, y éste era su castigo. Debía continuar el trabajo que no habían podido hacer Norman Harold Wellesley ni los hombres de la Securitatea de Rumania. Sus superiores se lo habían dicho muy claramente: «Vaya a Grecia y mate a Keogh. Y si fracasa, será mejor que no vuelva».

Bien, ya no estaban en Grecia, pero Zharov suponía que eso no tenía mucha importancia. Grecia, Hungría, Rumania..., ¿a quién le importaba el lugar, con tal de que el necroscopio muriera?

A las seis y media de la tarde, Harry Keogh, turista, ya había salido del aeropuerto de Budapest y había ido en tren a un lugar llamado Mezobereny. Ése había sido para él el final del trayecto, el alto en el camino. Después de Mezobereny el rastro del vampiro apuntaba a Arad, un lugar apartado. Harry tendría que seguir su camino desde aquí con los medios que consiguiera: autobús, taxi, carro, a pie, lo que fuera.

En las afueras de Mezobereny encontró un pequeño hotel regentado por sus dueños y que tenía el mismo nombre que el distrito donde se encontraba, Sarkad, y solicitó una habitación para pasar la noche. Eligió ese hotel porque cruzando una polvorienta y tranquila calle del pueblo, había un gran cementerio. Si tenía visitas nocturnas —sueños influidos por sus enemigos, y quizá visitantes más concretos—, así al menos tendría a los muertos de su lado. Y por esa razón, antes de acostarse, intentó, junto a la ventana, comunicarse con ellos en la lengua muerta.

Los muertos le conocían de oídas, pero no podían creer que estuviera allí. Le mantuvieron despierto con sus preguntas hasta muy tarde. Pero a medianoche Harry no tuvo más remedio que decirles que estaba cansado, y que debía descansar para prepararse para el día siguiente.

Harry no era un espía en el sentido corriente de la palabra. Si lo hubiera sido, habría advertido que un hombre le había seguido desde la estación de ferrocarril hasta el Sarkad, y había solicitado la habitación vecina.

Nikolai Zharov había oído al necroscopio que se movía en la habitación, y cuando Harry se había dirigido a la ventana, el ruso hizo lo mismo. La luz de las habitaciones caía sobre la calle, y la sombra de Harry se extendía oscura en el empedrado. Zharov retrocedió, apagó la luz y de nuevo fue a la ventana. Y desde allí miró hacia donde miraba Harry.

Y entonces, Zharov vio por primera vez el camposanto. Y se estremeció, corrió las cortinas, encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la cama a fumarlo. Zharov conocía el talento de Harry. Estaba en Bonnyrig cuando Wellesley intentó matar al necroscopio, y vio lo que vino desde el jardín de Keogh cuando fracasó el ataque del traidor. Eso, más ciertos detalles del informe de los cretinos de la Securitatea rumana y..., y tal vez el lugar y el momento no eran tan perfectos para un asesinato como él había pensado.

Pero sí era un buen momento para inspeccionar sus armas. Zharov abrió el compartimento secreto en la base de su maletín, sacó las piezas de una pistola automática pequeña pero mortal, y la armó. La cargó luego con un depósito de dieciséis cartuchos, y guardó otro igual en el bolsillo. En el maletín había también un cuchillo

con una hoja de veinte centímetros de largo, y estrecha como un destornillador, y un garrote compuesto por un par de agarraderas unidas por una cuerda de piano de cincuenta centímetros de largo. Una sola de esas armas —cualquiera de ellas— era suficiente, pero Zharov quería asegurarse de que cuando llegara el instante decisivo, el asesinato sería cometido con la mayor rapidez. Keogh no debía tener ocasión de hablar con nadie. O, mejor dicho, con nada.

Y una vez más, la imagen de esas dos —¿debería llamarlas personas?— saliendo del jardín, que había contemplado furtivamente desde el otro lado del río, en Bonnyrig, cruzó por la mente de Zharov. Recordaba cómo se movían, cada paso un esfuerzo de voluntad sobrenatural, y cómo una de ellas daba la impresión de que iba dejando tras de sí trozos de su cuerpo, trozos que después le siguieron, como si tuvieran vida propia... Mientras el ruso pensaba estas cosas, aún era temprano para ir a dormir. Se puso el abrigo y bajó al bar del hotel a beber una copa. Varias, en verdad.

Harry continuó hablando con sus nuevos amigos en sueños tal como lo había hecho despierto, sólo que esta vez la conversación fue menos coherente, mucho más vaga, tal como lo son los sueños. Pero no estaba tan dormido que no pudiera sentir la mente localizadora de Ken Layard cuando pasó sobre él (y lo hizo con frecuencia), ni tan alejado de la vigilia que no pudiera distinguir entre el cotilleo banal de los muertos y la ocasional aparición de cosas reales e importantes. Así, cuando mediante su lengua muerta se comunicó con una nueva voz, supo de inmediato que esto era importante.

—¿Quién es usted? ¿Me está buscando? —preguntó Harry.

—¡Harry Keogh! —se oyó más potente a la nueva voz—. ¡Gracias a Dios que lo he encontrado!

—¿Lo conozco? —Harry procedió con cautela.

—Sí —respondió el otro—. Nos hemos conocido. Yo intenté asesinarlo.

Harry lo reconoció, y supo por qué no lo había reconocido antes. Era muy simple: esa voz estaba normalmente asociada a la de un ser vivo. Hasta este momento, en todo caso. No era, o al menos no debería haber sido, la voz de un muerto.

—¿Wellesley? Pero... ¿qué sucedió?

—Quiere decir, ¿por qué estoy muerto? Bien, me han hecho sufrir mucho, Harry. No físicamente, claro que no, pero los interrogatorios fueron interminables. Podría haber soportado el sufrimiento físico..., pero el mental es otra cosa. Cuanto más profundamente escarbaban en mí, más me daba cuenta de que yo había sido una basura. Para mí, ya todo había terminado. Años de prisión, una carrera a la que nunca podría volver, no tenía futuro. Sé que suena trillado, pero yo era un hombre arruinado. Así que me colgué. Como ve, a uno ya no le ofrecen la honorable salida de un disparo, de modo que utilicé un par de cordones de zapato. Temía que no resistieran mi peso, pero lo hicieron.

A Harry le resultó difícil sentir compasión por él. Después de todo, el hombre era un traidor.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó—. ¿Desearía que le diga que lo siento? ¿Que le ofrezca mi hombro para que llore sobre él? ¡Vamos, tengo montones de amigos entre los muertos que nunca intentaron matarme!

—No estoy aquí por eso, Harry —le respondió Wellesley—. No, recibí mi merecido. Creo que todos lo recibimos, tarde o temprano. He venido a decirle que lo siento. A disculparme por no haber sido más fuerte.

—¡Vaya, vaya! Harry, siento no haber sido más fuerte. Si lo hubiera sido, le habría matado —le remedó Harry con ironía.

Wellesley suspiró.

—Bueno, al menos lo he intentado. Siento haberle molestado. Pero yo no sabía

que el suicidio era sólo el comienzo de mis malos tiempos —dijo, y comenzó a retirarse.

—¿Qué dice? —Harry le retuvo—. ¿Sus malos tiempos? —y entonces se dio cuenta de lo que quería decir Wellesley—. Los muertos no quieren saber nada con usted, ¿es eso?

Wellesley se encogió de hombros; era un hombre vencido.

—Sí, algo por el estilo. Pero es como he dicho: siempre recibimos nuestro merecido. Lamento haberle molestado, Harry.

—No, espere... —Harry tenía una idea—. Escuche, ¿qué le parecería una oportunidad de compensar lo que ha hecho conmigo? ¿Y con los muertos en general?

—¿Hay alguna posibilidad? —la voz de Wellesley sonaba esperanzada.

—Podría ser.

—Dígame qué debo hacer.

—Usted tenía una especie de talento negativo, ¿verdad?

—Así es. Nadie podía ver en mi mente. Pero... como puede ver, mi talento murió conmigo.

—Tal vez no —respondió Harry—. Vea, lo que estamos haciendo no es lo mismo de antes. No nos comunicamos por telepatía, sino mediante la lengua de los muertos. Usted mismo la domina. Si no quiere hablar conmigo, no está obligado a hacerlo. Su talento era incontrolable. Usted ni siquiera sabía que lo tenía. Si alguien no hubiera advertido que su mente era un muro de piedra, usted nunca lo habría sabido. ¿No es así?

—Sí, supongo que sí. ¿Pero adónde quiere llegar?

—No estoy seguro. Ni siquiera estoy seguro de que sea posible... ¡Pero si yo tuviera su talento, sería para mí una ayuda inestimable!

—Es evidente que lo sería —respondió Wellesley—, pero como usted mismo lo ha dicho, no era un talento. Era una especie de carga negativa. Estaba allí todo el tiempo, trabajando por su cuenta, sin mi conocimiento o mi asistencia.

—Puede que así fuera, pero en algún rincón de su mente se halla el mecanismo que lo gobernaba. Me gustaría saber cómo funciona, eso es todo. Y entonces, si yo pudiera imitarlo, aprender cómo hacerlo funcionar o desconectarlo a voluntad...

—¿Usted quiere mirar dentro de mi mente? ¿Me está diciendo que conoce la manera de hacerlo?

—Sí —respondió Harry—, tal vez pueda si usted me ayuda. Y puede que sea por eso por lo que nadie ha podido hacerlo: porque usted mantenía a todos afuera. Dígame, ¿leyó usted alguna vez mi expediente?

—Claro que sí —dijo Wellesley, y rió irónico—. En aquella época pensaba que era fantástico. Recuerdo que uno de los agentes PES vio su expediente en mi mesa, y me dijo: «¡Ni muerto hablaría yo con ese tipo!».

Harry rió, pero recuperó su seriedad un instante después.

—¿Y leyó usted sobre Dragosani, y cómo robó el «ojo mortal» de Max Batu?

—Sí, pero él lo arrancó del corazón de Batu, lo leyó en sus entrañas, lo consiguió probando el sabor de su sangre.

—Así es —respondió Harry—, pero no necesariamente tiene que ser de esa manera. Esa ha sido siempre la diferencia entre los tipos como Dragosani y yo. Es la diferencia entre un nigromante y un necroscopio. Él cogía lo que deseaba por la fuerza. Torturaba para conseguirlo. Yo sólo lo pido.

—Cualquier cosa que yo tenga, se la daré de muy buen grado —dijo Wellesley.

—Bien, eso dirá mucho en su favor ante los muertos.

—Entonces, ¿cómo lo hará? —preguntó ansioso Wellesley.

—En realidad, es usted quien tiene que hacerlo.

—¿De verdad? Entonces, tendrá que decirme cómo.

—Deje su mente en blanco e invíteme a entrar en ella —respondió Harry— Relájese como si yo fuera un hipnotizador y dígame: «Entre por su propia voluntad».

—¿Es tan fácil?

—Sí, la primera parte lo es —respondió Harry.

—Muy bien, intentémoslo... —respondió Wellesley con decisión.

# Capítulo quince

*Tracios – No-muertos en el Mediterráneo - Cíngaros*

Möbius volvió a comunicarse con Harry más tarde.

—¿Harry? Escuche, muchacho. Siento haber tardado, pero esas puertas mentales de usted me causaron verdaderas dificultades. Con todo, y eso lo sabe usted muy bien, cuanto más difícil es un problema, más fascinante. De modo que me he reunido con algunos amigos, y hemos llegado a la conclusión de que se trata de unas nuevas matemáticas.

—¿Qué me dice? —Harry estaba atónito—. ¿Y quiénes son sus amigos?

—Las puertas de su mente están selladas con números —explicó Möbius— Pero están escritos a la manera de símbolos, en una especie de álgebra. Y componen la ecuación simultánea más compleja que usted pudiera imaginar.

—Continúe —le incitó Harry.

—Yo jamás podría resolverla solo. Bueno, quizá si le dedicara los próximos cien años... Porque se trata del tipo de problema que sólo puede ser resuelto por medio de un sistema de tanteo. Así pues, después de dejarle a usted, busqué a unos colegas y les pasé la ecuación.

—¿Colegas?

Möbius suspiró.

—Harry, hubo otros antes que yo. Y algunos de ellos, muchos, muchos años antes. Pero como usted sabe mejor que nadie, ellos no desaparecieron. Aún están allí, y hacen en la muerte lo mismo que en vida. De modo que les he pasado diversas partes del problema. Y permítame que le diga que eso no fue nada fácil. Afortunadamente, todos habían oído hablar de usted, y me recibieron muy bien, a pesar de que comparado con ellos, sólo soy un aprendiz.

—¿Usted, un aprendiz?

—Sí, si me compara con Aristóteles, Ptolomeo, Copérnico, Kepler, Galileo, Isaac Newton, o Ole Christensen Roemer. Sí, junto a ellos yo soy un mero aprendiz. ¡Y Einstein un cachorrillo!

—Pero esos sabios que me ha nombrado, ¿no eran fundamentalmente astrónomos? —preguntó Harry.

—Sí, y también filósofos, matemáticos y muchas otras cosas —respondió Möbius—. Las ciencias se solapan unas con otras y se influyen mutuamente, Harry. Como puede ver, he estado muy ocupado. Pero, en todo esto, había un hombre al que deseaba consultar, pero no me atrevía. ¡Y él vino a buscarme! E incluso parecía ofendido de que le hubiéramos excluido.

—¿Y quién es él? —preguntó Harry, muy interesado.

—Pitágoras.

—¿Aún está aquí?

—Y continúa siendo un gran místico, e insiste en que Dios es la ecuación suprema. —Y aquí la voz de Möbius adquirió una peculiar inflexión—: Y el problema es... que ya no estoy tan seguro de que Pitágoras no tenga razón.

Harry aún estaba atónito.

—¿Pitágoras, ocupándose de mi caso? Mi madre me dijo que había mucha gente

que deseaba ayudarme, pero... ¡Pitágoras! ¿Puede perder su tiempo en eso? ¿No tiene otras cosas más importantes que...?

—No —le interrumpió Möbius—. Para él, esto es de una importancia superlativa. ¿No comprende quién era Pitágoras, y qué hizo? ¡Anticipó la teoría de los números en el siglo sexto antes de Cristo! Era el principal defensor de la teoría que sostiene que los números son la esencia de todas las cosas, el principio metafísico del orden racional del universo. Y lo que es más, su principal doctrina teológica era la metempsicosis, o transmigración de las almas.

Harry hizo un gesto que indicaba su confusión.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó.

Möbius suspiró una vez más.

—Muchacho, usted no me escucha. ¡Perdón, sí que lo hace! Pero su actual incapacidad para la aritmética le impide comprender lo que estoy diciendo. ¡Todo se relaciona con usted! Después de dos mil quinientos años, usted es la viva prueba de todo lo que defendía Pitágoras. Usted, Harry, el único hombre de carne y hueso que ha impuesto su mente metafísica sobre el universo físico.

Harry intentó comprender lo que decía Möbius, pero le era imposible. Su ceguera matemática le impedía reflexionar sobre aquello.

—Entonces..., ¿me pondré bien?

—Sí, Harry, vamos a abrir esas puertas. Pero tiene que darnos tiempo, claro está.

—¿Cuánto tiempo?

—Horas, días, semanas —respondió—. No podemos saberlo.

—No puedo esperar semanas —contestó Harry—. Ni siquiera días. Tendrán que ser horas.

—Estamos intentándolo, Harry, estamos intentándolo...

En las montañas de Halmagiu, cerca de las ruinas de su castillo, Janos Ferenczy, hijo carnal de Faethor, vociferaba enfurecido. Había llevado a Sandra y a Ken Layard a un saliente en la montaña, a más de mil quinientos metros de altura. Los mismos vientos nocturnos estaban alborotados por la pasión de Janos; se arremolinaban alrededor de la empinada roca y amenazaban con arrancar de ella a las tres criaturas.

—¡Quedaos quietos! —ordenó Janos con voz amenazante a los elementos.

Y los vientos se calmaron, las nubes cruzaron por la faz de la luna como seres atemorizados, y el furioso vampiro se dirigió a sus vasallos.

—Tú —dijo, y cogiendo a Layard por la piel de la nuca, como una gata a sus gatitos, le arrojó contra el borde del saliente, al filo mismo del abismo—. Ya te he roto los huesos una vez, ¿quieres que vuelva a hacerlo? Y ahora dime: ¿dónde está él? ¿Dónde está Harry Keogh?

Layard se retorció intentando soltarse y señaló hacia el noroeste.

—¡Estaba allí, lo juro! Hace menos de una hora estaba a menos de cien millas de aquí. Yo lo sentí, era una sensación muy fuerte, como la luz de un faro. Pero ahora no hay nada.

—¿Nada? —repitió furioso Janos—. ¿Me tomas por tonto? Tú eras un hombre de talento, un localizador, y como vampiro tus poderes han aumentado de manera inconmensurable. Si alguien puede encontrar a Harry Keogh, ése eres tú. ¿Cómo puede ser que me digas que le has perdido? ¿Cómo puede ser que primero esté allí, y luego no esté? ¿Viene hacia aquí? ¿Se encuentra en algún punto intermedio? ¡Habla! —y le dio una brutal sacudida.

—¡Estaba allí! —gimió Layard—. Le sentí allí, solo, probablemente dispuesto a pasar la noche en ese lugar. Sé que estaba; le localicé y luego pasé sobre él una y otra

vez, pero no me atreví a demorarme por miedo a que me siguiera hasta usted. Pregúntele a la chica, ella le dirá que no miento.

—¡Vosotros sois cómplices! —gritó Janos, obligándole a arrodillarse; luego cogió la transparente túnica de Sandra y la desgarró.

La joven retrocedió desnuda bajo la luna e intentó cubrirse, los ojos amarillos en el pálido óvalo de su rostro. Pero un instante más tarde se irguió. Janos ya le había hecho todo lo peor; cuando el horror embota, la carne no tiene sensaciones ni emociones.

—Él dice la verdad —dijo Sandra—. Yo no podía entrar en la mente del necroscopio, no fuera que él entrara en la mía, y a través de mí en la de usted. Pero cuando sentí que estaba dormido, pensé que podía arriesgarme a echarle un vistazo. Lo intenté... y él ya no estaba allí. Y si estaba, había cerrado su mente.

Janos la miró durante un instante muy largo; su mirada escarlata ardió sobre Sandra y la penetró, hasta que estuvo seguro de que la joven decía la verdad.

—De manera que el necroscopio se aproxima —gruñó Janos—. Bien, eso era lo que yo quería.

—¿Lo que quería? ¿En tiempo pasado? —Sandra le sonrió, puede que con malicia—. Pero ya no lo desea, ¿verdad, Janos?

Él la miró con el entrecejo fruncido, la cogió del hombro y la obligó a arrodillarse junto a Layard. Después volvió la cara hacia el noroeste y extendió los brazos hacia la noche.

—¡Extiéndete, bruma de los valles! —entonó—. Invoco los pulmones de la tierra para que respiren por mí, y lancen al aire su turbio aliento para que oscurezca su camino. Llamo a mis familiares para que le busquen y hagan que yo conozca sus labores, y a las rocas de las montañas para que le desafíen.

—¿Y todo eso le detendrá? —Sandra intentó disimular su desprecio por el vampiro.

Janos volvió hacia ella su mirada púrpura, y Sandra vio que su nariz se había achatado como el hocico de un vampiro, y que las mandíbulas y el cráneo se habían alargado como los de un lobo.

—No lo sé —respondió por fin Janos, y su horrible voz hizo vibrar las terminaciones nerviosas de la joven—. Pero si no lo detengo de esta manera, puedes estar segura de que lo lograré con otros recursos.

Janos descendió con tres vasallos vampiros (guardianes, que cuidaban de la morada en su ausencia y guardaban sus secretos) a las olvidadas entrañas de la tierra, a un lugar de pesadilla que no estaba precisamente abandonado. Allí utilizó sus habilidades nigrománticas para conjurar a una dama tracia mediante sus cenizas. La encadenó desnuda a un muro y convocó a su esposo, un jefe guerrero de enormes dimensiones, que incluso en la actualidad era un gigante, y que en sus días debió de ser considerado un Goliat. Janos ya los había convocado en otras ocasiones, pero ahora su propósito era enteramente distinto. Hacía más de quinientos años que no saqueaba tumbas, y aproximadamente en la misma época había perdido el entusiasmo por las torturas y la necrofilia.

Mientras el guerrero tracio, todavía aturdido se tambaleaba desorientado, gimiendo en el humor púrpura y el agrio olor de su reanimación, Janos le arrastró ante su señora y le encadenó. Él se calmó en el instante en que la vio; las lágrimas cayeron de sus ojos y resbalaron por la curtida piel de sus mejillas y por su barba.

—Bodrogk —Janos habló en la lengua del guerrero—, de modo que reconoces a tu mujer. Observa también cuánto he cuidado sus sales: ella ha resurgido de sus cenizas

perfecta, tal como lo fue en vida, y no como tú, lleno de cicatrices y quemaduras, y marcas producidas por la pérdida de tus sustancias. Tal vez cuando te envíe de nuevo a tu recipiente, debería recoger con más cuidado tus cenizas, tal como lo hago con las de ella. Claro que tú seguramente sabes que ella me ha sido más útil que tú. Porque tú sólo podías darme oro, mientras que ella...

—¡Sois un cerdo! —gritó el otro, con una voz que retumbó como un peñasco al quebrarse, e intentó alcanzar a su torturador.

Janos reía mientras sus vasallos luchaban con Bodrogk para impedir que se soltase. Pero luego dejó de reír y sostuvo en alto una jarra de cristal para que el tracio la viese.

—Ahora quédate quieto y escúchame —le ordenó—. Como ves, tu esposa favorita es poco menos que perfecta. Y que continúe así depende de ti. Ella no ha cambiado desde hace dos mil años, y así seguirá por el tiempo que yo desee, y ni un minuto más.

Mientras hablaba, sus vasallos sujetaron las cadenas de Bodrogk a unas grapas en la pared.

—Observa —dijo Janos.

Cogió una varilla de cristal y la sumergió en el líquido de la jarra, y luego salpicó con unas gotas el amplio pecho del tracio.

Bodrogk se miró, y abrió muy grandes los ojos y la boca en un gesto de asombro cuando el enmarañado vello de su pecho comenzó a humear allí donde el ácido le había salpicado; gimió y se retorció en sus cadenas, y luego cayó de rodillas en la agonía de la tortura. Y el ácido le corroyó hasta que su carne se disolvió y corrió en finos riachuelos rojos y amarillos que descendieron por sus temblorosos muslos. Su esposa, la última de las seis que Bodrogk había tenido en vida, le gritó a Janos que no siguiera torturando a su marido. Y también ella, llorando, se derrumbó entre las cadenas. Su esposo consiguió por fin ponerse en pie, y miró a Janos con ojos rojos de sufrimiento y odio.

—Sé que ella está muerta —dijo—, y que también yo lo estoy, y que vos sois un demonio necrófago y un nigromante. Pero al parecer, hasta en la muerte hay vergüenza, dolor y tormento. Y para evitárselos a ella, decidme qué deseáis de mí. Si conozco la respuesta, os la diré. Si puedo hacer lo que me pidáis, lo haré.

—¡Muy bien! —aprobó Janos—. Tengo a seis de tus hombres en sus urnas funerarias, donde yacen convertidos en sales, en cenizas, en polvo. Y ahora les sacaré de sus *lekythoi* y les reanimaré. Ellos serán mi guardia, y tú su capitán.

—¿Más carne para torturar? —gruñó sordamente Bodrogk.

—¿Qué dices? —dijo Janos con fingida pena—. Deberías agradecérmelo. En otra época eran tus compañeros, y combatíais hombro con hombro. Sí, y puede que volváis a hacerlo. Porque no estoy seguro de que mi enemigo vaya a estar solo cuando me ataque. Yo hasta tengo vuestras armaduras, con las que os defendíais hace tantos siglos, y que fueron enterradas con vosotros. De modo que ya ves, serás de nuevo un guerrero. Y te lo repito, deberías agradecérmelo. Ahora invocaré a esos hombres, y te ordeno que seas su jefe. Tu mujer se queda aquí. Y si permites que un solo tracio se alce contra mí..., será ella quien sufra.

—Janos —dijo Bodrogk, que continuaba mirándole fijamente—. Pedidme lo que queráis, y lo haré. Pero en vida, además de ser un guerrero, era un hombre justo. Y por eso quiero advertiros de una sola cosa: no perdáis jamás el mando. Ya sé que sois un vampiro, y muy fuerte, pero conozco mis propias fuerzas, que son grandes. Si no tuvierais a Sofía encadenada, os habría destrozado a pesar de vuestro ácido. Sólo ella me contiene...

La risa de Janos más parecía un ladrido.

—¡Ese instante nunca llegará! —respondió—. Pero también yo quiero ser justo:

cuando esto esté hecho, y hecho según mis deseos, os convertiré a los dos nuevamente en polvo, y mezclaré vuestras cenizas y las arrojaré para siempre al viento...

—Con eso me basta —respondió el tracio.

—Entonces, que así sea.

Mientras el sol asomaba en el horizonte, Harry Keogh dormía. Pero en el mar Egeo, cerca de Rodas, Darcy Clarke y su equipo iban a bordo de un barco un poco más grande y más rápido que el que habían utilizado la vez antes, y dejaron Tilos a babor para dirigirse hacia el oeste, a Sima. Darcy, mirando distraídamente las aguas del mar, partidas en dos por la proa del barco, repasó una vez más los planes que habían hecho la noche anterior, intentando encontrar en ellos algún punto débil.

Recordó que David Chung se había sentado a la mesa en su habitación, mientras los demás lo rodeaban y contemplaban su actuación. Los padres de Chung habían sido adictos a la cocaína; la droga había arruinado sus cuerpos y sus mentes, matándolos cuando él era poco más que un niño. Y Chung, desde que ingresó en la Organización, había puesto su talento al servicio de un objetivo específico: la destrucción de todos los que traficaban con la miseria humana. De vez en cuando le habían asignado al localizador alguna otra tarea, pero en la Organización E todos sabían cuál era su fuerte.

La noche anterior Chung había empleado una pequeña cantidad de la sustancia que odiaba. Había puesto sobre la mesa un gran mapa del Dodecaneso, y encima del mapa una pizca del polvo tóxico, depositado sobre un delgado papel de fumar.

Chung había pedido silencio, y permaneció sentado allí unos cuantos minutos, respirando profundamente y llevándose de vez en cuando a la boca, con el dedo mojado, unos granos de droga. Después, había hecho volar de un solo soplido el papel de fumar y la droga, y había señalado un punto en el mapa con el dedo índice.

—¡Aquí! —dijo—. ¡Y es un alijo enorme!

Manolis Papastamos y Jazz Simmons aplaudieron, pero Zek, Darcy y Ben Trask no parecían muy sorprendidos. Estaban impresionados, claro está, pero la percepción extrasensorial era para ellos el pan de cada día desde hacía muchos años, y la actuación de Chung no les parecía algo extraño.

Luego Manolis había mirado el mapa de cerca, y había asentido con la cabeza.

—Es la isla de Lazarides —dijo—. De modo que ahora sabemos dónde se esconde el *Lazarus.* Y a bordo está toda esa mierda que el vrykoulakas robó del viejo *Samothraki*.

Después de eso, los planes habían sido los básicos. El objetivo: llegar a la isla en la hora siguiente al alba, cuando la tripulación de vampiros era menos activa, y destruir el *Lazarus,* vampiros incluidos, en el mismo lugar donde estaba anclado.

David Chung no participaba en esta operación; él ya había cumplido su parte, y ahora podía tomar tranquilamente el sol; no iba a ver al resto del equipo hasta que el trabajo estuviera terminado. Y ahora se dirigían a terminarlo.

Manolis trajo a Darcy al presente.

—Otra media hora y estaremos allí. ¿Quiere que veamos de nuevo lo que vamos a hacer?

—No —dijo Darcy—, todos conocen su trabajo. Y yo esta vez sólo soy un pasajero, al menos hasta que lleguemos a la isla y a la morada de Janos.

Darcy miró a su equipo. Zek estaba abriendo la cremallera de su mono. Debajo llevaba un breve bañador amarillo que dejaba muy poco trabajo a la imaginación. Parecía mucho más joven, delgada, bronceada y con un aspecto maravilloso. Con sus ojos azules, su pelo de un rubio dorado y su sonrisa deslumbrante, no habría hombre, vivo o no-muerto, que se resistiera a mirarla.

Su marido la miró y sonrió.

—¿Qué encuentras tan divertido? —le preguntó ella.

—Estaba pensando —respondió Jazz— que me gustaría hundir a esos tipos junto con el barco. No me gusta la idea de que vayan nadando detrás de ti.

—Eso es algo que aprendí en Starside de lady Karen —dijo ella—. Si yo puedo distraerlos, ustedes harán su trabajo más fácilmente, y con menor riesgo. Karen era una experta en distracción.

—¡Oh, sí! ¡Usted los distraerá..., ya lo creo que sí! —afirmó Manolis.

Entretanto, Ben Trask había abierto una pequeña maleta dividida en compartimentos y había sacado cuatro de los seis brillantes discos metálicos de dieciocho centímetros de diámetro y cinco de espesor que allí había. El reverso de cada disco era negro, magnetizado, y en el anverso había una llave de seguridad y un reloj automático. Manolis miró cómo Trask comenzaba a meter las minas ventosa en un par de cinturones de submarinismo, en lugar de las pesas habituales, e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Aún no comprendo cómo consiguió sacar eso de Inglaterra —dijo.

Trask se encogió de hombros.

—En una valija diplomática —respondió—. Puede que nuestra Organización no sea muy conocida, pero somos parte de los servicios de inteligencia británicos.

—Allí delante se ve una roca —anunció Zek desde la estrecha cubierta que había arriba de la cabina—. ¿Es ésa, Manolis?

—Sí —respondió Manolis—. Darcy, ¿puede coger el timón?

Darcy se hizo cargo de la conducción del barco y moderó la marcha. Manolis y Jazz se quedaron en bañador y desaparecieron en el interior de la pequeña cabina. Allí probaron las escafandras e inspeccionaron el resto del equipo de submarinismo. Ben Trask se quitó la chaqueta y se puso unas gafas de sol y un sombrero de paja. Con su camisa hawaiana parecía un rico turista tonto que había salido a pasar el día navegando. Y Darcy podía muy bien ser su hermano.

La isla estaba más cerca, y era evidente que Zek había estado en lo cierto: era poco más que una gran roca. Se veían algunos arbustos, un poco de tomillo y de hierba, y muchísimas rocas... y situada en el centro, por encima de los acantilados de la costa, una torre amarilla de unos cincuenta metros de altura.

Zek la vio y dijo:

—Ésa es una madriguera poco menos que enana —dijo—, pero aun así me hace temblar. Y hay allí al menos dos hombres, o mejor dicho, vampiros.

El barco rodeó la punta de un promontorio y Darcy vio lo que había delante. Pero aunque no lo hubiera visto, su talento ya le había prevenido.

—Permanezcan abajo —le dijo a Manolis y a Jazz, que estaban en el camarote—. Ustedes no existen. Sólo estamos nosotros tres.

Manolis y Jazz hicieron lo que decía Darcy.

Zek se estiró voluptuosa en el techo de la cabina y se puso las gafas de sol; Trask se recostó despreocupadamente, una pierna enganchada a la barandilla. Darcy enfiló el barco directamente hacia la entrada de una pequeña bahía. Y allí, anclado en la bahía, se encontraba un navío blanco, el *Lazarus.*

Trask abrió una botella de cerveza, e hizo como que bebía, echando la cabeza hacia atrás. Sólo se mojó los labios, pero estudió atentamente todo lo que pudo de la isla. Eso era parte de su trabajo; Darcy y Zek, entretanto, estudiaban el *Lazarus.*

La isla consistía en una pequeña playa dentro de dos prolongaciones rocosas que se adentraban en el océano, y una árida cuesta que ascendía hasta el cañón central. Desde este lado, se veía que la parte superior del cañón era una fortaleza en ruinas, o

quizá un faro, con restos de escalones de piedra, muy gastados por la erosión, que subían en zigzag. Pero hacia la mitad del cañón, había una suerte de falsa meseta excavada en la roca, como si siglos atrás la parte de arriba se hubiera partido por el centro, y la mitad se hubiera derrumbado. Alrededor del perímetro de la meseta habían construido gruesos muros, y era evidente que el lugar había sido un baluarte de los cruzados. Hacía tiempo que los antiguos muros se habían desmoronado en parte, pero se veía que estaban construyendo otros nuevos, y eran visibles los andamios adheridos a las ruinas y a la parte superior de la chimenea.

Darcy, entretanto, estudiaba el *Lazarus.* El blanco barco estaba anclado en las aguas profundas del centro de la pequeña bahía. La cadena del ancla se hundía en las aguas azules. Sobre la cubierta, bajo la negra toldilla, un hombre estaba sentado en uno de los sillones. Pero cuando el barco a motor de nuestros amigos entró dentro de su campo visual, el hombre se puso en pie y cogió los prismáticos que llevaba colgados del cuello. Tenía puesto un sombrero de ala ancha y gafas de sol, y se mantuvo prudentemente a la sombra mientras enfocaba con los binoculares a la motora.

Zek medio se sentó, apoyada sobre un codo, y saludó agitando la mano, pero al principio el hombre de los prismáticos la ignoró.

Darcy aminoró aún más la marcha, y describiendo un amplio círculo alrededor del blanco yate, se unió a los saludos de Zek.

—¡Eh, allí! —dijo con su mejor acento de aristócrata inglés—. ¡Hola, los del *Lazarus*!

El hombre fue hasta la puerta del salón, se asomó al interior, y luego volvió a salir. Ahora apuntó sus prismáticos hacia Zek, que continuaba saludando. Esto ya no era necesario, porque el barco a motor estaba a unos escasos quince metros del *Lazarus.* Zek sintió sobre ella la mirada del hombre y se estremeció, a pesar del calor del sol. Al primer hombre se le unió un segundo, que muy bien podría haber sido su hermano gemelo, y observaron en silencio al barco que navegaba en círculos alrededor de ellos, y, sobre todo, miraron a Zek.

Darcy volvió a aminorar la marcha, y un tercer hombre salió del salón del yate blanco. Ben Trask se puso de pie y sostuvo en alto la botella de cerveza.

—¿No quieren una copa? —preguntó, imitando el acento que había adoptado Darcy—. Podríamos subir a bordo...

«Y que lo digas», pensó Darcy.

Zek inspeccionó telepáticamente el barco, no sólo arriba, sino también bajo cubierta. Contó seis individuos en total. Tres dormían. Y todos eran vampiros. Y en ese instante uno de los durmientes despertó. Su mente estaba alerta; era más enteramente vampiro que los otros. Y «vio» a Zek antes de que ésta pudiera ocultar su espionaje telepático.

La joven dejó de saludar y le dijo a Darcy:

—Vámonos. Uno de ellos ha leído en mi mente. No vio mucho, pero sí que no soy lo que aparento. Pero si ahora se marchan, les perderemos.

—¡Les veremos luego! —gritó Ben Trask cuando Darcy viró en dirección opuesta al *Lazarus* y se dirigió hacia el promontorio más alejado.

Ya lejos de los observadores del *Lazarus,* Darcy aminoró la velocidad y dejó que el barco se deslizara junto a una roca plana, cubierta de hierba, y que apenas se alzaba sobre la superficie del mar. Jazz y Manolis salieron de la cabina, se pusieron las máscaras, regularon las válvulas de las escafandras, y cuando Darcy detuvo el motor, pasaron del barco a la roca, y de allí al mar.

—¡Jazz! —gritó Zek—. ¡Ten cuidado!

Puede que Jazz la oyera, y puede que no; su cabeza desapareció de la superficie y

surgió una hilera de burbujas; los buceadores se sumergieron a unos cinco metros de profundidad y nadaron hacia el *Lazarus.*

—Más distracción —observó sombrío Darcy, que viró hacia el mar y aumentó gradualmente la velocidad.

—Darcy —dijo Zek—, esta vez quédate un poco más lejos. Estoy segura de que estarán prevenidos.

Cuando el *Lazarus* estuvo nuevamente a la vista, Ben Trask se arrodilló y cogió una pistola ametralladora Sterling que guardaba en una bolsa bajo el asiento. Extendió la culata y la cargó con proyectiles de 9 milímetros; luego dejó el arma entre sus pies y la cubrió con la bolsa.

A unos ochocientos metros, Darcy giró a babor y se dirigió hacia el barco blanco. Ahora había actividad a bordo, y los tres que estaban en cubierta iban y venían a lo largo de la barandilla, deteniéndose cada pocos pasos para mirar hacia el agua. Jazz y Manolis llegarían en cualquier momento. Darcy se acercó un poco más y Zek comenzó a saludar como antes. Los hombres de cubierta se agruparon junto a la barandilla para mirarla, y Zek sintió otra vez los prismáticos sobre su cuerpo casi desnudo. Pero en esta ocasión el interés no era sexual.

Y luego, cuando Darcy recomenzaba sus vueltas alrededor del *Lazarus,* el ruido de la cadena les indicó que estaban levando anclas, y oyeron que ponían en marcha los motores del yate. Y un cuarto hombre salió a cubierta desde el salón... ¡y llevaba en sus brazos una metralleta!

—¡Jesús! —gritó Ben Trask.

Y su grito fue como la señal para que comenzara la batalla.

El hombre de la metralleta abrió fuego desde la cubierta del *Lazarus,* rociando de plomo al barco más pequeño. Zek había saltado del techo de la cabina, y mientras entraba en el pequeño cubículo, el parabrisas voló hecho trizas y Darcy sintió el latigazo de los proyectiles a su alrededor. Después Trask se puso en pie y devolvió el fuego, y el tirador del *Lazarus* cayó hacia atrás como si le hubiera golpeado un martinete. Rebotó contra un puntal en la cubierta, y luego pasó sobre la borda y cayó al agua. Y otro tripulante corrió a coger la metralleta.

Darcy ya había dado la vuelta al *Lazarus* y se dirigió a mar abierto, pero Zek salió de la cabina, cogió el volante y le dio la vuelta de un tirón, gritando:

—¡Mira! ¡Por Dios, mira!

Darcy le cedió el volante y miró. En el *Lazarus,* el hombre de la metralleta estaba disparando al agua, contra algo o alguien que se alejaba lentamente del flanco del barco blanco. Sólo podía ser Jazz, o Manolis, o ambos.

—¡Lleva tú el barco! —gritó Darcy, y fue junto a Trask, que seguía disparando, y cogió una segunda bolsa que había bajo el asiento. Pero mientras cargaba la pistola ametralladora, hubo otra ráfaga de balas, y Trask gritó y se tambaleó hacia atrás, aunque consiguió no caer por sobre la borda. En el músculo superior del brazo de Trask había un agujero, que se volvió escarlata y comenzó a sangrar un instante después. Pero Darcy ya estaba disparando.

El *Lazarus* se movía; salió dando marcha atrás de la bahía, y luego comenzó a girar lentamente sobre su propio eje, y el agua se agitó furiosa por la acción de las hélices. No podían hacer nada, y dejaron que se marchara. Zek fue hasta donde estaba Trask para ver si podía hacer algo por él. Él hizo una mueca de dolor, pero le dijo:

—No te preocupes, no es nada. Hay que vendarlo, eso es todo.

Dos cabezas salieron a la superficie mientras Zek rasgaba la camisa de Trask para hacerle una venda y un cabestrillo. Darcy aminoró la marcha y ayudó a Jazz a subir a bordo, y un instante después le tocó el turno a Manolis. Y en ese instante el motor

gorgoteó y se detuvo en seco.

—¡Está ahogado! —protestó Darcy.

Pero Ben Trask señalaba el mar y gritaba:

—¡Jesús! ¡Jesús!

El *Lazarus* había dado la vuelta y regresaba. El ruido de sus motores se hacía más intenso a medida que se acercaba al barco más pequeño, y su intención era evidente. Manolis, que intentaba frenéticamente poner en marcha el motor, miró el reloj sumergible que llevaba en la muñeca.

—¡Ya debería haber volado por los aires! —gritó—, ¡Las minas ventosa deberían...!

Y las minas estallaron cuando el *Lazarus* estaba a menos de cincuenta metros. No fue una sola explosión, sino cuatro.

Las dos primeras explosionaron cerca de la popa del barco blanco, con sólo un segundo entre una y otra explosión, lo que lanzó la popa a un lado y luego al otro, y también la elevó fuera del agua. El *Lazarus,* no obstante, continuó avanzando aunque con apenas una fracción de su antiguo ímpetu, pero luego las minas tercera y cuarta estallaron junto a la proa, y eso cambió por completo las cosas. Con la popa ya medio hundida en el agua por la gran brecha abierta por las primeras dos minas, la proa se elevó en medio de una cresta de agua espumosa, y cuando cayó y golpeó el agua, estallaron los motores. La parte trasera del barco se abrió, dejando escapar una gran bola de fuego.

Cuando el resplandor del incendio disminuyó, y un gran anillo de humo subió al cielo con el estertor final del barco, el *Lazarus* exhaló su último suspiro y se hundió en el mar. Briznas de la toldilla en llamas revolotearon sobre el agua y el humo poco a poco se desvaneció; el mar tuvo un gigantesco eructo y lanzó nubes de vapor, el gorgoteo y la ebullición de las aguas continuaron unos segundos más, y luego se hizo el silencio.

—¡Desaparecido! —dijo Darcy cuando recuperó el aliento.

—Así es —respondió Jazz Simmons—. Pero asegurémonos de que ha desaparecido por completo, y con toda la tripulación.

Manolis consiguió poner en marcha el motor y fueron al lugar donde se había hundido el *Lazarus.* Sobre el agua se veía una mancha de petróleo. Y mientras miraban, una cabeza y unos hombros surgieron del agua, y poco después se pudo ver también la parte inferior de un cuerpo ennegrecido. Flotaba en el agua como crucificado, los brazos abiertos y grandes ampollas amarillas reventando en el cuello, los hombros y los muslos. Pero de repente abrió los ojos, los miró fijamente, y comenzó a toser y a escupir flema, sangre y agua salada.

Manolis, sin pensárselo dos veces, detuvo el motor, cogió un arpón, disparó y atravesó el pecho del vampiro. La criatura tuvo uno o dos espasmos, y luego flotó inmóvil en el agua. Pero todavía no podían estar seguros. Zek miró hacia otro lado cuando lo arrastraron hasta el costado del barco, le ataron pesas a los tobillos, y dejaron que se hundiera.

—Rumbo a aguas profundas —comentó Manolis sin emoción—. Hasta los vampiros son de carne y hueso, y si no pueden respirar, no pueden vivir. Además, el fondo del mar es rocoso en esta zona, y hay muchos meros. Aunque sobreviviera, ellos le devorarían antes de que pudiera curarse.

Ben Trask estaba pálido y tembloroso, pero conservaba el dominio de sí mismo. Ahora su hombro estaba bien sujeto.

—¿Y qué ha sido del vampiro que hice caer por la borda?

Manolis llevó el barco hasta el centro de la bahía, donde estuviera anclado el

*Lazarus,* y Darcy gritó y señaló algo que chapoteaba en el agua. A pesar de estar herido, el vampiro nadaba hacia tierra. Se le acercaron, le arponearon y le arrastraron mar adentro, donde procedieron de la misma manera que con el otro vampiro.

—Hemos terminado con ellos —gruñó Ben Trask.

—No del todo —le recordó Zek, señalando la torre de piedra blanca y amarilla que se alzaba en la isla—. Allí hay dos más. —La joven se llevó la mano a la frente, cerró los ojos y pareció concentrarse—: Y puede que haya algo más. Aunque no sé con seguridad qué es...

Manolis acercó la motora a la playa y cogió su arpón. Con él y la Beretta se sentía más tranquilo. Darcy tenía su metralleta y Zek cogió otro arpón. A Jazz le bastaba con la ballesta de Harry Keogh, con la que se había familiarizado durante el viaje. Podrían haber cogido otra metralleta, pero Ben Trask ahora no podía ir con ellos, y por si acaso le dejaron el arma. Su misión era guardar el barco.

Descendieron a la playa, y luego se dirigieron hacia las rocas, y comenzaron la escalada. Había una huella muy fácil de seguir entre los peñascos, y en las zonas más empinadas había escalones tallados en la roca. A medio camino de la torre, se detuvieron para descansar unos minutos y miraron hacia atrás. Ben les está mirando con los prismáticos, y también vigilaba la torre. Hasta el momento no había indicios de vida en el lugar, pero cuando se acercaron a la base, Jazz vio movimiento en las antiguas troneras.

Inmediatamente cogió de un brazo a Zek y la empujó a cubierto, e hizo señas a Darcy y a Manolis para que se refugiaran tras una pila de rocas.

—Si alguna de esas criaturas tiene rifles, podrían matarnos como a moscas —explicó Jazz.

—No deben de tenerlos, o ya habrían disparado —señaló Manolis—. Nos podrían haber matado cuando bajamos a la playa, e incluso cuando estábamos cerca del *Lazarus,* antes de que estallaran las minas.

—Pero han estado mirándonos —observó Zek—. Los percibo telepáticamente.

—Y están esperándonos allá arriba —dijo Jazz, contemplando con ojos entrecerrados los muros blancos de la antigua fortaleza.

—Estamos patinando sobre un hielo muy delgado —dijo Darcy—. Mi talento me está diciendo que ya hemos llegado demasiado lejos.

Les llegó un grito desde la playa. Se dieron la vuelta y vieron a Ben Trask que luchaba por subir la pendiente lo más rápido posible.

—¡Esperad! —gritó—. ¡Esperad!

Llegó a unos treinta o treinta y cinco metros de ellos e hizo un alto para descansar un instante. Y cuando se hubo recuperado, volvió a hablar casi gritando para que le oyeran.

—He mirado con los prismáticos la fortaleza. Algo no está bien. La subida parece muy fácil hasta llegar a los antiguos escalones de piedra, pero no lo es. ¡Se trata de una trampa!

Jazz bajó unos metros y se encontraron a medio camino; el marido de Zek cogió los prismáticos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué clase de trampa?

—Es como cuando escucho a la policía que interroga a un sospechoso —respondió Ben—. Sé de inmediato si miente, aunque no sepa cuál es la mentira. De modo que no me preguntes qué sucede allí arriba, pero créeme; se trata de una trampa.

—De acuerdo —respondió Jazz—. Vuelve al barco. De aquí en adelante iremos prevenidos.

Después de que Ben emprendiera el regreso, Jazz observó con los prismáticos la

zigzagueante y empinada escalera que iba desde la base de la formación rocosa en forma de chimenea hasta los antiguos muros de la fortaleza. Cerca de la cima se abría la entrada de una caverna, erizada de peñascos y fragmentos de roca. La caverna estaba separada del vertiginoso borde y de los escalones por una barrera de gruesos alambres tendidos entre postes de hierro. Unos cables, casi invisibles, colgaban desde la muralla y desaparecían en la penumbra de la cueva. Jazz los contempló durante unos instantes. Es posible que fueran utilizados para detonar las cargas explosivas de una demolición.

Jazz se reunió con los demás, que estaban esperándolo.

—Creo que estamos yendo derecho hacia una trampa —les dijo—. O lo estaremos, si subimos por esos escalones —y explicó lo que significaban.

Darcy cogió los prismáticos, e inspeccionó minuciosamente la roca.

—Es posible que tengas razón. ¡Seguro que la tienes! Si Ben dice que todo está mal, es que lo está.

—No podemos cortar esos cables —dijo Jazz—. Esas criaturas tienen la ventaja de la altura. Desde allí, puede verse hasta a un ratón si sube esos escalones.

—Escuchadme —dijo Manolis, que también había estudiado el camino para subir a la roca—. ¿Por qué no jugamos al mismo juego que ellos? Dejemos que piensen que hemos caído en la trampa.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Darcy.

—Continuamos subiendo, pero nos demoramos un poco, y uno de nosotros va muy por delante de los demás. El sendero describe una curva precisamente debajo de la cueva. Y justo antes de la curva, hay un gran agujero, una especie de concavidad en el risco. Así pues, uno de nosotros acaba de coger la curva y los otros se preparan a seguirlo. Las criaturas de la fortaleza se encuentran en un dilema: ¿aprietan el botón y matan con seguridad a uno, o esperan a que los otros den la vuelta a la curva? Al llegar aquí, el que va al frente se da prisa y pasa el punto de máximo riesgo, y los demás fingen seguirlo. Pero en realidad se asoman para que les vean desde la fortaleza, pero no siguen subiendo. Los vampiros no pueden esperar; ya han dejado escapar a uno de nosotros, y deben a toda costa acabar con los otros tres. Y aprietan el botón. ¡Bum!

Jazz terminó la explicación de Manolis.

—Los tres de la retaguardia se han asomado a la curva, pero los tipos de arriba no saben que ellos están esperando lo que va a suceder. Y cuando los explosivos vuelan los peñascos de la entrada de la cueva, un poco más arriba, los tres se refugian en la concavidad de la ladera.

—Sí —dijo Manolis—, así es como yo lo veo.

—O bien lo dejamos hasta la noche —dijo Darcy, el rostro repentinamente pálido—, y...

—Es tu ángel guardián el que habla —dijo Manolis con expresión de disgusto—. Ya he visto antes esa expresión en tu cara.

Darcy sabía que el griego tenía razón, y maldijo por lo bajo.

—Entonces, ¿quién te parece que debe ponerle el cascabel al gato? —dijo.

—¿Qué dices?

—¿Quién va primero, y corre el riesgo de que le hagan saltar en pedazos?

—¡Pues tú, claro! ¿Quién, si no? —fue la inmediata respuesta de Manolis. Jazz miró a Darcy y preguntó:

—¿Funciona realmente ese talento tuyo?

—Sí —respondió suspirando Darcy—. Soy un deflector.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que mi talento no opera de manera intermitente, sino todo el tiempo. Y me vuelve cobarde. Aun sabiendo que estoy protegido, ¡utilizaría una vela

para encender una bengala! Tú me dices: adelante, Darcy, sube esos escalones. Y mi talento repite sin cesar: huye, Darcy, vete de aquí ya mismo.

—Entonces, lo que debes preguntarte es quién es el jefe, tú o él.

La respuesta de Darcy fue una sombría sonrisa. Luego metió un cargador nuevo en la metralleta y salió al descubierto, donde le podían ver los de la fortaleza. Se dirigió luego a la base de los escalones de piedra y comenzó a subir. Los otros se miraron un instante, y después Manolis fue tras él. Cuando ya no los podía oír, Jazz le dijo a Zek:

—Zek, tú te quedas aquí.

—¿Qué dices? ¿Después de lo de Starside, te atreves a decirme que debería dejarte ir solo?

—No estoy solo. ¿Y qué puedes hacer, armada solamente con un arpón? Te necesitamos aquí, Zek. Si una de esas criaturas consigue escapar de nosotros, tú tendrás que detenerla.

—Eso no es más que una excusa —protestó ella—. Tú mismo lo has dicho. ¿Qué puedo hacer armada solamente con un arpón?

—Zek, yo...

—¡Está bien! —cedió ella—. Ve, te están esperando.

Él la besó y fue tras sus compañeros. Ella esperó a que él comenzara a subir, y luego le siguió. Ya discutirían más tarde...

Justo antes del recodo decisivo, donde los escalones giraban hacia la izquierda y subían por la ladera directamente debajo de la entrada de la amenazante cueva, con su potencial barrera de peñascos, Darcy se detuvo a esperar a que los demás se adelantaran un poco. Respiraba trabajosamente y le temblaban las piernas; no a causa de la subida, sino porque debía combatir las órdenes de su talento instante tras instante.

Miró hacia atrás, y saludó agitando el brazo cuando vio a Manolis y a Jazz. Y luego dio la vuelta al recodo y siguió. Y recordó que cuando había pasado la concavidad que iba a servir de refugio al resto del equipo, se había sentido muy tentado. ¡Pero sabía que si se metía allí, no le sacarían ni con un cartucho de dinamita!

Alzó la cabeza, miró adelante... y le embargó el miedo. Desde donde estaba podía ver la red de alambres que sostenía la masa de rocas a menos de tres metros más arriba. Ya era hora de que siguiera. Aceleró el paso, y salió de la zona de mayor peligro; después se volvió y vio a Jazz y a Manolis que daban la vuelta a la curva. Y en ese preciso instante una piedra se deslizó bajo su pie, y Darcy cayó.

Con los pies colgando del vacío, se cogió de las rocas, y en ese mismo instante supo que lo que temían iba a suceder.

—¡Mierda! —gritó, pegado a los escalones y aferrado a las piedras cuando se oyó la ensordecedora explosión, y la onda expansiva amenazó lanzarlo al espacio.

Después, los fragmentos de roca volaron por todas partes; era como si todo el pico se desmoronara; Darcy, ensordecido por la explosión y medio ahogado por el polvo, sólo podía intentar permanecer en su lugar y esperar a que los oídos dejaran de zumbarle. Pasó un minuto, o tal vez dos, y los ecos del estruendo se desvanecieron. Darcy miró hacia atrás... y vio que Jazz y Manolis trepaban peligrosamente por los escalones, que estaban cubiertos de escombros.

¡Pero más arriba dos de las criaturas bajaban hacia ellos!

Darcy les vio cuando intentaba ponerse en pie: ¡avanzaban al encuentro de los invasores de la roca con los ojos llameantes y los dientes al descubierto! Uno de los vampiros llevaba una pistola, el otro un tridente de los utilizados para capturar pulpos. ¡Y las púas debían de tener veinticinco centímetros de largo!

La metralleta de Darcy había quedado bajo los escombros. Tiró del portafusil,

pero no consiguió desenterrarla. El vampiro de la pistola le apuntaba, y se preparaba a disparar. Algo zumbó por encima de la cabeza de Darcy, y la criatura que le apuntaba dejó caer la pistola y retrocedió tambaleándose, mientras sus manos intentaban arrancar el cuadrillo de madera que le atravesaba el pecho. Se ahogó, emitió un extraño grito, cayó de rodillas y desapareció cuesta abajo.

El otro, armado con su terrible tridente, se lanzó contra Darcy maldiciendo. El agente británico se las arregló para eludir las afiladas púas, y entretanto Manolis se acercó por detrás. Luego el policía griego gritó: «¡Agáchate!» y Darcy se dejó caer al suelo. Oyó las detonaciones de la Beretta de Manolis, y las maldiciones del vampiro se convirtieron en aullidos de rabia y dolor. La criatura, que recibió tres disparos a quemarropa, se tambaleó en los escalones. Darcy le arrancó de las manos el tridente de capturar pulpos y lo golpeó en el pecho con el extremo romo. Y el vampiro rodó aullando hasta la base misma de la roca.

Jazz Simmons se reunió con sus compañeros.

—¿Hacia arriba o hacia abajo? —preguntó, jadeante.

—Abajo —respondió de inmediato Darcy—. Y no te preocupes, no es mi talento quien habla. Simplemente sé lo difícil que es matar a esas criaturas. —Miró a su alrededor y preguntó—: ¿Dónde está Zek?

—Se quedó abajo.

—Una razón más para que descendamos —dijo Darcy—. Después de quemar a esos dos, veremos qué hay allí arriba.

Pero Zek no estaba al pie de la roca, y en ese momento daba la vuelta al recodo. Y cuando la joven vio que los tres estaban sanos y salvos, suspiró aliviada de una manera harto elocuente.

Trajeron gasolina del barco e incineraron a los dos vampiros. Después descansaron un rato antes de subir a la antigua fortaleza. Arriba, Janos se había preparado un lugar de retiro espacioso y espartano; no la madriguera de un wamphyri, tal como las recordaba Zek, pero un lugar igualmente siniestro y ominoso.

Zek utilizó su talento telepático para que la guiara a través de pilas de escombros y aberturas en muros a medio construir, y más allá de ventanas con anchos alféizares desde las que se dominaba el horizonte, y condujo a sus compañeros hasta una escotilla oculta bajo encerados y vigas. La abrieron y vieron escalones gastados por el tiempo que descendían hasta una mazmorra de los cruzados. Los hombres se proveyeron de antorchas y descendieron por la escalera al hediondo corazón de la roca, y Zek los siguió. Abajo encontraron un par de pozos cubiertos, y rodeados de brocales bajos, que parecían hundirse aún más profundamente en la oscuridad, y fue entonces cuando Zek sofocó un grito y se recostó temblando contra uno de los muros.

—¿Qué sucede? —resonó la voz de Jazz en el recinto, iluminado por la vacilante luz de las antorchas.

—Los pozos —susurró ella—. También los había en las madrigueras de Starside. Los wamphyri guardaban allí sus..., sus bestias.

Los pozos estaban cubiertos por tapas hechas de gruesos tablones; Manolis acercó la oreja a una de ellas pero no oyó nada.

—¿Hay algo en los pozos? —preguntó con el entrecejo fruncido.

Zek asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Ahora están en silencio, tienen miedo y esperan. Sus pensamientos son torpes, necios. Pueden ser sifoneadores, o bestias gaseosas, o cualquier cosa. Ellos ignoran lo que son. Pero tienen miedo de que nosotros seamos Janos. Son..., son criaturas de Janos, excrecencias de él.

Darcy, estremeciéndose, dijo:

—Como las criaturas que Yulian Bodescu guardaba en su sótano. Pero no es peligroso mirar. Si lo fuera, yo ya lo sabría.

Manolis y Jazz levantaron la cubierta de uno de los pozos y miraron en el interior. Era negro como la laguna Estigia, y no vieron nada. Jazz miró a sus compañeros, se encogió de hombros, alzó la antorcha y la arrojó al interior del pozo.

¡Y fue como si se hubieran desatado las furias del Averno!

Aullidos, rugidos, maullidos, escupitajos; el clamor era frenético. Por un momento, aunque muy breve, la antorcha caída iluminó el caos monstruoso del fondo del pozo. Vieron ojos, grandes mandíbulas y dientes, una maraña de miembros elásticos. Algo tan terrible que no podía ser descrito con palabras se revolvió allá abajo, saltó, farfulló cosas ininteligibles. Y un instante después la antorcha se apagó, y fue mejor así, porque ya habían visto lo suficiente. Y como el horrible tumulto continuó, Jazz y Manolis volvieron a cubrir el siniestro pozo.

—Vamos a necesitar una buena cantidad de gasolina —dijo Manolis mientras subían la escalera.

—Y madera en abundancia —añadió Jazz.

—Y después unas cuantas minas —dijo Darcy—, para asegurarnos de que estos pozos queden cegados para siempre. Ya era hora de que alguien hiciera una limpieza aquí...

Cuando salieron al exterior, Zek se cogió del brazo de Jazz y dijo:

—Si Janos pudo hacer esto aquí, con el escaso tiempo de que dispuso, imaginaos lo que puede haber hecho en las montañas de Transilvania.

Darcy, cuyo rostro aún tenía el color de las cenizas, miró a sus amigos. Y su garganta estaba tan seca como su voz cuando dijo lo que pensaba:

—¡Por Dios, no quisiera estar en el lugar de Harry Keogh por nada del mundo!

Harry despertó con la seguridad de que algo había sucedido, algo terrible y lejano. En sus oídos sonaron gritos inhumanos y una hoguera ardió ante sus ojos. Pero luego, cuando se sentó en la cama, se dio cuenta de que los gritos eran el canto matinal de los gallos, y el fuego era el sol que iluminaba las ventanas que daban hacia el este.

Y ahora que estaba despierto, había también otros sonidos y sensaciones: los ruidos del desayuno que venían del piso de abajo, y el olor a comida que salía de la cocina.

Se levantó, se lavó y afeitó, y se vistió deprisa. Pero cuando iba a bajar, oyó un campanilleo extrañamente familiar, unos crujidos, y el repiqueteo de pezuñas en el camino. Se asomó a la ventana y le sorprendió el calor del sol que le dio en los brazos; frunció el entrecejo. La amarilla luz solar le irritaba, le hacía sentirse inquieto.

En el camino, cuatro o cinco carromatos marchaban en hilera. Eran gitanos, Viajeros que se dirigían a las montañas lejanas, y Harry se sintió repentinamente ligado a ellos, porque ése era también su destino. Se preguntó si los gitanos cruzarían la frontera. ¿Les permitirían hacerlo? Sería raro que así fuera, porque Ceausescu no era precisamente un admirador de los gitanos.

Harry les miró pasar y vio que él último carromato de la fila estaba cubierto de coronas mortuorias y guirnaldas funerarias de raras formas, tejidas con hojas de vid y flores de ajo. Las pequeñas ventanas del carromato tenían las cortinas corridas; algunas mujeres caminaban junto al vehículo, vestidas de negro, las cabezas gachas, en un duelo silencioso. El carromato era un coche fúnebre, y su ocupante había muerto hacía poco tiempo.

Harry, comprensivo, le habló en la lengua de los muertos.

—¿Se encuentra bien?

Los pensamientos del desconocido eran calmos, despejados, pero aun así se sorprendió ante la intromisión de Harry.

*¿No cree que es un poco grosero sorprenderme de esta manera?* —dijo.

Harry se disculpó de inmediato.

—Lo siento —respondió—, pero estaba preocupado por usted. Ha muerto hace poco y... no todos los muertos son tan estoicos como usted al respecto.

*Ah, pero yo he esperado a la muerte durante largo tiempo. Usted debe de ser el necroscopio.*

—¿Ha oído hablar de mí? En ese caso sabrá que no quería ser grosero. Pero no sabía que los pueblos Viajeros me conocían. Yo siempre pensé que ustedes eran una raza aparte. Quiero decir que tienen sus costumbres, que no siempre son aceptadas por...; no, tampoco es eso lo que quería decir. Tal vez usted tenga razón, y sea una grosería de mi parte.

El otro rió.

*Sé muy bien lo que quiere decir. Pero los muertos son los muertos, Harry, y ahora que han aprendido a hablar unos con otros, ¡hablan! Sobre todo recuerdan, y no tienen ningún contacto real con los vivos. Salvo usted, claro está. Y por eso usted es tema de conversación. ¡Claro que había oído hablar de Harry Keogh!*

—Me doy cuenta de que usted es un hombre culto —dijo Harry—, y muy sabio. Por eso estar muerto no le será tan duro. Lo que era en vida, seguirá siéndolo después de muerto. Y ahora resolverá todas las cosas que le intrigaron cuando estaba vivo, y que nunca pudo aclarar del todo...

*Usted hace lo que puede para que me sienta mejor, y se lo agradezco* —respondió el otro—, *pero en verdad no es necesario. Ya estaba viejo y cansado; creo que estaba preparado para la muerte. Y ahora me dirijo a mi tierra, al pie de las montañas, donde mis antepasados Viajeros me darán la bienvenida. También ellos fueron reyes gitanos, tal como lo soy yo..., o lo fui. Me ilusiona saber que escucharé la historia de nuestra raza de boca de sus protagonistas. Y pienso que es algo que tengo que agradecerle, porque si no fuera por usted ellos yacerían allí como semillas resecas enterradas en el desierto, potencialmente llenas de formas y colores, pero incapaces de manifestarlos. Usted ha sido para los muertos como la lluvia en el desierto.*

Harry asomó medio cuerpo por la ventana y contempló cómo se alejaba el coche fúnebre hasta que desapareció en un recodo del camino.

—Fue un placer conocerle —dijo—. Y si hubiera sabido que era un rey, me habría acercado a usted de manera más respetuosa.

*Harry* —los pensamientos del rey gitano le llegaron, formulados en la lengua de los muertos, y Harry percibió que estaba un poco más inquieto—. *Usted me parece una persona excepcional: bondadoso, compasivo y muy sabio a pesar de su juventud. Y usted ha dicho que ha reconocido en mí una antigua sabiduría. Y es por eso por lo que le pido que acepte un consejo de un experimentado y viejo rey de los Viajeros. Vaya a cualquier parte, menos al lugar al que se dirige. ¡Haga cualquier cosa, menos lo que se ha propuesto hacer!*

Harry estaba intrigado, y también inquieto. Los gitanos tienen extraños talentos, y también los difuntos, aunque su muerte sea reciente.

—¿Me está diciendo la buenaventura? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que cubrí con plata la palma de un Viajero.

*¡Plata, sí!* —exclamó el otro—. *Mis palmas nunca volverán a sentirla, pero han cerrado mis ojos con monedas de ese metal. No. Harry, cúbrase usted de plata, ¡cúbrase usted!*

Ahora Harry no sólo estaba perplejo, sino que comenzó a alentar sospechas. ¿Qué sabría este anciano? ¿Qué podía saber, y qué estaba tratando de decirle?

Los pensamientos de Harry no estaban protegidos, y el rey gitano los percibió y respondió.

*Ya he hablado demasiado, y puede que algunos me consideren un traidor. Bien, dejemos que lo piensen. Después de todo, soy viejo y estoy muerto, y puedo permitirme una última satisfacción. Pero usted ha sido amable, y la muerte me ha puesto más allá de toda pérdida.*

—Su advertencia es siniestra —observó Harry, pero no obtuvo respuesta; sólo una nubecilla de polvo señalaba que por allí había pasado una caravana.

—¡Mi camino ya está fijado! —gritó Harry—. ¡E iré hacia allí! La respuesta fue un suspiro; solamente un suspiro. —Gracias, de todos modos —continuó Harry—. ¡Y adiós!

Y sintió que su interlocutor meneaba tristemente la cabeza...

Harry dejó el hotel Sarkad de Mezobereny a las once de la mañana, y esperó a su taxi a un lado de la carretera. No llevaba más equipaje que una bolsa de viaje que contenía muy pocas cosas: un saco de dormir, un mapa del distrito de pequeño tamaño y unos bocadillos que le había preparado la hija del dueño del hotel.

El sol calentaba mucho, y los sucios cristales del viejo coche parecían aumentar su calor; Harry sintió que le quemaba las muñecas, y la sensación sólo podía compararse con la producida por un molesto salpullido. En Bekes, el primer pueblo por el que pasaron, Harry hizo un alto para comprar un sombrero de paja de ala ancha.

Desde Mezobereny al lugar donde le iba a dejar el taxi, cerca de la frontera con Rumania, había unos veinte kilómetros. Antes de que el conductor se fuera, Harry se aseguró de que su mapa era correcto y de que el paso en la frontera entre los dos países estaba a dos o tres kilómetros más adelante, en un lugar llamado Gyula.

—Sí, Gyula —dijo el conductor del taxi, señalando a la carretera—. Desde la colina verá a Gyula, y a la frontera.

Harry miró cómo daba la vuelta con el coche y se alejaba; después se colgó el bolso del hombro y siguió a pie. Hubiera podido seguir en taxi hasta la misma frontera, pero no había querido que le vieran llegar de esa manera. En un camino vecinal, un caminante pasa más inadvertido.

Estaba en pleno campo; bosques, campos verdes, cultivos, setos, animales que pastaban; parecía una buena tierra. Pero más adelante, y pasada la frontera, se hallaba el macizo central de Transilvania. Quizá no tan ominoso como los montes meridionales, pero de todos modos montañas misteriosas y amenazantes. Y cuando la carretera subía hasta las crestas de las ondulantes colinas, Harry podía ver a unos cincuenta kilómetros los picos de un azul grisáceo. Se erguían en el horizonte, una cadena de brumosos riscos oscurecidos por la distancia y las nubes bajas. El destino de Harry.

Y desde la parte más alta de las colinas también podía ver el puesto fronterizo, con su barrera pintada a rayas rojas y blancas que cruzaba el camino, junto a la casa de los aduaneros, un chalet que parecía austríaco. En otra época, cuando utilizaba el continuo de Möbius, las fronteras no habían inquietado a Harry, pero ahora significaban para él una considerable molestia. Sabía que no había manera de cruzar ésta, al menos no yendo por la carretera. Pero ya había tenido esto en cuenta al trazar su sencillo plan. Ahora que sabía exactamente en qué lugar del mapa se encontraba (y conocía con precisión el trazado de la línea fronteriza), continuaría fingiendo que era un turista, y pasaría tranquilamente el día en algún pueblecito o caserío. Allí estudiaría el mapa hasta conocer la zona de pe a pa, y buscaría una ruta segura a Rumania. Sabía que los de la

Securitatea desplegaban gran celo para evitar que los rumanos abandonaran su país, pero no creía que se preocuparan mucho por los forasteros que pretendían entrar en él. Después de todo, ¿quién, en su sano juicio, pretendería entrar clandestinamente en Rumania? ¿Quién? Pues Harry Keogh...

Al pie de la colina había una encrucijada, y uno de los caminos, el menos importante, se internaba hacia el norte en un espeso bosque. Y a menos de dos kilómetros, cruzando ese bosque..., estaba Gyula. Harry podía ver las columnas de humo que se alzaban de las chimeneas, y las brillantes cúpulas bulbosas de las iglesias. Parecía un lugar tranquilo, que era precisamente lo que convenía a sus planes.

Pero cuando bajó la colina y giró hacia la izquierda, en el interior del bosque oyó otra vez el familiar campanilleo, y vio acampados bajo los árboles a los mismos carromatos gitanos que habían pasado esa mañana bajo su ventana. No hacía mucho que estaban aquí, y los Viajeros estaban terminando de instalar el campamento. Uno de los hombres, que llevaba botas negras, pantalones de cuero y camisa rojiza, y atado a la frente un pañuelo a lunares blancos para sujetar sus largos y brillantes rizos negros, estaba sentado en una valla mordisqueando una brizna de hierba.

Cuando Harry pasó a su lado, le saludó sonriendo y dijo:

—¡Hola, extranjero! Camina solo. ¿Por qué no se sienta a beber conmigo, y se quita el polvo de la garganta? —Tenía en las manos una larga y delgada botella de slivovitz—. ¡El año que destilaron este licor, las *slivas* eran muy fuertes!

Harry iba a decir que no, pero luego se lo pensó mejor. «¿Por qué no?», se dijo. Además, podía estudiar su mapa sentado bajo un árbol. Y de esa manera, llamar menos la atención sobre su persona.

—Es usted muy amable —contestó—. ¡Y habla mi lengua!

El gitano sonrió.

—Hablo muchas lenguas. Un poco de cada una de ellas. Somos Viajeros, ¿y qué otra cosa podría esperarse de nosotros?

Harry entró con él en el campamento.

—¿Y cómo sabía que soy inglés?

—¡Porque no es húngaro! Y porque los alemanes ya no vienen a este lugar. Además, si fuera francés, vendría en un grupo de dos o tres personas, con pantalones cortos y en bicicleta. Pero no sabía que usted era inglés. Y si no me hubiera contestado, seguiría sin saberlo. Claro que, mirándolo bien, usted tiene pinta de inglés.

Harry miró los carromatos, con sus extraños blasones tallados, y sus adornos pintados. Los símbolos eran tan estilizados que parecían fundirse con los adornos, como si hubieran sido escondidos deliberadamente en el diseño. Y cuando los miró más de cerca —aunque mantuvo el aire de un observador casual—, vio que tenía razón, y que los habían ocultado deliberadamente. Estaba interesado en el coche fúnebre, que se hallaba algo apartado de los otros carromatos. Dos mujeres vestidas de negro estaban sentadas en los escalones, las cabezas bajas y los brazos caídos a los lados.

—Un rey muerto —dijo Harry, y vio con el rabillo del ojo que su nuevo amigo se sobresaltaba.

Las cosas comenzaban a tomar forma en su mente, como piezas de un rompecabezas que revelaban una figura.

—¿Cómo sabe que era un rey? —preguntó el hombre.

—Es evidente que el carromato, aunque oculto por las flores y las cabezas de ajo, es espléndido, y digno de un rey de los Viajeros. Y ahora transporta su féretro, ¿verdad?

—Lleva dos féretros —respondió el otro, y miró a Harry con algo de desconfianza.

—¿Y eso?

—El otro es para su mujer. Es la más delgada, de las dos que están sentadas en los escalones. Está muy apenada, y no cree que pueda sobrevivir mucho tiempo a su marido.

Se sentaron en las nudosas raíces de un gran árbol, y Harry sacó sus bocadillos. No tenía hambre, pero quería ofrecérselos a su «amigo» gitano, para agradecerle el buen brandy de ciruelas.

—¿Van a enterrarlos? —preguntó al cabo de un rato Harry.

El gitano señaló hacia el este con aire casual, pero Harry sintió que el hombre le estaba estudiando.

—Sí, a la sombra de las montañas —respondió.

—He visto un puesto fronterizo muy cerca de aquí. ¿Les dejarán pasar?

El gitano sonrió, y un diente de oro relució al sol, que se filtraba entre las ramas de los árboles.

—Éste ha sido nuestro camino desde mucho antes que existieran los puestos fronterizos, o incluso las señales camineras. ¿Usted piensa que ellos querrán detener un cortejo fúnebre? ¿Y arriesgarse así a que los gitanos los maldigan?

—La antigua leyenda de la maldición de los gitanos funciona, ¿verdad? —dijo Harry, sonriendo.

—Sí, funciona —dijo el otro sin responder a la sonrisa de Harry.

Harry contempló el paisaje, aceptó otra ronda de brandy y bebió un buen trago. Era consciente de que los otros hombres de la tribu le miraban, pero disimuladamente, mientras continuaban con los trabajos del campamento. Percibía la tensión que había en ellos, y él mismo se sintió presa de sentimientos contradictorios. Tenía la impresión de que había descubierto la manera de cruzar la frontera, y pensaba que los gitanos aceptarían de buen grado llevarle con ellos. Más que de buen grado: ¡era probable que quisieran llevarle aunque él no lo deseara!

Lo más extraño era que no sentía ninguna animosidad hacia este hombre, hacia la gente de la tribu, aunque ahora estaba convencido de que estaban aquí para hacerle caer en una trampa. No les tenía miedo; de hecho, de todas las circunstancias que podía recordar, ésta era la que menos temor le había inspirado en toda su vida. El problema era el siguiente: ¿debía caer fingiendo no darse cuenta, pasivamente incluso, en la trampa que le tendían, o tenía que intentar salir del campamento? ¿Debía aludir a la situación, hacerles ver que sospechaba de ellos, o seguir haciéndose el tonto? En resumen, ¿era mejor ir con ellos «tranquilamente», o armar un lío y recibir algún que otro golpe?

De una cosa estaba seguro: Janos le quería vivo, deseaba enfrentarse a él cara a cara, de hombre a hombre, y eso significaba que los cíngaros jamás le harían daño. Ahora que estaba atrapado, puede que fuera mejor quedarse quieto y dejar que el monstruo le arrastrara hacia él. Parte del camino, al menos.

*Cuando él abra ante ti sus grandes mandíbulas, métete por ellas; Janos es más vulnerable en el interior...*

*¿Fui yo quien pensó eso, o eres de nuevo tú, Faethor?* —preguntó Harry en la lengua de los muertos.

*Tal vez somos los dos* —respondió una voz profunda en su interior.

*De modo que eras tú* —afirmó Harry—. *Muy bien: en esta ocasión jugaremos a tu manera.*

*¡Muy bien! Créeme: tú (¿o nosotros?) eres quien domina el juego.*

—¿Cree que puedo descansar un rato aquí? —le preguntó Harry al Viajero mientras estaban sentados bajo los árboles—. Es un lugar muy tranquilo, y quisiera sentarme a consultar mi mapa, y planear el resto del viaje. —Harry tomó un último

sorbo de slivovitz.

—Claro que sí. Puede estar seguro de que no corre ningún peligro... mientras esté aquí.

Harry se estiró en el suelo, apoyó la cabeza en el bolso y estudió el mapa. Halmagiu debía estar a unos cien kilómetros. El sol estaba apenas por debajo del cénit, y era pasado el mediodía. Si los Viajeros se ponían en marcha a las dos de la tarde (y si mantenían una velocidad constante de doce kilómetros por hora), llegarían a Halmagiu a medianoche. Y Harry con ellos. No tenía idea de cómo se las arreglarían, pero estaba seguro de que encontrarían un medio para hacerle pasar el puesto fronterizo. Estaba tan seguro de ello como de que había visto un murciélago de ojos rojos que se alzaba del borde de una urna, pintado entre el decorado del carro fúnebre del rey gitano.

Cerró los ojos, y mirando en su interior, le habló en la lengua de los muertos a Faethor:

*Creo que cuando amenacé a Janos con invadir su mente, le hice huir atemorizado.*

*Fue una maniobra audaz de tu parte* —respondió de inmediato Faethor— *Un farol muy astuto. Pero estabas en un error, y es una suerte que Janos se lo haya creído.*

*¡Pero si yo seguía tus instrucciones!* —protestó Harry.

*Entonces, es evidente que no me he explicado bien* —dijo Faethor—. *Yo quería decir que tu mente es tu castillo, y que si él intentaba invadirlo, tú debías tratar de comprender sus reacciones, debías mirar en su mente, e intentar adivinar su funcionamiento. ¡No quería decir que realmente te metieras dentro de ella! Además, eso sería imposible, pues tú no eres telépata, Harry.*

*Ya lo sé* —respondió el necroscopio—, *pero Janos no lo sabía a ciencia cierta. Después de todo, él había visto algunas cosas muy extrañas en mi mente. Tu presencia, entre otras. Y si tú me estabas aconsejando, era obvio que él debía ser muy cauto. La última cosa que él querría —él y cualquiera, incluyéndome a mí—, es tenerte a ti en la mente. Aun así, supongo que tienes razón, y que fue un farol ¡Pero me sentía tan fuerte! Tenía la sensación de que yo tenía las cartas del triunfo.*

*Eres fuerte* —respondió Faethor—, *pero recuerda que a tus fuerzas se añadían las de la chica y las de Layard. Estabas utilizando sus talentos, que han sido enormemente aumentados.*

*Lo sé* —dijo Harry—, *pero me sentía aún más fuerte. Puede que haya sido tu influencia, claro está, pero no lo creo. Yo sentía que todo era mío. Y creo que si hubiera sido un verdadero telépata, habría entrado en su mente. Aunque sólo fuera para hacerle a Janos lo que le hizo a Trevor Jordan.*

Harry sintió la aprobación de Faethor.

*¡Bravo! Pero no corras antes de aprender a caminar, hijo mío.* —Y antes de que Harry pudiera responderle, Faethor preguntó—: *¿Irás con esos cíngaros, esos sucios Zirras?*

*¿Derecho a la boca del lobo?* —respondió Harry—. *Sí, creo que sí. Y ya que no puedo penetrar en su mente, lo haré en lo que podría ser considerado su «cuerpo», y tal vez le arrancaré unos cuantos dientes de camino. Pero quiero que me contestes a algunas preguntas. Si he hecho que le dé miedo intentar una invasión, o seducción mental, ¿qué hará la próxima vez? ¿Qué harías tú, si fueras Janos?*

*¿Qué recursos le quedan?* —respondió Faethor—. *Él piensa que eres su igual en cuanto a poderes mentales, esos poderes que desea robarte. De modo que primero debe conquistarte físicamente. ¿Qué haría yo si fuera él? Asesinarte, y luego, por medio de la nigromancia, arrancarte todos tus conocimientos de las entrañas.*

*La nigromancia era tu arte* —respondió Harry—. *Y el de Thibor y Dragosani. Pero Janos no la domina.*

*Pero domina otras artes de magia, antiguas y extrañas. Puede reducirte a cenizas, y luego reanimarte, convocándote mediante tu esencia química; y puede torturarte hasta que no seas más que una ruina, incapaz de defenderte... y penetrar entonces en tu mente. ¡Y apoderarse allí de lo que desee!*

Cuando Harry escuchó esto, ya no se sintió tan poderoso. Además, el slivovitz era más fuerte de lo que él pensaba, y había bebido bastante. De repente sintió que estaba mareado, y era a la vez presa de una alcohólica alegría, y al mismo tiempo percibió el peso de una manta con la que le cubrieron las piernas. Estaba fresco bajo los árboles, y alguien, por el momento, al menos, se preocupaba por su bienestar. Entreabrió apenas los ojos y vio a su «amigo» gitano de pie junto a él, mirándolo. El hombre hizo un leve saludo con la cabeza, sonrió y se marchó.

*Estos perros son traicioneros y muy listos* —comentó Faethor.

*Claro* —respondió Harry—. *Han sido muy bien enseñados...*

A pesar de que Harry pensaba que no estaba falto de horas de sueño, se adormeció. Desde hacía dos o tres días se sentía fatigado, como si estuviera convaleciente de alguna pequeña infección vírica, quizás algo que se le había contagiado en las islas griegas. Pero era una enfermedad rara, que por un lado le hacía sentirse muy vigoroso, y fatigado por el otro. Quizás era el agua, o el cambio de aires, o la intensa actividad mental que había desplegado, incluyendo el uso del lenguaje de los muertos, que le había sido devuelto hacía muy poco tiempo. Podía deberse a cualquiera de estas cosas... o tal vez a otra.

Harry comenzaba a soñar cosas muy extrañas —acerca de un mundo de ciénagas y montañas y madrigueras construidas de piedras, huesos y cartílagos— cuando recibió la visita de Möbius.

*¿Harry? ¿Se encuentra bien, muchacho?*

*Claro que sí* —respondió—, *sólo estaba descansando. Necesitaré estar en plena posesión de mis fuerzas. La batalla se acerca, viejo amigo.*

*Usa expresiones muy extrañas, Harry* —dijo perplejo Möbius—. *Y no parece el mismo.*

El sueño de Starside de Harry se desvaneció, y percibió mejor las palabras de Möbius.

*¿Qué ha dicho? ¿Uso expresiones extrañas? ¿Y no parezco el mismo?*

*¡Eso está mejor!* —dijo Möbius con un suspiro de alivio—. *Por un instante pensé que estaba hablando con otra persona.*

*Y quizá lo estaba* —contestó Harry entrecerrando los ojos. Buscó a Faethor en su mente y le envolvió en un manto de soledad.

*Ya está* —le dijo a Möbius—. *Puedo mantenerle allí mientras hablamos.*

*¿Un extraño inquilino?* —preguntó Möbius.

*Sí, un indeseable. Pero ahora he tapado la entrada de su ratonera. Prefiero estar solo. ¿Y qué es lo que ha venido a decirme, August?*

*¡Que ya estamos a punto de conseguirlo!* —respondió el otro de inmediato—. *Estamos descifrando el código, Harry, y muy pronto tendremos la respuesta. He venido a traerle esperanza. Y a pedirle que demore un poco el combate, para que nosotros...*

*Ya es demasiado tarde para eso* —respondió Harry—. *Es ahora o nunca. Esta noche iré a enfrentarle.*

Möbius pareció otra vez perplejo.

*¡Pero si parece usted impaciente!*

*Él se apoderó de lo que era mío, me desafió, me ofendió gravemente* —respondió Harry—. *Y si pudiera, me reduciría a cenizas, me volvería luego a la vida, me torturaría*

*para conocer mis secretos, e incluso invadiría el continuo de Möbius. Y ése no es su territorio.*

*¡Ya lo creo que no! No pertenece a nadie. Simplemente es...* —la voz de Möbius, hablando la lengua de los muertos, sonaba de nuevo distraída, y eso hizo que Harry se concentrara y se consolidara dentro de su propia personalidad.

*¿Simplemente es?* —repitió las últimas palabras de Möbius—. *¡Pues claro que es! ¿Qué quiere decir con eso?*

*Lo piensa todo* —respondió Möbius—. *Por consiguiente, lo es... ¡todo!*

Pero algún extraño proceso había comenzado en él. Se desvanecía, se alejaba, regresaba a la dimensión de los números puros.

Y Harry no intentó retenerlo y le dejó marchar.

# Capítulo dieciséis

*Hombre a hombre, cara a cara*

—Harry —alguien lo cogió del hombro y lo sacudió—. ¡Harry, despierte!

El necroscopio se despertó de inmediato; fue casi como si pasara por una puerta de Möbius de una existencia a otra, del sueño a la vigilia. Vio al gitano con el que había hablado y compartido la comida, y cuya manta le cubría las piernas. Y su primer pensamiento fue: «¿Cómo conoce mi nombre?». Pero un instante después se tranquilizó. Claro que conocía su nombre. Janos se lo había dicho. Seguramente había dicho ya a todos sus vasallos y a sus servidores humanos el nombre de su mayor enemigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry incorporándose.

—Ya ha dormido una hora —respondió el otro—. Muy pronto partiremos. Voy a coger mi manta. Además, hay algo que usted debería ver.

—¿Sí?

El gitano asintió con un gesto. Sus ojos tenían una mirada alerta, y eran agudos y oscuros.

—¿Tiene usted un amigo que le está buscando?

—¿Qué dice? ¿Un amigo en este lugar?

¿Era posible que Darcy Clarke o alguno de los del grupo de Rodas le hubiera seguido hasta aquí? Harry hizo un gesto negativo.

—No, no creo.

—¿Un enemigo que le esté siguiendo, entonces? ¿En un coche?

Harry se puso en pie.

—¿Ha visto un coche? Muéstremelo.

—Sígame —dijo el gitano—, pero con disimulo.

El gitano marchó a paso rápido por entre los árboles hasta llegar a un seto. Harry le siguió, y vio a los otros gitanos, dispersos aquí y allí en el campamento. Los hombres estaban silenciosos y tensos bajo la verde sombra de los árboles. Habían empacado todas sus pertenencias, y estaban preparados para emprender la marcha.

—Allí —dijo el guía de Harry, y se hizo a un lado para que el necroscopio pudiera mirar por entre los arbustos.

Al otro lado del camino un hombre estaba sentado al volante de un viejo escarabajo Volkswagen y miraba la entrada del campamento. Harry al principio creyó que no lo conocía..., pero pensó que sí. Ahora que su atención se concentraba en él, recordó dónde lo había visto. El hombre estaba en el avión. Y posiblemente también en Mezobereny. Aquella boquilla era inconfundible. Y también su estilo amanerado, casi femenino. Y ahora Harry también recordó su primera escaramuza con la Securitatea en Rumania. ¿Era posible que este hombre fuera el contacto de los servicios secretos rumanos en Rodas? ¿Quizás era un agente de la Organización E soviética?

Harry miró al gitano que estaba a su lado y le dijo:

—Sí, es posible que sea un enemigo —y en ese instante vio que su compañero empuñaba un cuchillo—. ¿Y eso? —le preguntó, alzando una ceja.

El otro sonrió sin alegría.

—A los cíngaros no nos gustan los vigilantes silenciosos.

Harry, sin embargo, se preguntó si el cuchillo no sería para evitar que intentara

huir.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó.

—Mirar —dijo el otro.

Una joven gitana, con un vestido de brillantes colores y un mantón, cruzó la carretera y fue hasta el coche; Nikolai Zharov se irguió tras el volante. Ella le mostró una cesta llena de fruslerías y le dijo algo. Pero él rechazó con la cabeza. Después le mostró unos billetes y se dirigió a ella con expresión inquisitiva. Ella cogió el dinero, asintió vigorosamente con la cabeza, y señaló hacia el bosque. Zharov frunció el entrecejo y volvió a interrogarla. Ella le respondió con más firmeza aún, dio una patada en el suelo y señaló nuevamente en dirección a Gyula, siguiendo el camino del bosque.

Zharov finalmente asintió y arrancó el coche. El ruso se alejó en medio de una nube de polvo. Harry se volvió hacia el gitano y le dijo:

—Entonces, era un enemigo y la chica lo ha enviado en una dirección falsa.

—Sí. Y ahora tenemos que irnos de aquí.

—¿Tenemos? —preguntó Harry sin dejar de mirarlo.

El hombre enfundó el cuchillo.

—Nosotros, los Viajeros. ¿Quién, si no? —respondió el gitano—. Si usted hubiera estado despierto, podría haber comido con nosotros. Pero no se preocupe, le hemos guardado un poco de sopa.

Y otro hombre se acercó con un cuenco y una cuchara de madera, que ofreció a Harry. Harry miró la sopa.

*¡No la beba!* —le dijo una voz en la lengua de los muertos, y Harry reconoció la voz del rey gitano.

*¿Veneno?* —preguntó mentalmente Harry—. *¿Su gente intenta envenenarme?*

*No, sólo quieren que se esté quieto por una hora o dos. Y si bebe eso, lo estará.*

*¿Quieto y enfermo?*

*No. Tal vez un leve dolor de cabeza, que desaparecerá con un sorbo de agua. Pero si bebe la sopa... todo está perdido. Cruzará la frontera, y le llevarán a las antiguas colinas y a las escarpadas montañas, que, como usted sabe, pertenecen a Ferenczy.*

*Que así sea, entonces* —respondió Harry con un gruñido de satisfacción, y bebió la sopa...

Nikolai Zharov fue hasta Gyula, y ya se hallaba en el centro de la ciudad cuando prestó atención a una vocecilla que resonaba en su cabeza y le repetía, a cada instante con mayor insistencia, que era un tonto. Finalmente dio la vuelta con el coche y regresó al lugar de donde venía. Ya comprobaría más tarde si Keogh había ido a Gyula, pero entretanto, si la joven gitana le había mentido...

Los Viajeros habían levantado el campamento, y parecía que nunca hubieran pasado por allí los gitanos. Zharov soltó una maldición, giró a la izquierda, en dirección a la ruta principal, y apretó el acelerador. Y vio a lo lejos que el primer carromato pasaba por el puesto fronterizo.

Llegó al puesto con un rechinar de ruedas, saltó del coche y corrió hacia el interior de la caseta construida en el estilo de los chalets. El guardia que estaba sentado tras la mesa cogió su gorra y se la encasquetó de inmediato. Miró con furia a Zharov y el ruso le devolvió la mirada. Por los sucios cristales de las ventanas se veía al último carromato de los gitanos pasar bajo la barrera, que estaba levantada.

—¿Cómo permite eso? —chilló el ruso—. ¿Está loco? ¿Qué es usted, húngaro o rumano?

El guardia era joven, gordo y rubicundo. Era un campesino de Transilvania, que había ingresado en la Securitatea porque le había parecido que así tendría una vida más

fácil. No se ganaba mucho dinero, pero al menos podía hacerse el matón de vez en cuando. Y, claro está, no le gustaba que nadie hiciera el matón con él.

—¿Y usted quién es? —dijo con voz amenazante.

—¡Payaso! —volvió a chillar Zharov—. ¿Así que esos gitanos van y vienen cuando quieren? ¿No es esto un puesto fronterizo? ¿Sabe el presidente Ceausescu que esa escoria pasa sus fronteras sin siquiera pedirle permiso a usted? ¡Mueva su gordo trasero y sígame! ¡En esos carromatos se esconde un espía!

La expresión del guardia había cambiado. Zharov, a pesar de su acento extranjero, podía ser un oficial de alto rango de la Securitatea. En verdad, actuaba como si lo fuera. ¿Pero qué era esa historia de espías? El guardia, medio sofocado y con la tez aún más rubicunda, salió deprisa de atrás de su mesa, se abrochó un botón de la camisa azul manchada de sudor, y se acarició nervioso la barba de dos días que le cubría las mejillas. Zharov le condujo fuera de la caseta, subió al coche y abrió la puerta del otro lado para que el guardia se sentara junto a él.

—¡Suba! —le ordenó.

El desconcertado guardia se acomodó como pudo en el pequeño asiento y protestó:

—¡Pero los Viajeros no son un problema! ¡Nadie se preocupa por ellos! ¡Si han hecho este camino desde hace años! Y ahora llevan a uno de los suyos para enterrarlo. Y no creo que esté bien impedir un funeral.

—¡Idiota! —Zharov apretó el acelerador a fondo, se acercó peligrosamente a la parte trasera de la caravana, y luego se puso a la par—. ¿Ni siquiera se molestó en mirar por si estaban tramando algo? ¡No, claro que no! Le digo que llevan a un espía británico llamado Harry Keogh. Le buscan en Rumania y en la URSS. Y ahora está en el país de usted, y por consiguiente bajo su jurisdicción. Usted podría apuntarse un tanto... si sigue mis instrucciones al pie de la letra.

—Sí, ya lo veo —murmuró el guardia, aunque en verdad no veía nada.

—¿Está armado?

—¿Yo? ¿Aquí? ¿Para matar ardillas?

Zharov gruñó y apretó el freno, atravesando el coche frente al primer carromato. La columna perdió velocidad de inmediato y luego los carricoches chocaron en acordeón, mientras Zharov y el guardia fronterizo bajaban del coche.

El agente de la KGB señaló hacia los carromatos, de los que estaban bajando los enfadados gitanos.

—¡Regístrelos! —ordenó.

—¿Pero qué tengo que buscar? —preguntó el guardia, todavía perplejo—. Se trata de carromatos; tienen un asiento delante, una puerta atrás, y una habitación en el medio. Con una mirada será suficiente.

—Tiene que buscar un espacio en el que puedan esconder un hombre. ¡Eso es lo que tiene que buscar! —dijo Zharov con voz cortante.

—¿Y qué aspecto tiene ese hombre? —insistió el guardia.

—¡Estúpido! —gritó Zharov—. ¡Pregunte más bien qué aspecto no tiene! ¡No tiene la pinta de un gitano!

Los Viajeros estaban furiosos, y su furia se iba haciendo más intensa a medida que el ruso y su ayudante de la Securitatea marchaban junto a la columna de carromatos, abriendo las puertas y mirando en el interior de los vehículos. Cuando se acercaron al último, que era el coche fúnebre, un grupo de cíngaros les cortó el paso.

Zharov sacó la automática y la agitó ante los hombres.

—Fuera del camino. Si se entrometen, la usaré. Esto es un problema de seguridad, y puede traer graves consecuencias. Ahora, abran esa puerta.

Se adelantó el gitano que había hablado con Harry Keogh.

—Éste era nuestro rey. Vamos a enterrarlo. Usted no puede entrar en este carro.

Zharov apoyó el cañón de la automática contra la mandíbula del gitano.

—Abra ahora mismo —ladró—, o tendrán que enterrar a dos.

Abrieron la puerta; Zharov vio dos féretros colocados sobre caballetes que estaban clavados al suelo para que no se movieran. El agente soviético subió los escalones y entró. El guardia fronterizo y el gitano fueron tras él. Zharov señaló el ataúd de la derecha y dijo:

—Ése..., ¡ábralo!

—Usted está maldito. Y lo estará por todos los días que le quedan de vida..., que no son muchos.

Los féretros eran muy rústicos, construidos por los mismos gitanos. Zharov le dio su pistola al avergonzado guardia, que se temía que la próxima maldición fuera dirigida contra él, y sacó su cuchillo de mango de hueso. Cuando apretó un resorte, apareció una varilla de hierro, de punta aguzada y veinticinco centímetros de largo. Zharov, sin demorarse, alzó el brazo y la clavó en la tapa del féretro, allí donde debía encontrarse el rostro del que yacía en su interior, quienquiera que fuese.

Alguien sofocó un grito dentro del ataúd, y algo se restregó contra la tapa.

Al gitano parecieron saltársele los ojos de las órbitas; se persignó y retrocedió con piernas temblorosas. Y el guardia hizo lo mismo. Pero Zharov no se dio cuenta. Y tampoco percibió un olor punzante, que no era solamente el de las ristras de ajos. Con una mueca salvaje arrancó el arma que había clavado en el ataúd y metió la punta bajo el borde de la tapa, haciendo presión aquí y allí hasta que la desprendió. Luego cogió el mango de hueso del arma entre los dientes, para tener las manos libres, cogió la cubierta del féretro y la levantó.

Y desde adentro alguien le ayudó a hacerlo... ¡pero no era Harry Keogh! Y luego...

Mientras el ruso le miraba con ojos de espanto, Vasile Zirra tosió y se revolvió en su féretro, y alzó un brazo correoso para coger a Zharov y poder levantarse.

—¡Mi Dios! —exclamó horrorizado el agente de la KGB, y el cuchillo que sostenía con los dientes cayó dentro del ataúd.

El viejo rey gitano cogió el arma de inmediato y la clavó hasta la empuñadura en el saltón ojo izquierdo de Zharov, hasta que la punta de acero rozó los huesos interiores de la parte trasera del cráneo del agente soviético. Ya era suficiente, más que suficiente.

Zharov, con el rostro cubierto de sangre, retrocedió con movimientos de autómata hasta dar con la pared lateral del carromato, y luego se desplomó de lado. Al caer emitió un estertor, se retorció brevemente en el instante de golpear el suelo, y luego se quedó inmóvil.

Pero fue lo único que permaneció de esa manera.

En el frente de la columna, un gitano llevó el coche de Zharov hasta una zanja al borde de la carretera. El patán de la Securitatea corrió en dirección al puesto de la frontera, gritando: «¡Yo no tengo nada que ver con eso! ¡Yo no tengo nada que ver con eso!». El gitano que había hablado con Harry pasó por encima del cuerpo de Zharov, miró temeroso a su viejo rey que yacía otra vez bien muerto en su féretro, se persignó por segunda vez y volvió a cerrar el ataúd. Luego alguien gritó: «¡Adelante!», y la columna se puso nuevamente en marcha.

A poco menos de un kilómetro de allí, donde la zanja paralela a la carretera era más profunda, y cubierta de zarzas y ortigas, abandonaron el cadáver de Zharov. Lo arrojaron desde un carromato a la zanja, y en un segundo desapareció de la vista oculto por la vegetación...

Mientras Harry bebía la sopa, con droga y todo, hasta la última gota, había puesto en acción el talento de Wellesley, y por consiguiente su mente se cerró a toda interferencia del exterior. La poción de los gitanos era de efecto rápido; Harry no había advertido cuándo le llevaron al coche fúnebre y le introdujeron en el segundo féretro.

Pero su aislamiento mental también tenía sus desventajas. Por una parte, los muertos no podían comunicarse con él. Harry, claro está, había tenido esto en cuenta, y también lo que le dijera Vasile Zirra sobre el corto tiempo que duraba el efecto de la pócima. Y había pensado que, después de todo, podía permitirse estar incomunicado durante una o dos horas. Pero lo que el viejo rey no le había dicho era que una cucharada o dos de sopa serían suficientes. El necroscopio se la había bebido toda, y la dosis era muy grande.

Y ahora, mientras despertaba lentamente —y se hallaba a medio camino entre el mundo subconsciente y el de la conciencia—, dejó caer la protección mental de Wellesley y se permitió vagabundear entre las ráfagas de voces que le llegaban en la lengua de los muertos.

*¿Harry Keogh?* —la voz del viejo rey muerto sonaba triste y llena de frustración—. *Es usted un joven muy audaz. La araña está esperándole, y usted se ha arrojado en su tela. Porque fue amable conmigo —y porque los muertos le aman— puse mi posición en peligro para prevenirle, pero usted ignoró mi consejo. Y ahora deberá sufrir el castigo.*

Harry, cuando oyó hablar de castigo, despertó con mayor rapidez. Aunque todavía no había abierto los ojos, sentía el balanceo del carromato, y supo que estaban en marcha. Pero ¿cuánto faltaría para llegar a destino?

*Usted bebió toda la sopa* —le recordó Vasile—. *Halmagiu está... muy cerca. Conozco bien esta tierra, y puedo darme cuenta de dónde estamos. Falta poco para la medianoche, y ya se vislumbran las montañas.*

Harry se asustó un poco entonces, y despertó del todo. Y se asustó aún más cuando descubrió que estaba dentro de un cajón que por su forma debía de ser un ataúd. Pero Vasile Zirra le tranquilizó.

*No, no es su tumba, sino su refugio. Le pusieron allí para cruzar la frontera* —dijo el viejo rey, y luego le contó lo sucedido con Zharov.

Y Harry le respondió con un susurro, dentro de los confines del frágil ataúd:

—¿Usted me protegió?

*Usted tiene el poder, Harry* —dijo el otro encogiéndose de hombros—. *De modo que lo hice en parte por usted, y en parte por..., por él.*

—¿Y quién es él? —Pero Harry sabía muy bien a quién se refería el rey—. ¿Janos Ferenczy?

*Cuando usted se dejó drogar, se puso usted mismo en sus manos, y en las manos de su gente. La tribu de los Zirras es de Janos Ferenczy, hijo.*

La respuesta de Harry fue amarga, en un tono que raramente usaba con los muertos:

—¡Si es así, los Zirras son unos cobardes! Al comienzo, mucho antes de que usted naciera (en realidad, hace más de siete siglos), Janos engañó a los Zirras. Les sedujo, les fascinó, se los ganó mediante la hipnosis y otros poderes que había heredado de su malvado padre. Consiguió que los Zirras le amaran, pero sólo para utilizarlos. Antes de Janos, los verdaderos wamphyri eran siempre leales a sus criados, y por eso se ganaron el eterno respeto de los cíngaros. Había entre ellos un verdadero vínculo. ¿Pero qué les ha dado a ustedes Janos? Sólo terror y muerte. Y le temen hasta después de muertos.

*¡Sobre todo después de muertos!* —fue la pronta respuesta—. *¿No sabe lo que él podría hacerme? Es un ave Fénix, que ha surgido de las llamas del infierno, sí, y podría*

*resucitarme también a mí de mis cenizas. Y esta vieja carne, estos viejos huesos ya han sufrido demasiado. Son muchos los valientes hijos de los Zirras que han ido a esas montañas para apaciguar al gran boyardo; entre ellos, Dumitru, mi propio hijo, que nos abandonó hace tiempo. ¿Cobardes? ¿Qué podríamos hacer nosotros, que sólo somos hombres, contra el poder de los wamphyri?*

—¡Él no es wamphyri! —exclamó Harry—. Quiere serlo, pero hay algo en la verdadera esencia de un vampiro que aún se le escapa. ¿Qué podría hacer usted contra él? Si realmente quisiera, podría ir con un grupo de sus hombres hasta el castillo de Janos en las montañas, buscarlo y terminar con él allí mismo. Podrían haberlo hecho hace diez, veinte, cien, incluso trescientos años. Y es lo que yo debo hacer ahora.

*¿Que no es wamphyri?* —el interlocutor de Harry parecía atónito—. *¡Sí que lo es!*

—Se equivoca. Janos tiene su propia clase de nigromancia (que, por cierto, es tanto o más cruel que otras prácticas de los wamphyri), pero no es un arte verdadero. Él puede cambiar de forma, pero tiene límites. ¿Acaso puede convertirse en una hoja que vuela al viento? No, Janos utiliza un avión. Es un impostor; un vampiro poderoso, peligroso e inteligente, pero no es un wamphyri.

*Él es lo que es* —dijo Vasile—. *Y sea cual sea su naturaleza, es demasiado fuerte para mí y para los míos.*

Harry soltó un bufido irónico.

—Entonces, déjemelo a mí. Tendré que buscar ayuda en otra parte.

El anciano rey gitano, ofendido por el tono burlón de Harry, dijo:

*Además, ¿qué sabe usted de los wamphyri? Nadie sabe nada de ellos.*

Pero Harry no hizo caso de él, y envió sus pensamientos —en la lengua de los muertos— hacia el cementerio de Halmagiu. Y desde allí, hasta el castillo en ruinas en las montañas...

Docenas de negros murciélagos rumanos volaban por encima de los vehículos y escoltaban la columna de carromatos a su paso por los brumosos campos de Transilvania. Eran los mismos murciélagos que volaban encima de los ruinosos muros del castillo Ferenczy.

Janos estaba allí, una oscura silueta en un peñasco que dominaba el valle. Como un gran murciélago, husmeaba la noche y observaba no sin satisfacción la niebla de un blanco lechoso que cubría los valles. La niebla era suya, como lo eran los murciélagos, y los cíngaros Zirras. Y a su manera, Janos se comunicaba con todos ellos.

—¡Mi gente lo tiene! —dijo, como para recordárselo a sí mismo.

Había repetido a menudo esta frase durante la tarde, y por la noche. Se volvió hacia sus vasallos vampiros, Sandra y Ken Layard, y dijo una vez más:

—Tienen al necroscopio, y me lo traerán. Está dormido, narcotizado, y sin duda es por eso por lo que no podéis leer sus pensamientos o localizarle. Porque vuestros poderes tienen grandes limitaciones.

Pero Janos no había terminado de hablar cuando su localizador dio un respingo.

—¡Ah! —exclamó Layard—. ¡Allí está!

Janos lo cogió del brazo y preguntó:

—¿Dónde? ¿Dónde está?

Layard tenía los ojos cerrados; se estaba concentrando. Su cabeza giró lentamente en un semicírculo que abarcaba todo el valle, para detenerse finalmente con el rostro en dirección a Halmagiu.

—Está cerca —dijo—. Allí abajo, cerca de Halmagiu.

Los ojos de Janos se encendieron. Miró a Sandra.

—¿Y bien?

Ella legó sus poderes telepáticos a las corrientes extrasensoriales de Layard.

—Sí —dijo, con un gesto afirmativo—. Está allí.

—¿Y sus pensamientos? —insistió ansioso Janos—. ¿Qué está pensando el necroscopio? ¿Tiene miedo? Sí, ese hombre tiene múltiples talentos, ¿pero de qué le servirán contra músculos que son absolutamente despiadados? Él habla con los muertos, sí, pero mis cíngaros están vivos.

Y para sus adentros, Janos pensó:

*Sí, él habla con los muertos. Hasta lo hace con mi padre, que de vez en cuando se aloja en su mente. Y eso significa que así como yo conozco al necroscopio, el perro me conoce a mí. No puedo bajar la guardia un solo instante. Esto no terminará... hasta que no termine. Quizá debería hacer que le mataran ahora mismo, y luego resucitarlo cuando me plazca. ¿Pero qué gloria, qué satisfacción habría en ello? No es ésa la manera de hacerlo, no si quiero ejecutarlo al modo de los wamphyri. Yo mismo debo matarlo, y luego hacerlo resurgir de sus cenizas para que me reconozca como su señor.*

Sandra se aferró al brazo de Layard e intentó percibir los pensamientos de Harry... y un instante después se alejó bruscamente del localizador, tan bruscamente que chocó con Janos. Éste la cogió, evitando que cayera.

—¿Qué sucede?

—¡Él... está hablando con los muertos!

—¿Con qué muertos? ¿Dónde?

—En el cementerio de Halmagiu. ¡Y..., y en su castillo!

—¿Halmagiu? —el hocico de murciélago se estremeció—. Los aldeanos me temen desde hace siglos, me temían incluso cuando yo no era sino polvo en una urna. No conseguirá nada allí. ¿Y los muertos en mi castillo? En su mayoría pertenecen a la tribu de los Zirras. —Janos soltó una risa horrible, y quizás un tanto nerviosa—. Ellos dieron sus vidas por mí, y no le escucharán después de muertos. ¡El necroscopio pierde el tiempo!

Sandra, a pesar de su fortaleza de vampiro, aún estaba conmovida.

—Él ha hablado con muchos, y no todos eran gitanos. En vida eran guerreros. He percibido apenas el levísimo murmullo de sus mentes muertas, pero todos ellos arden de odio hacia usted.

Janos se quedó mudo un instante, pero de inmediato lanzó una carcajada que parecía un aullido.

—¿Mis tracios? ¿Mis griegos, mis persas, mis escitas? Son polvo, las meras sales químicas que componen a un hombre. Los únicos que tienen forma son los guardias que he resucitado. El necroscopio puede hacer que los muertos se levanten de sus tumbas, pero no puede dotarlos de carne y huesos si sólo son un puñado de cenizas. Y aunque pudiera, yo volvería a reducirlos a su condición anterior. Él está desesperado e intenta reclutar aliados imposibles. ¡Deja que hable con ellos!

Janos volvió a reír, y volviéndose hacia el castillo en ruinas, dijo entrecerrando los ojos purpúreos:

—Vamos; hay que preparar ciertas cosas...

Un puñado de cíngaros condujo a Harry a través de los bosques, y más allá del otero al pie del peñasco, donde se alzaba el túmulo funerario construido con las «piedras de las almas». Tenía las manos atadas a la espalda y tropezaba a menudo; le dolía la cabeza, como si tuviera una monumental resaca, pero cuando pasaron cerca de la base del montículo, sintió a su alrededor los tenues fantasmas de los que en una ocasión fueron hombres.

Harry se dirigió a ellos en la lengua de los muertos y supo de inmediato que ellos

sólo eran los ecos de los Zirras con los que había hablado en el Lugar de los Huesos, cerca del castillo en ruinas. La bruma cubría la base del otero, pero su cima redondeada, donde las piedras del túmulo funerario apuntaban a la luna naciente, permanecía despejada. Los hombres habían tallado esas piedras, sus propias lápidas, antes de subir a las alturas y entregarse en sacrificio al monstruo.

—¿Hombres? —susurró Harry para sí mismo—. ¡Ovejas, eso es lo que eran! ¡Ovejas que iban al matadero!

Sus palabras, dichas en la lengua de los muertos, fueron oídas, que es lo que él pretendía, y la respuesta le llegó desde el castillo.

*No todos éramos así, Harry Keogh. Yo era uno de los que le hubiera combatido, pero él estaba en mi cerebro, y lo estrujaba como a un limón. Debes creerme cuando digo que no fui a entregarme a Ferenczy voluntariamente. No éramos tan cobardes como piensas. Y ahora dime, ¿has visto una brújula que señale al sur? Eso es algo tan imposible como para un Zirra alejarse de su amo cuando éste le elegía.*

—¿Quién eres? —preguntó Harry.

*Dumitru, hijo de Vasile.*

—Bien, al menos tus argumentos son más convincentes que los de tu padre.

Uno de los gitanos le dio un codazo.

—¿Qué está murmurado? —dijo—. ¿Está rezando sus plegarias? Si el señor de Ferenczy le ha llamado, ya es demasiado tarde para eso.

*Harry* —dijo Dumitru Zirra—, *si yo pudiera ayudarle, lo haría, por pequeña que fuera mi contribución. Pero no puedo. Aquí, en el Lugar de los Huesos, uno de los grises que sirven al boyardo Janos me devoró las piernas hasta las rodillas. Si usted me llamara, me arrastraría, pero no podría luchar. ¿De qué serviría yo, un medio hombre de hueso y cuero y trozos de cartílago? Pero no tiene más que pedírmelo, y haré lo que pueda.*

*De modo que finalmente he encontrado un hombre* —respondió Harry, esta vez en silencio, como sólo el necroscopio podía hacerlo—. *Pero puede yacer en paz, Dumitru Zirra, porque necesito algo más que viejos huesos para enfrentarme a Janos.*

El camino era ahora más difícil, y los gitanos cortaron las cuerdas que sujetaban las muñecas de Harry. Le pusieron luego dos dogales con nudo corredizo; un hombre que iba delante llevaba la cuerda del primero, y otro que iba detrás la del segundo.

—Una caída ahora, y usted mismo se estrangulará —le informó el gitano que le había invitado al campamento—. ¡O se le estirará bastante el cuello mientras lo arrastramos!

Pero Harry no pensaba caer.

Habló con Möbius en la lengua de los muertos.

*¿August? ¿Cómo van las cosas?*

*¡Estamos a punto de conseguirlo, Harry!* —llegó la respuesta desde el cementerio de Leipzig—. *Puede llevarnos una hora, dos, tres como máximo.*

*Intente que sean treinta minutos* —dijo Harry—. *No me queda mucho más tiempo.*

Otras voces invadieron la mente del necroscopio. Llegaban desde el cementerio de Halmagiu.

*Harry Keogh..., somos despreciados. ¡El que le calificó de «amigo de los muertos» era un gran mentiroso!*

Harry, como le cogieron desprevenido, respondió en voz alta:

—Les pedí ayuda y me la negaron. No es mi culpa que los otros muertos les rechacen.

Los cíngaros se miraron unos a otros.

—¿Estará loco? —dijo uno—. ¡Siempre está hablando solo!

Harry abrió todos los canales de su mente, quitó todas las barreras interiores y exteriores, y se encontró de inmediato con Faethor, que le decía furioso:

*¡Idiota! Yo soy el único que puede ayudarte, y me mantienes cubierto como a un pájaro salvaje en una jaula. ¿Por qué lo haces, Harry?*

*Porque no confío en ti* —respondió mentalmente Harry—. *No confío en tus motivos, en tus métodos, ni en tu corazón tan negro. No creo nada de lo que dices, Faethor. No sólo eres un padre de vampiros, sino también un padre de mentirosos. Con todo, aún tienes una oportunidad.*

*¿Una oportunidad? ¿Y cuál es?*

*Sal de mi mente y vuelve a tu tumba en Ploiesti.*

*¡No hasta que haya visto este asunto definitivamente concluido!*

*¿Y cómo puedo estar seguro de que entonces te marcharás?*

*¡No puedes estarlo, necroscopio!*

*Entonces, permanece en la oscuridad* —le respondió Harry, bloqueándolo nuevamente.

Y ahora ya estaban a mitad del camino...

En Rodas era la una y media de la mañana.

Darcy Clarke y su equipo estaban sentados alrededor de una mesa en una de las habitaciones del hotel. Habían pasado algún tiempo recuperándose del trabajo realizado; habían cenado juntos y habían discutido sus experiencias, la manera en que éstas les habían afectado y probablemente seguirían afectándoles por mucho tiempo. Pero en su interior, cada uno de ellos sabía que su papel en la lucha era mínimo, y que si Harry Keogh no tenía éxito, todo lo demás no era más que pura apariencia, y que la euforia que sentían ahora sólo era la calma que precede a la verdadera tormenta.

Cuando volvían de cenar, a Zek se le ocurrió una idea. Ella era telépata, y David Chung un localizador. Juntos quizá podían comunicarse con Harry, y averiguar cuáles eran sus circunstancias.

Darcy se opuso de inmediato.

—Eso es precisamente lo que Harry no quiere —dijo—. Mira, si Janos se apodera mentalmente de ti...

—Tengo la intuición de que estará demasiado preocupado por Harry como para pensar en ninguna otra cosa —le interrumpió Zek—. Y quiero hacerlo de todos modos. En la madriguera de lady Karen, en Starside, mi trabajo consistía en leer las mentes de numerosos wamphyri. Y ninguno sospechó que yo estaba allí. O sospecharon, pero no hicieron nada al respecto. Y ahora procederé de la misma manera.

Darcy, no obstante, no estaba del todo convencido.

—Yo pensaba en el pobre Trevor —dijo—. Y en Sandra...

—Trevor Jordan no esperaba encontrarse con dificultades —respondió Zek—, y Sandra era poco experimentada, y su talento sujeto a variaciones. No estoy descalificándola, simplemente describo un hecho.

—Pero...

—¡No! —le interrumpió ella—. Si David está de acuerdo, yo quiero hacerlo. Harry significa mucho para Jazz y para mí.

Y Darcy recurrió entonces a Jazz Simmons.

—Si Zek dice que lo hará, lo hará —respondió Jazz—. Y no me pidas que la convenza, yo sólo estoy casado con ella.

Y Darcy, aunque con reservas, aceptó finalmente la propuesta de los dos agentes. En verdad, él estaba tan interesado como los demás en saber qué era de Harry.

Darcy, Jazz y Ben Trask, los tres que no participaban, se sentaron alrededor de la mesa y se concentraron en lo que estaban haciendo Zek y David: él tenía los ojos cerrados, respiraba profundamente, y tenía las manos posadas sobre la ballesta de Harry, que estaba sobre la mesa. Zek, sentada de la misma manera, había puesto su mano sobre la de David.

Permanecieron en esta posición durante uno o dos minutos, esperando que Chung localizara al necroscopio por medio de los objetos que le pertenecían. Pero a medida que pasaban los segundos, y los dos participantes seguían en silencio e inmóviles, los demás comenzaron a relajarse un poco, e incluso se agitaron en sus sillas. Y precisamente en el instante en que Jazz Simmons se rascaba la nariz, se produjo el contacto.

Fue muy breve.

David Chung suspiró largamente y Zek se irguió en la silla como sacudida por una corriente eléctrica. Los ojos de la joven permanecieron cerrados durante unos segundos, y su rostro adquirió un color ceniciento. Luego... sus ojos se abrieron; Zek retiró la mano con la que tocaba a Chung, se puso en pie y se alejó dando tumbos de la mesa.

Jazz se le acercó de inmediato.

—¿Te encuentras bien, Zek? —le preguntó ansioso.

Ella le miró unos segundos fijamente, como si mirara a través de él, pero luego reaccionó, y aceptó su abrazo. Él la sintió temblar, y Zek por fin respondió:

—Sí, yo me encuentro bien. Pero Harry...

—¿Le habéis encontrado?

—Oh, sí —respondió David Chung—, le encontramos. ¿Y qué has leído, Zek?

Ella le miró, miró a los otros, se soltó de los brazos de Jazz, y no dijo nada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Darcy, y esperó la respuesta conteniendo el aliento.

—Sí, Harry está bien —respondió por fin Zek—, y ha llegado a su destino sano y salvo. Y también he visto lo bastante como para saber que el momento decisivo llegará muy pronto. Pero... algo no está bien.

—¿Qué quieres decir? —el corazón de Darcy se agitó en su pecho—. ¿Que Harry ya está en dificultades?

Ella le miró con una mirada tan rara que parecía que hubiera contemplado criaturas extrañas en un mundo de hielo ajeno a todos los tiempos y lugares conocidos.

—¿En dificultades? ¡Oh, sí, claro que lo está! Pero no son necesariamente las dificultades que tú piensas.

—¿Puedes explicar lo que sucede?

Ella se irguió, sacudió la cabeza y dijo:

—No, no puedo. Aún no. Y de todas maneras, podría estar equivocada.

—Pero ¿acerca de qué podrías estar equivocada? —la frustración de Darcy iba en aumento—. Harry ha ido a combatir personalmente contra Janos Ferenczy. Y es un combate de un hombre contra..., ¡contra algo que no es humano! Si nuestro amigo ya está en dificultades antes de encontrarse con su enemigo, ¡su desventaja podría llegar a ser insuperable!

Ella volvió a mirarle con la misma expresión extraña, y dijo en voz muy baja:

—No, no será insuperable. De hecho, creo que..., que no habría una gran diferencia entre ambos.

Y después de eso, y durante largo rato, Zek permaneció en silencio.

El brumoso valle había quedado abajo, y Harry, en las alturas iluminadas por la luna, supo que llegarían muy pronto, y que debería enfrentarse cara a cara con el horror.

Había confiado en que podría convocar a todos los muertos del lugar para que formaran un ejército y marcharan con él al reducto de Janos, pero hasta los muertos tenían miedo. Ahora ya tenía muy poco tiempo, y posiblemente aún menos esperanzas. Así pues, el hecho de que esperara con anhelo lo que habría de ocurrir, era algo muy difícil de explicar. Podía deberse, claro está, a que hubiera sufrido un colapso nervioso debido a la presión, pero no lo creía, pues a él nunca le sucedían ese tipo de cosas.

Su mente aún estaba abierta y Möbius percibió sus pensamientos.

*¿Un colapso nervioso? ¿Usted? ¡No, jamás! Sobre todo ahora, que estamos tan cerca de hallar la solución. Necesito estar en su mente, Harry.*

—Entre, por su propia voluntad —respondió, casi mecánicamente.

El otro entró y salió rápidamente, y estaba más emocionado que nunca.

*¡Todo coincide! ¡Todo coincide!* —dijo—. *Estoy seguro de que la próxima vez que nos veamos podré abrir esas puertas.*

—¿Pero no ahora?

*Me temo que no.*

—Entonces, quizá no haya una próxima vez.

*¡No se dé por vencido, Harry!*

—No lo hago, simplemente me enfrento a los hechos.

*Le prometo que tendré la respuesta en..., ¡en unos minutos! Y entretanto, usted podría intentar ayudarse a sí mismo.*

—¿Ayudarme a mí mismo? ¿Y de qué manera?

*Oblíguese a realizar una tarea matemática. Propóngase resolver un problema de aritmética. Intente restablecer su capacidad de cálculo.*

—Ni siquiera tengo idea de qué aspecto tiene un problema matemático.

*Entonces, yo mismo le daré uno.* —El gran matemático permaneció un instante en silencio, y luego dijo—: *Escuche. Primer paso: yo soy nada. Segundo paso: he nacido, y en el primer segundo de mi existencia me expando uniformemente en una circunferencia de aproximadamente 2.100.000 kilómetros. Tercer paso: después de dos segundos de expansión uniforme, mi circunferencia se ha duplicado. Pregunta: ¿qué soy?*

—¡Un loco, eso es! —respondió Harry—. Hace un minuto, hubiera jurado que era yo quien estaba loco, pero ahora, comparándome con usted, sé que estoy perfectamente cuerdo.

*¿Harry?*

Harry rió a carcajadas, y los gitanos, que ascendían el último tramo de la montaña con él, se sobresaltaron.

—Es un demente —murmuró uno de los hombres—. Sí, el señor de Ferenczy lo ha vuelto loco.

El necroscopio volvió a hablar en la lengua de los muertos.

*August, no puedo ni siquiera contar correctamente los dedos de mis pies, ¿y usted pretende que resuelva los enigmas del universo?*

*Ha dado en el clavo, Harry* —respondió Möbius—, *ha dado precisamente en el clavo. Volveré tan pronto como pueda* —dijo el matemático, y se marchó.

*¡Jesús!* —se dijo Harry a sí mismo, sacudiendo disgustado la cabeza—. *¡Jesús!*

Pero el problema planteado por Möbius se le había metido en la cabeza. Ahora no podía prestarle toda su atención, pero sabía que estaba allí, alojado con firmeza en su mente.

El grupo ya había llegado a la cima de los riscos, y en algún lugar de aquella meseta árida y barrida por los vientos se hallaban las ruinas del castillo Ferenczy. Janos esperaba allí; pero aquí y ahora, al final de la dura escalada..., les esperaban otras

criaturas. Eran siete, u ocho si contamos al Gris, el «acompañante» de Harry a la morada del vampiro no-muerto.

Los dos Zirras que iban delante fueron los primeros en verle; después Harry, y por último los tres gitanos que marchaban en la retaguardia. Todos se detuvieron, atónitos, todos menos el necroscopio. Porque Harry sabía que se hallaba ante hombres muertos, una experiencia común para él. Y lo que él y los otros vieron, fue lo siguiente:

Siete corpulentos tracios, que habían muerto hacía más de dos mil años, y habían sido resucitados por los hechizos de Janos. Parecían seres vivos, pero en ellos también había mucha muerte. Llevaban cascos y algunas piezas de armaduras de su época, pero allí donde se veía la piel desnuda, ésta aparecía desfigurada por las cicatrices. Sus cascos estaban diseñados para inspirar temor: de forma redondeada, eran de bronce reluciente, con agujeros ovales para los ojos, y unas piezas laterales que cubrían las mandíbulas.

Los siete eran hombres muy grandes, pero su jefe tenía unos diez centímetros más de estatura. Se adelantó hacia el grupo, inmenso, pero detrás de los agujeros del casco, sus ojos estaban rojos... de pesar.

Bodrogk miró a Harry Keogh y a los otros cinco hombres que, cobardes, permanecían tras él.

—Soltadle —dijo.

La lengua que hablaba era antigua, pero el significado de sus palabras —y la manera en que tocó con su espada las cuerdas que sujetaban a Harry—, era inconfundible.

El gitano que hacía de portavoz del grupo se situó con cautela junto a Harry y aflojó un poco los lazos del cuello. Y le preguntó a Bodrogk:

—¿Eres una de las criaturas de Ferenczy?

Bodrogk no comprendió. Miró a un lado y a otro, preguntándose qué le habría dicho el hombre. Harry percibió su confusión, y le habló en la lengua de los muertos:

—Quiere saber si te envía Janos —Harry habló en voz alta, dejando que su don tradujera las palabras al habla de los muertos. Y la mirada de Bodrogk se centró ahora solamente en Harry.

El gigantesco tracio se adelantó y los gitanos retrocedieron.

Bodrogk cogió las cuerdas que llevaba Harry alrededor del cuello y las cortó como si fuesen hilos. Luego se presentó, y dijo:

—De modo que eres el necroscopio, amado por todos los muertos.

—Por todos, no —respondió Harry—, porque también entre ellos hay cobardes, como los hay entre los vivos. Y si no puedo conocerlos (porque ellos tienen miedo de conocerme), entonces no puedo ser su amigo. De todas formas, Bodrogk, no deseo ser amado por lacayos.

Los hombres de Bodrogk habían rodeado a los gitanos. Y ahora su gigantesco jefe se quitó el casco y lo hizo a un lado estrepitosamente. Tenía el cuello de un toro y el rostro barbado y feroz. Pero la tez era de color gris, y la cara, como el resto del cuerpo, demacrada por un horror indecible. Su aspecto contaba mejor que mil palabras la manera en que Janos le había tratado, y había tratado a los suyos.

—Te he oído hablar con los muertos —dijo Bodrogk—. Debes saber que no todos los servidores de Janos son cobardes.

—Sé que los tracios en las mazmorras del castillo son ceniza, y no pueden ayudarme. Me dijeron que lo harían, pero que no pueden porque sólo Janos puede llamarlos, porque nadie más que él conoce las palabras. Por otra parte, tú y tus seis hombres no sois polvo.

—¿Nos llamas cobardes? —la mano encallecida de Bodrogk cayó sobre el

hombro de Harry, cerca del cuello, y levantó un poco la gran espada de bronce que empuñaba en la otra mano.

—Sólo sé que algunos aceptan que Janos viva —respondió Harry—. Y que yo he venido a matarlo, y a acabar con su maldad para siempre.

—¿Y eres un guerrero, Harry?

Harry alzó la cabeza y apretó los dientes. No había temido nunca a la muerte, y no la temía ahora.

—Sí —respondió.

La sonrisa de Bodrogk fue extraña y triste, y desapareció tan pronto como miró a los hombres que estaban detrás de Harry.

—¿Y esos que están contigo? Te capturaron y te trajeron aquí, ¿verdad? Como a un cordero para el sacrificio.

—Ellos pertenecen a Ferenczy —respondió Harry.

El tracio lo miró, y sus ojos penetraron en el alma de Harry.

—¿Un guerrero sin espada? No puede ser, coge la mía —dijo, poniéndola en las manos de Harry, y luego hizo una señal a sus hombres. Los seis lugartenientes tracios cayeron con sus espadas sobre los gitanos, y un instante después los barrieron del peñasco y los arrojaron al abismo como si fueran desperdicios. Los cadáveres de los gitanos cayeron rebotando en la profunda y oscura sima.

—¡Por fin un amigo! —se alegró Harry—. Siempre pensé que finalmente encontraría a unos pocos.

—Eras tú o ellos —respondió Bodrogk—. Tenía que elegir entre asesinar a un hombre valioso, o matar a un puñado de perros. Entre la esclavitud a los Ferenczy, o la libertad..., dure ésta lo que dure. He tomado la única decisión que podía tomar un hombre. Pero si me hubiera detenido a pensarlo aunque fuera un instante..., podría haber hecho lo contrario. Por la salvación de mi esposa. —Y Bodrogk le explicó a Harry lo que quería decir.

—Has asumido una enorme responsabilidad —dijo Harry, devolviéndole la espada.

—Los muertos me llamaron —respondió Bodrogk—. Cientos de ellos me rogaron que te salvara la vida. Sí, y hubo una mujer que habló con especial elocuencia. ¡Si hasta hubiera podido ser mi madre! Pero era la tuya.

Harry suspiró y pensó: «¡Gracias a Dios que me dio una madre como tú, mamá!».

—Tu madre, sí. Ella me convenció a medias, y el resto lo hizo Sofía.

—¿Tu esposa?

—Sí. Ella me dijo: «¿Qué ha sido de tu honor, tú, que fuiste en tu época tan grande? Prefiero el aplauso y el helado consuelo de los muertos, y la eterna esclavitud a Janos, antes que otra urna llena de cenizas gimientes en las mazmorras del monstruo».

—Si es así, tu dama y yo tenemos mucho en común —dijo Harry. Y luego añadió, sin pensárselo—: Bodrogk, yo ya tengo una causa, pero tu mujer debe ser la tuya. Lucha pensando en Sofía, y no te vencerán.

Y para sus adentros, sin que le oyeran, rogó que eso fuera verdad.

—No tengo ningún plan —admitió Harry en voz alta.

—¡Un guerrero sin espada, y sin un plan de campaña! —rió sin alegría Bodrogk. Pero luego cogió al necroscopio por el hombro, y añadió—: He estado largo tiempo muerto, Harry Keogh, pero en vida fui un rey de guerreros, un general de ejércitos. Yo era un gran estratega entre los de mi raza, y todos los siglos transcurridos no me han despojado de mi astucia.

Harry miró al tracio que caminaba a su lado, demacrado, sombrío, un muerto resucitado.

—¿Pero será suficiente la astucia, frente a un vampiro al que le basta decir unas palabras para devolverte nuevamente al polvo? Pienso que será mejor que me digas cómo actúa la magia de Janos, y luego me cuentes algo de tu plan.

—Las palabras de devolución sólo pueden ser pronunciadas por un maestro, por un mago —dijo Bodrogk—, y Janos lo es. Él debe dirigir sus palabras, apuntar con ellas como la flecha apunta al blanco. Y para dar en el blanco, antes tiene que verlo. Por consiguiente, le atacaremos separados, individualmente. Tú, yo y mis seis hombres; cada uno de nosotros será una unidad. Nos acercaremos y entraremos en el castillo por todos sus lados. ¡Janos no podrá golpearnos a todos al mismo tiempo! Y a ti no puede atacarte con meras palabras, por poderosas que éstas sean. Algunos de nosotros caeremos, sí. ¿Y qué? Hemos caído antes, ¡y deseamos caer y permanecer así para siempre! Pero mientras Janos está ocupado con unos, los otros (especialmente tú, Harry), podrán vivir lo suficiente como para ocuparse de él.

—Es un plan tan bueno como cualquier otro —estuvo de acuerdo Harry—, pero... Janos seguramente no está solo.

—Tiene a sus vasallos vampiros —respondió Bodrogk—. Son cinco. Tres eran gitanos y dos que se unieron al grupo recientemente. Uno de ellos es una mujer, dotada de poderes...

—Sandra —Harry susurró el nombre, y se sintió enfermo al pensar en lo que debía estar padeciendo Sandra, y lo que tendría aún que padecer.

—Y el otro es un hombre igualmente dotado —continuó Bodrogk—. Janos le ha torturado para forzarlo a obedecer. En cuanto a la mujer, ha hecho con ella lo que el muy perro hace con todas las mujeres.

—Entonces, deberemos enfrentarnos también a ellos.

—¡Ya lo creo, y ahora mismo!

—¿Ahora?

—Están esperándonos un poco más allá, entre los árboles. Yo debo entregarte a ellos, que a su vez se encargarán de conducirte junto a su amo.

Harry miró, y vio en la última cresta antes de llegar al castillo unos pinos retorcidos y sacudidos por el viento. Y bajo la sombra de los árboles vio también las llamas amarillas de los ojos de los vampiros, que brillaban feroces en la oscuridad de la noche. Y utilizó solamente su mente para preguntar en la lengua de los muertos:

*¿Sabes cómo lidiar con ellos?*

*¿Y tú?*—le respondió Bodrogk con otra pregunta.

*La estaca, la espada y el fuego* —respondió sombrío Harry.

*Espadas tenemos* —dijo Bodrogk—. *También fuego, en las antorchas que llevan mis hombres. ¿Y estacas? También, pues hemos cortado algunas mientras te esperábamos. Porque, como ves, en mis días también había vampiros. Así que, ¡manos a la obra!*

Los vasallos no-muertos de Janos surgieron como fantasmas de entre los árboles. Tendieron sus largos brazos hacia Harry para cogerlo, en sus rostros una horrible sonrisa. Ninguno de ellos sospechaba que Bodrogk los había traicionado. Pero los tracios cayeron sobre ellos cuando rodeaban al necroscopio.

Fue una carnicería, y muy rápida. Los tres vampiros fueron decapitados, arrojados al suelo, y sus corazones atravesados con una estaca. Pero, ¿eran sólo tres? Cuando los hombres de Bodrogk cogieron los cuerpos de sus víctimas, los acomodaron en las ramas bajas de los pinos e incendiaron los resecos árboles, Harry vio una figura encorvada que permanecía algo apartada. Y un instante después Ken Layard se adelantó.

—¡Harry! —dijo—. ¡Harry, gracias a Dios!

Cuando Ken Layard abrió los brazos en cruz, cerró los ojos y levantó el rostro

hacia el cielo nocturno, la luz de la luna dio a su pálida tez un color dorado. Los tracios miraron a Harry; no había nada que él pudiera hacer, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y se dio la vuelta para no ver.

Y vio una figura alta y oscura, de pie en el borde de las ruinas, apenas a doce pasos de distancia.

¡Era Janos!

Los hombres de Bodrogk ya habían terminado con Layard, y también ellos vieron al vampiro allí, en las ruinas, los ojos escarlata llameando de furia. Los tracios retrocedieron con rapidez hacia las sombras, pero dos de ellos, que estaban juntos, no fueron lo bastante veloces.

Janos les señaló con el dedo, y su voz horrible resonó como una maldición en el aire de la noche.

—¡OGTHROD AI'F-GEB'LEE'H-YOG-SOTHOTH!

Dijo algo más, pero los efectos de la runa de la disolución ya eran visibles. Los dos tracios que fueran el blanco de Janos se convirtieron en insustanciales fantasmas, y luego, cuando Janos terminó su invocación, cayeron a tierra en forma de polvo.

Harry miró a su alrededor, Bodrogk y los cuatro hombres que le quedaban habían desaparecido de la vista; otro terror se aproximaba.

El lobo —el gran Gris que había sido parte de su escolta, pero que luego se había mantenido alejado del grupo de tracios— se acercaba ahora a Harry, y a la manera de un gigantesco perro pastor, intentaba conducirlo hacia el castillo de su amo. El necroscopio se agachó, cogió una de las espadas de bronce de los ahora inmateriales tracios, y percibió su gran peso. Era algo más pequeña que la de Bodrogk, pero, aun así, no se trataba de un estoque. Harry sabía que no le sería posible blandirla con soltura, pero era mejor que nada.

Harry buscó a Janos y vio la fugaz sombra del monstruo que se deslizaba hacia la oscuridad de las ruinas. Se trataba de un cebo para que Harry le persiguiera. Bien, ¿acaso no había venido para eso?

Cuando siguió a Janos, el gran Gris corrió tras él, mordiéndole los talones. Harry endureció la pierna como si se tratara de una barra de carne y hueso y golpeó, y sintió el crujir de los dientes de la bestia cuando su pie chocó contra su morro. Harry miró amenazante a la criatura y levantó con las dos manos la gran espada de bronce... y, cosa asombrosa, ¡el lobo retrocedió, gimiendo!

Antes de que Harry se preguntara qué significaba esto, Bodrogk y uno de los cuatro hombres que le quedaban salieron de su escondite y atacaron al animal. No duraron mucho los ruidos del ataque, que le recordaron a Harry los de una carnicería, cuando los tracios, tras malherir a la bestia, acabaron con sus aullidos cortándole la cabeza.

Los ojos de Harry estaban ahora más acostumbrados a la oscuridad; de hecho, la claridad de su visión nocturna era notable, y a él mismo le asombraba. Pero no tenía tiempo de considerar esta cuestión. En cambio, miró hacia el centro de las ruinas y vio a Janos de pie detrás de una pared caída. La mirada del monstruo estaba fija en un punto más allá de Harry. Los tracios, claro está. Pero cuando los señaló con la garra que tenía por mano, el necroscopio gritó:

—¡Cuidado!

—OGTHROD AI'F... —Janos comenzó la runa de la devolución, y antes de que terminara, otro tracio se derrumbó convertido en polvo. Uno de los dos hombres se había salvado, y Harry confiaba en que fuera Bodrogk.

Pero ahora el necroscopio fue de verdad tras Janos. Atlético, seguro de sus pasos incluso en la oscuridad, vio que el vampiro iniciaba, tras un montón de ruinas, lo que

parecía ser un descenso a las profundidades de la tierra. En el último instante, antes de desaparecer, Janos volvió su extraña cabeza y miró hacia atrás, y Harry vio las lámparas carmesí de sus ojos. Y en su mirada había un desafío que el necroscopio no podía resistir.

Encontró una escotilla abierta en la piedra, y unos escalones que descendían, y casi sin pensarlo comenzó su propio descenso, hasta que una voz detrás de él lo detuvo. Se dio la vuelta y vio que Bodrogk y sus guerreros se acercaban.

—Harry —dijo el gigantesco tracio—. Serás el primero en descender. ¡Ve deprisa, y cuida de mi Sofía!

Harry dijo que sí con un gesto y comenzó a bajar por la escalera de caracol —un muro a un costado, y el abismo del otro— hasta el primer rellano. Pero cuando apoyó el pie en un sólido suelo de piedra...

¡Janos lo estaba esperando!

El vampiro apareció como salido de la nada, hizo saltar de un golpe la espada de la mano de Harry y lo arrojó contra la pared con tal fuerza que el necroscopio se quedó sin aliento. Y antes de que pudiera volver a respirar, Janos ya estaba sobre él y con su enorme puño le golpeó la cabeza contra la pared. Físicamente las fuerzas de ambos no eran parejas, y Harry se apagó como una cerilla...

*¡Harry..., Haaarry!* —llamó su madre, y cien madres como ella, y un número aún mayor de amigos y conocidos, y todos los muertos del mundo en sus tumbas. Sus voces, en la lengua de los muertos, llenaron el éter, pasaron el umbral del subconsciente de Harry y le reconfortaron con su amistoso calor. Calor, sí, porque las mentes de los muertos son distintas de la vulgar arcilla que antaño fue su carne.

*¿Madre?* —respondió Harry en medio del dolor, y luchando por recuperar la conciencia—. *¡Madre, estoy herido!*

*Lo sé, hijo* —dijo ella—. *Lo he percibido, ¡todos nosotros lo hemos percibido! Relájate, Harry, y siente lo que todos sentimos por ti.* —Detrás de ella, la cortina sonora en la lengua de los muertos iba creciendo en intensidad, un muro de gemidos mentales.

*Relajarme no me ayudará, madre* —respondió él—. *Ni todo el rechinar de dientes que oigo desde aquí. Tendré que volverme impermeable a todos vosotros. Necesito despertar. Y cuando lo haya hecho, ¡necesitaré ayuda para vivir!*

*Pero los muertos pueden ayudarte, Harry* —insistió ella—. *Alguien que en este instante trata de comunicarse contigo tiene parte de la respuesta.*

¿Sería Möbius? Su madre seguramente se refería a Möbius.

*No, no es él* —respondió ella, y Harry sintió su gesto negativo—. *Es otro, mucho más cercano a ti. Sólo que... ya no queda mucho de él, Harry, y no le oirás en medio de esta barahúnda. Aguarda, que haré que se callen.*

Ella se retiró, habló con los otros, pasó un mensaje que se extendió como los círculos concéntricos en el agua calma de un estanque cuando cae una piedra, hasta que llegó a todo el mundo. La cháchara mental calló rápidamente y a continuación sobrevino un extraordinario silencio. Y en medio de él...

*¿Harry?*

Quienquiera que fuese, su voz, en la lengua de los muertos, era tan débil que al principio el necroscopio pensó que era algo que imaginaba.

*¿Me estás buscando?* —respondió al fin—. *¿Quién eres?*

*Soy nada* —suspiró el otro—. *No soy ni siquiera un gemido, ni siquiera un fantasma. O, en el mejor de los casos, soy el fantasma de un fantasma. ¡Si hasta a los muertos les resulta difícil oír mi voz! Mi nombre era George Vulpe, y hace cinco años, mis amigos y yo descubrimos el castillo Ferenczy.*

*Y él te mató, ¿no es así?*

*¡Hizo algo aún peor! —gimió* la voz, frágil y quebradiza como el crujir de las hojas muertas—. *Se apoderó de mi vida y de mi cuerpo y me dejó... sin nada. No tengo ni siquiera un lugar en el que descansar en paz.*

Harry tuvo la intuición de que esto era algo muy importante.

*¿Puedes explicarte?* —preguntó.

*He hablado con numerosos hombres de la tribu de los Zirras en el Lugar de los Huesos* —le dijo George Vulpe—. *Cuando Ferenczy yacía en su urna, ellos le alimentaban y le daban fuerzas con su sangre. Pero yo era diferente, porque en mis manos sólo había tres dedos y el pulgar.*

*¡Tú eras el elegido!* —Harry sofocó una exclamación de asombro.

*Él tiene mi cuerpo* —dijo el otro—. *Y yo no puedo descansar. Y no podré nunca.*

*¿Y qué era él?* —quiso saber Harry—. *Quiero decir, ¿cómo pudo usurpar tu cuerpo, desalojarte de él?*

El otro se lo explicó.

*Mi sangre le sacó de su urna. Yo era un hijo de sus hijos, de la tribu Zirra. Pero yo lo ignoraba. Sólo mi sangre lo sabía.*

*¿Y él salió de la urna?* —insistió Harry—. *¿Bajo la forma de sales esenciales?*

*Mi sangre lo transformó.*

Harry necesitaba ayuda para comprender, y liberó a Faethor de su cobertura.

*¡Maldito seas, Harry Keogh!* —se enfureció el incorpóreo vampiro.

*¡Tranquilo! Y explícame lo que me está diciendo este hombre.*

Faethor oyó la historia de Vulpe, y dijo:

*¡Pero si todo está muy claro! Janos había tomado precauciones. Cuando yo reduje su cerebro y su vampiro a cenizas, sus fieles Zirras lo escondieron en un lugar secreto hasta que él pudo ejecutar su metempsicosis. Pero no se trató simplemente de una transferencia de mentes: la sanguijuela de Janos revivió de sus cenizas, y penetró en el cuerpo de este hombre. Y ahora...*

Pero Harry ya lo cubrió de nuevo.

*George* —dijo el necroscopio—, *gracias por tu ayuda. No sé muy bien de qué me servirá, pero muchas gracias.*

La única respuesta fue un tenue suspiro, que se desvaneció muy pronto sin dejar rastro...

Harry se esforzó por salir de la inconsciencia, por volver a la vida, por despertar. Y cuando estaba a punto de conseguirlo, llegó Möbius.

*¡Harry!* —gritó Möbius—. *¡Tenemos la solución!¡Pensamos que la tenemos!* —El matemático entró en la mente del necroscopio, y un momento después, éste le oyó musitar: *—Sí, sí, debe de ser esto. Pero, ¿está preparado?*

*¡Nunca estuve tan preparado!*—respondió Harry.

*No es eso lo que quiero decir* —dijo Möbius—. *Le preguntaba si está preparado mentalmente.*

*¿Preparado mentalmente? August, ¿qué es todo esto?*

*El continuo de Möbius, Harry. Yo puedo abrir esas puertas, pero sólo si usted está preparado. Allí hay un universo diferente, puertas que se abren a lugares ni siquiera soñados. ¡Y no me gustaría que usted fuera absorbido dentro de su propia mente, Harry!*

*¿Absorbido?* —Harry hizo un gesto de negación—. *Lo siento, no le entiendo.*

*Mire..., ¿resolvió el problema que le planteé?*

*¿Problema?* —De repente, Harry se sintió hervir de furia y frustración—, *¿Su maldito problema? ¿Le parece que tengo tiempo de resolver jodidos problemas?*

*¿Pensó siquiera en él?*

*No... ¡Sí, sí que pensé!*

*¿Y..?*

*Nada.*

*Harry, voy a abrir una de esas puertas..., ¡ahora!*

El necroscopio no sintió nada.

*¿Ya está?*

*Sí, ya está* —respondió Möbius—. *Y si usted tiene las ecuaciones, debería ser capaz de hacer usted mismo lo que falta.*

*Pero... no me siento distinto.*

*¿Acaso se sintió distinto alguna vez? Antes, quiero decir.*

*No, pero...*

*Voy a abrir otra puerta. ¡Ya está!*

Pero en esta ocasión Harry lo notó. Una aguda y blanca lanza de dolor que encendió fuegos de artificio en su mente. Era algo semejante al dolor que su hijo Harry había dispuesto que sintiera si intentaba utilizar la lengua de los muertos, pero como ahora aún estaba inconsciente, el efecto era menor. Y el sufrimiento servía a un objetivo muy diferente.

Y en lugar de hacerle perder la conciencia, lo devolvió al mundo de la vigilia.

¡Y despertó en medio de una situación de pesadilla!

Un líquido frío le quemó la cara, se le metió en la garganta y le hizo toser. ¿Era alcohol? Por cierto, era volátil. Humeaba, y alrededor de Harry todo estaba envuelto en una nube de vapor. Y Harry yacía medio sumergido. Luchó por levantarse, intentando no respirar los vapores, que se alzaban en una especie de columna directamente encima de su cabeza..., una columna ennegrecida... ¡ennegrecida por el fuego!

Harry se arrodilló en una cuenca o depresión excavada en la roca, en medio de un lago de líquido volátil. Debía encontrarse en las entrañas del castillo, en una gran cueva en el basamento rocoso de la montaña..., y contra el muro de enfrente se veían unos escalones que llevaban hasta los niveles superiores... ¡Y allí estaba Janos contemplándolo! Tenía en la mano una tea ardiente, y el fuego se reflejaba en sus ojos escarlata.

Los ojos de Harry se encontraron con los de Janos, y éste enseñó sus dientes monstruosos en una horrible mueca.

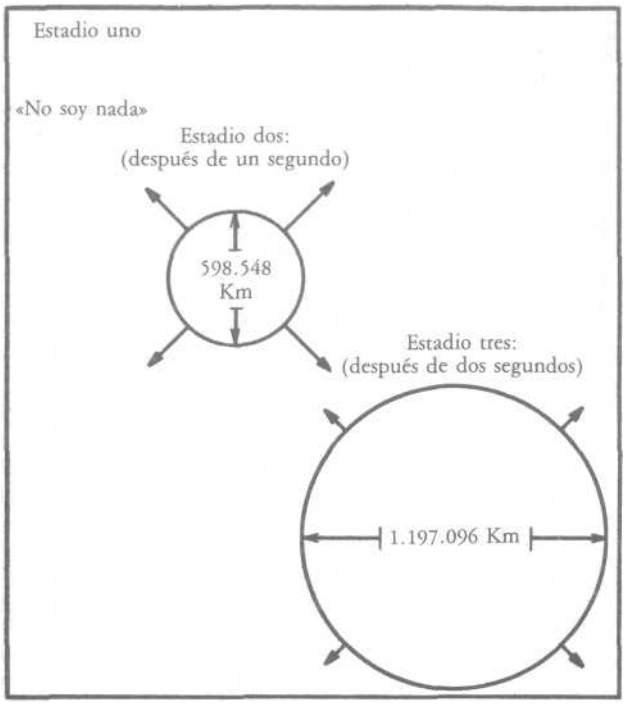
—De modo que estás despierto, necroscopio. Me alegro, porque deseaba que sintieras el fuego que te hará mío para siempre.

Janos miró primero la antorcha que tenía en la mano, y luego el suelo. Harry también miró en la misma dirección. Hacia un desaguadero o canal que había sido horadado en la roca. Iba desde los pies de Janos, por el suelo, hasta el borde de la cuenca.

*¡Jesús!* —Harry intentó torpemente llegar hasta el borde del charco; se revolcó en el líquido, puso una mano en el borde y se impulsó hacia arriba, escuchó la demente risa de Janos y vio que acercaba lentamente la tea al suelo.

*¡Mi problema, Harry!* —Möbius, horrorizado, se desesperó.

Harry luchó con el terror para imaginarse el problema, convirtiendo automáticamente las circunferencias de Möbius en diámetros:




Y su talento matemático instintivo, que por fin recuperó, hizo lo demás.

*¿Qué soy yo?* —aulló Möbius mientras el fuego de la antorcha de Janos descendía hasta la líquida mecha.

¡Luz! —exclamó Harry—. ¿Qué otra cosa podría ser? Sólo la luz se expande al doble de la velocidad de la luz... desde nada hasta un diámetro de 1.197.096 kilómetros en dos segundos.

El fuego se extendió por el suelo de la cueva en un resplandor azul.

*¿Qué luz?* —Möbius estaba frenético.

—Usted no era nada hasta que comenzó a existir —gritó Harry—. Por consiguiente... ¡Usted es la luz original!

*¡Sí!* —Möbius bailó en la mente de Harry—. *Y mi fuente era el continuo de Möbius. ¡Bienvenido, Harry!*

Cuando la cuenca se convirtió en un infierno, en la mente de Harry se abrieron pantallas de ordenador. El fuego líquido le chamuscó el cabello y la barba e hizo arder sus ropas. Aquello duró quizá una décima de segundo, hasta que Harry conjuró una puerta de Möbius y salió por ella. Sabía donde ir: conjuró una segunda puerta, y salió del continuo de Möbius y entró en una tormenta de nieve en el techo del mundo. Estaba chamuscado, sí, pero vivo. Vivo como nunca se había sentido antes. Le invadió una sensación de euforia, y más que de euforia. Su risa —tan histérica como la de Möbius— se apagó rápidamente, se convirtió en un gruñido amenazador en las profundidades de su garganta...

Janos le había visto desaparecer, y en ese momento se había dado cuenta de que Harry Keogh era invencible. El necroscopio se había ido..., ¿dónde? ¿Y cuándo volvería? ¿Y qué terribles poderes traería con él? Janos no se atrevió a esperar para descubrirlo. Subió las escaleras que unían los distintos niveles de las laberínticas entrañas del castillo y finalmente llegó hasta los salones abovedados donde guardaba las urnas, las vasijas y los *lekythoi.* ¡Y descubrió que Harry se le había adelantado! Harry, Bodrogk y sus tracios.

Janos se agazapó contra una pared, furioso, y luego se irguió dispuesto a volver al

ataque.

—¡Tú eres polvo! —rugió señalando a Bodrogk.

El gigantesco jefe tracio y dos de sus capitanes retrocedieron y salieron de la habitación, pero el tercer hombre quedó preso en el estallido del conjuro de Janos.

OGTHROD AI', GEB'L-EE'H
YOG-SOTHOTH, NGAH'NG AI'Y,
ZHRO

El tracio alzó los brazos, emitió su último suspiro... y cayó convertido en una nubecilla de elementos químicos de un color gris verdoso.

Janos lanzó una demencial carcajada, y se lanzó a coger la espada del guerrero caído. Después avanzó hacia Harry, la espada en alto..., pero el necroscopio sabía muy bien qué tenía que hacer. Porque Harry era un mago, un hechicero entre hechiceros, y en su mente mil voces muertas que salían de las urnas donde estaban prisioneras sus cenizas, le enseñaban las palabras del poder.

Harry señaló hacia las urnas, y girando en un círculo pronunció la runa de la invocación:

¡YAI'NG'NGAH, YOG-SOTHOTH,
H'EE-L'GEB,F'AI THRODOG,
UAAAH!

Un olor agrio y un humo púrpura invadieron el salón, volviendo invisibles a Harry, a Janos y a todos los demás. Y por encima de todo se oyeron los gritos de los torturados. No hubo tiempo de mezclar los elementos químicos; aquellos tracios, persas, griegos y escitas eran imperfectos, pero su ansia de venganza estaba intacta.

Y Janos lo sabía. Recorrió sus filas mientras ellos rompían las urnas y crecían como hongos de la nada, pero tan pronto como Janos señalaba a un grupo y los volvía de nuevo cenizas, el necroscopio los resucitaba. El vampiro no podía ganar; no podía gritar sus palabras lo bastante rápido y los resucitados guerreros le rodeaban, cada vez más próximos.

En medio de una polvareda, Janos subió los escalones rumbo a los pisos superiores, y desapareció de la vista. Los guerreros, horriblemente incompletos, se dispusieron a seguirle, pero Harry les advirtió:

—Permaneced aquí. Ya habéis hecho vuestra parte. Pero en esta ocasión, cuando retornéis al polvo, sabréis que será para descansar en paz.

Y ellos le bendijeron cuando les devolvió a su *materia.* A todos, menos al rey guerrero Bodrogk.

Y Harry se llevó consigo a Bodrogk y pasó por una puerta de Möbius... y salió otra vez a las ruinas del castillo Ferenczy.

Esperaron, y al poco rato llegó Janos, que gruñía, se quejaba y jadeaba en el aire nocturno. El vampiro los vio, y aterrorizado y medio sofocado, huyó dando tumbos por entre las ruinas. Estaba exhausto y sin aliento; se tambaleó hasta la ladera tras el castillo y subió por un sendero..., y a medio camino se encontró con Harry y Bodrogk, que estaban esperándolo. ¡Y el gigantesco tracio llevaba un hacha de guerra!

No tenía escapatoria. Janos miró hacia la oscuridad, y sus ojos escarlata contemplaron el vacío. Había un solo arte wamphyri que nunca había podido dominar, o imitar, y ahora debía hacerlo. Alzó los brazos y deseó el cambio, y sus ropas cayeron en jirones mientras su cuerpo se convertía en una gran manta, en una hoja de carne. Y a la manera de un murciélago, se lanzó al vacío desde el sendero de la montaña.

¡Y lo consiguió! Voló, y los jirones de sus ropas se agitaban en el aire como

extrañas alas. Janos voló... hasta que el hacha de Bodrogk se clavó en su columna vertebral.

Harry y Bodrogk regresaron a las ruinas y encontraron al monstruo retorciéndose, caído entre los escombros. Se ahogaba, y, al toser, la sangre manaba de sus fauces, pero ya se había arrancado el hacha y su carne de vampiro comenzaba a cicatrizar. El necroscopio se arrodilló a su lado y lo miró a los ojos. ¿Hombre a... hombre? En todo caso, cara a cara, aunque uno de los dos rostros aparecía lleno de terror.

—¡Necroscopio bastardo! —maldijo Janos, y sus ojos saltones sangraban.

—Tienes cuerpo de hombre —respondió Harry con voz neutra—, pero tu mente y el vampiro que hay en ti fueron conjurados de las cenizas de una urna. —Harry le señaló con el dedo índice y dijo—: Las cenizas a las cenizas, Janos, y el polvo al polvo. OGTHROD AI'F, GEB'L-EE'H.

El vampiro chilló, se retorció con frenesí, tosió, se ahogó, pero retuvo su forma humana.

Y el necroscopio continuó:

—YOG-SOTHOTH'NGAH'NG AI'Y.

—¡No! —aulló Janos—. ¡N...n...ooooooooo!

Y cuando Harry pronunció la palabra final, «¡ZHRO!», todo el cuerpo de Janos vibró en un espasmo de insoportable dolor. Y luego se quedó inmóvil. Después su cabeza cayó hacia atrás, su horrible boca se abrió, y sus ojos se apagaron. Y luego...

Su pecho enorme se desinfló en un largo y último suspiro. Pero no fue aire lo que escapó de él, sino una nube de polvo rojo que se dispersó en el aire. El resto de su cuerpo, su cabeza incluso, debía de haber estado lleno de esa sustancia. Y cuando el polvo de la extinguida sanguijuela vampiro se asentó, el necroscopio pensó que le recordaba a las esporas de aquellas extrañas setas que crecían en la tumba de Faethor, cerca de Ploiesti.

Y esto a su vez le recordó que aún tenía cosas por terminar...

Sofía, la mujer de Bodrogk, y Sandra, llegaron de las ruinas.

Sandra tenía una apariencia fantasmal, como todos los vasallos de los vampiros, y sus ojos amarillos brillaban en la oscuridad, pero Harry sabía que ahora ella era menos que Sandra. O más. El necroscopio recordó la precognición que había tenido al comienzo de todo: una criatura extraña que llegaba en la noche y lo deseaba, pero sólo porque estaba ávida de sangre. Sandra era ahora una criatura extraña, que deseaba a los hombres sólo por su sangre.

Ella se arrojó en sus brazos, sollozando, y él la abrazó con fuerza —tanto para calmarla a ella como para tranquilizarse él—, y miró por sobre el hombro a Bodrogk, que abrazaba a su mujer.

Y el necroscopio oyó que Sofía decía:

—¡Ella me salvó! La chica vampiro encontró el lugar donde Janos me tenía prisionera, y me liberó.

Y Harry se preguntó si aquél habría sido el último acto voluntario y libre de Sandra, antes de que la monstruosa fiebre en su sangre se apoderara de ella por completo.

El hermoso y semidesnudo cuerpo de Sandra era frío como la porcelana en los brazos del necroscopio, y éste supo que él nunca podría hacer que se entibiara. La joven, corno telépata que era, percibió este pensamiento con tanta claridad como si hubiera sido dicho en voz alta, y se alejó un poco. Pero no lo suficiente.

La delgada y aguda estaca que ocultaba Harry, una astilla de cedro, se clavó bajo el pecho de la mujer y le atravesó el corazón. Ella aspiró por última vez el aire, se

tambaleó hacia atrás y cayó.

Y Bodrogk, que vio la angustia de Harry, hizo todo lo demás...

# Epílogo

Harry permaneció sentado entre las ruinas toda la noche, con Faethor atrapado en su interior, y manteniendo a distancia a todos los demás muertos. El necroscopio no permitió que nadie fuera testigo de su pesar.

Había pensado que tendría frío, pero no fue así, por extraño que parezca. También había creído que le molestaría la oscuridad, pero tenía la sensación de que la noche era una vieja amiga.

Cuando el alba comenzó a colorear el horizonte, Harry fue a buscar a Bodrogk y a su mujer. Los tracios habían encontrado un lugar protegido donde encender una hoguera, y estaban ahora abrazados, contemplando la salida del sol. Saludaron a Harry con una expresión de tristeza en sus rostros, pero también de decisión.

—No tengo por qué hacerlo —les dijo el necroscopio—. Sois vosotros quienes tenéis que decidirlo.

—Nuestro mundo existió hace dos mil años —respondió Bodrogk—. Desde entonces, no hemos hecho más que suplicar paz. Tú tienes el poder, necroscopio.

Harry asintió, pronunció el esotérico adiós, y contempló cómo la brisa, antes de dispersarlo, mezclaba el polvo de la pareja de tracios...

Y ahora ya estaba preparado.

Regresó a las ruinas, y dejó en libertad a Faethor.

*¿Qué haces?* —se enfureció el padre de los vampiros—. *¿Soy tu último recurso, Harry Keogh? ¿Solicitas mi ayuda ahora, cuando todo lo demás ha fracasado?*

—Nada ha fracasado —respondió Harry. Y luego el necroscopio hizo algo muy extraño, le mintió deliberadamente a un muerto—: Janos está agonizando, malherido —dijo.

La furia de Faethor se hizo incontenible.

*¿Sin mí? ¿Lo has vencido sin mí? ¿Y él no sabe que yo he contribuido a su destrucción? ¡Quiero sentir el dolor de ese perro!* —aulló Faethor, y salió frenético de la mente de Harry... ¡para descubrir que Janos estaba muerto!

Faethor, atónito, descubrió el porqué de la maniobra de Harry, pero el necroscopio ya había previsto esto, y utilizó el talento de Wellesley para dejar a Faethor fuera de su mente.

—Te dije que me libraría de ti —le dijo.

*¡Tonto!* —exclamó Faethor furioso—. *Pero volveré. Baja la guardia durante una infinitesimal fracción de segundo, y tú y yo seremos de nuevo uno, necroscopio.*

—Hicimos un trato —dijo Harry—. Yo he cumplido mi parte. Ahora, vuelve a Ploiesti, Faethor.

*¿De vuelta a la tierra helada, después de haber disfrutado de tu calor? ¡Jamás! ¿Acaso no conoces lo sucedido? Janos no cometió un gran error cuando leyó el futuro. Él sabía que un gran vampiro —el más grande de todos—, descendería de este lugar cuando todo hubiera terminado. ¡Harry, yo soy ese vampiro, y en tu cuerpo!*

—Los hombres no deberían leer el futuro —respondió Harry—, porque se trata de algo sujeto a grandes equívocos. Y ahora, tengo que marcharme.

*Donde vayas, iré yo.*

Harry se encogió de hombros, y abrió una puerta de Möbius.

—¿Te acuerdas de Dragosani? —preguntó, y entró por la puerta.

Faethor se estremeció, pero fue tras él.

*Dragosani era un tonto, pero no podrás librarte de mí tan fácilmente* —se jactó el vampiro.

—Aún tengo tiempo de llevarte a Ploiesti —le respondió Harry.

*¡Al diablo con Ploiesti!*

Harry abrió una puerta en el pasado y entró por ella, con Faethor aferrado a él como la sombría muerte que era.

*¡No te librarás de mí, necroscopio!*

Contemplaron el pasado de toda la humanidad, las miríadas de hebras vitales, luminosas como el neón, emanando de su brillante origen azul.

*¿Adónde me llevas?* —gimió Faethor.

—A ver lo que ha sido —le respondió Harry—. ¿Ves allí? ¿Ese hilo rojo entre los azules? Esa hebra escarlata es la tuya, Faethor. ¿Y ves dónde cesa de existir? Allí es donde Ladislau Giresci te cortó la cabeza, la noche que bombardearon tu casa. En ese instante tu vida se acabó, y hubiera sido mejor que tú también acabaras allí.

*¡Sácame..., sácame de aquí!* —dijo Faethor con voz que más parecía un estertor, y se aferró al necroscopio como una sanguijuela incorpórea.

Harry volvió al continuo de Möbius y eligió una puerta del futuro, donde billones de azules hilos de la vida se extendían hasta el infinito, en un futuro siempre en expansión. El necroscopio se aventuró entre los hilos, y fue rápidamente atraído al torrente del tiempo.

—Esa hebra que ves surgiendo de mí es mi futuro —le dijo a Faethor.

*Y el mío* —insistió con obstinación Faethor, ahora más tranquilo.

—Pero está teñida de rojo, ¿la ves, Faethor?

*Sí que la veo, tonto. El rojo soy yo; es la prueba de que siempre seré parte de ti.*

—Te equivocas —respondió Harry—. Yo puedo regresar porque mi hebra no está cortada. Porque tengo un pasado, puedo remontarme de nuevo en el curso de la vida. Pero tu pasado acabó en Ploiesti, Faethor. Tú no tienes hebra vital, no tienes línea de la vida.

*¿Qué dices?* —la voz de pesadilla del vampiro parecía un graznido.

Y entonces el amo del continuo de Möbius se detuvo bruscamente, pero el espíritu de Faethor continuó su marcha hacia el futuro.

*¡Harry!* —clamó aterrorizado el vampiro—. *¡No lo hagas!*

—Pero ya está hecho —respondió el necroscopio—. No tienes carne, ni pasado, ni nada, Faethor. Sólo tienes el más largo y solitario futuro que criatura alguna ha soportado. ¡Adiós para siempre!

*¡Harry!... ¡Haaarry!... Haaa...!*

Harry cerró la puerta y le dejó afuera. Para siempre. Pero antes de cerrar la puerta, el necroscopio miró otra vez la hebra azul que surgía de él, y vio que todavía estaba teñida de rojo.

Los hombres nunca deberían intentar ver en el futuro. Porque el futuro es siempre equívoco...